SALVADOR NOVO

VIAJES Y ENSAYOS II

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Viajes y ensayos
II
Crónicas y artículos periodísticos

Salvador Novo



Primera edición, 1999
Primera edición electrónica, 2012

Agradecemos la ayuda prestada por el Estudio de Salvador Novo, A. C., para la realización de esta edición.

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008


www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672
Fax (55) 5227-46409

ISBN 978-607-16-1270-0

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

Artículos periodísticos

NOTA INTRODUCTORIA

MARY K. LONG

Durante las décadas de los veinte y treinta, la actividad literaria-cultural de Novo es prolífica y destacada. Desde su debut como poeta a los 15 años en *El Universal Ilustrado* y sus subsecuentes publicaciones en *Policromías,* Novo demuestra una energía diferente, expresada en formas nuevas. En 1924 ingresa como colaborador regular a *El Universal Ilustrado* y los editores lo presentan de esta manera:

> [Uno de] los jóvenes literatos que llevan la literatura por dentro, en vez de llevarla por fuera… la prueba más palpable de que la literatura norteamericana no ha terminado con Edgar Allan Poe… un escritor yanqui, con sólida cultura inglesa y francesa, que escribe en español… [y que puede] ser muy mexicano y muy patriota… Salvador Novo, al ingresar a este periódico, trae consigo nuevas orientaciones y nuevos sistemas, que siendo fruto de un claro talento y de un largo y paciente estudio, merecen la atención de nuestros cultos lectores.[1]

Para finales de la década de los veinte su lugar como impertinente iconoclasta, importante innovador de estilo y uno de los mejor informados sobre la literatura más reciente ya es muy claro, y este lugar formará parte, más tarde, de la definición estándar del Novo canonizado. Otro aspecto de esta definición es vincular el desarrollo del lugar mencionado a la publicación, en 1925, de la colección de poesía y ensayos *Ensayos y ensayos de poemas,* de su primer libro de viaje *Return Ticket* en 1928 y a su participación durante 1926-1927 en la revista y el teatro *Ulises*. Definitivamente estas obras y actividades son de capital importancia en la vida/obra de Novo como momentos destacados. Sin embargo, no se presentan en forma aislada sino salen de un trasfondo de publicaciones más efímeras. El conocimiento textual de estas publicaciones se ha ido opacando, a la vez que la actividad de hacerlas se ha ido convirtiendo en otra de las anécdotas intrigantes de la vida de Novo. Los textos aquí recopilados forman parte de ese trasfondo. Son un lugar para ensayar las ideas e imágenes que aparecen de nuevo en su obra más conocida. También forman el marco de esta obra. La lectura de estos textos no cambia las definiciones estandarizadas de la obra de Novo, pero les devuelve los matices de sus orígenes, revitalizándolas.

Empezando con sus publicaciones de prosa más tempranas, como en *México Moderno* y *El mundo* de Martín Luis Guzmán, que forman parte de los “ejercicios de claridad” que le manda hacer Pedro Henríquez Ureña, Novo publica ensayos y reseñas de libros en varias revistas y periódicos. Para finales de los veinte y principios de los treinta, su obra aparece con más

frecuencia en *El Universal Ilustrado* (colabora regularmente desde 1924 con una serie de artículos, algunos de los cuales se incluyen en *Ensayos* y después con menos frecuencia hasta 1927, cuando se encarga de la sección "Estanteria-crítica bibliográfica" hasta 1928); *Revista de Revistas* (artículos misceláneos, y de 1929-1930 las secciones de reseñas "El cesto y la mesa" y "Sección bibliográfica"); *Excélsior* (desde finales de 1928 a finales de 1929, una serie de ensayos sobre la literatura y cuestiones culturales en general. Algunos se incluyen en su segunda colección de ensayos *En defensa de lo usado.* También durante 1929 escribe una columna con el título "Consultorio" bajo el seudónimo Niño Fidencio). Publica con menos frecuencia en revistas como *Contemporáneos* (sólo dos ensayos suyos aparecen aquí), *El Libro y el Pueblo, Nuestro México* y *Nuestra Ciudad* (desde siempre su amor a la ciudad de México forma una vertiente de su obra), y algunas revistas y periódicos extranjeros como *El Imparcial* de Guatemala, el *Diario de la Marina*, *Bohemia* y *Avance* en Cuba y *A Nação* y *Diario de Noticias* en Brasil (algunas de estas publicaciones internacionales son el resultado de contactos hechos durante su viaje a Uruguay en 1935).

En una época de prescripciones altamente moralizantes para la motivación y conducta de los intelectuales, Novo, junto con Xavier Villaurrutia, busca la inspiración en una interacción más libre, menos estructurada con el mundo a su alrededor. En su ensayo "Seis personajes", Villaurrutia se describe a sí mismo y a Novo en este periodo:

> El tedio nos acechaba. Pero sabíamos que el tedio se cura con la más perfecta droga: la curiosidad. A ella nos entregábamos en cuerpo y alma. Y como la curiosidad es madre de todos los descubrimientos, de todas las aventuras y de todas las artes, descubrimos el mundo, caímos en la aventura peligrosa imprevista y, además, escribíamos. La vida era para nosotros… un poco literatura. Pero también la literatura era, para nosotros, vida.[2]

Estos síntomas de autoexploración adolescente vendrían a ser la base de la poesía de Novo y, aún más importante, de un proyecto cultural más amplio. En las reseñas de libros y los ensayos literarios que Novo publica en estos años se encuentra el bosquejo inicial de este proyecto cultural. Es un proyecto que ofrece un camino menos serio hacia el arte y carece de la organización rígida de otros proyectos de la época. Sin embargo, ni la motivación es menos entusiasta ni los resultados deseados menos concretos que los proyectos pensados, por ejemplo, por Vasconcelos y Henríquez Ureña.

Inicialmente no hay ninguna declaración explícita de dirección ni orden en las publicaciones. Parece que Novo simplemente levanta el libro de la mesa o la escena de la calle para conocerlos, mezclándose con ellos. Así, los artículos publicados, por ejemplo, en *El Universal Ilustrado* entre febrero y noviembre de 1924, cubren un rango amplio de temas: la historia de los baños, un encuentro de box, una hojeada de revistas norteamericanas, un ensayo conmemorativo sobre Joseph Conrad, un análisis de *el Pensador Mexicano* Fernández de Lizardi.

Con la lectura acumulada, se hace evidente que esta interacción personal y espontánea es el principio organizador tras las publicaciones de Novo. Espontánea y personal no indica, sin embargo, la falta de criterios específicos: ciertos modelos empiezan a surgir en estas obras que caracterizan la interacción de Novo con, en particular, sus temas literarios. Predominan autores modernos franceses, ingleses y norteamericanos, aunque de vez en cuando considera algún autor mexicano. (Novo atribuye esta tendencia de leer más obras extranjeras a la falta de

obras mexicanas.) Las secciones de reseñas son listas de varios títulos acompañados de breves observaciones graciosas que no profundizan en los detalles de los textos. Los ensayos más largos, aunque más contemplativos, tienen un tono introductorio.

"Introductorio" es un término clave en el proyecto cultural de Novo. En vez de resolver profundas cuestiones filosóficas o artísticas, Novo inunda al lector con títulos, temas, posturas críticas que son todos nuevos, y se apresura hacia el próximo, dejando al lector seguir las nuevas direcciones sugeridas. Con estas estrategias Novo intenta estimular una comunidad literaria estancada, provocando discusión sobre textos y normas nuevas de evaluación tanto como nueva producción, como explica en el siguiente pasaje de "El cesto y la mesa":

> Yo no sé la verdad. Creo que así debe ser. Hasta ahora —hasta "el cesto y la mesa"— la crítica y la noticia de libros quiso decir la alabanza de libros o el silencio sobre los libros cuando materialmente no podían éstos justificar la alabanza del amigo encargado de la sección de "notas bibliográficas". No era aquello siquiera una mesa en que se hubieran depositado o leído las obras de que se hiciera mención. Era un escaparate solemne desde el cual se imponían a la admiración convencida del público… Yo quise otra cosa… Esta otra cosa era des-solemnizar la nota bibliográfica, llevando a su redacción la soltura y la sinceridad que animan entre esta gente literaria la discusión o el comentario de los libros recién adquiridos. Una sinceridad sin prejuicios, pero con reservas… Esto creí, sigo creyéndolo y no pienso decir una cosa por otra, así me coman, mientras ustedes quieren y el director lo permita. Tampoco pienso prescindir de hablar de lo malo que sería otro fácil remedio, el único remedio, en realidad, que al libro mediocre se aplicaba en la era precestimésica de la crítica libresca mexicana. No he de ocultar el cesto, como solía hacerse, porque su compañía es imprescindible en la mesa de la lectura…[3]

El simple hecho de romper con la manera tradicional de hablar de los libros es suficiente para tener un efecto renovador en el corto plazo. Lo que le garantiza una influencia más duradera es el instinto de Novo para hacer notar los autores, textos y temas que con los años serán trascendentes. Desde nuestra perspectiva de hoy puede parecer obvio hablar de Eugene O'Neill en relación con Pirandello,[4] o declarar que "las dos novelistas más importantes de… lengua inglesa… son Virginia Woolf y Radclyffe Hall.[5] Pero es importante recordar que en la época en que Novo lee, aunque estos autores se destacan, no ocupan de ninguna manera el lugar canónico que ocupan hoy. Sin embargo, Novo muchas veces anticipa lo que después será la evaluación canónica de los nuevos autores. El ensayo "Notas sobre la poesía de los negros en los Estados Unidos"[6] es buen ejemplo de tal anticipación. Otro detalle importante de la presentación de autores modernos como Gide, Proust, Joyce, O'Neill y otros es que Novo no sólo habla de la obra de estos autores, sino también de la recepción que tienen en el extranjero; así se muestra un lector perspicaz de los textos en sí; y también de revistas y reseñas extranjeras que son las fuentes de información para su reconstrucción de otros ambientes culturales.

No es posible hablar de cada uno de los trabajos incluidos aquí, pero sí señalar algunos de los más interesantes. La identificación de Novo como el autor de la columna "Consultorio del Niño Fidencio" añade un cuerpo de textos interesantes a su *corpus* periodístico. Estos artículos breves se caracterizan por una mezcla entretenida de literatura, trivia y noticia que anuncia el estilo innovador que será tan importante para el periodismo mexicano a partir de la columna "La semana pasada" que Novo escribe/dirige para la revista *Hoy* entre 1937 y 1940. Más allá del simple entretenimiento que ofrece la lectura de estos textos, existe la posibilidad de un análisis más profundo sobre los usos de la burla para cuestionar el lugar de la noticia en las estructuras cognitivas de la vida moderna. También se encuentran aquí versiones distintas

de algunos de los ensayos más importantes de Novo, como los que escribió sobre el pan y la leche.

Otros textos de particular interés y que están más vinculados al proyecto cultural descrito arriba son los siguientes: “De la personalidad en el drama” ofrece una visión de sus tempranas consideraciones de ciertos temas claves para su obra creativa, en particular el problema de autorrepresentación y las tensiones entre la verdad interior de una persona y la imagen que percibe la sociedad. Novo se interesa en este problema no sólo como tema dentro de relaciones humanas sino también como tema artístico. Por lo tanto, cuando Ramón Fernández plantea el problema de la personalidad y busca, sin encontrar, en el teatro moderno representaciones de esta cuestión en su libro *De la personnalité,* Novo demuestra que este problema sí se plantea en el teatro de Eugene O’Neill y lo compara con la obra de Pirandello. Este artículo ofrece la visión crítica de Novo y muestra también el proceso de influencia que sus lecturas tienen sobre su creación artística. Al escribir prosa a veces encuentra imágenes, incluso frases, para su poesía. Por ejemplo, en la obra *The Great God Brown* de Eugene O’Neill le llama la atención el uso de las máscaras:

> O’Neill usa de la máscara, la cara del actor es la de la persona: la máscara representa al personaje social. En los momentos de sinceridad, de pasión, de sed de comprensión la persona se revela, apartando la máscara del personaje. Y encuentra entonces que el ser a quien iba a confiarse no le reconoce más que la rechaza.

Es interesante comparar este pasaje con la segunda parte de su poema “Glosa incompleta en tres tiempos sobre un tema de amor”: “Porque a pesar de todas las pieles de becerro / una camisa es casi tanto como una página / llorar desesperadamente porque ocurrió lo que era de esperar. / Si no tiene remedio / al principio era el único fin de mi existencia / las profesiones no son más que hábito / y ya nada es posible desde aquella noche apellidada. / *No me conoció cuando aparté la máscara de mi rostro…”*[7]

La relación de Novo con la literatura norteamericana no siempre es de influencias. Frecuentemente es una cuestión de afinidades, de una visión compartida. Por ejemplo, en el ensayo “Mujeres marca Erskine”[8] Novo presenta cuatro libros de John Erskine: *La vida privada de Elena de Troya,* 1925; *Galahad,* 1926; otro de 1927 sobre Adán, Lilith y Eva; y una versión nueva de la *Odisea* de 1928. Erskine re-interpreta estos temas clásicos, convirtiendo los escenarios y relaciones antiguos en situaciones domésticas modernas de la clase media; así, en el caso de Elena de Troya, por ejemplo, Novo observa que “el tema enorme, solemne de los trágicos es a los ojos burlones de John Erskine tan sólo un bochornoso disgusto de familia”. Esta re-interpretación de héroes clásicos y/o mitológicos como personajes de clase media en una sociedad de consumo es algo que Novo también hace en su ensayo “Confesiones de pequeños filósofos”, sobre todo con las figuras femeninas. Medea, Salomé, Cleopatra y Jeanne d’Arc dejan de ser figuras míticas para disfrutar de los productos comerciales que decoran la vida de los burgueses. De esta manera ambos, Erskine y Novo, dirigen una mirada crítica sobre la vida moderna burlándose de la trivialidad de la cultura del consumo y ponen en duda la capacidad de los héroes tradicionales para representar los más profundos valores y emociones en este nuevo ambiente. Sería fácil suponer que Novo aprende esta visión de la obra de Erskine. Sin embargo, es importante recordar que, aunque

“Confesiones de pequeños filósofos” forma parte del libro *Ensayos* que aparece en 1925, fue publicado primero en *La Falange* en 1923 y después en *Antena* en 1924, dos años antes de la publicación del primer libro de Erskine.

Además de reflejar la relación de Novo con la literatura extranjera, los trabajos incluidos aquí registran su visión de la escena cultural nacional. Reporta las visitas de artistas e intelectuales internacionales[9] y comenta obras y polémicas nacionales. Aquí también se ve su proyecto renovador y su rechazo del naciente nacionalismo que en el arte encuentra su expresión en la glorificación de la lucha armada y las artesanías “pintorescas” de los grupos indígenas, a la vez que rehúsa ver la miseria de sus condiciones de vida.

En “El arte popular mexicano”[10] Novo critica esta tendencia mostrando cómo el nuevo afán por las artesanías es menos un producto del orgullo nacional y más el resultado del deseo de renovación en Europa:

> …El mundo europeo, conmovido hasta sus bases por la Gran Guerra, ávido de renovación, volvió sus ojos a la pureza vigorosa de las razas primitivas… [y] vino a apreciarse… la expresión comunicable de sentimientos… que no tiene otra obligación que la satisfacer el gusto… esta rectificación universal de lo… bello dio al mundo la maravillosa sorpresa de que en nuestro país no había desaparecido el buen gusto; de que la capacidad artística, en el sentido eterno de la expresión, había adquirido entre nuestra inmensa población india y mestiza un intenso vigor que la Revolución vino a poner de manifiesto…

Desafortunadamente, el resultado de este nuevo prestigio no es el de mejorar las condiciones de los productores sino de incorporar sus obras a la modernidad, mientras la miseria en que viven se redefine como algo “pintoresco”, “primitivo” y, por lo tanto, aceptable. Novo narra esta situación, como siempre, de una manera ingeniosa e irónica.

La modernidad, personificada en el turista que viaja en avión, tren y automóvil, pasa enfrente de “la choza del camino”, que forma, junto con el “hombre mal cubierto de harapos”, parte del escenario visto por la pantalla que es la ventana del tren. Las artesanías, “curiosidades” que produce este hombre, entran en la modernidad cuando el turista las compra, o al ser presentadas sobre los estantes de la tienda Sanborns. Pero “el hombre mal cubierto con harapos… regresa, una vez partido el tren, a su pintoresca choza”. La belleza “primitiva”, expresión del gusto especial, depende de esta exclusión:

> …Los pequeños productos que el padre produce y enseña a producir a su hijo son, a la vez que su único medio de vida, su único medio de expresión. De ser útiles han pasado a ser bellos porque expresan las ansias no satisfechas de comodidad, de elevación… de gratificación de los sentidos de la vista o el tacto que compensa y equilibra, haciendo posible, si no la vida, la existencia, la falta absoluta de confort y la total carencia de otros medios de derivación activa de la dinámica espiritual inherente a cada poblador de la tierra.

La ironía de esta visión aumenta al publicarse el texto en el catálogo de una “Exposición de objetos diversos destinados a la formación de un Museo de Arte Popular Mexicano” en 1932. Novo no se contenta con criticar sino que propone soluciones:

> Y es aquí donde la atención de los revolucionarios debe detenerse a considerar las posibilidades de realizar y de cristalizar en hechos las promesas de la Revolución, aprovechando la capacidad artística del pueblo, su habilidad manual y la pureza de su producción, implantando o ayudando a implantar en ella métodos económicos, científicos, que rindan al productor el beneficio justo de su esfuerzo… Si estamos, el turista y nosotros, dispuestos a pagarle al dueño de la elegante tienda de

mexican curious los tres pesos que nos cobra por una hermosa máscara, por la que ha pagado quince centavos, le paguemos un peso cincuenta centavos al que la hizo y ayudemos a morir de inanición a un bandido y a salvar de la muerte por hambre a un artista y a un hombre honrado, en tanto contribuimos, sin sentirlo, a conservar y a fomentar la sagrada antorcha del nacionalismo espiritual y cooperamos al establecimiento de una industria nacional y revolucionaria.

Como se ve aquí, la visión nacionalista de Novo se basa en la acción independiente de explorar y aprovechar todos los atributos de los individuos, sin que éstos le pidan permiso a nadie ni se limiten a categorías cerradas ni etiquetas impuestas desde el exterior. Son éstas las cualidades que admira en la novela corta *Tachas* de Efrén Hernández y son esenciales al proyecto cultural renovador de Novo.

Para Novo *Tachas* es "el preludio de la verdadera obra mexicana que se ha aguardado tanto tiempo". Alabando el "gusto inefablemente moderno, vivo y personal de sus narraciones", declara que la "espontaneidad" es lo que hace excelente esta obra que carece de influencias literarias y en su falta de citas demuestra una "cuidada ignorancia". Compara *Tachas* con *Los de abajo,* rechazando la valoración oficial que "sólo aquellos relatos y aquellos cuadros que contengan fusiles son 'representativos de la ideología revolucionaria'" y declarando que los personajes de aquél

dicen más a nuestra generación que un Demetrio Macías que no sabe por quién pelea y cuyas hazañas no han dejado en nuestra infancia sino una dolorosa huella y una inhibición en cada uno que nada tiene que ver con la idea de la patria.[11]

Es significativa la mención de "nuestra generación". De entre los intelectuales más jóvenes que alcanzan cierto renombre después de la Revolución, Novo representa una nueva clase de intelectual mexicano moderno que por múltiples circunstancias encuentra su formación intelectual dentro de México, sin pasar una temporada en alguna de las grandes metrópolis de Occidente. (Aunque Novo viaja al extranjero, sus estancias son cortas y no ofrecen las oportunidades de aprendizaje de las que disfruta, por ejemplo, Diego Rivera durante los 10 años que pasa en Europa ni tampoco la oportunidad de participar en proyectos a una edad más madura, como hace Alfonso Reyes.) De ninguna manera es una desventaja esta formación nacional, ya que el acceso a libros y revistas es mucho mejor y en general el ambiente cultural es más activo, tiene más variantes posibles que en épocas anteriores. Al contrario, esta nueva posibilidad es esencial al desarrollo de la escena cultural mexicana del siglo XX, ya que leer y crear "en casa" permite el desarrollo de una confianza intelectual diferente a la que se desarrolla en el extranjero. Los textos recopilados aquí nos permiten seguir el desarrollo de esta confianza en el caso de Novo y considerar su lectura de textos y culturas a las que se acerca con la misma "espontaneidad" que aprueba en la obra de Hernández.

---

[1] *El Universal Ilustrado,* 8 de mayo de 1924.

[2] Xavier Villaurrutia, *Obras,* México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 683.

[3] Salvador Novo, "El cesto y la mesa", *Revista de Revistas,* 4 de agosto de 1929, p. 24.

[4] Salvador Novo, "De la personalidad en el drama: M. Ramón Fernández", *Excélsior,* 26 de diciembre de 1928, p. 5.

[5] Salvador Novo, “Pozo de soledad”, *Excélsior,* 28 de abril de 1929.

[6] Salvador Novo, “Notas sobre la poesía de los negros en los Estados Unidos”, *Contemporáneos,* septiembre-octubre de 1931, pp. 197-200.

[7] Salvador Novo, *Nuevo amor,* México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 89-91.

[8] Salvador Novo, “Mujeres marca Erskine”, *Excélsior,* 3 de febrero de 1929.

[9] Véase, por ejemplo, Salvador Novo, “Un huésped distinguido—José María Chacón y Calvo”, *Excélsior,* 7 de julio de 1929; “México-Puebla… la visita de John Dos Pasos”, *El Universal Ilustrado*, 17 de marzo de 1927.

[10] Este ensayo se publicó por primera vez en el folleto *Exposición de objetos diversos destinados a la formación de un Museo de Arte Popular Mexicano* (SEP, 1932) que acompañó a una exposición en la sala de arte del Departamento de Bellas Artes. Se reeditó en *Biblioteca de México*, octubre de 1991, pp. 36-37. Las referencias de página son de esta publicación.

[11] Salvador Novo, “Tachas”, *Excélsior de la tarde*, 19 de febrero de 1929.

HEMEROGRAFÍA DE SALVADOR NOVO
(1922-1940)

LLIGANY LOMELÍ

Este volumen recoge muy probablemente en su totalidad los artículos y notas periodísticas que Salvador Novo escribió y publicó entre 1922 y 1940. Se dejaron fuera sus columnas “Hojas” (1937-1940), “Perifonemas” (1937-1943), “La semana pasada” (1937-1947) y “Contrapunto” (1940-1941), así como sus poemas y traducciones. En la realización de este trabajo se consultaron los siguientes acervos: Biblioteca de México, Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, Centro de Investigación del Estudio de Salvador Novo, A. C., Hemeroteca de *El Universal* Manuel Sobreira Galindo y la Hemeroteca Nacional. De gran ayuda fueron la atención y el apoyo constantes que me brindaron José Manuel Porras y su comprensivo equipo, Guadalupe Ibarra y Alejandro Jiménez, en la México, la Lerdo y *El Universal,* respectivamente; la irónica diligencia del innombrable personal de la Hemeroteca Nacional; los selectos aportes hemerográficos provenientes de la biblioteca particular de José Luis Martínez, así como de la crestomatía de Mary K. Long; y, sobre todo, el entusiasta respaldo incondicional de Gloria Friscione de Pérez Jácome, Salvador López Antuñano y el finado Antonio López Mancera, custodios generosísimos a quienes tanto debe este proyecto.

El lector de estas líneas debe saber que la conservación y el estado físico de las colecciones hemerográficas, e incluso su acceso, fueron muchas veces un obstáculo para la realización cabal de los objetivos que nos planteamos en este libro. Ejemplo: se tienen referencias de las colaboraciones de Salvador Novo en la revista *Cine;* la Filmoteca de la Universidad Nacional Autónoma de México conserva una colección de esta revista; sin embargo, todos los ejemplares están seriamente mutilados, y hasta el momento de cerrar nuestra edición no se localizaron las revistas en las que aparecieron sus artículos. Por otra parte, los acervos con los que se cuenta para realizar restituciones como la que este libro ofrece a viejos y nuevos lectores de Novo, no dejan de sorprender. Ejemplo: Novo especificó en el volumen de *Toda la prosa* (Empresas Editoriales, 1964) que “El joven” era un ensayo que debía fecharse en 1928. Pero la verdad es que bajo el título de “¡Qué México!”, Novo redactó y publicó en septiembre de 1923 en *La Falange* la primera versión de “El joven” —que alcanzó su madurez tipográfica en la revista *La Antorcha* en febrero de 1925—. Por otra parte, el propio Novo en algunos de sus escritos dijo haber colaborado en publicaciones en

las cuales el investigador se da de frente con su ausencia o su anonimato. Ejemplo: *El Mundo* y *El Espectador.*

Para facilitar la consulta de la hemerografía que acompaña a este volumen, se tomaron los siguientes criterios de exposición. Las publicaciones están ordenadas alfabéticamente y cada ficha ofrece la información elemental de costumbre. Novo no fue un escritor insensible a los reclamos de sus amigos editores y, por lo mismo, no pudo evitar todas las veces ese pecado literario que consiste en publicar más de lo que se escribe. En estos casos, se ha remitido con un llamado entre corchetes a las publicaciones en las que apareció un mismo artículo. Por otra parte, con asteriscos se han señalado aquellos artículos que Novo incluyó en *Toda la prosa* y algunas observaciones sobre la procedencia de ciertos materiales en los 18 años de intensa actividad literaria del joven Salvador Novo.

Una palabra más sobre esta hemerografía: es buena para ubicar todos los materiales contenidos en los dos volúmenes de *Viajes y ensayos*.

Pase.

Alborada

"Las peripecias de André Gide en México", año 1, núm. 4, 8 de octubre de 1928, pp. 1-4. [Véase *El Universal Ilustrado]*

Alcancía

"Mariano Azuela", núm. 5, mayo de 1933, pp. 67-68.

Alma

"La fructífera labor de la Secretaría de Educación Pública", s./f. *[ca.* 1927], pp. 5-6, 43-44.[*] [Véase al final de la hemerografía las notas acerca de los asteriscos.]

Antena

"Confesiones de pequeños filósofos", núm. 1, julio de 1924, p. 7. [Véase *La Falange* y *El Universal Ilustrado]*[**]

"Radio-conferencia sobre el radio", núm. 2, agosto de 1924, pp. 11-12. [Véase *El Universal Ilustrado]*[**]

La Antorcha

"El mal de saber", tomo I, núm. 2, 11 de octubre de 1924, p. 12.[**]

“La cultura y los jóvenes”, tomo I, núm. 7, 15 de noviembre de 1924, p. 6.
“Notas de Europa”, tomo I, núm. 13, 27 de diciembre de 1924, p. 15.
“*El joven*. Novela histórica”, tomo I, núm. 20, 14 de febrero de 1925, pp. 25-26. [Titulado en su primera versión “¡Qué México! Novela en que no pasa nada”, en *La Falange*] [**]
“*El joven*. Novela histórica”, tomo I, núm 21, 21 de febrero de 1925, pp. 24-25. [**]
“*El joven*. Novela histórica” (concluye), tomo I, núm. 22, 28 de febrero de 1925, pp. 25-27. [**]
“Notas sobre la literatura de México”, tomo I, núm. 25, 21 de marzo de 1925, pp. 9-11.

La Antorcha Estudiantil

“Proustiana”, s./f. [*ca.* 1928], p. 48. [Véase *El Universal Ilustrado*] [*]

Banderas de Provincia

“Contra las fábulas literarias”, tomo I, núm. 7, primera quincena de agosto de 1929, pp. 1, 6; y núm. 8, segunda quincena de agosto de 1929, p. 4. [Véase *Coopera*] [**]

Barandal

Lota de loco (fragmentos), núm. 4, noviembre de 1931, suplemento, pp. 3-7.

La Bibliografía

“Un magnífico obsequio”, 2ª. época, núm. 6, septiembre de 1929, pp. 1-2.

Boletín Mensual Carta Blanca

“Del Casino Español de México”, año III, núm. 1, marzo de 1936, s./p.
“La espuma flor de la juventud”, año III, núm. 1, marzo de 1936, s./p.
“El hombre frente a los dioses”, año III, núm. 1, marzo de 1936, s./p.
“El Casino Alemán de México, D. F.”, año III, núm. 2, abril de 1936, s./p.
“El cristal, prisión luminosa”, año III, núm. 2, abril de 1936, s./p.
“El Centro Asturiano de México”, año III, núm. 3, mayo de 1936, s./p.
“Horóscopo del topacio de México”, año III, núm. 3, mayo de 1936, s./p.
“La vida rural en Inglaterra en el siglo XIII”, año III, núm. 3, mayo de 1936, s./p.
“Del Círculo Vasco Español”, año III, núm. 5, julio de 1936, s./p.
“Pasteur y la cerveza”, año III, núm. 5, julio de 1936, s./p.
“El tormento de la sed”, año III, núm. 5, julio de 1936, s./p.
“Charla de sobremesa”, año III, núm. 5, julio de 1936, s./p.

“Estampas del México viejo. Genio y figura”, año V, núm. 1, abril de 1938, s./p.
“Estampas del México viejo. La novedad del día en México”, año V, núm. 2, mayo de 1938, s./p.
“Estampas del México viejo”, año V, núm. 3, junio de 1938, s./p.
“Estampas del México viejo. Antes del automóvil”, año V, núm. 4, julio de 1938, s./p.
“Estampas del México viejo. Las sombras de ‘Tanis’”, año V, núm. 5, agosto-septiembre de 1938, s./p.
“Estampas del México viejo. Regreso del bosque”, año V, núm. 6, octubre-noviembre de 1938, s./p.

Cine

“El cine, templo moderno”, 23 de octubre de 1938 [véase *Síntesis]*.
“El cine, hijo rico del teatro”, s./f. [ca. 1939] [véase *Síntesis]*.

Contemporáneos

“El arte de la fotografía”, núm. IX, enero-marzo de 1931, pp. 165-172. [Titulado también: “La *Kodak* ante el arte”, en *Orientación* y *La Voz Nueva]*[**]
“Notas sobre la poesía de los negros en los Estados Unidos”, núm. XI, julio-diciembre de 1931, pp. 197-200. [Véase *Resumen]*

Coopera

“Contra las fábulas literarias”, s./f. *[ca*. 1929], pp. 15-16. [Véase *Banderas de Provincia]*[***]

Estudia

“Qué hacer los domingos”, s./f. *[ca*. 1930], pp. 8-9. [Véase *Nuestra Ciudad]*[*]

Excélsior

“De la utilización de los libros”, 9 de diciembre de 1928, pp. 5, 8.[**]
“De la personalidad en el drama”, 26 de diciembre de 1928, p. 5.
“Aspectos de la biografía”, 7 de enero de 1929, p. 5.
“Redes para captar el viento”, 13 de enero de 1929, pp. 5, 11.
“Mujeres marca ‘Erskine’”, 3 de febrero de 1929, pp. 5, 9.
“Pozo de soledad”, 28 de abril de 1929, p. 5.
“La era bibliofílica”, 12 de mayo de 1929, p. 5. [Véase *El Libro y el Pueblo]*
“Generación anecdótica”, 23 de junio de 1929, pp. 5, 11. [Véase *El Universal Ilustrado]*

“Acerca de la policía”, 30 de junio de 1929, pp. 5, 11. [Titulado también: “Acerca de los policías”, en *Toda la prosa]*[**]
“Un huésped distinguido. José María Chacón y Calvo”, 7 de julio de 1929, p. 5.
“Sin novedad en el frente”, 28 de julio de 1929, pp. 5, 12.
“Mujeres y literatura”, 4 de agosto de 1929, p. 5. [Véase *El Universal Ilustrado]*
“Literatura del pueblo”, 18 de agosto de 1929, pp. 5, 10. [Véase *Mexican Folkways* y *Nuestro México]*[**]
“Agua de lluvia”, 29 de septiembre de 1929, p. 5.
“Dynamo, dios”, 8 de diciembre de 1929, p. 5.
“Nuestras artes populares”, 6 de abril de 1930, pp. 5, 8. [Véase *Nuestro México]*
“Sobre las *Cuestiones gongorinas* de A. Reyes”, s./f. *[ca.* 1927. Véase *Ulises]*[*]

Excélsior, edición de la tarde

“El presente de nuestros teatros”, 15 de febrero de 1929, p. 7.
“*Tachas*, de Efrén Hernández”, 19 de febrero de 1929, pp. 7, 16 [Titulado también: “Un nuevo talento que surge: Efrén Hernández”, en *El Universal Ilustrado]*

Excélsior, edición de la tarde

Sección: “Consultorio”, a cargo del Niño Fidencio.

Sin título (Pues el espinazo fuéseme despoblando…), 14 de enero de 1929, p. 4.
Sin título (Debo reconocer que se me ha muerto un paciente…), 17 de enero de 1929, p. 16.
“El niño perdido en el pozo”, 21 de enero de 1929, p. 15.
“Desventajas del pan francés”, 22 de enero de 1929, p. 15.
“Mis sólidos conceptos sobre la leche”, 23 de enero de 1929, pp. 15-16.
“Las exposiciones en las carpas”, 24 de enero de 1929, p. 15.
“Parejas, kilómetros y agricultura”, 25 de enero de 1929, p. 5.
“Sobre el costo de las personas”, 26 de enero de 1929, p. 5.
“Terapéutica de la alegría citadina”, 28 de enero de 1929, p. 6.
“Abierto de noche”, 29 de enero de 1929, pp. 5-6.
“Nueva reforma de la lengua”, 30 de enero de 1929, p. 16.
“Inyecciones de alcohol”, 1º. de febrero de 1929, p. 16.
“Espectáculos de ayer”, 5 de febrero de 1929, p. 17.
“Acerca de traer cerillos”, 6 de febrero de 1929, p. 6.
“Centauro y cinegética”, 7 de febrero de 1929, p. 8.
“Morir en Checoeslovaquia”, 9 de febrero de 1929, p. 5.
“Las ciudades y su apellido”, 11 de febrero de 1929, p. 6.
“Guty y los arrieros”, 12 de febrero de 1929, p. 5.
“Ciudad de baratijas”, 14 de febrero de 1929, p. 13.

“La cárcel y la escuela”, 19 de febrero de 1929, p. 5.
“El sostén de los ciegos”, 20 de febrero de 1929, p. 8.
“¡Mate la mosca!”, 21 de febrero de 1929, pp. 5, 16.
“Carne de gallina”, 22 de febrero de 1929, p. 13.
“Muertes al gusto”, 23 de febrero de 1929, p. 8.
“Carecer de enemigos”, 27 de febrero de 1929, p. 5.
“Las personas cultas”, 28 de febrero de 1929, p. 15.
“Nueva patología externa”, 1º. de marzo de 1929, pp. 5, 17.
“Más enfermedades”, 2 de marzo de 1929, p. 8.
“Agonía y muerte de lo externo”, 4 de marzo de 1929, p. 5.
“El mal humor”, 6 de marzo de 1929, p. 5.
“Pérez Doyle y Pérez Pirandelo”, 7 de marzo de 1929, p. 5.
“La antorcha escondida”, 11 de marzo de 1929, p. 5.
Sin título (Los indios de Zontecomatlán…), 14 de marzo de 1929, p. 5.
Sin título (Un valioso códice iba a perderse en el mar…), 15 de marzo de 1929, p. 5.
Sin título (En lo sucesivo, la vida de los gendarmes…), 18 de marzo de 1929, p. 5.
Sin título (El Departamento del Distrito ofrece dar cien pesos…), 19 de marzo de 1929, p. 5.
Sin título (Al doctor Puig le piden siempre las cosas más raras…), 20 de marzo de 1929, p. 5.
“Los que he matado hoy”, 23 de marzo de 1929, p. 5.
“Los choferes boxeadores”, 26 de marzo de 1929, p. 12.
“Cambiar las cosas”, 28 de marzo de 1929, p. 12.
“Perro por burro”, 8 de abril de 1929, p. 5.
“No quiero queso”, 11 de abril de 1929, p. 5.

Fábula

“México siempre”, núm. 3, marzo de 1934, pp. 43-49.

La Falange

“¡Qué México! Novela en que no pasa nada”, septiembre de 1923, pp. 346-349. [Titulado en su versión definitiva “El joven. Novela histórica”, en *La Antorcha]*.

“Confesiones de pequeños filósofos”, s./f. *[ca*. octubre de 1923], pp. 396-397. [Véase *Antena* y *El Universal Ilustrado]* [**]

Forma

“Las escuelas al aire libre”, vol. 1, núm. 1, octubre de 1926, pp. 16-17. [Véase *Nuestra Ciudad* y *Revista de Revistas]*

El Heraldo Dominical

“En América del Sur. Juana y el Uruguay”, 14 de julio de 1935, pp. 7, 13. [Titulado también: “Montevideo”, en *Toda la prosa]* [**]
“Epístola pueril y ornitológica”, s./f. *[ca.* 1936.] [*]

Hoy

“Soledad y matrimonio”, año I, núm. 3, 13 de marzo de 1937, p. 8. [**]
“Montenegro o el profeta en su tierra”, año I, núm. 14, 29 de mayo de 1937, pp. 19-20.
“En defensa de lo usado”, año I, núm. 16, 12 de junio de 1937, p. 28. [**]
“Meditaciones sobre el radio”, año I, núm. 47, 15 de enero de 1938, pp. 20, 41. [**]
“La bizarra gente de *Hoy”*, año II, núm. 53, 26 de febrero de 1938, pp. 35-36.
“Útil y dulce”, año II, núm. 73, 16 de julio de 1938, pp. 27-28.
“Mi teatro del aire”, año II, núm. 96, 24 de diciembre de 1938, p. 41.
“La jaula vacía”, año II, núm. 147, 16 de diciembre de 1939, pp. 43-45. [Titulado también: “Las aves en la poesía mexicana”, en *Toda la prosa]* [**]
“¡Cantinflas, al *set!”*, año II, núm. 148, 23 de diciembre de 1939, pp. 32-33.
“Mi lucha (libre)”, año IV, núm. 159, 9 de marzo de 1940, pp. 29-33.
“Crónicas de villamelones. Desde la sombra”, año IV, núm. 199, 14 de diciembre de 1940, pp. 94-95, 97.

Imagen

“Libros sobre México”, año I, núm. 1, 23 de junio de 1933, p. 15.
“Chapala. De un diario de viaje. *Jalisco-Michoacán*, en prensa”, año I, núm. 3, 14 de julio de 1933, p. 21. [**]
“Los Juan López Sánchez-López y López Sánchez de López presentados por J. M. Puig Casauranc”, año I, núm. 6, 4 de agosto de 1933, p. 18.

Lectura

“Las aves del romancero”, tomo I, núm. 1, 1º. de mayo de 1937, pp. 20-26. [**]
“Sobre el contenido”, tomo I, núm. 2, 1º. de junio de 1937, p. 124.
“El ruiseñor, ave renacentista”, tomo I, núm. 3, 1º. de julio de 1937, pp. 207-224. [**]
“Quevedo, o el anti-pájaro”, tomo I, núm. 4, 1º. de agosto de 1937, pp. 303-315. [**]
“Funcionario”, tomo II, núm. 1, 1º. de septiembre de 1937, pp. 57-64.

Letras de México

“Las poéticas gallinas”, núm. 10, 1º. de julio de 1937, p. 3. [**]
“Mexicanismos de *El Pensador Mexicano”*, vol. II, núm. 10, 15 de octubre de 1939, p. 2.

“Colibríes”, vol. II, núm. 12, 15 de diciembre de 1939, p. 4.[**]

El Libro y el Pueblo

“Los ‘corridos’ mexicanos”, tomo III, núms. 10-12, octubre-diciembre de 1924, pp. 235-236.
El Pensador Mexicano, tomo IV, núms. 1-3, enero-marzo de 1925, pp. 18-20. [Véase *El Universal Ilustrado]*[**]
“Veinte años de literatura mexicana”, tomo IX, núm. 4, junio de 1931, pp. 4-9 [Titulado también “Veinte años después…!”, en *Revista de Revistas]*.
“La era bibliofílica”, tomo X, núm. 1, marzo de 1932, pp. 1-5. [Véase *Excélsior]*
“Lujo y miseria de la ilustración”, tomo X, núm. 5, julio de 1932, pp. 1-7.[**]
“Devenir de la fábula”, tomo X, núm. 10, diciembre de 1932, pp. 4-7.
“Una antología de poetas mexicanos”, tomo XI, núm. 2, febrero de 1933, pp. 67-69. [Titulado también “Una nueva antología mexicana”, en *El Universal]*.
“Leños, libros y amigos —los más viejos preferidos”, tomo XI, núm. 3, marzo de 1933, pp. 90-96. [Véase *Resumen]*

Mexican Folkways

“Los fines de las escuelas de pintura”, vol. 4, núm. 1, 1928, pp. 24-27.
“Literatura del pueblo”, vol. 5, núm. 3, 1929, pp. 132-145. [Véase *Excélsior* y *Nuestro México]*[**]

México al Día

“El Nigromante y el 16 de septiembre”, año VIII, núm. 161, 15 de septiembre de 1935, pp. 19, 46.
“Siqueiros *vs*. Rivera. Doce rounds”, año VIII, núm. 162, 1º. de octubre de 1935, p. 12-13.
“Negativa de André Siegfried”, año VIII, núm. 163, 15 de octubre de 1935, p. 14.
“La gula de la raza”, año VIII, núm. 164, 1º. de noviembre de 1935, pp. 18-19.
“Los feos concursos de belleza”, año VIII, núm. 166, 1º. de diciembre de 1935, pp. 36-37.
“Los mexicanos las prefieren gordas”, año VIII, núm. 168, 1º. de enero de 1936, pp. 12, 52-53. [**]
“Tepoztlán, su leyenda y su realidad”, año VIII, núm. 170, 1º. de febrero de 1936, p. 11.
“Nuestro bien ganado reposo”, año VIII, núm 178, 1º. de junio de 1936, p. 30.
“¿Es bueno bañarse?”, año VIII, núm. 180, 1º. de julio de 1936, pp. 13, 59.
“Vicisitudes del patriotismo”, año IX, núm. 185, 15 de septiembre de 1936, pp. 11, 59.

México Moderno

“Repertorio”, año II, núm. 4, 1º. de junio de 1923. [Sección a cargo de Daniel Cosío que

incluye una nota firmada por Novo sin título sobre M. Chapek, *El secreto de los robots*, pp. 253-254.]

México Musical

"Música mexicana", tomo I, núm. 6, febrero de 1929, pp. 1, 3. [Véase *Revista de Revistas* y *El Universal Ilustrado]*

Nuestra Ciudad

"Nuestra ciudad mía", tomo I, núm. 3, junio de 1930, pp. 4-5.[**]
"Qué hacer los domingos", tomo I, núm. 5, agosto de 1930, pp. 6-7. [Véase *Estudia]*
"Nuestra ciudad mía. III. Los mercados", tomo II, núm. 7, octubre de 1930, p. 16. [Titulada también: "Los mercados", en *Toda la prosa]*[**]
"Las escuelas de pintura al aire libre", tomo II, núm. 7, octubre de 1930, pp. 36-37. [Véase *Forma* y *Revista de Revistas]*

Nuestro México

"Nota de la provincia", núm. 5, julio de 1932, p. 6.
"Nuestras artes populares", núm. 5, julio de 1932, pp. 54-56, 74. [Véase *Excélsior]*
"Nota de la provincia. Guadalajara", núm. 6, agosto de 1932, pp. 14, 78. [Véase *Revista de Revistas* y *Revista Social]*
"Literatura del pueblo", tomo II, núm. 8, noviembre de 1932, pp. 24, 26. [Véase *Excélsior* y *Mexican Folkways]*[**]

Orientación

"La *Kodak* ante el arte", 27 de enero de 1931, pp. 8-10. [Véase *La voz nueva*. Titulado también: "El arte de la fotografía", en *Contemporáneos* y *Toda la prosa]*[**]

El Phanal

"Usted no necesita morirse para ganar", 10 de junio de 1929, p. 11.[**]

Policromías

"Punto final", 9 de julio de 1928. [Véase *El Universal Ilustrado]*[*]

"Sobre la lluvia", tomo I, núm. 3, 3 de junio de 1931, p. 16.

"Los libros. Apostillas policiacas", tomo I, núm. 6, 24 de junio de 1931, p. 43. [Titulado también: "Apostillas policiacas", en *Toda la prosa]*[**]

"Por la desnudez hacia la perfección. El movimiento nudista en Alemania y Francia", tomo I, núm. 7, 1º. de julio de 1931, pp. 17-19, 43.

"Leños, libros y amigos. Los más viejos, preferidos", tomo I, núm. 9, 15 de julio de 1931, pp. 25-27. [Véase *El Libro y el Pueblo]*

"Negros, indios y amarillos. El mundo 'civilizado' y las culturas primitivas. Moda y arte", tomo I, núm. 10, 22 de julio de 1931, pp. 37-38.

"Si el pueblo pudiera hablar. Efectos de escritorio", tomo II, núm. 1, 29 de julio de 1931, p. 8.

"Dos precursores ilustres del nudismo", tomo II, núm. 1, 29 de julio de 1931, p. 11.

"El extranjero en serio y en broma" (Inglaterra, Wiggin, reducción de presupuesto, Terranova…), tomo II, núm. 4, 19 de agosto de 1931, pp. 34-37.

"El extranjero en serio y en broma" (Inglaterra, Austria, Italia-Alemania…), tomo II, núm. 5, 26 de agosto de 1931, pp. 39-42.

"El extranjero en serio y en broma" (¿Dos figuras mundiales que se van?; Otros grandes inválidos y mutilados…), tomo II, núm. 6, 2 de septiembre de 1931, pp. 37-38, 48.

"El extranjero en serio y en broma" ("San" Gandhi en Londres; También por allá las cuecen…), tomo II, núm. 7, 9 de septiembre de 1931, pp. 38-39.

"El extranjero en serio y en broma" (Internacional; Francia; Decadencia de los juegos de azar; Todavía hay corsarios), tomo II, núm. 18, 16 de septiembre de 1931, pp. 34-35.

"El extranjero en serio y en broma" (Rusia; India…), tomo II, núm. 19, 23 de septiembre de 1931, pp. 43-44.

"El extranjero en serio y en broma" (Inglaterra, ¡El rey es tan generoso!…), tomo II, núm. 20, 30 de septiembre de 1931, pp. 35-36, 39.

"El extranjero en serio y en broma" (Gran Bretaña; Antecedentes; Lo que hicieron; Efectos inmediatos…), tomo III, núm. 21, 7 de octubre de 1931, pp. 39-40, 43.

"El extranjero en serio y en broma" (Inglaterra; Más noticias de Gandhi; Chaplin y Gandhi…), tomo III, núm. 22, 14 de octubre de 1931, pp. 39-40.

"El extranjero en serio y en broma" (Internacional; La libra esterlina; ¿Alemania también?…), tomo III, núm. 23, 21 de octubre de 1931, pp. 44-45.

"El extranjero en serio y en broma" (Internacional; La ofensiva contra el dólar; Traiga su dinero a Inglaterra…), tomo III, núm. 24, 28 de octubre de 1931, pp. 42-43, 46.

"El extranjero en serio y en broma" (El mundo baila; El oriente reacciona), tomo III, núm. 25, 4 de noviembre de 1931, pp. 40-41.

"El extranjero en serio y en broma" (EEUU, un nuevo *petit caporal;* También por allá se cuecen…), tomo III, núm. 26, 11 de noviembre de 1931, pp. 13-14.

"El extranjero en serio y en broma" (Inglaterra, té real; Francia, el rey de los indiscretos), tomo III, núm. 27, 18 de noviembre de 1931, p. 36.

"El extranjero en serio y en broma" (Internacional; La sangre real se derrama por sí sola…), tomo III, núm. 28, 25 de noviembre de 1931, pp. 12-13.

“Notas sobre la poesía de los negros en los Estados Unidos”, tomo IV, núm. 31, 16 de diciembre de 1931, p. 12. [Véase *Contemporáneos]*
“El extranjero en serio y en broma” (Alemania; Cifras; Johore, sultana escocesa), tomo IV, núm. 37, 27 de enero de 1932, pp. 15-16.

Revista de Revistas

“Las escuelas al aire libre”, año XVII, núm. 863, 21 de noviembre de 1926, p. 15. [Véase *Forma* y *Nuestra Ciudad]*
“Música mexicana”, año XVIII, núm. 930, 26 de febrero de 1928, p. 3. [Véase *México Musical* y *El Universal Ilustrado]*
“Guadalajara”, año XVIII, núm. 938, 22 de abril de 1928, p. 23. [Véase *Nuestro México* y *Revista Social]*
“Notas de literatura moderna”, año XVIII, núm. 957, 2 de septiembre de 1928, p. 10.
“Mutilación y pequeñez de los nombres seudónimos”, año XVIII, núm. 959, 16 de septiembre de 1928, p. 36.
“Crónica de los puestos de la alameda”, año XVIII, núm. 974, 30 de diciembre de 1928, pp. 30, 54.
“Recuerdos de Dumas padre”, año XIX, núm. 986, 24 de marzo de 1929, p. 32.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 992, 5 de mayo de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 993, 12 de mayo de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 994, 19 de mayo de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 995, 26 de mayo de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 996, 2 de junio de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 997, 9 de junio de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 998, 16 de junio de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 999, 23 de junio de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1000, 30 de junio de 1929, p. 30.
“Veinte años después…!”, año XIX, núm. 1000, 30 de junio de 1929, pp. 44, 90. [Titulado también “Veinte años de literatura mexicana”, en *El Libro y el Pueblo]*
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1001, 7 de julio de 1929, p. 22.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1002, 14 de julio de 1929, p. 10.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1003, 21 de julio de 1929, p. 20.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1004, 28 de julio de 1929, pp. 24, 47.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1005, 4 de agosto de 1929, p. 24.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1006, 11 de agosto de 1929, p. 24.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1009, 1º. de septiembre de 1929, p. 24.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1010, 8 de septiembre de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1012, 22 de septiembre de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1013, 29 de septiembre de 1929, p. 5.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1015, 13 de octubre de 1929, p. 7.
“El cesto y la mesa”, año XIX, núm. 1016, 20 de octubre de 1929, p. 20.

Revista Social

"Guadalajara", octubre de 1928, p. 16 [Véase *Nuestro México* y *Revista de Revistas]*

Síntesis

"Los pájaros y la poesía" (del libro *Cuenta de pájaros,* Madrid, 1935), vol. IX, núm. 47, julio de 1935, pp. 5-7.[**]
"Animales entre nosotros" (tomado de *Ilustración,* México, junio de 1936), vol. XI, núm. 59, julio de 1936, pp. 62-63.[**]
"El cine, templo moderno" (tomado de *Cine,* 23 de octubre de 1938), vol. XV, núm. 88, diciembre de 1938, pp. 437-439.
"El cine, hijo rico del teatro" (tomado de *Cine*), vol. XVI, núm. 93, mayo de 1939, pp. 473-476.

S. M. El Niño

"A quien lea", año 1, núm. 2, diciembre de 1922, pp. 1-2.

Ulises

"El curioso impertinente", núm. 1, mayo de 1927, pp. 29-31.
"Return ticket" (caps. I-III), núm. 2, junio de 1927, pp. 21-24.[**]
"Return ticket" (caps. IV-VIII), núm. 3, agosto de 1927, pp. 15-28.[**]
"Return ticket" (caps. IX-XVI), núm. 4, octubre de 1927, pp. 10-28.[**]
"El corrector de pruebas. *Cuestiones gongorinas* de Alfonso Reyes", núm. 4, octubre de 1927, pp. 39-40. [Véase *Excélsior]*
"El curioso impertinente", núm. 6, febrero de 1928, pp. 35-38.

El Universal

"Una nueva antología mexicana", enero 16 de 1933, p. 3. [Titulado también "Una antología de poetas mexicanos", en *El Libro y el Pueblo]*

El Universal Ilustrado

"¡Ya viene Pancho Pistolas!", año VII, núm. 324, 26 de julio de 1923, s./p., 53.[**]
"Confesiones de pequeños filósofos", año VII, núm. 334, 4 de octubre de 1923, p. 27. [Véase *Antena* y *La Falange]*[**]

“Manuscrito de un hombre colonial”, año VII, núm. 354, 21 de febrero de 1924, p. 43.
“El buen té y la poesía de Vachel Lindsay”, año VII, núm. 360, 3 de abril de 1924, pp. 18-19, 46.[**]
“Divorcio. Drama ibseniano en cinco actos”, año VII, núm. 364, 30 de abril de 1924, pp. 3, 5-6, 47-48.[**]
“Libros y revistas que nos llegan” *(Mahatma Gandhi, A Family Man, Vanity Fair, Nuestra América)*, año VII, núm. 365, 8 de mayo de 1924, pp. 3-4.
“Libros y revistas que nos llegan” *(Antología de jóvenes poetas mexicanos, The Truth About my Father, History of Art)*, año VIII, núm. 366, 15 de mayo de 1924, pp. 3-4.
“La señorita Remington”, año VIII, núm. 366, 15 de mayo de 1924, pp. 27, 61.
“Motivos del baño”, año VIII, núm. 367, 22 de mayo de 1924, pp. 31, 45.[**]
“Un esquema de las revistas americanas”, año VIII, núm. 369, 5 de junio de 1924, pp. 24-25, 45.
“Unas cuantas páginas dedicadas a los sufridos empleados de gobierno”, año VIII, núm. 370, 12 de junio de 1924, pp. 15, 43.
“La última exposición pictórica juvenil”, año VIII, núm. 371, 19 de junio de 1924, pp. 28-29, 41.
“Al margen de un incidente pictórico. Diego Rivera y sus discípulos”, año VIII, núm. 373, 3 de julio de 1924, pp. 30, 42-43.
“Plano de la ciudad de México para alivio de caminantes y uso de viajeros con cita especial de diez lugares muy deleitosos de conocer y visitar. Lo traza con mano inhábil Salvador Novo, natural y vecino de ella y lo dedica a don Artemio de Valle-Arizpe con su permiso”, año VIII, núm. 373, 3 de julio de 1924, p. 33.
“De las ventajas de no estar a la moda”, año VIII, núm. 376, 24 de julio de 1924, p. 11.[**]
“El Pensador Mexicano”, año VIII, núm. 376, 24 de julio de 1924, p. 37. [Véase *El Libro y el Pueblo]*[**]
“Algunos escultores modernos”, año VIII, núm. 378, 7 de agosto de 1924, pp. 33, 38.
“La muerte y la obra de Joseph Conrad”, año VIII, núm. 379, 14 de agosto de 1924, p. 29.
“La marca de fábrica. Película en episodios”, año VIII, núm. 381, 28 de agosto de 1924, pp. 45, 57.
“Doña Tirante, la Blanca”, año VIII, núm. 384, 18 de septiembre de 1924, pp. 28, 46.
“Algunas sugestiones del boxeo. El deporte y los literatos”, año VIII, núm. 387, 9 de octubre de 1924, pp. vi, 79.[**]
“Notas sobre algunos escritores checos”, año VIII, núm. 389, 23 de octubre de 1924, p. 36.
“La novia de Emilio Faguet. Historia discontinua”, año VIII, núm. 390, 30 de octubre de 1924, pp. 45, 64.
“La culpa de Gutenberg. Diálogo bibliólogo”, año VIII, núm. 392, 13 de noviembre de 1924, pp. 35, 68.
“De profundis revolucionario”, año VIII, núm. 393, 20 de noviembre de 1924, pp. 45, 59.
“Aleteos sobre las fachadas”, año VIII, núm. 395, 4 de diciembre de 1924, p. 29.
“Discurso sobre las camas”, año VIII, núm. 398, 25 de diciembre de 1924, p. 29.[**]
“Radio-conferencia sobre el radio”, año VIII, núm. 399, 1º. de enero de 1925, pp. 4-5. [Véase *Antena]*[**]

"Febrero loco…", año VIII, núm. 399, 1º. de enero de 1925, p. 45.
"Frivolidades sobre el pan", año VIII, núm. 403, 29 de enero de 1925, pp. 26, 47. [Titulada también: "Antología del pan", en *Toda la prosa]* [**]
"Algunas verdades acerca de la literatura mexicana actual", año VIII, núm. 406, 19 de febrero de 1925, p. 48.
"Bataclanicemos la vida", año VIII, núm. 407, 26 de febrero de 1925, p. 39.
"*La Primavera,* nevería", año VIII, núm. 413, 9 de abril de 1925, p. 42.
"De las muertes diversas", año VIII, núm. 416, 30 de abril de 1925, p. 58 bis.[**]
"Alrededor de las barbas", año IX, núm. 419, 21 de mayo de 1925, p. 26.[**]
"Los criminales y la pena de muerte", año IX, núm. 420, 28 de mayo de 1925, pp. 40, 53.[**]
"Amy Lowell", año IX, núm. 423, 18 de junio de 1925, pp. 25, 65.
"Ensayo sobre la leche", año IX, núm. 433, 27 de agosto de 1925, pp. 46, 66.[**]
"Aventuras en librería", año IX, núm. 445, 19 de noviembre de 1925, p. 43.
"Nocturno de la carne", año IX, núm. 449, 17 de diciembre de 1925, p. 29.
"Elogio del automóvil", año IX, núm. 455, 28 de enero de 1926, p. 19.
"Calvicie", año X, núm. 492, 14 de octubre de 1926, p. 33.[**]
"Odio, muertes y eruditos", año X, núm. 506, 20 de enero de 1927, pp. 50, 65.
"México-Puebla", año X, núm. 517, 17 de marzo de 1927, pp. 47, 62.
"*Return ticket*", cap. I, año XI, núm. 525, 2 de junio de 1927, pp. 44, 54.[**]
"*Return ticket*", cap. II, año XI, núm. 526, 9 de junio de 1927, pp. 32, 45.[**]
"*Return ticket*", cap. III, año XI, núm. 527, 16 de junio de 1927, p. 15.[**]
"*Return ticket*", cap. IV, año XI, núm. 528, 23 de junio de 1927, pp. 32, 54.[**]
"*Return ticket*", cap. V, año XI, núm. 529, 30 de junio de 1927, pp. s./n., 58.[**]
"*Return ticket*", cap. VI, año XI, núm. 530, 7 de julio de 1927, pp. s./n., 43.[**]
"*Return ticket*", cap. VII, año XI, núm. 531, 14 de julio de 1927, pp. 19, 59.[**]
"Honolulú", cap. VIII de *Return ticket,* año XI, núm. 532, 21 de julio de 1927, pp. 8, 52.[**]
"Las playas en el Hawai", cap. IX de *Return ticket,* año XI, núm. 533, 28 de julio de 1927, pp. 35, 63.[**]
"Sobre las frutas hawaianas", cap. X de *Return ticket,* año XI, núm. 534, 4 de agosto de 1927, pp. 20, 64.[**]
"Las razas en el Hawai", cap. XV de *Return ticket,* año XI, núm. 535, 11 de agosto de 1927, p. 17.[**]
"Breve historia del mundo hawaiano", cap. XII de *Return ticket,* año XI, núm. 536, 18 de agosto de 1927, pp. 39.[**]
"Del lenguaje hawaiano", cap. XIII de *Return ticket,* año XI, núm. 527, 25 de agosto de 1927, pp. 38, 65.[**]
"*Return ticket*", cap. XIV, año XI, núm. 539, 8 de septiembre de 1927, p. 18.[**]
"Síntesis de la plática de Salvador Novo sobre representaciones modernas del teatro", año XI, núm. 540, 16 de septiembre de 1927, pp. 29, 80-81.
"*Return ticket*", cap. XV, año XI, núm. 541, 22 de septiembre de 1927, p. 20.[**]
"*Return ticket*", cap. XVI, año XI, núm. 543, 6 de octubre de 1927, pp. 42, 83.[**]
"*Return ticket*", cap. XVII, año XI, núm. 546, 27 de octubre de 1927, p. 17.[**]
"*Return ticket*", cap. final, año XI, núm. 548, 10 de noviembre de 1927, p. 30.[**]

“Janitzio”, año XI, núm. 549, 17 de noviembre de 1927, p. 30.
“Calendario”, año XI, núm. 557, 12 de enero de 1928, p. 9.
“Calendario”, año XI, núm. 561, 9 de febrero de 1928, p. 4.
“Calendario”, año XI, núm. 562, 16 de febrero de 1928, p. 65.
“Calendario”, año XI, núm. 563, 23 de febrero de 1928, p. 6.
“Música mexicana. Al margen de nuestras canciones”, año XI, núm. 564, 1º. de marzo de 1928, pp. 41, 58. [Véase *México Musical* y *Revista de Revistas]*
“Como se fundó y qué significa el Teatro de Ulises. Una conferencia preliminar”, año XII, núm. 575, 17 de mayo de 1928, pp. 21, 62.
“Sobre el placer infinito de matar muchas moscas”, año XII, núm. 576, 24 de mayo de 1928, pp. 16, 58.[**]
“Punto final”, año XII, núm. 579, 11 de junio de 1928, pp. 9, 56 [Véase *Policromías]*.
“Noticia. Una nueva sección hebdomadaria”, año XII, núm. 593, 20 de septiembre de 1928, pp. 27, 59, 70.
“Páginas inéditas del *Return ticket”*, año XII, núm. 594, 27 de septiembre de 1928, p. 20.[**]
“Estantería” (Proustiana; Mexicana; Libros viejos; Libros nuevos), año XII, núm. 594, 27 de septiembre de 1928, p. 49. [Véase *La Antorcha Estudiantil.]*
“Estantería” (Peripecias de André Gide en México; Antologías; Libros mexicanos), año XII, núm. 595, 4 de octubre de 1928, pp. 8, 49. [Véase *Alborada.]*
“Estantería” (A la nueva generación; Sobre sor Juana), año XII, núm. 596, 11 de octubre de 1928, pp. 26, 61.
“Estantería (Panait Istrati; Armen Ohanian…), año XII, núm. 597, 18 de octubre de 1928, pp. 46, 55.
“Estantería” (Libros sobre México; Libros mexicanos; Libros en preparación…), año XII, núm. 598, 25 de octubre de 1928, p. 25.
“Estantería (Freudiana; Libros sobre México), año. XII, núm. 599, 1º. de noviembre de 1928, pp. 48, 54.
“Estantería” (Roger Martin du Gard), año XII, núm. 604, 6 de diciembre de 1928, p. 50.
“Un nuevo talento que surge: Efrén Hernández”, año XII, núm. 615, 21 de febrero de 1929, pp. 17, 53. [Titulado también “*Tachas,* de Efrén Hernández”, en *Excélsior, edición de la tarde]*
“Salvador estaba inmóvil”, año XII, núm. 619, 21 de marzo de 1929, p. 7.[**]
“Generación anecdótica, año XIII, núm. 631, 13 de junio de 1929, p. 15. [Véase *Excélsior]*
“Carta atenagórica al ‘Ilustrado’ sobre quien no lo es”, año XIII, núm. 634, 4 de julio de 1929, p. 16.
“Mi peluquero habla de política…”, año XIII, núm. 642, 29 de agosto de 1929, p. 30.
“Mujeres y literatura”, año XV, núm. 764, 10 de diciembre de 1931, p. 33. [Véase *Excélsior]*
“Acuarela de Agustín Lazo”, año XV, núm. 775, 17 de marzo de 1932, pp. 14-15.
“De Michoacán a Jalisco. El último libro de Salvador Novo” (primicias), año XVII, núm. 848, 10 de agosto de 1933, p. s./n.[**]

La Voz Nueva

“John Erskine”, núm. 5, 2 de diciembre de 1927, p. 9.

“Biografía de Salvador Novo”, núm. 14, 10 de febrero de 1928, p. 15.

“La *Kodak* ante el arte, a pesar de Hollywood. Einsenstein”, núm. 45, diciembre-enero de 1931, pp. 6-8. [Véase *Orientación*. Titulado también: “El arte de la fotografía”, en *Contemporáneos* y *Toda la prosa]*[**]

---

[*] Salvador Novo conservó entre sus papeles el recorte de este artículo; sin embargo, hasta el momento de cerrar la edición de este libro no se localizó la revista en la que apareció.

[**] Incluido en *Toda la prosa*.

[***] Incluido en *Toda la prosa*. Salvador Novo conservó entre sus papeles el recorte de este artículo; sin embargo, hasta el momento de cerrar la edición de este libro no se localizó la revista en la que apareció.

A QUIEN LEA
NOCHEBUENA

¡Diciembre, enero! Estos nombres se nos imaginan personas; son viejos conocidos nuestros estos días grises en que se impregna el aire de húmedos recuerdos. Nieve acaso en las cumbres, y, a la noche, hojear el libro con estampas y con huellas amables de dedos como lápices. Se recoge temprano la familia. El frío pellizca las narices y humea el aliento. En una noche así, como las nuestras mexicanas, en un cielo así como el nuestro, de terciopelo, brilló una estrella conductora. Y los pastores despertaron de junto a la lana tibia de sus mudas ovejas, y alzaron su asombro al cielo. Y tres reyes magos se montaron en lánguidos camellos. Y se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar, y tenían túnicas de púrpura, y emprendieron la senda de la estrella, hacia Bethlehem, lugar de cabañas. Y un rey muy malo que se llamaba Herodes —ojos terribles, voz estentórea— había sabido por oráculos y por anónimos que cerca de sus dominios iba a nacer aquel niño maravilloso que iba a reinar verdaderamente entre los hombres y a decir la palabra verdadera, y ese rey malo hizo matar a cuanto niño encontró, sin piedad de su llanto desgarrador. Pero no llegaron sus furores al humilde establo de Bethlehem en donde se detuvo la estrella. Allí había una dulce tibieza y todas las cosas emanaban música inoída. Un niño tierno y blanco, sobre paja tibia, entre cánticos. Dicen que hubo ángeles a su lado. Yo sé que lo acompañaba su madre María y que le daba su caricia una vaca rubia. Y los tres reyes magos destaparon sus ánforas de esencia y las nubes fueron escala para el descanso de los seres del cielo…

Tenemos aún otra idea de estos días gélidos. Aquel viejecito encarnado, con una caperuza roja, sonriente y lleno de bondad, regordete y que se nos entra por la chimenea a llenar las medias de juguetes. Días todos de símbolo, de blanca majestad. Muere San Silvestre. Brillan extraordinariamente los astros. Y entre la alegría loca del mundo que se siente un año más viejo, llega por oriente la fe de un año nuevo. Y a contar de nuevo los días, los meses, las estaciones…

Pensad, siquiera una vez, mientras os embriagáis de fiesta en estos días musicales, en que celebráis no otra cosa que el nacimiento de un niño que quiso ser igual a todos los otros niños para ser después igual a todos los hombres. Pensad que ahora es cuando nacen los propósitos de la vida que haremos el año próximo. Y resolved en vuestra alma que haya mañana felicidad en la tierra. Sabemos cuán distinta palabra es Felicidad que Fascistismo o Bolshevismo. Ninguna voz de éstas nos satisface. Sabemos que la Felicidad se alcanza sólo alejando el sufrimiento nuestro, y el que produce el ver sufrir a nuestros hermanos pequeños que se parecen al Niño Dios y que sí tienen remedio y que sí tienen importancia.

S. M. El Niño, año I, núm. 2, diciembre de 1922, pp. 1-2

[SIN TÍTULO]

LOS TEATROS de Nueva York han agotado las formas interesantes —hace dos años— del teatro ruso. Hoy ha tenido éxito inmenso *El secreto de los robots.* En lengua checa *robot* significa muñeco. Una vez el hombre, perezoso e inteligente, se sustituye a sí mismo con muñecos de su invención a los que llama *robots* y que aprenden a hacer lo que el hombre de manera asombrosa; van a la guerra y se destruyen, labran y cubren su frente de sudor. Y un día el hombre llega a ser tan inútil que los *robots* piensan en hacerlo desaparecer. Y tras un numeroso parricidio, los muñecos sabios pueblan únicos el mundo. Sólo conservan allá en un laboratorio a un hombre que los haga. Porque era el único secreto que los *robots* no conocían. Pero un día aquel hombre muere; han pasado 20 años, tiempo máximo que duraría la vida automática de los dueños del mundo, y su angustia ante la seguridad de un exterminio inevitable no puede describirse. Vagan por los valles sin hallar el secreto de la vida eterna, hasta que uno de ellos, Adán Robot, tropieza con Eva Robot *under a spreading chestnut tree…* Y el secreto que salva a aquella humanidad desolada reside en el amor.

De la tierra de Smetana, la admirable y flamante República Checoslovaca, es M. Chapek, el autor de *El secreto de los robots.* Con su hermano ha escrito y estrenado en Praga otra obra —simbólica de los siete pecados y muy interesante— con éxito grandioso. La antigua Bohemia, que después de siglos de dominación oficial alemana al formar parte de Austria-Hungría ha conservado maravillosamente pura su lengua, prohibida siglos, tiene que revelarnos muchas cosas.

México Moderno, año II, núm. 4, junio de 1923, pp. 253-254

¡QUÉ MÉXICO!

Novela en que no pasa nada

LEVANTÓSE temprano, alegre. Sentía, al respirar, su corazón. A tales horas, no es probable sufrir calor ni ver gente. Abrían las tiendas; de las panaderías flotaba un "santo olor" y había quien ya volviese de misa y quien fuera, temerosa de atravesar las bocacalles bajo sus años y sus chales oscuros, a la última llamada de la de siete.

Detuvo un camión. Los trenes urbanos, como personas decentes, iban lentos zafando el trole en las esquinas, mientras los "rápidos" atropellaban los minutos como nuevos ricos. ¡Todo, todo igual! Algunos carteles recientes. "Se prohíbe fijar anuncios." Bajóse. Siguió caminando. Todo lo conocía. Sólo que su ciudad le era un libro abierto por segunda vez, en el que reparaba hoy más, en el que no se había fijado mucho antes.

Leía con avidez cuanto encontraba. ¡Su ciudad! ¡Su ciudad! Estrechábala contra su corazón. Sonreía a sus cúpulas y prestaba atención a todo. Sin duda a pasos lentos, pero su

ciudad se clasificaba; para cada actividad señalada, remedios o gentes especiales. Ya los helados no son solamente de limón, de chocolate, de fresa o de “amantecado” como solían. En aquel Lady Baltimore las listas eran largas e incomprensibles. ¿Quién que no sepa pronunciar osará comerse un *marshmallow puff?* Y los *ice-cream-sodas,* vasos llenos de espumarajos y con dos popotes como los acusaba un su amigo provinciano, eran de mocha y de maple.

Los últimos caprichos del destino y deber del joven de la fuente-soda, saben a *life-savers*, ¡sí, sálvese quien pueda, con tales maples! Los *life-savers* a su vez tienen el sabor que deja una extracción de muela.

Hay dos grandes muestras de la fuerza que crea dividiendo en nuestra moderna sociedad. El aviso oportuno, en lo moral, y la casta de los choferes en lo material. Nadie que use planillas ignora estos dos hechos. Anteriormente a la Revolución podía leerse el periódico entero y se podía atravesar las calles. Hoy los diarios dan demasiado papel y los hijos de Ford existen demasiado. Realmente hay poco pundonor en párrafos como éste: “Señora atractiva, con capital, solicita relaciones con joven fuerte y sin capital. Entrega inmediata. *Altisidora”*. O bien: “Modelo masculino, buenas formas, envía retrato a quien desee ocuparlo. *Fedro de Rubempré”*. Y más abajo: “Adorada. Te espero donde ya sabes. Lleva un pañuelo. *Tu mocoso”*.

También antes de 1900 no había propiamente ese tipo ágil que constituyen los choferes. Más lejos, en las diligencias y en los coches genéricamente de caballos, los aurigas eran serios, un poco viejos, o gordos o secos, pero siempre con algo de daguerrotipo y de incómoda silla real. Deben de haber olido a la paja que estornudaban sus caballos; eran respetuosos y leales. Sus esposas y sus hijos eran amantes con ellos. Pero las máquinas, este argumento de los socialistas, han puesto en deplorable lugar la domesticidad de los que conducen nuestras almas como si las llevara el diablo.

Ornitorrinco, la bicicleta surgió. Fue *chic* y hasta rápido usarla, en las carnicerías, y los doctores no se desdeñaban de hacer equilibrios sobre aquel toro bípedo y solípedo que no comía ni se entripaba ni podía matar a nadie. Ni a su jinete. Pero la bicicleta, nuncio de libertad, grito de Dolores contra la tiranía ya mecánica de los rieles, murió en flor. Hoy sólo las usan los niños bien, en las calles privadas. Uno que otro señor, si se atreve, va incómodo y lleno de vergüenza. Ya agonizaba por 1905. En los estanquillos hay tarjetas postales en que con bombín claro, traje de cuadros y elegancia a lo *Chóforo* Canseco, un señor le lleva a su amada flores en bicicleta.

Tráfico tan constante reclamaba una orientación. Y he aquí que, vestidos de *policemen*, sobre un banco ridículo, empezaron dos o tres agentes de tráfico. Se hacían enredos; y se proyectaron semáforos. Los primeros decían: Siga en verde y Alto en rojo, *stop and go*. Luego los trajes de los inspectores no fueron tan costosos, ellos fueron más, y los semáforos se castellanizaron: se les puso un paraguas que funcionaba mal y ahora dicen alto, adelante y peatones. Cuando leen lo último todos los que se consideran peatones se adelantan; otros hay que esperan a que diga otra cosa.

Ya oscurecía sobre la ciudad. Los periódicos de la tarde decían cosas tremendas. “¡Muerte del general Fulano!” “¡La ciudad quedará sin agua!” “¡El gobernador de Doublecross Town ha hablado del reconocimiento!”

Y se perdían las tiernas voces cuyo futuro desvela a doña Teresa Farías de Isassi.

Se presentían las seis en las oficinas. El caer de la última letra en el oficio urgente; luego sacar el papel, prenderle un *clipper* y ponerlo en el gran escritorio. Cerrar la máquina y emparejarse el polvo, ya al salir en bandadas encantadoras.

El jefe se queda un poco, naturalmente, y parece pensar. Los empleados, soplando humo, cepillan con garbo el traje que hizo La Metrópoli, a falta de Bucher Bros, y que tiene botones planos y una “abierta” de 12 pulgadas.

Y todo el mundo, más o menos, irá a llenar la avenida Madero. Ya la enredosa señora Calderón de la Barca notaba esta costumbre jurídica de pasarse revista por San Francisco. Estarían en El Globo, en Sanborns, por el Iturbide, los “grupos bobos” de que habla con tan asombrosa propiedad Armando de Maria, etc. Las señoras, de compras durante la tarde, saldrán presurosas de las tiendas sin haber comprado nada.

Telones lentos de acero. Al pasar por el Salón Rojo un gajo de ópera tocada en la marimba. Y, guardián de El Globo, aquel imponente señor a quien sus alegres colegas han puesto un nombre tan cruel…

Se murmuran cosas muy graves de ése y de otros señores de edad que también se exhiben alineados. Es muy probable. Aunque ya debe de hacer tiempo, en sus años mozos visitaron la Ciudad Lux. ¡Y allá dicen que son tan *raffinés!*

Pasan en ómnibus las actrices un día de moda. Y los autos de las familias con mazorcas de chicas inmóviles y *flappers* como han visto en los figurines. Apenas si torciendo un labio, saludan a aquel señor. Pero él ¡se pone tan contento!; ¡ya verá esa niña lo que es lujo si le toca el grande en la Nacional de que tiene dos huerfanitos, que un jorobado le ofreció…!

El señor Alfredo B. Cuéllar, de aptitudes enciclopédicas, ahora defiende en inglés un par de zapatos. Luego está en mil formas la habilidad manual indígena al servicio de otra habilidad no manual ni indígena. *Mexican curious.* Y por fin, en la Maison de Luxe, muchas señoritas con cólicos.

Sanborns the house of tiles, se atesta de la misma gente. Hay displicencia en los pedidos y en las actitudes. ¡Qué México! Se aburre uno. ¡Todas las tardes té, mermelada! ¡Y ni siquiera se puede hablar de algo nuevo que le haya sucedido a alguien! Fumar… esta boquilla está esmaltada. Parece que las pavas reales van a poner entre las lámparas…

Discos Víctor. Ese joven amable es, realmente, un tipo de cine. En su casa usará pijamas. Sabe el catálogo reciente. ¿Pero cómo hará para peinarse tan lisa y llanamente?

Lady Baltimore. El joven de la fuente antes se llamaba precisamente Narciso. Ahora dos niños toman *sundaes* de cereza, en sillas de juzgado. Adentro, en una mesa, deslumbrante, don Manuel G. Revilla sopea un café con leche. Paga y se va, tropezando, a escribirle a don Julio Cejador y Frauca. Ya a las siete y media no hay lugar. Ni modo de comer parados. Y aunque por disminuir los atractivos del lugar no hay música, esos jovencitos que han tomado unos té y otros nada, fuman como si nadie existiera.

Crisis del paseo en automóviles. Los *klaxons* se contestan como gallos. Y hay que saludar, porque sonríen los jóvenes que manejan sus ahorros.

Las 10. Los teatros se abren. Los cines supuran familias. Un tren lo encamina a su casa. El gendarme ronca. Los chicos incunables se arropan en carteles que ya no sirven. El día impreso los envuelve. Todo habrá cambiado mañana. Todo lo que no preocupa.

Lo que hice hoy —dice el joven soltando sus zapatos— no tendrá ya objeto mañana. Hay

cosas invariables, que gustan siempre. Tengo sueño; siempre me gustará dormir. Pero mañana se habrá muerto alguien. Hay estadísticas como leyes —no leyes mexicanas— que se cumplen siempre. Yo puedo ser alguien y morirme. ¿Qué es un siglo para San Pedro? Sería divertido que yo resultara objeto de investigaciones. Se me acusa de ser muy alto. ¿Y por qué no habían de equivocarse los eruditos?

La Falange, septiembre de 1923, pp. 346-349

MANUSCRITO DE UN HOMBRE COLONIAL

OTROS con ello habrían podido hacer un libro. Mas yo cuento aquí lo que recuerdo —¡oh, será todo!— de aquellas páginas inquietas. Es Villarce una muerta ciudad antigua. Como los frutos, se recoge y empequeñece, aterida con frío de siglos, hoy, hacia el tren ciego que pasa incendiando el césped reptil. Allá, llevado fui no hace mucho, por aferes de mayorazgo póstumo. Los condes de Espino, que se enlazaron a los López en el siglo XVII, han extinguido su sangre azul. Yo pienso morir pronto y célibe. Aquellas nobilísimas casas, la una de puro y muy remoto origen italiano; goda la otra, turbulenta y magnífica, dieron raros tipos complejos, místicos unos, y misántropos, malos y crudelísimos otros. Nada de ellos resta que algunos graves retratos deformes. Sus tumbas se ensombrecen hoy de amaranto y su castillo, fraccionado, tiene rotas las armas de piedra sobre el puente y de la capilla se ha ido Dios.

Ávidos de cosas nuevas, llegaron con el segundo Velasco a la Nueva España y fundaron su casa y su ciudad. Bien pronto les hastió este ambiente siempre hostil y la sumisión de babosa de los indígenas. Los condes de Espino volvieron a viajar y se perdieron en nuevas conquistas. Sólo Francisco, que se metió a monje, y su hermana doña María, quedaron en la Nueva España. Casó ella con don Antonio López, nieto de aquel López que con don Francisco Vizano emprendió la conquista del Perú. Pródiga con ellos fue la diosa fecunda. Sus 11 hijos se diseminaron en misiones de corte. A la muerte de doña María, que siguió de cerca a su esposo, quedó el castillo sólo habitado por doña Araceli, la cual casó con don Andrés de Castelblanco. Sólo un hijo pálido nació de aquel matrimonio. Don Andrés era débil y misteriosos sus ojos clarísimos. Doña Araceli, fuerte y grave, cuidaba poco de su hijo, que crecía en manos terceras y religiosas. Murió don Andrés, tísico. Y entonces doña Araceli tuvo que llamar cerca de ella a su hijo; y una mañana la hallaron muerta de veneno, sin una carta, sin un gesto.

De este último conde, cuyo retrato la guerra de Independencia evitó conducir, voy a hablar. Él redactó sus memorias y yo voy a decir tan sólo algún matiz de aquella vida, de este hombre que habría sido mi amigo de no haber sido mi abuelo.

II

Voy, pues, a repetir las hojas amarillas que me encontré al azar en un viejo cofre del castillo

de Villarce.

Viernes

“…Sólo a ti que eres yo mismo, puedo hablar de mí. Hace tiempo que escribo estas memorias mías que a todos oculto. Siento a veces que el grito más desolador, que el ‘para qué’ me invade al escribir, ¡oh, diario mío! Porque a mi muerte, que veo y deseo muy próxima, habrás de desaparecer en fuego u olvido; y yo no tendré hijos. Y mis primos, los Espinos, errantes y diversos, no vendrán nunca a este pobre y viejo castillo que miro en ruinas ya. ¿Y quién habría de amarme?

Y bien, mi madre ha muerto, envenenada por sí misma. Esa mañana gris, en el oratorio, tras los breves cristales, las gotas de lluvia ansiaban verla por una vez póstuma y los cirios gruesos sostenían en flote su luz ficticia en la blanca del alba. Allí estaba ella, closa la boca cual tras mucho rezar, el crucifijo de oro sobre el corazón, entre las manos largas, luengo el hábito leve y como con amor los párpados bajos…

Surgió de mí, trémulo llanto inagotable; mas lloraba yo por mí mismo, fuera de todo afán exterior como si aquella muerta me asustara el alma infantil. O como si de pronto —¡oh, Dios mío!— viera yo que fuera del mío hay el dolor de la vida a la que no me he asomado nunca.

Un idéntico lloro habíame estremecido en el colegio cuando una santa imagen me pareció demasiado perfecta o incompletamente acabada. ¡Señor, Señor! Fuera de la consagración de tus manos que santifica las imágenes de madera y las hace venerables, hay acaso la consagración de la mano del hombre que las hizo. Y pugnan ambas santidades, que lo es la humana. ¡Oh, cuántas veces en mi retiro sórdido y voluntario temblé y lloraba con aquella expresión que el rostro inmóvil y angustiado de algunos santos tiene! Un aroma me recordó, frente al túmulo de mi madre, aquel ultraterreno llorar.

Lunes

Desde que estoy aquí, frente a mí mismo, no había casi hablado con nadie. Habíame aun negado a recibir a mi confesor, con su escándalo…

Ayer, todo el día, estuve en este cuarto enlutado. Hice cubrir con mantos negros estos retratos que miran tan horriblemente y estas armas inválidas. Echéme a meditar la sacra Biblia:

‘Numquid irritum facies judicium meum. Et condemnabis me ut tu justificeris? —Job-X-I-3.’

Inexplicablemente abrí la ventana: un incendio fértil de sol entró en mi corazón y una frescura azul de tarde acarició mis cabellos. Conturbéme. ¿Por qué este orgullo insólito? En un cielo tierno los pájaros cruzaban. Mas yo estaba solo, ¡solo!, en mi noche interior, frente a un Dios enfermizo y lleno de heridas. ¡La Vida, la Vida! Asirla con garras crispadas… Ese debe ser Dios, el viento. ¡Allá debe estar Él, en el horizonte! Mas ya el sol se enfriaba como una brasa y volví a mirarme. Tengo los brazos pálidos y flacos. Mis manos no podrán asir la vida, porque sólo saben rezar por pecados que no cometí. Mis ojos son débiles y este corazón

sensitivo los hace siempre humedecerse. Esta boca no podría besar.

Jueves

He soñado anoche. Me vi en un bosque huraño y fuerte, lleno de siglos y de aromas. Había un lago; había frutos; yo mordí una manzana y una sed incógnita despertó en mí un nuevo sentido.

Ahora la Vida saldría de mí como de un cofre pródigo en el que hasta entonces se hubiesen acumulado monedas inútiles. Desnudéme. Había un estanque. Y en el momento de arrojarme, un ave preludió su cantar y la menta dio sus aromas. Me asomé al estanque. No era ya el mismo. En mis ojos había luz. Mis brazos no eran ya flacos ni pálidos y me sentía, si no aún robusto, armonioso ya, claro y bello. Me froté dos horas, jugando con el sol entre las hierbas, lleno aún de diamantes el cuerpo mío.

Domingo

He salido al campo azul y melodioso, por la primera vez.”

Termina en esto el diario de mi abuelo. Su tumba no se halla por parte alguna. Tal vez un insurgente diera buena cuenta de su cuerpo. Quizá él huyó de su alma antigua, de su horrible castillo, de su vida ficticia entre los libros que los viejos escriben amargamente y que habían ahogado su amanecer. Acaso vive en mí…

El Universal Ilustrado, año VII, núm. 354, 21 de febrero de 1924, p. 43

LIBROS Y REVISTAS QUE NOS LLEGAN[*]

MAHATMA GANDHI, por Romain Rolland. Librería Stock, Delamain, Bouteillier et Cie., París, 24.—El padre de Jean Christophe, de Pierre et Luce, el biógrafo distinguido de Miguel Ángel, fiel a su programa de presentar las ideas superiores en los hombres que las han realizado, acaba de lanzar al público, en este tomo lírico, un apasionado análisis de la obra de Gandhi de la grande alma. Es la segunda vez que lo atrae el Oriente, después de la *Vida de Buda*, en su serie Vidas Ejemplares, de las cuales la Universidad de México ha traducido, en tomo de sus clásicos, las de Beethoven, Miguel Ángel y Tolstoi. Como es natural, tratándose de una vida actual, el plan de la obra es menos extenso, menos documentado, menos de crítica y más de exposición enfática que los anteriores. Luego de relatar los azares del atormentado patriota y de analizar las sublimidades de su anhelo de independencia, su renunciación al lujo y a la comodidad, su vocación patriarcal, Rolland, ya en plena aura sentimental, se fija a un tiempo en el milagro del sueño luminoso de Tagore, semejante al Ganges, que ha abrazado en su corriente al Oriente y al Occidente, y en la no menos formidable ola de actividad del Gandhi. Y predice el triunfo de la causa de amor, de abrazo, entre todos los seres, de los dos

distinguidos hindúes, "si no hoy, en otra reencarnación, o aun en otra, porque el destino de un pueblo inmortal que desprecia los efímeros yugos de un imperio británico pasajero como todo lo vano, como Brahma, no tiene fin, ni principio".

A Family Man and Other Plays, por John Galsworthy. Tauchnitz Edition, Leipzig, 1924.—Las baratas y selectas ediciones Tauchnitz siguen poniéndonos al día en cuanto a autores ingleses y norteamericanos. La fortuna de no ser colonia inglesa nos permite que entren a nuestro país esas ediciones y la fortuna de hacerse en Leipzig nos permite comprarlas baratas. Entre algunos tomos, no muy selectos, encontramos a Galsworthy; al contrario de Shaw, a quien se acusa de burlarse demasiado de sus lectores, Galsworthy casi los toma en serio. Su *Hombre de familia* podría vivir entre nosotros, postulado para algún puesto público por sus ideas conservadoras, pero con dos hijas, una de las cuales tiene cara cinematográfica y quiere aprovecharla, mientras que la otra cree en el amor, pero no en el matrimonio. El hombre de familia tiene mal carácter y buen gusto. Se deja acariciar por las camaristas francesas, pero monta en ira si alguien se lo reprocha. Y después de un conflicto artificial que pudo concluir en divorcio, en disolución de un hogar, el hombre de familia vuelve a su casa, renuncia a los honores de su puesto y se sienta a leer el periódico cerca de su mujer, que teje.

Contiene el tomo dos comedias más, *Lealtades*, de trama un tanto policiaca, pero muy "inglesa" en cuanto al orgullo de la raza, y *Ventanas*, pieza encantadora que se desarrolla en una familia de literatos, con un limpiaventanas filosófico (que recuerda un poco al criado de *You Never Can Tell*, de Shaw), cuya hija ha sido madre y asesina de su hijo por casualidad, luego peinadora y ahora desocupada. Logra hacerla entrar como criada en la casa de los literatos. Éstos, compadecidos de que haya estado en la cárcel, sin oportunidades, sin "ventanas" por las que ver el mundo y la vida —consuelo de los que renuncian— tratan de reformarla. Fracasan. Ella tiene ciertas ligas con un *soo-tenor*, como pronuncia el policía que lo aprehende. Y el limpiador de ventanas, y la cocinera, aseguran que las almas son como ventanas, y por mucho que se les limpie, no puede hacerse cambiar su consistencia.

Otros tomos recomendables de los últimos, en la Biblioteca Tauchnitz, son *Anthony John*, de Jerome K. Jerome, y *Men Like Gods*, de Wells, hoy que, según se dice con razón, *all's Well's*.

Vanity Fair. Mayo de 1924.—Acaba de llegar esta lujosa revista. Como en todos los números, más de su mitad la llenan vistosos anuncios que nadie ve. Luego un artículo sobre la política inglesa y la significación en ella de lady Nancy Astor, por Philliphe Guedalla. Un diálogo de Nib, El amor señor Lúculo, un tanto Molnar, hoy que falta, por casualidad, Molnar entre los colaboradores. "El Idiota", de Henri Barbuse, inaugura la colaboración del distinguido francés. El dinamarqués Georg Brandes saca a flor el primer amor de Voltaire. Hay una galería de retratos de los impresionistas franceses más distinguidos, Manet, Guillaumin, Pissaro, Boudin, Monet, Sisley, Degas, Renoir. Y vienen finalmente los artículos que más nos han seducido: "Buskins on Broadway", por Heywood Broun, y "How to Write a Tragedy", por Aldous Huxley. Es admirable la ductilidad mental de estos escritores para abordar con la misma perfección un tema frívolo que un tema profundo. Ayer apenas, Huxley firmaba un

verdadero tratado contra la cultura en los artistas, demostrando cómo nuestra moderna admiración por todos los rumbos del arte ha llegado a ser nociva y perjudicial a la producción. Carecemos de un credo porque carecemos de limitaciones, indispensables a la producción importante. Y hoy hace perfecta ironía de la tragedia, escribiendo una a la vista del público. En tanto que Heywood Broun que explicaba hace poco por qué no deja de fumar, hoy aborda la distinción del concepto de la tragedia antiguo y el moderno, y halla, con plausible acierto, que sólo *Macbeth* y *Ricardo III* son, dentro del teatro de Shakespeare, tragedias en el sentido moderno de la palabra o de la idea, porque no hay muerte. Para nosotros ya la tragedia no está en morir. Está en vegetar con nuestro fracaso. Además, la versificación shakesperiana nos halaga el oído, pero no nos suspende el corazón. Cuando sus héroes agonizan pónense a hacer una epopeya perfectamente aconsonantada, y la emoción huye de nosotros, y sólo deploramos la muerte de Marco Antonio porque no nos va a seguir diciendo más bellos versos.

Nuestra América, año V, tomo VII, números 46-47.—Salta a los ojos la bondad extrema del señor Stefanini. Sostiene una revista mensual de difusión cultural americana y recibe colaboraciones de todo el mundo. Luego se espera a tener muchas poesías —no tiene, seguramente, que esperar mucho— y lanza un número de poesía clasificada por países. Lo integran 56 poetas, todos ellos jóvenes. Nuestras patrias prometen, a no dudarlo. Y lo reprochable no es que se haga un esfuerzo por vulgarizar y estrechar las relaciones de unos con los otros poetas, sino el poco tino que campea en la "selección". Como no conocemos otro país tan a fondo como el nuestro en esas cuestiones, por él juzgamos. Ignoramos totalmente a personas tan dulces de nombre o de hechos como el señor Josué Mirlo, a venusinas escritoras como María del Mar y a poetas para quienes "pensar es un fardo", como en el señor Esquivel Pren. Y si nosotros los mexicanos no conocemos a los bardos con quienes contamos —acaso personas, que las ha habido siempre, lo suficientemente desenfadadas para ofrecer una colaboración que los periódicos nacionales no aceptarían, a periódicos extranjeros—, ¿cómo podría el buen señor Stefanini darse cuenta del valor postal de colaboraciones continentales abrumadoras? Y él queda justificado, pues, y absuelto por la opinión pública. Pero, ¡ay, señores Diego-Padrós, César Rodríguez, Octavio Fábrega y otros más cuyos nombres celebramos no recordar!

El Universal Ilustrado, año VII, núm. 365, 8 de mayo de 1924, pp. 3-4

Antología de jóvenes poetas mexicanos. Selección de José D. Frías. Casa Editorial Ibero-Americana, París, 1924.—Organizada por Guillermo Jiménez, en Madrid por Alfonso Reyes, refundida enteramente en París por José D. Frías —según reza la advertencia preliminar— y recomendada por García Calderón, nos llega esta antología, en que se confiesa que no están todos los que son. El prólogo es jugoso, pero ya un tanto exprimido de la lírica actual (1922) que en París mi excelente amigo don Guillermo Jiménez. Sin reparar en el real, Voronófico, de Tablada, al tercer lugar entre los jóvenes, que lo que muchos en el sentido poético nos parece un tanto barroca la distinción cronológica de los autores. Muy bien está, al principio, Ramón López Velarde. Mas estando en México, extraña un poco ver a Carlitos Pellicer junto a Julio

Torri, como se comprende que Enrique Carniado apenas si soporta encima a Francisco González Guerrero, a José D. Frías —cuya voluntad de omitirse debió haber respetado García Calderón—, Samuel Ruiz Cabañas y José de J. Núñez y Domínguez. Una final sorpresa nos presenta la antología: una pariente de Bernardo Ortiz de Montellano que se llama casi como él y que le plagia sus poemas.

He allí el peligro de emprender antologías que quieren ser actuales, de países en constante renovación, desde lejos. Al llegar a su destino, resultan atrasadas, si no mal informadas. Caso es éste, aunque no tan grave, porque no abrigó el propósito de Colón, sino sólo el de Cortés, como el de Ivan Goll al editar *Les Cinq Continents*, libro de quien ya se ocupó esta sección.

The Truth about my Father, por el conde León L. Tolstoi, John Murray, 1924.—El joven hijo de Tolstoi viaja hoy por el mundo con el privilegio de su nombre, justificando y propagando los ideales de su padre. Acaba de publicar en un volumen algunas reminiscencias interesantes de la vida de su padre. Se refiere con énfasis a su madre, para justificar su actitud al no querer seguir al autor de *Resurrección* a su voluntario y alucinado destierro. Casi la totalidad de los biógrafos de Tolstoi han hallado reprochable la actitud de su esposa. Pero comprendamos que el patriarca debe de haber sido una persona insoportable de acompañar. Cuenta después su hijo una memorable conversación que Iván Turguenef y su padre tuvieron y por fin pretende probar el error bolshevique, que no poca gente ha querido derivar de Tolstoi, tomando tan sólo de sus doctrinas la parte destructiva, dice su hijo, y olvidando que lo que él predicara insistentemente era el amor hacia todos los seres.

History of Art (vol. 4), por Elie Faure, traducida al inglés por Walter Pach, New York, Harper and Bros.—Cuando en el verano de 1922 nos visitó el pintor e ilustre crítico de arte Walter Pach y dio un curso de conferencias sobre arte moderno en San Carlos, había traducido ya los tres primeros volúmenes de esta obra magnífica de Ellie Faure, que se divide en cuatro tomos: arte antiguo, arte medieval, arte renacentista y arte moderno, y que la Universidad Nacional empezó a traducir, pero no publicó ni parcialmente. Acá la conocemos en francés desde hace ya tiempo. Pero la edición inglesa, al cuidado de un gran artista moderno, amigo de Faure, está más profusamente ilustrada, y el difícil, tortuoso y significativo francés de Faure está vertido al inglés más elegante y sugestivo. Casi al mismo tiempo ha aparecido otro libro de arte: *A Primer of Modern Art*, por Sheldon Cheney, del cual nos ocuparemos próximamente.

Recordemos, por último, que en el apéndice del libro de Faure aparece “le mexican Rivera”, como el más interesante, en su opinión, de los pintores nuevos, a la vez que su preocupación de las formas y de los conjuntos arquitecturales “que muestran la ascendencia española de Goya y de Zurbarán, como la admiración por Cezanne”. Hay que agregar que Faure, al escribir lo anterior, conocía la etapa “retratos” de Diego Rivera, y no lo que hoy hace.

La *International Book Review* de New York celebró un concurso para determinar cuáles son los 10 libros que han complacido más a sus lectores desde 1900. Luego el concurso tomó el giro no de libros, sino de autores, y el resultado fue el siguiente: H. G. Wells, 671 votos, 563

por su *Outline of History*, y el resto por otros 16 volúmenes; Blasco Ibáñez, *Los cuatro jinetes del apocalipsis* (471) y otros seis títulos; A. S. M. Hutchinson, *If Winter Comes* (355) y otros cinco libros; Winston Churchill, *The Crisis* (302) y otros ocho títulos; Edward Bok, *The Americanization of Edward Bok* (346); Giovanni Papini, *La vida de Cristo* (345); Booth Tarkington, *Penrod* (109); Joseph Conrad, *Lord Jim* (66); John Galsworthy, *The Forsyte Saga* (240), y Sinclair Lewis, *Main Street* (211 votos). Es curioso observar el nivel general de las lecturas americanas. Abajo, casi invisible en la lista, está Bernard Shaw, con 106 votos, y J. M. Barrie, con 121. Woodrow Wilson tiene también, cuando menos, 10 admiradores en la lista de votos.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 366, 15 de mayo de 1924, pp. 3-4

---

[*] A fin de evitar repeticiones, sólo en esta página se menciona el título de la sección que Novo publicó del 8 al 15 de mayo de 1924 y que abarca de ésta a la página 54.

LA SEÑORITA REMINGTON

(Diálogo fingido de cosas ciertas en que se demuestra que el tiempo no es dinero)

La señorita Remington apoya su silueta en el corredor de un tercer piso. El edificio es obviamente público. Lo ha decorado un pintor discutido, pero indiscutible, y funciona la balanza de dos elevadores gemelos. Dentro de las oficinas, en los percheros, maduran sombrillas, flores y frutos de la estación, y las máquinas, como las cabezas, están descubiertas, pero no funcionan mucho. En las antesalas, letreros pregonan que "no hay vacantes" y personas solicitan empleo.

El joven Tirteo cojea visiblemente del pie poético. Se acerca. Trae un libro pintoresco en la axila izquierda y adelanta la mano derecha con gesto amable y superior. Son como las diez y media de la mañana.

ELLA.—¿Ya me trae mis versos?

ÉL.—Acostumbro cumplir lo que prometo, mi dulce Remi. Sólo quería darle la sorpresa (produce tres cuartillas con jeroglíficos). Mi obra maestra, sin duda alguna. Van a ser el introito de mi próximo libro que llamaré… todavía no sé cómo. Quisiera, entre otras cosas, que usted me eligiera denominación.

ELLA.—¡Qué bonitos están! Pero yo he leído tan poco que no les entiendo bien. *(Él se sorprende.)* Sin embargo, me parece que usted me trata en ellos como si fuera una chiquilla…

ÉL.—¿Y no le halaga? Ya le halagará dentro de algún tiempo. Hoy no, porque lo es usted todavía.

ELLA.—¡Cursi! No sabe hacer elogios. Me ofende, como es costumbre nuestra, su sinceridad, culpa de su escuela literaria. Pero dejemos de hablar de mí. He leído, no sé dónde, que el "yo" es odioso, y las comparaciones también; pero ambas cosas constituyen la poesía, ¿no?

ÉL.—Dígame usted, Remi, ¿no pagarán… hoy?

ELLA.—Pierda usted la esperanza, como en la *Divina Comedia,* al entrar en la pagaduría. Pero yo creía que los poetas no curaban del oro… que les bastaría con el que desparraman en sus crepúsculos de varias sílabas…

ÉL.—Craso error, muy común. Ése era el concepto romántico de la producción sin elementos de riqueza, error económico. Será mejor que no lea más a Espronceda. No tener dinero es "una mala costumbre que debemos abolir".

ELLA.—¿Que no vuelva a leerlo? Nunca lo he hecho. Un mi novio me enviaba en todas sus cartas un trocito del canto a Teresa, y lo firmaba "de Espronceda" y más abajo su particular nombre "José". Y la pobre criatura se acaba de casar con una maestra de escuela…

ÉL.—¡Qué curioso! Tres dones le he pedido y a ninguno he tenido respuesta. Un nombre para mi libro, primero, una rectificación de sus lecturas, segundo, y tercero y más importante, cuándo pagarán.

ELLA.—El nombre para su libro debe elegirlo usted mismo, a menos que tenga, como las

novias, el nombre que merezca. En cuanto a mis lecturas, ¿qué libro trae usted?

ÉL.—*(Feliz de enseñarlo.)* Uno, de un padre. Los padres suelen ser muy inteligentes, pero nadie se fija en ellos. Se llama *Pour Comprende Einstein.* Ya sabrá usted que Einstein demuestra que todo es relativo. Usted no puede entender, porque no sabe matemáticas. Le pasa lo que con mis versos. Yo le confieso que tampoco. Pero lo que he podido entender me indica que Einstein (que en alemán significa "una piedra") descarta en lo absoluto el tiempo y el espacio, como ustedes cuando se polvean. Y que sólo porque así lo queremos creer, está el tiempo dividido en decenas… Yo, en verdad, ya no lo voy creyendo…

ELLA.—¡Pscht!… Absurdo, absurdo que trabaje usted por sueldo. Parece usted profesor normalista… Aprenda a nosotras las mecanógrafas. Somos las encargadas de sostener el crédito exterior del gobierno con nuestros decorativos alrededores. Nadie como nosotras para lanzar el grito de la moda. Cuando los periodistas, nuestros admiradores, un tanto envidiosos del puesto, organizan concursos de la empleada más apta, o encuestas entre nosotras, resulta al fin que gastamos las decenas con Mme. Combe, con Able, con Guerlain… Se infiere que trabajamos por la *mise en scène.* Nada más falso, en mi caso al menos. Como usted comprenderá, necesito pasar las horas del desayuno a la comida donde no estén haciendo las recámaras, y lo mismo en la tarde. Mi mamá y mis tres tías saben tejer, coser y cantar. Mis manos pulidas construyen nítidos ceses con márgenes para los afortunados. El sufragio efectivo, no reelección, así como el "doy a usted las gracias y le reitero las seguridades de mi atenta y distinguida consideración", los pongo ya sin ver las teclas. Esto y la taquigrafía me han dado una pésima letra, que sólo se compone cuando firmo la nómina. Pero esto sucede ya tan de tarde en tarde. Soy un caso perdido. Pero me queda la esperanza de agradecer algún día elogios como el que hace un momento me hizo usted. Habré de envejecer, de casarme y de olvidar a Einstein para quedarme con Espronceda. Comprenderé el *Canto a Teresa* y cuando relea los versos, éstos en que usted me llama chiquilla, le haré creer a mi hija que se los trajeron los Santos Reyes… Y ahora me voy. Tengo que enviar unos oficios, voy a ver si llegaron ya las tortas compuestas y a devolver el periódico de hoy, que me prestaron, con los anuncios de los cines. Es martes y hoy dan, a menor precio y con menos aglomeración, los estrenos del sábado. Ya ve usted que me estoy volviendo mujer práctica…

La señorita Remington ondula a lo lejos. A tres pisos de distancia inequívocas profesoras inquieren si hay pago y vuelven a tomar la puerta. La balanza del ascensor se agobia bajo el joven Tirteo, y éste sale, después de soltar un convencido ademán frente a las pinturas del pintor discutido.

FIN

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 366, 15 de mayo de 1924, pp. 27, 61

UN ESQUEMA DE LAS REVISTAS AMERICANAS

En 1922, en mi curso veraniego de literatura mexicana, al cerrar un ciclo de lecciones en que se había laudado la impertérrita pobreza de nuestros escritores, su desprecio al dinero y sus efímeras admirables revistas, la que pagaba Valenzuela, la *Azul,* la otra, ninguna de las cuales subsiste, en un arranque lírico proferí mi indiferencia hacia las de los Estados Unidos, que contenían, según mi opinión, magníficos anuncios de chicle y muy guapas muchachas.

Callaron todos mis discípulos, seguros, o con graves sospechas, de visitar por seis semanas las regiones del arte puro y resignados a volver a leer, más divertidos que los discursos de Urueta y Ramírez, los libros de Ring Lardner. Se fue la parvada de las rubias invasoras alegres; y unos días después recibía yo un paquete y una misiva, ambos de Long Beach, California. La carta era de Miss Catherine Vesta Sturges y el paquete contenía revistas americanas. Entre otras cosas, decía la carta: "su atinada (así decía) alusión a los anuncios de chicle me hizo dudar si las revistas nuestras a que está usted acostumbrado no son algunas de las más populares, tales como *Collier's* y el *Saturday Evening Post…* las tenemos también para la gente *highbrow* y ahí le van algunas muestras".

Mi estimada amiga me daba una lección de cordura. Confieso que hasta entonces, como todos mis contemporáneos, había procurado ignorar a los Estados Unidos. En la escuela se nos invita —o se nos invitaba, ya hace tiempo que no voy a la escuela— a odiar a los españoles y a despreciar a los sajones. De la primaria en adelante el odio se vuelve tolerancia, pero sigue siendo desconocimiento. Aprendemos francés con delicia y leemos en él la física de Ganot, la *Nouvelle Revue Française* y los *Poemas saturnianos* (la última novedad literaria). Pasamos sobre ascuas por las clases de inglés y nos contentamos con leer traducidos a Shelley, a Keats, a Byron, a Shakespeare y a Longfellow, Poe y Whitman. Aceptamos sin discutir la idea de que los Estados Unidos tienen rascacielos, opresión capitalista y máquinas, nada más… ¡Qué grande sorpresa para nuestros hombres de letras si les fuera dado asomarse al crisol admirable de los Estados Unidos!

LA ESPECIALIZACIÓN

Una amiga mía escribió un cuento en un curso práctico de novela. Le gustó al profesor y para publicarla la envió a un agente. Éste notificó que ya enviaba copias a 50 revistas, cuyos nombres citaba: mi amiga no había oído nunca el nombre de una sola de aquellas revistas, que publicaban exclusivamente cuentos cortos. Por supuesto que las hay quincenales, semanarias, que sólo publican cierta clase de cuentos, marinos, por ejemplo, o rancheros, exclusivamente. La diversidad de públicos, de autores y de empresas haría muy difícil una clasificación estricta y verdadera. Pero pueden señalarse, de la observación de las revistas más conocidas y prestigiadas, fenómenos interesantes hasta de psicoanálisis social.

LOS RANGOS

La aspiración de todo escritor de lengua inglesa que empieza a editarse es la de llegar algún

día a escribir para el *Atlantic Monthly,* porque esto significa los dos éxitos más lisonjeros para cualquiera: mucha fama y mucho dinero. Es la revista que tiene las más altas tarifas por palabra para el escritor y circula respetablemente, siempre tomada en cuenta como un valor definitivo.

Iguales entre sí en categoría le siguen el *Harper's,* el *Scribner's* y el *Century Magazine,* todos tres de reconocido prestigio y de gran seriedad, que publican ensayos, cuentos y poesía. Dentro del género "ensayos" tan inglés, tan dúctil, tan útil, tan Emerson y tan… Spencer, cabe todo el humorismo. Lo mismo Santayana que Frank Tannembaum, igual un comentario sobre la política inglesa que sobre el método educativo Dalton. También estas tres revistas pagan espléndidamente a sus selectos colaboradores. Se pagan los pequeños poemas, metidos como relleno, aunque se asombren nuestros poetas espontáneos y por ello no retribuidos.

Siguen en importancia, descendiendo, el *Dial,* revista mensual que va siempre a caza de manifestaciones nuevas; publica con frecuencia poemas extraños e ilustraciones superiores a la anatomía. Pero no se sostiene ese tono en la revista, de suyo equilibrada y razonable, cuyos tópicos centrales están siempre a cargo de expertos.

Podrían aglobarse en un grupo los *Cosmopolitan, Hearst's International, Munsey's,* así como los llamados "color magazines", el *Red Book*, el *Blue Book* y el *Green Book*.

Pero donde el gastado "sentido práctico" americano se revela más claramente es en revistas como el *World's Work, Review of Review* y *Literary Digest,* que parecen hechas para contener en pocas páginas todo cuanto importa que el hombre sepa de cuanto pasa en el mundo. Revistas de esta clase equivalen a una cápsula de información semanaria comprimida y ésta basta para quien dedica a otras labores imprescindibles todo su tiempo.

Dos revistas compendian el afán norteamericano de facilitar y vulgarizar la ciencia: *Popular Mechanic* y *The Scientific American*. No hay muchacho de *high school* que no las lea con la mayor atención, que no entre a sus concursos, que no siga sus indicaciones para construir aparatos en casa. Por este sendero de las industrias son verdadera legión los periódicos dedicados a las vías férreas, a los automóviles y últimamente a la radiomanía, especiales todos y exclusivos, con largas secciones de consultas.

Las revistas de moda son porción importante. El público de México conoce *Vogue* y *Pictorial Review*. Existen también en primer rango *The Delineator* y el *Ladies' Home Journal*. *Vogue* y *Vanity Fair,* de las publicaciones Condé Nast, que saben un poquito a Francia, nacieron simultáneamente para indicar la moda el primero a las damas, el segundo a los caballeros bien vestidos. *Vanity Fair* ha evolucionado y es hoy una de las revistas mensuales que con mayor agrado se hojean. Tiene un distinguidísimo cuerpo de redactores y de dibujantes de todas las naciones y su sección de modas se ha reducido a algunas páginas. Quien sea fino y tome alegremente la vida no dejará nunca de leer *Vanity Fair,* que trata ligeramente las cuestiones profundas y profundamente los asuntos que no valen la pena. Las personas que cuidan de su sala y de su jardín tienen el *House Beautiful,* el *House and Garden,* hasta el *Good Housekeeping*. Y los amantes del cine —¿quién no es amante del cine?— sabrán cuanto quieran acerca de la astronomía militante si le preguntan al *answer man* que inevitablemente hay en *Screenland,* en *Classic,* en *Photoplay,* en *Picture Play,* en *Theatre Magazine…*

Fuera no acabar en infinito mencionar una a una siquiera las más representativas revistas

yanquis. ¿Qué decir del *Geographical Magazine?* ¿Qué de revistas como el *Freeman, The Nation, The New Republic,* consagradas a la exposición y defensa de nuevas doctrinas sociales? ¿Qué de los perfectísimos periódicos musicales?

Puede afirmarse que no hay un americano que no goce con las *short stories* y que pocos habrá que no las hayan intentado, por placer o por perspectiva. La "ficción" se cotiza y se trafica. Hay una revista, el *Writer's Monthly,* dedicada a alentar a los principiantes. Acoge las producciones universitarias de quienes toman cursos de novela; hay también en las propias universidades publicaciones particulares muy interesantes. Pero sin duda el semanario más apreciado en el gusto popular de leer es el *Saturday Evening Post*. Ha costado siempre cinco centavos. La impresión de quien compra, al llevarse tanto papel de buena clase, es que se han equivocado en el precio. Ni durante la guerra, cuando todo subió de precio, dejó de valer tan poco. Y es que no lo sostienen sus suscriptores ni sus lectores casuales, sino el formidable precio a que cobra sus anuncios. Una simple plana vale 8000 dólares. Mucho más de la mitad del periódico la hacen de esas planas. El *Saturday Evening Post* es el semanario de mayor circulación en el mundo.

FENÓMENOS DE ATRACCIÓN

No se escapará a quien siga de cerca el desarrollo del periodismo norteamericano el hecho de que talentos de todo el mundo se acogen y se acomodan gustosos entre las páginas de anuncios. Últimamente parece haber entrado una boga por autores ingleses; desde luego Wells. ¿En qué linotipo no se ha pronunciado su nombre? Luego Gilbert Keith Chesterton, Clive Bell, lord Dunsany, Frank Harris, John Galsworthy, Aldous Huxley y el recién descubierto P. G. Wodehouse, cuyos folletines en el *Saturday Evening Post* han tenido tanto éxito. Y no sólo escritores de la misma lengua. Descartando a Blasco Ibáñez, a Papini, que se dejan traducir, no es raro hallar un inédito Gorki, un Barbusse, un Cocteau, un Satie, un Paul Morand, "envíos del autor".

OTROS FENÓMENOS

Merece atención especial la sección "Revista de libros" de todo, absolutamente de todo magazine. Los hay dedicados especialmente a libros, como el *Bookman,* como el útil suplemento dominical del *New York Times*. Pero los periódicos especialistas se atribuyen la tarea de criticar los libros que tocan su especialidad. Así *Poetry* —una admirable revista mensual, que ya olvidaba mencionar, y que dirige y edita en Chicago Harriet Honroe—, revisa exclusivamente libros de poesía o acerca de ella. Así el *Theatre Magazine* comenta los nuevos dramas publicados. Pero, como apuntaba, el *Bookman,* el *New York Times, Book Review* y el *International Book Review* revisan toda clase de libros sobre humanidades. Nunca es una persona quien revisa siquiera tres libros importantes. Un competente escritor autopsia una obra y calza con su firma el análisis. Al último hay un balance de los libros

"legibles" del mes, dividido en secciones y con una breve nota individual: Religión, Filosofía, Sociología, Historia, Novelas, Poesía, Drama, Pintura, Música…

EL SECRETO

¿En qué consiste que puedan los americanos proporcionar por 15 centavos una revista perfecta, con colaboraciones especiales y selectas, en excelente papel, con secciones interesantes, de muy agradable presentación, con preciosas ilustraciones? Acaso el secreto resida en la organización, en la especialización de labores y en la clarividencia del periodista yanqui. Ha hecho tantas revistas cuantas clases de almas hay, cuantas industrias, cuantas artes y cuantas aficiones. Ha pedido a los que explotan artes, industrias y aficiones un anuncio costoso y efectivo: ha llamado a quienes padecen industrias, artes y aficiones, a leer su revista, so pena de ignorar. Con este dinero ha llamado a los que dibujan y a los que escriben y les ha podido dar el suficiente para que nada más escriban, nada más dibujen y lo hagan bien. ¿Cooperación? ¿Astucia? Yo creo que esto se llama inteligencia y realización.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 369, 5 de junio de 1924, pp. 24-25, 45

UNAS CUANTAS PÁGINAS DEDICADAS A LOS SUFRIDOS EMPLEADOS DE GOBIERNO

LOS EMPLEADOS del gobierno han sido siempre nuestros amigos. En otros tiempos veíamos en la mesa de las taquígrafas, en el escritorio de los jefes, un ejemplar de este periódico durante nuestras visitas a las oficinas públicas, y en verdad que este pequeño detalle nos llenaba de orgullo. Además, nuestra simpatía hacia el gremio dimana del espíritu mexicano propicio siempre a la burocracia. Todos hemos sido, o somos, o seremos empleados públicos…

Ahora que el señor Pani ha anunciado categóricamente la reanudación de las bienaventuradas decenas, deseamos solemnizar ese acontecimiento con unas cuantas páginas, más o menos festivas, más o menos dolorosas, dedicadas a los trabajadores burócratas. Y crean, amigos nuestros que, si bien nos causarán un verdadero regocijo volviendo a exhibir ejemplares de este periódico junto a sus expedientes y minutas, no nos guían fines mercantilistas al ofrecerles, con toda sinceridad, unas cuantas páginas. Es que deseamos celebrar su nueva entrada a la vida, que se ofrece ahora a sus ojos, plena de goces, de dulzuras y de optimismos.

SU PREHISTORIA

No hace mucho que Aldebarán, que brilla por encima del universo por su oportunidad,

discreción y buen tino, proyectó llevar a cabo una encuesta mundial a fin de averiguar con exactitud quién fue y cuál el nombre del primer empleado público. Vano empeño. Si lo tuvo, perdióse, para hablar con propiedad, en la Oficialía de Partes del Tiempo. Nadie cuidó de conservar las primeras nóminas, más importantes que la quijada de Caín, y en las que a no dudar se hallaban claros y expresos los nombres del primer taquígrafo en sánscrito. Conformémonos con honrar su memoria sin saber su nombre. ¿Sabemos acaso el de quien inventó las camas, las sillas, los paraguas? ¿Le quedamos por ello menos agradecidos?

SU HISTORIA

Dejo las invocaciones de los famosos poetas y oradores que gozaron del favor real en cortes de España, de Italia y de Francia, porque a un clérigo no se le puede llamar empleado. En cierto modo es amo de sus feligreses, aun cuando sea siervo de Dios, y recibe dinero de sus inferiores a cambio de abluciones y absoluciones. El empleado vende las horas de su vida, durante las cuales podría pasear, a cambio de dinero que recibe despachando (a cualquier parte) los asuntos de sus superiores. Acaso el primer empleado fue la nodriza que usurpó las funciones de una madre lo bastante rica para sustituirse en ciertos casos. La madre patria, por ejemplo, cuyos hijos al destete somos todos, que nos ha dejado el quehacer de nutrirnos por nosotros mismos. Pero aunque no parezca muy patriótico, hay que confesar que el empleado es siempre más inteligente y menos rico que su amo. Sin aquél, ¿qué haría éste? Viene a las mientes la parábola de Menenio Agripa, que demostró, anticipándose un poquito a Spencer, que la sociedad es un organismo y que el estómago, como la cabeza, tiene necesidad de las manos y viceversa. Para Menenio y para Herberto somos células del cuerpo gigante; para mí y para el editorialista que dijo que la autoridad era el gendarme, este mundo no es sino una cadena perpetua de secretarios, de Dios para abajo. Todos dejamos a quien nos precede que haga nuestro trabajo. Los más altos asuntos pasan por el mozo.

LAS DECENAS TRÁGICAS

Mas si cada nube tiene un filo de plata, cada ilusión tiene también su lado malo. Los dueños de las casas mandan cobrar la renta mes por mes, los árabes cobran los abonos regularmente y la vida se trama de placer y dolor. ¡Ah! ¿Por qué se dice que músico pagado toca mal son? ¿No podría el gobierno pagar de una vez el sueldo total por vida de cada empleado y hacerlo millonario de sopetón? He pensado muchas veces en lo bueno que sería dormir de un tirón 30 años y vivir otros 30 sin bostezar siquiera, o enfermarse dos años de catarro y no volver a estornudar en la vida, o tener un año de sol y otro de luna, como diz que pasa en Europa… Así, a grandes rasgos, se le podría tomar sabor a la vida. Pero ¿qué puede hacerse con un descanso cada domingo, ocho horas de sueño y el 20% de la última decena de marzo?

LA DIGNIDAD DEL TRABAJO

Antaño, cuando la mendicidad era una virtud y no una profesión, las gentes de cierta calidad no trabajaban. Los nobles españoles sostenían su orgullo a costillas de su estómago. Más prácticos, los aristócratas de hoy prefieren cenar en un lugar caro y visible después de haber trabajado todo el día. Y es que el trabajo se ha dignificado. Todos lo practicamos por egoísmo y por altruismo y nadie se avergüenza por ello ni nadie, que yo sepa, rehúsa un nombramiento. ¡Estas escrituras públicas son tan agradables, tan dignas, tan elegantes, tan sobrias! Nadie podría resistir al C. Presidente de la República, que en uso de ciertas facultades, se ha fijado personalmente en usted y ordena que se le pague el sueldo anual que asigna a ese empleo la partida respectiva del presupuesto de egresos vigente.

Objetivamente, un nombramiento indica conocimientos, aptitud, competencia. Por dentro, quien lo recibe se felicita de tener tan buenas relaciones y empieza a hacer cuentas de lo que va a comprarse. ¡Cuántos hermosos sueños, cuántas flores! La postura hindú frente al escritorio liberta la mente. El empleado viejo, con hijos y mujer, la empleada antigua, tía de alguien y con un hogar a cuestas, el joven que iba a ser médico y se quedó en el viaje, la señorita que produjo la escuela Miguel Lerdo, cada cual se lanza a soñar.

LA LEY DE LA SILLA Y LOS PAGOS REGULARES

Sin embargo, la pacificación del país ha dado excelentes resultados, que se notan ya en el anuncio de pagos puntuales. Los extranjeros y los prestamistas, gentes nietzscheanas, se indignan al ver lo sufridos que son los empleados mexicanos. Dicen que deberían exigir, levantarse en armas y hacer huelgas, es decir, no trabajar.

Al propósito, la Unión de Damas Católicas, celosas del futuro de una raza por la que va a hablar el espíritu, acuerdan que se dé a las empleadas una silla cómoda para sus instantes de ocio, según informan los periódicos del domingo, y van a llevar a cabo su propósito. He aquí, pues, dos palpables progresos alcanzados por la Revolución: el día menos pensado os van a pagar todas las decenas, ¡oh, empleados patrióticos como Cuauhtémocs que habéis soportado el asfalto ardiente por el calzado *camouflage* antes que renunciar! Seréis ricos de un solo golpe, como los que se sacan la lotería. Podréis comprar las obras completas de nuestro distinguido huésped Vargas Vila, satisfacer al abonero y cambiaros de casa. Acaso alcancéis la barata de Sanborns. Mientras todo esto sucede, la Unión de Damas os ha buscado sillas cómodas.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 370, 12 de junio de 1924, pp. 15, 43

LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN PICTÓRICA JUVENIL

EL VIERNES 13 del presente mes se inauguró en el edificio de la Secretaría de Educación Pública una exposición de los trabajos ejecutados por los profesores que dependen de la Dirección de Dibujo. Se exhiben en ella cerca de 200 obras, todas tan significativas, tan importantes que merecen un comentario histórico, aunque sea dentro de los límites de un pequeño artículo.

EL SISTEMA BEST Y SUS LIMITACIONES

Hace algunos años, Adolfo Best Maugard, seducido por las manifestaciones prehispánicas del arte en México, analizó sus elementos y los redujo a siete invariables. Descubierta su patria, se lanzó a las primitivas fuentes persas y chinas para hallar satisfecho que en todo el mundo se habían empleado la recta y la curva en la expresión gráfica desde el principio. Estableció entonces una receta de mexicanismo en la cual como ingredientes los siete elementos de su sistema, supeditados a la regla única del ritmo y el compás, con la condición de que todo se presentara en un plazo, abolida la perspectiva y de que los volúmenes no se superpusiesen cruzándose las líneas. Al elemento únicamente decorativo de sus siete líneas se agregarían los motivos consagrados como populares por la tradición, de la jícara en que lo más común es la flor estilizada, el venado, el maguey y la china poblana. Se aplaudió sin reservas la innovación que presentaba novedad pintoresca, y se implantó en las escuelas primarias.

Pero se partía del supuesto de que los niños perdieran el sentido de la perspectiva y del volumen o carecieran de él. Poco a poco ellos mismos empezarían a querer expresarse, a "sombrear" sus dibujos y habrían de tropezar con la limitación artificial del sistema que se les implantaba. Querrían cruzar las líneas como se cruzaban en su mente o a su vista y se hallarían impedidos de hacerlo. Había, sin embargo, el deseo de crear un arte mexicano y se había creído que éste fuera el meramente decorativo de Uruapan, único que se ajustaba al sistema Best, por paradoja de campo. Se iba palpando que tenía infinitas limitaciones, que se ajustaba a reglas artificiales de mexicanismo gregario y monótono y hubo que pensar en otra cosa. "Y lo confieso —nos decía un amigo— que nunca he visto una china poblana sino en el Teatro Lírico y en los festivales culturales. Tampoco conocía los venados hasta que no los vi en Nueva York, en el parque zoológico…" Es necesario, en efecto, descartar estos símbolos demasiado artificiales, y hurgar, si se ha de expresar, si se ha de crear, en las almas, sin darles el libreto para que lo ensayen.

LOS RETABLOS RELIGIOSOS, ARTE POPULAR PURO

Manuel Rodríguez Lozano, al llegar a México, se dio cuenta del problema. México es un país con infinitas posibilidades de arte, por raza y por clima, pero se halla cohibido por una tradición neoclásica y renacentista que ha impuesto en la conciencia media del pueblo con los muñecos bonitos que llenan las iglesias, las casas "decentes" y la Academia de San Carlos. Nuestros coleccionistas y nuestros colonialistas han perdido el apetito desde que saben de la

existencia de Rivera y continúan adquiriendo cromos en la avenida Madero. Pero sus hijos asisten a las escuelas públicas, y sin que los padres se enteren, toman sus clases de dibujo. En ellos puede hallarse la salvación; ellos pueden, a diferencia de sus padres, distinguir una fotografía de una obra de arte y perpetuar una emoción sin ayuda de una *kodak*. Quedaba por hacer que el maestro les mostrara un camino, o varios caminos, y los echara a andar; quedaba también el problema de crear, de descubrir, más bien, un arte verdaderamente nacional y popular que tuviera puertas abiertas a la expresión individual, manera única de socializarse. Rodríguez Lozano comprendió el error de Best al jicarizar todas las expresiones y descubrió una manifestación vigorosa y antiguamente mexicana: los retablos. Estos retablos, que se hallan en muchísimas iglesias, escondidos de los purgatorios llameantes y como avergonzados, en su humilde anonimia, de hallarse junto a Cabreras consagrados, no tienen mayor pretensión que la de patentar un agradecimiento por un milagro o por un favor divino. Sus figuras son perfecta y significativamente deformes. Las anima un propósito superior a la anatomía y a la perspectiva regular; llevan en sí el impulso magnífico, religioso —no católico— que ha hecho grandes las épocas que ha invadido. Cumplen, sin conocerlos, los postulados de la estética más reciente: por medio de colores y líneas combinados de una manera significativa, entonan una música que no cuenta cuentos ni reproduce fisonomías reconocibles; que únicamente conecta al artista que “crea” con el artista que admira.

Divina facultad la de crear, dada al artista, y que no siempre ha querido usar, prefiriendo el arte tomado “del natural”. El artista es en ese sentido un dios que coloca las cosas y las personas donde le place, deformándolas en bien de la expresión individual. Esto iba a hacerse en las escuelas. Sin desechar el sistema Best, iba a partirse de él para la manifestación de asuntos, de cualesquiera asuntos. Una de las cosas que más ha perjudicado el arte en América es la aceptación no sólo de ciertos tipos de arte, sino, dentro de ello, de ciertos asuntos considerados exclusivamente artísticos. Un grito de independencia debe darse completo. Una renovación debe llevar hasta los verdaderos orígenes para empezar de nuevo. Es así como inconscientemente los jóvenes profesores de dibujo que hoy exponen sus obras han aportado una contribución personal de elementos populares artísticos que no han ido a investigar, sino que han venido a su corazón naturalmente, de sus recuerdos y de sus intuiciones. Se ha abolido la china poblana. El venado ha corrido asustado y se han presentado el Día de Campo, los Fuegos Artificiales, el Cementerio, la Boda, el Velorio, el Descenso, un precioso cuadro de Tilghman que mexicaniza el dolor de la madre, el Robo, cuadros de la Revolución, etcétera…

LOS JÓVENES PROFESORES

Rufino Tamayo, Huberto Ramírez, Antonio Ruiz, Agustín Romo, Abraham Ángel, Concepción Ramírez, Julio Castellanos, Refugio Lomelí, Clotilde Larrañaga, Erasto Cortés, Agustín Lazo, Hugo Tilghman, Juan Olaguíbel, Clotilde Carrillo, Pedro Gutiérrez, Aurora Alencaster, Rosario Cabrera, Manuel Centeno, Leopoldo Méndez, Xavier González, Ricardo Arias, todos ellos han presentado verdaderas revelaciones. Por un rincón, un cuadrito con un paisaje dulcísimo demuestra a los ojos más obstinados el paso que se ha dado, gracias al talento y al

empeño de Manuel Rodríguez Lozano, que tuvo que luchar contra los profesores *pompier* que por todos los medios querían oponer su fotográfica verdad a los "horrores" de la creación artística. Dos veces por semana Rodríguez Lozano en persona daba entusiastas conferencias a los profesores reaccionarios. Poco a poco éstos fueron comprendiendo y realizándose. Deben mencionarse con especialidad los trabajos notables de Rufino Tamayo, de Huberto Ramírez, de Antonio Ruiz, del talentoso Abraham Ángel, de Refugio Lomelí, Erasto Cortés, de Agustín Lazo, cuyo tío no le perdonará nunca que no pinte cuadros de la Pasión; de Tilghman, de Xavier González, de Ricardo X. Arias… Una falange de verdadera promesa a la cual, bajo Rodríguez Lozano, tanto debe el arte nacional en su tránsito de artes decorativas menores a un arte superiormente individual y expresivo.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 371, 19 de junio de 1924, pp. 28-29, 41

AL MARGEN DE UN INCIDENTE PICTÓRICO. DIEGO RIVERA Y SUS DISCÍPULOS

LOS ALUMNOS de la Escuela Nacional Preparatoria han ejercido lo que ha dado en llamarse la "acción directa" contra las pinturas de sus muros después de hacer lo mismo con la fachada pintoresca y estridentista de cierto famoso sacamuelas. Ambas gracias han sido celebradas por la gente, que ve renacer en el futuro el prestigio de los títulos profesionales y el regreso a la verdadera belleza imitada del natural. Se ha visto también, con general asombro, que el secretario de Educación, por cuyo acuerdo se habían cometido aquellas pinturas, ordenó, en vista de los hechos desastrosos que acaecieron, que no se siguiera pintando y que se encalara lo hecho.

"Parece increíble —solía comentar la gente— que un hombre del talento de Vasconcelos, al cual tanto debe el país en la educación, que se ha preocupado, el primero, por editar y difundir la cultura más legítimamente clásica, que ha construido material y moralmente tantos sólidos edificios y que ha coronado su obra y su lema con un estadio magnífico, permita y apruebe que el Real Colegio de San Ildefonso sufra tales conscientes desperfectos…" Se decía esto al ver que, poco a poco, todos los muros venerables iban cubriéndose de pesadillas esmaltadas de todas las cuales se culpaba tan sólo a un hombre, gordo y pacífico, a pesar de sus leyendas, que se llama Diego Rivera. Sin tratar de comprometer con mis opiniones al licenciado Vasconcelos, me parece que en un espíritu tan liberal como el suyo el hecho de permitir no significa aprobar. Él encomendó al genio indiscutible de Diego Rivera la decoración de ciertos muros públicos. Nadie que tenga ojos y alma puede negar la belleza de obras como el anfiteatro y como las figuras del estadio. Nadie que comprenda puede negar que nunca en México se ha decorado tan magistralmente un muro, con un asunto tan sublime como el aludido. La creación, desde el andrógino, y Adán por un lado y Eva por el otro, él admirando y cultivando los atributos del alma, ella los del cuerpo, ella la sabiduría, él la *sagesse*, y ambos llegando por caminos diversos, mas no opuestos, al éter luminoso. Ni el católico más empedernido podrá dejar de admirar, y el único reparo que blanda podrá ser el

de que las figuras no tienen bonita la cara ni “proporcionadas” las dimensiones. Pero hace ya tiempo que se trata de convencer a quienes así piensan de que lo bello no es lo bonito, ni lo real, sino lo creado para significar algo.

LOS DISCÍPULOS

Uno de los cargos más serios que la gente decente hace a Vasconcelos y a Rivera indistintamente es el de ser socialistas. Además se da a la palabra el sentido de destructores y ladrones, asesinos de ricos. Un hombre de las teorías que Vasconcelos profesa, de alma hindú, a quien sus códigos predilectos aconsejan no sólo sentirse hermano del mundo entero, sino llegar a ser parte del universo cuando haya destruido el mal en sí y en los otros y desprecie la belleza efímera —Maya, ilusión—, ¿cómo puede tacharse de destructor? Si socialismo significa igualdad hacia arriba, liberación universal —no despojo parcial— del lastre del oro y las riquezas, Vasconcelos es socialista. Con ese objeto ha emprendido la redención espiritual del indio y trata de asimilarlo a una civilización que por derecho natural le pertenece. Con esa idea quiso difundir la belleza, destruyendo la bonitura efímera e intrascendente, y se lo encomendó a Diego Rivera.

No juzgaremos a éste por su leyenda de hombre majadero e insoportable ni por los artículos tonantes que suele publicar de vez en vez en *El Machete* contra los ricos. Examinemos sus obras, y si encontramos una sola cuyo espíritu repugne al nuestro, dejemos de creer en él. Descartando la obra maestra del anfiteatro, los frescos de la Secretaría de Educación, vistos uno por uno con entera serenidad, no denuncian el menor asomo de trágico. Son simplemente escenas de la vida industrial hechas por una mano maestra del color y de la forma: los tintoreros, las minas, los altos hornos, la caña de azúcar, en la planta baja. En el primer piso, relieves particulares de las ciencias y de las artes y en el segundo los triunfos de la Revolución —Carrillo Puerto, Zapata, Eulalio Gutiérrez— y, últimamente, el abrazo del obrero del campo y el de la ciudad, reproducción de un precioso fresco de la hacienda de Chapingo, todo coronado por la estrella roja, símbolo nuevo de redención, como lo fue antes la cruz. Ninguno de estos cuadros nos espanta con ideas de ruina. Entran en nuestro espíritu con una noble sinceridad que no pide nada, que no excita a revuelta alguna y que tan sólo ha revelado que el dominio del arte llega hasta las fábricas; que allí donde hay humanidad, hay emoción y hay arte.

Pero debo hablar ya de los discípulos. Se dice que no es bueno aquel que no supera a su maestro. Diego Rivera, hombre de personalidad poderosa y radiante, se vio pronto rodeado de discípulos que, hallándole el lado flaco en el socialismo —que él casi no lleva sino quintaesenciado al arte, aunque lo viva estrechamente en casa— y en las figuras “distorcidas”, obtuvieron por él de la superioridad permiso para decorar los muros, por ejemplo, de la Preparatoria. Se les dieron las mayores facilidades y bien pronto estuvieron manos a la obra. Por alguna razón desconocida empezaron a contar cuentos en pintura. Empezaron, razonablemente, con el mazapán que llaman procesión al fin de la escalera principal y con la batalla de Otumba. Pero al ir descendiendo su rabioso anarquismo, subía de punto. Mientras

más se les decía que pintaban muy feo, más lo hacían. Mientras más se les acusaba de bolsheviques, más pintaban cuadros alegóricos. Empezaron por pintar, abajo, unos como hombres con músculos envidiables, aunque tan a la vista como los tienen las cartas que se usan en las clases de anatomía. El andrógino de Diego Rivera en el Anfiteatro iba a tomarse por sus discípulos como signo del sol y de la fuerza creadora. Iban a repetirlo por todos lados, incapaces de una nueva creación, y ahora lo veríamos de cabeza, pero siempre abriendo desmesuradamente los brazos poderosos. Iban a pintarse cuadros repugnantes con el objeto de despertar en el que viera no la emoción artística, sino el coraje anarquista, si no tenía dinero; o el temblor de piernas, si por casualidad era rico. Obreros enanos y deformes se debaten en el polvo mientras los eternos "burgueses" —una cantaleta que ya nos va cansando— beben champaña en pequeñas orgías, acompañados de mujeres nada deseables. O bien el falso apóstol —¿quién será?— vestido de rey, con el gorro de la libertad en el cetro, engañando al pueblo inocente mientras un personaje con sotana y mascarilla de cloroformo le introduce una puñalada "artera". Por otro lado, el Dios de los católicos, enmascarado, con grandes barbas, el mundo en la mano y de un lado sus predilectas Damas Católicas y sus Caballeros de Colón mientras por el otro una legión de diablos se lleva a los indios.

El arte es irreal, se dice hasta el cansancio; sí, pero también son irreales, muy chistosas, las caricaturas. Sólo que una obra de arte se distingue de una caricatura, cuando ninguna es bonita, en que la caricatura es irreal para abajo, mientras lo es para arriba la obra de arte.

EL LUGAR, PROBLEMA IMPORTANTE

Si el arte es cuestión de gustos, como es, no hay arte social posible. El arte y la ética se ligan en que el primero ayuda a la segunda a deshumanizar divinizando y el arte menos humano será, dentro de la ética superior más perfecto si caben en él grados, o será más exclusivo. Es calumniarlas decir que las masas gustan de lo imperfecto desde el punto de vista de la realidad objetiva. Que sería muy deseable que llegaran a gustarlo, sí. Pero eso no se logra con la revolución, sino con la lenta evolución. Habrá que empezar con los niños, como ya se hace, por otra parte. Y mientras éstos crecen, dejar cada cosa en su lugar. Si además el arte desliga de la vida, mientras en ella estemos no podemos dejarla sino por cortos instantes de éxtasis. Los pobres chicos de la Preparatoria, que no asisten a ella a soñar, sino a estudiar, no podían hacerlo entre tantos furgones de arte macabro. La ciencia necesita un laboratorio de paredes blancas, mientras seamos simplemente hombres. Caiga, pues, sobre los futuros abogados burgueses el desprecio de los numerosos genios del muro. El secretario de Educación Pública y Bellas Artes proporcionará ahora a los incomprendidos apóstoles de la alegoría macabra algún local más adecuado y menos refractario a la emoción de cierta clase, tomando en cuenta la corta edad, los cortos alcances y la necesidad de reposo visual de los estudiantes de la Preparatoria, que también dependen de su autoridad.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 373, 3 de julio de 1924, pp. 30, 42-43

PLANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Para alivio de caminantes y uso de viajeros —con cita especial de 10 lugares muy deleitosos de conocer y visitar— lo traza con mano inhábil Salvador Novo, natural y vecino de ella, y lo dedica a don Artemio de Valle Arizpe con sup. permiso

ANDÉN

He venido a esperarte, ¡oh, viajero invisible!, a la estación. Perdona que no te hable en fabla, como los libros que te decidieron a visitarnos. No sabía, además, si ir a Colonia o a Buenavista, o venir a San Lázaro. Hiciste bien en escoger este muelle y en llegar de día. Desciende, sonríe, abrázame. No hagas caso de los “fordcitos” que declaman su baratura. Don Marcos Raya se conmiseró de las carretelas, y las deja vivir. Tomemos una y vamos por la calle de la Moneda.

EL MUSEO NACIONAL

Por toda la calle hay edificios con un pasado, iglesias medio hundidas, casas laberínticas y la Academia de San Carlos, con un guardián de bronce donado a México por Donatello. Entremos al museo. Si vamos recto, daremos con el Calendario Azteca. El mismo, viajero, que veías en los anillos de tus puros, en los almanaques y en los frascos de cerveza. La misma piedra misteriosa e indescifrable, gigantesco metate para amasar el tiempo infinito. Viandante, no toques los objetos de mano, quítate el sombrero. Te encuentras frente a la Piedra de los Sacrificios.

Mas no todo es prehistoria. Entremos por este salón a la derecha. Hay sillones fraileros, infolios en facistoles y copas de oro. ¡Mira qué colección de marfiles y de miniaturas! ¡Cuántas vírgenes, cada cual con su niño en brazos! Y aquellos señores virreyes y arzobispos con su biografía en una charola, ¿no te recuerdan —¡ay!— el perfil de tu predilecto autor Manuel Horta?

Entremos en la Independencia. Fusiles… Cuando eran de verdad… ¡mataron almas! Chalecos insurgentes, banderas, machetes, sables, armaduras y el retrato de mi abuelo que ganara una batalla… Huele a cruzada. Subamos. Subamos directo, sin preguntar. Henos ya aquí entre todos los presidentes de que se ha podido tener noticia. No… no veamos hoy las artes aborígenes. Ya iremos otro día a los puestos o te presentaré al Doctor Atl. Salgamos, que no queda tiempo.

No, amigo. Eso queda en Mixcoac. Allí de donde salen tantos espantables y destemplados acentos de cuerdas vocales e instrumentales es el Conservatorio Nacional de Música.

LA CALLE DEL RELOJ

Fue en este lugar donde el águila se presentó con la serpiente entre manos, según la fidedigna versión de quienes vieran tan portentoso milagro. Por allí sería, donde está escarbado uno como templo subterráneo. ¡Maravillosa ciudad! Por un mismo rumbo la primera imprenta, el primer *teocalli* —uno que había más principal—, la editorial de Vanegas Arroyo, la Casa Cvltvra, la Librería Universal de Porrúa y la de don Pedro Robredo, asilo de eruditos, botiquín de estudiantes. Por allí veréis la clase tolerable de los literatos llevarse el primer ejemplar del último libro; por allí la casta insufrible de los estudiantes y la sufrida de las señoritas Underwood…

LA CATEDRAL

Ya sabes demasiado su origen y conoces su historia para que yo te la repita. Pero es seguro que no has subido a las torres. Hay abajo una puerta casi invisible y luego el rehilete de una fatigosa escalera. De cuando en cuando, por un hueco, vemos la maqueta del Zócalo, las cinco líneas de trenes, la gente. Llamamos a una puerta. ¡Cómo hace esto pensar en Notre Dame de París, de Victor Hugo! ¿Cuántos miles de años tendrán estas escaleras que se han amoldado a las piedras? Llegamos al segundo cuerpo, desde donde puede verse la ciudad a ojo de buen cubero. Mira el Popocatépetl, mira Chapultepec… ¡Si echáramos a vuelo estas campanas! Recárgate en este barandal. Es alto, sí, y ya se han dejado caer de intento algunas personas. Nunca como sesos, pensando en los que ellas exhibieron. A todo hombre normal se le antoja estampar su nombre para que participe de la inmortalidad de los muros públicos. Escribo el mío sobre el de muchísimas gentes. Bajemos a ser las hormigas que desde arriba son ridículas.

EL GLOBO

He aquí el centro. Cerca, los teatros, enfrente el cine, en la puerta gentes, adentro Genaro Estrada. Además, es sábado y se reúnen a comer los literatos que escriben poco, pero que ponen su genio en la vida de los demás. Recientemente Montenegro ha decorado las paredes (Acción vence al Destino). Tenemos nuestros Pirandellos inéditos. Amamos a los indios ignorados. En el aparador se exhiben retratos al horno de Silva. Llega del Salón Rojo música y luz. Un taxi amarillo parece una mamá en *soirée*.

SANBORNS

¡Oh, término del *Duque Job!* ¡Marqués de San Francisco, vos que sabéis cuándo y por qué se tornó de casa de otros marqueses en Jockey Club y luego en tienda de jabones! Yo también deploro los pavos reales y el traje de nodriza de quien nos sirve los helados medicinales. Quisiera que no hubiera ese techo de vidrios ni ese piso de ajedrez… Sin embargo, se os

acusa, marqués, de hablar allí por el teléfono, de comprar Gillettes, de saludar a quienes obstruyen la puerta y de sorber después el té en una mesa no tallada…

LA ALAMEDA

Menudean los asaltos. Lo dicen los periódicos, y que en pleno día. Más miedo da en la noche y a oscuras. Un señor atravesaba el parque lleno de aprensión. Saliéronle al paso dos individuos de extraña catadura. Trémulo, pálido, él les dijo:

—Señores, no traigo dinero, ¡se los juro!

A lo que impasibles replicaron:

—¡No le hace!

EL PARQUE ORIZABA

¡Sol de domingo! Todos fuimos ayer a la peluquería. Ahora leemos en la cama las secciones cómicas. ¡Ah, cuando éramos niños! ¡Los sobrinos del capitán Tiburón! ¿Por qué, como ellos, no nos quedamos de ese tamaño? El Museo de las Letras. Esta página arrojadiza y acuciosa es siempre solidaria de vehementes sospechas expresivas. Todas las muchachas han estrenado torsos y pescuezos. Ahora abren las sombrillas y van a la alameda de Santa María o al parque Orizaba. ¡Ah! ¡La vida es buena y parece que no se ha muerto aún López Velarde!

LA PENITENCIARÍA

Hay hombres que no sólo son personajes, sino documentos. Se les archiva cuidadosamente en las cárceles… ¿Acaso prefirieras, turista, que te llevara al Volador? Vamos a la cárcel ahora. Ya alguien prefería de una ciudad el jardín público, el mercado, el cementerio y el Palacio de Justicia. A falta de éste, te diré que se va a construir una cárcel modelo, de tal manera perfecta, que si usted no la usa es porque no la conoce. Tendrá las paredes cubiertas de versos y unas puertas que se abren todas o todas se cierran, con un solo y grandísimo pasador. Solidaridad en la desgracia. Paz. Descanso. Soledad. Allí se aprende a vestir pulgas.

CHAPULTEPEC

¡Nido de águilas! Mi lira monocorde renuncia a cantarte. Subir hasta ti me fatiga y me quedaré en el paseo —¡oh, bosque milenario!— de los fordcitos que torean los charros cada 15 pasos. Intérnome por la calzada de las cuestiones filosóficas. Dos enamorados repiten el diálogo eterno, tomando cada cual un personaje. Ella le proporciona la universal afirmativa. Él le unta

una mirada particular también afirmativa y resulta un sorites eglógico. Luego toman una lancha por horas y ella raya el agua y se pone el sombrero de él. Les sacan una instantánea en un instante. Ella ha traído parte de su desayuno y los patos se le acercan. ¡Oh, Alemania romántica de ayer!

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 373, 3 de julio de 1924, p. 33

ALGUNOS ESCULTORES MODERNOS

DURANTE los últimos números de *El Universal Ilustrado* se ha insistido en insertar artículos, reseñas y comentarios acerca de obras escultóricas de las que en México, por desgracia, poco o nada se sabe. Me refiero, por ejemplo, a los trabajos de Gaudier-Brzeska, Duchamp-Villon, Brancusi, Epstein, Archipenko, Lehmbruck, Kolbe, Lachaise, Barnard, Howard, que en Europa y en Norteamérica representan el movimiento moderno que renueva los valores estéticos en todos los campos. No podemos quejarnos mucho, en México, en lo que se refiere a la música y la pintura, bien que, como es natural, la renovación no haya podido aún convencer a la pequeña minoría de las clases que opinan sin saber. Es curioso fenómeno; mientras el público no sabe que escucha música reciente y puede atribuirla, en su catástrofe de clasificación, a la música clásica —nombre por el cual la distingue del vals vienés—, gusta inmensamente de ella como gustaría de la obra de Rivera en vez de saber que él la hace, se le dijera que se acaba de descubrir en algunas ruinas arqueológicas. Pero en cuanto se anuncie en los programas que viven Satie y su discípulo Stravinsky, el público protestará.

En mi opinión, es un error llevar el cubismo, como lo pretendió Jacob, a la poesía. Este arte y el de la música, como lo observan ya clásicos estetas, son simultáneos y sucesivos en sus elementos, mientras las artes plásticas no representan sino un momento dado. Un solo instante representa toda la pintura, desde aquella de las cavernas hasta la más reciente, y es por esto que la actitud de Picasso, al introducir el cubismo en la pintura, introdujo en ella el movimiento acercándola definitivamente a la perfección de las artes simultáneas y sucesivas. Cualidad que no se le ha apreciado lo bastante.

Es un error, sin embargo, creer que las artes plásticas modernas se caracterizan por ser cubistas, como es comunísimo falso concepto el llamar “cubistas” a cuadros, músicas y poesías más o menos desusadas. La cualidad que sí caracteriza el arte moderno de la escultura es la distorsión de las figuras. Estamos ya lejos de la perfección objetiva de Praxiteles, de Donatello, de Carpeaux y los neoclasicistas, aún lejos de Rodin y de St. Gaudens, a los cuales faltaba en gran parte la forma vital escultórica, cualidad *sine qua non* de las obras modernas como lo es la forma significativa en campos pictóricos. Nuestra civilización, por desgracia lamentabilísima, ha sido educada excesivamente en la cultura física y en la fotografía. El peligro griego de humanizar los dioses nos amenazaba y acaso en este sentido, para la gente sin remedio, debemos agradecer las *kodaks* y el *make-up*. Pero la distorsión, que encontramos en el arte de todas las épocas verdaderamente grandes, en Bizancio, en Asiria, Egipto, y en el arte prehistórico de América, salva siempre la expresión y presenta al artista creador en sus

obras. Poco importa cuán lejos o cuán cerca de la realidad estén las figuras si se encuentra en ellas expresión. De allí el nombre "expresionismo", escuela, si así puede llamársele, a la que pertenecen los más distinguidos escultores modernos.

Cada arte especial tiene sus limitaciones y sus valores esenciales. No es, pues, justificable que la escultura haya respondido en sus evoluciones, como lo ha hecho con frecuencia, a las evoluciones pictóricas. El error de Rodin fue creer que la escultura es un arreglo de masas tal que luces y sombras se combinen como en sus obras, a la luz de las teorías impresionistas de Monet y su escuela y en vista de Rembrandt, cuyas masas de sombra creyó poder realizar en piedra. Rodin pasará a la historia, como observa Sheldon Cheney, como el gigante de la época en que la escultura se acercó más a la pintura. Con esta lección, algunos escultores convencionales emprendieron obras en que se ha abolido el corte de sombras y luces. Pero ese mero hecho no puede darles valor. Otros saltaron a equivalentes geométricos, mal comprendiendo el cubismo; y fue Aristide Maillol, el primer moderno importante, el lazo de unión entre la era realista que acaba con Rodin y la era expresionista que empieza con Jacob Epstein y con Lehmbruck.

La figura 1 nos muestra una obra de Maillol. Nunca tuerce los aspectos amplios de la naturaleza; desdeña el detalle realista y la exacta pose de los impresionistas, pero no cae en la exagerada distorsión de otros contemporáneos. Es moderno en cuanto a que escapa a todo elemento meramente decorativo, a todo detalle de finura superficial, haciendo regresar la escultura a bases escultóricas y no de pintura. Ha vuelto los ojos a la base arquitectural de la escultura. Sus figuras son noble y serenamente completas.

Brancusi (figura 2) combina sus masas voluminosas con una concepción muy personal de la forma sensual. Nos recuerda un tanto a aquella admirable Chana Orloff. Se siente, contemplando su musa, que se ha llegado a la abstracción de la forma pura.

Jacob Epstein, de nacionalidad norteamericana, reside en Londres y busca en la forma escultórica la manifestación de la piedra y de la pesantez. La máscara de su espada, que reproducimos (figura 3) es aparentemente arcaica y realista en apariencia. Es perfecta en cuanto que tiene un contenido psicológico dentro de la forma escultórica.

Wilhelm Lehmbruck ha buscado insistentemente el alma de la escultura. Aunque esta figura (4) de la mujer arrodillada, tiene una apariencia de geometrismo, tiene también un sentido flotante de la forma, un ajuste especial, que son únicos entre los modernistas.

La obra de George Kolbe, mientras escapa la distorsión de Lahmbruck y de Brancusi, tiene una sumaria simplificación, una insistencia en las líneas amplias que lo ligan con los que buscan la realización de la escultura (figura 5).

Reproducimos, por último (figura 6), un interesantísimo grupo llamado *El deseo,* obra de un alumno de la escuela de escultura del profesor Cizek en Viena.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 378, 7 de agosto de 1924, pp. 33, 38

LA MUERTE Y LA OBRA DE JOSEPH CONRAD

HACE unos cuantos días que el cable nos anunció la muerte del novelista Joseph Conrad y los periódicos, en sus breves reseñas, nos daban su raro nombre completo y la noticia de su nacionalidad; porque, extraño que parezca a quienes conozcan su obra, la lengua en que la escribió no es la suya y la adquirió tarde, con asombrosa perfección y la manejó con maestría que pocos ingleses alcanzan. Joseph Conrad fue un marino polaco.

Han transcurrido más de 20 años desde la aparición de su tercer libro, que pudiéramos considerar como primero en su bibliografía definitiva, *The Nigger of the Narcissus.* Pocos fueron entonces quienes se dieron cuenta de las dotes admirables de novelista que encerraba aquel primer trabajo. Pero de entonces acá obras verdaderamente maestras han venido a situarlo entre los más grandes y más leídos novelistas ingleses. Novelistas, dije. Sus libros son todos novelas, *romances,* en el exacto término inglés, y novela maravillosa fue su vida de eterno viajero que empezó cuando, adolescente, fijó un día sus ojos en un mapamundi y señalando con su dedo el Congo, exclamó: “¡Iré allí!” Fue, en efecto. Y a una enfermedad contraída en el Congo —que padeció siempre después y que, acaso, sea la que le ha causado la muerte—, debemos el placer de sus libros, que no hubiera escrito si el mar lo hubiera retenido.

A la edad de 17 años, algunos después de su propósito hecho frente al mapa, zarpó Joseph Conrad. Durante 20 años viajó en la marina mercante británica. Fue primero simplemente marino, luego oficial, amo más tarde. Viajó por todo el mundo. Por China, por la India, el archipiélago Malayo, Sumatra, Australia, Sudamérica, las Indias occidentales, España, Francia, Rusia… y cuando tenía 32 años comenzó a escribir, con gran trabajo, en inglés, una novela, en el tiempo que le dejaba libre su ocupación marina. Cuando, por la enfermedad que cité arriba, se vio obligado a regresar a Inglaterra, esta novela *Almayer’s Folly,* no estaba aún concluida.

H. G. Wells se muestra orgulloso de haber lanzado a la estimación mundial el nombre de Conrad en el *Saturday Evening Post.* Su novela *Almayer’s Folly,* publicada en 1895, le granjeó la admiración de críticos como Wells y Frank Swinnerton, el eminente biógrafo de quien esperamos la de Conrad, pero el público, que tanto había de solicitarlo más tarde, no lo notó entonces. Un año más tarde dio otro libro a las prensas, *The Outcast of the Islands,* acogido con frialdad semejante. Entonces apareció, en la forma de folletín o “serial” en *The New Review, The Nigger of the Narcissus,* que logró mayor atención acaso por la forma en que se editó. Desde entonces Conrad fue conocido por unos cuantos lectores, admirado por ellos y a medida que pasó el tiempo creció su popularidad, como un premio romántico de los dioses a su constante esfuerzo. Léenlo, desde entonces, con agradecido placer, cuantos buscan narración y la hallan, finamente enjoyada por un estilo superior, en las páginas de nuestro autor.

A principios de este siglo publicó *Youth* y, por 1910, *Nostromo* Ninguno de quienes comprendieron la importancia de su obra en 1914, a raíz de la aparición de *Chance,* se dan cuenta, acaso, de la saludable influencia que ejerce en ella la lectura de antiguas narraciones misteriosas desconocidas en la literatura inglesa y familiares a Conrad. Restauró la psicología en la novela y la grandeza en los personajes que creaba. Son los suyos complejos caracteres humanos, retratos tan fuertes como acaso ningún escritor, desde Shakespeare, haya logrado pintar en inglés. No hay sino que leer, para convencerse de este aserto que quizá pueda

parecer exagerado, su *Youth,* en el volumen que contiene también *Heart of Darkness,* su *Lord Jim,* su *Nostromo.*

Publicó otros volúmenes, ninguno superior, todos diferentes a los que he citado, aunque en todos alienta el genio de inmortal narración que sella sus obras. Su última obra llegada a nosotros, tal vez su obra póstuma, publicada por marzo de este año de 1924, es *The Rover.* Y encuentro importante, por las circunstancias que en ella concurren, insistir particularmente en el avalúo de este último bien que nos lega el maestro de la novela inglesa.

Es *The Rover* una novela con caracteres discretamente históricos. Un viejo pirata y un joven oficial marino francés y una joven adecuada para ser heroína de novela romántica. Ella es, por decirlo así, muy incomprensible. Una historia de amor y aventura, legible, excitante y llena de aquellas misteriosas cualidades que hacen imposible abandonar un libro cuando se le empieza a leer. Novela que interesará a viejos y jóvenes de uno y otro sexo hasta hacerlos perder el sueño por terminarla y que arrastrará a cualquier lector a sus numerosas páginas por el mero placer de leer. Es, en una palabra, oro para los gambusinos…

Pero sus libros anteriores nacieron de la belleza misma y fueron modelados por un mago cuya riqueza de comprensión lo tornaba pleno de revelaciones. Estaban escritos por uno a quien encantaban tanto como al lector la relación de las maravillas que surgían de su vara. Esto constituía su encanto principal. Esta cualidad los hacía diversos de cualquier otro libro. La no familiaridad del autor con la lengua que empleaba, el hecho de que su primer texto inglés fuera la Biblia, daba a *Lord Jim,* a *Nostromo,* a *Youth,* a *Typhoon* la maravilla que los envolvía. Los libros eran, para este explorador, exploraciones en sí mismos. No se satisfacía nunca; buscaba, en uno y otro tema, la realización de su visión propia, única manera de alcanzarla. Un hecho nos lo demuestra: *Lord Jim,* grande novela, empezó como cuento corto. En aquel tiempo era menos maestro en su arte que posteriormente; pero era el mágico tejedor de cuentos que durarán por siempre. *The Rover* se observa en un plano inferior de narración. Y lo está porque es finita y limitada. Es coherente en sus detalles. Muy notable a menudo en belleza; el carácter del pirata Peyrol es evidentemente romántico; tiene el libro ingredientes pintorescamente románticos, una vieja casa sobre un escollo —por tres lados se abarca el mar —, una barca, una tartana. Y es del tiempo de Napoleón. Todos los elementos para una novela en general y una mano maestra para mezclarlos. Libro legible, que alabaríamos en cualquier otro autor… menos en Joseph Conrad. Seguiríamos con atenta minuciosidad el regreso del pirata a su tierra natal, la llegada del lugarteniente, los celos entre los dos hombres y el sacrificio de Peyrol en aras de la terrenal felicidad de Arlette. Pero Joseph Conrad nos había dado el derecho de exigirle menos maestría de estilo y más sublimidad de narración. Peyrol es evidentemente un personaje inventado, por creíble que nos parezca la novela; no podríamos, o cuando menos, no desearíamos tropezar con él. *Lord Jim* y *Nostromo* nos parecían asombrosas creaciones de misterio porque lo eran para su mismo autor. Autores como él sólo se soportan en soberbio.

No se hable de decadencia, que no pudo haberla. Simplemente los descensos, voluntarios a veces, dan idea contrastada de las capacidades de altura de los hombres. ¿Reproche? No está en mis manos nunca hacerlos y sea este esbozo biográfico un póstumo homenaje, acaso el único que se haya hecho en México, al grande escritor desaparecido.

El Universal Ilu7777strado, año VIII, núm. 379, 14 de agosto de 1924, p. 29

LA MARCA DE FÁBRICA

Película en episodios

NOTA DEL AUTOR

Ahora que Rafael López *(Closop)* es cronista de cine, y que Noriega Hope ha decretado la muerte irremediable de las películas de episodios; que ya no las vemos anunciadas ni en los cines más lejanos y pobres, nos ha invadido la murria épica. No es posible que soportemos tanto arte como guardan y significan las actitudes estupendas, pero sedentes o yacentes, de los actores consagrados. Echamos de menos lo ecuestre, los túneles, las barrancas, los ríos, las muertes misteriosas, los chinos, ingredientes principalísimos de nuestra constante emoción. Novarro, Menjou, Valentino, han aportado, mentidos robadores de Europa, el frac brillante en vez de los calzones de pieles, y desmayan en divanes en vez de sudar compungidos por salvar del fuego a una dama que no sabe cocinar en las chozas y que desciende lentamente, adelantando un pie, soltando un abanico, por una escalera tallada. Y es que en Europa nunca ha pasado nada que espeluzne. Se comen allá suaves platillos inofensivos. La salvación es el Oriente, donde se condimenta el arroz con azafrán y con apio, o América, donde no puede perdonarse el chile, el tequila y el mole. Siento en el fondo de mi espíritu mexicano que aquellos héroes, villanos y heroínas que don Marco Aurelio Galindo cerró por su balance reciente de valores cinematográficos, crispan más mis nervios que las suavidades que ensalza y encarece; que ni Baby Peggy ni Jackie Coogan me interesan porque a diario encuentro criaturas más listas que ellos que suelen extraviarse en la puerta de su casa y preguntar a cada transeúnte el camino de Tlalpan para despertar su piedad, y que, en fin, asisto con mayor gusto a los trampolines peligrosos de Douglas Fairbanks, último refugio de los *exciters,* que a las historias ejemplares que puedo leer… en la biblioteca Cervantes.

Así es como ha nacido en mí la idea de escribir, como un epitafio, este argumento para *film* de episodios. Simples sueños a los que me siento inclinado. De sobra sé que nunca han de proyectarse y sin embargo la voz de la conciencia —título— me dice que debo escribirlos.

PUBLICIDAD

Tres meses antes de la primera exhibición aparecerán en las calles preventivos de dos clases. Unos dirán: ¡OIGA! Y los otros: ¿QUÉ SERÁ? Un mes después, grandes retratos con la escena más culminante y las palabras: ¡MUY PRONTO! El otro mes queda a la discreción y saber de los expertos. Quince días antes, por fin, entre las líneas de todas las páginas de los diarios, la frase: "El próximo sábado se estrenará la película que usted busca". Y en la sección de

espectáculos, bajo la cabeza “Una mujer con un niño de la mano perdió el equilibrio y fue despedazada mortalmente. El niño emprendió la fuga”, el relato macabro de un trocito de la película por verse con el nombre del cine que la presente en exclusiva incrustado en el párrafo final. Algunos días antes, la Compañía Unida Refaccionaria y Alquiladora de Películas del Día simulará, por medio de AVISOS importantes, que por ahí le tratan de madrugar con la vista y llamará villanos y cobardes a quienes les venga el saco. Luego otros anuncios, ya muy cercano el día, proclamarán: “¡Por fin! Contra la maldad y la estulticia de los individuos susodichos triunfará siempre la perseverancia honrada de la CURAPD. Mañana será, definitivamente, el estreno de…

“LA MARCA DE FÁBRICA”

El pequeño Larousse Ilustrado no consigna adjetivo que le cuadre. La maravilla de los siglos. Usted no ha visto nada comparable en toda su vida y si usted fuera más viejo, lo mismo daba, porque desde la nebulosa de Newton o de Laplace, la mano de la Providencia no ha hecho nunca cosa semejante. Ochenta millones de habitantes en traje de carácter. La mitad muere uno por uno en *close-up*. Los albañiles ya no se entendían, porque en el camino de los andamios, al construir el bosque en que vive la heroína, se les olvidaba su lengua natal. No hemos hecho cuentas de lo que costó. Aparecen leones en escena. Un romance de amor, miedo, precaución, pasión, peligro, el lejano oeste, este es éste, el gélido norte, el sur con sus misterios, el dragón chino que guarda la puerta de aire del desierto, el fumadero subterráneo, la maldad de Bliss, el buen corazón de Lilian, la muda que recupera la salud, el hindú que ronca como duerme, los paisajes inmarcesibles, etcétera, etcétera. Véala usted. Por ver no se paga.

Sinopsis de los episodios anteriores

Aunque amaba a su anciano padre, ella creía en el espiritismo. Más tarde, el mismo día, llaman por teléfono. Los dos hombres salen del cuarto y un rayo corta los hilos. Está lloviendo gatos y perros, mas Juan se ha quedado dormido leyendo un periódico del domingo. El chino asoma su cara lívida por los cristales y en el puerto el vapor está por llegar. A su vez, Marta ha logrado, a fuerza de mordidas, resollar. Chankla se abanica sonriente. Ahora puede usted seguir viendo.

Episodio quincenagésimo

Luis y Juanita han llegado por fin a la cabaña más alta del monte y su sorpresa crece de punto al encontrar en ella fuego e implementos de cocinar. Se miran, sonríen y mientras él se quita las botas y las cuelga en la ventana, ella se ata un gracioso delantal y emprende unos *hot-cakes*. Sin embargo, el olor del café ha despertado a un indio con plumas en la cabeza que pertenece a la choza en cuestión. Consulta éste su reloj y comprende que es cuestión de

segundos. Como hay un árbol negro junto, por fuera de la ventana en la que Luis ha colgado sus botas, el árbol y el vidrio hacen efecto de espejo y en él ve Luis la sucia maniobra del indio inesperado. Cuando ya va a descargar el golpe mortal de su cuchillo, sobre las inocentes espaldas de Juanita, Luis gira, desenfunda su pistola y grita: *Hands up!* El indio, indignado, se traga entero el cuchillo, con lo cual muere sin más trámite. Luis y Juanita se abrazan protectoramente, ella como un pollito bajo los brazos peludos de Luis, hasta que no se dan cuenta de que aquello es inconveniente y se separan ambos ruborizados. Ella va a atizar el fuego. Él descuelga una bota y con ella golpea el suelo. Pero ya llega la cabalgata de los indios que vienen a vengar a su compañero. En la ciudad, la mamá de Luis está muy inquieta por su suerte y ha puesto avisos en los periódicos dando sus señas y ofreciendo una gratificación. Vuelve a verse a los indios a galope tendido. De pronto, el jefe de policía recibe un telefonazo y apunta nerviosamente. Hace un gesto trágico, suelta el teléfono y muere…

Fin del episodio

FINAL. Deploro muchísimo haber perdido los originales de los episodios que anteceden y que preceden a éste. Pero así pasa siempre con las obras maestras.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 381, 28 de agosto de 1924, pp. 45, 57

DOÑA TIRANTE, LA BLANCA

Leyenda colonial desechada en el concurso de El Universal. *Decepcionado, Salvador Novo confiesa haberla escrito y acompañado del lema “Noli me Tangere”*

CAPÍTULO I

Donde se trata de dos monjes que hablaban de lo que sabrá el que quisiere y el que no, no

Largo tiempo esperaron en la esquina de Santo Domingo y Tacuba los dos venerables dominicos para atravesar la bocacalle. Cercano como estaba el día en que habían de celebrarse públicos y desusados regocijos por la Feria de la Luz, ordenada por el visorrey Rayagigedo, los carruajes de ornamentos pesados tardaban en pasar. Grandes cruces verdes se erguían majestuosas a lo largo de la vía pública y vendedores de toda suerte de ropillas y vestimentas perseguían sin cesar a los transeúntes de la pacífica ciudad pregonando la baratura y bondad de sus artículos. Los dos frailes se persignaron y pasaron de largo.

CAPÍTULO II

En el que se lleva a otro sitio al curioso lector

Haría obra de 15 minutos que don García se había retirado del amplio ventanal. Todavía guardaban las manos de doña Tirante el bronco y capitoso perfume del rapé de su amante y deleitada cual niña mimosa y complacida se entregaba al formal deleite de estornudar a su recuerdo. En esto entró al aposento doña Leonor, dama provecta en cuya frente dolorida y augusta parecía florecer el pensamiento único de servir, con perdón sea dicho. Leonor llamábase y se contaba que había gozado de áurea juventud. Vino en una de aquellas recuas de diligencias que hacían la vía del Calatraveño a la Nueva España. Acá soñó una vez que entraba en una casa vacía. Y como en el cateo que precedió a su sueño se hallara dentro de la mansión, magüer tiempo hacía deshabitada y sola, su collar de ámbar, su justillo y su polisón, túvose por cierto que el demonio y no otra persona la hubiera conducido en forma de apuesto paje la noche de su sueño hasta la casona en que no rondaban sino unas aves que llaman tecolotes.

Obediente y sumisa al ruego de sus directores espirituales, entró doña Leonor en el convento de la Merced, a fin de huir a las visiones que la persiguieran de continuo, mas su alma atribulada ni ahí halló el apetecido reposo, pues dícese que le señalaron como celda la una que había en la azotea. Y en menos de ocho días tuvo que abandonar la vida monástica, atacada en los nervios por el retrato de una mujer con ojos de farol veneciano que la miraban fijamente por todas las partes de su celda, envuelta en fuegos malignos, y por el espíritu de un diablillo calvo y barbichivo que rompía jarros contra el escabel en que presunta religiosa repasaba el rosario y estiraba los pies desnudos.

CAPÍTULO III

De cómo doña Leonor da sabios y prudentes consejos a doña Tirante

Digo, pues, que en viendo doña Leonor los aspavientos de gozo que en la ventana hacía doña Tirante contemplando extasiada cómo se alejaba en brioso corcel don García, rompió a llorar la cuitada y tornaba la cabeza. Bien notólo la regocijada Tirante y se acercó solícita a inquirir la causa de sus llantos. Ésta le dijo:

—Mal pecado es éste, hija mía, de quedar al sereno en noche como ésta. Y se agrava y hace mortal cuando no es la plateada luna la que te incita con su disco a tan danzarina jocundia, sino un galán que, aunque imberbe y de no mal parecer, ha recibido ya la santa coyunda. Por menos culpas se han atestado los almacenes nunca saciados de Luzbel. ¿Quién, insensata, aprobaría tu conducta? Mira bien y considera que doña García no se anda por las ramas y puede hacerte un mal que Dios no permita. Fácil le sería saberlo, pues consulta las artes de las cartomancianas y los calendarios de Moisés con sus aquelarres sabatinos. Y el día que se entere, ¡cuitada de ti! No quiero ni pensarlo.

A lo que con gracioso mohín, verificando una caravana como las que en las fiestas del visorrey la hicieran famosa, doña Tirante la nítida corrió a besar a su chaperona, diciéndola:

—¡Pero si es que le quiero con todas las fuerzas de mi inocencia!

CAPÍTULO IV

Que se desarrolla en una taberna del barrio más apartado desta ciudad

Llegados, pues, a la taberna don Narváez, don García, don Nuño y don Mendo, pidieron con grandes voces refrigerio para sus ansiosas gargantas. Se alumbraba el lugar con humosas teas de resina que impedían un tanto la clara visión del mal cuartucho de adobe, con mesas y escabeles. La humedad que del techo se filtraba olía a vinos rancios y las vigas salomónicas iban de un extremo a otro de la habitación. Hombres de mal parecer meditaban ante los vasos de vino, rasurados a la moda. Al fondo, cerca del portón que guiaba a la bodega, maese Rodrigo el hostelero sonreía desde su masiva cabeza y aguijoneaba con miradas y obras a los mozos para alzar los precios a los parroquianos más ricos.

Graves asuntos de Estado y de honor habían reunido a nuestros personajes en lugar tan inconveniente. Al sentarse, debieron de haber hablado largamente de ellos, porque tardaron mucho en salir.

CAPÍTULO V

Demuestra otra vez que el sexo débil no es tan débil como a primera vista aparece

Cuando doña García se enteró por su criada negra de lo ocurrido con su pérfida amiga, no pudo contenerse y, montando en cólera, subió en su coche. No contó con que en esa propia fecha iban a celebrarse los regocijos populares de marras y el tráfico iba a interrumpirse. Uno de los números de mayor atractivo en el programa era una fritura de judías, a quienes la Santa Inquisición había condenado a morir en la horca después de sujetarlas al tormento ordinario y extraordinario por haberlas hallado en ritos oscuros. Ya los alguaciles se acercaban al quemadero con paso solemne y recatado. Se apiñaba la gente en los balcones, ansiosa de presenciar las agonías ardientes de las endemoniadas. En una litera pasó el inquisidor mayor. Y todo esto crispaba los nervios de doña García, que quería llegar cuanto antes posible a tomar venganza con sus propias manos de su honor ultrajado.

CAPÍTULO VI

Que da fin y remate a esta calamitosa historia y cuenta de lo que pasó en la mansión de doña Tirante la Blanca

En densa oscuridad se hallaba el aposento de doña Tirante, como que era la medianoche justa, ratificada por el reloj de pajaritos que bajo una bombilla o capelo de fino cristal descansaba sin descanso en la chimenea. Entraba del vecino jardín un manso olor de huele-de-noche humedecido con cantos de grillos. Todo era paz y tranquila ventura. De un alto templo al otro las campanas de vez en cuando cambiaban el saludo de una tos rítmica y cada 10 calles había un guardia dormido. El espíritu de don Juan Manuel, el coleccionista de relojes ajenos,

parecía descansar por siempre en el hoy Estadio Nacional. ¿Qué sombras, pues, se alejaban como una sola y larga a través de las densas tinieblas y cuál iba sola y apresurada, revuelto el pelo que quería ocultar en amplísima capa, hasta no entrar desesperada en la casa de los García?

Llegó por fin la sonrosada aurora a ungir de leche fresca el rostro de la Nueva España. Las gentes empezaron a desfilar a las iglesias, cual con tosesillas, cual aún erguida y elegante. También entró la luz en el aposento de doña Tirante. Y cuando su doncella fue a despertarla, tropezó en el umbral con el cuerpo santo y pesado de doña Leonor que, tinto en sangre, era muda evidencia de la equivocación disculpable de doña García, la vengadora.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 384, 18 de septiembre de 1924, pp. 28, 46

NOTAS SOBRE ALGUNOS ESCRITORES CHECOS

LA LITERATURA checoeslovaca no tiene aún el renombre que la música de ese país ha alcanzado. Mientras Dvorak y Smetana figuran al lado de los grandes maestros modernos y Alois Haba ejecuta conciertos en cuartos de tono, no sucede lo propio con nombres literarios. Especialmente en América, se ignora casi totalmente y hay que atribuirlo no a la calidad de esta literatura, sino a la aparente dificultad que presenta el idioma, dificultad que no se encuentra en el universal idioma de los sonidos musicales. Además, la circunstancia de que hasta hace muy poco todo lo checo trajera etiqueta austriaca impedía al lector diferenciar.

Aun por geografía, Checoeslovaquia se encuentra expuesta a toda corriente europea. Se explica así que haya sido romántica con Alemania y con Francia y que más tarde se haya doblado a la impetuosa corriente naturalista y realista, marcándose también una decadencia antes de la guerra mundial.

Del siglo próximo pasado, el escritor más distinguido que encontramos es Jan Neruda —de quien hace unos meses presentamos una muestra en esta página—, fundador de una nueva era literaria en Checoeslovaquia. Periodista, poeta y novelista, Neruda fue punto de partida para muchos sucesores suyos. El espíritu de sus baladas es característicamente checo, y si el patriotismo produjo alguna vez algo verdaderamente humano y hermoso, lo es sin duda el ciclo de sus *Canciones patrióticas,* en su libro *Las canciones del viernes.* Sus *Canciones cósmicas* revelan otro aspecto de gentil ingenio y en sus *Cuentos del barrio chico* encuentran consuelo aquellos que creen a Flaubert sintetizado en *Simple Coeur* y a Dickens en sus *Pickwick Papers*. Difícilmente se hallaría en la literatura europea mano más maestra que la de Neruda para forjar atmósferas pintorescas y describir las ciudades antiguas con sus habitantes sencillos y amables.

Otro nombre que ocupa un lugar distinguido en las letras checas es el de Jaroslav Vrchlicky, el poeta más grande de la segunda mitad del siglo pasado. Poseía una asombrosa fecundidad. No hay forma poética que no haya probado con éxito, desde el soneto hasta la tragedia a la manera antigua. Fue el creador de la lengua poética checa, lo cual es un verdadero milagro si se toma en cuenta que esta lengua, prohibida hacía siglos por los

Habsburgos, agonizaba en boca de los campesinos. Vrchlicky tradujo las obras de Walt Whitman y lo dio a conocer al mismo tiempo que a Edgar Allan Poe, traduciendo incansablemente obras francesas, italianas, españolas, chinas, húngaras y persas. En *Las canciones de Ossian* abrió las ventanas de su país al mundo literario piloteándole fuera de los estrechos límites del provincialismo en que vivía. En lo que se refiere a sus aptitudes de traductor, su *Cyrano de Bergerac* es más melódico que el mismo original. Toda su gigantesca obra de traductor infatigable no pudo agotar su enorme actividad. La antología de sus obras arroja ocho volúmenes que, aunque influidos en algunas partes por la corriente contemporánea de la literatura europea, representan un conjunto poético lleno de originalidad y belleza humana que puede colocarse entre las obras maestras de la literatura europea.

El realismo, que sucedió como reacción al romanticismo, tiene su representante más distinguido en J. S. Machar, cuya novela en verso *Magdalena* excitó mucho a la sociedad de su tiempo por la implacable crítica que hace de su hipocresía. Es la historia de una mujer caída que regresa a la sociedad. Implacable enemigo del romanticismo, escribió varias obras que podríamos llamar prácticas: *Aquí debían florecer rosas, El veneno de Judía, A través de la conciencia de las edades, Tristán Vindobona,* describen el sufrimiento eterno de la mujer, el destino de la nación checa y los problemas corrientes sociales. Algunos de sus poemas largos, en que revive escenas históricas para derivar máximas futuras de conducta, son características por su vasto horizonte de pensamientos. Son libros tristes y amargos, pero verdaderamente viriles. Machar era uno de los líderes del movimiento anticlerical en Checoeslovaquia. En esa riña de ideas, su pluma ingeniosa y mordaz prestó servicios de mucho valor al doctor Masaryk, actual presidente, que en esos tiempos encabezaba la lucha contra la reacción, que predominaba en Austria por entonces. Machar se hallaba entre los líderes checos que fueron encarcelados por el gobierno austriaco durante la guerra. En su diario *La cárcel* cuenta sus tristes experiencias. Esta obra pequeña, pero llena de vivacidad, puede ser de interés para los que deseen conocer las condiciones de Austria durante la guerra.

Los poetas checoeslovacos más grandes de la época actual, Otakar Brezina y Antonín Sova, cumplieron su misión poética alejados de la política y de la vida pública y social. Otakar Brezina, que vive aún, no ha vuelto a escribir desde hace tiempo. Sus *Vientos de los polos, Las manos, Las distancias misteriosas,* son obras poéticas animadas por un optimismo pacífico, discutiendo con éxtasis la hermandad del género humano, meditando profundamente sobre el paso de la vida y la misión cósmica del hombre.

Con exaltación mística erige una religión panteística. En el vasto campo de la poesía moderna de todo el mundo no existe obra poética de esta especie análoga a la de Brezina. En su propio país permanece inasequible. Su espíritu es tan extraordinario que no permite clasificación ni admite escuela. Débese al celo erudito de Enrique Díez Canedo el que últimamente se hayan publicado en español versos de Brezina, que aparecen también en francés, así como los de Peter Berzruc, en *Les Cinc Continents* de Ivan Goll.

La novela encontró en Jirasek a su representante. Para entenderlo bien es indispensable conocer a fondo la historia checa. Llegó a ser el autor más popular durante los oscuros días de la guerra en los países checoeslovacos. Sus novelas históricas eran un manantial inagotable de fuerza moral para su pueblo, entonces oprimido.

Aquellos que deseen conocer el verdadero carácter de los checos, la filosofía del hombre

de la calle, su dura lucha con la vida, la vida campestre checa y las tendencias religiosas que la dominan, deben asomarse a los libros de Teresa Novakova.

No es posible encerrar en el estrecho marco de una página los nombres completos de la literatura checa moderna. Pero calidades poéticas como las de Peter Bezruc y Antonín Sova reclaman nuestra atención. El primero, aparte sus versos humanitarios y conmovidos, es seguramente el poeta más ardoroso de la nación. Sus poemas tienen un ritmo de canción revolucionaria en tanto que las obras de Sova ofrecen el mayor contraste. Es éste un lírico soñador que agota en sus poemas toda la melancólica delicadeza de la vida checa. Sus obras dan una sensación de acuarela.

Los autores que he mencionado son las individualidades más prominentes de la literatura checoeslovaca antes de la guerra. Después de ésta, los autores más expresivos son los hermanos Karel y Josef Capek que se presentaron ante el público teatral de Nueva York con su drama *RUR (Russom's Universal Robots)* que ha sido recibido en todo el mundo con gran simpatía. Los hermanos Capek son igualmente famosos como novelistas.

Independientemente de éstos, se observa en Checoeslovaquia un movimiento literario de mucha vivacidad, inspirado en el concepto poético de la moderna civilización industrial y los nuevos fines sociales. A pesar de que este movimiento está sujeto a mucha controversia y aunque se polemiza mucho sobre sus principios, como sucede siempre con todos los movimientos importantes, hay ya obras que pueden considerarse como serias promesas para el futuro. En conexión con este movimiento hallamos los nombres de Wolker y de Hora, en poesía, y de Vancuda en la novela.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 389, 23 de octubre de 1924, p. 36

LA NOVIA DE EMILIO FAGUET

Historia discontinua

La conocí en una tienda de antigüedades a la que fui por casualidad. Acompañaba a un jovencito de tipo racial indefinible, delgado, altísimo y un tanto encorvado. Ella permanecía a su lado y meneaba la cabeza a cada entusiasmo del joven por una chuchería. Recuerdo que fue él quien se me acercó, radiante por haber adquirido en 300 dólares un santo de madera apolillada que encontraba admirable y me ensalzaba, haciendo brillar sus oros muertos a todas las luces. Debo de haberle mirado mal, pues ella se acercó y le dijo prudentemente en inglés: "No molestes al caballero, Paul. Debemos irnos ya. —Y a mí—: perdónelo, caballero, está completamente echado a perder. No piensa en otra cosa que las antigüedades. Es un buen chico y yo lo quiero mucho. Pero no todo el mundo tiene ese deber. Yo soy su chaperona. Es un buen niño, dulce y delicado. Lo único malo es que tiene mucho dinero…"

Sonrió embarazada al verse sin respuesta. Y al retroceder, hizo tambalear una mesilla y caer un jarrón, que se hizo añicos.

Desde aquel día fui con frecuencia a la tienda de antigüedades. Supe por el dueño que aquel *enfant gâter* era hijo de una condesa europea y de un rico norteamericano. Que tenía 18

años y peligro inminente de volverse tuberculoso, y que viajaba hacía cinco con su institutriz por todo el mundo, en busca de climas favorables. Estaba, en efecto, completamente echado a perder. Viajaba con una enorme carga de bultos que abría y vaciaba en cada hotel para instalarse aun cuando no fuese a permanecer en el lugar sino unos cuantos días. Adoraba sus seis pájaros raros (rarísimos de veras: enfermos, los pobres, y sin plumas de tanta cárcel ambulante), para los cuales tenía sendas jaulas. En los viajes los hacía vaciar en una mayor y empacar las otras. Un día el negro de una estación se acercó jugando a la jaula-pullman y Paul se desmayó, creyendo que se iba a comer sus pájaros.

Una mañana aparecieron por fin. Ella vestía de negro. Mientras Paul se perdió en la polilla de bargueños y cofres, nos saludamos como viejos amigos. Ella encontraba muy interesante la ciudad y muy benigno el clima. Se asombró de que yo no hubiera viajado nunca. Y al hablar de hoteles y habitaciones, y saber mutuamente que no teníamos ninguna familia, me alabó su hotel. Yo pretexté no hallar de mi gusto el que ocupaba y a los dos días me había instalado en el suyo.

¡Si aquel niño aburrido se hubiera muerto de repente! Me exasperaba que viniera a interrumpir nuestras conversaciones sin el menor respeto, rogando un elogio para su adquisición más nueva. Ella lo comprendía, y lo alejaba prudentemente, y reanudábamos la charla. Era ella siempre quien hablaba. Nunca he creído en la virtud educativa de los viajes. Ella había viajado mucho. Pero antes había leído todos los libros; y, sin embargo, ni hablábamos de lugares ni de temas, ni de argumentos. Hay siempre algo más alto de qué hablar con quien se descubre una afinidad, y es uno mismo. Con los tontos hacemos gala de descripción. Con los imbéciles, competencia de aprendizaje. Con quien deseamos derroche de música, como quien caza víboras o quien, víbora, caza pájaros. Mas hay siempre alguien a quien avergonzaría hablar demasiado. Dejamos que el silencio nos explique. Y hay también un día en el cual un secreto impulso nos lleva a inquirir el pasado o a confesarlo. Ese día me contó la experiencia —ella decía así— más importante de su vida.

Una vez una amiga suya en París deseaba un autógrafo de Faguet, pero no se atrevía a solicitarlo. Ella, que deseaba conocer al crítico, se ofreció a obtenerlo. Fue a su estudio en un barrio apartado. Había unas escaleras terriblemente fatigosas. Llamó con emoción. Abrió la puerta un hombrecillo con bata negra, de aspecto muy humilde.

—¿El señor Faguet?

—A sus pies, señora.

—¡Usted! Pero… yo imaginaba un hombre perfecto, alto, elegan…

—Y encuentra usted todo lo contrario…

La hizo pasar; el cuarto, muy pequeño, dominaba las azoteas del viejo París por una ventana alargada; había dos sillones, un cofre, un diván, un librero, una mesa y una terrible cantidad de candeleros con gruesas velas. Algunos óleos, un San Ignacio de Loyola, una monja dominica y una Virgen de la Luz. En el otro muro, cinco acuarelas chinas.

Hablaron largamente. Fue también ella quien habló frente al hombre mudo y correcto. Al irse, ella “olvidó” su tarjetero. Desolada, puso una carta a Faguet avisándole que tal día a tal hora pasaría a recogerlo. Cuando llegó al final de la escalera y llamó, salió a recibirla Faguet. Con la mano izquierda le alargaba el objeto “olvidado”.

Fingió ella no notar la descortesía, y dijo:

—¡Oh!, señor Faguet, ¡qué escalera! ¿Está usted muy ocupado? Si no lo está, conversemos mientras descanso. Si lo está, le hará bien distraerse.

No hubo más remedio que hacerla pasar. De aquella larga conversación nació una amistad fuerte e interesante. Faguet la contemplaba asombrado, como contemplaría Huysmans a la escritora mal juzgada antes, en su lecho de muerte.

Ella le visitó con frecuencia desde entonces. Y una vez que subía la escalera alcanzó a una mujer elegante que subía despacio, con un perro de una cadena. Intrigada, se le adelantó. A los dos segundos llamaba a la puerta la dama del perro, que, entre la confusión de Faguet, se le echó encima zalamero. Mi amiga dijo:

—¡Qué feliz debe ser el dueño de ese animal, que conoce a Faguet y lo acaricia!

—El dueño de ese perro, señora, es monsieur Faguet. Yo soy madame Faguet.

Mi amiga recibió la primera carta de Faguet al día siguiente. Era una larga carta amarga. "Ha descubierto usted sin quererlo, como sucede siempre, decíale, el secreto de mi vida. Esa muchacha loca no es Mme. Faguet. Yo no soy casado. Prefiero que no me hable de ello si tiene la virtud de volver a verme… Nadie es culpable de un pasado que persiste a su pesar o por su mal. Ella era costurera. Yo estudiante. Nuestro hijo murió. Yo no he querido casarme con ella…"

Algunos días después Faguet daba una conferencia en la Sorbona y mi amiga espiaba por los patios cuando tropezó con la mujer loca del perro.

—He venido —dijo ésta— porque, ¿sabe usted?, doce mujeres se disputan el amor de Émile. Pero él me pertenece, ¿sabe usted? Nuestro hijo murió. Yo soy madame Faguet. Sus conferencias me aburren, pero doce mujeres se disputan el amor de Émile. Y usted es la número trece.

Mi amiga partió de París, siempre al cuidado del niño echado a perder. De todas partes le escribía a Faguet. Y éste le contestaba largas cartas, de las que guardaba la colección completa. Volvió a perderse en climas favorables. Un día supo por los periódicos que había muerto Faguet.

Cuando volvió el verano, mi amiga y Paul regresaron a París. Una mañana tropezó con la dama del perro. Se saludaron, aquélla con una altiva mirada.

—Ahora —le dijo— sí soy madame Faguet para siempre.

Partieron de México el niño mimado, sus pájaros, sus muebles, sus reliquias y su institutriz. Cada seis meses recibía yo una postal

"Odio perderle. ¿No ha cambiado de casa?"

Un día, por fin, una larga carta. Los padres de Paul habían determinado hacerlo entrar en una universidad y ella quedaba sin trabajo. Luego otra carta. Extrañaba al niño y estaba pobre. Le aconsejé, como un buen remedio, vender las cartas de Faguet a alguna editorial americana. La hice dirigirse a Brentano's, a Macmillan, a Harcourt.

Le llovieron solicitudes y ofertas de fuertes sumas por el derecho de propiedad. Ya se había decidido casi cuando recibí una nueva carta, sellada en Londres. "He encontrado una posición muy brillante. Quiero morir en Londres. He dicho a los señores editores que por nada del mundo les venderé las cartas de Faguet. Cuando usted las reciba, será que he muerto."

Hace dos años justos que recibí un grueso paquete de cenizas.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 390, 30 de octubre de 1924, pp. 45, 64

LA CULPA DE GUTENBERG

Diálogo bibliólogo

LA VOZ AJENA.—No hay perdón para ti, Juan Gutenberg, por haber inventado la imprenta. Eras rico. Podías haberte dedicado a los deportes o a los negocios de bolsa o de Estado. No encuentro explicable que, en lugar de jugar ajedrez, hayas inventado el rompecabezas.

LA VOZ DE GUTENBERG.—Fui generoso y hábil. Entré en compañía con tres amigos alemanes para tallar por nuestras manos mortales piedrecillas que dejasen huellas durables. Sabía por la Biblia que David, hombre mínimo, dejó con una simple piedra huella tan honda en la frente de Goliath el gigante, que decidí retar a las épocas con mis piedrecillas talladas, lanzándoselas por millares. Y en acción de gracias por su enseñanza, la primera manda que cumplí fue imprimir una Biblia en infolio.

LA VOZ AJENA.—¿Quién te urgía a hacerlo?

LA VOZ DE GUTENBERG.—La propaganda política. Wiclef se levantaba en Inglaterra, Juan Huss y Jerónimo de Praga en Bohemia, Lutero en mi país. El papa Nicolás V necesitaba enviar proclamas a todos lados y los amanuenses, esquiroles de las máquinas de escribir, no eran ni pródigos ni numerosos, ni rápidos. Su primera *Carta Abierta*, que imprimí en mis talleres, tenía 31 líneas. Unos minutos para un linotipista de ustedes, jornada de ocho horas para mí. Puedes aún consultarla en varias bibliotecas de Europa.

LA VOZ AJENA.—Se asegura, Juan, que los chinos inventaron la imprenta antes que tú.

LA VOZ DE GUTENBERG.—¡Ah, voz de la emulación y de la envidia! ¿Quién puede presentar una prueba? Lo que sucede es que como nadie sabe chino, y éstos escriben sobre papel alimenticio —así como comen con lápices y no con cubiertos— supone la gente que imprimieron antes que yo. Esto es tan absurdo como suponer que dos personas que se han sentado en la misma banca recién pintada, usan manchas a rayas porque ya se han enterado de ello.

LA VOZ AJENA.—¿Quieres decirme, en fin, qué perseguías?

LA VOZ DE GUTENBERG.—Redimir al mundo. Soy un verdadero socialista. Originar las estampillas de correo. Abolir los privilegios exclusivos. Hacer imposible que hubiera una sola copia o muy pocas copias de una cosa importante. Hoy cualquier cosa se puede reimprimir, aun sin permiso o conocimiento del autor. El *copyright* no puede impedirlo sino moralmente. De ninguna manera podrá evitarlo.

Me irritaba sobremanera que le enviaran constantemente cartas a Erasmo con el solo título de “Al sol de la sabiduría”, “Al príncipe de las letras”, y, sobre todo, que le llegaran. Con un buen servicio de correos, sobre la base de estampillas impresas, ya era más difícil. Sus admiradores le tendrían que poner completo el nombre, calle y número, so pena de extraviar la misiva. Perseguí ideales más altos también. Quise difundir la cultura hermética. Logré vivir en época de saludable desmembramiento, cuando, maduros, capaces de bastarse a sí mismos, desgajábanse los países en rebeldía de credos. Pronto se me olvidaría el latín y mis libros

hablarían las lenguas nuevas.

LA VOZ AJENA.—Todo eso está muy bien, pero…

LA VOZ DE GUTENBERG.—Apenas descubierta la América, se llevaron allá imprentas. Tal parece que se les buscaba casa conveniente, se hallaba y se les conducía hasta ella. Ya la :“ era numerosa. Se daba a los escritores una oportunidad más amplia cada vez. Estableciéronse en México, en Lima, en Puebla, en Massachusetts, en Guadalajara… Nuevamente sucedió que la política hiciera progresar a la imprenta. Todas aquellas proclamas de los insurgentes, aquellas iras de los obispos, aquellas sátiras, aquellos panfletos que vinieron, por fin, a libertar a la comprimida América, ¿dónde se hicieron si no en imprentas? De entonces a la fecha no puedes alegar que mi hija cerebral haya causado daño alguno.

OTRA VOZ.—*(Esta voz es débil, pero emocionada.)* Gutenberg, ¡ah!, Gutenberg, yo fui grande amigo de los libros. Ninguno de ellos me era extraño. Los coleccionaba furiosamente, sin importarme de lo que trataran ni de dónde o de cuándo fuesen. Antes recibía y escribía cartas. Los libros pareciéronme superiores y abandoné los manuscritos, ajenos o míos. Cuando, un mal día, descubrí que mis libros eran infieles. Que todo el mundo podía poseerlos y saber sus secretos. Desde entonces perdieron para mí todo su interés. Eran como una mujer alegre y popular.

LA VOZ DE GUTENBERG.—De eso sí no tengo la culpa. Yo sembré vientos, pero nunca pensé en recoger avalanchas de malos libros. Éstos, sin embargo, llevan la penitencia en el pecado de existir. Porque antaño no se preocupaban de imprimir sino los libros buenos. Hoy, como hay tantas imprentas, tiene que hacérseles trabajar y se llenan con lo que se pueda. Los Erasmos de hoy están incapacitados de leer todo lo que a diario se produce. Y como las famas se hacen en unos cuantos días de publicar réclames y clisés, si se guía uno por la fama del autor más en boga, nunca está seguro de que sea el mejor. Acaso haya fallado mi propósito de difusión. No el del mayor bien numérico, ya que mi invento ha dado origen a multitud de linotipistas, correctores de pruebas, periodistas y lectores, que, sin él, no sabrían qué hacer.

UNA VOZ NUEVA.—*(Alegre y fuerte.)* Te alabo, Gutenberg. Tú has hecho posible que sepamos lo más reciente. Podemos aún adelantar el futuro. En las secciones climatológicas prevemos el tiempo de mañana y las personas enclenques pueden preparar los abrigos indispensables. Si sois observador, sabréis que por las noches ya se sabe lo que se hará en cines y teatros al día siguiente.

LA VOZ DE GUTENBERG.—*(Arrepentida.)* Sí… pero si yo no hubiera inventado la imprenta, otros lo hubieran hecho más tarde. Como si Colón no hubiera encontrado la América por casualidad, otro lo hubiera hecho por propósito.

LA VOZ DEL ETERNO.—Gutenberg: tu castigo es leve. Vas a quedarte en el Purgatorio hasta que no leas, completas, las obras de los eruditos de tu país.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 392, 13 de noviembre de 1924, pp. 35, 68

LA CULTURA Y LOS JÓVENES

UN HOMBRE observador me hacía notar, hace unos días, el hecho palpable y casi de exactitud estadística de la incultura actual en México. Hoy no se encuentran más de 30 personas, cuya cultura sea sólida y vasta; y estas 30 personas prepararon su ilustración hace más de 10 años, es decir, con anterioridad a la Revolución. Durante el principio del siglo había en México viejos sabios, discípulos y amigos de don Gabino Barreda y continuadores de su obra, que si bien sabían sólo una cosa, la sabían a conciencia como sabía ciencias don Porfirio Parra, como sabía economía política don Joaquín Casasús. Por las agonías del porfirismo surgió un grupo de jóvenes, cuya cultura asombró y derribó a sus maestros; a los 25 años, cada uno de los miembros de aquella falange había obtenido una cultura superior y se había preparado para lo que iba a ser después. A ese grupo pertenecen hombres como José Vasconcelos, como Antonio Caso, como Alfonso Reyes. Su actitud para con los viejos maestros y las viejas ideas había sido de combate y llegó a imponerse. Pero hemos dicho que estaban preparados.

Vino después la Revolución; ella parecía precisamente una rebeldía juvenil contra todo lo viejo, contra todo lo que olía a siglo XIX, los presidentes, los estilos arquitectónicos y las instituciones educativas. Los pocos sabios, los científicos, estrechamente vinculados a los actos políticos, huyeron abandonando las aulas; las condiciones económicas del pueblo mexicano cambiaron también radicalmente; hubo también una tercera circunstancia: la muerte de los “hombres grandes” —los que sostenían a su familia, ya fuesen padres o hermanos mayores, y que alguna guerrilla hacía desaparecer—, violentaba la madurez de los hijos menores y los lanzaba a la vida sin preparación o con una educación no muy seria; las profesiones, a que antes se dedicaban todos los jóvenes, que gozaban de tanto prestigio, tenían que interrumpirse para dedicar la atención a cosas más prácticas y de resultado más próximo, si ya estaban empezadas, o no se emprendían; la taquigrafía en un mes fue asunto que a todos interesaba.

Y entonces ocurrió que la educación que antes tendiera a ser exquisita y especializada, tuvo que tomar el doble carácter de práctica y de amplia. Ahora eran las masas del pueblo, hasta aquí descuidadas y supersticiosas, las que iban a ocupar la atención de los educadores. Pero no había suficiente número de maestros normalistas. También en la escuela preparatoria y en las profesionales escaseaban los buenos profesores y había que improvisarlos. Para ello se reducían los años de estudios y el cuidado en la investigación. Sucedió también otra cosa: las librerías, en las cuales antes se encontraban todos los libros que se buscaran, empezaron a carecer de ellos por falta de comunicaciones y por falta de compradores. La educación primaria, base primera de todo estudio, perdió en intensidad lo que ganaba en amplitud. Y, mal preparados, los jóvenes llegaban a una escuela preparatoria deficiente en que podían “doblar” los años, para arrebatar un título que era como un fuero para matar con recetas o como un respaldo de abogados sin la menor idea de la justicia o de la moral. Las familias no podían sostener mucho tiempo a sus hijos estudiando. Si en 1900 la vida modesta de un estudiante clásico —melena, casa de huéspedes— no costaba más de 30 pesos, ahora la misma cantidad no bastaría para un par de zapatos.

La prisa en la vida, la urgencia de medios de subsistencia y la muerte de muchas personas de edad o su desaparición del escenario político, trajeron como consecuencia natural un descenso en el nivel general de la cultura, por una parte, y el apogeo de la gente joven por otra. Hoy, puede observarlo cualquiera: los jóvenes ocupan los lugares de honor en donde

antaño eran venerados graves doctores. Entre la más reciente juventud, juventud triunfal, se nota a menudo un desprecio a la cultura y a los estudios que prueba que han equivocado la significación de su triunfo. Su triunfo no es intelectual. Es un triunfo económico en una era de renovación en que fue necesario derrocar muchas cosas viejas y entre ellas algunas no tan malas. Durante la Revolución no habría sido posible ni justo, ni siquiera humano, aislarse a meditar cuando la vida arrastraba a la fecunda acción. Pero hay que entender que lo que se trataba de derrocar eran las injusticias y que la cultura no es una injusticia y, por lo tanto, no se le debe derrocar. Y ya que se ha logrado construir una nueva patria, es necesario hacer que los niños vuelvan a estudiar álgebra y física. En cuanto a los jóvenes, ya dejarán de serlo y habrá tiempo de meditar.

La Antorcha, tomo I, núm. 7, 15 de noviembre de 1924, p. 6

DE PROFUNDIS REVOLUCIONARIO

COMO los hechos que voy a relatar son efectivamente históricos, será misericordia ocultar los nombres hasta donde sea posible. Todo esto que voy a decir juro que pasó en esta República mexicana, durante la era cuaternaria llamada de la “Revolución”.

Mi querida madrina de primera comunión, cuya salud conserve Dios, es, desde hace mucho tiempo, una de las solteras más ricas de Torreón. Guardaba una gran cantidad de joyas valiosas que no usaba nunca. Sortijas, aretes, dormilonas, collares, braceros, cadenas, relojes, pendantives y relicarios. Mas odiaba a tal punto la vanidad de las cosas humanas, que no se había retratado nunca. Cierto día llegó allá un Weston original, con el que todo el mundo se perpetuó en cartón. Mi madrina, atendiendo a sabios consejos, fue a visitarle, ornamentada de todas sus joyas, absolutamente de todas. Y puso la amplificación en la sala.

Cuando, alborotado el cotarro, entraron unos revolucionarios, empezaron a “catear” las casas y las familias a enterrar sus tesoros. Unas escondían los dineros en las macetas, otras bajo un ladrillo del piso, otras dentro de las paredes, en las que también se guarnecían las muchachas. Mi madrina, cauta, metió sus alhajas dentro de una cesta de ropa sucia, envueltas en un paliacate. Llegaron a catear su casa. Vieron el retrato… y pidieron las joyas. Ella dijo haberlas vendido ya y por más que las buscaban no daban con ellas. Cuando llegaron al cesto de la ropa sucia, un grande hijo de Marte, acaso en la esperanza de hallar interiores adecuados, empezó a levantar y arrojar las piezas contra el suelo. Todas caían sin ruido. Pero cuando llegaron sus ávidas manos al paliacate culpable, éste sonó su pleno vientre con argentino ruido de disgusto, y, prestamente, lo recogieron los benévolos hombres y se lo llevaron a sitio mejor que la ropa sucia, mientras mi desolada madrina se arrepentía entre llantos y congojas de no haber usado sus joyas…

Imagínate —me decía mi novia después que se fueron los villistas— que, como sabrás, saquearon la casa. No dejaron nada dentro más que unos fusiles. Y al ir por el mercado, ayer, reconocí entre las baratijas de venta, algunas cosas de mi casa. Entre ellas un retrato de mi

mamá… Estaba con su mejor sonrisa. Tenía puesto el precio, veinticinco centavos… ¡Imagínate¡ ¡Qué golpe más terrible para mi orgullo! ¡Encontrarme con que el retrato de mi mamá estaba de venta, en veinticinco centavos… y nadie lo compraba!

Durante esos años turbulentos —cuenta don Artemio— le ponían a uno preso sin razón alguna. Una noche se pararon frente a mi casa dos individuos, y, esperándome a mí, a quien no conocían, saludaban por mi nombre a cuanta persona acertaba a pasar.

—Buenas noches, don Artemio.

El aludido, que no se llamaba así, pasaba de largo. Llegué yo. Y a saludo tan amable, mi vanidad de escritor popular se infló y contesté con la mayor cordialidad. Entonces me tomaron preso y me prometieron explicarme más tarde detalladamente.

Mi celda estaba, naturalmente, junto a otra. Por una ventana ferrada veía yo desaparecer el sol. Una tarde me hablaron de la celda contigua:

—¿Está usted ahí?

—Sí estoy —contesté tímido.

—¿Y sabe por qué?

—No, no lo sé.

—Yo tampoco.

(Pausa.)

—Yo tenía ganas de que viniera usted.

—Muchas gracias.

—Para platicar… Hace mucho que me tienen sin hablar y ya es insoportable. Pero para mayor comodidad, vamos inventando un alfabeto telegráfico. Cuando yo dé tres golpes seguiditos es A, cuando dé dos lentos es B, cuatro…

—¡Ay, no, yo no! —contesté—: ¡qué flojera! Y me metí en mi lecho.

La cárcel contaba con una biblioteca ambulante. Según me dijeron, estaban todos los tomos prestados y me tocó leer *El cocinero práctico*. Las recetas me consolaban un poco de lo que contenía mi diaria escudilla, que íntegra arrojaba por la ventana. Una mañana me daba un suculento banquete de recetas cuando vi asomarse por la mirilla de la puerta una cabeza con voz familiar. Era mi vecino. Se iba y me traía a obsequiar una botella de agua de Colonia que había tenido la precaución de traer consigo.

—Nomás me rasuro y se la traigo —me dijo—. En la calle compraré otra botella.

Agradecí la atención, pensando dónde arrojaría aquella botella después de ido su dueño, y cuando me disponía a echarla por la ventana, oigo la misma voz, ahora doliente, que me dice desde la mirilla:

—Se equivocaron… Déme mi botella… Quien debía salir era usted. Se equivocaron de celda…

Por equivocación también asesinaron los villistas a un tío mío y se posesionaron de nuestra casa, que saquearon completamente. Mi padre tuvo que salir violentamente a los Estados Unidos y quedamos en desolación mi madre y yo, de nueve años de edad. Mi pobre mamá, temblando, tuvo que ir a ver al mismo Villa. En su antesala se encontró con la providencia de que el entonces secretario particular de Villa había trabajado en casa… Era un chico ambicioso, como se debe ser, pues, desde chico, se aficionaba a limpiar… Ya la

recomendó con Villa y pudo mi mamá entrar a verlo. Lo halló frotándose las manos:

—Sí, muchacha; ya ves cómo se equivocaron los muchachos. Pero mañana, a primera hora, te devolverán tu casa y lo que se sacaron los muchachos.

Salió mi mamá muy consolada. Y al día siguiente, llegaron a buscarla dos enviados del general. Venían a entregarle una caja de calcetines y tres cepillos de dientes…

Cuando don Artemio regresó a su casa solariega de Saltillo, ya llevaba como un mes de vivir en tranquilidad, cuando una mañana llegó una mujer a pedir permiso para desenterrar a su marido.

—Desentiérralo —le dijeron.

A eso del mediodía, mientras estaban comiendo los familiares, entraron en la casa varios hombres con zapapicos y palas. ¿Qué querían?

—Desenterrar a mi esposo, señor. Ya el "siñor" su papá nos dio permiso.

—Pues, ¿dónde está?

—Debajo de esa higuera.

Aquí fue de las lamentaciones, de los llantos, gorgoriteos y manotadas de las mujeres, que ya ni acabaron de comer ni nada, sino que se fueron a tomar vomitivos y otros menesteres, pues gritaban a todos los vientos que ellas acostumbraban a merendar higos de esa frondosa higuera, y que ya era segura su muerte, pues sin duda alguna les iría a dar cáncer, y ya cual se sentía con graves dolorazos de estómago, y con grandes aspavientos y alaridos, se fueron a tomar toda el agua bendita que hallaron en las cercanías.

Todo esto y mucho más que no puede contarse pasó durante la Revolución. Tragedias con coros que, vistas en la serenidad del momento, resultan amenos sainetes, que, acaso, acaso quisiéramos volver a vivir, siempre que se nos garantizase que iríamos a salir ilesos, sanos y salvos para contarlo después en los aniversarios.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 393, 20 de noviembre de 1924, pp. 45, 59

ALETEOS SOBRE LAS FACHADAS

LAS esquinas que ostentan el rótulo "Se prohíbe fijar anuncios" son exactamente como las mujeres casadas. Nadie debe tocarlas, excepto, por ejemplo, un político irresistible y amigo del dueño de la casa.

Así como, después que lo había hecho Bruto, todos los romanos se sintieron igualmente capaces de apuntillar a César, hasta que un osado fijador de anuncios tape la prohibición para que todos los demás se echen encima de la pared y la acribillen de programas.

Las fachadas de los cines, ¡cómo mueren pronto! Se les presta atención los sábados, cuando ofrecen por todos lados nuevos vestidos de papel, títulos y méritos. Todavía un poquito el domingo. Mas ya el martes, que se repiten los programas, todo el mundo sabe de memoria lo que dicen esos papeles. Los edificios en sí no importan. Al Olimpia lo recordamos por la

zapatería y por el café, necesidades primarias. Pero si no pusieran todas las semanas telones rápidos contra los que uno topa al subir la escalera, poco a poco se nos iría olvidando que hay cine Olimpia.

Se dice que va poca gente aunque se han bajado los precios. Es que, antes, hace unos meses, cada estreno se proclamaba en el *lobby* con un decorado especial. Se ponía un buque, un automóvil o un camello. Mal tino tuvo quien suprimió este excelente cebo. Y no puede alegar que costara mucho el adorno, pues hubiera bastado, siempre, con los mismos utensilios, ya que no hay vista americana en que no tomen automóviles, barcos y camellos, por más que a veces éstos no aparezcan.

¡Las escuelas primarias! Si no tuvieran afuera el nombre y el número, y se pudieran confundir con cualquiera otra casa, con sus corredores para macetas, sin macetas, se sabría siempre, desde la fachada, que son escuelas primarias. Ninguna tiene vidrios íntegros.

El Palacio Nacional ha merecido nombres que le han dicho los poetas. Estatura de niño y de dedal. Más bien parece un turrón, un largo y sabroso turrón de almendras. Y la campana de la Independencia, detrás de su reloj de 24 horas, es la almendra amarga.

Si se le raspara, quedaría de tezontle rojo, como quedó el Monte de Piedad, como el Museo, la Preparatoria y tantos otros exteriores. La ciudad ha hallado su expresión en esta piedra, que los indios usaban por roja y los españoles por dura. Esperemos en Dios que a las muchachas morenas se les ocurra un día, por la misma doble razón histórica, despintarse.

Las fachadas más solitarias son las de las peluquerías. Ninguna otra rama del genio humano demuestra mayor cohesión que ésta. Ahora, la diferencia está adentro. Puede haber, o no, quien cepille el sombrero, quien manicure y aparato violeta de masaje. Pero desde la peluquería más cara hasta donde se cobran “pelo y barba 15 centavos”, todas estarán pintadas de blanco y tendrán ese extraño tornillo con la bandera de Francia que a veces da vueltas verdaderas y a veces finge. ¡Oh, mi Torreón en que los peluqueros tienen todavía un gallo y una guitarra y casi casi unas sanguijuelas!

He aquí que me doy cuenta, en este precioso momento, de que estoy haciendo pajaritas. Reclamo sin embargo la autonomía de mi descubrimiento. Hace 10 años, al comprar libros, prefería los aforismos de Nietzsche y las *Frases célebres de hombres sueltos* a libros farragosos. Creía que este destrozo de ideas, esta fragmentación de novelas o ensayos, “equivaldría al riesgo de urdir un perfecto mosaico vital” en una sola frase y descubrí, sin llamarlas por su actual nombre, las pajaritas.

Deteneos alguna vez, en vuestro camino, frente a una fábrica. Notad la grande, ruda pared, semejante a la de las prisiones. Apenas una gran chimenea que sopla humo, da señales de vida allí donde miles de hombres se consumen en aras de la civilización.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 395, 4 de diciembre de 1924, p. 29

NOTAS DE EUROPA

HACE unos cuantos números que en este propio semanario publicamos unas notas informativas sobre la ciudad de Praga, capital de la flamante República Checoeslovaca, y deseamos completarlas hoy en relación con las actividades artísticas, muy adelantadas, que ahí se desarrollan.

El 28 de octubre, aniversario de la proclamación de la independencia de aquel país, se otorgan todos los años una serie de premios a los artistas que, en opinión de un jurado especial, han contribuido más eficazmente durante los últimos 12 meses a la elevación de la cultura nacional. Los premios consisten en un diploma y en una recompensa pecuniaria de 5000 coronas.

Alegra saber que en este año hayan recibido tal homenaje, entre los escritores, primeramente Karel Capek y en seguida Francisco Langer, ambos escritores teatrales.

Nadie ignora ya los méritos de los hermanos Capek, coautores de *RUR —Russom's Universal Robots—* obra presentada en todos los grandes centros teatrales del mundo con el aplauso universal. Escrita cuando todavía vibraba en las almas la catástrofe de la gran guerra, es la historia amarga del hombre suprasabio que, a fin de facilitarse el trabajo, construye unos autómatas —los robots— que lo sustituyen con ventaja en toda labor. Los muñecos pelean entre sí, trabajan en las minas y en las fábricas y no exigen nada; el hombre en tanto no tiene otro trabajo que construir autómatas de cuando en cuando. Porque de todos los secretos humanos, tan sólo el de la reproducción no les es dable ejecutar a los muñecos. Éstos, un día, cansados de soportar al hombre que no sirve de nada, proyectan acabar con él y llevan a cabo su propósito. Pero olvidan que su vida es limitada y que, ignorantes del secreto de la reproducción, acabarán un día por desaparecer. El día se acerca. Poco a poco van muriendo todos, hasta que en un río, bajo un árbol bíblico, Adán Robot y Eva Robot se encuentran y descubren que el amor es el secreto de toda vida perdurable.

Otra pieza teatral, *Los insectos,* de los hermanos Capek, mereció también la consagración mundial. Capek, sin embargo, no recibió esta vez el premio por ninguna de estas obras, que tienen cerca de tres años de escritas, sino por su nueva novela *Krakatit,* que trata de manera sumamente interesante un tema utópico, como su penúltima obra teatral, *Makroplus.* La novela *Krakatit* fue publicada inmediatamente después de sus *Cartas de Inglaterra,* que provocaron también grande interés.

Francisco Langer obtuvo el premio por su comedia *Un camello por el ojo de una aguja* que fue recibida con muchísimo agrado por el culto público de Praga, estrenándose también en otras ciudades.

Entre los actores, el premio fue concedido a la señora Dostálová, en gracia a su actuación como trágica, principalmente en el papel de Juana de Arco de la obra maestra de G. B. S., *Saint Joau.* Quienes hayan leído la obra, que nos muestra un Shaw distinto, pero coherente con el de *Heartbreak House* y el de *Back to Methuselah,* comprenderán lo difícil que es interpretar esta Juana complicadísima de Shaw.

La música, parte inseparable del alma eslava, que estuvo esta vez representada por muchos compositores prominentes, exigió que se otorgasen dos premios en lugar de uno. Los

agraciados fueron Viteslav Novak y Josef Foerster. Ambos son compositores modernos muy conocidos.

Las composiciones de canto llano y orquestales de Novak muestran la habilidad de un compositor que encomia en sus expresiones la poderosa variedad de la naturaleza. Foerster, en cambio, musica sus impresiones espirituales de la vida mística.

Josef Jiranek, profesor del Conservatorio de Praga, que domina magistralmente el piano, recibió el premio como el intérprete más fiel del más grande de los compositores checos, Federico Smetana, cuyo discípulo fue.

La Antorcha, tomo I, núm. 13, 27 de diciembre de 1924, p. 15

LOS CORRIDOS MEXICANOS

LA REVISTA *Survey Graphic*, con motivo del número que dedica a México, consigna un apasionado estudio de los corridos por Katherine Anne Porter. La pasión puede conducir a grandes aciertos y videncias a espíritus tan claros como el de la señorita Porter. Pero si a ella se aduna un contacto más frecuente con estas fuentes de poesía popular, acaso se logre definir con mayor verdad el fenómeno. Confesamos no estar más documentados históricamente acerca de los corridos que la autora del artículo, que ha tenido en sus manos la colección, que data de 1890, de Bertram D. Wolfe. Don Luis González Obregón tiene una más antigua; pero de su atento estudio no se deduce sino el hecho de su regular uniformidad, concomitante del espíritu popular que los produce o que —y esto importa más— los gusta. En sus *Artes populares* el Doctor Atl no intenta una clasificación estricta y se reduce a separar la "literatura religiosa" de la que no denomina, dentro del grupo popular. Entiende por religiosa los "despedimientos", las "alabanzas" y hasta ciertos diálogos entre, por ejemplo, un petatero y una tortillera cuyo lenguaje, trasladado al papel de labios indígenas, literalmente, conserva de modo artificial las "úes" como "oes" y el frecuente error de concordancia de nuestros aborígenes (lo burro, me lo duele) que ya en los albores del siglo pasado algunos costumbristas, entre otros Fernández de Lizardi, trataban de popularizar, por ejemplo, en el *Autor Mariano* del citado autor:

On cosa traigo Teopixqui
que te lo ha de dar contento;
yo lo soy de Cuautitlán
y me lo llamo Juan Diego.

Y al notar que la expresión y la impresión no varían mucho y que poco o nada tiene que hacer la filología como norma en lo que no se hizo para satisfacer a los retóricos, sino para expresar y deleitar al pueblo, no se lamenta mucho que en la pirámide truncada —de la *Antología del centenario*— se haya preferido exhumar a don José Sartorio, a don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador —¡respirad!— que, bien mirado, necesitaban un poco de aire, antes que ocuparse de inmortalizar y fijar lo que de suyo es ya imperecedero e invariable: la poesía popular.

> En México —dice para empezar la señorita Porter— cantan todas las personas y casi todos los pájaros. Cantan libre y alegremente, a todas horas, en todas partes. Los enamorados van a las rejas a cantar, cantan los niños camino de la escuela, los carretoneros cantan y silban, los mendigos modulan cantos de amor y de muerte y las niñas murmuran canciones sentimentales con acompañamiento de piano […] El día del santo de alguien, se le cantan mañanitas desde la medianoche anterior hasta que va a almorzar […] Hay todavía otra clase de cantos; son hechos para oírse. No se podría bailar a su ritmo, demasiado errático, porque, además, se perdería la narración. Éstos son los corridos…

El corrido, se afirma después, es originaria y primitivamente mexicano… Sin objetar al musical elogio de quien nos declara compañía de ópera interminablemente en acción, no hay

que olvidar que el romance es primitiva y originalmente español, resultado del corte en la censura del verso alejandrino con asonante, aguda por lo regular, sostenida en todo el poema en los segundos versos, ni olvidemos el aire de familia de un corrido con un romance. Si en vez de comparar, en la literatura inglesa, el corrido de Marbela y el recién nacido con *Mary and the Cherry Tree*, ¡se hubiera acordado Miss Porter del romance y el corrido de Delgadina, del cual existen tantas versiones y con cuyo tema un compatriota suyo presentó en 1920 una interesantísima tesis en Minnesota!

Parece obsesionaria de música y el ambiente, como si estuviera en el teatro. Sitúa a los cantadores en un escenario de tianguis moderno, roncos, *but no matter*, al frente de la edición cuyo primer ejemplar interpretan. En cuanto a la música, traigamos a su memoria una nota de Harriet Monroe sobre la prosodia publicada en *Poetry* en junio de 1922:

> La música y la poesía parecen haber estado entre las más tempranas y directas manifestaciones del impulso rítmico universal. Al principio unidas —la prosodia lírica adaptaba instintivamente las palabras a la melodía y lo hace aún [en los corridos lo señala Miss Porter] en ciertas formas de canto folklórico…— pero a medida que la vida se volvió más compleja, se separaron las dos artes, desarrolló cada cual su propia expresión técnica e imaginativa del instinto rítmico. La literatura empezó en la creación de poemas demasiado bellos para confiarse al azar de la memoria y por ende confiados a la escritura…

Al principio, pues. Pero ya hace rato que, hasta popularmente, empezamos. No se confía ya hoy nada a la memoria. Se acabó con Gutenberg el mester de joglaria y con Edison las liras y las vihuelas. Hoy en México se encargan Guerrero y Vanegas Arroyo de la lírica popular y Ponce y Esparza Oteo de la música popular. Se ha despertado una malsana intrusión de *snobs* a las fuentes intactas, antes despreciadas y hoy pintorescas. Se ha despertado la vanidad de los antes anónimos, escritores de corridos que hoy estampan su nombre, casi tan anónimo, por otra parte, como el silencio, al pie de sus obras. Ha hecho pasar por el tamiz discutible de ambos editores la pulpa del espontáneo fruto, hoy ya intencionalmente madurado, y en cuanto a la música, ha florecido este afán —¡ay!— en arreglos de *Paloma blanca,* en *La chaparrita* y *La borrachita,* en *Canción de amor,* hechas no para oírse o para no oírse, y cuyo ritmo sí se puede bailar, *fox,* naturalmente, porque no se pierde ninguna narración…

Sospecho que la Iglesia ha usado, con fruto, de las ediciones en cuestión, mientras los socialistas no han querido o no han podido hacerlo. Y es que el pueblo mexicano sigue deleitándose con el relato de lo maravilloso, ya sea el milagro de Guadalupe, ya el diablo aparecido, o con lo chusco y cómico, las suegras o las caseras, y conmoviéndose con la resignación, con la ausencia, con la ingratitud, admirando las hazañas libertadoras siempre que sean individuales, como en la epopeya, comentando ingenuamente los diarios sucesos que le atañen en lo que tienen de ejemplar para su conducta. Le repugna y le duele palpar las opresiones actuales, el capitalismo, y no quiere mezclar a sus éxtasis el diario espectáculo de su miseria y de la maldad humana triunfante. Quiere que le relaten hechos ajenos, ejecutados ya y de los que se desprenda enseñanza.

Yo tengo una pequeña y poco valiosa colección de corridos no nada antigua. Los clasifico en ella, a medida que los adquiero, en "bélicos", que llamo así a los que relatan aventuras de generales, desde Benito Canales a Villa (del cual hay no menos de 20), de Carranza, que no supo ponerse chango en Tlaxcalantongo, de Huerta y de infinidad de fusilados que hacen

tiernos "despedimientos" al morir, como personajes de Shakespeare. Incluyo en el grupo de "noticias" la escasez del agua y los lamentos del pueblo, primera y segunda partes, el hundimiento de tales minas, el crimen del desierto, la niña vengadora, y "finalginarias", como el pleito de casados que siempre están enojados, la quemazón de suegras y yernos, los niños fenómenos, la moda de las pelonas, la noticia sensacional de que vamos a ser ricos cuando la rana críe pelos, o nos volvemos borricos, o los ejemplares sucesos de José Lisorio a quien causó la muerte una maldición no retirada a tiempo de su madre, o los versos de la viuda, el corrido de Balbina, el de Margarita, el de doña Elena, esposas del día a quienes Dios castiga el gusto ecléctico.

Suele mezclarse a los corridos, cuando falta espacio en la hoja, la letra de canciones en boga, por los cilindros o por las pianolas, aunque sean piezas extranjeras con letra adaptada. Y en cuanto a las ilustraciones, raras veces son hechas a posta. Suelen ser clichés usados en los periódicos, ya en el texto, ya en los anuncios. El tino admirable está en relacionarlos, siempre bien, con los versos que ilustran. El pleito de suegras y yernos, por ejemplo, trae esa conocida pareja de perros policías que se disputan un sombrero y que son anuncio de no sé cuál sombrerería.

Fuera inútil tarea escoger una página de corridos seleccionados. Todos ellos contienen cuando menos una tercera parte de preciosos versos, de líricas expresiones admirables. Quienes se interesan por ellos pueden adquirirlos en los mercados y renovar constantemente su acervo. Porque no puede hacerse historia, ni museo de flores que a diario se producen ni debe hacerse forzada actitud teatral de lo que ha sido desde hace siglos actitud natural. Dejemos en paz la producción popular. Finjamos no interesarnos por ella y no tratemos de darle rumbos. Ella vendrá todos los días, como la primavera de Anáhuac, a darnos flores deslumbrantes y rebeldes al invernadero.

El Libro y el Pueblo, tomo III, núms. 10-12, octubre-diciembre de 1924, pp. 235-236

FEBRERO LOCO

SE ENCERRÓ, furioso, en su cuarto. Tapó las más pequeñas rendijas de puertas y ventanas. Crispaba sus nervios el ruido que hacían en la calle los chicos con sendas matracas, arrastrando carritos en que iban diablos de cartón, de la mano de padres gordos e imbécilmente dichosos que volvían de fiestas. ¡Semana Santa! ¡Sábado de Gloria! Las iglesias llenas de lienzos morados y de caricaturas de Cristo y las gentes que asisten a conmemorar una pasión que ignoran, como se asiste al teatro.

Sintióse solo al fin y, sin pensarlo, hizo un examen de conciencia. Tenía 21 años. La gente lo creía mucho más viejo y él se gozaba en decir que tenía 30. Quienes lo conocían, habíanle dado nombre de humorista y de hombre alegre. Y él sabía que todo no era sino su odio a la gente, que lo hacía reír siempre de sus palabras y tener siempre a flor de labio una réplica amargamente cruel. Alguien le dijo una vez: "Quisiera poder decir, tan presto como tú lo haces, cosas viles". Y como él se sintiera ofendido: "Oh, no, repuso, no lo tomes a mal. Te

envidio de veras. Es una afortunada cualidad".

Entre los libros y las personas hallaba la diferencia de poder quemar los que fuesen tontos. En cambio, todo el mundo tiene derecho a vivir (no reparaba en la libertad de imprenta, conquista del derecho). Además, un libro no dice nunca necedades a menos que se le interrogue. Mas así como se complacía en burlarse de cierta gente, moría de risa al leer ciertos autores consagrados. No podía comprender cómo lo habían sido algunos venerables patriarcas con canas de azúcar y almas románticas, amados por generaciones enteras y que nada habían dicho. Nada peor para él, como tema poético, que el corazón. Ningún problema tan abominable como el que llamaban de la felicidad, que no es sino el de la comodidad. La tragedia antigua era absurda a sus ojos, porque residía, toda entera, en la muerte o en el destierro, o en la pobreza. Otra es nuestra tragedia, la tragedia de nuestra edad, pensaba: vivir… saber que estamos dentro del tiempo como en barco por naufragar y que hemos fletado la carga de nuestra existencia a rédito de comerciar. Hemos inventado las brújulas y sabemos la hora que es. Hemos cortado en tiras de equinoccios la naranja del mundo y somos sabios ya.

Miró sus libros. Como relicarios, todos guardaban una lamentación. Poemas amargos, historias tristes, ¡como si a alguien le importaran! Flores enclenques de todos los rumbos, nacidas entre la común basura del corazón; fracasos. ¿Entonces los libros de ciencia? Éstos trataban de construir. Inteligentes, pero ¿no lo son todos los insectos? ¿No lo es, sobre todos los insectos, la naturaleza? No pudo contener la risa. En mezcla confusa se aglomeraban en su espíritu las cosas más diversas. Ahora llovía, llovía tercamente; se mojaría la gente, acaso se muriera de pulmonía. Caerían rayos sobre las casas y los perros se acercarían al fuego, que tiene lengua tibia como ellos y parece un crepúsculo. El sol… molesto. Fatiga. Y luego no es más que un astro que da vueltas y nos las hace dar, como un dedo juega con la cadena de un reloj. Tiene grandes manchas y, además, hay la luna… la luna, y las estrellas, cosas del corazón. Y todo azul… confortante refresco para los románticos. Él odiaba todo, todo, se odiaba a sí mismo, rompería todos los espejos que le devolvían una imagen fatigada e hipócrita. Y más arriba estaba Dios, con sus juzgados y sus salas de música, y sus salas de tortura. Veía círculos, círculos. Como la boca de los hindúes al pronunciar el canto de paz: AUM. Y luego veía al Dante, viejo aburrido, y se lo imaginaba con su gran capa en el tiovivo de su Infierno reconociendo a sus amistades antiguas y señalándolas con el dedo-martillo de sus versos… y veía a los pintores por miles, como fijadores de anuncios, pegando en las paredes el ladrido de su propaganda católica…

Tres meses estuvo en cama, atacado de grave meningitis primero, luego con una larga convalecencia. Tan luego como pudo hizo una lista de libros que, por los periódicos, sabía recientes. Trajéronselos a escondidas del médico, porque sabían que era peligroso desobedecerlo. Pidió todo Papini y se aplicó a leer *Un hombre acabado* como si leyera su propia historia. La sombría niñez de aquella criatura, sumida en la tiniebla de las bibliotecas, incomprendido por sus familiares, odiado y repulsivo para cuantos se le acercaban, lo llenaba de angustia. También él había pensado, de niño, que faltaban cosas por hacer en el mundo y que era su misión relizarlas. También él emprendió y dejó sin concluir un diccionario total, abandonado en la primera letra. Si él no había padecido miserias, no por eso su vida había sido más llevadera. También su fama de escritor se había extendido rápidamente y admiraba la gente su don de humour. Y él se sentía indignado a su vez de que le hallasen ingenioso,

simplemente ingenioso, cualidad de bufón…

El final de aquel libro que tanto amó unas horas lo encendió en cólera. ¡Cómo! ¿Aquel Papini imbécil, sujeto al tiempo, en llegando a 30 años se volvía cualquier gente? ¿Era posible que pensase que iba a pasar lo mismo con todos los genios? No, él, desde luego. Nunca, ni aun si llegaba a viejo, sería complaciente y rechoncho. Odiaría siempre la estupidez, viviría siempre en soledad y no cometería el suicidio porque mucha gente lo ha hecho…

Volvió la cabeza. Por la gran ventana se extendía el campo áureo, encintado de flores silvestres. Grandes montañas de obsidiana limitaban el horizonte. En la cima, la iglesita del pueblo, con su campanario semiderruido y el ave presa de su esquila, parecía una mano en bendición. El trigal se inclinaba, cual si danzase en éxtasis de aliento. Y él veía todas estas cosas románticas sin protestar, sin volver la cabeza a gritar que cerrasen esa teatral ventana. Seguía mirando, por la primera vez lo atraía la inconsciente, no-inteligente vida del mundo. Ahora no pensaba. Coros de nubes suntuosas habían surgido de tras las montañas y entonaban el litúrgico trueno. Ensombreciéronse los trigos ondulantes y a poco el agua empapó la desnudez ardiente de la iglesia, corrió por las cañadas, llamó a sus cristales. Su habitación había quedado a oscuras. Y él era allí no más que un poco de ceniza, trémulo al menor soplo de la vida, disperso de emoción. Se nublaron sus ojos. Por sobre la montaña, tendió su vuelo un arco iris.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 399, 1º. de enero de 1925, p. 45

ALGUNAS VERDADES ACERCA DE LA LITERATURA MEXICANA ACTUAL

PARECE no tener fin —como no tuvo real principio— esta divertida reyerta entre los escritores de México sobre sí mismos. En ciertos casos parece perseguir el objeto de exhibir nombres por ineptos inéditos; en otros, ansias, aquellas que sienten los ahogados por, gritando, llamar una atención que ya no merecen. Son perfectamente justas ambas actitudes, puesto que son hasta instintivas. Pero hay otra todavía que acaso explica todo el enredo y que no es natural, sino infiltrada por un geniecillo del mal. Y quiero, en lo posible, analizarlas todas y hacer, desde este semanario frívolo y querido, la exhumación del odio y la apología de la frivolidad trascendental. El director de esta revista hace algunos días tocó hasta la prudencia, y nada más que hasta ella, en unos renglones, este mismo asunto en *El Universal* diario, al referirse a la excelente novela del doctor Azuela. Y con prudencia no explicable, pero sí digna y justa, se ha abstenido de clavar una flecha en el blanco (negro) de los nombres ridículos de citar.

Una de esas pajaritas de papel couché traía, hace poco, dos ensayos del señor Cosío Villegas. Llámase *El oficio* y fue reproducido aquí el que leí. ¡Cuánta verdad encierran sus palabras! ¡Con qué admirable tino explica, sin quererlo, muchas cosas el señor Cosío, profesor universitario con ganas de tener una editorial y buen oído para la música! De las premisas que son él y su amigo el poeta (posible buen aviador y aspirante a primer mandatario), desprende cualquiera que, en efecto, todos los hombres nacen para una cosa y se

dedican a otra muy distinta. Y aunque no lo apunta Cosío, porque el buen escritor siempre hace pensar, después de leer su ensayo queda uno no sólo convencido de la verdad de sus palabras, sino de que el error que más a menudo sufren los hombres es el de dedicarse a las letras.

La culpa la tiene un hombre solo, maniático por descubrir genios y trazarles caminos, a quien es inútil nombrar porque, de 15 años acá, no hay en México —y dicen que en América— aficionado a la escritura y a la lectura que no haya recibido, directa o indirectamente, su influencia. Diestra pilmama (se asegura que dirigía el Ateneo de México), esta influencia extraña resultó ser pésima maestra, ahogar la personalidad, reducir el hombre al índice y el escritor al retazo erudito. Sus antiguos discípulos lo comprendieron así, un poco tarde. Los jóvenes estudiantes la aceptaron y siguen conmovidos. Los otros jóvenes nos hemos reído de ella, echándonos encima su odio africano y el de aquellos que le son dúctiles al punto de estimarnos si se los ordena su maestro y de odiarnos para complacerlo. Jóvenes estos que no pueden vivir sin amo espiritual, que no se atreverán nunca a presentar una obra sin la sanción del erudito y que, merced a él, publican en Sudamérica —aquí nadie los lee y allá los compran porque no los conocen— diálogos con Alfonso (Reyes, yo creo), en los que declaran que los "únicos jóvenes que salvarán a México literariamente son ellos y sus dos sabios colegas". A quienes el noble Vasconcelos, hoy que no tiene ya que vigilar el cumplimiento de un deber nacional para el que tampoco servían, no se atreve a cerrar las puertas de su periódico porque sería como cerrarles las de su casa, y eso nunca se hace con un enemigo, aunque nos hunda. O jóvenes que claman contra "degeneraciones y vicios" "de la alta sociedad mexicana" y se dedican a ensalzar la tierra y a querer cultivarla, sin duda para que sea fecunda en marihuana. Que desprecian esta revista y su mayor sueño sería verse publicados en ella, que la hallan tonta y solicitan de ella un comentario para el lujoso libro que nada les costó, y que, perdido su empleo, se enmascaran de socialismo porque saben que los obreros ganan más dinero que los empleados; y que son a tal grado ególatras que hablan de diferencias entre bueyes y toros…

Si esta revista se encuentra en las peluquerías, seguirá encontrándose allí muchas semanas, todas las semanas. Toda la gente civilizada se corta el pelo y se asea el calzado. En cambio otras revistas efímeras de Guadalajara, como son de papel más suave, se hallan en otros sitios a los que va toda la gente, civilizada o no. Y se acabarán allí, por razón de tiempo, pero también por razón de espacio.

Para escribir en esta revista son indispensables cualidades de personalidad que no puede tener un forzado discípulo de nadie. La tiene Ortega, la tiene Leblanc, la tiene Marco-Aurelio Galindo. Escribir cada ocho días cosas que compre y lea la gente con agrado —no que apruebe o modifique el maestro— es magnífico temple para el acero de buena calidad como es segura muerte para quien no es sino plomo y estaño. ¿Tenemos, por otra parte, derecho de juzgar lo presente los actuales? ¿Necesitamos de críticos? Lo que necesitamos son lectores, los necesita todo escritor, pero unos los tenemos y otros no, por obvias razones. No queremos críticos que minen con furia las plantas jóvenes que somos. Villaurrutia es muy otro caso. Arbusto él mismo, al sacudirse de hojas secas nos libra de ellas a sus vecinos, sin tratar nunca de ahogar nuestro natural desarrollo.

¿Que no tenemos cuentistas? ¿Y Noriega Hope y Monterde? ¿Será que se espera, para aceptarlos, a que sus libros traigan notas del Sumo Pontífice Máximo? Si esto esperan los tres

jóvenes universitarios y el “Un-joven-contra-los-inquilinos”, la gente, esta única persona importante que compra para leer, no espera nada. Tiene ya sus predilectos autores jóvenes y ningún sermón, ninguna calumnia, ninguna rabiosa actitud despechada podrá convencerla de que no tiene razón.

Cuando su autor me regaló un libro de poemas socialistas y vi que el prólogo era de P. H. U., supuse que sería de Proal Herón Ulúa y éste el nombre verdadero del líder famoso. Nunca pensé que el erudito autor de la versificación irregular en la poesía castellana sirviera lo mismo para cepillar unas tablas cronológicas que para entarimar una vivienda.

¿Y cree este poetota potatoe que porque su libro tiene carátula de Diego Rivera y remate de Xavier Guerrero y está hecho gratis en los talleres nacionales de un gobierno revolucionario va a gustarlo el pueblo y va a declararlo “su” poeta? ¿Cree por otra parte que va a interesarle a la otra gente, a la culta, aquella “que no le importa”, porque lleve prólogo de Fulano de Tal? A este poeta que pretende ser popular opongo el caso de Jaime Torres Bodet, cuyos libros se hacen en España y no en talleres oficiales, que no se lanza contra los inquilinos, que no le pide prólogo a nadie, que no publica sus canciones en papel de corridos y que sin embargo puede, por una parte, presentar ya una obra poética respetable en cualquier país y, por la parte popular, ha hecho canciones que, sin él pedirlo ni intervenir en ello, los editores de corridos intercalan en sus series de canciones para el pueblo porque éste lo pide, y las canta en toda la República. Y es que la actitud de Jaime Torres Bodet no la ha causado ninguna pérdida de empleo. Convengamos de una vez en que no hay “poetas socialistas” y “poetas burgueses”. Hay poetas y poetastros; como hay gente limpia y gente sucia, por otra parte. Y el pueblo, obrero, empleado y propietario, todos juntos, juzgan de esto. No convenceréis al obrero de que sois buen poeta, ni al campesino, gritándole con asonantes que asesine al patrón o que siga el marxismo. Él sabe todas esas cosas y cuándo hacerlas mucho mejor que vos. Y seguirá mirándoos compasivamente.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 406, 19 de febrero de 1925, p. 48

BATACLANICEMOS LA VIDA

NO SUELE ser larga. Y pues dura sólo un momento, como la barata de las cuatro esquinas, surtámosla de telas gritonas y hagamos que nos libre de pulmonías. Sesera no tenemos y son los periódicos de la tarde los únicos que creen en la meningitis. Baste cubrirnos con un O. K. perfecto antes de que nos pongan K. O. ¿Cómo te va, palmera? ¿Sigues greñuda? ¿Ya te madura el coco? ¿Ya te aburre el cocó? (Aburrimiento. Participio pasivo. Afeminamiento. Debilitamiento del pensamiento, en la medida de su posibilidad.)

En esto la vida se pasa desde que se arrugó el telón. Los hombres de las cavernas, ni siquiera darwinizados, aparecen por parte alguna. Randal y Vitry, pobrecitos, ¿qué harán entre tanta pelona? No está de moda el exterminio, ni siquiera entre los cesantes. Además, no comer parece que contribuye a prolongar la existencia; tal es la opinión de los naturistas. Que no aparezca el hombre, ser poco decorativo y que no debe gustarnos. La mujer ha tomado de él lo

mejor. Si él se suicida o si mata, el público quedará defraudado. Viene uno al teatro a divertirse y teatro es la vida. Para pensar hay bibliotecas especiales con inscripciones marmóreas y cruces para señalarlas. Los autores europeos son otros tantos hombres errados en su vocación. Se va uno a divertir con Pirandello y recibe una lección de cosas. Trata de solazarse con una novela y acaba intrigadísimo con el complejo carácter de un personaje secundario. Excelentes psicólogos, debían de haberse dedicado a verificar reacciones o a abrir manicomios. Nunca a escribir para el teatro.

No se pueden poner a prueba esas obras sin que resulten inútiles, de una inutilidad verdaderamente lamentable. La prueba para toda obra moderna es la luz. De ella depende su calidad. ¡Trátese de filmar el Infierno de ese señor Dante!

Y el cine es nuestro arte, el de América. Cine trágico es cosa griega y la Venus de Milo se ha engordado. Cine frívolo, que acabe bien precisamente por contraposición a la vida, es el ba-ta-clán, es Gloria Swanson, y debemos empezar a ser ya en México.

Lo profundo, lo sabio, lo triste, lo “humano”, sigue teniendo su valor. Valor muy alto, tan alto y tan precioso que no hay por qué dárselo a todo el mundo. ¡Que les cueste su trabajo encontrarlo, como nos ha costado el nuestro el saberlo! ¡Que rían de las pinturas de Diego Rivera! ¡Que piensen que no sabe pintar! ¡Que esta revista les siga pareciendo vacía! ¡Que promulguen que no podemos pensar! Dos o tres personas, entre la sonrisa, estado perfecto del dios, darán al leernos con lo que quisimos decir. Y mientras tanto, no tenemos derecho para aburrir a la demás gente. ¿Por qué no dejarlos pensar que no merecemos una seria atención?

Hasta en la gramática “yo” es la primera persona, tú la segunda y los demás la última. Preferimos, al hablar con una persona, que nos cuente sus experiencias, sus errores, sus aventuras. Y es que nos reconocemos en ella, personalmente. Hallamos ser cierto cuanto dice porque, todo ello nos ha pasado antes, y mientras más nos habla en su manera familiar, mayor confianza le tomamos. Por eso no olvidamos a Montaigne y queremos también a Francis Bacon, a Coleridge, a Pater, a Emerson, a Macaulay, a Thackeray, a Stevenson y a Charles Lamb.

¡Con qué encantadora manera ondulante y diversa, familiar e imprecisa nos dan las palabras mejores entre un aleteo de sonrisas! ¡Y cuánto ganaría la juventud mexicana si en lugar de educarse en libros alemanes, gruesos e insoportables, hubiera leído en la escuela los libros, tan frívolos, de ciencia de William Beebe, los de ensayos literarios de Huneker, Brander Matthews, H. L. Mencken —este Bulnes inteligente de Norteamérica—, los pedagógicos de Canby, de Thomas Arkle, Clark y de William T. Foster o, en fin, el *Outline of History* de Wells, el *Outline of Literature* de Drinkwater o la *Story of Mankind* de Hendrik van Loon! En estos últimos, y en todos, hubiera aprendido cuán poco significa, para la armonía universal, el gloriarse de un portentoso pasado y el posar de héroe. Y cómo para llegar a hombres y a países es preciso empezar por ser jóvenes y paisajes. Risa y color. Con algo adentro que sabrá el que quisiere y el que no, no.

Señoras, señoritas y caballeros:

Yo os digo, y tomad por muy bueno mi consejo, que no os esforcéis por desentrañarme sentido filosófico. No creáis que quise deciros mucho. Si algo se os ha ocurrido en leyéndome, yo no me lo propuse. Es como si al asistir al teatro Iris y ver a Paulette Mauve y a

María Valente se os ocurre que sufren, que piensan, que son humano barro. Mme. Rasimi no os quiso dejar traslucir esa cosa tan poco agradable. Quiso, tan sólo, mostraros que sabe hacer pasar, a quien admira su comparsa, un rato agradable.

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 407, 26 de febrero de 1925, p. 39

NOTAS SOBRE LA LITERATURA DE MÉXICO

Es opinión consuetudinaria el que nuestra literatura es rama y prolongación de la ilustre española. El mester de clerecía, derribador sin seso de teocallis, constructor de conventos, misionero del alfabeto y la cruz, llegó en la nave de Cortés. Pero si una mano obispal fue capaz de quemar códices en la plaza mayor, la propia mano blanca, sin darse cuenta, incendiaba las naves de corvos cascos que a España la ligaban y halló en los manjares extraños de esta flora y de esta fauna, y en estos aires siempre azules, y en estas chinampas siempre floridas, que su ambición no tenía mérito porque no hallaba obstáculo. El emperador de las carnes de oro lo ofrecía por librarse de él convencido, como el otro, de la vanidad de las cosas humanas. Aun antes de imponer su religión y su lengua, los conquistadores ingenuos relataban atropelladamente su impresión de este cine de Anáhuac ya en prosa, ya en indianos que peregrinaban con don Antonio de Saavedra y Guzmán, a pie, enteramente. Ni podemos ni deseamos empezar a contar con ellos nuestra literatura. Acaso ella nace, elegante, pulida, oscura de la Real y Pontificia Universidad que cultivó con riegos selectos talentos de primer orden. Que en su afán de cultivar la poesía y su culto, y las representaciones teatrales, hace exclamar en ocho sílabas dignas de Cristóbal de Castillejo por lo biliosas, a doña Murmuración, en escena, que "hay más poetas que estiércol", lo que, por otra parte, habla mucho en favor de la higiene de esta ciudad. Pero que daría algunos años más tarde aquellos dos nombres que por nada del mundo dejaremos de pelear: Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y Sor Juana Inés de la Cruz. He aquí los primeros mexicanos. En ellos la gracia no se mide por metros. La encierra, toda entera, el grano invisible de un matiz, de una palabra. En *La verdad sospechosa* del primero, como lo ha notado Pedro Henríquez Ureña, se anticipa en siglos el elogio de la mentira que harían después Mark Twain u Oscar Wilde. En *El divino Narciso* de la segunda, cabe el genio superhumano de encerrar la pasión más ardiente, personal y fogosa en la tercera persona del singular, rasgo que pinta, sin más, la vida única de la estupenda Juana de Asbaje.

El auge de la Colonia atrae a más de un poeta mediocre; sus posibilidades de estudio transportan a más de un sabio. Se siguen emprendiendo forzadas epopeyas a deshora que, si los contemporáneos alaban, la posteridad va a tener el tino de olvidar. De aquí el crisol se salva, para nuestro gusto moderno, el dulce fray Manuel Navarrete y nos llegan, ramplones, precursores de los *Cantos del hogar,* don Anastasio de Ochoa y don José Sartorio. Se ha formado una sociedad peculiar, rastacuera, dueña de haciendas y amiga de llamar la atención, mal vista por las casas de España. Nace, envuelto en lisonja y en caravana, el agudo decir contra la currutaca y el petimetre. Se llama a esto costumbrismo. Cuando la gente tiene tiempo

de reparar en sus costumbres, hay generalmente una revolución. Llegó 1810…

De entonces a Ignacio Ramírez todo es discurso. Ya en verso, ya en prosa, un afán poco artístico de azuzar batallones, de reprochar a los unipersonales que prestan fácil oído a falaz ambición, y los intentos reconstructivos de lo que se pretende más mexicano: *La Profecía de Guatimoc*, y luego la *Gruta de Cicalco*. Ha llegado, de España también, el romanticismo. Quien calca a Byron será calcado por Ignacio Rodríguez Galván y tendrá, cuando menos, cien años de perdón. Se impone una nueva corriente en el cuarto cerrado de nuestro pasado conceptista, neoclásico, romántico. Y ha de tocarle en suerte el grupo brillantísimo de la Reforma, a Ignacio Ramírez, indio, el primer maestro; a Ignacio Altamirano, indio, el segundo maestro al regocijado Fidel, cada cual en su dedicación especial, y todos en la obra grandiosa que con su cultura enciclopédica y barroca llevaron a cabo. Tipo de hombres públicos, fueron los primeros diputados-poetas-abogados-ministros-economistas-oradores-y periodistas de extraordinaria y no siempre madura fecundidad que infiltraron en México la *langue française*, que tan importante papel va a jugar hoy en nuestra cultura. Mal puede seguirse sosteniendo nuestro españolismo. Bórranse las sombras lastimeras de una veintena de poetas traductores e imitadores frente a la estatuaria, luminosa figura griega de don Justo Sierra.

Oaxaca, la cuna de nuestras tiranías ilustres, como dicen o pueden decir los periódicos, ha dado 30 años de tregua a nuestra constante ebullición. Los dos o tres poetas oficiales, traducidos a todas las lenguas y no estimados en ninguna, representan lamentablemente nuestras actividades en el extranjero. Pero en San Luis Potosí suena, de pronto, la voz sonora y melodiosa de Manuel José Othón y en Veracruz se alza, con ritmo tempestuoso y salobre de mar, la metáfora áurea de Díaz Mirón. Viene de Francia por el mar salobre a nuestro mexicano domicilio don Manuel Puga y Acal con la obsesión de Victor Hugo a tratar de restar fuerza y belleza, con su gramática de la Real Academia, a lo que ya es tan inevitable como gloriosamente cierto; la fundación de la *Revista Azul*… El señor Puga, que vive todavía, es de Guadalajara y sigue con la obsesión de la Francia absurda de Napoleón III. No se oyó su voz entonces y hoy ya es, por razón de su edad, mucho más débil.

De esta *Revista Azul* —qué título sugestivo y maravilloso, exclaman los críticos— nació, en los brazos del *Duque Job*, la frágil flor del modernismo para nosotros, a tiempo que en Cuba la prohijaban Julián del Casal y José Martí, en Colombia José Asunción Silva y por toda América Rubén Darío. Se devolvían a España, sin gustar, sin abrir, los paquetes de mermelada de Bécquer, de Campoamor y de Núñez de Arce y se timbraba la devolución con profanas prosas, azul, azul… El cielo americano se desbordaba sobre la tierra en flor e invadía corazones y cerebros en una vaguedad de humo o de nube. Muerta aquella revista, los colaboradores recién descubiertos por ella, por Urbina, Sierra, Nájera y Othón, se agruparon bajo la bandera de *Revista Moderna*, que pagaba el mecenas Jesús Valenzuela, aficionado a las musas por contagio y la nueva publicación fue acogiendo nuevos nombres hoy consagrados como los de Nervo, Olaguíbel, Rebolledo, Tablada, Rubén M. Campos, Balbino Dávalos y otros. Apareció por ahí, bravamente, *Savia Moderna*, con más o menos los mismos redactores. Y por fin González Martínez, Alfonso Reyes, M. de la Parra, Rafael López, Colín, Cabrera, Castillo Ledón, se agruparon en el Ateneo de México. Su labor es de sobra conocida y reciente para que me detenga a analizarla. No haría sino repetir el elogio que todos nos merecen en particular por su empeño en encauzar por rutas seguras la cultura literaria de su

patria y por alcanzarle prestigio en el extranjero como Alfonso Reyes, como Francisco A. de Icaza, como José Juan Tablada.

Tenía pensado callarme acerca de ciertos poetas; por desgracia aparecen sus nombres demasiado frecuentemente en nuestros periódicos para que no se les conceda un juicio en pro. Me refiero a la cauda de poetas románticos que se mussetizan en nuestras apartadas provincias y que, en fuerza de llenar huecos en las ediciones dominicales de los periódicos, acaso estimados por las familias, se adueñan de una credencial de escritores y reclaman su segundo palco en el Parnaso. El secreto de su éxito popular reside a veces en describir con minuciosidad de tía, escenarios familiares y enternecedores, crepusculares siempre, o en meterse bajo el jardín a meditar sobre la luna. Como quienes no compran libros pueden siempre leer los periódicos, tienen a estos poetas, y no a otros, al alcance de la mano y del espíritu. El remedio para la extinción de semejante peligro langostino está, acaso, en los periódicos mismos, caso que quieran seleccionar sus menús, en los libros, caso que quieran abaratar sus precios, y en las gentes, caso que quieran, autores o lectores, visitar las bibliotecas. El éxito de otros reside —¡y desde cuándo! ¡Recuérdense las odas al pulque de 1805!— en darle por su lado a la patriotería pintoresca que nos han imbuido en las escuelas primarias. El tipo es Marcelino Dávalos y el propio Nervo ha cometido el pecado de escribir *Guadalupe la Chinaca*… ¡El problema de la patria en la poesía mexicana de cuántos diferentes modos se ha interpretado! Ya bélicamente, ya tradicionalmente, ya conciliando: “crímenes son del tiempo y no de España”, ya pintando escenas del pueblo: “Ora, por oro, malora”, ya provincianamente: “Patria, tu superficie es el maíz, tus minas el palacio del rey de oros y tu cielo las garzas en desliz y el relámpago verde de los loros”… Los loros. Nadie se había fijado en ellos, ¡pero son tan mexicanos y tan pintorescos! No saben nunca lo que dicen. José Juan Tablada los incluirá, con un pabellón de jarras de pulque, en sus poemas mexicanos ejecutados *extranjeramente*.

Adrede he dejado para el último al más grande poeta americano de los tiempos modernos, Enrique González Martínez, porque nadie, como él, ha ejercido influencia tan avasalladora, tan decisiva, tan profunda en la poesía del continente. Porque nadie con él ha torcido el cuello al cisne de la palabrería hueca que llena de gansos la patria de Rubén Darío a su muerte, de este Rubén Darío de quien dice un joven escritor español en perfecto epigrama que volvió en un momento a la poesía castellana todo lo malo de que se había despojado en siglos de depuración. Porque, al contrario de Nervo, en quien hallamos ser confortable pose su ñoñería franciscana, él ha palpado con mano sabia y robusta la hondura del dolor humano. Y porque nadie, como él, ha sido tan seguido por los jóvenes y tan mal interpretado por ello.

Se nos acusaba, hasta hace poco, de haber leído “demasiado” a González Martínez. Acaso se tenía razón. Pero hay que tener en cuenta que el grande poeta nunca nos hizo seña de seguirlo, ni aprobó nuestros pasos, ni siquiera reparó en ellos. Lo que pasó fue que, al descubrir, al sentir en él a un gran poeta, nos apresuramos a seguirlo con la esperanza de alcanzarlo… Pronto renunciamos. No hay que confundir nunca el dolor romántico, pero benigno, de los 20 años, con la expresión madura de un poeta de 35. Y hoy, algunos años de su ausencia y algunos más de vida han curado de su imitación a jóvenes como Jaime Torres Bodet, como Bernardo Ortiz de Montellano, como José Gorostiza, como Enrique González Rojo, que eran los más acusados, y les han dado a cada cual su ruta propia, porque todos ellos

tienen enjundia de poetas y han hallado ya su expresión. Debo mencionar con elogio, de ellos, la labor mexicanista, selecta, que desarrolla Bernardo Ortiz de Montellano al preparar con ecléctico tino, lecturas para niños de lo mejor que su investigación minuciosa lo lleva a encontrar en archivos de literatura mexicana.

Si fuésemos a clasificar a los escritores jóvenes separaríamos a los que siguieron a González Martínez, o sea el Ateneo de la Juventud, de los que siguen a Ramón López Velarde, que son muchos y ya no tan jóvenes. Haríamos un tercer grupo de prosistas en el cual habrían de descollar Guillermo Jiménez, de quien se dice que escribe muy bellas prosas, Francisco Monterde, García Icazbalceta y Manuel Horta, que han optado por el colonialismo, camino que con tanto amor sigue don Artemio de Valle Arizpe, y algunos más que en el escondite de las revistas se disfrazan con un seudónimo o con varios. Y colocaríamos en el cuarto a los avanzados sedicentes de quienes es ocioso hablar aquí porque ya ellos se encargan de hacerlo en otras revistas.

Quedarían, sueltos, inclasificables, Carlos Pellicer y José Gorostiza; ambos nuevos, elegantes, el segundo un poco doliente, marino, nebuloso, lleno el primero de trópico, de color y de sol como en su admirable poema. Y ya se apunta entre la juventud la tendencia erudita y ardua de clasificar los valores del momento, aunque estén consagrados, con valentía y con claridad. Ya las iniciales X. V., pequeñas y finales, como su dueño, sienten jurisprudencia en materia de revistar libros. Se asiste al PEN Club, se hacen lecturas en la biblioteca Cervantes y los jóvenes, bien preparados, sagaces, libres del gesto que en otras épocas los ha hecho ridículos, avanzan seguramente hacia la gloria de una consagración, con el anhelo de difundir el buen gusto y el gusto por lo bueno en esta tierra de poetas que cuenta con tan estrujado pasado y con un presente tan discutido.

La Antorcha, tomo I, núm. 25, 21 de marzo de 1925, pp. 9-11

LA PRIMAVERA, NEVERÍA

LA PROFESIÓN de nevero es una de las más olímpicas. Durante el verano —el estío, como dicen los poetas— reta desde su fresca mirada a los intangibles sarapes de Oaxaca del sol. En el invierno su insolencia es mayor. Parece decirle: yo hago mejor la nieve. Y en efecto, la del invierno apenas se sostiene sobre superficies y es monótonamente blanca, como los volcanes, o necesita de reflectores crepusculares, como las damas viejas o como los ballets. El perfecto equilibrio, nunca logrado sino mal en los árboles con escarcha de las aguasfuertes, llega a su perfección en las paletas heladas, que son además de colores. Agua ensartada, color puro, que no han encontrado los científicos en sus metafísicas.

En la práctica ya tiene sus peros esta profesión. Desde el que gritaba, hasta con una bocina, “helaoooos” en las tardes, hasta el padre de familia, muy emprendedor, que abre en el zaguán de su domicilio una graciosa nevería con mesas y sillas blancas, floreros vacíos y cadenas de flores hechas por sus hijas. Allí la mejor nieve es la agridulce de limón. También hay de fresa y se rellenan barquillos. Pero estas neverías pasan pronto de moda, aunque tengan

pianola o por eso mismo, como aquella Flor de Guerrero que había en la calle de Tacuba, con deliciosas nieves de mango y zarzamora, o Blanca Rosa, aquella nevería con salón de baile que es casa de muebles "usted pone el precio", y hasta aquella del Negrito, en Manrique, con su pensador mexicano sentado a la puerta en rodiniana actitud, y con sus *tortonis*, dura transformación de los "helados japoneses" cerrados, como balas, dentro de lámina.

La nieve burguesa, claro está, empalaga pronto. Casi tanto como los *ice-creams* aristocráticos con polvo de almendra por encima. Es imposible repetirse un plato de nieve de nuez, como no es posible acabarse un *banana-split*. Sólo la nieve proletaria no empalaga ni pasa de moda. Apenas se transforma; no muere ni se acaba. Si empezó el nevero popular por fundir el oficio de carpintero con el de su reciente adopción aplicando cepillos en el hielo que, fragmentado en trozos comestibles, se perfumaba y se pintaba —como cualquier poeta— con el contenido de largas botellas coloridas, siguió, al prosperar, estableciendo por doquiera, y para el efecto, barracas que *El Universal Gráfico*, tras de retratar, traiciona apodándolas "vergüenza de México". Tales barracas son hogar y comercio. Al retirarlas de los mercados se desparraman por la ciudad. Una existe fuera de mi casa y he podido observar en ella cómo vive uno cuando es nevero.

La "vergüenza de México" que se ha instalado afuera de mi casa se llama La Primavera, "nevería, helados finos". Tiene, al fondo, un gran espejo de peluquería, botellas de refrescos y grandes frascos farmacéuticos con aguas tibias. Las tres personas que viven ahí se acuestan temprano. A la hora siempre honesta en que llego a dormir ellos ya están cantando encerrados. A las cuatro de la mañana se detiene un carro estrepitoso, repartidor de hielo, del que salta un hombre español y pregunta, asomándose a una rendija, "¡cuántos!". De adentro le contestan que 80 o que 100. Yo ya no puedo conciliar el sueño. Me invade un temblor infinito. A la hora, empiezan a machacar el hielo entre alegres cánticos —¡oh pueblo musical!—. Ya a las ocho están colgados los letreros de la nieve que va a venderse ese día, con sus precios. Y salen también, arrastrando cajones con ruedas, los agentes que van a instalarse en las aceras para gritar "barquillos de a cinco".

Celoso de mi buen dormir y de la limpieza de las ciudades, que revela la cultura de sus habitantes, me he dirigido a todas las autoridades competentes en solicitud de que aquella vergüenza de México se aleje de mi vista. Recordando unos versos de Jaime Torres Bodet, me he dirigido al Departamento de Salubridad en los siguientes o parecidos términos:

> La Primavera, nevería,
> sigue a las puertas de mi hogar
> con sus vasos de piña fría
> y sus botellas de sidral…

Porque ya se me había asegurado que desaparecería esa ilegal barraca. Me contestaron así:

> La Primavera, nevería,
> se va muy pronto a suspender
> con sus vasos de piña fría

y sus canciones de mujer.

El Departamento Salubre
ha dispuesto ya su clausura.
¡Ojalá se llamara octubre!
¡La Primavera nunca dura!

Versos —no verdades— que como puede notarse encierran un gran desencanto de las efímeras glorias primaverales. Pero que no han dado resultado. Ahora proyecto dirigirme al H. Ayuntamiento, en verso, al poeta Rafael Ponce de León. Tengo fe en que me hará caso por solidaridad higiénica y poética. Y si tampoco esto me da resultado, entonces, como último recurso definitivo, me echaré en brazos de *El Universal Gráfico*, y mezclaré mi voz a las del público en una carta que ya estoy pensando, y que ha de empezar así:

"En vista de que el afamado periódico a su muy digno cargo publica y atiende las quejas de sus lectores, yo, que soy un asiduo y acérrimo lector de su afamado periódico, que me entero de los comentarios rápidos rápidamente y en un momento de las Acotaciones, que suelo asomarme a las Ventanas y viajar por las Municipalidades, distraigo su atención para rogarle…"

El Universal Ilustrado, año VIII, núm. 413, 9 de abril de 1925, p. 42

AMY LOWELL

AMY LOWELL, nacida en Brookline, Massachusetts, el 9 de febrero de 1874, murió allí mismo, en un ataque de parálisis, la noche del último 12 de mayo, en estos días que han puesto fin también a los de Pierre Louys, a los de nuestro Francisco A. de Icaza.

Su familia era antigua y selecta. Percival Lowell llegó a Newbury Port en 1637. James Russell Lowell, que con Oliver Wendell Holmes pertenecía a la escuela de New England simbolizada en Whittier y en Longfellow (con un espíritu menos aparentemente puritano sin embargo) y que fue embajador en Londres, era primo de su abuelo.[1] Abbott Lawrence, su abuelo materno, fue ministro en Londres. Y el actual presidente de la Universidad de Harvard, Abbott Lawrence Lowell, su hermano.

Era grande, gruesa. Sin convención social alguna. Si hubiera vivido en otra parte de su país, sus costumbres, chocantes a algunos, habrían pasado inadvertidas. Pero difícilmente se le perdona a una mujer sobre quien pesan tres siglos de tradición puritana, y cuyo hermano es presidente de una universidad como Harvard, que fume puros en público, y se oponga a la prohibición.

Su educación fue privada y consistió en frecuentes y largos viajes por todo el mundo. Ejemplo de poeta no nacido, sino hecho, contra el refrán, no fue sino hasta 1902 que decidió serlo, dedicándose a profundos estudios de métrica y de poética durante ocho años. Sus viajes a Grecia, a Turquía, fructificaron entonces en los exóticos tonos de sus versos.

En 1910 apareció su primer poema en el *Atlantic Monthly.* En 1912, su primer libro, *A Dome of Many-Coloured Glass* (dos ediciones: Houghton Mifflin Co., 1912; Macmillan Co., New York, 1914), en el cual las influencias de Tennyson y Keats son evidentes.[2]

Estamos en época de imaginismo pleno. Acaba de nacer (octubre de 1912) la revista *Poetry,* que en julio de 1913 presenta a Amy Lowell. En 1914 aparece su mejor libro, *Sword Blades and Poppy Seed,* que la liga e identifica con el grupo poético de los imaginistas que, disperso, ella se esforzó por reintegrar en Londres en 1915, reuniendo a lo mejor de la juventud —sólo en México se es ya joven a los 20 años— publicando tres antologías más, anuales, como la que Kreyborg atrevidamente denominó *The Others,* en 1915, 1916 y 1917. El grupo, bajo su impulso, lo compusieron tres ingleses y tres norteamericanos: D. H. Lawrence, nuestro reciente huésped en quien casi nadie reparó; Richard Aldington, presentado en *Poetry* en noviembre de 1912, autor de *Images Old and New* y de otros cuatro libros; F. S. Flint, presentado en julio de 1913 en *Poetry,* traductor de Emile Verhaeren *(The Love Poems of Emile Verhaeren,* Constable and Co., Ltd., Londres, 1916) y de Jean de Bosschere *(The Closed Door,* John Lane Co., Londres and New York, 1917), autor de varios libros de poemas; Hilda Doolittle, esposa de Richard Aldington, autora de *Sea-Garden Imagist Poems,* 1916, y de *Hymen*, 1921, presentada en *Poetry* en enero de 1912; John Gould Fletcher, autor de 11 libros de versos que en esa época produjo los dos mejores, *Irradiations,* y *Goblins and Pagodas,* 1916, y la propia Amy Lowell, cuya bibliografía, hasta 1923, era la siguiente: *A Dome of Many-Coloured Glass,* Houghton Mifflin Co., 1912. *A Dome of Many-Coloured Glass*, Macmillan Co., New York, 1914. *Sword Blades and Poppy Seed,* Macmillan Co., 1914. *Men, Women and Ghosts,* Macmillan Co. 1916. *Can Grande's Castle,* Macmillan Co., 1918. *Pictures of the Floating World,* Macmillan Co., 1915. *Tendencies in Modern American Poetry,* Macmillan Co., 1917. *Legends,* Houghton Mifflin Co., Boston, 1921. *Fir-Flower Tablets,* translated from the Chinese by Florence Ayscougs, English versions by Amy Lowell… Houghton Mifflin Co., 1921. *In Poetry.* July, 1913 (vol. II); April 1914 (IV); Nov. 1914 (V); April & Sept. 1915 (VI); May & Aug. 1916 (VIII); Sept. 1919 (XIV); Nov. 1920 (XVII); Dec. 1922 (XXI).

El credo de los imaginistas se resumía en estos seis principios:

I. Usar el lenguaje común pero emplear siempre la palabra “exacta”, no la meramente decorativa.
II. Crear nuevos ritmos como expresión de nuevos modos. No insistimos en el verso libre como único método de escribir poesía… No creemos que la individualidad de un poeta pueda siempre expresarse mejor en versos libres que en las formas convencionales.
III. Permitir absoluta libertad en la elección del asunto.
IV. Presentar una imagen (de aquí el nombre imaginistas). No somos una escuela de pintores, pero creemos que la poesía debe dar las señas exactas y no ocuparse de vagas generalidades por magnificentes y sonoras que sean.
V. Producir poesía que sea ruda y clara, nunca borrosa o indefinida.
VI. Finalmente, casi todos creemos que la concentración es la esencia misma de la poesía.

En *Sword Blades and Poppy Seeds* aparece empleada, por la primera vez, la forma que ella llama prosa polifónica y que hace consistir en el uso de las diversas “voces” de la poesía en el metro, el verso libre, la asonancia, la aliteración, la rima y el ritornelo. “Emplea —dice

en un ensayo sobre Gould Fletcher— toda suerte de ritmos, aun a veces el de la prosa.”

En sus obras siguientes va revelando nuevos aspectos. Los poemas de *Can Grande’s Castle* son solamente cuatro polifónicos, de magnitud casi épica, ricos en música e imagen.

Aparte de sus originales poemas, son de notarse sus estudios de letras extranjeras, chinas y japonesas, traducciones a las que me he referido ya en estas columnas y sus ensayos críticos, *Six French Poets*, 1915, y *Tendencies in Modern American Poetry.*

El Universal Ilustrado, año IX, núm. 423, 18 de junio de 1925, pp. 25, 65

---

[1] En 1846 publicó *Biglow Papers,* ejemplo maestro de sátira inglesa, contra la guerra con México.

[2] Muy poco antes de su muerte salió de las prensas una *Vida de Keats,* cuya composición la ocupó durante largo tiempo.

AVENTURAS EN LIBRERÍA

DEL libro, el hijo y el árbol que tenemos que producir, nada tan laborioso como el primero, ni tan difícil de deshacerse de él. El material, por supuesto, es lo de menos, al revés de los otros casos, y puede usarse el rezagado en revistas y en carpetas. Pero lo difícil empieza al entrar vuestro libro al linotipo. Ya dada la medida —10 en 10, medida de 24 cuadratines, con interlínea—, sale de vuestras manos, a las que no regresa sino a la hora de la corrección de pruebas, dándoos la ilusión de que podéis modificarle en el transcurso, cosa que no puede hacerse con un hijo ya conceptuado —ni con un árbol que crece torcido—. Pero la casa editora tiene correctores propios, de tal manera que no veréis sino pruebas de plana formada y aun ya impuesto el pliego, en espera ansiosa del tírese. Leéis de memoria, como es natural tratándose de cosas propias, de esas de las que dice uno siempre que son muy malas, pero que se sabe de corrido —y dais el tírese…— Y el primer amigo piadoso a quien enseñáis el alce de los pliegos, os pregunta si aún hay tiempo de agregar una fe de erratas.

Examinamos. Donde nuestra pluma puso “lastre de la brillantina”, alguien modificó “lustre”. Donde dijera “Tablets”, dice ahora “tables”; donde “reproducir la Naturaleza”, “producirla”… donde “doble sentido”, “doble sentimiento”… y donde “hase”, “hace”…

Y bien, si los correctores no hicieran esto, ¿qué otra cosa podrían hacer? Aparte de marcar en galeras —no es “tipográfico” que dos lingotes acaben con las mismas sílabas— ciertas cosas que sólo ellos entienden y en que sólo ellos se fijarían, no les queda otro ejercicio que el de su derecho a modificar ahora ya no lo tipográfico, que desconoce el escritor y el lector nunca justiprecia, sino lo gramático ¡ay! que el autor había pretendido hacer a un lado para decir lo que quería. Así, cuando leáis vuestra obra, y hagáis las pausas que las comas indican, notaréis con tristeza que la expresión no es ya la vuestra, sino que es la de la gramática.

Luego ¿por qué se atreve este joven autor a poner “tablets”? ¿Y “hase” con “s”?

El libro está ya encuadernado. El autor recibe unos cuantos ejemplares, olorosos a cola, repintados y frescos. Los primeros son para los periódicos. Luego van algunos a la librería de Robredo y a la de Porrúa. Y al hacer la cuenta de los amigos a quienes tiene que obsequiarles el volumen… ve que son más de los que esperaba…

El domingo siguiente aparecerá en el Museo de las Letras un juicio sobre el joven autor. Dilucidaciones, solidarismo de vehementes sospechas expresivas en las aristas de sus sagaces composturas previas.

Comprenderéis que he estado hablando de mi libro de *Ensayos*. Su aparición ha revelado a la publicidad secretos como el de mis anteojos y mi edad, que yo guardaba, pero que mi empleo público ha hecho indispensable producir. Los unos para trabajar, la otra para cuando se me jubile como empleado por 35 años de servicios. Sin embargo, advierto el peligro que se me comprenda mal si sigo callado acerca del libro y permitiendo que mis amigos de los periódicos hablen de él. En una reciente antología de prosistas modernos de México, se me atribuyen 25 años de edad. En *El universal* de un domingo, 22. En *Excélsior,* 21. Y el pagador del grupo *F* frunció el ceño cuando manifesté 21 años cumplidos.

Alguna vez he de publicar la serie de retratos que conserva mi madre de su hijo único. De un año tenía los pies muy grandes. Era de esperarse, pues, que, como dice Xavier Villaurrutia, hoy se me acuse de ser muy alto. De 11 años empecé por hacer versos. Conservo el cuaderno, sin una sola falta de ortografía, y con reflejos de mis lecturas de entonces. A los 12 vine, de mi Torreón, a México, a estudiar preparatoria. Desde entonces no he dejado de escribir… Sólo ahora me siento flaquear, inseguro.

Me cuesta un verdadero triunfo trazar dos líneas, que ya me salen siempre malas, y no es verdad que pueda, en cualquier momento, volver a hacer versos, que ya sólo los puedo hacer por medidas. Poco tiempo me ha quitado el amor, al cual he preferido la lectura y la escritura simultáneas, como en los textos de primaria.

No es mi culpa esta inexperiencia en asuntos eróticos… (es la primera vez que escribo esta palabra), porque se dice, con razón, que ningún vicio se adquiere con éxito después de los 21 años. Mi fracaso, pues, se debe sólo a falta de práctica oportuna. Las mujeres se pintan diferente de como las pintan los escritores. Yo no sé gimnasia. Prefiero dormir por las mañanas. Y el *mah-jong* me es tan extraño como el *base-ball*, el tenis y la brisca doméstica. Tengo, a pesar de ello, unas ganas furiosas de contraer nupcias.

Entre las personas a quienes he enviado mi libro, está Christopher Morley, sobre uno de cuyos libros aparece en *Ensayos*, uno y traducciones de sus poemas…

Es Morley un escritor consagrado en un país como los Estados Unidos, y cuya última obra, *Thunder on the Left*, se anuncia en la forma siguiente: "El 25 de noviembre saldrá a la venta el libro de Christopher Morley, *Thunder on the Left*. Como va a hacerse 'solamente' un tiro de 50000 ejemplares, si usted desea poseer una primera edición, que dentro de algunos años será sumamente valiosa, apresúrese a agregar su nombre al de los suscriptores del libro".

Me contestó una carta, que no olvidaré nunca. Dice:

> Querido señor:
>
> Estoy sumamente complacido y conmovido de recibir su amable carta y el libro; es delicioso encontrar a mi Viejo Mandarín sonriendo en otra lengua. Confieso que las traducciones chinas son un hijo favorito, y que cuando alguien es amable para ellas, ello calienta mis entrañas. Es solamente una muy especial clase de inteligencia la que gusto de esos fragmentos de jengibre y yo comprendo —aunque soy tan estúpido que no leo español fácilmente— que el espíritu de usted es de la clase que yo gusto y admiro. Gracias ciertamente por su murmullo sobre un lejano horizonte y créame suyo agradecido.
>
> CHRISTOPHER MORLEY

El Universal Ilustrado, año IX, núm. 445, 19 de noviembre de 1925, p. 43

NOCTURNO DE LA CARNE

EXISTIMOS para vivir por la noche. Nuestra cotidiana tarea, el nombre, la sonrisa, el saludo, mueren a su arribo. Los nervios, retorcidos de contención, saltan, *jazz*, teléfono, máquina, elevador, aullido del lobo en prisión que es nuestra alma civil. Era falsa la Piedra del Sol. En su ausencia, las estrellas se sientan francamente a la puerta de sus cuartos rojos. No preside

nadie sus guiños y ya los hombres, ¡ay!, pasan sin verlas. Una de ellas tiró un cigarro. Lo apagó el silencio.

Todas las noches paso por una carnicería. Las grandes reses colgadas de un muñón, con un sello al margen, serán mañana convertidas en medios kilos de retazo con hueso. Cada entraña suya y cada dolorosa tajada ha de hacer inclinarse a esa balanza que perteneció a la justicia, sobre el mostrador, que es como los de los anfiteatros. Los cerdos, cuya manteca es semejante a un pilón de azúcar en la bandeja, no me enternecen tanto. Desde que viven se antojan y tienen, con el rabo interrogatorio y cruzado como pierna, los oídos cerrados, chata la móvil trompa y sucio el gusto, un repulsivo aire de familia con los capitalistas. Son incapaces de un pensamiento generoso y se antoja, aunque sean de carne, estrellarlos para hallar dinero.

Se comen, sin preguntarles nada, hasta las margaritas. Su mérito es el holocausto. Cuanto de repugnante hagan en vida, quédales perdonado con lo que lograron constituir. Así los tiranos, los mártires, y los grandes artistas, cuyos chicharrones espirituales son ejemplar sazón para las generaciones sucesoras.

¡Pero las reses, Dios mío, que habrán dejado a sus pequeños para venir a ser platillos domésticos! No les bastó su leche a los hombres, ese fruto dulcísimo que ellas sentían fluir de su ser y henchir su seno generoso. De un paisaje cuyas nubes y montes tenían en la piel, las arrancaron. Y mañana un pedazo suyo será una milanesa, otro una costilla con papas, otro más riñones con tocino…

Y en ese tronco cuyos años no pueden contarse, las aplanarán, las dividirán, machacarán sus huesos de helado tuétano, y en ese molino americano que parece cilindro, ford o victrola, las harán verdaderamente picadillo…

¿No os ha despertado nunca el lúgubre chocar de los cuchillos de una carnicería? Habéis de fijaros. Y si no os conmueve pensar en que ya vuestra propia criada va por su parte del sangriento botín, que a mediodía comeréis hecho sopa y hecho guisado, será que en vez de entrañas tenéis aguayón.

Pero quizá más crueles que los carniceros, que matan la vaca, son las cocineras que les tienen la pata. La lentitud con que preparan los guisados es cosa de los Borgias. Lo menos criminal, por rápido, es un *beefsteak* simple, frito en manteca que suavizará un tanto el tormento. La parrilla sí es inquisitorial. Y en las milanesas, el pan con huevo pretende los honores del sabor, que residen esencial y originariamente en la carne.

A medida que se complican las confecciones, se hace más y más capital el pecado de comer carne. El estofado o carne rellena de carne y otras cosas, y cosida con hilo, es ya culpable, como el salpicón, hecho con carne mártir que ha dado ya todo su jugo al caldo. Pero por muy culpable que sea, hay algo que lo es infinitamente más, y es el chorizo o longaniza. ¡Carne molida envuelta en tripa del mismo individuo, después frito todo, luego nuevamente asesinado y por fin, hecha ya trizas la primitiva sustancia, masticado con morosa delectación!

¿Y los sesos? Creyendo que tengo suficientes, nunca he probado los ajenos. Pero, con ensalada, hacen pensar en el suicidio —¡milagro vengador de la víctima antropófaga!— como el hombre que come con la mano patas de puerco, da un poco de risa.

¿Qué hacéis, hombres, del resto del buey? Si nada se pierde y todo se transforma, ¿dónde dejáis las pezuñas, que no se ven por aquí, ni los cuernos? Éstos he visto, como percheros, en

ciertas casas. Pero no todos los cuernos los han de usar en las casas para guardar la ropa. También, según sé, se hacen peines con ellos. De su cola hay sopa americana y sus pieles húmedas y viscosas, las hemos visto todos temblequear en grandes carros, de los obradores a las curtidurías, como tiples de moda.

Y esta carnicería, de noche, tiene encendida, en una repisa, una lámpara agónica de aceite sobre la que, entre papel de china, surge una virgen. De sobre las arrobas de carne asesinada y fría, aquella flama alumbra la caja registradora, los negros cuchillos, la balanza, el mostrador de mármol. Todo se va desde las rejas, amplias, que dan a la calle. Un perro ha estado pensando como yo. Y ahora, se va husmeando ansioso quién sabe qué rastro.

El Universal Ilustrado, año IX, núm. 449, 17 de diciembre de 1925, p. 29

ELOGIO DEL AUTOMÓVIL

QUIENES, como yo, llegan de pueblos más chicos a éste en sus primeros años juveniles, ven en el automóvil el resumen más completo de su ambición y la realización perfecta del progreso. Buena prueba, en mi caso, es una cierta novela corta que llamé *El joven*, que está casi inédita, y en la que se consagra no poca parte a dirimir los automóviles de las bicicletas, de los tranvías y de los coches-de-caballos-por-fuera.

En ese tiempo me interesaban las cosas en relación con las personas. Si el hombre hizo máquinas, éstas le volvieron chofer, como las bicicletas le desarrollaron las piernas, como los trenes rápidos, a los que se tenían que trepar los garroteros, les han dado una forma peculiar de sombrero contra los vientos y un modo cabeceante de ambular. Así, establecí, más o menos acertadamente, las diferencias y las semejanzas que hay entre los directores de naves, animales, ciudadanos, empleados que usan planillas y peatones que dejan de serlo por el solo hecho de abordar, como dicen ellos, el camión de su rumbo. Descubrí el sutil lazo azul marino que identifica a los auditores, esclavos del riel, aunque libres del trole, con los conductores, siervos de ambas tiranías, y su propia tarea de rendir cuentas y de checar boletos numerados. Llamé a la bicicleta “grito de Dolores” contra la dominación monótona, paralela, lisa de los rieles, muertos de hambre los caballos, rematados los carruajes presidenciales y los de las familias ricas, prescritas las carrozas mortuorias de caballos, y ahora que sólo el matrimonio se perpetra en coche —primera y única oportunidad, para los contrayentes, de ir despacio—. Heraldo del auto, la bicicleta ayudó a los alambristas a consumar hechos notables, y a todos nos consta que existe todavía un *Temerario* Ross cuyo oficio parece ser ése, y que ha construido un capitolio frente a la Alameda, donde poco antes se alzaba Morelos.

Las familias ricas se hicieron traer, como la ropa, automóviles de Francia. Aquellos complicados ritmos de líneas con que se vestían las señoras elegantes, el inicuo justo corsé, la falda, sobre todo la falda, era igual que el cofre de sus coches. El encierro en que traían sus cuerpos todos forrados era doble cárcel en los vidrios y los techos definitivos de sus *renoles*. Sus choferes eran solemnes e ignorantes de las refacciones. Las marcas no se podían

pronunciar fácilmente.

Poco a poco iban lejos. Se cuenta que la gente salía de sus casas a presenciar el primer automóvil que llenaba de tinieblas su tránsito y sonaba a Tchaikovski, como ahora los carros de la basura. Surgía la insurgencia.

Con la Revolución, por fin, hubo ya tantos coches como generales. Los días de campo fueron más frecuentes y la automática conquista de la humanidad empezó a ser don de todos. No puede hablarse de automóviles sin mencionar a Henry Ford, que es un genio como Edison, como Franklin, por cuyas gestiones todo el mundo puede tener rayos en casa y victrolas en abonos. Persona como sólo las producen los Estados Unidos, nos hizo todo posible el viaje rápido por sólo 10 centavos en los camiones, y la dejada a precio convencional, dando, al propio tiempo, oportunidades nuevas de vida a quienes vendan gasolina, laven coches o cobren pasajes, y nuevas maneras de morir a quienes manejen, vayan a su casa o atraviesen la calle.

Fuera de lo que significan en relación con el progreso, considerados como cosas en sí, es grato observar que en su aspecto se van acercando cada vez más a una realización perfecta de aquella línea pura, limpia y sintética que todos queremos expresar. Que han seguido la evolución de la arquitectura en el país que hoy la tiene más bella, y que, fuera de toda duda, una ponjola *girl* se ve más en su casa en un Paige, en un Packard, en un Buick, como esos que dejan en las noches con luz verde en las grandes agencias, detrás de los cristales exclusivos, que en aquellos grandes, cerrados castillos que todavía, en las mañanas tibias, llevan al bosque a sus abuelas tocadas de negro.

El Universal Ilustrado, año IX, núm. 455, 28 de enero de 1926, p. 19

LAS ESCUELAS AL AIRE LIBRE

FUNDÓSE la primera escuela de pintura al aire libre en Santa Anita, bajo la dirección de Alfredo Ramos Martínez, en 1913. Su ejercicio duró hasta 1914, y al dar comienzo la administración del general Álvaro Obregón, el propio pintor estableció una nueva escuela de este género en Coyoacán, la misma, puede decirse, que hoy funciona en Churubusco.

En mayo de 1925 se abrieron las cuatro que funcionan hoy: una en Xochimilco, a cargo de Rafael Vera de Córdoba; otra en Tlalpan, que dirige Francisco Díaz de León; una tercera en Churubusco, al cuidado de Ramón Martínez, y otra en Guadalupe Hidalgo, bajo la dirección de Fermín Revueltas.

Dos meses de trabajo proporcionaron material digno y suficiente para una exposición que abrió en el patio de la Escuela Nacional de Bellas Artes, y que, enriquecida, pasó al Palacio de Minería, en que estuvo abierta al público los días del 22 al 31 de agosto.

En vista del éxito ininterrumpido que se ha logrado con estas instituciones, está aprobada la creación, por lo pronto, de tres más que llevarán los nombres de Saturnino Herrán, Julio Ruelas y Santiago Rebull, y que se pretende establecer en barrios populosos y apartados, como la calzada de los Gallos, Peralvillo y La Candelaria.

Para ingresar en una escuela de pintura al aire libre, no es necesario requisito alguno. Se trabaja en ellas mañana y tarde. Ninguna norma constriñe a los alumnos. Se les proporciona un lugar desde el cual pintar, y se les dan los útiles indispensables. La intervención del maestro se reduce a vigilar su realización, a no dejar nunca al alumno desviarse de sí mismo, por ninguna influencia pictórica extraña. Ni siquiera, por supuesto, ven los alumnos pintar al maestro sus cuadros.

Convencidos de las facultades artísticas innatas en nuestro pueblo, se ha decidido ir a él, descubrir la personalidad del niño y del hombre y lanzarlos a su individual realización. Si se palpa que un niño, que un hombre, ha hallado su camino, se ha descubierto a sí mismo, se le hace abandonar la escuela y trocarla por la vida fecunda en ejemplos.

Comprende él entonces que fuera de la escuela, que no hizo sino mostrarle caminos, debe estudiar siempre —es decir, ver, vivir y pintar—. Así se logra que su producción tenga el sello magnífico e irrazonado de la función creadora indiferente al bien y al mal, objeto del arte.

Sería esnobismo imperdonable opinar que los alumnos de las escuelas de pintura al aire libre “han llegado a Matisse”, “se acercan a Picasso”, o “recuerdan a Rousseau”, frases que los pedantes suelen aplicar a los pedantes. Lo grandioso en estas escuelas es precisamente que ningún pintor se parece a otro; mucho menos podría parecerse a pintores europeos que no conocerá probablemente, felizmente, nunca.

Existe, es indudable, una coincidencia de realización, que no es, en manera alguna, de extrañar, ya que Europa, cansada, arrepentida del realismo anatómico, fotográfico, y de los experimentos que se llamaron impresionismo, post y neoimpresionismo, puntillismo y cubismo, parece decidirse por la mayor simplicidad, regreso admirativo a Giotto y afán filibustero de artes plásticas primitivas, palpable no sólo en los movimientos generales, sino aun en los individuos mismos (compárense con las cubistas las producciones más recientes de Pablo Picasso). Mas nuestro México no tiene de qué estar cansado, ni academia de qué regresar, ni refinamiento superintelectual que abandonar en las artes plásticas. Lo que hoy hace el indio, la maravilla de expresión significativa que encierran las formas, las líneas, los colores que compone y maneja, no son otra cosa que la soberbia continuación de un pasado artístico, precolonial, no superado. Las vírgenes agonizantes no han salido de las iglesias sino a las recámaras de la burguesía. Pero salid de la ciudad al país y veréis en cada piedra, en cada fachada, en cada letrero, en cada huella humana, la maravilla de simple, directa expresión significativa que hoy busca Europa en sus hombres más cultivados y que a nosotros no nos ha abandonado nunca, si por nosotros no entendemos, como no debemos entender, a la gente que gusta de la mala pintura religiosa que se nos impuso en la Colonia, sin lograr conmover nunca al indio que, interpretándola, sin embargo, como nuevo espectáculo, logra en los retablos, por ejemplo, maravillosas revelaciones de expresión estética.

Revista de Revistas, año XVII, núm. 863, 21 de noviembre de 1926, p. 15

ODIOS, MUERTES Y ERUDITOS

CON motivo del fallecimiento de don Julio Cejador, el notable filólogo español, nuestro colaborador don Salvador Novo nos ha escrito este interesante artículo. Pueden nuestros lectores percatarse, en estas líneas, de los conocimientos de uno de los más jóvenes e inteligentes profesores de literatura castellana en México.

DON Julio Cejador y Frauca acaba de fallecer, el día primero de este año, a los 63 de edad. Sabido es que todos los eruditos pasan de los 50. Menéndez y Pelayo alcanzó los 56 en 1912. Adolfo Bonilla y San Martín los 50. Don Francisco A. de Icaza los 62. De todos estos recientes cadáveres ninguno tan odiado en vida como don Julio Cejador. Él mismo nos da un resumen de las iras ajenas que desencadenó en contra suya con la publicación de su *Historia de la lengua y literatura castellana* en 14 volúmenes.

En el tomo XI de la propia *Historia*, página 273, da su breve nota biográfica, su retrato, y un buen número de críticas sobre su labor. Azorín es el único que la trata decentemente. Nuestro Icaza, con esa bilis que dicen que tenía, y Américo Castro lo mofan y el último opina que la serie de Clásicos Castellanos de la Lectura debería encomendarse a gente más seria que Cejador que no hace sino libros de recortes. Cejador cuidó, anotó y prologó, en esa serie, *La Celestina*, el *Libro de buen amor* y tres tomos de Quevedo de los cuatro que son, y el primero de los cuales tuvo a su cuidado Américo Castro. En la corta vida de la Biblioteca Renacimiento, en que Castro publicó *La Dorotea* de Lope, Cejador editó a Gracián en dos tomos.

Pero el odio a Cejador viene de mucho antes. No es que haya sido un "monje renegado" nada más. Es, fundamentalmente, que era el último fiel discípulo de Menéndez y Pelayo, que no se avergonzaba de serlo y que amaba y predicaba la belleza de "lo popular" por encima de "lo erudito". A este propósito recuerdo a nuestro don Manuel G. Revilla, otro muerto, que publicó en 1921, en un folleto de 20 páginas, la carta réplica que enviara a Cejador, autor de la *Gramática de la lengua de Cervantes*, y que amparó con el siguiente epígrafe de Publius Syrus: *Est turba semper argumentum pessimi*. El folleto se llama *El lenguaje popular y el erudito*.

Mi ejemplar tiene el siguiente autógrafo: "Al joven Salvador Novo, con el afecto que su buena educación le conquista". Y el maestro Revilla, con el grito en el cielo, me advertía que no leyera nunca la pésima *Historia* de Cejador, en que se daba a don Juan de Dios Peza la nacionalidad de venezolano.

Así es, en efecto, pero tan sólo en un retrato. Mucho sería de desear que allá hubiera nacido Peza, donde Cejador lo coloca en la lámina que hay entre las páginas 370 y 371 del tomo IX de su historia, "Parnaso venezolano", retrato 12. Pero en el propio tomo, en la página 128, nota 33, dice él mismo: "Mejicano… poeta popular… coplero, que no sólo se leyeron sus versos en España y América, sino que Sedorovitch los tradujo al ruso; Longe al sueco; Lagarda al italiano; Gilpatrick al inglés; Vedra al portugués, y hasta Imamura al japonés, suerte que no ha cabido a los modernistas que lo miraron por encima del hombro". Y agrega: "tal es la fuerza de lo popular…"

Lo popular lo obsedía. ¡Con qué placer, al referirse a don Francisco Rodríguez Marín en el tomo IX, páginas 143, 144, 145, admira su "saber popular" y cita sus *Cantos populares españoles!* Aun tratándose de su maestro Menéndez y Pelayo (tomo citado, página 170): "si su desapoderada afición a las humanidades le hizo más apreciador de lo erudito y menos

aficionado de lo popular, descaminando a veces su crítica literaria…”

Veamos cómo trata a Juan Ramón Jiménez, tomo XII, página 12: “El mundo es un confín con tres verdores vagos Y una rosa de seda”. “Diríase acertijo por descifrar… Y con todo eso, este poeta hizo en su primera época algunas composiciones en las que se olvidó del modernismo y se acordó de lo popular. ¡Ay! Entonces vemos al poeta…”

La otra razón del odio a Cejador es, lo apunté ya, su lealtad a Menéndez y Pelayo y a sus métodos líricos, oratorios, mazacotudos, de investigación y de deducción. Sabido es que ya no se quiere en España a Menéndez y Pelayo. Que a cada paso, los nuevos eruditos se complacen en rectificarlo, actitud para cuya comprobación basta abrir en cualquier página un libro cualquiera de la Junta para Ampliación de Estudios, que dirige Menéndez Pidal, discípulo de Menéndez y Pelayo “(en vida del maestro, hoy de los más valiosos maestros de la Institución Libre de Enseñanza)” (Cejador, *Hist.*, IX, 177). Ya es José F. Montesinos en su edición de *El marqués de las Navas*, de Lope, quien da un mentís a la pretensión de don Marcelino de haber rectificado la edición de Hartzenbusch en la suya Académica de Lope, tomo XIII, y demuestra que es la edición de Menéndez y Pelayo, letra por letra, reproducción de la imperfecta de Hartzenbusch.[1] Ya Américo Castro, en *El pensamiento de Cervantes*, quien le reprocha no haberse ocupado en serio de Cervantes.[2] Ya el propio Ramón Menéndez Pidal, en *El rey Rodrigo en la literatura*, que no obstante calificar de “luminosa” la exposición de Menéndez y Pelayo, no desperdicia oportunidad de atacarlo.[3]

A Cejador le parece que la preferencia que hoy tiene España por la erudición alemana no es sino una continuación triunfal del krausismo que en sus buenos tiempos combatió Menéndez y Pelayo, exaltando el patriotismo español y buscando para España un pasado filosófico firme con la publicación de sus *Heterodoxos*. Con este motivo se deshace *(Hist.*, tomo IX, 7) en frases feas para la Junta para Ampliación de Estudios, que cuenta con subvenciones excesivas a su parecer, y que no es sino una sociedad de mutuos elogios. Deja constantemente asomar el odio, profundo, que guarda para Menéndez Pidal, a cuyo homenaje, por supuesto, no contribuyó, y a su familia: “Alejandro Pidal y Mon (1913), asturiano, de la Academia, no se sabe por qué y *[¡horresco referens!]* director de ella, pospuesto Menéndez y Pelayo… *(op. cit.*, IX, 163).

Me embarga, cuando veo morir a quienes se insultaron por causa de otros muertos, un sentimiento de profunda amargura. Prefiero los servantitesios del cancionero de Baena, insultos directos como hoy nos los decimos por cualquier causa, prefiero a Góngora burlándose del matrimonio de Lope con la rica hija del carnicero, en un buen soneto con torres-torreznos, prefiero en fin, los vejámenes, por crueles que sean, por mucho que aludan a las corcovas de Ruiz de Alarcón, a la lectura horrenda de los libros amargos en que dos muertos se han odiado porque no se avenían a opinar de conformidad sobre todo cadáver.

¡Cuánto mejor es dejar en el mundo una buena opinión, y no haber reñido nunca! El propio rey Alejandro (que Cejador atribuye a Berceo, *Hist.*, I, 186) (Riv. 57, 224 e).

2507:…que era rey de tan gran poder / Que mares nen tierra no lo podien caber. En una fuessa ouo en cabo a caber. / Que non podie de termino doze pies tener.

2503: Do moriron las carnes que lo an per natura / Non morió el bon precio que hoy día dura: / Quien muere en bon precio es de bona ventura, / Ca lo meten los sabios luego enna escritura.

2505: Sennores, quien quisier su alma bien salvar, / Dene en este seglo muy poco a fiar: / Qui en el poder del mundo no la quiera dexar / Deve a dios servir, e develo rogar.

2506: La gloria deste mundo quien bien la quisier amar, / Mas que la flor del campo no la deue preciar, / Ca cuando omne cuyda mas seguro estar. Echalo de cabeca en el peor lugar.

El Universal Ilustrado, año X, núm. 506, 20 de enero de 1927, pp. 50, 65

---

[1] *Teatro antiguo español,* textos y estudios, VI, Lope de Vega, *El marqués de las Navas,* publicado por José F. Montesinos, Madrid, 1925, pp. 119 y ss. P. 122. "Ni Hartzenbusch ni M. P. han notado…" P. 126: El colector asegura en el prólogo: "Hemos tenido que reproducir el texto, no siempre satisfactorio, de la rarísima parte XXII, cotejándolo con la ya citada parte VIII de varios autores y con la moderna reimpresión de don Juan Eugenio Hartzenbusch…" Un detenido cotejo de ambos textos nos convence de que la edición académica es una mera copia de la de Hartzenbusch, de la que no modifica ni una línea y que reproduce hasta con sus notas.

[2] A. Castro, *El pensamiento de Cervantes,* Madrid, Hernando, 1925, pág. 8: "Otro hecho que siempre sorprende es que Menéndez y Pelayo no se ocupara de Cervantes sino ocasionalmente… Muchas de sus apreciaciones han sido inspiradas por lo que la crítica nacional y extranjera dijo a lo largo del siglo XIX, opiniones que en cómodo despliegue figuran en el tomo III de la bibliografía de Rius…"

[3] R. Menéndez Pidal, *El rey Rodrigo en la literatura,* Madrid, Tip. Rev. Arch., Bibl. y Museos, 1924, pág. 163, nota: "El *Rodrigo,* romance épico, con lic., en Madrid, en casa de Sancha". Menéndez y Pelayo, *Obras de Lope,* VII, pág. LVI, juzga como novela el romance… Pág. 204: "La tragedia de Landor, por muy desconocida en España que nos parezca (ni siquiera la menciona Menéndez y Pelayo en ninguna de las tres ocasiones en que trató de la leyenda del rey Rodrigo)…"

MÉXICO-PUEBLA

Dear Editor:

Le mando lo último que he escrito. Una impresión de viaje en auto de Puebla a México (viceversa) en compañía de John Dos Passos —el ilustre autor de *Manhattan Transfer*, a quien nadie le hizo caso en este México que él quiere tanto, pero al que no llegan sus numerosos y buenos libros— y de otras personas que aparecen en el *Kodak* que también le envío. Reconozco que esto está un poquito joyciano, pero creo que no obste.

Saludos muy afectuosos de

SALVADOR NOVO

A John Dos Passos

A FINE *morning this is*. ¿A qué hora empezaremos a hablar de literatura? John Dos Passos. Por tres generaciones ha vivido en los Estados Unidos. Yo no conozco sus libros. No es tan famoso, o qué pasa. Ahora pela una naranja y se la come. ¡Brrrr! Pero el abrigo pesa y estorba. Los árboles están muy limpios y bien peinados. Alguien ha lavado las piedras y ha barrido el camino. Ni una colilla, ni una cáscara, ni un gargajo, ni un anuncio de dentistas con dientes. Como no hay agentes de tráfico, este chofer se ha puesto a correr tras de sí mismo. Si caemos, la noticia saldrá en los periódicos. Grave accidente. Deben de pesar mucho encima los automóviles, y al caer, darán exactamente tres vueltas sobre sí mismos. En la primera se nos hundiría la cabeza; en la segunda se abrirían las portezuelas, y en la tercera volvería a quedar listo; pero ya nadie lo montaría. Se habría desviado del camino. Oveja descarriada. El abismo del mal. En las curvas, la mano del viento nos da un empujón. Dispense. Las piedras blancas, que no podrían con un baúl, detienen los automóviles. Se alzó ya el telón. ¡Oh! ¡El Popocatépetl! Odioso mamarracho. Se le ve desde todas partes. Lo pintan en los teatros y en algunos cafés. También hay tarjetas postales. Fume nú… Están decorando ese monte. Va a parecer un *cake* de chocolate con el letrero completo. Otra vez ese mamarracho con nubes de trapo. Tiene nieve de mal sabor. Coloso, vigía, todos los adjetivos. Hay muchos otros. ¿Hasta cuándo se hundirá de una vez? Río Frío. Ningún río, pero hace frío. Aquí la leche no está pasteurizada. El café es muy feo y con natas. Veinticinco centavos. Aquí empezó la literatura mexicana. Color local. Estas gringas han leído completo a Payno, Payo. La Biblioteca de Novelistas Mexicanos, página 257. Pero antes, Luis G. Inclán. *Los hermanos de la hoja,* los hermanos Karamazov mexicanos. Anécdota del cantor del hogar. Aquella petaquita es la mía. Lecturas mexicanas graduadas por Nervo. ¿Es esto el Atoyac? Altamirano, Rosas Moreno. Al Atoyac. Ya brotan del sol naciente los primeros resplandores. ¿No es? Voy a rectificarlo. Ya llegó el primer automóvil y no le aplaudió nadie. Los pañuelos y los sombreros. ¿Cómo está usted? Por aquí. Después de usted. Mil gracias. Se me ha encomendado, en esta ocasión, expresar… Wagner tocado en gaita. Cuando pitos flautas, cuando flautas pitos. Cuatro milpas tan sólo. ¡Qué encanto! ¡Con qué gusto me la llevaría a mi casa! Es igual a las que está pintando ahora Diego. Diego Laínez. La música antes que todo. No hay suficientes huevos para todos. Segundo almuerzo. John Dos Passos, realmente…

Hasta ahora comprendo cuántos somos. Todos estos señores periodistas americanos parecen detectives de películas. Vienen a descubrir algo. Sólo el doctor Monroe. Le quedaría perfecto el birrete. Le hace falta. Anda incómodo sin él. ¡Bravo! ¡Qué bonita es esa pieza de

las milpas! No hay más que dos automóviles para ir a ¿cómo se dice? Si usted va, yo también. En Huixquilucan monté muy bien. Oh, oh. Así montaban antes los militares. Debe de ser muy elegante, y además es natural. Mire ¿eh? ¡Oh! ¡Caballo! ¡Épale! ¡Puf! No, pero mejor lléveme usted las riendas. Es que está acostumbrado. Ganó unas carreras. Aquélla es la Malinche. La leyenda dice que. Los cigarros saben muy mal. No se puede saborearlos a caballo. Se prenden nada más por dentro y el papel se va arriscando como papel de fotografía, medio tostado. Hay que regularizarlo con el dedo meñique y chupando fuerte, y entonces el viento desmorona la lumbre y nos mancha de cenicitas. Mejor tirarlo. Ya se me acabaron y en Puebla no ha de haber de éstos. Sí, cómo no. Ya empe ¡pum! zó el festival. Ya se ha de ir a acabar. ¿Cuál música oímos? Titutli camixtli huixitli clap clap clap clap clap clap clap clap. Traducido ya no es lo mismo. Clap clap. Ésta es la recámara de las alumnas. La virgen de la silla. "El amor maternal es el amor más puro." 1857-1917-1927. Constitución y Reforma. Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Castellana, por don José Alemany Bolufer. Aquí buscan las malas palabras. Así lo hacía yo también. Prostituta, ramera. Ramera, prostituta. Por aquí. Nos falta el horno para quemar, pero este torno fue construido por los alumnos con madera de los árboles. Zzzzztt. Zzzzztt. Zzzzztt. Aquí está ya la pieza perfecta. Así hizo Dios el mundo y las rotativas. Se pueden poner flores silvestres o beber agua. Por aquí. Muchas gracias. Tin.

Como una cabra arisca bajó de su montaña, de su mon… Todavía me queda un cigarro. Qué ojos tan brillantes. Nunca se lavan los dientes, pero son muy blancos y limpios. Como los perros. Tolstoi. Oh plebe que vives en la altura ¿eh? ¡Mata! Clap clap clap clap. Cuatro milpas, ¡ah! Y agua le pido a mi Dios. ¡Qué vergüenza! Yo le mandaría su cese mañana mismo. Tin. El pendón de las separaciones.

Le voy a decir cómo cantan este himno. Yo también me encontré mi libro en un estante. ¿Cómo iba a saberlo? Estaba cerrado, junto a *Morada de paz,* Shante, Shante, Shante hari, Aum. Este libro es mejor que la *Iliada*. Léanlo. El autor. A ver si así. Era la aurora. El sol resplandecía rasgando los jirones de la niebla y entre los rayos de la luz que envía surgen las torres de la heroica Puebla. Apenas es Cholula. 365 iglesias. Es lo mismo, quisiera destapar una de esas azucareras con turrones. Pero ya iremos a cenar. El Packard pack pack se quedó en el camino. He aquí a Sócrates, rodeado de boleros en esta banca. Él puede predecir lo que pasará de aquí a mil años. A ver quién lo contradice. Tenemos una sonrisa llena del talco del camino.

Ya conocía este hotel, y esta señora que parece sentada cuando camina. Bambino, Annichino Torino. En este cuarto, John y yo, *May I call you John? And will you call me Salvador? We sit each evening and never speak* ta ta ta tárara tari tará. Había agua caliente. Ahora no. *I don't mind. But I do. Hello, folkways. This is your room here. Let's go'n have supper; we still have to visit some night schools.* Éste es el método de proyectos. Así se estudia ahora. Todos lo saben. Los niños juegan con popotes y chícharos. Ensartaos los unos en los otros. ¿Dónde está la puerta? Ésta es la puerta. ¿Y el techo? Aquí. Todo el día hemos trabajado en este proyecto del salón de clase. Esto es dibujo libre con popotes. Las sierras respiran como tuberculosos. Los alumnos han construido sus propias bancas. Aprenden por sí mismos. Vienen a pie. Se van a su casa. En este salón nos esperan en pie. Han preparado un discurso. El muchacho se levanta, palidísimo. Va a hablar. No puede. Se sienta a llorar. El señor Sáenz le va a dar una palmadita en el hombro y desfilamos. Me parece que es el salón el

que se aleja. Estamos en otro. Igual. Si compramos leña a el kilo y ganamos en 10 meses ¿cuántos compramos? Igual a. Se baja el uno y llevamos. No, acuérdese.

Volvemos al motel. Mañana temprano iremos a Tlaxcala. No tengo qué leer. Estas pijamas… No; no eran éstas. *What are you reading there, John?*

—Why er er de la Selva's.

—Ouh.

Silencio. Si-len-cio. S-S-S-S.

El Universal Ilustrado, año X, núm. 517, 17 de marzo de 1927, pp. 47, 62

EL CURIOSO IMPERTINENTE[*]

HASTA hoy inéditas, las poesías de Max Jacob fueron cedidas por Agustín Lazo —dueño de los manuscritos—, amigo y cicerone del "buen La Fontaine de la calle Ravignan" durante su viaje a Italia.

El italiano Máximo Bontempelli empieza a ser conocido —ya era tiempo— por los escritores y el público de habla española. X. V. publicó, por primera vez en castellano, en *El Universal Ilustrado*, "La mujer de mis sueños". La *Revista de Occidente* acaba de imprimir "El buen viento", que, como el cuento que ahora publicamos, forma parte del volumen intitulado *La donna de miei sogni*.

Paul Morand en México. Conocimos a Paul Morand, dueño de una sonrisa y de unas maneras tan suaves como las de una estatuilla asiática tallada en un marfil muy blanco que se animase de pronto sin animarse demasiado. México fue para él sólo un pasaje. Se interesó por la escultura antigua —naturalmente— y, un poco, por el folklore; sobre todo, le importaba encontrar, entre nosotros, huellas orientales. Los frescos de Diego Rivera le parecieron, como a nosotros, la obra plástica de mayor ambición que se realiza actualmente en el mundo occidental.

¿Y nuestras preguntas? Antes que todo, un viajero no es sino un hombre mordido por las interrogaciones: esas serpientes de la tipografía y de la conversación. Valéry y Larbaud. El mejor prosista vivo de Francia, el primero; mas ¿qué sería de Valéry poeta, si Mallarmé no hubiera existido? El hombre más bueno y entendido del mundo, prisionero feliz de su "librería", el segundo. ¿Y James Joyce? Miope y tímido, no sabe hilvanar dos palabras en francés, a pesar de haber vivido muchos años en París.

Un poeta de México deslizó en la cartera de Morand, a modo de conocimiento y saludo, estos versos:

Inmobible autour de ma chambre,
j'ai fait avec vous le tour du monde.
Alors je fus convainçu,

malgré toute la geographie,
que la terre n'etait pas ronde.

Lorsque j'ouvre votre nuit close
—editions Nouvelle Revue Française—
j'entre dans un hôtel cosmopolite
plein de chambres de bruit et de paresse

Les chambres des femmes
—barbe bleue tout a fait rassuré—
aurore, delphine et clarisse,
noyées dans sa propre atmosphere.

Et depuis les chambres des villes
avec son grand cabaret dynamique
qui tourne mon cerveau lent
comme un cerf-volant electrique.

Maintenant vous êtes au Mexique,
l'amère mère américaine
qui a une nocturne flore magnifique

et aussi une faune humaine
pour épater le monde entier
voulez-vous un exemple simple!
notre-votre rousseau douanier.

Je ne vous serrerai la main
car vous avez au lieu de doigts
des feuilles de température:
j'ai peur de me brûler, Morand.

John Dos Passos, originariamente portugués, como su nombre lo indica, ha vivido durante tres generaciones en los Estados Unidos. Ha escrito: *Three Soldiers*, *Rocinante to the Road Again*, *Manhattan Transfer*. Estuvo oculto entre nosotros durante un mes. Fuimos a Puebla juntos, y pude observar que es calvo, miopísimo y de 30 años de edad, aunque como es de suponer representa menos. De los genios de su país, no conoce personalmente sino a Carl Sandburg, por ejemplo; a mi amigo Ch. Morley no. Aunque estuvo en la guerra, soldado conocido, no tiene simpatía por Allan Seeger ni por Joyce Kilmer. Dice que de no haber muerto en la guerra… Dice otras cosas muy excesivas: que los versos de Juan Ramón Jiménez le gustaban mucho cuando estaba aprendiendo español. Ahora ya lo habla muy bien. Tiene mala memoria. Come muchísimo. Un día, el día que pensaba ir a Oaxaca, se fue a Nueva York a dirigir unas piezas de teatro. Hemos dado en llamarle John Two-Step.

Los bibliófilos mexicanos son 250, numerados. No se conocen los unos a los otros porque no

celebran sesiones. Cuando menos, yo, que llevo el número 57, no conozco sino a unos pocos, y a algunos de ellos no les hubiera atribuido jamás la bibliofilia a no ser por la prueba palpable que han dado al comprar por anticipado un ejemplar facsímile de la *Grandeza mexicana* de Balbuena. ¡Hombre! —me decía uno de ellos—, tan ingenioso que es este Balbuena. ¿Se acuerda usted de sus *Ripios ultramarinos?*

Los grandes novelistas rusos tienen siempre una hija que, a su muerte, escriba su vida. Primero Tolstoi. Ahora Dostoiewski. Son solamente dos ejemplos. Pero en tratándose de grandes novelistas rusos, dos ejemplos bastan.

El homenaje a Díaz Mirón es ya inminente. Ya se ha hecho el reparto, se han abierto los abonos y ya se ensaya. Hace años que se quiso coronar públicamente a Guillermo Prieto, que era también un vate mexicano, con verbo candente, rotundo y apolíneo. El *Duque Job* (Manuel Gutiérrez Nájera), atildado poeta (1859-1895), se indignó con ese motivo. Esparce su indignación (v. sus obras, *Prosa,* 1903, II, p. 219) citando al Aretino, a Quintana, a Tennyson, y a Zorrilla. Los vates no necesitan de coronas impuestas. Su consagración la reciben del pueblo, como don Guillermo Prieto cuando decía discursos en la Cámara de Diputados y lo sacaban en hombros. Homenajes de otra índole nada añaden a la fama, ya tan sólida, de estos vates, sino que la dan a sus organizadores, monarcas, magnates y otras personas así. Como sea, este homenaje nos brindará a algunos la única ocasión de ver pasar, en un carro alegórico, él o nosotros, al hombre que escribió, supongo que cuando andaba cimentando su fama:

> Mi razón es al par luz y firmeza,
> el ave canta aunque la rama cruja,
> hay plumajes que cruzan el pantano,
> demanda encierro y ducha,
> pues que soylo a menudo,
> parangono Himalaya con pedrusco
> y comparo con Sirio lentejuela.

Ulises, núm. 1, mayo de 1927, pp. 29-31

GIDE Y LACRETELLE

Momento de crítica, sí. Y, sobre todo, momento de autocrítica. Cuando un escritor se queja de la ausencia de espíritus críticos pensamos que la falta no debe buscarla hacia afuera porque está, sencillamente, dentro de él. El escritor vivo de hoy no sólo trabaja, sino que, desdoblándose, se mira trabajar. Testigo de sí mismo se espía y persigue y, a menudo, conduce su propia mano como acostumbramos hacer con la de un niño a la hora del aprendizaje gráfico.

El escritor vuelve a interesarse por el oficio y anota la temperatura de sus dudas, de sus aciertos y consecuencias, en una hoja aparte que se abre paralela a su obra y que, a veces, forma otra no menos incitante.

André Gide publica los cuadernos de ejercicios de autocrítica y estudio que nacieron simultáneamente a su novela *Los monederos falsos* y los dedica a Jacques de Lacretelle y a todos aquellos que se interesan por las cuestiones de oficio. A su vez, Jacques de Lacretelle publica, en un solo tomo, un relato, *Cólera*, y el diario que la precedió y acompañó. En el caso del joven Lacretelle el cuaderno de notas es aún más atractivo que el relato. No así en el caso de Gide, en el que nos sería peligroso escoger por el temor implícito de rechazar.

Para los lectores de *Ulises*, que también se interesen por el oficio del novelista, traducimos:

De *André Gide:*

El estilo de *Los monederos falsos* no debe ofrecer interés alguno de superficie, ningún relieve. Todo debe estar dicho de la manera más llana, lo que hará decir a ciertos juglares: ¿qué cosa puede usted admirar allí?

La dificultad consiste en que, para cada capítulo, debo volver a partir. No aprovechar jamás el impulso adquirido —tal es la norma de mi juego—.

Para escribir bien este libro tengo que persuadirme de que es la única novela y el último libro que escribiré. Debo verterlo todo, sin reserva.

Análoga a la de Bennet, admiro, infinitamente, la asiduidad de Martin du Gard. Pero no estoy seguro de que ese sistema de notas y fichas que preconiza hubiera podido serme de gran ayuda; anotada de este modo, la precisión misma de recuerdo lo turba, al menos me turbaría a mí. Estoy de parte de la paradoja de Wilde: la naturaleza imita al arte; la norma del artista no debe ceñirse a las proporciones de la naturaleza, sino no proponerle nada que no pueda ni deba en seguida imitar.

Conservo la definición que me dio Meral de la amistad. Un amigo —decía— es alguien con el cual nos sentiríamos dichosos de hacer una mala jugada.

“El tratado de la no existencia del Diablo.” Cuanto más se le niega, se le da más realidad. El diablo se afirma en nuestra negación.

Ayer en la noche escribí algunas páginas de diálogo con este sujeto que bien podía resultar el tema central de todo el libro, es decir, el punto invisible en torno al cual todo gravitaría.

De *Jacques de Lacretelle:*

La falta de cinismo y el miedo a lo trivial, ¡qué barrera para un novelista! Ni *Manón Lescaut* ni *Adolfo* habrían sido escritos.

La tarea del novelista: el arte de inventar con ayuda de la memoria.

Si en el camino acepto detalles nuevos y cambios imprevistos, jamás he llegado a modificar la frase final. Es como un objeto que necesito mirar a lo lejos y que fija mi recorrido.

Admitamos que sea preciso evitar las descripciones, gratas a Maupassant y a ciertos rusos, que empiezan así: “Era un hombre alto, más bien grueso”, etc. Pero, por más que se diga, el estudio de un sentimiento, en una novela, será impreciso y flotante si no se aplica a personajes sólidamente descritos. El arte consiste en hacer esta descripción incidentalmente, a lo largo de las escenas, por medio de gestos y no por el procedimiento del retrato añadido. Stendhal lo

sabe hacer a maravilla, sobre todo cuando describe mujeres. Mme. de Rénal, Mme. de Chasteller se desnudan poco a poco, púdicamente. ¡Y cómo queda perceptible su semblante! Pero, el colmo del arte lo alcanza Mme. de La Fayette cuando escribe: “M. de Nemours llevaba un vestido amarillo y negro: los motivos de su traje se buscaron en vano. Mme. de Cléves los adivinó fácilmente, al recordarse de haber dicho, delante de él, que le gustaba el color amarillo, pero que sentía mucho el ser rubia, porque no podía usarlo”.

“Y que sentía mucho el ser rubia.” Es, si no me equivoco, la única indicación de color que nos haya sido proporcionada sobre la cabellera de la princesa de Cléves. Y es una indicación de segundo término y como el reflejo de un deseo del corazón.

TAMAYO

En The Art Center, de Nueva York, abrió su segunda exposición de acuarelas, óleos, dibujos y grabados en madera. Frank Crowninshield es el autor del juicio que abre el catálogo. Dice:

> Gran parte del encanto y gran parte también del valor de las obras de Tamayo reside en el auténtico carácter mexicano que trasciende de él por todas partes. Pero no entendemos por esto el carácter que en el arte mexicano deriva, no directamente, sin embargo, de España; sino aquel que es, seguramente, de un origen indio.
>
> Tiene Tamayo 27 años. Ha viajado poco. No ha sido su técnica el resultado de la enseñanza de un maestro, sino de las febriles necesidades de su propia naturaleza artística. Es una técnica enteramente libertada de los clisés estereotipados de los pintores europeos. Las telas de Tamayo son esencialmente primitivas de espíritu. Poseen la misma dignidad y solemnidad de aquellos de los buenos pintores primitivos chinos, italianos o franceses.
>
> El *esprit de race* es tan fuerte en este joven artista, tan saturado está de su ambiente nativo que naturalmente se desprenden sus telas (a lo menos ante los ojos anglosajones) del mundo de lo familiar y vulgar. Pero su personalidad y su belleza, así como su peso, su tragedia y su fuerza, le ganarán muchos amigos en América.
>
> FRANK CROWNINSHIELD

Una revista —no recuerdo su nombre, hay tantas parecidas— de Sudamérica toma muy a mal que *Ulises* no esté por *Martín Fierro* en la sobada y absurda disputación del talento. Muy bien está que le parezca mal. Pero es honrado aclarar que *Ulises* no representa de ninguna manera el “sentir nacional”, si éste se ocupara en semejantes cuestiones. *Ulises* no implica sino dos criterios personales, más o menos de acuerdo el uno con el otro. Villaurrutia y yo. Lo nacional que resulte nuestra obra no nos habremos puesto a procurarlo y no queremos, con nuestras palabras, comprometer a nuestro país en la solidaridad, tan buscada por ellos, con los que le quedan al sur.

Ulises, núm. 6, febrero de 1928, pp. 35-38

---

[*] A fin de evitar repeticiones, sólo en esta página se menciona el título de la sección que Novo publicó de mayo de 1927 a febrero de 1928 y que abarca de ésta a la página 147.

SÍNTESIS DE LA PLÁTICA DE SALVADOR NOVO SOBRE REPRESENTACIONES MODERNAS DEL TEATRO

EL TEATRO contemporáneo se divide en tres épocas: I. De los principios del siglo XIX a los ochentas del mismo.—II. De los ochentas al nuevo siglo.—III. Nuestros días.

La primera época comprende la decadencia del romanticismo, el surgimiento del drama popular (originado en el romanticismo), el desarrollo del teatro de tesis y de problema, el "drama bien hecho", y culmina en la obra de Ibsen. La segunda ve nacer el naturalismo y, en cuanto a la organización administrativa del teatro, que empieza ya a preocupar en esta época, ve nacer también los teatros libres, derivados del esfuerzo de André Antoine (el Freie Buhne de Alemania, los Repertory y Provincial Theaters de Inglaterra, el Irish National Theater, el Moscow Art Theater, los Little Theaters de los Estados Unidos). Nuestros días, era de experimentos artísticos, en la cual no es posible todavía reconocer una tendencia unificadora en la técnica teatral.

I.—Ningún ejemplo más concreto de los propósitos del teatro romántico que el prefacio a Cromwell (1827) de Victor Hugo. Se proclama el derecho de todas las clases sociales a ser asunto del drama, y pide Hugo que éste se base en tipos humanos, contradictorios, y no en personificaciones metafísicas estrictas. Se rebela también contra los moldes estrechos (unidades) del teatro clásico, y pretende lograr su propósito con vívidas antítesis, con la frecuente mezcla de lo inesperado con lo obvio, con la risa y el llanto. Hugo, gran poeta como todos los románticos, no tiene el mismo éxito al aplicar sus teorías dramáticas que al pronunciarlas. Se le debe, no obstante, un servicio fundamental: el haber acercado al pueblo al teatro.

Anticipaciones esporádicas del romanticismo, es claro que las encontramos si nos lo proponemos. Desde luego, las más antiguas fuentes del teatro neoclásico son Shakespeare y Lope de Vega, despreciadores de las reglas. Pero en ellos todavía la única clase que cuenta es la nobleza (no olvido *Fuenteovejuna, El alcalde de Zalamea,* ni *El mercader de Venecia).* Avanzando en el tiempo, Goethe y Schiller, el primero en su juventud, nos muestran los primeros tipos románticos del teatro moderno. Aquél con *Golz von Berlichingen,* cuyo protagonista es un líder de los oprimidos que al morir exclama: "*Es liebt die Freiheit!*" (¡viva la libertad!), y éste en *Die Rauber,* drama acaso el más romántico y fuerte de la literatura alemana. Sir Phillip Sidney, el primero en mencionar la tragicomedia, la define diciendo que "mezcla reyes y payasos", cosa ya romántica, como es romántica también la introducción del criado en irónica oposición al amo en Beaumarchais *(El barbero de Sevilla)*, si pensamos en que el teatro francés era, hasta entonces —y había extendido su influencia por toda Europa en el XVIII— puramente clásico.

SCRIBE

Agustín Scribe, culpable de muchos libretos de ópera, surte el teatro europeo, derivándose del romanticismo, en tanto es un autor popular, por grandísima parte del siglo XIX. Inicia el teatro

de problema, pero lo deja sin resolver. Buen comerciante del teatro, palpaba el sentir moral de su público burgués y lo satisfacía, sin oponérsele nunca. Dumas hijo y Emilio Augier, derivados de Scribe, no lo imitan en esta cómoda actitud. Dumas se pronuncia por los liberales. Augier por los conservadores. *La dama de las camelias,* que estamos viendo morir en México, a pesar de nuestro magnífico clima, desde ¡1852!, halla fuertes impugnaciones en las obras de Augier, que abogan por la supresión de las cortesanas, por estabilidad del hogar, en fin, por la seguridad, rasgo indispensable, cualidad esencial de la burguesía.

A Scribe se le debe también el "drama bien hecho". Sardou, para hablar de un conocido viejo (Fedora, desde ¡1882!). Escena confidencial, escena sensacional. Hasta ésta se llega por caminos ridículos, pero es indispensable para que se luzcan el primer actor y la primera actriz, en estas compañías en que los hay todavía.

IBSEN

La protesta contra el vacío teatro de Scribe nos llega de un sitio insospechado. Noruega no tiene una historia teatral. Hay un Shakespeare local, Ohlenschlager. El hilo se interrumpe hasta 1849, en que el violinista Ole Bull, de regreso de los Estados Unidos, funda un pequeño teatro y llama a trabajar con él a dos grandes hombres del teatro, entonces jóvenes: Bjornstjerne Bjornson y Henrik Ibsen. Por extraño caso, la obra de Ibsen se ajusta perfectamente a clasificación cronológica. Cubre 50 años justos. Su primer drama, *Katilina*, se publicó en 1850. Su última obra en 1900. La crítica señala dos épocas en Ibsen: la poética, hasta 1875, primero histórica y tendiente luego a aplicar cada vez más magistralmente, conflictos humanos eternos a casos contemporáneos, y la francamente social primero y luego exclusivamente psicológica que va desde su reto a las condiciones y a las ideas sociales de su tiempo en *Los pilares de la sociedad*, pasando por su maravillosa galería de mujeres, la Nora de la *Casa de muñecas, Hedda Gabler,* hasta los *Espectros, El pato silvestre* y sus obras de decadencia relativa: *Juan Gabriel Bjorkman, El niño Eyolf, Cuando resurrezcamos*.

Ibsen es todo pasión, pero todo responsabilidad. No complace al público como Scribe, ni toma el lado liberal como Dumas ni el conservador como Augier. Liberales y conservadores necesitan de una rectificación, de una justificación, de un nuevo punto de partida, que Ibsen encuentra en una purificación espiritual. Analiza, divide, corta y aparta, pero también propone una reconstrucción. Strindberg, su más encarnizado enemigo, alma pasional y sombría, lo imita en el minucioso análisis psicológico, pero no ofrece nunca, después de destruir, manera alguna de reconstrucción, y nos deja en el vacío más desolador.

EL NATURALISMO Y LOS TEATROS LIBRES

Con el auge de Ibsen, Francia pierde el cetro del teatro en Europa. Pero si se trata de ignorar su obra, que se traduce tardíamente, y su esencia verdadera, su leyenda excita a nuevos atrevimientos. Surge ola. Surge el naturalismo consiguiente, que se parece tanto en principio al

romanticismo. Se proclama el interés que tienen como tema dramático no ya todas las gentes, como decían los románticos, sino especialmente las gentes del pueblo y del campo. El teatro naturalista deriva directamente de la novela y en Italia se llama verismo, y regionalismo en España. No es raro en esta época, sino muy frecuente, observar cómo las tendencias, los credos artísticos pasan de un arte al otro: novela, pintura, drama, música. El teatro naturalista está representado por Ludwig Anzengruber en Alemania, por Giovanni Verga y por Luigi Capuana (cuya Malía ha visto el público del Fábregas) en Italia, por Rusiñol y por Guimerá en España. Su mérito es haberse atrevido tanto en su origen en contra de las convenciones sociales, y haberse opuesto tanto al gusto de las mayorías, que hubo necesidad de representarlo en pequeños teatros privados, de los que nacieron los admirables teatros libres.

EXPRESIONISMO

Del naturalismo al expresionismo no hay sino un paso. Lo da el sombrío Strindberg y lo sigue Frank Wedekind, maestros ambos en la exposición de psicologías anormales, postulado naturalista. En este punto interviene en la escena europea el teatro ruso, estimulado por la tendencia sensacional y novelesca del teatro expresionista. Mencionemos a Ostrovsky, a Gogol, a Dostoiewski, al mismo Tolstoi, a quien la nueva forma de adoración por los campesinos daba una nueva forma oportuna a sus ideas sociales. Henri Becque encuentra la cómoda receta del expresionismo naturalista en el “trozo de vida”, *tranche de vie*, y Jean Jullien le da nombre: *grand guignol*.

LA COMEDIA

Sudermann, Schnitzler, Porto-Riche, Hervieux, Brieux, François de Curel, Wilde, Pinero (cuya *The Second Mrs. Tanqueray* conoce en película el público mexicano, interpretada por la Menichelli como la segunda mujer), proporcionan, cada uno a su manera, nuevas aportaciones a la escena europea durante las agonías del siglo XIX. De estos nombres se salvan cuatro, por su fuerza: Gerhart Hauptmann, Augusto Strindberg, Maurice Maeterlinck, George Bernard Shaw. Maeterlinck comprende, el primero, que ese conjunto de defectos que se llaman “personalidad de los actores” arruinan la obra de arte. De la personalidad de los actores se han salvado, para bien del arte y lealtad al artista, tres épocas solas: Grecia con las máscaras, la Comedia del Arte y el teatro para muñecos. Para Maeterlinck, aparte del diálogo de palabras, existe, más importante para el alma, el diálogo inexpresado de las sugestiones. Busque quien lo quiera sus opiniones dramáticas, despreciadas por los que las ignoran, en *El tesoro de los humildes*. Maeterlinck se desentiende de las cuestiones contemporáneas, como buen artista y como místico que es, y sus personajes tienen nombres antiguos y almas futuras.

Shaw es un intelectual. No encontramos en sus obras pasión, como en Ibsen, ni furor como en Strindberg, ni poesía como en Hauptmann, ni innovaciones a la técnica del teatro como en Maeterlinck. Los teatros, tal como son, sirven a sus propósitos intelectuales. Si es socialista,

si desea la repartición equitativa de las riquezas, no lo pide con lágrimas, ni le importa que no se logre, sino que su razón le ha dicho que así los pobres cumplirán mejor sus propios fines y los de los ricos. Aparte de *Back to Methuselah,* pentateuco metabiológico que arranca del paraíso hasta el año dos mil y tantos, no ha tratado nunca de reformar la estructura del teatro. Es puras ideas. Ibsen deriva ideas de las acciones. Shaw pone en acción las ideas. Quisiera detenerme en Shaw, pero otro día será, tanto como lo merece.

LA VUELTA AL ROMANTICISMO

Rostand y D'Annunzio, Hugo von Hoffmansthal y Stephen Phillips encarnan los solitarios intentos de volver al teatro en verso en sus diversos países. El éxito del *Cyrano* la primera noche de su representación, fue sólo comparable al que Victor Hugo obtuvo 70 años antes con *Hernani*. Pero la tendencia no prosperó en país alguno. D'Annunzio sucumbe por igual a las influencias de Sardou y de los clásicos griegos. *La hija de Iorio* fue representada por la primera vez el año en que yo nací.

PIRANDELLO

Quisiera detenerme en el Teatro Nacional Irlandés, con John Millington Synge, Lady August Gregory, Lord Dunsay. En las comedias de Galsworthy, Drinkwater, Granville Barker, en Chéjov y en Gorki, en J. M. Barrie, en Benavente, en Molnar, en el propio secundario Somerset Maugham, cuya *Tierra de promisión* (1914) van ustedes a ver. Pero sólo dispongo de 10 minutos para dar esta conferencia y a ustedes les interesa Pirandello. Pirandello, cuentista, es producto del manifiesto futurista de Marinetti publicado en *El Fígaro* en 1908, y corresponde al alemán Wedekind. Se le ha dado demasiada trascendencia. Carece por completo de ella, a pesar de los siete discípulos que, sin saberlo, tiene en México, o por ello mismo. Su problema es nada más que de ajuste. Sus personajes tienen todos almas de la misma materia. No hay nunca un conflicto psicológico. Si el personaje principal de cualquiera de sus obras llegara a la escena cinco minutos antes de que cuando llega, se enteraría de las cosas tal como son, desaparecería el problema, y desaparecería, por consecuencia, Pirandello. Si en los *Seis personajes* le hubieran quitado a la niña la pistola (las pistolas no son para las niñas) no habría drama. El colmo de su sistema es *Enrique IV,* drama en que un señor que no lo está se finge loco, y confiesa que se está fingiendo loco.

Quedan por mencionar, cuando menos, dos nombres ilustres de la escena norteamericana, incapaces de escribir dramas oportunistas: Percy Mc Kaye y Eugene O'Neill. Queda también por mencionar el teatro moderno de México, tarea de Carlos Noriega Hope.

El Universal Ilustrado, año XI, núm. 540, 16 de septiembre de 1927, pp. 29, 80-81

JANITZIO

VENGO de hacer un pequeño viaje. No temáis otro *Return ticket*, sin embargo. Fue solamente, en cinco días, a Morelia, Siragüén, Pátzcuaro y Janitzio. Es tiempo ya de ir conociendo la República. He ido ya a Puebla y recientemente a Actopan, cerca de Pachuca.

Fui con el señor Sáenz, que deseaba mostrar al doctor Kandell la fiesta de los muertos en la isla de Janitzio, y que llevó consigo a Carlos González, pintor regional, a Frances Toor, folklorista, a Montenegro, a Martínez Ceballos, a una pareja de cancioneros y a mí mismo. Total 15 personas. El viaje a Morelia es muy cómodo. Se acuesta uno y despierta allá. La ciudad, para quien conoce otras, no ofrece nada de particular a primera vista. Sólo después de algunas calles se aprende dónde nació el cura Hidalgo, dónde estuvo Morelos, que hay ahí una universidad y que verdaderamente los ates son manufacturados en Morelia. En cuanto a tropezar con antigüedades no hay manera. Dicen en los puestos de fierros viejos que un señor León Leroy, que fue secretario de Rabindranath Tagore, reside allí y se apodera de cuanta cháchara acierta a caerles. Luego nadie sabe nada en el lugar. No disponíamos sino de un día escaso, en el que sólo pude adquirir la historia del Nayarit, Sonora, Sinaloa y ambas Californias, o sean los *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en la América septentrional,* del padre José Ortega, y visitar la Escuela Granja de la Huerta, donde tienen un enorme refrigerador. Más tarde, una pequeña fiesta doméstica, un gallo y dormir hasta el día siguiente, que no tardó.

Al lago de Siragüén nos aproximamos en la misma mañana, dos horas después de Pátzcuaro, donde comimos y nos fueron dados anuncios del hotel Del Lago.

El cual no debe morirse nadie sin visitar. Unas atentas manos ponen en las del viajero unos fólders que contienen muy convincentes argumentos. “Su elegante marquesina y su jardín lo hacen atractivo y cómodo. Los principales hombres de México han visitado este lugar, para más visitantes toda atención será poca. El clima de mi hotel es delicioso, seguridad completa, no hay rateros, una feria de luz y un derroche de oxígeno”, y dos cartas de viajeros distinguidos que han visitado aquel paraíso. El uno es Pascual Ortiz Rubio y el otro Miguel Gil.

> Mi suegro don Librado Ortiz —dice el primero— me mandó la grata de usted del 29 de noviembre y unas preciosas fotografías del hotel que tiene usted cerca de la estación. Debe usted estar satisfecho con su hotel Del Lago, pues podría compararse con los que hay en Europa. La ciudad de Berlín está rodeada de bosques de pinos y encinos y de lagos muy parecidos al de Pátzcuaro, pero le faltan las grandes montañas. Aquella circunstancia hace que tenga yo especial aprecio por esta ciudad, que me recuerda los paraísos michoacanos, y paso en estos bosques muchas horas. Le mando unas postales tomadas desde aeroplano que le darán una idea de lo que le digo… Próximamente saldré al Brasil a hacerme cargo de la embajada.
>
> ¿Se acuerda usted —dice el segundo— que le prometí escribirle, contándole mis impresiones de viaje? Pues ahora cumplo mi palabra. Parece que sueño en estos instantes que son un poema. Y es que el color del momento tiene los detalles plásticos de la belleza. Es un día amarillo, como una amatista. Escribo inspirado por la hermosura del paisaje; con las tintas de la tarde y en el papel azul de la melancolía. Mi habitación tiene una puerta a la calle y dos discretas ventanas. La calle es el camino, un camino de tierra roja, y el camino está sembrado por dos pequeños bosques de espirituales cedros y eucaliptos. En la mitad del camino pasa el tren.

Todo lo cual —añado yo— es cierto.

Las mismas manos hácenos estampar nuestros pensamientos en un libro especial, ya casi lleno de autógrafos. El doctor Kandell escribe que no dejará de recomendar a sus amigos de Nueva York aquella atmósfera de higiene y moralidad. Yo, que estoy de acuerdo, emocionado, con todos los anteriores huéspedes líricos. Y partimos a Siragüén.

El señor Sáenz tiene a la orilla misma del lago de Siragüén un pequeño terreno en el que ha construido dos rústicos cuartos de madera con su veranda. En cuanto lo adquirió, preocupóse por la educación del lugar y envió un maestro rural para que diese clases en su propio local. Poco a poco los indios, más huraños que en otras regiones, fueron tomándole acendrado cariño. Hoy le llaman familiarmente *Tata* Moisés y, cediendo uno un poco de terreno, fabricando entre todos los adobes, aportando las vigas, han construido su propia escuela. La benemérita doña Rita acaba de ceder un terreno para las prácticas agrícolas y hoy, de las chozas esparcidas por el estupendo paisaje, los indios acuden a diario, durante el día los chicos y las niñas, por la tarde los grandes, a su escuela.

Lo lamentable es que la salubridad pública no está muy avanzada en estas regiones. Al pensar en ella, se comprende que sería inútil pegar en los árboles molestos carteles. La costumbre del baño y el hábito de vacunarse bastarían; los lamentables tuertos que se encuentran son deudores de la viruela. Y para el baño, que nunca prueban, sería necesario convencerles de que su lago no se comunica con el mar.

Esta leyenda no es la única. Las aguas profundas del lago están llenas de ellas, y se me dispensará de narrarlas, porque tan sólo en general conozco su existencia. El doctor Puig consigna algunas *(Poemas de espíritu y de carne,* 1925, pp. 147, 149, 153, 155). Pero, ¿no es asombroso que nadie sepa nadar? No se atreven a echarse al agua, temerosos de que los chupe, y así la leyenda y la mugre se transmiten por largas generaciones. Un hombre rubio vi, de los que nos acompañaron hasta la casa del señor Sáenz. Tenía cara de conquistador de Indias. Las manos más sucias que puedan darse. Al día siguiente volví a verlo. Estaban más sucias. Según parece, no se lavan en las mañanas porque hace frío. Y al volver del trabajo, como las traen calientes, les haría mal. Así es que no hay manera.

Como este hombre parece un soldado de Cortés, pienso en la conquista de México. Imaginad aquellos aventureros, sin haberse bañado en meses y meses, sudorosos, y combativos, acercándose a los indios que, por las muestras, tampoco serían muy limpios. Asegúrase que Moctezuma se bañaba. Pero seguramente Carlos V también, de vez en cuando. Lo que ni prueba que Cortés tuviera esa costumbre, ni que quienes seguían de Moctezuma compartieran sus hábitos. Cuando se acercaba Cortés a los caciques indios, entre los dos se hacía poner una cortina de incienso o de copal. Ahora bien, eso se llama defensa mutua.

Dos días perfectos en casa de *Tata* Moisés, echándonos al agua a las 5 de la mañana, con un cuadruplicado apetito a todas horas, fogatas y caminatas, pescado blanco, un baile de los indios, y luego a Pátzcuaro, el mismo día 2.

Comimos y atardeció. La victrola debajo de las marquesinas no cesó de cantar. A las 5, el grupo todo montó en grandes canoas de remos primitivos, como aquella en que dicen las historias patrias que fue Cuauhtémoc hecho prisionero. Tres perezosos nos quedamos en el hotel-del-clima-delicioso hasta las 9 de la noche. A esa hora montamos en una lancha de gasolina sobre la tersura lunar del lago. A la distancia, la isla de Janitzio (Janicho, dicen) parecía una enorme ballena muerta. A los pocos minutos los indios empezaron a cantar en la

canoa, y a beber "charanda". Aprendí de ellos unas cuantas palabras inconvenientes en tarasco. Hay también un tarasco oficial, que saben los profesores del Museo Nacional, que no entienden los tarascos. El señor Sáenz pidió a los primeros un nombre para su lancha de Siragüén, y le dieron *apatzecua*, flor de muerto; los segundos no comprenden esa palabra.

En Janitzio —rocas— se vive de la pesca. Al abordarla, se ayuda uno de grandes palos en los que se tienden a secar las redes. La fiesta de los muertos ha comenzado ya. En cada casa del pueblo se reza y se canta desde el anochecer, sucesivamente, en cadena. Quienes ya han rezado reposan hasta la medianoche. Y ésta llegada, de todas las casas salen largas sombras de mujeres y de hombres, por los vericuetos de las calles, llevando antorchas, hacia el cementerio; en donde entonan alabanzas hasta que el sol apaga las velas, y lleva verdaderamente a los muertos el dulce aroma de las flores y las ofrendas.

El Universal Ilustrado, año XI, núm. 549, 17 de noviembre de 1927, p. 30

JOHN ERSKINE

LOS ESCRITORES norteamericanos se inclinan hoy por los temas históricos. Ya es O'Neill (Marco Polo, Lázaro), ya Erskine (Helena, Lanzarote y Ginebra, Adán y Eva). No puede trazarse, sin embargo, mayor relación entre ambos. O'Neill es demasiado el dramaturgo de *Desire under the Elms*, de *The Great God Brown*. Y aunque en *Marco Millions* haya descendido a dudosos contactos con el cine, acaso para satisfacer las demandas comerciales de los complicadamente aparatosos teatros de hoy en los Estados Unidos, se le conoce siempre. John Erskine es completamente otra cosa. Tiene libros de ensayos, de poesía, un drama de un acto y tres novelas. El nombre de uno de sus libros de ensayos lo define a él mismo: *The Moral Obligation to be Intelligent*. Otro, más completo, su retrato, *The Literary Discipline*. Eso es Erskine: inteligencia y disciplina literaria.

En 1925 apareció su primera novela, *The Private Life of Helen of Troy*. El público la consumió en seguida. Por la primera vez, Grecia vivía de nuevo, íntima y doméstica. Clitemnestra y Agamenón eran simplemente una mala pareja, e Ifigenia y Orestes unos hijos completamente despreciables. El tema enorme de los trágicos no es más que un bochornoso disgusto de familia. Elena ha vuelto, a pesar suyo, a un hogar que maneja un hombre tonto, con quien se casó sin saber lo que hacía, y a quien abandonó por un impulso. De nada se arrepiente. Su eje moral es evitar la infelicidad. Contra los hechos consumados no opone, por supuesto, el arrepentimiento.

Hermiona es todo su reverso. Su idea es un pacífico hogar, que ha de formar con su primo Orestes. Elena trata en vano de reeducarla y de disuadirla. Todo es inútil. Y cuando Orestes ha asesinado a su madre y Menelao se niega a verle de nuevo, Elena, a quien su yerno detesta, procura su felicidad, ante el hecho consumado de su unión con Hermiona.

Esencialmente hay el conflicto entre la mujer normal y ruin que es Hermiona y el tipo eternamente bello, feliz e inteligente de Helena, la irresistible. Erskine ha de volver sobre este tema en *Galahad*. La reina Ginebra odia a Elena, que astutamente ha concebido a Galahad de

Lanzarote. Pero como Orestes a Elena, Galahad habrá de admirar a Ginebra, a pesar aquél de Hermiona, éste a despecho de su madre. Y Ginebra tiene, ante los hechos consumados, la misma elegante filosofía de Helena. De nuevo aquí se toca un tema lateral, menos importante que el de Clitemnestra: Tristán e Isolda. Y en Adán y Eva, ya enteramente puros, volvemos a hallar los tipos de ambas mujeres. El escenario se halla más limpio de estorbos. Están sólo Adán, Lilith y Eva. Adán sufre la diaria lección de la naturaleza. Se pincha, se lastima, carece de un lecho y, cuando confunde a la vaca con el toro, sale corneado de su error.

Se encuentra con Lilith, la mujer estéril y sabia. Aprende a nadar, a dormir en un lecho, a ser feliz.

Descubre también la filosofía. Encuentra que la meditación, cuando se ejercita sobre experiencias, es fuente de conocimientos. Se dividen el mundo. Lilith tiene afición por las experiencias y él parece inclinado a meditar. Descubren el beso. Son felices.

Pero un día, cuando presencian la agonía de la vaca, se presenta Eva. Los riñe duramente por su descuido con aquel animal, recurre a los desmayos y Adán tiene que acompañarla a su casa. No tiene casa alguna. Acaba de llegar y no sabe construirlas. Adán hace una para ella, como la que hizo Lilith para él; le extraña que Eva nunca le dé las gracias. Cuando le da un beso, como a Lilith, Eva lo abofetea, se indigna y le advierte que aquello sólo podrá hacerlo el que vaya a ser su marido. Él quiere partir y Eva le ordena que permanezca. Se casan, después de algunos días. Adán es desgraciado. Eva lo riñe y lo alecciona por todo. Eva no puede nadar. No sabe hacer nada y él tiene que procurarle frutas, que no la satisfacen.

Un día vuelve con Lilith. Ésta no le reprocha nada. Nuevamente son felices, pero él vuelve a ver a Eva. Al acercarse a su casa, mira que sale humo de ella. Eva ha inventado el fuego. También la ropa. Y aunque Adán intentaba volver a Lilith, permanece con Eva, y adopta el traje. Eva lo ha ganado completamente, sin que él se dé cuenta del hecho. Lilith va pareciéndole una mujer sin pudor, que sólo complace sus más bajos aspectos.

Finalmente, Eva le anuncia que va a ser padre. Adán, regocijado, piensa que su hijo va a ser para él aquella compañía que no ha encontrado en las dos numerosas mujeres que se lo disputaran. Y cuando sostiene en sus brazos a aquel tierno niño siente todo el amargo peso del tiempo y admira (como Helena en el otro libro) los pies, inútiles aún, de su hijo. Cuando se cierra el libro, Eva y Adán ya gozan de una casa surtida de implementos. Cambian de ropa al niño cada vez que es preciso, usan toallas y disfrutan de agua caliente. La hoja de parra no aparece a los ojos de Erskine. Además, ya Adán ha aprendido de Eva que, si bien comemos para satisfacer el hambre, precisa disimularlo con las buenas maneras en la mesa. La comida es sólo un pretexto para la conversación. Y como no se debe hablar con la boca llena, mientras la otra persona contribuye una idea, uno come un poco.

El sombrero y el calzado han nacido por una necesidad de equilibrio estético. Adán, que tardó en aceptarlo, en cuanto usa un traje, descalzo y sin sombrero, siente que debe cubrirse y calzarse.

No hay aspecto fundamental de la vida humana y de la humana moral que haya escapado al claro espíritu de Erskine en ésta para mí su mejor, última novela. Su maestría en manejar a nuestros bíblicos padres es superior a la de Shaw, con el propio tema, en *Back to Methuselah*. Shaw necesita partir del paraíso hasta donde alcanza el pensamiento. Erskine no sale del paraíso, y con sólo tres personas nos da una igual obra maestra.

Su diálogo es perfecto. Evita constantemente describir. Sus personajes hablan por él y por su escenario. Leer sus novelas es como leer un drama.

Por lo demás, Adán y Eva se salvarán seguramente del cine. No así Helena, que ya está filmando —o que ya está filmada—. Crea el lector que no habrá ganado nada con ver la película. Si Dumas y Elinor Glyn ganan en el cine, Erskine ni siquiera puede filmarse. Lo de Helena debe de ser un mero pretexto para alguna cinta aparatosa, que aprovechará la fama del título de la primera obra de John Erskine.

La Voz Nueva, núm. 5, 2 de diciembre de 1927, p. 9

SOBRE LAS “CUESTIONES GONGORINAS” DE A. REYES

SEÑOR director de *Excélsior*:

El tercer centenario de la muerte de Góngora pasó entre nosotros sin señales de vida literaria. Coincide —¡horror!— con ser el primero del entierro de *el Pensador Mexicano* que también pasó inadvertido, sino por una que otra mención en los reportazgos y la falsa alarma de que iban a estudiarse sus obras. No así en España, donde el unánime homenaje de los intelectuales está aún produciéndose. Aparte del número especial que dedicó a Góngora *La Gaceta Literaria* de Madrid (curioso mosaico por el que, sin embargo, ratifica uno tantos juicios personales), la *Revista de Occidente* lleva publicados en la ocasión, y se esperan más, dos volúmenes que no incluye en sus casilleros *(Nuevos hechos, nuevas ideas, Musas lejanas),* sino que deja sueltos y libres, como las obras de Ortega y Gasset, Vsevolod Ivanov, Schulten, Schwartz y Shaw. Digo, primero, *Las Soledades*, editadas por Dámaso Alonso (única edición, más la Rivadeneyra, que dice tener Ortega y Gasset, advirtiéndonos, jactanciosamente: “No soy erudito”. Y en nota *(Espíritu de la Letra,* Madrid, 1927, p. 161). “El prólogo a esta edición me parece lo más pulcro que se ha dicho sobre Góngora”; y más recientemente, *Los romances de Góngora,* editados por José María de Cossío. Para la edición de *Las soledades,* Alonso acude a los textos de Hozes, Pellicer, Salcedo Coronel y Chacón, este último a través de Foulché-Delbosc, “edición valiosa, pero que no hay razón ninguna para juzgar como definitiva” y de la cual se aparta en la *Soledad* primera, añadiéndole siete versos. Cossío respeta más a Foulché y acude invariablemente a su edición, “dando crédito a sus indicaciones de fechas, excepto en el romance ‘Agora, que estoy de espacio…’ que coloca siguiendo a Artigas, en el año 1585, dejando sin fecha —como F. D.— el romance ‘A su sobrina’ doña Francisca de Argote, que se hizo monja” y excluyendo cualquier romance no admitido por F. D. como auténtico.

La Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba, publica también un tomo de *Versos de Góngora,* con prólogo de José Priego López, académico numerario, en el tercer centenario del óbito del poeta. Contiene los “trozos” de rigor, diversos retratos de Góngora e infinitos asteriscos desparramados como insectos entre los versos. Si son dos, el lector hallará la palabra que los soporta en el apéndice (v. g. pompa, fausto, vanidad y grandeza [p. 329]). Si uno solo, conviene buscar su significado en otra parte (v. g.

Corona, vano, zafiro), como se advierte en la p. xv. Tiene, además, una "Fe de erratas (con una, y gorda) echadas de ver en los versos".

Llega ahora un libro de Alfonso Reyes titulado *Cuestiones gongorinas*, que reúne en volumen diversos trabajos, anteriores todos a la publicación (1925) del fundamentalísimo libro de don Miguel Artigas, y que miran, sin abrazarla en conjunto, la figura de Góngora desde varios lados. La máxima parte de estos artículos habían aparecido ya en diversas revistas eruditas, principalmente en la de *Filología Española* y son aquellos que, *Del mismo autor*, nos habíamos acostumbrado ya a ver citados en los libros de Reyes, abajo de la cuenta de sus obras. A pesar del "fárrago erudito" —menos grave de lo que el autor imagina— que pesa en las *Cuestiones gongorinas*, se les sospecha, ahora en conjunto, culpables de esa "labor periodística a la que todos estamos, hoy por hoy, sujetos", y que su vocación de escritor de libros le hace reunir en *Simpatías y diferencias*. Como un humilde ejercicio de lectura, propongo en seguida algunas ediciones y correcciones que hubiera hecho, como impresor, como corrector de pruebas o como autor, si hubiera estado en mis manos. Algunas son simples erratas. —Otros, casos de citas dobles (no extrañas en Reyes: v. Reloj de Sol, Madrid, 1926, pp. 122 y 139; *On lisait beaucoup alors dans les ateliers);* y finalmente, la posibilidad de hacer del libro uno moderno y relacionado entre sus páginas, citando en una lo que ha de tratarse de nuevo en otra. Como Alfonso Reyes, dejaré para más tarde consideraciones mayores.— "Tiempo habrá para todo."

Página 15: Última línea de la nota (1), agregar: (página 144).

Página 16: Nota (1), línea 2, agregar: (página 30).

Página 17: Nota (1), línea 1. Todas las (debe ser en cursiva).

Página 18: Línea 18, latranseribe, la transcribe.

Página 30: Línea 5, amenas, almenas.

Página 46: Nota (1), línea 2, edción, edición.

Página 59: Línea 7, llamar ('). (Véase adelante, página 174, nota).

Página 62: Nota (1), línea 2, agregar: (páginas 77 y 79).

Página 68: Nota (1) intercalar en (Rivadeneyra XXXII), página 491 a. nota 49).

Página 70: Línea 9, intercalar antes del punto: (Véase adelante, página 251, línea 17) y línea 15, intercalar: (Véase adelante, página 251, línea 19).

Página 73: Línea 5, agregar: (Véase atrás, página 11), línea 21, agregar: (XXXII 418 a). Nota (1), línea 2, agregar: (página 262).

Página 74: Llamar ('). (Véase adelante, página 149). Nota (1), línea 7, agregar: (Véase página 133 y particularmente páginas 152 y siguientes).

Página 75: Nota (1), agregar: (Véase página 83). Nota (2), agregar: (Véanse páginas 85 y 87).

Página 79: Nota (1), línea 2, añadir: (página 14); línea 4, añadir: (página 247 y siguientes. Véase especialmente página 252).

Página 82: Línea 2, aclarar: (página 595 b) y agregar: (Véase adelante, página 84, línea 24, y 85, línea 3).

Página 84: Línea 24, aclarar: (Véase atrás, página 82, línea 2, y al frente, línea 2).

Página 85: Línea 3, agregar: (Rivadeneyra, XLII, página 595, a y b).

Página 89: Nota (1), línea 3, añadir: (Véase página 133).

Página 98: Línea 3, quanto al? el?

Página 99: Nota (1), línea 2, añadir: (páginas 11 y siguientes).

Página 102: Línea 8, agregar: (soneto CXLVII, página 144 a).

Página 111: Nota (1), línea 3, agregar: (página 113).

Página 116: Línea 12, da’beilles, d’abeilles.

Página 119: Línea 26, queren, quieren.

Página 121: Línea 10, aclarar: (página 490 c), línea 11, aclarar: (página 93 a), línea 18, añadir: “lo que dice Janer en nota (1) al pie de la página 93 a. del tomo 69 de Rivadeneyra, como comunicación de Barbieri”.

Página 123: Línea 14, añadir: (página 109).

Página 136: Nota (1), línea 2, susrelaciones, sus relaciones. Nota (2), añadir: (particularmente página 109 y siguientes). Nota (1), añadir: “Sobre la estética de Góngora”, página 89, y “Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé”, página 141.

Página 138: Línea 4, quees, que es.

Página 141: Nota (1), línea 11, añadir: (Véase página 37).

Página 144: Nota (1), añadir: (página 15).

Página 149: Nota (2), aclarar: (páginas 37 y siguientes. Principalmente página 74).

Página 152: Línea 3, agregar: (543 b), añadir: (página 74), línea 11, aclarar: (página 547 a), línea 19, aclarar: (página 544 c).

Página 154: Línea 3, aclarar: 418 a.

Página 157: Línea 16, aclarar: página 543 b.

Página 158: Línea 4, añadir: (página 156).

Página 161: Línea 11, aclarar: 102 a, línea 17, aclarar: 168 a.

Página 162: Línea 9, citar: (página 83), línea 14, aclarar: página 595 a.

Página 169: Línea 15, meons, menos.

Página 171: Línea 10, intercalar: (página 15, nota de la página 14, línea 11); línea 24, tobe, to be.

Página 172: Nota (1), línea 4, añadir: (página 90).

Página 174: Nota (1), añadir: (Véase atrás, página 59, línea 7).

Página 184: Nota (1), se transcribe el mismo párrafo de las *Súmulas* del padre Juan Rodríguez (hoja 40), que cinco páginas adelante (189, nota 1) ha de darse como nota curiosa, un poco más amplia, pero la misma las dos veces. Además, en la nota de la página 184 se da a las *Súmulas* (línea 2) la fecha de 1641 y la de 1640 en la nota de la página 189 (línea 6).

Página 186: Nota, línea 9, añadir: (página 191).

Página 189: Nota (1), añadir: (Véase atrás, página 184, nota).

Página 193: Nota (1), línea 11, tamben, también.

Página 206: Línea 5, ect, etc.

Página 211: Línea 25, venr, venir.

Página 223: Línea 9, consntió, consistió.

Página 234: Línea 11, relacionar: (Véase atrás, página 70, líneas 11 y 14, y adelante, página 251, líneas 17 y 19).

Página 251: Línea 17, añadir: (Véase página 70, línea 14), línea 19: (Véase página 70, línea 14 y también página 249, líneas 11 y 14).

Página 252: Línea 6, llamar: (‘) (Véase atrás, página 79 y nota al pie).

Página 253: Línea 21, citar: (página 250, línea 2).

Página 254: Línea 4, ichaud, Michaud.

Página 256: Nota (1), agregar citando: “he declarado, y me lo han creído, que soy el Secretario perpetuo del Góngora Club”.

Página 263: Línea 24, agregar: (páginas 105 y 106).

Nota: Sobre *El lugarejo* (aludido por Reyes en la página 181), y Góngora, y *Sobre Góngora en América,* acaba de publicar en Lima un estudio mi inteligente amigo Luis Alberto Sánchez, catedrático de la Universidad de San Marcos. Me prometo, en próxima ocasión, ocuparme de él ampliamente.

Excélsior, s./f., [ca. 1927].

LA FRUCTÍFERA LABOR DE LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

La Secretaría de Educación Pública ha establecido, desde 1924, es decir, desde que se halla a cargo del ciudadano doctor José Manuel Puig Casauranc, la laudable costumbre de informar al público, que es en este caso no sólo la nación sino el mundo todo de sus actos. Para hacerlo publica mensualmente un boletín cuyo tiro exacto es de 10 000 ejemplares. La mejor prueba de que ésta es una buena costumbre, es que se encuentran agotados casi todos los números de este boletín mensual, solicitado por todas partes.

De esta manera la nación se encuentra siempre al corriente de la marcha de sus instituciones educativas. Pero hay que informar también a los representantes del pueblo una vez por año de las actividades del ejecutivo en general. El doctor Puig Casauranc en este caso, como en el anterior, no se confía de las palabras; ha hecho imprimir su informe anual en 1925 y en 1926. Esta medida es a su vez tan buena que el presente año otras secretarías de Estado la adoptaron ya, imprimiendo la memoria de las labores que desarrollaron de un año atrás de la fecha del informe presidencial de septiembre.

Por si esto no bastara, apareció también al principio de 1927 un grueso volumen intitulado “La educación pública en México a través de los mensajes presidenciales desde la Independencia hasta nuestros días”, que incluye desde el pequeño primer informe presidencial sobre educación pública (pág. 3 de la obra citada), hasta el general de los departamentos de la Secretaría de Educación Pública que, tomado de la “Memoria que indica el estado que guarda el ramo de educación pública el 31 de agosto de 1925”, ocupa en el propio libro de las páginas 253 a la 338. Es decir, de don Guadalupe Victoria a nuestros días.

Este afán de informar al público de la verdad en punto a materias educativas en nuestro país en el presente y en el pasado, tiene seguramente una importancia igual a la educación misma que pueda impartirse. Sin esta diaria, constante y detallada noticia que todos tenemos de lo que hace el gobierno por la redención educativa de este país, de los medios con que cuenta para realizarla, del estímulo que significa para su completo logro la cooperación de los gobiernos de los estados con el gobierno federal, y muy particularmente sin el conocimiento,

doloroso a veces, pero siempre necesario, de lo que falta por hacer, nos hallaríamos en la absurda época de Díaz, en que con unas cuantas escuelas primarias en las capitales más florecientes, con *kindergartens* para los niños ricos y una universidad llena de suficiencia y de exclusivismo, pasábamos, ignorantes de la miseria y del analfabetismo del peón y del indio, por uno de los países más cultos del orbe y contábamos orgullosos con un buen saldo de académicos de la lengua. O acaso andarían aún en nuestras bocas el nombre de Atenas de América que se daba al México colonial, cuando en plena época de encomenderos la Real y Pontificia Universidad de México gozaba por real decreto de las mismas prerrogativas que la salmantina.

No nos da ahora por las máscaras. Si ofrecemos a la consideración del mundo nuestras labores, no es buscando un aplauso. El objeto es, ya lo hemos dejado sospechar, que se palpen nuestros problemas, tal como son realmente, para que entre todos les hallemos remedio, los unos con la acción educativa, los otros con la simple atención.

La tendencia fundamental de la actual Secretaría de Educación Pública es impulsar la educación rural. El término *instrucción,* connotativo de elementales reglas aritméticas y de lectura, hoy completamente anticuadas, no conviene a la labor de redención que el gobierno revolucionario postuló desde un principio, puesto que los ocho millones de analfabetos que pueblan a México no solamente necesitan del pan del espíritu, sino más urgentemente del corporal sustento y de la vida higiénica. Se imparte, pues, no instrucción, sino educación rural a las grandes masas campesinas del país con la mira de asimilar a la civilización mexicana el enorme caudal, antes tan sólo torpemente usado con fines de explotación que la colocaban en un humillante nivel inferior de la población indígena.

Mientras se deja a la escuela primaria el cuidado de los niños para la futura unidad espiritual del país, se afronta desde luego un problema de mayor trascendencia tratando de equilibrar los espíritus de todos los miles de aquellos que, viviendo en México, no pueden aún llamarse mexicanos; unificando sus aspiraciones al hacer converger sus ideales de felicidad. Por esto se tocan y confunden la educación primaria, que se ejercita en las ciudades, y la educación rural que imparten en los pueblos y en los pequeños villorios, grupos que la Secretaría de Educación llama “misiones” y que se componen de un educador experto en educación rural, jefe de la misión, una trabajadora social, enfermera de preferencia, un experto en agricultura, un experto en pequeñas industrias y un profesor de educación física; estas misiones tienen por objeto mejorar, con el ejemplo y con la doctrina, los métodos educativos de los maestros rurales, que en número de 3000 se hallan diseminados en servicio por los lugares de la República toda, en que su presencia es más necesaria. Sabido es que la instrucción depende, en cada estado, de su gobierno particular, y que el gobierno del centro sólo está obligado a impartirla, constitucionalmente, en el Distrito Federal y en los territorios. Pero el gobierno del centro no podía desentenderse de un problema nacional de trascendencia semejante al de la educación del indio. Los gobiernos de los estados o se hallan demasiado ocupados en otros asuntos o carecen de los recursos necesarios para atenderla debidamente. Aparte de ésta, una razón más poderosa asiste a la Secretaría de Educación Pública al tomar por su cuenta, siquiera inicialmente, la educación rural, y esta razón es precisamente la amplitud y la unidad filosófica del problema que, repitámoslo, no es de “instrucción primaria”.

La Secretaría de Educación sostiene en la actualidad 3000 escuelas-maestros-rurales. No puede, en un momento dado, hallarse un número semejante de personas, aparte de bien preparadas a una actividad tan compleja, dispuestas a abandonar la muelle ciudad para internarse en las sierras a impartir educación de un tipo especial. Ha habido, pues, que IMPROVISAR, diremos, maestros rurales, a 3000 personas de buena voluntad. Pero aparte de que el contacto mismo con el medio en que actúan les señala un seguro derrotero, las MISIONES a que arriba se alude se encargan de mejorar y de especializar y de desenvolver sus conocimientos. Seis de ellas funcionan en la actualidad en los estados de Oaxaca, Guanajuato, Michoacán, Puebla, Tlaxcala y Nuevo León. Dichas misiones viajan constantemente estableciendo pequeños institutos de corta, pero suficiente duración (cuatro semanas en cada comunidad), para los maestros rurales de la región, con el doble fin de instruir a los maestros y de promover el progreso de las pequeñas poblaciones que visitan, en sus aspectos educativo, económico y social. El maestro en agricultura demuestra cómo pueden aprovecharse mejor los recursos naturales de la región y simplificarse las tareas de cultivo; el experto en pequeñas industrias las deja implantadas con los productos peculiares del sitio que visita. Y en fin, la trabajadora social y el profesor de educación física enseñan a conservar la salud por medio de la higiene y de la alimentación adecuada.

Esta forma de estímulo la efectúan también las escuelas primarias llamadas “tipo”. Ideadas en 1925 estas escuelas, que sostiene el gobierno federal, funcionan hoy en número de 15, cuatro establecidas en 1925 (las de Morelia, Mich.; Saltillo, Coah; Hermosillo, Son., y Colima, Col.) y 11 más en el presente (en Querétaro, Tlaxcala, Oaxaca, Tuxtla Gutiérrez, Aguascalientes, Guanajuato, Toluca, Pachuca, San Luis Potosí, Chihuahua y Zacatecas). Estas escuelas TIPO representan las avanzadas de la escuela nueva, de la escuela de la acción, cuyos postulados fundamentales —motivación, respeto hacia la personalidad, expresión individual, vitalización del trabajo escolar, métodos de proyectos, aprendizaje por la acción, en fin, ha expuesto de manera maestra el filósofo educador John Dewey, reciente huésped de nuestra Universidad— son, su nombre lo insinúa, escuelas ESTÍMULO; se han puesto ahí para que los estados, convencidos por la prueba experimental, vayan implantando los nuevos métodos en las escuelas cuya administración es asunto de régimen interior suyo. Por grandes que sean las diferencias de criterio filosófico en materias educativas entre los gobiernos de los estados y el del centro, muy lejano está aún el día en que se produzca un choque entre las escuelas de los estados y las escuelas tipo. Fricción imposible, como observa atinadamente el señor profesor Moisés Sáenz en reciente conferencia, desde el momento en que una y otra partes, por mucho que difieran en detalle, están en perfecto acuerdo cuanto al esencial punto de educar.

Sostiene también la Secretaría dos escuelas normales regionales para maestros rurales, una en lo que fue subestación experimental agrícola de Oaxaca y otra en la hacienda de Xacoyucan, del estado de Tlaxcala. El primer edificio le fue cedido por la Secretaría de Agricultura y Fomento, habiéndose llevado a cabo en esa casa reformas de consideración para adaptarla a su objeto. La segunda escuela fue puesta en poder de la Secretaría por el gobierno del estado de Tlaxcala, habiéndose efectuado, también, reparaciones de importancia para adecuarla a la escuela normal.

Modestas como son por ahora ambas escuelas, nos están revelando la forma de resolver la

ingente necesidad que existe de preparar maestros para el campo en cada región.

Ambos establecimientos poseen un internado con base en el hogar y un curso dedicado a alumnos externos o medio externos. Están dirigidos por maestros que han llevado a su esposa y a sus hijos a convivir con los indígenas y mestizos reclutados en las aldeas de muchos kilómetros a la redonda. El plan de trabajo y de estudios en los dos establecimientos es esencialmente práctico y adecuado al objeto de preparar maestros rurales. Los estudios se hacen en dos años o cuatro semestres y los alumnos concurrentes, ajustándose a la reglamentación de estos planteles, recibirán su diploma al término de su educación normal.

Además de estas dos escuelas normales regionales, dependientes de escuelas rurales, funcionan otras nueve que atiende el Departamento de Enseñanza Primaria y Normal.

Cuenta también la Secretaría, para dar aptitudes manuales a sus maestros con el centro de experimentación industrial de San Juan Teotihuacán, establecimiento que está dotado de talleres de cerámica, pulimento de obsidiana, herrería, carpintería y tejidos de ixtle, así como algunas otras industrias útiles. A ese centro han estado viniendo maestros de las distintas entidades federativas a hacer cursos breves, encargándose de llevar esos mismos conocimientos a las regiones de su origen.

La casa del estudiante indígena, como al fin se le llama, alberga en la actualidad a 186 alumnos representativos de diversas familias aborígenes.

Esta casa es tan sólo su hogar. Cuando se habló de establecerla, no faltó algún escéptico que deslizara un paralelo entre ellas y las “reservaciones” humillantes de indios de los Estados Unidos. Estas reservaciones en que, aunque se rodea al indio americano de las mejores condiciones materiales, se comete, sin embargo, “rigurosamente” el crimen de mantenerlos AISLADOS (J. M. Puig Casauranc, *Páginas viejas con ideas actuales*, 1925, pág. 206). En esta casa suya habitan. Pero muy temprano la abandonan para ir, alegremente, a confundirse con sus hermanos los blancos y los mestizos en las escuelas que sostiene el gobierno de su país, y —¡cuán frecuentemente!— a distinguirse en ellas Altamiranos redivivos.

Compenetrada la Secretaría de la necesidad de aumentar los locales para escuelas, proyectó y llevó a cabo la construcción de cinco grandes escuelas de tipo moderno, en barrios populosos de la capital, habitados por la clase humilde del pueblo. Mucho se diferencian estos edificios de los que antes se construían, apropiados para mantener a los niños en completa pasividad; estas nuevas escuelas favorecen a la actividad infantil que se desarrolla en medio propicio; salones al aire libre, talleres, campos de cultivo, elementos todos que facilitan la aplicación en la enseñanza del “principio de la acción”. Estas nuevas instituciones tienen como antecedente: la escuela al aire libre Álvaro Obregón, fundada en el barrio de Atlampa en 1925. Terminada la construcción fueron puestas a disposición del Departamento de Enseñanza Primaria y Normal, el cual procedió a organizarlas desde luego, habiéndose inaugurado con toda solemnidad en los últimos días del mes de mayo.

He aquí sus nombres y su ubicación:

Escuela al aire libre, Héroes de Chapultepec, esquina de Las Cruces y Mesones; escuela al

aire libre Luis E. Ruiz, 2ª del doctor Arce; escuela al aire libre José de J. Reyes Martínez, Pípila, calzada de Madereros frente al Rancho de la Hormiga; escuela al aire libre Cuauhtémoc, Santa Julia, atrás del Colegio Salesiano; escuela al aire libre Narciso Mendoza, Héroe de Cuautla, esquina de Proaño y Plomo.

Las altas miras de progreso por la acción de conjunto que animan al supremo gobierno a propagar las cooperativas de producción por toda la República, se traducen en la Secretaría en un esfuerzo coordinado por inculcar en los educandos el provechoso hábito del ahorro. A este fin responde la caja nacional escolar de ahorros y préstamos. Bien que por hoy su radio de acción no va más allá del Distrito Federal, el nombre que tiene de nacional encarna su propósito de ramificarse por toda la República, llegando a las escuelas tipo y rurales que, como ya se ha dicho, dependen de la Secretaría de Educación, y de allí quizá implantando su sistema en las escuelas de los estados.

Por lo pronto se implantó el ahorro obligatorio en las escuelas primarias. A la fecha existen en caja 100000 pesos procedentes de los ahorros de 80000 alumnos inscritos en 330 escuelas. Acaba de extenderse la obligación del ahorro a las escuelas secundarias; a las profesionales no es fácil hacerlo, pues se teme que sus alumnos no sean ya capaces de una efectiva modificación espiritual como la que, con todo éxito, se está logrando entre los pequeños.

En resumen, el gobierno de la Revolución ha definido ya su concepto de la nación. Va ahora a realizarla en su integridad, y para ello se enfrenta valerosamente al problema de la educación en términos de la nación toda. La ha invadido poco a poco con maestros rurales a los que perfecciona con las misiones culturales, y se propone aumentar el número de aquéllos a 5000 al término de este periodo y el de éstas y su acción todo lo dable. Para que el indio mismo sea un valioso elemento de propaganda educativa entre los de su raza y región se le prepara en las escuelas normales regionales y se le trae a vivir entre los blancos y los mestizos a su casa de la ciudad. Finalmente, las escuelas tipo cuyo número pretende aumentarse de igual modo, unen la mano del gobierno del centro a la de los gobiernos de los estados para la común obra nacional.

Por su parte, los Departamentos de Enseñanza Técnica, de Psicopedagogía e Higiene, de Bibliotecas, la Dirección de Extensión Educativa por Radio, la de Enseñanza Secundaria, la Editorial y aun la Universidad Nacional, llevan a su vez señalados derroteros precisos de utilidad inmediata y nacional.

Edad de hierro y de mecanismo, las escuelas técnicas, industriales y comerciales que dependen del departamento mentado antes, preparan a los expertos de las máquinas y de las herramientas, y abren horizontes no sospechados a las mujeres que desean un oficio productivo. Unos años de labor han rendido tal producción que, con un pequeño esfuerzo cooperativo, se ha podido establecer en la ciudad de México el almacén de ventas ETIC, en que se han refundido las dispersas pequeñas exposiciones escolares de fin de curso que antes se acostumbraba celebrar, reuniendo así en un solo punto la múltiple atención del público que ya

no sólo admira sino que compra por propia conveniencia, en este bien surtido almacén, lo que necesita.

El Departamento de Psicopedagogía e Higiene, creado por el actual secretario, ha prestado incalculables servicios a la educación; no son de los menores el vigilar constante y sabiamente por la perfecta salud de niños y maestros, o el de agrupar, con la base de una estricta prueba científica, por grupos de inteligencias homogéneas a los alumnos de las escuelas.

El Departamento de Bibliotecas distribuyó, de septiembre de 1925 a agosto de 1926, 70979 volúmenes. Ha organizado una clase especial de bibliotecas que destina a las escuelas tipo y otra para las normales regionales.

La Dirección Editorial desarrolla intenso trabajo. Se han suspendido en ella las costosas ediciones de los llamados clásicos para dedicar un papel más barato a la impresión de cartillas, manuales, pequeños tratados, folletos, periódicos y boletines que se lean en todo el país. Enumerar siquiera las principales, tan humildes como útiles y buscadas publicaciones de esta dirección editorial sería, sobre largo, inútil, pues nadie las desconoce.

La obra de extensión educativa por radio se realiza en múltiples formas, desde la plática elemental enderezada a los oyentes del campo —la tendencia es multiplicar los aparatos receptores en el campo, en la sierra—, sobre higiene, sobre historia o sobre geografía, hasta el curso completo de perfeccionamiento o el concierto escogido.

La Dirección de Enseñanza Secundaria, establecida el año pasado, tuvo por fundamento los siguientes hechos:

1º La necesidad de convertir la escuela secundaria en una escuela de posibilidades educativas variadas, al alcance de todos y para todos, con sistemas propios y con múltiples salidas hacia los diversos campos de actividad futura.

2º Que las escuelas secundarias no podrían depender ni del Departamento de Enseñanza Primaria y Normal, por el peligro de que su educación se infantilizara, ni de la Universidad Nacional, por el riesgo de recibir orientaciones exclusivistas y unilaterales, no muy en consonancia con el espíritu democrático que debe privar en esta clase de instituciones.

3º Que teniendo en cuenta el impulso general que en estos últimos años se ha venido dando a todos los aspectos de la educación del país, sobre todo a la primaria y rural, bajo el régimen de la Secretaría de Educación Pública, era conveniente que esta última extendiera su influencia estimulante a todas las entidades federativas en materia de educación secundaria.

4º Y, finalmente, que siendo indispensable y conveniente estimular y controlar la iniciativa privada, en lo que a escuelas secundarias se refiere, se necesitaba un departamento especial para hacer frente a todas estas múltiples modalidades y a estas demandas imperativas de la educación secundaria del país.

Con estas miras, hoy funciona con todo éxito.

La universidad misma, de la cual por antonomasia no podría esperarse sino una labor exclusivista y claustral, conmovida en su base por la idea de acercamiento al pueblo que lo señala como norma esencial el actual secretario, en su discurso de inauguración de labores universitarias de 1924 (V. de *Nuestro México*, 1926, páginas 127 y siguientes), y que el ciudadano presidente de la República confirmara allí mismo, difunde, por todos los medios que alcanza, la alta cultura que es su deber elaborar para bien de los demás.

Alma, s./f. *(ca.* 1927), pp. 5-6, 43-44

CALENDARIO[*]

Domingo 1º.—Todas las personas que despertaron este día se asombraron de haber podido hacerlo más allá del umbral de un año más. Y recordaron, porque estos días primeros son muy propicios al recuerdo, cuando hace muchos años no imaginaran nunca alcanzar éste de 1928. Hicieron las personas un como examen de conciencia, para averiguar qué es lo que habían hecho de bueno y cuál era lo malo. Qué cosas, notables, habían presenciado, y cuántos sentimientos innobles habían dejado florecer en sus pechos. Organizaron en sus almas una venta extraordinaria de residuos y propusiéronse una vida nueva. Algunos, más formales, estrenaron vestidos o corbatas y destruyeron cartas de otras fechas.

Lunes 2.—Pero al día siguiente, cuando otra vez abrieron los ojos las personas que iban a cambiar por completo, encontraron en los diarios noticias que conocen desde años antes: Había una circular recordatoria del pago del *income tax,* que enviaba la Secretaría de Hacienda. La comuna de la ciudad —¿será éste un término correcto?— había instalado sus actividades el día anterior, había obstáculos para el comercio, los marinos americanos, por razones que no comprende nadie, seguían empeñados en disgustarse con los nicaragüenses, y, en alguna plana, aparecían los nombres de los heridos y los muertos del día primero, que, víctimas de un enorme regocijo, se quemaron un ojo con un cohete o simplemente dejaron de existir.

Martes 3.—Lupe Vélez se encuentra envuelta en cuantioso litigio. Cuantioso. Cuantioso litigio cuantioso. Horribles palabras para envolverse en ellas. Si yo fuera el capitán Veneno, del *Gráfico,* ya habría encontrado la manera de hacer un chiste en envoltorio. Pero es el caso que aquella señorita, a cuya mamá, y a ella misma, conozco de vista, hizo un contrato y luego se retractó. Y para no cumplirlo, va así la historia, vino por unos documentos falsos de su origen. ¿No es algo así lo que ha hecho Hearst? Seguramente existe entre estos documentos falsos más de una relación, qué sé yo. Sin embargo, me parece que la estrella del Lírico ha obrado muy ligeramente al reconocer que es mayor de edad, que siempre lo ha sido y que debe pagar 50000 dólares. Legalmente los menores son incapaces de contratar. Pero si ella ya no era menor, si ese expediente no le valió, ¿por qué no les dijo que estaba loca? Una oportuna confesión, tan obvia, le hubiera ahorrado 50000 dólares.

Miércoles 4.—Rosa Martínez vivió durante algún tiempo con Félix Caballero, razón por la cual un día se divorciaron mutuamente. A ella se le quedó el fruto de sus amores y a él la flor del afecto paterno tan bien regada que un día, como no pudo más, se fue en un automóvil, Rosa Martínez tomó otro automóvil. Iba sumamente nerviosa y le hacía advertencias al chofer, porque en el auto que conducía al Caballero iba también su hijo. Los automóviles tienen el hábito de parecerse tanto entre sí, que Rosa, la pobre, estaba muy atribulada. Pero los técnicos saben, si no otra cosa, diferenciar los coches, y uno de ellos la sacó de su error. Cuando alcanzaron al verdadero fordcito, Rosa recuperó a su vástago. Pero, no contenta con ello, acusó a Caballero de robo de infante. Él lo fue tanto que no la acusó de persecución callejera.

Y el técnico volvió a su puesto.

Jueves 5.—Otro caso notabilísimo. Hay una niña de dos años de edad que ya resuelve rompecabezas. Se llama Virginia Ana Lara y a los 12 meses de edad ya no creía en Santa Claus ni en los Santos Reyes. La niña en cuestión disfruta de un espíritu tan metódico que puso en orden inmediatamente unos cubos de madera que le regalaron. Los médicos, absortos, atribuyen su genio a que es el fruto de un matrimonio internacional, es decir, a que su madre es mexicana y su padre no. Conforme crezca, se le someterá a nuevas pruebas mentales. ¡Dichosa ella, que empieza a practicar tan temprano el póker! Así es el póker, ¿no?, ése con que se juegan las copas. Si le dieran una oportunidad, Virginia Lara ya tendría un caballo, lo cual es muy insólito a sus años. ¿Y si de grande se pusiera a jugar con los estados de la República, como si fuesen cubos, y los arreglara?

Viernes 6.—Pero no siempre son tan buenos los matrimonios internacionales. Buzali, arábigo, efectuó uno con nuestra compatriota María de los Ángeles Rivera y hasta la fecha sólo han producido no un vástago genial, sino algún dinero, tirando de las mangas a quienes pasan por la Lagunilla, para venderles telas. Y este dinero lo quiere Loreto. Loreto es la suegra de Buzali, y ha comunicado ya sus deseos a la policía de la metrópoli, que interrogó a Buzali. Y éste dijo que prefería ir a la cárcel antes que volver al hogar internacional que hace algunos años perpetrara. Total, que nada se ha arreglado. Y yo abrigo serios temores de otro suicidio por malos tratos.

Sábado 7.—Grande fue el escándalo a la puerta del cine. Un trovador yucateco llamó a un gendarme y le indicó la conveniencia de aprehender a Daniel López Mendoza, que se disponía a ver Chang, porque hacía algún tiempo que éste había asesinado a aquél. Fue por los amores de una bella mujer que iba con alguna frecuencia al cabaret Iris, y a quien amaban ambos. Cierta noche huyeron hacia las sombras, a tal velocidad, que un vigilante de tráfico los detuvo y luego, mediante una multa directa, los dejó proseguir hacia su destino. López Mendoza estaba seguro de que debía matar al trovador yucateco, y así lo hizo. Disparó contra su argentada nuca y huyó, dejándolo, en su opinión, bien muerto. Pero López Mendoza olvidaba que no se muere nunca del todo en las canciones yucatecas.

Domingo 8.—Hoy no sucede más que el frío. Un frío verdaderamente insospechado, que se siente en los pies y en las manos. Luego, claro, suceden también los periódicos. Pero lo más interesante que dicen es que el señor Pestaña de Audiffred está en un grave aprieto para salir con vida de la gruta del Tesoro Sagrado. Sale por fin. Pero entonces sus malos súbditos sueltan a los feroces tigres de Bengala que lo persiguen y yo me quedo inquieto por su suerte, hasta la próxima semana.

El Universal Ilustrado, año XI, núm. 557, 12 de enero de 1928, p. 9

Lunes 30.—Los numerosos lectores de la editorial Sempere de Valencia se aprestan a llevar al cadáver de Blasco Ibáñez una bandera exactamente igual a la que el Cid Campeador quitó a los moros. ¿Es que lo comparan? No parece sino que no han leído la edición, pequeñita, de

Alfonso Reyes —Calpe— del *Poema del Cid*. Aquél fue, ciertamente, desterrado. Hizo una que otra trácala. Pero fue siempre leal a su rey, y nada le hubiera sido más doloroso que el pensamiento de que sería sepultado en otra parte que el monasterio de Cardeña: Y luego el Cid no huía para insultar, ni se vendió a los moros.

Va a llevarse una cantidad suficiente de tierra valenciana para su tumba en Menton. Tierra valenciana, cañas y barro, entre naranjos, tierra pa’ las macetas.

Martes 31.—Yo tengo datos ciertos sobre la capacidad muy milagrosa del Niño Fidencio. Me los comunicó, nada menos, don Artemio de Valle Arizpe, y también una tía mía que fue a verlo, pero sin fe, razón por la cual no le sirvió de nada el viaje. Sé por ellos que columpió a un mudo, tan fuerte, que habló. Y que coloca en círculo a los paralíticos, con sendas velas en la diestra, y luego él se pone en medio, con una cola de papel en el saco. Y que el primero que le encienda la cola, sanará. Todos se esfuerzan por ser los primeros y algunos lo logran. Hace hervir cuanta yerba crece en el monte, se baña con su líquido y luego con él frota a los pacientes. Pero este día algún mal demonio hizo que no pudiera conjurar el incendio. Las llamas atacaron no su curativa cola de papel, sino todo el campamento. Ante el hecho, las autoridades han meditado y resuelto acabar con sus ejercicios. Un *yankee* va a llevarse al Niño Fidencio, como otros se han llevado nuestras mejores bibliotecas y nuestros tesoros precortesianos, porque nosotros no les hallamos utilidad.

Miércoles 1º-.—Gene Tunney dará en la Universidad de Yale una serie de conferencias sobre Shakespeare. Habrá, por supuesto, quien se asombre de esta aparentemente imposible compatibilidad del cerebro y el bíceps. Pero aquellos que lean por saludable costumbre *El Universal Ilustrado,* y que recuerden lo que dice, sabrán ya, porque lo habrán leído hace algunos años en mis “Sugestiones al boxeo”, que lord Byron, campeón de peso completo en el romanticismo, practicaba el boxeo, lo mismo que Tom Moore. Ahora, simplemente, se invierte la proposición. No hace más que un siglo. Y un campeón de peso completo en el boxeo practica el romanticismo.

Jueves 2.—Los estudiantes reunidos en Mazatlán, en una especie de pequeñas conferencias panamericanas, han llegado a muchos acuerdos. Hoy llegaron a uno brillante: enviar un mensaje de simpatía y solidaridad a los jóvenes intelectuales mexicanos, representados por los estridentistas. Lástima grande que los términos del mensaje sean de lo más normal que pueda redactarse. ¡Hubiera quedado tan bien que dijera, por ejemplo: Los quemarropa cerebro-espinales vibratorios de la supercultura indolatinoamericana despachan acariñante gramotélico hinchado vehemencias escupidas tremolantemente distancias Faber Ferrocarril trepidación azulosa.

Viernes 3.—Se debate si la mujer pierde su nacionalidad al casarse con un hombre de otro país. Encuesta. ¿Pues qué creen que es eso, la nacionalidad? Yo sí, lo perdí todo, todo, al casarme. Yo ya lo había perdido. Yo la conservo, pero ¿de qué me sirve? He nacido en Managua. Confío en la ciudadanía automática.

Sábado 4.—Sigue siendo cierta, nos lo recuerda Gide, la paradoja de quien ya sabéis. La vida imita al arte. Antaño sólo en Francia solían darse casos horrendos de criminología. Barbazules y cosas por el estilo. Pero André Gide, el “demoniaco” de Henri Massis, el enemigo de Béraud, aquel que pone en venta los libros de sus amigos, fue jurado algún tiempo, el tiempo de los “souvenirs de la Court d’Assises”. El insoportable Paul Souday se deleita

contándonoslo, cree él, muy humorísticamente. Gide comenzó a llevar a sus libros sus experiencias de miembro de jurado, cada vez mejor, hasta *Les Faux Monnayeurs*. Y en los Estados Unidos, donde apenas empieza a ser conocido y traducido (la casa Knopf acaba de publicar en inglés cuatro libros suyos: será interesante saber con cuáles enmiendas) empiezan a florecer sus casos predilectos. Aquel Loeb, aquella señora Snyder, de buena memoria, este joven Hickman. ¡Qué buenos libros de la *Nouvelle Revue Française* nos esperan!

Domingo 5.—Día de San Felipe de Jesús. Recuerdo, como usted, aquellos higos que se daban en su casa, y la cocinera que lo reñía. Ahora hay baños de San Felipe, que no conozco, pero que deben de tener algún poder curativo y milagroso. Es también una fecha histórica, por razón de la Constitución de 57. Y los excursionistas sudamericanos que nos visitan. Un vizconde al que podemos oponer un marqués, un millonario a quien opondremos sastre que ha obtenido la lotería. Opinan, de común acuerdo, que México es un país delicioso.

Lunes 6.—Ni Lupe su esposa ni ninguno sabíamos nada de Diego Rivera desde que se marchó a Rusia sino que en todas partes lo recibieron en la estación los conmovedores niños de las escuelas, y que le fue, como era natural, muy bien en el viaje. Pero ahora se sabe que trata de establecer una escuela de pintura a su modo, que acaba de publicar un libro en el idioma ruso, que habla, y que volverá a Rusia en octubre.

El Universal Ilustrado, año XI, núm. 561, 9 de febrero de 1928, p. 4

Lunes 6.—Un andarín que conoce 11 idiomas vendrá en breve al país. Han acariciado ya a estas fechas su despejada frente las brisas del Adriático, los aires españoles, ha abrevado su considerable sed en loza checoeslovaca, vio pasar una vez el auto de Trotsky, tomó al pie de la vaca leche de vaca suiza, probablemente un día le saludó a Orteguita en París y a Luis Araquistáin en España. Su pedestre afición lo llevó a visitar los museos y las pinacotecas, sitios en los que se supone que uno aprende moviéndose. No fue nunca, en cambio, a ninguna biblioteca. No quiere sentarse. Da conferencias. Ha aprendido los idiomas de sólo oírlos, y un día, si no lo mata un lobo cuando atraviese —supongo lo hará de vez en cuando— la selva, de noche, lo premiará una institución.

¡Y nadie se prepara a recibirlo en el aeródromo de Balbuena! ¿Acaso su mérito no iguala al del más atrevido cruzador de océanos, con el agravante de que ha aprendido suficientes idiomas para entender los discursos que nunca le dicen, y de que no se ha sentado nunca, ni en aeroplanos ni en escritorio?

Martes 7.—Es claro. Yo siempre he predicado las excelencias del menor pelo posible, en todos los tonos. Pero algunas personas no quieren entender y siguen creyendo que el pelo es un don natural, cuando en realidad no es sino un hábito peligroso. Por fortuna, espero que las muchachas que todavía lo usan largo, y aquellas otras que ya se lo están dejando crecer y que parecen provisionalmente perros de aguas, escarmienten ahora en precisamente cabeza ajena y se lo vuelvan a cortar. Lean la noticia del día: “Una joven llamada Natalia Olvera que habita (reproduzco las señas para que vayan a cerciorarse las incrédulas), en las calles del Dr. Ruiz

35, fue víctima de horrible accidente. Estaba ayudando a su hermano a trabajar en un taladro de herrería y se le enredaron los cabellos que llevaba sueltos, en el taladro, sufriendo el desprendimiento de éstos, lesiones en el cráneo y en el rostro y la amputación de tres dedos de la mano derecha”.

Miércoles 8.—Buscó durante mucho tiempo la fórmula. Dulcificaba la amargura del esfuerzo con el azúcar que mezclaba al permanganato, al ácido priórico y al clorato de potasio. Imagino al infortunado joven durante la noche, en su laboratorio, frente a esas tristes sustancias, mientras sus compañeros de escuela le hablaban a sus novias y los demás contribuyentes íbamos al teatro. ¿En qué soñaba? ¿Qué hubiera querido destruir? Durante mucho tiempo buscó la justa proporción. Y el día que la halló, la halló tanto que explotó en sus manos y lo privó de la existencia. No cabe duda, ahora, de que halló al fin la fórmula del explosivo.

Jueves 9.—Si bien es cierto que ya Lupe Vélez trabaja también en las películas, Dolores del Río, gracias al hecho de que tiene un marido, cuenta con mayores recursos hollywoodescos para brillar que la ex estrella del Lírico. No hablemos ya de su colección de mantones antiguos, de joyas de familia, de criados, utilería toda de que careció en sus orígenes la postepiléptica Lupe. Allá no bastan los perros chihuahueños, la mamá y un contrato hecho pedazos. Es además muy importante divorciarse. Y Lupe, ¿de quién lo va a hacer? ¿Cuál de nosotros puede decir, en fin, que de él? Dolores del Río, en cambio, ya recurre al divorcio. Su marido, que acontece no ser estrella, también lo desea, acaso porque no le guste que la enseñen actitudes y sonrisas nuevas. Y aunque “don Jaime se encuentre en Nueva York escribiendo un libro —sí; es el recurso que a muchos nos queda— y la señora se prepara para filmar interesantes cintas”, aquél dice que las condiciones de California no le favorecen y que su permanencia en Nueva York será indefinida, pero que visitará de vez en cuando a su consorte. Sí. Claro.

Viernes 10.—Consejos a los peatones:

Procure usted que los amigos a quienes vaya a visitar vivan precisamente en las esquinas de las calles. Puede usted, para su mayor comodidad, renunciar a sus amistades anteriores e intimar con los vendedores de calabazate y biznagas, billetes de la lotería de Toluca y alumnos de la Escuela de Ciegos. Haga siempre sus compras en tiendas que miren a dos calles. Recuerde que la mano derecha es aquella con la que uno saluda y se persigna, y siga siempre su rumbo. Si es usted zurdo, proceda al revés. No dé nunca la acera a las señoritas. Si lo hace, las expone a que se las lleve el técnico; de lo que ellas se sentirían encantadas, pero usted no. Dése usted cuenta de que aquellos señores vestidos de azul que hacen señas a media calle se las hacen a usted. Pero no los obedezca ciegamente. Cuando levanten un brazo, como llamándole, desconfíe y deténgase. Y avance, como un traidor, cuando le den la espalda.

Cuando, dentro de algún tiempo, se fijen en el pavimento grapas que indiquen el camino que usted debe seguir, es necesario que usted a su vez se fije en ellas. ¿Quién le asegura que si lo hace no descubrirá acaso alguna nueva realidad metafísica? Recuerde que los grandes inventos los han realizado siempre personas cabizbajas. Sea usted una de ellas. Y si no quiere serlo, compre un automóvil.

Sábado 11.—Los miembros todos del jurado de Harry Hill están de acuerdo en sentenciarlo a muerte por razón de que a él le pareció también oportuno hacer lo mismo con su

madre, que se negaba a darle el dinero que le pedía. Pero esos señores no tienen las razones que él. ¿Por qué le hacen lo mismo? Yo estoy seguro de que si Harry fuera madre —o padre— de sus jurados, no les negaría nada, pues ya sabría los riesgos de hacerlo. Y seguramente esos señores no creen en la otra vida. Si creyeran en ella, conociendo los bochornosos disgustos que se libraban entre Harry y su madre, no los expondrían a reanudarlos.

Domingo 12.—¿Os habéis quedado todo un domingo en casa, observando cómo hacen las camas, cómo barren, cómo disponen la comida y leyendo el último libro que recibierais? Este libro era *Lazarus Laughed* de O'Neill, en la segunda edición, que no pude obtener la primera, de noviembre de 1927. Fue oscureciendo, a medida que conocía a Calígula. Entonces surgieron los organillos. Dos o tres, que tocaban las mismas cosas y crispaban mis nervios. Más y más y más y más, hasta que comprendí perfectamente a Calígula y a Tiberio, que deseaban la muerte de la humanidad.

Lunes 13.—La sociedad de Saltillo está muy indignada por el atentado de su presidente municipal, que desea suspender las fiestas del carnaval. Recuerdo la ciudad de Saltillo, hace 11 años, un día, de paso para acá, con su lago artificial que afecta la forma del mapa de Coahuila que yo dibujé tanto en la escuela. Ciudad triste, con iglesias. Pero está cerca de Espinazo y hubiera resultado tan bien el carnaval con todos los súbditos del Niño Fidencio, que no me sorprende la indignación de la sociedad de Saltillo, a quien privan de tal espectáculo.

El Universal Ilustrado, año XI, núm. 562, 16 de febrero de 1928, p. 65

Lunes 13.—Hoy llegó tarde el tren de Laredo. Las personas que esperaban a su familia, muy alarmadas, usaron del telégrafo para averiguar el porqué. Temían que por ser día 13, cifra fatídica, les hubiese ocurrido un molesto encuentro con esos rebeldes que siempre andan por ahí, tercos, empeñados en destruir las vidas y arrebatar los rieles. Por fin, el tren llegó a las 6 de la tarde. Y se supo que un buey suicida se había arrojado bajo la locomotora, que, conmovida por lo que acababa de hacer, dejó su camino. Lo que enseña a no pensar mal de los rebeldes en día 13.

Martes 14.—Ya le voy encontrando objeto a este *Calendario.* Las cosas del mundo se arreglan poco a poco en función de él. Anoche, por ejemplo, se registró una tragedia frente al hotel Regis. Personajes. Carlos Méndez y Rodolfo Labastida. La acción en México. Época actual. Sólo que, como en otros casos, y para ventaja mía, es un drama para leer. Tiene prólogo, como las obras de Shaw: "El prólogo fue una riña a bofetadas en un teatro". Técnica pirandeliana. Luego, unidad de tiempo, de lugar y de acción —vuelta a las unidades clásicas —. Tres actos: exposición, nudo y desenlace. A estas horas, el público ya se habrá retirado: el desenlace debe de haber sido fatal, como en Dreiser. Muerte de la víctima —interés— y castigo del culpable —epílogo—. Prólogo, actos, epílogo. Faltaría el índice, pero este *Calendario* lo viene siendo de todos los sucesos del género.

Miércoles 15.—No es que me guste insistir en episodios de este género. Por el contrario,

con toda mi alma los lamento, y querría que no ocurrieran nunca. Pero se repiten, como la historia, como los sabios. El comisario de Santa Julia fue herido gravemente al cumplir con su deber de comisario. Si esto sigue, nadie querrá ser comisario o los que lo sean a fuerza, como aquel indito que pidió amparo porque le querían dar un nombramiento, hace unos días, no cumplirán con su deber. Murió otra víctima de una gran tragedia. Una madre sufre en San Antonio, Texas, un doliente drama. ¿Qué le pasa a este mundo nuestro? Y plaga no menor es la poesía —al estilo de Sánchez Filmador—, puesto que ayer, 14 de febrero, negro y funesto día, de los males el peor, poético se puso un cabecero, y en el diario del día, la muerte al anunciar de un policía "Horrible crimen perpetró un ratero" —escribió— con un pobre policía.

Jueves 16.—Se ha encontrado pulque en California, lo cual hace pensar a una persona si serán los "manes aztecas" que nos vengan de los norteamericanos. Mayor razón habrá para pensar en dichos manes cuando se encuentren nopales en España, lo cual no debe ser difícil. ¿Qué importaría que un gringo se emborrachara con pulque? En nada habría de satisfacer nuestro patriotismo. ¡En cambio, si un descendiente de Carlos V se espinara!

Viernes 17.—Me sigo ocupando de los técnicos. Les da por caer y lastimarse. Esto prueba, si no otra cosa, su superioridad respecto de los antiguos tecolotes. Ascienden. Y si a veces conquistan las alturas, otras caen, para regocijo de Newton. Los tecolotes andaban siempre en el suelo y su misión se reducía a las casas de un solo piso y a las carpas en donde las orquestas están abajo del tablado. Telésforo del Toro, técnico con domicilio oficial en el cine Progreso Mundial, iba a comerse un mamey. (Algo parecido le sucedió a Adán.) Y como le atrajera la música, serpiente de su caso particular, ascendió por una escalera de mano, mamey en mano. Ya en la cúspide, resbaló la escalera. Y en lugar de soltar el mamey y asirse desesperadamente del piso de la orquesta, se cogió del mamey, se vino abajo, y en el suelo estrelláronse el mamey y su coco personal.

Sábado 18.—Un conocido reo penitenciario, extranjero, se ahorcó en su celda. Hablaba varias lenguas y en todas ellas leía libros extraños, que le habían granjeado la admiración de sus compañeros. A pesar de ser una persona muy instruida, se encontraba ahí debido a que con anterioridad había asesinado a un chofer indiscreto que cometió la torpeza de enterarse de otro crimen suyo. Había mujeres que le amaban y una de ellas iba a verlo con frecuencia. Acaso a ella iba dirigida toda una larga lista de adjetivos que de su letra se encontró. Cuando se suspendió de la cuerda asesina no tuvo tiempo ni de quitar los pies de la cama en que se había subido. Su lengua poliglota se burlaba, larga, de los carceleros que entraron a ver lo que pasaba.

Domingo 19.—Los vecinos de Tacubaya han pedido la expulsión de su ciudad de una señora muy extraordinaria que los tiene molestos y ruborizados. No es que sea de mal carácter, que los insulte ni que con una bochornosa conducta los desvele mientras baila. Es que, con frecuencia, se quita las ropas y sale a la calle, procediendo al revés del común de las gentes, que se desvisten en sus casas.

Sin embargo, la señora no está necesariamente chiflada. Lo que sucede es que se da cuenta de que la tristona ciudad de Tacubaya carece de espectáculos. Ese cine Cartagena, los colegios particulares, la plaza… Es necesario que se alegre la gente, y ella pone la muestra. ¿O querrá ganar fama y gloria? En este caso se ha equivocado de medio. Debe venir cuanto antes a la ciudad, a menos que como el Niño Fidencio, quiera que se le vaya a ver a Tacubaya.

Pero aquí tendría mucho más éxito.

El Universal Ilustrado, año XI, núm. 563, 23 de febrero de 1928, p. 6

---

[*] A fin de evitar repeticiones, sólo en esta página mencionaremos el título de la sección que Novo publicó de enero a febrero de 1928 y que abarca de ésta a la página 180.

BIOGRAFÍA DE SALVADOR NOVO

I

LAS biografías de los hombres célebres suelen ofrecer al público un interés marcadamente mayor que su vida, y, desde luego, que su obra. Pero muy raras veces se da cuenta el lector de que en realidad aquello que le va complaciendo se debe más al biógrafo que al personaje. Que casi siempre el escritor que hinca su pluma en un genio dado, lo hace consciente o inconscientemente, seguro de que interpreta, cuando en realidad lo único que logra es expresare en un tono que no le fue dable alcanzar en la realidad. Ejemplos: Frank Harris, Romain Rolland.

Existe, por otra parte, una gran variedad en los sistemas de la biografía. Puede aderezarse erudita y averiguar, después de cierto esfuerzo, las lecturas precisas del héroe, su colegio, sus manías ortográficas, sus plagios, sus lagunas. Puédese redactar una vida elevada y pura, martirizada e inocente —o bien heroica e indomable—. Y en todos los casos, más que el genio, aparecerá en la biografía el autor. Suele también acontecer que la celebridad en cuestión goce de una reputación sólida y difundida, de cualquier clase, falsa o verídica, pero ya sancionada, y que entonces un escritor, con un sentido comercial reprobable, reúna bajo su firma los lugares comunes y añada uno que otro detalle inédito de la misma categoría; con lo que genio y biógrafo compartirán una enorme popularidad.

Nada hay tan funesto para la fama como querer conservarla, transformarla. Es algo semejante a una leve esfera de cristal. Quien está dentro de ella no puede convencer a quienes de fuera la admiren de que es convexa sino rompiéndola. Y el riesgo es tan grande que, no sólo los biógrafos profesionales lo han tenido en cuenta, sino que más de una persona famosa, al redactar su propia biografía, se ha examinado desde fuera.

La Voz Nueva, núm. 14, 10 de febrero de 1928, p. 15

MÚSICA MEXICANA

A MENUDO he dudado si realmente gozamos los mexicanos del genio musical que se nos achaca. Hay demasiadas personas interesadas en probar que existe la música mexicana, en estimularla, en darla a conocer, para no meditarlo dubitativa y ponderadamente. Las revistas extranjeras, de cierta clase, que se ocupan de México, suelen alabar nuestra música "vernácula". Elogiarla conmovidamente, exhumarla y declamar su valor, es la dedicación especial de las revistas folklóricas mexicanas que publican los extranjeros. Pero no sólo éstos, en quienes ya es costumbre, se han tragado el anzuelo. Nosotros mismos creemos tener música. Un empresario teatral, tan artístico o tan filistino como los antedichos, conflagró no hace mucho el Concurso de la canción mexicana, con distribución de premios y sufragio efectivo.

La señora Michel —vegetariana como Shaw— canta con frecuencia en el Anfiteatro de la Preparatoria, canciones, corridos y sones que son pedazos del alma nacional, zurcidos por ella en sus peregrinaciones, solícitamente, hasta presentarnos un todo fuerte, contradictorio y homogéneo, como si hubiera zurcido pedazos de trapo y nos presentara una colcha.

Si viajáis, en cada estación regalará vuestros empolvados oídos la mendicante canción guitarreada del ciego o del mudo, y pueblo adentro, la murga municipal os demandará sollozante: ¿Dónde estás corazón?… Búsqueda cardiaca que han emprendido con celo inaudito en toda la ciudad, las marimbas y las pianolas de los restoranes y las cantinas.

Eso en cuanto a "música autóctona". De la otra, de la "clásica", tenemos también. Todo el que quiera puede acudir a escuchar, domingo a domingo, la ópera en el teatro Iris. Nos insultamos con silbidos, nuestros mejores motes son nombres de canciones, concurrimos a las academias de baile, damos o recibimos *Las mañanitas,* nos conmovemos con el Himno Nacional y con *Las golondrinas;* hemos visto nacer, como quien dice, al autor del sonido 13 (que, por mexicanismo anda haciendo, según informa el gobierno, revoluciones en el extranjero). Y, sin embargo, tengo imperiosa necesidad de probar que el genio musical mexicano es un mito.

Mi teoría es axiomática. Pero si alguien me pide pruebas, le daré las victrolas y el chicle.

No hay país del mundo en que las victrolas hayan alcanzado el éxito que en México. En ninguna parte del globo viven de vender chicle más familias que en México. Todo el mundo tiene en su casa un fonógrafo, y los hay ya en las puertas de las zapaterías, de las paleterías, de otras diversas tiendas. El chicle nos asalta en los pórticos de los teatros, en los cines, del box, en las esquinas, a media calle, en las cantinas, en los camiones, en el Ford, en la bolería, en la tabaquería, voceado por niños con medias de popotillo, por niñas dolorosas, por vagos, por cojos, por mujeres con niños a cuestas, por viejas de culpable apariencia, por venerabilísimos ancianos, y lo rumian generales y particulares.

a) *Las victrolas.* A primera vista no se ha logrado un instrumento de mayor musicalidad que las victrolas ortofónicas. Los cilindros, antecesores suyos, eran no más que un pequeño síntoma de lo que habría de suceder después. Su manejo, y supongo que su adquisición, eran simples. Si cesaba la causa, desaparecía en ellos el efecto. En cuanto no se da vuelta al manubrio, no se escucha la música. Igual cosa pasaba con las neveras primitivas. Si dejaban de manipularse, se enfriaba la nieve. Pero a neveras y cilindros corresponden hoy día Fords y victrolas. Con unas cuantas vueltas se toca un disco, y se recorre una distancia. Y aun en estos logros modernos existe ya, más cara, la superación del arranque automático en el Ford y de la fuerza eléctrica en la victrola.

Y los cilindros mismos, ¿no eran la música genuina? ¿No alegraban los corazones de las criadas y de los ebrios, objeto primordial de la música? Comunicar por lo alto, imbuir el ritmo desinteresado, la leve insinuación de la danza y estremecer con el misterio de lo que no se puede alcanzar ni definir. Aunque sea de otra clase, la gente se reúne en las salas de los conciertos para lograr el mismo objeto.

Pero las personas, que acaso solían ir una que otra vez al concierto de la sinfónica; que antes mandaban a sus niñas al Conservatorio para que aprendieran el piano; que tenían un piano, vertical o de cola, o que no tenían nada, pero que "gustaban" de la música cuando tropezaban con ella, adquirieron victrolas.

Se compran en abonos tan fáciles que, bien mirado, es "una buena inversión". Luego, su presencia concede cierto aspecto elegante a las salas y se puede tocar en ellas toda clase de música. "Música triste", música clásica, los discos de Caruso y la Tetrazzini, tangos de la Quiroga —¡y todo a media luz!— *Porque me has besado tú* y *Nunca,* de Guty Cárdenas… Con lo cual se entretienen las visitas y uno no tiene a qué salir.

Pero es justamente su doble capacidad de ser domésticas y de ser poliformes lo que ha hecho de las victrolas un enemigo de la música y a nuestro pueblo, tan hondamente victrolizado como es notorio, un pueblo nada musical. Nuestras breves canciones son horribles, aunque breves. Y todos sabemos cómo se ponen de moda. En los teatros, mientras el telón baja, se cambia una decoración por otra peor, los señores de la orquesta machacan la pieza elegida. La gente se indigna, pero como ellos siguen, a la décima vez de escucharla, buscan la pieza en disco y se la llevan a su casa. Se ha puesto de moda.

b) *El chicle.* Además de ser una horrible falta de educación, tan grave como los palillos que ofrecen en casi todos los restoranes, y que la gente usa delante de gente ¡hasta en la mesa!, el chicle es enemigo de la música, porque no deja oírla. Nuestros sentidos son exclusivos. O se oye o se ve. O se gusta o se toca. Por eso los ciegos son buenos músicos, como es de sospechar, porque no se distraen con la concurrencia ni tienen que saludar a nadie, y las gentes que tienen muy buena vista confunden el caviar con la lechuga. Por esto mismo, es muy explicable que en los cines algunas personas realmente interesadas en la película reclamen, para ver bien, el silencio de los que conversan, y por esto algunas otras personas, cuando salen del cine, no saben lo que vieron.

Revista de Revistas, año XVIII, núm. 930, 26 de febrero de 1928, p. 3.

NOTA DE LA PROVINCIA. GUADALAJARA

1. LAS torres de la catedral, como dos *ku-klux-klanes,* dan la espalda al raspado palacio de gobierno. De lejos, parecen dos barquillos de nieve de leche. Son lo más prominente de Guadalajara, a excepción de la barranca de Oblatos, del arrayán cubierto y de una reputación infundada. Para quien conozca Teotihuacán o haya estudiado geometría en el espacio, estas torres son siempre un consuelo.

Aquí, se ve, la Iglesia y el Estado han dejado de hablarse definitivamente. No se le da a la catedral un ardite de lo que ocurre en el sonoro y boquiflojo reloj municipal, en el kiosco en que se toca *Traviata,* en el museo en que hay un autógrafo de Nervo, y algunas camas bochornosas. Embistiéndola, hay como seis automóviles de alquiler, no Fords, sino Essex y de otras excelentes fábricas. Cuando alguien los toma, les cuesta trabajo a los choferes sacar el coche. Pero por ningún motivo se atreverían a darle la espalda, por decirlo así, a la iglesia mayor.

2. En fin; puede salirse en auto a visitar "las colonias". Consisten en casas de las que antes denominaban *chalets* y hoy llaman *bungalows.* Hay algunas muy bellas. Por ejemplo, la del señor Zuno, que puede adquirirse en tarjetas postales, y que es colonial. Hay otra japonesa. Y

luego, unas avenidas románticas, con flores de papel secante, de un azul que ya sólo se encuentra en organdí. Son flores de un día. Lánguidas, se suicidan por la tarde, dejándose caer, como Hero, como Melibea. Tapizan el empedrado. No es adecuado aplastarlas con las obesas llantas del auto. Se comprende que preferirían morir bajo la gastada herradura de esos coches de caballos, tan columpiantes, de bandera también azul, que atrás, en la ciudad, miran desde lejos a los autos, con el complejo de inferioridad, y a cuyas posterioridades se suelen trepar los chicos sin que el eminente cochero se percate.

3. Otro paseo es el Agua Azul… Hay animales. Unos monos inconvenientes, que la madre Naturaleza no acabó de vestir, y que evidentemente reclaman dos parches. Ardillas, faisanes, tigres, hienas, pelícanos y una foca viuda, a quien la natación no ha logrado suprimir la papada. Allí iban a hacer un ejemplar parque zoológico, para el útil recreo de los turistas y la sana diversión de los tapatíos. Iban…

4. Más hacia acá está el barrio de San Juan de Dios. Junto al mercado, que tiene un aire de familia con las escuelas que construyó Vasconcelos —tezontle, arco y amenaza de derrumbe —, hay dos teatros-carpas en funciones —30 centavos la tanda—. ¿Qué no hará la bella Lulú en su beneficio? Esa noche era su beneficio. ¿Qué hizo?

La Bella Lulú, lo recuerdo muy bien, trabajaba en México. Cuando yo pertenecía al Teatro de Ulises, todos los actores eran tan extravagantes, que después de cenar en Los Monotes, iban, y yo con ellos, a las carpas. Allí la conocí. Pero entonces no hacía lo que ahora. De veras, demasiado.

5. En la plaza principal y en la casa del señor Zuno, los árboles están guarecidos por bastoneras de hierro. Pero como nadie usa bastón ni paraguas, enmohecen vírgenes.

No se usa paraguas porque no llueve. En cambio, truena de repente, muy fuerte, muy largo. Uno o varios rayos atraviesan el cielo falto de nubes, y van a hundirse en una de las torres de catedral, como en un caño.

6. Otra de las actividades diurnas de Guadalajara es comprar dulces. Hay un portal lleno de ellos. Como las tabaquerías, aun más estrechos que ellas, estos puestos tienen dentro una señora e infinitos trozos de dulces de colores; principalmente trozos de alfajor, confites, dulces de leche, jericallas, arrayanes y fruta cubierta: naranjas, camotes, biznagas, tejocotes, xoconoxtles, peras, duraznos, chabacanos. Hay también frágiles cajitas de madera con nombres y colores alegres; unas con vidrio y otras de petate, que venden llenas de confites. Su modo de pesar los dulces es conmovedor. Las señoras poseen una balanza que suspenden con una mano mientras con la otra colocan las pesas en un platillo y los dulces en el otro. Y como uno quiere otro kilo, quitan las pesas y llenan el otro platillo de dulces, hasta el equilibrio.

Los rancheros, me dicen, compran aquí sus dulces para las novias. De ahí los nombres en las cajas. Yo no encontré los que buscaba. No hay casi más que Adelaida, Porfiria, Rosaura, Carlota. Y no se llama así.

7. Es muy agradable andar en coche de caballos; rejuvenece. El cochero es entre menos esclavizado que el chofer, porque en lugar de usar su inteligencia usa la del caballo y saluda a sus conocidos. Va indistintamente por su derecha o por su izquierda, y para él todas son zonas de seguridad. No hay que abrir portezuelas y no ve uno la cabeza del cochero sino su torso, con el rasgo de *ñ* de su saco arrugado.

8. En ninguna parte que yo conozca hay más bicicletas que en Guadalajara, y hacen tal

ruido que no parecen bicicletas. Conservan aquellas desaparecidas bocinas cuya manipulación es tan semejante a las perillas de goma. En el fondo, Guadalajara es una ciudad llena de ruido, con más ruido que nueces.

9. Hay uno que otro gendarme técnico. Otros, los verdaderos gendarmes, andan disfrazados de pachás, de paño color kaki, y se mueren de sueño a las 8 de la noche, hora oficial.

10. Existe la librería y la casa de antigüedades de don Fortino Jaime, que está ahora enfermo de gripe. Muchos libros, obras truncas. De todas las cosas del siglo XVIII y del XIX. Compré un Gil y Zárate, un Zorrilla, el *Diccionario de la rima* de Peñalver, gracias al cual confeccioné tres sonetos con difíciles rimas, y el tomo segundo de la *Biblioteca* de Agüeros, que estoy completando tomo a tomo. Existe también la biblioteca de la ciudad con 80000 volúmenes. No ha habido dinero para la estantería. Y tenían obras muy buenas, pero aquel Ricardo Arenales, que fue director, se la regaló a unos sudamericanos que lo fueron a visitar.

11. San Pedro Tlaquepaque produce los adornos de las casas de huéspedes de México. Venden, también, con cierto misterio, *tapados.* Traje seis conmigo.

12. Las muchachas que conocí son realmente muy lindas, muy simpáticas, muy desinteresadas. Tocan generalmente el piano. Así *la Muñeca* y Sabinita su prima, que han tocado para la transmisora de radio, y a quienes gusta mucho *Roses of Picardy* y *Fumando espero.*

FINAL. En los pueblos de Jalisco no ha pasado de moda el *balloon.*

Revista de Revistas, año XVIII, núm. 938, 22 de abril de 1928, p. 23

CÓMO SE FUNDÓ Y QUÉ SIGNIFICA EL TEATRO DE ULISES

Una conferencia preliminar

SEÑORAS y señores:

Hace algunos meses que en este mismo lugar dirigí unas cuantas palabras a un grupo de personas que, al venir aquí, abrigaban la intención de presenciar obras modernas de teatro extranjero. Alucinado como ellas, yo había preparado una erudita conferencia que iba de Victor Hugo a Franz Werfel. Pero no pude pronunciarla. Lleno de impaciencia, Alfredo Gómez de la Vega me estaba picando las costillas. Apenas, si no recuerdo mal, pude señalar algunas lacras del teatro que estamos habituados a ver en México, citar la primera representación de *La dama de las camelias,* abominar de las candilejas y, antes de retirarme, predecir los que llamé teatros menores, que deberían tenderse como un puente para que el gusto del público pasase, del año en que se encuentra detenido, al siglo que nos ha visto nacer. Jacobo Dalevuelta se ocupó de aquella palisada mía. Se comentó vagamente la idea y no se llegó a hacer nada práctico. Pero ya se había sembrado la prolífica semilla de la duda. Flotaba una pregunta en el aire. ¿Se pretende hacer teatro mexicano? La respuesta se presentaba en seguida. Hay muchas obras mexicanas inéditas. Desentendiéndonos de tal vaporosa pregunta, o

mejor, de tan razonable respuesta, afirmaremos que no es el problema hacer teatro mexicano, sino teatro en términos generales. Al hombre brillante y augusto a quien se le ocurrió confeccionar cigarrillos, no pensó primero en los cigarrillos egipcios allí donde le podían satisfacer los equivalentes de los Monarcas. Quiso fumar. De la misma manera, la gente quiere divertirse. Y antes que imponerle el cigarro de hoja, ¿por qué no advertirle de que puede comprar Melachrinos por el mismo precio? Resultará beneficiado el fumador y escarmentado, para bien de su producción, el fabricante de los cigarrillos desagradables.

Este grupo de Ulises —pasando a otro asunto— fue en su principio un grupo de personas ociosas. Nadie duda, hoy día, de la súbita utilidad del ocio. Había un pintor, Agustín Lazo, cuyas obras no le gustaban a nadie. Un estudiante de filosofía, Samuel Ramos, a quien no le gustaba el maestro Caso. Un prosista y poeta, Gilberto Owen, cuyas producciones eran una cosa rarísima, y un joven crítico que todo lo encontraba mal y que se llama Xavier Villaurrutia. En largas tardes, sin nada mexicano que leer, hablaban de libros extranjeros. Fue así como les vino la idea de publicar una pequeña revista de crítica y curiosidad. Luego, ya de noche, emprendían ese camino que todos hemos recorrido tantas veces y que va, por la calle de Bolívar, desde el Teatro Lírico por el Iris, mira melancólico hacia el Fábregas, sigue hasta el Principal, no tiene alientos para llegar al Arbeu y, ya en su tranvía, pasa por el Ideal. Nada que ver. La diaria decepción de no encontrar una parte en qué divertirse. Así, les vino la idea de formar un pequeño teatro privado, de la misma manera que, a falta de un salón de conciertos o de un buen cabaret, todos nos llevamos un disco de vez en cuando para nuestra victrola.

El destino, que en todo está, hizo que se encontraran en su camino a la señora Antonieta Rivas. Ella, que una vez quiso estudiar para linotipista, que ha viajado por todo el mundo, que nada y monta a caballo, que ha emprendido cursos de filosofía y de idiomas, ofreció en seguida su práctico y bien demostrado entusiasmo. Se empezó el trabajo. Unas cuantas semanas después, 50 personas podían asistir a la primera representación de lo que van ustedes a ver esta noche. Vinieron después *Ligados* y *Orfeo*, como en el programa de estas tres funciones, representados también en privado.

Como dije antes, y deseo insistir sobre ello, el primitivo grupo de ociosos que constituyeron la revista de *Ulises* primero y la intención del teatro después, no pensó jamás en llevar a la escena pública la intimidad de los juegos dramáticos que ocuparían sus frecuentes ocios. Yo he creído siempre que unas personas deben decir las cosas convenientes, pero que no deben hacerlas, por respeto propio, ya que alabar una cosa y hacerla después ruboriza la dignidad, aparte de que hace correr el riesgo del comentario desfavorable a la bondad de lo que se predicó tan bien y se hizo tan mal. Esta consideración demuestra lo envidiable que es ser legislador. Lo natural hubiera sido la formación de numerosos núcleos de aficionados inteligentes y flexibles, de buen carácter, pacientes y estudiosos, que se sometieran sin reparo a la dura disciplina de un dictador tan sabio y entusiasta que supervisara desde la contracción de una mano hasta el ruido del telón al levantarse; desde el maquillaje de una frente hasta la menor pausa en el diálogo. Que dispusiera de tantas personas para las partes que no tuviera que realizar el milagro chino de torturar dentro de un papel a una persona que no había nacido para desempeñarlo tan sólo porque no había otra que lo hiciera. Muchos grupos de esta especie ideal, aunque no tuvieran relación mutua, y mejor si no la tenían, obrarían pronto el

deseado milagro.

En lugar de lo cual hemos tenido que conformarnos con las 10, cuando mucho, personas del teatro de Ulises, que sin ambiciones ni miras profesionales han aceptado colaborar en comedias que forzosamente hubieron de tener una limitación de personajes y de posibilidades que es la del muy reducido grupo. Dentro de lo mejor, lo posible. No es, ni con mucho, lo que quisiera ofrecerse. De este O'Neill de quien damos *Welded* con cuánto gusto haríamos *Lazarus Laughed o Strange Interlude, Anna Christie* o *The Hairy Ape*.

Porque lo que tratamos de hacer es enterar al público mexicano de obras extranjeras que los empresarios locales no se atreven a llevar a sus teatros, porque comprenden que no sería un negocio para ellos. Este viaje de Ulises, que deja en su pequeña casa el afecto de sus amigos, pocos y leales, y se aventura en público por la primera vez, tiene toda esa significación. Quiere ver si es cierto que la gente no iría a ver O'Neill porque se halla contenta con Linares Rivas. Todos nosotros hemos renunciado a la pequeña vanidad de nuestros nombres literarios para vestir, por una noche, la máscara un tanto grotesca del actor, del que finge por dinero, y a costa de ello, interviniendo en terrenos que no son ni serán nunca los nuestros, queremos, advirtiéndolo desde un principio, hacer comprender que nuestro objeto es sólo que se conozcan las obras que hemos consentido en representar. Que ustedes olviden que somos Villaurrutia, la señora Rivas o yo esos que van a ver llamarse Orfeo, Miguel Cape, Eleonora. Como quien dice, hemos pasado al pizarrón a demostrar el binomio de Newton. Que el profesor, el empresario, nos deje luego volver a nuestros pupitres y seguir observando; si lo hemos convencido, que llame luego a los que viven de eso y que éstos adelanten en el camino. Será si sucede nuestro mejor galardón.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 575, 17 de mayo de 1928, pp. 21, 62

PUNTO FINAL[*]

DESEO hacer saber, en primer lugar, que no volverá a presenciarme nadie en un escenario. Sentado esto, deseo concretar los resultados del Teatro de Ulises en su primera aventura callejera. Yo creí que, después de mi conferencia inicial, en la que me esforcé por explicar nuestros móviles: inducir al teatro profesional con repertorio moderno y olvidar, hasta donde fuera posible, nuestros nombres y nuestras personalidades, cierta gente habría entendido lo que se le dijo. Mi esperanza tenía por base que el público sí lo entendió; pero confirmo hoy que son cosa muy diferente las pobres personas que pagan sus asientos en los teatros y que van a ellos a divertirse, y los que no los pagan y al día siguiente escriben en los periódicos, como si encarnaran al destino y llevaran la voz del público, precisamente lo contrario de lo que el público opina.

El grupo Ulises ha contado, desde un principio, con amigos y con enemigos. De los primeros, Jacobo Dalevuelta, Carlos Noriega Hope, Alfonso Teja Zabre, Júbilo, han sido los más entusiastas. Otros amigos personales de alguno del grupo —Fígaro, González Peña, Monterde, Howard S. Phillips— han escrito también, ya veremos en qué sentido. Del otro

lado, encuéntranse las revistas de chantaje y miseria, de efímera vida política, refugio que son de estudiantes fracasados y de *sneaking hounds* vergonzosos. Éstos usan seudónimo para decir impudicias. Creen hacer humorismo cuando naufragan en el sucio elemento que les llena la boca y que brota a chorros de su pluma. Ya firmen *Sófocles* o *Mr. Hell*, porque padezcan el complejo de Edipo o porque añoren su hogar, se les reconoce como clase por mucho que tengan la precaución de ocultarse como individuos. De éstos no vale la pena ocuparse.

Recientemente Dalevuelta nos preguntó lo que opináramos de la crítica que nos ha sido hecha y lo dijimos sin ambages. Se creyó y se hizo creer a González Peña que yo lo aludía. Y aunque él se ha abstenido de manifestar públicamente su enojo, yo deseo expresar que ni lo tuve ni pude tenerlo en la mente al pensar en los que no conocen la leyenda de Orfeo, porque le encuentro y conversamos frecuentemente en la librería que a ambos nos surte. No puede él, pues, haberse puesto el saco, como tampoco les viene mi encono a don Federico, como director de la Academia, ni a José Joaquín del propio apellido, ni a Elizondo, personas todas cultísimas y a quienes estimo particularmente.

Pero como todo es fatal, sucedió que el jueves pasado Júbilo publicó en este semanario las opiniones de cuatro personas sobre el Teatro de Ulises y una de estas cuatro personas se puso el saco. Como es natural, yo no lo conozco, pues procede por seudónimos y no es cliente de librería alguna, ni tiene otros contactos con la cultura que lo acerquen a mí. Simplemente dogmatiza. Me di cuenta de su existencia una vez que para definir la farsa, dijo que había acudido al diccionario. Se trataba entonces de Julio Jiménez Rueda, quien, a lo que parece, ha instruido ya a dicho sujeto, que ahora le vive tan agradecido y respetuoso.

Contiene su respuesta dos párrafos. En el primero trata de enfriar, con un enorme desprecio, todo entusiasmo sobre el teatro de Ulises y asienta que angustia a sus miembros un incontenido anhelo de notoriedad. En el segundo párrafo, veladamente, discurre exactamente igual que los más bajos semanarios, recurso último, tempestad de movimientos, reacción animal ante un problema que le molesta porque no puede afrontarlo con la fría razón ni con la sólida cultura, y roza hipócritamente la divertida teoría de la sexualidad en la escena.

Un cerebro *sexual* es, seguramente, un defecto de transmisión hereditaria. Hay un lugar para cada cosa. ¡Qué bueno sería que Júbilo le indicara al señor que lea a Freud y que le advirtiera que, para su mayor comodidad, puede encontrarlo en español! Pero este segundo punto no me atañe. Ni está claro ni es para contestarlo públicamente, porque no es tema sino para quienes carecen de otra salida y reaccionan como las víboras y no como los hombres. Me quiero referir al cargo de sediento de publicidad que se me hace al englobarme en el Teatro de Ulises, y contestarlo, y contestar también el reproche de que “nos erigimos a nosotros mismos” en seres superiores.

Admitirá el señor que yo soy leído, si no por más, sí por mejores personas que él. Que he demostrado una cultura si inferior a otras, superior a la suya, y que mis cuatro o cinco libros significan un esfuerzo y una preparación más sólidas que las que exhiben sus crónicas. Que en mis palabras preliminares a las representaciones de Ulises confesé que me avergonzaba dejar de ser escritor, oficio que me enorgullece y que respeto, para ser, siquiera por un momento, un actor. Visto lo cual, ¿puede decirse que busque yo, con lo del Teatro de Ulises, un nombre que ya tengo y que no he establecido escupiendo veneno y envidia?

¿Tengo la culpa si la suerte me dio, en vez de un empleíllo en el ferrocarril y ocasión de

entrar gratis a los teatros, otros medios de vida, una mejor educación, y tiempo y sesos para leer libros, a fin de no tener que recurrir al diccionario a consultar el significado de la palabra farsa, y un nombre sonoro que me evita el buscarme, para ser leído, un seudónimo ridículo?

Por lo demás, claro que cada quien se erige en lo que puede y va creándose, con lo que escribe y lo que hace, la atmósfera de que es capaz. Algunos, con lo que trabajamos, tratamos de "erigirnos a nosotros mismos" en personas cultas. Otros logran erigirse a sí propios en idiotas, por medio de lo que escriben. La inversión es en este caso imposible. Yo puedo parecerle a dicho señor un idiota: pero, por más que haga, él no podrá parecerme jamás una persona inteligente.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 579, 11 de junio de 1928, pp. 9, 56

---

[*] Aunque Salvador Novo pone aquí un "punto final", creemos que la polémica al margen del Teatro de Ulises seguirá, bien en estas columnas, bien en las de otros periódicos, teniendo nosotros la satisfacción de haber estrujado un poco la indiferencia del público hacia todas las manifestaciones artísticas hechas en México —¿hasta cuándo seremos siquiera un poco nacionalistas, fuera de comentar a nuestros toreros y nuestros aviadores?— con la publicación de opiniones y comentarios, de tirios y troyanos, relativos a ese teatro.

Como es menester, si alguno de los aquí mencionados por Salvador Novo quiere responder en forma correcta, le ofrecemos nuestras columnas de la misma manera que hoy hacemos con nuestro amigo y colaborador. [Nota de *El Universal Ilustrado*.]

NOTAS DE LITERATURA MODERNA

ES COSA reciente el interés que la literatura francesa, en todo tiempo suficiente a sí propia y contenta de su hermetismo, demuestra por traducir y enterarse de las demás, y muy principalmente de la norteamericana, más levemente de la inglesa, un poco por la española y otro tanto por la italiana. No es de creer que todo literato francés vocifere contra sus antecedentes, como hace León Daudet en la serie de sus *Ecrivains et Artistes,* ni que como Sulfate (Paul) de Souday use contra ellos, sin resultado, de un dudoso humorismo, mejor, en cierto grado, *chez* Raphael Cor en su estudio acerca de Proust *(Un romancier de la Vertu et un peintre du Vice).* Es más probable que, como Aragón en su *Traité du Style,* la generalidad de los escritores de Francia se hayan cansado ya de esos discos demasiado frecuentemente tocados que hacen exclamar a Aragón: “paréceme buena ocasión de decir que toda alusión a este poema *[el Bateau Ivre* de Rimbaud], es la más segura credencial de vulgaridad” (p. 63). Que, como nosotros, se hallen ya fatigados, por extraño reflejo, de los incesantes viajes de Paul Morand, de sus eternas conversaciones sobre sus asuetos: *“depuis mon plus jeune age j’ai pris en horreur les individus qui vous racontent lears vacances”.* La razón, cualquiera que sea, es evidentemente plausible. Existen en Francia muy buenos literatos, pero los hay también en otros países. Y si bien todo el mundo lee francés, como los franceses no leen otras lenguas, si para los autores extranjeros traducidos el caso no es muy trascendental, sí lo será, en seguida y a la larga, para los franceses.

Los demás países se han portado mejor desde hace ya tiempo. Descontados, naturalmente, los de habla española, en que es suceso punto menos que inaudito el de publicar una traducción de una buena obra extranjera (si se exceptúan los dos tomos de Proust —*Por el camino de Swann, A la sombra de las muchachas en flor*—, que ha publicado Calpe en su ya desprestigiada colección de *Contemporáneos, La muerte en Venecia,* de Thomas Mann, los cuentistas húngaros de la propia serie, ¿qué otra obra de importancia se ha traducido en España? No hablemos, por supuesto, del señor Broutá, persona que lo es tanto y que ha destazado —¡con su permiso!— a Shaw, sirviéndonoslo lleno de olés y redieces), hace ya tiempo que en los Estados Unidos donde obtienen mejores productos de sus obras Morand, Cocteau y Giraudoux, por ejemplo, por derechos de libros o por colaboraciones en revistas. De suerte que hay, ahora que se traduce y se gusta a Sherwood Anderson, a Carl Van Vechten, a Ernest Hemingway, a Aldous Huxley, a John Dos Passos en Francia (y en la *Revista de Occidente* “después”, naturalmente), algo como una cortesía levemente correspondida. Ya que ellos lo reclaman así, si consideramos a André Gide como el primer escritor de Francia, nos es ya accesible en ese inglés del cual él ha traducido *Typhoon,* de Joseph Conrad, *L’Offrande Lyrique* y *Amal et la lettre du Roi* de Tagore, *Antoine et Cleopatre,* de Shakespeare y *Le Mariage du Ciel et de l’Enfer* de Blake, en las bellas ediciones de Alfred A. Knopf, que ha publicado *Strait is the Gate, Lafcadio’s Adventures* (curioso nombre impuesto a *Les Caves du Vatican),* y *The Counterfeiters* en traducciones de Dorothy, Bussy, y su Dostoiewski. No es fácil que se le vaya a traducir todo. Los norteamericanos cuidan mucho de su salud, y así como *Ulysses, Les Chants de Malderor* y en su tiempo *La Garçonne* (!), tuvieron prohibida la entrada, tendrán seguramente prohibida la traducción *L’Inmoraliste, Corydon* y… *Si le grain*

ne meurt (ni qué decir que Gilles y Víctor de Deberly seguirán, para el público norteamericano, náufragos e ignorados). Las ediciones americanas de Gide, como de cualquier otro autor nacional o extranjero, no son numeradas. Se ignora en América el *vieux* Japon, la *couverture bleue* y las *papeteries* de Rives. Pero son todos los ejemplares uniformemente bellos, lujosos, cómodos y, sobre todo, empastados. Valey Larbaud, tan entusiasta por Samuel Butler, que no contento con traducir *Erewhon* y *Ainsi, va toute* Chair le cita aun en el prólogo a los sonetos de Shakespeare, se complace en prologar a Unamuno, no traducido por Cassou y Pomés, en traducir a Gabriel Miró y a Gómez de la Serna, en prologar la edición francesa de la *Visión de Anáhuac;* en dirigir, en fin, con grande celo, un saludable estudio de españoles e ingleses que le parecen importantes. Y no es, por cierto, la conservadora *Nouvelle Française* quien más se interesa por este movimiento de intercambio. Mucho más que ella, la casa Kra contribuye a él con la publicación de sus *Panoramas de las literaturas contemporáneas,* malos, pero útiles, y de los cuales van ya publicados la francesa, por Bernard Fay; la inglesa, por René Lalou; la alemana, por Felix Bertaux, y la italiana, por Benjamín Crémieux, el entusiasta traductor de Pirandello, que está publicando su teatro bajo el título *Masques Nus,* en la *NRF,* y sus cuentos en la casa Kra.

Le ayuda G. de Laverriére, como suplementan la labor hispanizante de Jean Cassou, Noemi Larthe, Marcelle Auclair, Miomandre Falgairolle, Marcel Carayon, traductor de Pérez de Ayala, y como Víctor Llona, J. Sabouraud, Ludmila Savitzky y Eugéne Jolas traducen “del americano” (!) y del inglés. Completa la casa Kra su labor con la publicación, más lenta que la de los Panoramas, de antologías especiales. Diole principio con la *Anthologie de la Nouvelle Poesie Française* y la de prosa que se parecen hasta en el formato —por rara casualidad— a esa tan discutida que firmó aquí Jorge Cuesta. Y siguió, muy desgraciadamente, con una absurda e imperfecta *Antología de poesía norteamericana moderna* cometida por Eugéne Jolas, en la cual se hace caber a más de cien poetas, por orden alfabético de muy disímbolo valor, mal traducidos y peor, y escasísimamente presentados.

Sería imposible registrar el copioso homenaje que han hecho a Proust los países de lengua inglesa. Baste consignar que el número que le dedicó en 1923 la *Nouvelle Revue Française* y que acaba de reimprimir bajo el título *Les Cahiers Marcel Proust, I,* habían aparecido antes en Inglaterra, y remitir al curioso a la detallada bibliografía que da Leon Pierre Quint en las páginas 89-99 de su reciente *Comment travaillait Proust*.

Revista de Revistas, año XVIII, núm. 957, 2 de septiembre de 1928, p. 10

MUTILACIÓN Y PEQUEÑEZ DE LOS NOMBRES SEUDÓNIMOS

A QUIEN hojee por descuido alguna antología mexicana, una historia de nuestra literatura, una breve reseña de nuestras letras, no escapará que, a diferencia de las demás que conozca, los abundantes nombres llevan casi siempre un doble apellido. Si, llevados por la mano generosa del nuevo Colón de Taxco, interrogamos el retrato de doble cuerpo que ostenta su parroquia, descubriremos un largo Ruiz de Alarcón y Mendoza añadido a un literato que insistimos en

apropiarnos, que los críticos se empeñan en glorificar, que la vida decidió conformar pequeño y defectuoso y a quien los López, Quevedos y Figueroas complaciéronse en molestar por todo ello.

No es, por cierto, el único caso (Cervantes de Salazar, Sigüenza y Góngora, González de Eslava, Saavedra Guzmán). Sólo que parto de él porque han sido otros dos mexicanos de largo nombre —que no Fernández-Guerra y Orbe con su cita convencionalmente aclarada del Laurel de Apolo: "De México (y no Taxco) la fama…"— Monterde García Icazbalceta y Montes de Oca —que no el obispo— quienes revelaran, como una placa tomada por las hojas, aquel arcaico sitio, cuna de quien la dio a nuestras letras, a la pública y suspendida admiración de quienes usen la carretera México-Acapulco.

¿Derivará, pues, nuestro afán por los dobles apellidos de los muchos que gustó de acumularse el autor de *Ganar amigos*, como inversamente se nos quiere echar la culpa de su "medio tono"? Porque me parece probado que no hay, en la continuidad de nuestra historia literaria, espécimen de corta estatura que no ostente un doble apellido, como si se quisiera prolongar, empinándose, sobre unos interiores tacones como los que disfruta en la vida y en el arte el genio dramático de Alfredo Gómez de la Vega.

Tomemos dos ejemplos: 1) Martín Luis Guzmán. 2) Ermilo Abreu Gómez. Ambos son pequeñitos; ambos son literatos y no se discute que sean mexicanos. Claro es que existen excepciones, y me vienen a las mientes dos de iguales medidas y cualidades: Alfonso Reyes y Rafael Lozano. Cosas tan chicas y de tan breves nombres que parecen, al observador superficial, echar por tierra mi teoría. Pero el uno ¡ay! mandado fuera de este México suyo en que "*on lisait jadis dans les ateliers*", por tanto tiempo que mucho temo que otra literatura de las muchas sobre que sabe y escribe nos lo dispute y ya no me sirva su nombre como excepcional punto de referencia. Y el otro metido a redactar los anuncios de un cine céntrico, labor ideográfica de menos literaria apariencia que la de publicar *Prisma*, mientras que Martín Luis Guzmán nos demuestra todos los domingos, contándonoslo, que no se le ha olvidado lo que todo el mundo sabe de memoria, y Ermilo Abreu Gómez encuentra que "este que ves engaño colorido" es el primer endecasílabo de un hermoso soneto de Sor Juana Inés de la Cruz, monja mexicana. Y ahí está Julio Jiménez Rueda, breve autor, para reforzar mi teoría, y Mariano Silva y Aceves más Agustín Loera y Chávez que no me dejarán mentir, todos ellos auténtica y legítimamente mexicanos. Para esta sección de la pequeña literatura mexicana, la razón del doble apellido puede ser muy bien la que asistía a Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Pero existe otra igualmente importante, población literaria de estatura común y corriente que no ha menester de apellidos para crecer y que, no obstante, los usa dobles: Enrique Fernández Ledesma, Ignacio Rodríguez Galván, Miguel Martínez Rendón, Ramón López Velarde, Manuel Puga y Acal, Victoriano Salado Álvarez, Artemio de Valle Arizpe, Carlos González Peña, Ignacio Barajas Lozano, Manuel Maples Arce, Luis Castillo Ledón, José de J. Núñez y Domínguez, Manuel Gutiérrez Nájera, Carlos Noriega Hope, Samuel Ruiz Cabañas, Joaquín Ramírez Cabañas, Joaquín Méndez Rivas, Luis Rosado Vega, Antonio Mediz Bolio, Francisco González León, Francisco González Guerrero, Luciano Joublanc Rivas, Enrique González Martínez, Jaime Torres Bodet, Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza Alcalá, Carlos Pellicer Cámara, Horacio Zúñiga y Miranda, Erasmo Castellanos Quinto, en el orden que tienen en mi personal memoria.

Hay que hacer, sin embargo, la justa aclaración de que, de la Independencia para acá, han disminuido un tanto los nombres, y que cualquiera de los autores aquí mencionados es más pequeño que don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, Salvador Quevedo y Zubieta o José Joaquín Fernández de Lizardi.

Numerosa y normal como es esta población literaria, ¿a qué obedece la multiplicidad monótona de sus apellidos? En la escuela, como se recordará, le pasan a uno lista con todos sus nombres. Se habitúa el oído del grupo a aquellos largos sones y cuando el estudiante escribe sus primeros poemas y los somete a la admiración de sus condiscípulos, firma, por costumbre y por miedo a no ser reconocido, con sus dos apellidos legales. Por otra parte, si no lo hiciera así, correría el frecuente peligro de ser confundido con otro señor, ya que tenemos la desgracia de que sean los López, los Fernández, los Torres, los Gutiérrez, los nombres de la mayor parte de nuestras familias y los Juanes, Josés y Migueles, los únicos nombres que la reducida fantasía de nuestros padrinos de bautizo supo implantarnos.

Circunstancia que explica asimismo la asombrosa fecundidad de nuestros autores literarios. Un nombre vulgar es difícil de retener y popularizar. Se necesita de cualidades excepcionales de poeta, como en el caso de González Martínez, o de tres obras y una larga vida como *La Intervención y el Imperio*, de Salado Álvarez. Cuando se goza de un nombre excepcional como el de Julio Torri o el de Jorge Enciso, se tendrá fama continental de literato o de pintor aunque nunca se haya pintado un cuadro o escrito dos libros. Y como éste es el caso excepcional, tiene que acudirse a combinar inteligentemente los dos apellidos a fin de atenuar la vulgaridad del resultado y, en último caso, acogerse al seudónimo que produzca la cultura del individuo. Así, por 1921, fue la moda buscarse nombres en las traducciones que Luis Ruiz Contreras hacía de las obras del todavía entonces admirado Anatole France y que publicaba a cómodo precio la editorial Renacimiento entre las de Martínez Sierra, Alberto Insúa y Emilio Carrere. Datan de entonces Silvestre Bonnard, Jerome Coignard, Jacques Tournechobre, que han perdurado, y algún otro intento de rescate nominal que se ha perdido. Aunque no en el presente caso, como los mexicanos somos afectos a tirar la piedra y esconder la mano, abundan los seudónimos y los anagramas en nuestra historia literaria: véase, si no, la clave que de muchos de ellos consigna don Juan B. Iguíñiz en su *Bibliografía de novelistas mexicanos*, y, para ir más lejos, los números del *Diario de México*, selva de seudónimos, o la *Antología del Centenario*, que también los registra nutridos. En los últimos lustros, muertos ya *el duque Job* y *el Nigromante*, *Fidel*, *Micrós*, todavía es boga omitir el nombre verosímil en los periódicos. Obedece a veces el hecho a un nombre inconfesable, como Febronio, o a una seguridad de ser reconocido a pesar del disfraz —huye, pero al huir, procura que la vean— como en el caso de Catalina d’Erzell o en el de Próspero Mirador, Luis G. Nullá y Ricardo Sepúlveda, o sea Rafael Heliodoro Valle.

Y bien, ¿no sería mejor que un seudónimo la alteración lógica del nombre verdadero, su reducción, su alargamiento, en vista de las condiciones especiales del sujeto en cuestión? Piense cada uno en los cambios que puede hacer a su nombre. Examine con leal minuciosidad su conciencia, hurgue en su obra y busque la correspondencia con su nombre. Trate —lo conseguirá sin duda alguna— de poner a tono su vida con su obra. Le asiste un divino derecho. Y yo lo creo, porque, por ejemplo, Rafael Heliodoro Valle, si bien no podría firmar Rafael Valle sin despersonalizarse, ni Heliodoro Valle porque todavía son dos nombres, sí bastaría

que calzara sus escritos con las cuatro sílabas clásicas del olvidado autor del *Teógenes y Cariclea*. Porque en cuanto oyera uno el nombre Heliodoro, ya sabría de lo que era cuestión.

Revista de Revistas, año XVIII, núm. 959, 16 de septiembre de 1928, p. 36

ESTANTERÍA[*]

NOTICIA. UNA NUEVA SECCIÓN HEBDOMADARIA

El director de esta revista me ha encargado en ella de una nueva sección, fija, en la que se registren, con fines de vulgarización, noticias bibliográficas extranjeras y nacionales, reseñas de teatro y, en general, todo dato importante de cultura contemporánea que encaje en la índole informativa de *El Universal Ilustrado.*

Juzgo que esta sección es urgentemente necesaria. De algún tiempo a esta parte se hace a la gente mexicana el cargo de que "no lee" y se acude a la explicación de que "no sabe qué leer" o no encuentra en las librerías los importantes libros que la satisfarán. Y este desaliento libresco se debe en mi concepto a dos causas: A) Las secciones bibliográficas en México se hallan a cargo de personas unilaterales; *a)* que desprecian y combaten a ojos cerrados cuanto no toque a su generación, y *b)* que prodigan desmesuradas alabanzas a obras que no han leído, pero de cuyos autores son amigos, y que se empeñan por difundir y consagrar una producción que, como la sudamericana, parécese tanto al parto de los montes. B) Las personas que en México pasan por ultracultas se refugian en revistas de alto precio y escriben en ellas tan elevadas críticas del libro que acaban de leer, que el simple mortal se considera insuficiente y renuncia a comprar lo que le han dicho que su pequeña inteligencia no alcanzará.

No hay, sin embargo, situación más injusta para el que siente deseos de leer y compra lo que se le recomienda, para su ulterior decepción, o carece de lo que gustaría porque no sabe qué será. En otros países el "servicio de prensa", pagado por los editores, mantiene al corriente de las novedades que los críticos profesionales juzgan independientemente. Esta sección tendrá —sin el dinero de los editores, naturalmente— de lo uno y de lo otro. Ruego a los escritores mexicanos cuyas obras nuevas escapen a mi noticia oportuna se dignen enviarlas a esta sección, y les prometo una justicia que no ha de estorbar una posible amistad.

VIAJEROS

Se encuentran en México, huéspedes de la Universidad Nacional, los profesores Paul Hazard y Américo Castro, quienes darán conferencias sobre sus literaturas nacionales. M. Paul Hazard, cuya especialidad es el periodo romántico de la literatura francesa, ha escrito una historia de ella en colaboración con Joseph Bédier y la *Vie de Stendhal,* decimoprimer volumen de las Vidas de Hombres Ilustres que con creciente éxito está publicando la *Nouvelle Revue Française.* Américo Castro, filólogo, ha escrito la más completa y mejor documentada obra de crítica cervantina, *El pensamiento de Cervantes,* que dedica a Ramón Menéndez Pidal, como parte del homenaje que se rindió al maestro de la erudición española en su vigésimo quinto

año de profesorado universitario. La obra de Américo Castro se publicó como anexo de la *Revista de Filología* con posterioridad a los tres volúmenes del *Homenaje a M. Pidal*. Débense a Américo Castro interesantes prólogos a los tomos de Clásicos Castellanos de La Lectura —particularmente el que lleva el teatro de *Tirso de Molina* (segundo de la colección), y una *Vida de Lope de Vega,* en colaboración con Hugo Alberto Rennert, documentada y presentada como suele—.

LIBROS ESPAÑOLES

Don Pedro Sáinz Rodríguez, autor de la *Introducción al estudio de la literatura mística en España* —Premio Nacional de Literatura, 1925-1926— inicia la publicación de nutridos tomos de Clásicos Olvidados de la Literatura Española con las obras de Juan Álvarez Gato, Álvaro Cubillo de Aragón y Bartolomé J. Gallardo. Seguirán, de acuerdo con el programa, obras maestras cuya reimpresión es indispensable; entre ellas el *Corbacho* del Arcipreste de Talavera, de que sólo disfrutan los miembros más viejos de la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

El tomo 86 de los Clásicos Castellanos de La Lectura *(Juan de Valdés, Diálogo de la lengua,* edición y notas de José F. Montesinos), compensa la decepción de los últimos anteriores, consagrados a Saavedra Fajardo, a don Juan Valera, a la fragmentación en tres del volumen *El rey Rodrigo en la literatura,* de Menéndez Pidal, y a Feijoo. Ya se sabe que en absolutamente todas las partes en que se expendan libros —posiblemente hasta en las librerías de don Antonio Caso— se encuentran *Teatros críticos* y *Repúblicas literarias,* que seducen, por su aspecto mohoso, a los bibliófilos improvisados; pero que no ameritan un lugar en colecciones que pretenden a la seriedad y a la rareza como don Juan Valera no puede en justicia colocarse a la vera de Juan de Valdés. Del *Diálogo de la lengua* existe otra edición asequible con “prólogo de J. Moreno Villa”, publicada por Calleja en 1919.

Las ediciones de La Lectura se enriquecen igualmente con la *Flor nueva de romances viejos,* que Menéndez Pidal dedica a su hija Jimena, “Antígona de mi ceguera transitoria”, que le llevó a sacar del olvido el mamotreto de romances que ahora publica, y en que los agrupa de una nueva y justa manera, distinta de la tradicional que impuso Menéndez y Pelayo, no ya por cronologías; por “alientos”. Así los siete infantes de Lara, que le deben nueva vida, se incluyen en la serie de Romances de venganza. Don Ramón Menéndez Pidal se cree asistido por el mismo derecho que Timoneda para modificar, alterar, los versos del Romancero. Así, la versión que nos da del conde Arnaldos es diversa de las que conocíamos no porque se haya descubierto ejemplar alguno con nuevas variantes, sino, confesadamente, por mano del compilador, que en el caso presente es un poeta que se ignoraba a sí mismo como tal. En próximo número me ocuparé en los romances tradicionales que el autor señala como popularizados en México.

Publicado por la *Revista de Occidente,* nos llega un hermoso libro de versos, *Romancero gitano* (1924-1927), por Federico García Lorca, que sigue de cerca a las *Canciones* (1921-1924), publicadas el año pasado por la imprenta Sur de Málaga como primer suplemento a la

revista *Litoral*, versos de la más pura tradición española, dichos de la más elegante y noble manera.

De José Bergamín —recuérdese *El cohete y la estrella*, ediciones de Índice—, *Enemigo de huye*, farsa fáustica con alusiones freudianas, en la Biblioteca Nueva de Madrid.

TRADUCCIONES

Al francés, en la *Nouvelle Revue Française*, *Cinquante Mille Dollars*, de Ernest Hemingway, que, aunque vive en París, escribe acerca de los americanos, y *Manhattan Transfer*, obra que consagró en su país a John Dos Passos. Quien, ahora en Rusia, desea volver a México dentro de unos meses.

Al español, la *Guía para la mujer inteligente al socialismo*, etc., de G. Bernard Shaw, apenas aparecida en mayo; *Jerónimo, 60´ latitud norte*, de Maurice Bedel, publicada por la NRF en enero de este año, y la vida de *Disraeli* por André Maurois, de la serie de Vidas de Hombres Ilustres, a que pertenece el *Stendhal* de M. Paul Hazard.

De autores mexicanos se prepara la versión inglesa de *Los de abajo*, de Mariano Azuela, por el licenciado Enrique Munguía, Jr., y también la alemana.

LIBROS MEXICANOS

J. M. Puig Casauranc.—*Juárez, una interpretación humana*, tirada aparte del prólogo al primer tomo de *Archivos privados de don Benito Juárez y don Pedro Santacilia*, publicado por la Secretaría de Educación. Ilustran el interesante y novedoso estudio del doctor Puig Casauranc numerosas láminas de obras y revistas de la época de la Reforma.

Genaro Estrada.—*Crucero*. Poemas. Editorial Cvltvra. Tirada de 500 ejemplares numerados y fuera de comercio, con una litografía al *offset* y cinco dibujos de Maroto.

Xavier Villaurrutia.—*Dama de corazones*, con cuatro dibujos del autor. Ediciones de Ulises. Tirada de 500 ejemplares, de los cuales los marcados A a D contienen un dibujo original.

Gilberto Owen.—*Novela como nube*. Ediciones de Ulises. Tirada de 500 ejemplares.

Samuel Ramos.—*Hipótesis* (ensayos filosóficos). Ediciones de Ulises. Contiene el estudio sobre Antonio Caso que originó el folleto *Ramos y yo*, ensayo de valorización personal de este último, más una réplica de Ramos, inédita y de importante lectura.

Por último, la geografía ha seguido excitando nuestra producción. Los recuerdos de su visita a España han engendrado en Miguel Alessio Robles un libro de artículos y conferencias y en Manuel Gómez Morín, otro, *España fiel*, con dibujos de Maroto. (Así Schwob, *Profondeurs de l'Espagne* [Grasset], Waldo Krank, *España virgen*, traducida por León Felipe [Camino] y Jacques de Lacretelle, *Lettres Espagnoles [NRF]*, parecen probar que España tiene

sobre los extranjeros una virtud estimulante que sólo sobre ellos ejerce.) Y los recuerdos de su visita a la menos lejana región de Taxco han hecho concebir a Manuel Horta y a Francisco Monterde sendos pequeños libros, de que ya se ha tratado en esta revista.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 593, 20 de septiembre de 1928, pp. 27, 59, 70

PROUSTIANA

Acaban de llegar a las librerías dos nuevos volúmenes dedicados a la obra de Marcelo Proust *(Les Cahiers Marcel Proust,* NRF 2 y 3). El primero de ellos, impreso en agosto de 1927, llegó aquí hace unos meses y es reimpresión del número especial que la *Nouvelle Revue Française* dedicó al escritor dos meses después de su muerte (18 de noviembre de 1922), en enero de 1923, con la apresurada contribución, esencial sin embargo, que pudo reunir Jacques Riviere de los 59 escritores que integran el homenaje. Se agrega ahora, único texto inédito, una carta de Proust comentada por la duquesa de Chermont-Tonerre, grande amiga del escritor. Cuarenta y siete autores franceses, entre los cuales parece extraño no encontrar a Leon Pierre-Quint, autor posterior de dos excelentes estudios sobre Proust *(Marcel Proust, sa Vie, son Oeuvre,* Kra, 1925; —*Comment Travaillait Proust. Bibliographie, Variantes, Lettres de Proust,* Aux editions des Cahiers Libres, 1928), y 12 extranjeros, cuatro de ellos contribuyentes del *English Tribute* (noviembre de 1923) recopilado por C. Scott Moncrieff (Londres, Chatto and Windus), Stephen Hudson, Francis Birell, Logan Pearsall Smith y Joseph Conrad (m. en 1924). Robert Ernst Curtius, cuyo *Marcel Proust* ha traducido en este año Armand Pierhal (Les editions de la Revue Nouvelle). Ortega y Gasset, Emilio Cecchi, Christian Rimestad, Algot Ruhe y Ellen Fitzgerald forman la contribución de los demás países. De este homenaje parte propiamente la posterior crítica proustiana, no publicada aún entonces toda la obra, cuyo último volumen, *Le Temps Retrouve, II,* se acabó de imprimir el 12 de diciembre de 1927. Apenas si había triunfado totalmente *Du Coté de Chez Swann.* Así, aunque algunos estudios —entre ellos el de Curtius— no han disminuido de valor, los más se ven obligados a la anécdota o a la disección de lo entonces conocido, si bien es Proust el ejemplo, único acaso, de una imperturbable unidad.

Estos *Cahiers Marcel Proust* llevan todos una breve nota el primero, los otros dos hasta ahora publicados un prefacio, de Ramón Fernández, quien los dirige. Ramón Fernández es mexicano, hijo o nieto de un personaje político del porfirismo, a quien la Revolución arrojó de México para bien de las letras francesas. M. Ramón Fernández no habla ni escribe el español, como Santayana, español, escribe y piensa únicamente en inglés. El segundo volumen de los *Cahiers Marcel Proust* es un repertorio de los personajes de *A la Recherche du Temps Perdu,* preparado por Charles Daudet, semejante al que publicaron hace 40 años M. M. Cerfberr y Christophe de la *Comedie Humaine* de Balzac. Por orden alfabético, los nombres de los personajes remiten por iniciales de volúmenes a las páginas en que Proust ha narrado los hechos que unas breves palabras condensan. El tercero contiene trozos escogidos de toda la obra de Proust. Se anuncia un cuarto volumen, *Au bal avec Marcel Proust,* por la princesa Bibesco (¿recordáis que estuvo en México hace unos cuantos años?). Igualmente preparan

estudios sobre Proust, Leon Pierre-Quint, *Le Comique et le Mystère Chez P.* (Kra), Jacques Emile-Blanche y Henri Massis.

Mencionemos en fin el estudio de Benjamin Crémieux en *XX*e *Siècle* (NRF, 1924) y el hermoso volumen que le dedican las Ediciones del Capitolio (dic. de 1926) en la serie de sus *Contemporáneos* (Maurras, Gide, Valéry, Proust, Daudet y Claudel), con estudios de Colette —un breve prefacio—, P. Quint, René Groos, Faure Boguet, René Fernándat, Crémieux, Pierre Godmé, Marie Jeanne Durry y Gerard de Catalogne, con facsímiles, retratos inéditos e ilustraciones en acuarela de André Szekely de Doba y L. Caillaud.

MEXICANA

L'Amerique-Latine, en sus números de 10 y 17 de junio, publica dos artículos sobre la vida hispanoamericana en París, en los que se ocupa particularmente de México. En uno trata sobre los artistas latinoamericanos y está firmado por Francisco Pompey, y el otro, escrito por Georges-Henri Riviera, vuelve a referirse a la Exposición de Artes Antiguas de América que tuvo lugar en el pabellón Marsan del Louvre. *Le Petit Journal* publica en folletín diario una novela de tema mexicano titulada *Le Dictateur de Puebla,* de Lucien de Vissec. Este mes aparecieron en París dos obras sobre México: el volumen de la *Geografía Universal* de P. Vidal de la Blanche dedicado a México y a la América Central y escrito por Max Sorre, y la obra de don Antonio de León y Gama titulada *Description de la Ville de Mexico Avant et Depuis l'Arrivée des Conquerants Espagnols.*

LIBROS VIEJOS

En los puestos de libros que han invadido ahora la ciudad suele hallarse todavía uno que otro bueno, a precio cómodo. Yo he adquirido en uno de ellos la *Inundación castálida* de Sor Juana Inés de la Cruz —1689— en tres pesos; los *Viajes de orden suprema* de Guillermo Prieto en 2.50; la edición mexicana de las poesías de Heredia (Toluca, 1832, dos vols.) en 30 centavos, y la primera edición de la *Afrodita* de Pierre Louys, ejemplar número 108 (Mercure de France, 1896) en un peso 50 centavos. En un puesto cuya ubicación no me conviene mencionar, dan a 80 centavos los volúmenes de la Modern Library, cuyo precio, impreso en el *jacket,* es de 90 centavos oro americano y que la American Book vende a $2.50. La procedencia de estos volúmenes me parece obvia. Pero ¿no es cierto, bibliófilos mexicanos, que este sistema no tiene nada de raro?

Apenas entro en una biblioteca, los libros me vuelven la espalda. (Roberto Montenegro.)

LIBROS NUEVOS

Jean Cocteau, *Le Mystere Laic*, París, Éditions des Quatre Chemins.

Ha muerto ayer Isadora Duncan. Este drama presenta más de una relación con el orden de cosas que nos preocupa. Exige una complicidad demasiado estrecha entre un crapuloso pequeño coche de carreras y un chal a franjas, para no despertar nuestras sospechas. Este chal detestaba a la víctima. Yo lo he visto a menudo prenderse a las puertas de los ascensores, de los bares, atorarse en las ramas.

Distingo bien el interés del chal: estrangular a Isadora y reservarle esta muerte de Jocasta predicha por la Duse. ¿Pero el del coche? Ahora bien, a última hora se anuncia la adquisición de este automóvil por un coleccionista americano.

P. S.—Se anuncia después la compra del chal. Quizá han encontrado los objetos criminales el medio de reunirse.

Las gentes exigen que se les explique la poesía. Ignoran que la poesía es un mundo cerrado en el que se recibe muy poco y en que aun acontece que no se reciba del todo.

Victor Hugo era un loco que se creía Victor Hugo.

Una cosa permitida no puede ser pura.

En cuanto un alumno sale de la clase, dícese que se recrea.

El humanista inhumano.

Me volví bruscamente. Un hermoso joven atravesaba una plaza vacía en bicicleta, vía libre. Iba todo desnudo y llevaba un sombrero melón. Era Mercurio.

Un hombre profundamente distraído sería aquel que dijera: Figuraos, he encontrado esta mañana… y que describiera una máquina que todavía no existe.

Salía yo del *Ladrón de Bagdad, film* de mal gusto, con máquinas (entre otras un encantador tapete-volador). Una señora: “No me gusta esto. Me gustaban más *Los tres mosqueteros*. Al menos, aquello sucedió”.

Límites en el misterio.

Orfeo. Yo hacía el papel de Heurtebise.

Una espectadora soporta el caballo, la muerte, los guantes de la muerte, el hecho de que la muerte salga del espejo. Pero en el momento en que Orfeo entra en el espejo, ella se indigna. “¡Ah, eso no!”, grita en voz muy alta.

Algunas estatuas griegas llevan vidrios ahumados para que el sol no acabe de cegarles.

Un generoso americano habla de ofrecer miembros articulados a las estatuas griegas del Louvre.

El origen de los paisajes amueblados debe ser alguna película cómica americana. Quizás aquella en que los acreedores se llevan una casa desarmable alrededor de los propietarios, que se desayunan.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 594, 27 de septiembre de 1928, p. 49

PERIPECIAS DE ANDRÉ GIDE EN MÉXICO

M. PAUL HAZARD ha dado una conferencia sobre la novela francesa moderna en el Anfiteatro de la Preparatoria, una de sus últimas, bien concurridas conferencias. Deploro muchísimo no haber asistido, pero sé que se limitó a hablar de los vivos, lo cual le salvó de tocar a France, le llevó a hablar de Paul Bourget, y, en excepción imprescindible, de Proust. Apenas si Soupalt, Crevel, Bloch, merecieron leve mención. Ignoro si hablaría de Roger Martin du Gard; y cuando André Gide compareció, evocado por M. Hazard, como un culpable, nocivo corruptor de menores, el numeroso público sancionó sus reproches con nutridísimos aplausos.

El hecho es un tanto insólito. A menos de creer en una súbita, momentánea solidaridad con el orador adverso a Gide —un público tiende siempre a seguir rutas de adversidad—, ¿se niega a Gide allí donde no se le conoce? ¿O es que a las conferencias de M. Hazard iban no estudiantes mexicanos, sino alumnas de colegios franceses, devotas lectoras de Guy de Chantepleure?

Es fácil y simple palpar la difusión que éste, el primer escritor vivo de Francia, tenga entre el público no profesionalmente literario de México. En 1920 Jaime Torres Bodet tradujo y publicó, en los cuadernos mensuales de Cultura, una selección de los *Pretextes* y *Noveaux Pretextes* de Gide. Un poco más tarde llegó en español la traducción de *La Porte Etroite* en aquellas ediciones de Calleja que ofrecieron también traducciones de G. K. Chesterton. En *El Convivio* de Costa Rica se publicó una traducción del *In Memoriam (Oscar Wilde)* de Gide. Y no hay, que yo sepa, nada más en español (X. V. y J. T. B. tienen lista una *Antología* de Gide).

El público que sólo conozca estas tres obras no tiene por qué escandalizarse. Ellas le darán, en el orden en que las he citado, evidencia de las facultades críticas y de la inteligencia de Gide, el placer de un relato *diferente* de los Barbusses y Huysmanes que por entonces Blasco Ibáñez facilitaba al mismo público lector de traducciones y un juicio hasta un poco severo sobre el C. 33, que en nada parece justificar el mote de corruptor de menores. El desconcierto del público que lee francés empieza un poco con la lectura de *L'Immoraliste* en aquellas ediciones del *Mercure de France* en que consumíamos nuestro Verhaeren, nuestro Duhamel, nuestro James, nuestro Paul Fort, nuestro Samain, nuestro Maeterlinck. Ediciones que Gide abandonó bien pronto, después de sólo cinco libros, para ofrecernos una posterior

obra asombrosa, por lo múltiple como por lo diversa y profunda, en la NRF que él ayudó a fomentar con sus recursos.

Tan pronto llegaba a nuestras librerías una deliciosa *sotie, Les Caves du Vatican*, como unas líricas *Nourritures Terrestres*, unos *Souvenirs de la Cour d'Assises* como una traducción de Tagore, Shakespeare, Conrad, un magistral Dostoiewski cuya influencia iba a advertirse más tarde en la que él considera como su única novela, *Les Faux Monnayeurs*. O bien daría Gide lecciones de *oficio* en el diario de *Los monederos falsos*. Nada encuentro hasta aquí de nocivo para una mente normal. Contra la influencia demoniaca que se le acusa de ejercer, Gide no procura, no desearía para sus lectores otra cosa que una realización, que una maduración personal *("maintenant jette mon livre, Nathanael…")*. No *recibe*. No contesta los millares de cartas que le llegan de todo el mundo. No lee los libros que le envían. Vende cerrado el *Anti-Coridón…* Nada hay que pueda parecerse menos a un sectarismo deliberado.

Y sin embargo su influencia en la literatura toda de nuestros días es innegable y profunda. Se le rinden homenajes, se le traduce, se le imita, prodúcense antologías de su obra. Poco importa que un Massis, que un Béraud, se encarnicen contra quien los ignora; que un Paul Souday no logre, con sus mediocres reparos a las que llama *corydonneries* de nuestro autor, sino recibir en cambio las flechas del más fino humorismo. Los jóvenes lo respetan y lo siguen porque fue él, antes que Proust, quien rompiera la tradición de anatema que, si en el caso de un Rousseau, de un Montaigne, no había ahogado la sinceridad pura del instinto, había impedido en cambio a los novelistas del siglo XIX, fuera de leves y borrosos retratos como el M. Vautrin, el Rubempré, la ridícula anécdota de Sarrasine de Balzac, el Baptiste de Zola en *La Curée*, la Venus barbuda que viene a tentar a San Antonio en Flaubert, la pintura de pasiones y vidas que un naturalismo unilateral situaba siempre, cuando se atrevía a hacerlo (Huysmans), en el más remoto pasado y con los más culpables colores; pasiones profundas, universales y humanas sin embargo, susceptibles de la más noble vida artística y que fue necesario que un Proust descubriera en el mendigo y en el príncipe, en el sastre y en el boticario, en el elevadorista, en el músico de pueblo, en el noble viejo y distinguido, en el *valet de chambre* y en el personal de la legación, para que una generación que había visto desmoronarse los valores del siglo XIX en esa liberación universal que fue la Gran Guerra, llevara por fin al terreno del arte.

En 1911 escribe Gide el *Corydón*, hace tirar 12 ejemplares y los guarda. Tira 21 más en 1920 y no se decide a lanzarlo al público sino cuatro años más tarde. Y sin embargo, la lectura de estos cuatro diálogos no es en realidad más peligrosa para un joven que la de *Fedro* o de *Simposio* que, gracias a Vasconcelos, circulan tan profusamente en México. No solamente no es una obra perversa, sino que resulta aburrida —y nada hay tan virtuoso como el tedio—. Gide ha ido a buscar en la historia, en la botánica, en la microbiología, argumentos a su favor. Y una vez decidido a presentarlos, tiembla aún, en el momento solemne que va, supone, a *lui faire le plus grand tort*. Gide es ya audaz en este libro, pero no es aún temerario. Hace reñido el diálogo. Impugna las acomodaticias traducciones que M. Leon Bazalgette ha hecho de Whitman. Llama a cuento a Alcibíades, a Aquiles, a Agesilas, a Sófocles, a Shakespeare… y no osa derivar conclusión alguna. Temerario va a serlo al escribir y publicar los tres tomos de sus memorias, *Si le Grain ne Meurt…* que en seguida retirará del mercado, para las cuales prohibirá el servicio de prensa y que hoy día constituyen en Francia misma una rareza bibliográfica de que sólo disfrutamos tres personas en México. Con todo ello, sus obras

diabólicas, si así se insiste en llamarlas, no han podido envenenar al público. Tanto Gide como Paul Valéry gustan viciosamente de editarse en tiradas mínimas de muy alto precio, muchas veces suscritas antes de ver la luz. Así *Les Cahiers d'André Walter, Le Voyage d'Urien, Numquit et tu…* no existen duplicados en México.

No es, pues, cosa de combatir a Gide entre nosotros. Si *Un Homme et un Autre* de Henri Deberly merece de M. Paul Hazard una opinión peyorativa (supongo que juzgará parejamente Silbermann y *La Bonifas* de Lacretelle, *La Mort Difficile* de René Crevel y aun parte de la obra de Soupault, de Martin du Gard, de Drieu-La Rochelle), ¿qué pensaría el biógrafo de Stendhal si supiera los Trigos, los Insúas, los Hoyos y Vinent que todavía consumen nuestros jóvenes?

Gide responde totalmente a una nueva sensibilidad narcisista, profunda por tanto y libre del dudoso humorismo —duda burguesa, negación burguesa— que hace hoy insoportable a los jóvenes la lectura de aquel renaniano Taibault-France. Espíritu madurado en la cultura, escapa de ella como un fruto en sazón y busca realizar una vida que no va a la cultura, sino que ya vuelve de ella. Espíritu ondulante, cuya obra es diversa y sin plan a primera vista precisamente porque lo lleva donde una mirada superficial no pueda descubrirlo. No reconoceremos en la calle a ningún personaje de Gide. No hay un Père Goriot, no hay un Panneton de la Barge simplemente *descritos* que podamos reconocer como un hotel en vista de una ilustración de catálogo. La embriaguez que nos brinda Gide es la del místico que se contempla a sí mismo. Todos llevamos algo de Eduardo y de Lafcadio y somos al mismo tiempo Nathanael y André Walter.

De aquí el imperecedero encanto de este autor que no escribe para ser leído, sino para ser releído. Releerlo es examinar nuestra propia conciencia; mejor diría nuestra subconciencia. Y ya sabéis que hay quien se niega a hacerlo porque, temeroso de ahogarse en las aguas del alma, prefiere suspenderse en la seguridad aparente de un chaleco romántico.

ANTOLOGÍAS

Les Écrivains Réunis publica una antología de la poesía italiana contemporánea compilada por Lionello Fiumi y Armand Henneuse. Ofrece el grueso volumen poemas de 43 autores todos ellos *posteriores* a D'Annunzio. Es decir que se le excluye —como a Carducci y Pascoli, naturalmente— en este cuadro que abarca exactamente un cuarto de siglo, 1903-1928. De *Alcyon* para atrás todo se suprime. Pártese de las *Armonías en gris y en silencio* de Govoni. Se incluye ampliamente el grupo de Marinetti (Buzzi, Palazzeschi, Folgore, D'Alba, Mazza), 1909, año del *futurismo* —¡ay, no muerto aún en ciertos poetas de México!— y el movimiento de la *Voce* de Prezzolini y de Robertis (1914-1916) agrupa en la *antología* a Ungaretti, Jahier, Saba, Moscardelli, Sbarbaro. *El avant-gardisme* conciliador de Fiumi —1913— cuyo órgano ferviente fue *la Diana* de Gherardo Marone en Nápoles agrupa a Moscardelli, Cervi, Venditti, Meriano, Titta Rosa, Ravegnani, Ciarlantini, Villaroel, Baganza, Valeri, Marta, Binaghi, a quienes se unen posteriormente D'Alba y el propio Govoni, de regreso del *futurismo.*

Finalmente la publicación de *Pur Sang* de Bontempelli que forma el grupo *900,* congrega a

Ada Negri, Sibilla Aleramo, Borgese, Lipparini, Novaro. Y Cardarelli, Bacchelli, Cecchi, Mastri, Gerace, encarnan la leve tendencia posguerrera a volver a los clásicos, en torno a la revista *La Ronda*.

De todo hay en la *Antología*. Buenos y malos poetas. Sibilla Aleramo es de las mejores poetisas. Séame permitido ofrecer una muestra suya:

Soy tan valerosa

Soy tan valerosa durante todo el día.
Comprendo, acepto, no lloro.
Se diría que aprendo el orgullo como si fuese un hombre.
Mas al primer estremecimiento violeta del cielo
desaparece todo mi valor del día.
Tú me suspiras desde lejos: "¡Noche, dulce noche que es mía!"
Me parece tener en los dedos la fatiga de toda la tierra.
No soy más que mirada, mirada vaga y venas ardientes.

Los hay también decididamente malos como Aldo Palezzeschi:

La fuente enferma

Clof, clop, cloc - cloffeté - cloppeté - choqueté
ckchcckhckh - y en - el patio - la pobre - fuente - enferma.
¡Qué dolor - oírla - toser! Tose - tose - un poco - se calla - tose más -.
Mi pobre - fuente - el mal - que sufres me aprieta - el corazón -
Cesa - no arroja - ya nada - se calla - no se oye - ruido
quizá - quizá - ha muerto?

Y basta. Todo ello escrito en un largo chorizo cuyos nudos he sustituido por guiones en la traducción.

LIBROS MEXICANOS

Salvador Novo.—*Return ticket*. Edición del autor impresa en Cvltvra. Tirada de 500 ejemplares numerados como sigue: 10 ejemplares A a J en estuches de piel con un documento original del viaje cada uno de ellos, $10.00 (suscritos, 490 ejemplares numerados del 41 a 500, con estuche en forma de valija, $4.00 ejemplar. Sin estuche, $2.00).

Eusebio de la Cueva.—*El libro de los dos poemas*.—Imprenta Cuevas. Monterrey, MCMXXVIII, $1.50 ejemplar.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 595, 4 de octubre de 1928, pp. 8, 49

A LA NUEVA GENERACIÓN

La lectura de un reciente estudio sobre la literatura mexicana actual, con las citas usuales, las clasificaciones sabidas, las opiniones de siempre, me ha puesto a meditar si no existe ya, digna de atención, una nueva generación de escritores que no sea aquella a que pertenezco y a la cual se viene llamando "de los jóvenes" desde hace más de seis años —tiempo más que sobrado para que hasta las calabazas maduren, endurezcan y, por tanto, dejen de ser tiernas—. El hecho mismo de que un escritor de la nueva generación tenga ya recuerdos que hacer indica que, aparte de aquello que recuerda, hay otra cosa de que no se percata; es ésta una actitud senil; yo me resisto a envejecer, sin embargo, y procuro palpar lo verdaderamente presente, y, en alarde de adolescencia final, alegrarme con las posibilidades futuras que trasluce la obra incipiente de aquellos jóvenes que no son todavía tomados en cuenta. Me refiero a Luciano Kubil, a Miguel N. Lira, a Baltasar Dromundo, a Octavio N. Bustamante. Advierto en ellos valiosísimas cualidades; la primera, no han sido románticos nunca. Luego no tienen grupo ni revista. Tocóles en suerte llegar después que una administración arbitraria echara mano de los jóvenes para convertirlos, ahogándolos como tales, en empleados, y han seguido estudiando mientras cultivan las letras como un lujo improductivo y no como un medio de ser estimados en el presupuesto. Condición perfecta del verdadero escritor, que, en un país en que un libro produce gastos, vive de otra cosa, y puede purificar su afición de toda conveniencia gregaria.

Advierto en ellos, igualmente, varios peligros: el iberoamericanismo-socialismo, el estridentismo (que casi se ha vuelto la misma cosa), y cierta clase de cultura cronológica que todo escritor que empieza se cree en la obligación de adquirir. (¡Cuándo se ignorará totalmente a Bourget!) Yo ignoro si estos jóvenes se habrán convencido ya de lo vana que es la palabra solidaridad latinoamericana. Si les habrá bastado con las muestras numerosas de gentes absurdas que nos llegan proclamándola y se quedan a molestarnos indefinidamente. Con todos esos estudiantes revoltosos que han expulsado de sus clases y de sus países por alguna razón de peso y que creyendo que México es un *insane assylum* acá se llegan, aunque pronto cambien de opinión y se dediquen, especialistas como son en publicidad, a dársela a costa nuestra. No, jóvenes amigos. No hay que confundir con éstos los verdaderos valores de la América del Sur, que no andan saliendo de su casa porque en ella hacen su obra como nosotros acá la nuestra; reconoced que un verdadero valor de cultura deviene propiedad internacional y no enarbola sino la bandera del mundo, y no tiene necesidad de proclamas ni poemas murales. Libraos del grito indoamericano. Sed egoístas; pensadlo bien y veréis cómo en el fondo no os importa un bledo el Ayacucho. Ni seáis, en lo artístico, rusos. Ya véis cómo esa decantada epopeya no ha producido sino argumentos para Barrymore y para Diego Rivera; eso nos es tan extraño como la toma de la Bastilla; ignorémoslo, ya que no podemos sentirlo, y no andemos haciendo comparaciones con la Revolución mexicana, que es muy otra cosa.

El estridentismo y la cultura cronológica, intensos peligros, pueden resultaros nocivos en el sentido de que os harán hablar complicadamente. Si os llenáis de postizos, ¿cómo queréis que se os reconozca en la calle? Ni convirtáis vuestro cerebro en una casa de citas ni comparéis el firmamento con vuestras necesidades personales. El estridentismo fue un grito, o un eco de un grito. ¿Para qué? El joven no grita para demostrar que lo es. El joven se ríe, se

alegra, danza, juega. Gritan dos especímenes opuestos: el salvaje y el que se ha vuelto loco de civilización. Ninguno de estos dos es el caso. Mirad hacia los Estados Unidos. Como nosotros, carecen de tradición literaria. Su novela empieza, como la nuestra, el siglo pasado; su poesía también. La diferencia es que el dumasismo y el walterscottismo que dio origen a su novela han sido totalmente olvidados y no se hallará lazo alguno, visible ni oculto, entre los de este siglo y los del otro. Entre nosotros tampoco, es cierto. Pero mientras nosotros renegamos de *El sol de mayo,* de *El fistol del diablo,* de *Los bandidos de Río Frío,* abandonamos descorazonados todo esfuerzo por trazar una nueva novela mexicana y nos engolfamos en falsos relatos a la Proust.

Ahora bien, Proust encaja perfectamente en Francia. Stendhal, Balzac, Zola, France, Proust son estaciones sucesivas y necesarias en el camino perfecto de la novela, de la prosa francesa. Pero no podemos tomarlos como modelos a seguir. Los Estados Unidos no lo han hecho y nos les parecemos en la virginidad literaria mucho más de lo que sospechamos. La actitud natural de un joven moderno es el buen humor. Todo invita hoy a la alegría. Y este humor no se parecerá al de France, porque aquél no ponía en él sino su desencanto, mientras que los jóvenes derivarán en él la alegría de sus vidas nuevas.

Miguel N. Lira tiene publicado un hermoso libro de poemas mexicanos, *La guayaba,* en el que no se reparó. Ni es mi papel buscarle defectos, influencias de López Velarde ni debilidades. Apunto su existencia. Paralelamente, la *Invitación al dancing,* de Octavio N. Bustamante, me parece un magnífico primer libro. De Kubli no conozco sino poemas sueltos y una peligrosa reputación de orador. Dromundo prepara, según creo, la edición de un libro de poemas revolucionarios. No puede opinarse *a priori;* pero yo, cuando menos, lo espero con interés.

SOBRE SOR JUANA

A partir de la *Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz,* que compuso Miss Dorothy Schons y publicó en español la Secretaría de Relaciones Exteriores, ha renacido entre nosotros el interés por estudiar la aún virgen obra de la monja jerónima, de quien Manuel Toussaint era hasta entonces el único admirador entusiasta. Éste publicó, primer tomo de una suspendida colección de Clásicos Mexicanos, uno de versos de ella, cuya amplitud le permitió incluir poemas poco publicados, como el *Labyrinto Endecasílabo,* que “léese tres veces, comenzando la lección por el principio o desde cualquiera de los dos órdenes de rayas” —admirable alarde de ingenio— y el *Romance,* que pinta la hermosa proporción de la señora condesa de Paredes con otra de cuidados, elegantes esdrújulos, que aún le remite desde México a Su Excelencia que la rancia crítica del siglo XIX había condenado a un injusto olvido. Esta última muestra, sobre todo, que don Marcelino Menéndez y Pelayo consideró burlonamente en su *Historia de la poesía hispanoamericana,* diciendo que aquellos “disparates” complacerían a más de un “vate modernista”. Así es, en efecto. Nos complacen, por más que no aceptemos la ridícula denominación de “vate”.

La seductora figura de la monja aficionó últimamente a Ermilo Abreu Gómez, trabajador

infatigable, al estudio de su obra. Es Ermilo un modelo de paciencia, perseverancia y buena voluntad. Ha cotejado todas las ediciones asequibles en los puntos que le interesan hasta ahora y ha podido ofrecer así la edición definitiva del *Primero sueño* de Sor Juana, un poco a la manera como Dámaso Alonso fijara el texto de *Las soledades* de Góngora, tan acusadas de oscuridad como el *Sueño* de nuestra monja. Estudia ahora y registra las variantes de la *Carta Athenagórica*. Esperemos que dentro de algún necesariamente largo tiempo llegue Abreu Gómez a darnos la edición definitiva de Sor Juana, cuya utilidad nos hemos contentado hasta ahora con encarecer sin darle principio.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 596, 11 de octubre de 1928, pp. 26, 61

PANAIT ISTRATI, *Mes Départs*, NRF, 1928.

"En los primeros días de enero de 1921 —dice Romain Rolland— me fue transmitida una carta […] de un desesperado que acababa de intentar el suicidio abriéndose un profundo corte en la garganta […] Leí la carta y comprendí que en ella se manifestaba la expresión tumultuosa de un genio."

Más tarde, bajo la tutela de Rolland, empezó a escribir, bien pronto en un francés irreprochable, sus tumultuosos recuerdos, que incluyen las *Narraciones de Adrián Zograffi*. Quienes gusten de la novela rusa y de las *Mil noches y una noche* hallarán ambos ingredientes en Panait Istrati. Sus primeros libros son ya asequibles en español. La casa Grasset empezó a publicarlos en Francia, pero bien pronto (¿por qué se le irán siempre a Grasset los autores —menos Paul Morand—? Recordad su más lamentable deserción: Proust, cuyo *Du Coté de Chez Swann*, edición Grasset, vale hoy, de tres francos y medio, precio inicial, 500, que la absorbente *Nouvelle Revue Française* adquirió, con derechos a perpetuidad) M. Gallimard lo incorporó a sus prósperas publicaciones.

En ellas aparece *Mes départs (NRF)* en que Istrati recomienda la narración de su infancia con ese don particular suyo de tornar imaginaria y fantástica la más vulgar y cruda realidad.

Armen Ohanian, *Dans la 6ee partie du Mende*, Grasset, 1928.

¿Recordáis aquella mujercita menuda, un tanto misteriosa que estuvo entre nosotros hace cinco años, casada con Macedonio Garza, que organizó un rarísimo ballet con vendedores de corbatas a la Istrati, en el teatro Iris, con un enorme saldo de rechiflas? Esa misma mujer, rusa por nacionalidad, vuelve de la URSS y nos da en este libro una visión de Rusia que, a la luz tierna de sus recuerdos familiares, gana por contraste con los múltiples fríos relatos de tantos turistas que nos cuentan *Ce qu'ils ont vu a Moscou*.

Jean Desbordes, *J'Adore*, con un prefacio de Cocteau, Grasset, 1928.

Es éste un nuevo Radiguet por la edad —tiene 22 años— y por la limitada admiración que le tributa Cocteau, buen publicista. No se le escatima la palabra "genio". Los anuncios de libros, ciertas crónicas exaltadas, el abrupto prefacio, nos conducen a su lectura con un

prejuicio favorable en unos, adverso en otros. En el fondo hay un escritor de talento con las cualidades que hoy se exigen, es muy joven; tiene un candor directo para narrarse, confesarse, gritar que le hacen falta y que le hacen sobra determinadas cosas del mundo; y carece de influencias. Nos cuenta Cocteau cómo este joven llegó a él, hace apenas un año, con un informe manuscrito, a decirle que, en su pueblo, le había entusiasmado un libro suyo. Cocteau cuidó de su domesticación, y ahora lo lanza a la literatura.

Lo cual ha indignado a Jacques Maritain.

Philippe Soupault, *Lautréamont*, Tendances, 1928.

Una vez más el prefacio de los *Chants de Maldoror* de Isidore Ducasse, conde de Lautréamont, reimpresos por Soupault junto con las poesías hace dos años. Desesperación irremediable de Soupault por no haber nacido a tiempo de ser el amigo que nunca tuvo Lautréamont. Confesión: “Sin embargo, yo fui un mueble en la estrecha cámara de Lautréamont”.

Jacques de Lacretelle, *D’une Colline,* Cahiers Libres, 1928.

Jacques de Lacretelle ha hecho el viaje a Bayrouth. Nos cuenta cómo son las casas de alojamientos, nos recomienda una, nos describe el teatro wagneriano, el pequeño bosque adjunto. Hay en estas breves páginas serenos juicios conciliadores sobre el espíritu alemán y, aunque no profundiza Lacretelle la cuestión misma de la música wagneriana, de que poco se ocupa, reconoce la necesidad de ir allá, siquiera una vez en la vida, a escuchar la devota y perfecta ejecución que sólo allí se logra de Wagner.

Roland Dorgeles, *Écrit sur l’herbe*, Cahiers Libres, 1928.

Unos cinco cuentos breves componen este tomo del autor de *La Croix des Bois*. Cuentos de vacaciones, escritos casi por deber y en los cuales se pintan recios tipos de campesinos.

Apollinaire, *Les Espingles,* C. L., 1928.

En la misma serie que venimos reseñando, con retrato, como los dos anteriores, dos cuentos inéditos del autor de *Calligrammes.*

Jean Giraudoux, *Marche vers Clermont*, C. L., 1928.

Giraudoux, que ha logrado por fin interesar al público de México que consume rápidamente, después de la traducción (Calpe) de su *Escuela de los indiferentes,* los pocos ejemplares de sus obras que traen los tímidos libreros, narra aquí, como en una oración fúnebre, un episodio personal de la Gran Guerra.

George Duhamel, *Entretien sur l’Esprit Européen,* C. L., 1928.

El viejo Duhamel reproduce una conferencia dicha a los maestros de Francia. Teme una muy próxima guerra entre Oriente y Occidente. Ha viajado. Quisiera borrar las fronteras europeas y unirse ante el peligro común y considerable del “hombre de color”. Francia,

Francia siempre. Un candoroso patriotismo cierra sus ojos hacia la América a que tanto debe Francia. Y ese mismo exaltado sentimiento le impide pensar en una fusión más universal de razas.

Paul Valéry, *Préface au Livre d'un Chinois Commerce*, XV, 1928.

¡Qué diferente y superior actitud la de Valéry frente al problema de la civilización oriental! No puede comentarse escrito alguno de Valéry. Habría que transcribirlo íntegro. Conmino al lector a convencerse de ello.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 597, 18 de octubre de 1928, pp. 46, 55

LIBROS SOBRE MÉXICO

Mexico and his Heritage, por Ernest Gruening, The Century Co., Nueva York. La historia de nuestro país narrada e interpretada de nuevo, discusiones de nuestra situación actual y recetas para componerla, dichas en tono patético, que nos es ya usual en esta clase de libros.

The Conquest of Moctezuma's Empire, por Andrew Lang, ilustrado por James Daugherty, Nueva York, Longmans, Green and Co., 1928.

La obra de Prescott se compendia en este libro, para uso de los niños de habla inglesa. Las hermosas ilustraciones de James Daugherty, que ha pasado algún tiempo en el estudio de los monumentos mayas, añaden nuevo encanto al fresco relato de Lang. Bello ejemplo para los autores mexicanos de libros de lectura escolar, que vienen pasándose de mano en mano viejo y pobre material, este de acudir a las fuentes más valiosas de la historia y de la leyenda y tratarlas de nuevo, acercándolas con inteligencia a la comprensión infantil.

México, por J. Gred Rippy, Guy Stevens y José Vasconcelos, The University of Chicago Press.

Como en 1926, año en que se publicaron igualmente dos volúmenes de las conferencias de la Fundación Harris *(Some Mexican Problems*, Herbert I.-Priestley y Moisés Sáenz.-Gamio y Vasconcelos), se publican ahora los puntos de vista de los tres autores mencionados sobre la situación de nuestro país.

LIBROS MEXICANOS

Luis Garrido, *Meditaciones de un idealista*, Cvltvra, 1928.

Constituyen el libro las cartas que un amigo del autor, al morir, le dejó. He aquí un regreso al amable estilo epistolar y "desyoizado", si se me permite el término, tan grato a los mejores autores de todos los tiempos. Luis Garrido cumple modesta y orgullosamente su intento y nos va mostrando calladamente sus ideas —sorprendentemente justas y bien documentadas—

sobre el teatro moderno. Un breve apéndice de divagaciones teatrales cierra el libro y resume sus ideas.

Alfonso Junco, *Fisonomías*, Nascimento, 1928.

Son artículos pequeños sobre grandes figuras previamente publicados en diarios.

Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, Madrid, 1928.

Un lector asiduo de *El Universal* no ha menester comprar este grueso libro de anécdotas revolucionarias, bien escritas. Sin embargo, ha llegado ya la segunda edición.

LIBROS EN PREPARACIÓN

Guillermo Jiménez, *Señales*.

Reunirá en él Guillermo Jiménez sus ágiles prosas dispersas en revistas de habla española sobre Valéry, Gómez Carrillo, Josephine Baker, Dolores del Río, don Artemio, etcétera.

B. Ortiz de Montellano, *Red*.

Esta *Red*, algunos de cuyos hilos asoman en este número de *El Universal Ilustrado*, captará prosas breves del previo autor de *Avidez*, *El trompo de siete colores* y la *Antología de cuentos mexicanos*.

LIBROS SUDAMERICANOS

Raúl Sosa, *Amiclas. Tragedia eleusina* (XLI Olimpiada), Le Libre Livre, París, 1928.

El libro está dedicado a Larreta. El autor tiene otro: *Hypsias* y va a publicar todavía más: *Judit y Syphax*, y prepara otro: *El extasis*, con diéresis en la i. A la advertencia le llama "Frente a los pórticos" y "como es un mundo extremadamente complejo, ruego al lector seguir introspectivo los hilvanes de mi prólogo". Vienen luego unas "coordinaciones de filología teúrgica" y un "lexidio" en que se explica qué cosa es hipetría, nictomántica, Muniquia, Bomis, palabras que el autor tiene prisa en usar en una acotación del primer acto, que dice: "Por la hipetría, el sol quiebra su estela en el espejo policromo del piso. La fuente nictomántica luce a resol". Y todo para hacer decir a Iphias: "¡Tú también a estas horas!" Myrrha: "Esperaba el cambio de los guardas…" Y más adelante, Dylas: "Me toca el turno en la Muniquia próxima". (Como a cualquier técnico.) Y Myrto: "Amiclas se acercó a mi edículo". Eunos: "Te confundió esa noche, no lo sabía". El Hylas: "No me gusta el resplandor de los fustes…" ¡Oh, clásicos, no siempre hacéis bien! (Ésta es ya exclamación personal mía.)

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 598, 25 de octubre de 1928, p. 35

FREUDIANA

The Neurotic Personality, por R. G. Gordon, M. D. Harcourt Brace, Nueva York, 1928.
Sigmund Freud, *The Future of an Illusion,* H. Liveright, N. Y., 1928.
S. Freud, *Ma Vie et la Psychanalyse,* *NRF,* París, 1928.
S. Freud, *El análisis profano y otros ensayos,* trad. Ballesteros y De Torres, *Obras completas* del profesor Freud, XII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1928.
La Psychanalyse et les Nouvelles Méthodes d'Investigation de l'Inconscient, por el doctor A. Marie, Flammarion, París, 1928.
Journal Psychanalytique d'une Petit Fille, *NRF,* París, 1928.
La histeria, por Ernst Kretschmer, *Revista de Occidente,* Madrid, 1928.
César Juarros, doctor, *Los horizontes de la psicoanálisis,* Mundo Latino, Madrid, 1928.

Esta breve lista de obras recientemente aparecidas en idiomas accesibles demuestra a las claras que a pesar del rabioso desdén con que la gente poco enterada suele mirar el psicoanálisis y sus implicaciones (actitud que —resistencia— no viene sino a comprobar, como lo nota Freud, la solidez de sus razonamientos) que encuentran ya no falso, sino fuera de moda antes de enterarse de él, su teoría, si bien en constante desarrollo, rectificación y crecimiento, sigue rindiendo sus mejores frutos en todas las actividades humanas, cuyas bases ha sujetado a revisión. No es la menor conquista del freudismo el haber interesado tan vivamente a la ciencia francesa que lo negaba en sus principios en tanto que, por extraño y paradójico contraste, su literatura posguerra no hacía sino acogerlo ávidamente y confirmarlo en sus mejores plumas. Es bien sabido el interés delirante con que los Estados Unidos acogieron el psicoanálisis y la gallarda libertad con que los norteamericanos se daban a desatar sus complejos. Lo cual explica un poco por la práctica protestante de no confesarse. La confesión de los países católicos, a que precede siempre un minucioso examen de conciencia, es ya, en cierto modo, el interrogatorio psicoanalítico, aunque falto de técnica y terminología. Nuestros países de lengua española contaron sin mayor entusiasmo, desde 1922, con buenas versiones de las obras del sabio vienés, debidas a Ballesteros y Torres, de las cuales fue la primera la *Psicopatología de la vida cotidiana,* con prólogo de Ortega y Gasset. La propia Biblioteca Nueva ha ido ofreciendo después hasta 12 tomos de las obras completas; y de la biblioteca de la *Revista de Occidente,* como era de esperarse, han salido versiones de Carlos Gustavo Jung *(Lo inconsciente),* de Haeberlin *(Fundamentos del psicoanálisis)* y ahora de Kretschmer, un estudio de más preciso campo.

En México cuenta el psicoanálisis con escasos cultivadores. Las tesis de los estudiantes de medicina repiten invariablemente el esdrújulo de una enfermedad para tratar la cual, a pesar de los infinitos complejos y fobias que engendra, nunca les ha ocurrido ayudarse de una terapéutica psicoanalítica. Entre ellas no se encuentra sino, áurea excepción, la del doctor Manuel Guevara Oropesa, intitulada *Psicoanálisis:* publicada en 1923 y que se ve forzada a admitir en los examinadores la bochornosa condición de una absoluta ignorancia de las nuevas teorías que el doctor Oropesa se ve en el caso de reexponer ante ellos. Después de lo cual no es muy extraño que la Universidad Nacional haya hecho venir a… Janet, que el licenciado don Ezequiel A. Chávez (traductor de un Titchener que todavía exigen ciertos profesores en su

clase de psicología) haya pronunciado su apología el 14 de agosto de 1925 y que al año siguiente el doctor Enrique O. Aragón haya dado a las prensas su versión del breve curso de Janet sobre Psicología de los sentimientos.

Pero este atraso psicoanalítico no debe desconsolarnos mucho. Hasta hace poco tiempo, Francia lo compartía con nosotros fuera de algunos hombres de ciencia y —repito— de la práctica a que lo llevaban, un tanto inconscientemente, sus novelistas. Las traducciones de Marie Bonaparte, que en los Documents Bleus de la *Nouvelle Revue Française* ha estado popularizando las obras de Freud *(Un Souvenir d'Enfance de Leonard de Vinci,* 1927) son cosa reciente. Todavía en Inglaterra el *Journal Psychanalytique d'une Petit Fille* mencionado antes y que ha merecido los más calurosos elogios de Freud, arrancó de lord Alfred Douglas el indignado juramento de *desterrar el psicoanálisis* de su país, en violenta campaña en pro de la *moral*. Como se recordará, lord Alfred Douglas, el amigo de Oscar Wilde, se ha preocupado siempre, a su manera, por la *moral*…

Y en último término será mejor que esperemos a saber más, antes de escribir esta clase de libros. No fueran a resultar los disparates oratorios del doctor Pierre Vachet, autor de un reciente recetario *Rèmede à la Vie Moderne* (Grasset, 1928) cuya ridícula *Inquietud sexual* nos fue infligida por la editorial Biblos de Madrid el año pasado, o como esos *Horizontes de la psicoanálisis* del pintoresco doctor César Juarros, autor de infinitos libros clasificados por él mismo en ramajes enciclopédicos.

En la imposibilidad material de reproducirlo, siquiera sea en extracto, recomiendo al lector la lectura del capítulo IV *(L'Influence du Freudisme sur la Littérature et l'Art)* de la obra del doctor A. Marie, citada antes, en donde encontrará amplia documentación y nutridos ejemplos de la deuda que tiene con Freud la literatura superior de nuestros días.

LIBROS SOBRE MÉXICO

Mexico, Past and Present, por George B. Winton, Nashville, The Cokesbury Press, 1928.

That Mexican!, por Robert N. McLean, Nueva York, Flemming H. Revell, 1928.

The Mexican Question, por William English Walling, Nueva York, Robins Press, 1927.

Mexico before the World, Public Documents and Addresses of Plutarco Elías Calles, traducido al español y editado por Robert Hammond Murray, Nueva York, Academy Press, 1927.

La cuestión religiosa en relación con la educación pública en México, por el doctor J. M. Puig Casauranc, México, 1928.

Las obras de Winton, McLean, English Walling, como las de Rippy, Gruening, mencionadas aquí el jueves último, no logran sino sumar volúmenes a los ya fatigosamente numerosos, vacíos, parciales, ciegos e incomprensivos de que constantemente se nutre la crédula mentalidad americana turista. Por un Carleton Beals que reside entre nosotros, por un honrado Herbert Ingram Priestley, por un Tannembaum, ¡cuánta otra percalina desperdiciada!

La obra que tradujo Hammond Murray es, como se sabe, recopilación de Esperanza Velázquez Bringas, cuya modesta labor olvida mencionar el traductor inglés. Gruening, que

revisa el libro en el *Saturday Review of Literature* del 20 de octubre, lo ignora; creo, dada su irreducible parcialidad, que, caso de saberlo, no encontraría "excelente" la selección de los discursos del presidente Calles.

El estudio sobre la cuestión religiosa en relación con la educación pública en México, del doctor Puig, es tirada aparte de un capítulo principal de la memoria analítico-crítica de la labor desarrollada por la Secretaría de Educación Pública durante la administración del señor presidente Plutarco Elías Calles. La ya fría cuestión religiosa, que era indispensable tocar en una memoria de la naturaleza minuciosa y documental de la que se imprime, aparece en estas páginas expuesta con la mayor imparcialidad. La inclusión de documentos irrefutables de toda especie lleva a la conclusión estrictamente lógica de que el propósito del Ejecutivo, realizado por sus secretarios de Estado, no fue nunca otro que el de cumplir y hacer cumplir estrictamente nuestras leyes.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 599, 1º. de noviembre de 1928, pp. 48, 54

A P. C. M.

Roger Martin du Gard, *Les Thibault*, *NRF* (1922-1928).

Quienes sólo de poco tiempo acá sigan la literatura francesa serán extraños a los primeros volúmenes de esta serie deliciosa, aparecidos en 1922: I, *Le Cahier Cris*. II, *Le Penitencier*. III-1, *La Belle Saison*. III-2, *La Belle Saison*, cuya continuación, aparecida este año, incluye dos volúmenes más. IV, *La Consultation* y V, *La Sorellina*. La *Nouvelle Revue Française* de noviembre ofrece algunos papeles póstumos de M. Thibault que integrarán algunos de los dos tomos más anunciados ya. *La Mort du Père* o *L'Aperflage* y entre tanto Roger Martin du Gard, que desde 1909 publicara *Devenir* en la *NRF* y *Jean Barois* en 1913, ofrece este año (mes de julio) *La Gonfle*, Garce Paysanne semejante en construcción al *Testament du Pere Leleu* que antecedió (1920) a su grande novela de *Lès Thibault*.

Recordemos a propósito de Martin du Gard las reflexiones que su obra suscita en Gide en las breves páginas del *Journal des Faux Monnayeurs:*

> Análoga a la de (Arnold) Bennet, admiro infinitamente la asiduidad de Martin du Gard. Pero no estoy seguro de que este sistema de notas y fichas que él preconiza hubiera podido serme de grande utilidad; la precisión misma del recuerdo… me cohibiría así. Me acojo a la paradoja wildeana: la naturaleza imita al arte; y la regla del artista debe ser no la de atenerse a las proposiciones de la naturaleza, sino de no proponerle nada que ella no pueda, que no deba imitar en seguida (pp. 34-35).

Y más adelante:

> Yo reprocharía a Martin du Gard el tono discursivo de su narración; paseándose así a lo largo de los años, su linterna de novelista alumbra siempre de frente los sucesos que considera y cada uno de ellos viene a su turno al primer plano; jamás se mezclan sus líneas y no hay sombras, pero tampoco perspectiva. Esto es lo que me cohíbe ya en Tolstoi. Pintan panoramas; el arte es hacer un cuadro. Estudiar *primero* el punto desde el cual ha de lanzarse la luz; todas las sombras dependen de ello. Cada figura reposa y se apoya en su sombra.

En el volumen que el Capitolio dedica a Gide, Roger Martin du Gard habla de su “influencia”. Hay que pensar que ella ha sido, en este caso, si existe, de la mejor clase, de aquella misma que Gide, en sus *Pretextos,* considera tan saludable. *Los monederos falsos,* dedicados *“en témoignage d’amitié profonde”* al autor de *Les Thibault,* tienen con éstos más de un personaje, más de una situación semejante. Y si Gide se decide a abandonarlos en la página 499 como quien cierra un círculo, mientras que Du Gard siente que los ama y quisiera prolongar su existencia hasta el infinito, todo ello, lejos de indicar inferioridad siquiera de técnica, no evidencia sino diversidad saludable de temperamentos. Llega el lector a amar a los personajes de Du Gard como no puede, por imprecisos, encariñarse con los de Gide. Ha visto crecer a los Thibault; ha sentido el plano distinto de la familia protestante de la admirable Mme. Fontanin y las del duro y viejo católico que es M. Thibault. De estas dos fuentes opuestas salen a una vida exterior los chicos que hemos de ver convertirse en médico el uno, el otro en novelista. Las pasiones y los odios infantiles, que han de transformarse, las primeras experiencias sexuales. Estas vidas de todos los días, con la nobleza que les presta la realidad y que apasionarán a todo lector que no busque lo sensacional y lo extraordinario como seguramente lo busca quien, no hace muchas semanas, revisaba en tono despectivo esta obra en el *Saturday Review of Literature* de Nueva York. La casa Porrúa tiene ahora unos cuantos ejemplares de *Les Thibault.*

Frank Harris, *Vida y confesiones de Oscar Wilde,* trad. Ricardo Baeza, Biblioteca Nueva, Madrid, 1928, 2 vols.

El infatigable propagador de Wilde que es Ricardo Baeza acaba de publicar, a una corta distancia de la traducción francesa, la suya española de la en su tiempo escandalosa vida de Wilde por Harris. Ofrece la obra, en esta forma, numerosos apéndices desconocidos del público de habla española, de los cuales son sin duda los más importantes, al lado de los *Recuerdos* de Shaw, el *In Memoriam* de André Gide y los trozos que muy atinadamente ha desglosado Baeza de las memorias del mismo y que nos muestran al joven Douglas en Argelia, por los días en que preparaba la tragedia final de su amigo, con todo el crudo aspecto de la verdadera personalidad que posteriormente ha negado. Por desgracia, estos sucesos, viejos y superados ya, nos interesan tan poco como la deslucida obra misma del superficial comediógrafo y novelista. Para la historia de la literatura, sin embargo, y, sobre todo, para la información, siempre retrasada en 15 años, de aspectos extranjeros en español, el esfuerzo de Baeza es digno de aplauso, si no en lo que atañe a sus opiniones, sí en cuanto toca a la acumulación de documentos sobre la obra de Wilde. Al registrar los índices bibliográficos saltan a la vista pequeñas omisiones fácilmente remediables en posterior estudio especial que pudiera emprender algún aficionado; se da por ejemplo, como única edición mexicana de Wilde, la traducción de *Intenciones* por Rebolledo, 1916, a la que se da por fecha 1917 y cuya casa editora, Porrúa, omite citar. Existen además, como es sabido, traducciones y ediciones mexicanas de *Salomé* (Cvltvra, 1917, E. R.) de los *Poemas en prosa* (Lectura Selecta, 1920) y del *Crimen de lord Arturo Savile* (Bouret). Omítese también la mención del número de *El Convivio* de Costa Rica (1919) que contiene el *In Memoriam* gidiano y varios poemas de Wilde. Habrá que recordar que las *Intenciones* debieron su primera versión castellana a Rebolledo y que México fue, oportunamente, tierra propicia a la obra wildeana.

Tan temprano como en 1899 se encuentran, en el número de febrero de la *Revista Moderna* de Valenzuela, un óleo de Julio Ruelas, retrato de Wilde, y una traducción en prosa de la *Balada de Reading Gaol* que firma D. H. Y Ricardo Gómez Robelo firma la traducción del *Selfish Giant* que aparece en el número de septiembre de 1906 de la *Revista Moderna*, p. 69.

René Laporte, *Le Guerisseur*, Grasset, París, 1928.

He aquí nada menos que la historia de un Niño Fidencio distinguido. Fourcade va por la calle. Un campesino le pregunta su nombre y le asegura que podrá curar a su hija loca. Fourcade va a verla; le oprime las manos, la mira fijamente y le dice: “Tú sanarás. El amor te necesita”. Y ella sana. Su fama crece. Los experimentos cunden y es ya capaz de sanar a distancia a los paralíticos de que tiene noticia. Le falla un sonámbulo, M. Tabarroul, cuya viuda acusa a Fourcade de haberlo matado. Va a jurado. Y en el instante del veredicto, Fourcade comunica al juez que va a curarle de un pequeño padecimiento secreto. Lo hace así y recupera una libertad que no halla cómo emplear. Se improvisa una ciudad enorme en derredor suyo; vienen a verlo desde los más lejanos países. Y Clotilde, la ex loca, está siempre a su lado.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 604, 6 de diciembre de 1928, p. 50

---

[*] A fin de evitar repeticiones, sólo en esta página se menciona el título de la sección que Novo publicó de septiembre a diciembre de 1928 y que abarca de ésta a la página 224.

DE LA PERSONALIDAD EN EL DRAMA

EL EXCELENTE libro de M. Ramón Fernández sobre la personalidad *(De la Personnalité,* Au Saus Parell, París, 1928) brinda a la crítica literaria insospechadas y riquísimas fuentes de rectificación, cuya mención, sola, rebasaría los límites de un artículo necesariamente conciso. La *intelligentsia* mexicana tiene sólo muy reciente y ligera noticia de este casi compatriota suyo que es Ramón Fernández, hijo de mexicanos, nacido en Francia, y a quien el auge de Marcel Proust nos ha revelado, de modo indirecto y casual, a través de los *Cahiers M. Proust* que dirige y en los cuales publica notas y prólogos singularmente interesantes. Y si la *intelligentsia* profesional mexicana no ha advertido sino este aspecto suyo, Fernández permanece ignorado, totalmente, por el gran público nuestro, del propio modo que lo era, hasta hace muy poco, George Santayana, español que escribe en inglés en España.

"Tratar de establecer correspondencias entre nuestra vida interior y el orden que la sociedad nos inflige —dice Ramón Fernández— es plantear el problema de la personalidad. No hay nada más urgente ni más digno de la atención del filósofo." Empero, la filosofía no ofrece soluciones concretas: escapa y deriva —escepticismo, pragmatismo— por definiciones generales que no resuelven ningún angustioso caso particular. Decepcionado, Fernández huye a la poesía, primero, y luego al drama, en el que espera hallar no resuelto, siquiera planteado, el conflicto entre la persona que se es y el personaje que para los demás se representa. "Todo individuo está REPRESENTADO ya por sí mismo, ya por los demás. Ya queremos imponer a otro una representación de sí mismo, ya obremos, por piedad o por vanidad, conforme a la idea que se tiene de nosotros, ya nos refugiemos en una imagen como el enfermo en su mal, se llega siempre a constatar que existen tantas personalidades como representaciones diferentes: ser es ser percibido."

Nadie más propicio en Europa —y, en ese fugacísimo momento, en el mundo— que Pirandello para hurgar en sus obras, que tan complicados problemas psicológicos parecían plantear, en busca de mayores datos sobre los mismos. No hace mucho tiempo que el solo anuncio de que Américo Castro expondría en el anfiteatro de la preparatoria un paralelo entre el *Quijote* y los *Seis personajes* congregara a una muchedumbre de curiosos cuyo principal interés no era tanto el oír hablar de Cervantes, sobre el cual se creían suficientemente documentados, sino el de aprovechar una ocasión para enterarse de la ideología y de los métodos de aquel discutidísimo dramaturgo cuyo nombre diera coherencia a un grupo de aficionados locales a la producción teatral. El innegable brillo de la "primera vista" en Pirandello atrajo también, en su tiempo, a Fernández. Su talento encontró bien pronto, sin embargo, que el autor siciliano carece de la trascendencia psicológica que, como casos generales, verdaderamente humanos, de conflicto dramático "posible", parecían entrañar sus personajes. Pirandello nutre a la opinión pública con la sofística idea de que los casos morbosos son deformaciones reveladoras de los casos normales. Pero suprímase la locura de la suegra y del yerno en Cosi e Vero y los incidentes de la tragedia se convierten en episodios de la farsa. En cierta conferencia sobre el teatro moderno me ocurrió comparar el conflicto pirandeliano de personajes a un trozo de papel roto y desunido tortuosamente, que se tratase de ajustar deliberadamente al revés. Ambos pedazos son del mismo papel; si se acomodan

como es debido, el conflicto desaparece. Los dramas de Pirandello nos conmueven no por la revelación de algo íntimo y esencial que hallamos en la tragedia griega, sino por las "circunstancias" con que tan hábilmente se arregla a fin de impedir que sus personajes se pongan de acuerdo. No niega ni complica una personalidad de que, en el fondo, carecen éstos: niega simplemente la posibilidad de una experiencia objetiva indispensable para determinar la personalidad, puesto que ésta no puede existir sino en función de sí mismo y de los demás, mediante el cómodo expediente de impedir aquella experiencia. Si la locura del rey Lear nos conmueve es por las simpatías que nos inspiran las muy humanas desgracias del viejo. Pero el *Enrique IV* de Pirandello nos impresiona como un accidente sin relación necesaria con la experiencia humana: su demencia es una causa, no una consecuencia. El rey Lear se vuelve loco justamente porque era normal, y su locura termina el drama. Enrique IV y el señor Pozza se vuelven locos para hacer posible una pieza teatral y para que Pirandello demuestre al público que no tiene razón para creerse normal.

Reducida a su justo mérito, la obra de Pirandello quedará siempre como un acabado modelo de agilidad teatral en la que no hay por qué buscar trascendencia. Dejemos a Fernández en su búsqueda filosófica, siempre en autores europeos, y séame permitido afirmar que existe un dramaturgo moderno en que no reparó nuestro escritor, poco conocido fuera de su vasto país, que se nutre de su propia cultura, y que une, a una técnica teatral moderna muy superior a la de Pirandello, la exposición cada vez más perfecta de aquel conflicto entre la persona y el personaje que Fernández desesperó de hallar en el drama moderno. Me refiero al norteamericano Eugene O'Neill, ignorado del público mexicano si no es por la muy limitada muestra de su teatro que, con el nombre de *Atados,* presentó hace unos meses en el Fábregas un grupo de amateurs. La vasta producción de O'Neill es, en su mayor parte, intraducible. La fuerza de sus caracteres es de tal manera concreta, local, "personal", que no hallarían expresión sino en el *slang* que hablan. Así sus dramas de negros *All God's Chillun Got Wings*, así *Emperor Jones,* así *The Hairy Ape* y aun *Anna Christie.* Pero al lado de esta su vigorosa producción nacional, el requisito de cuyo goce es la posesión del inglés, O'Neill ha escrito dramas de esencia universal en dos de los cuales se plantea tan rotundamente como en ningunos otros, el conflicto de la personalidad, que es el de la felicidad. Éstos son *The Great God Brown,* obra de 1925, y *Strange Interlude,* obra de este año de 1928 que constituye hoy día el mayor éxito en los Estados Unidos. En ambas obras el conflicto es fatal, como en toda verdadera tragedia, y no se debe a circunstancias ocasionales. Sentimos al leerlas el choque irremisible de dos, y más, macizas personalidades que habrán de cumplir su destino en condiciones normales. La responsabilidad no es terrestre como en Pirandello, sino ultrahumana. Los trozos de mi metáfora ajustan en lo físico, pero son de irreconciliables materiales. Como más tarde en *Lazarus Laughed,* usa O'Neill de la máscara en *The Great God Brown;* la cara del actor es la de la persona: la máscara representa al personaje social. En los momentos de sinceridad, de pasión, de sed de comprensión, la persona se revela, apartando la máscara del personaje. Y encuentra entonces que el ser a quien iba a confiarse no le reconoce más, que la rechaza. Bello y profundo juego que plantea, en innegable realización artística, un eterno problema humano. En *Strange Interlude* resucitan, para expresar a la persona, aquellos "apartes" del viejo teatro que el moderno no había sabido aprovechar. La representación de esta obra dura una tarde y una noche: son nueve grandes actos en dos partes,

durante los cuales desfila ante nosotros solamente una vida, la de Nina Leeds, alrededor de la cual cumplen su destino tres hombres que la aman durante toda ella. Y en ésta, como en *Different,* como en *The Fountain,* como en *Marco Millions,* como en todas sus admirables obras, concluye O'Neill la que parece ser tesis filosófica constante de su teatro: cuando se alcanza un poco de felicidad, ésta se logra a costa del dolor de los demás.

Excélsior, 26 de diciembre de 1928, p. 5

CRÓNICA DE LOS PUESTOS DE LA ALAMEDA

DURANTE este año han alcanzado los puestos su mayor esplendor. Hubo en años pasados una especie de estancamiento en su estandarizado ejercicio, con sus productos de Puebla, de Michoacán, de Aguascalientes, con sus sarapes, botellones, con todas esas materias de comercio extranjero que nos crispan los nervios en las tiendas céntricas todo el "Art de Tlaquepaque", bustos de lánguidas niñas, *Le Soir, Le Matin,* con grandes "arrepentimientos" como en Francis Jammes, para la consola de la sala, con Dante en el destierro, con Napoleón meditabundo, con Shakespeare, con don Porfirio Díaz, el Calendario Azteca; las cabezas de moros y pieles rojas para el corredor, los macetones para el zaguán, las jardineras flotantes para el balcón; o bien la inaplicable jícara de que, no obstante, salía la lámpara para el cuarto mexicano, y el florero de Puebla para el piano de cola, los petatillos multicolores, los equipales con pirograbado. De seguir así, los alegres puestos se hubieran convertido en el mayor fastidio del calendario. Poco agregaban las variantes de la Semana Santa con sus matracas siempre iguales, con sus diablos coludos, los días de difuntos con sus calaveras comestibles. El fondo era inconmovible, o lo parecía, hasta tanto no prendió en el alma de la ciudad de tal definitiva manera que fue mejor negocio establecer expendios permanentes en ella; con que ahora, los puestos han entrado en un estupendo renacimiento. Todavía queda mala hierba: hay un enorme expendio de juguetes alemanes, horribles; pero nadie los compra y para la vez próxima ya no se pondrá. Dos enormes ruedas de la fortuna dan al conjunto alegre aspecto de carro alegórico que oscilara entre la Alameda y los horrendos puestos permanentes de flores fúnebres, kioscos japoneses. Y se ha constituido la geografía de los puestos, con un espíritu, con una tendencia inconsciente a expresar fenómenos profundos. Hacia el Teatro Nacional, desvelo del piadoso ingeniero. Hay, resumidero de días de haber, colecta pública, torre local de Babel, pirámide truncada, pastel de cumpleaños que cumple siglos, segundo establo de convencionales pegasos desarmables, han ido a colocarse las carpas: el Politeama, el Apolo, la carpa Amaro donde trabajan *Chupamirto* y *el Conde Bobby,* los títeres, el hombre que come fuego. Parecen gritar al blanco armatoste que ése es el Teatro Nacional, el verdadero. Que en una carpa no es posible cantar *Manon*. Que en una carpa no se hace política. Que en una carpa no hay desnudeces repugnantes. Que en una carpa no se juega nunca Muñoz Seca. Y que por tanto allí no trabajan el doctor Ortiz Tirado, ni Lupe Rivas Cacho arrastra un prestigio de cuatro muertas generaciones, ni Esperanza Iris vuelve a despedirse de su "turné", ni la negra Fernández insiste en "cantejondear" al público, ni Ulises, ni Pirandello,

pretenden europeizar a nadie. Que no hay jamás en los periódicos notas teatrales de las carpas, ni salen sus anuncios, ni hay orquesta propiamente dicha al pie de sus pequeños escenarios. Pero que en cambio… No lo sabe la colectividad; no cree "dignified" hablar de ello; no es "tema". Pero todos, cada uno, cada una, ha ido a la carpa de su rumbo y pasa en ella los mejores ratos de la noche. Que las pequeñas "tandas" —ésta y l'otra por un solo boleto; ha terminado esta tanda, sigue la otra, la persona que tenga boleto puede permanecer— gratifican la más pura y sencilla sed del espectador familiar, que escucha *Júrame* sin parodia soez, con voz más cercana a su espíritu que la de trío alguno profesional, que reduce a sus justos términos la negra tragedia de un tango argentino, después de declamar el cual —estoy muriendo, la farra y la milonga me han cogido— levanta una cortina en que hay pintado un mar surrealista y entra bajo las olas, roja de vergüenza, porque no le han aplaudido como esperaba. Que se para en las puntas como la Barceló y la Pavlowa, que disimula el ojo tuerto bajo un negro mechón y canta emocionado, que promete, en sus nueve años, superar a la Carvajal en sus 30. Todo esto y más se disfruta en las dulces e íntimas carpas de las colonias, en que todo el público se conoce y saluda, y en que los "artistas" mismos llegan a ser conocidos nuestros. Una había hasta hace poco en las calles de Altamirano y Guillermo Prieto, por mi colonia de San Rafael, y en ella se representaba *Andrés el gaitero o El secreto de la condesa*, por la misma compañía que después daba variedades, dispersa en actos sueltos, en la próxima tanda. El gerente era el señor Olivero; cerca de ahí un billar le disputaba concurrencia y llevaba su perfidia hasta enviar quejas de gacetilla, en que tachaba de inmoral la actuación de la carpa. Yo presencié una noche conmovedora cómo el señor Olivero tuvo que salir, tras de insistentes aplausos que premiaban su interpretación de *Andrés el gaitero*, a dar las gracias y a encomiar, ya que era ocasión, la no desmentida moralidad de su espectáculo. Fue la más profunda defensa de la novela dumasina que yo había oído. Sólo que, poco tiempo después, se fue la carpa, porque vino a enfrentársele en otra *el Conde Bobby*. Este *Conde Bobby* es un joven ventrílocuo moreno y delgado, cuya voz personal ha menguado visiblemente en aras de la que proporciona a su horrible y encantador muñeco. Su solo anuncio llena todas las carpas en que trabaja y tiene que correr de una a otra, en Ford. Yo no conozco actor mexicano que sea dueño de una personalidad tan íntegra como este *Bobby*. Su dueño ha descartado, con un buen gusto inconsciente, las cabezas cercenadas que usan otros ventrílocuos. Ha estrenado, en cambio, una nueva muñeca imperfecta y grotesca, como de escaparate de árabe de La Lagunilla; yo asistí al debut de esta muñeca y temía su fracaso. Pero a las tres o cuatro frases, aquel adefesio tenía conquistado a su público. Nada más deliciosamente ingenuo que el refugio que ofrece, a su imperfecto falsete, la circunstancia de "estar un poco ronca" la recién llegada señorita, y de declararlo así.

Así como las carpas han lanzado esta vez su reto al Teatro Nacional, por el otro lado oponen al *quick lunch*, a su falso Santa Claus, a su comida de a peso con un poco de arroz y ensalada; al café Broadway con sus generales, sus grogs y su fuente con focos, los guajolotes, los sopes, las enchiladas, las tortas, las chalupas, los tacos, los pambazos compuestos, y la chía, el Sidral, el Orange Crush, la jamaica, la horchata y el tepache, su estruendoso grito olfativo. Tales contrastes no son en modo alguno casuales, por mucho que no sean deliberados. Hay algo subconsciente en ellos.

Cierto que dentro de los propios "puestos" se advierte la mano del gobierno. Pero en muy

pocos casos. Sólo en las reposterías pretensiosas e higiénicas —consultorios, barberías— en que uno se lava las manos antes de comer y los mozos se ponen las gorras antes de cortar el chorizo. En lo demás los puestos han recuperado su autonomía. Hasta en la apariencia de las piñatas. Se acostumbraba llevar a ellas la cara y el cuerpo de los personajes en boga. Si esa actitud política prevaleciera, veríamos hoy piñatas de la Conesa, de Morrow, de Manrique, de quién no. Todo lo contrario, las piñatas tienden a deshumanizarse y a desactualizarse. No encuentro entre ellas más dato real que los aeroplanos. Lo demás son barcos, frutas, aves. Todo lo que implique una fuga, plásticamente, y todo aquello que lo sea de una realidad tenebrosa y baja de la que el pueblo parece querer desentenderse —siquiera en estos días, en que espera un año nuevo, y en que puede hacer en su casa lo que le venga en gana—.

Revista de Revistas, año XVIII, núm. 974, 30 de diciembre de 1928, pp. 30, 54

LOS FINES DE LAS ESCUELAS DE PINTURA

LAS escuelas de pintura al aire libre tienen su origen en la pequeña escuela de Santa Anita, que dirigía el señor don Alfredo Ramos Martínez en 1913, cuyo ejercicio duró hasta 1914. Al dar comienzo la administración del general Álvaro Obregón, el propio pintor estableció una nueva escuela de este género en Coyoacán, y durante el gobierno actual ocho más que funcionan hoy en la capital y en las afueras.

Para ingresar en una escuela de pintura al aire libre no es necesario requisito alguno. Se trabaja en ellas mañana y tarde. Ninguna norma constriñe a los alumnos y se les dan los útiles indispensables. La intervención del maestro se reduce a vigilar su realización, a no dejar nunca al alumno desviarse de sí mismo, por ninguna influencia pictórica extraña. Ni siquiera, por supuesto, ven los alumnos pintar al maestro sus cuadros.

Convencidos de las facultades artísticas innatas en nuestro pueblo, se ha decidido ir a él, descubrir la personalidad del niño y del hombre y lanzarlos a su individual realización. Si palpa que un niño, que un hombre, ha hallado su camino, se ha descubierto a sí mismo, se le hace abandonar la escuela y trocarla por la vida fecunda en ejemplos.

Comprende él entonces que, fuera de la escuela, que no hizo sino mostrarle caminos, debe estudiar siempre —es decir, ver, vivir y pintar—. Así se logra que su producción tenga el sello magnífico e irrazonado de la función creadora indiferente al bien y al mal, objeto del arte.

Sería esnobismo imperdonable opinar que los alumnos de las escuelas de pintura al aire libre “han llegado a Matisse”, “se acercan a Picasso”, o “recuerdan a Rousseau”, frases que los pedantes suelen aplicar a los pedantes.

Lo grandioso en estas escuelas es precisamente que ningún pintor se parece a otro: mucho menos podría parecerse a pintores europeos que no conocerá probablemente, felizmente, nunca.

Existe, es indudable, una coincidencia de realización, que no es, en manera alguna, de extrañar, ya que Europa, cansada, arrepentida del realismo anatómico, fotográfico, y de los

experimentos que se llamaron impresionismo, pos y neoimpresionismo, puntillismo y cubismo, parece decidirse por la mayor simplicidad, regreso admirativo a Giotto y afán filibustero de artes plásticas primitivas, palpable no sólo en los movimientos generales, sino aun en los individuos mismos (compárense con las cubistas las producciones más recientes de Pablo Picasso). Mas nuestro México no tiene de qué estar cansado, ni academia de qué regresar, ni refinamiento superintelectual que abandonar en las artes plásticas. Lo que hoy hace el indio, la maravilla de expresión significativa que encierran las formas, las líneas, los colores que compone y maneja, no son otra cosa que la soberbia continuación de un pasado artístico, precolonial, no superado. Las vírgenes agonizantes no han salido de las iglesias sino a las recámaras de la burguesía. Pero salid de la ciudad al país y veréis en cada piedra, en cada fachada, en cada letrero, en cada huella humana, la maravilla de simple, directa expresión significativa que hoy busca Europa en sus hombres más cultivados y que a nosotros no nos ha abandonado nunca, si por nosotros no entendemos, como no debemos entender, a la gente que gusta de la mala pintura religiosa que se nos impuso en la Colonia, sin lograr conmover nunca al indio que, interpretándola, sin embargo, como nuevo espectáculo, logra en los retablos, por ejemplo, maravillosas revelaciones de expresión estética.

Mexican Folkways, vol. 4, núm. 1, 1928, pp. 24-27

ASPECTOS DE LA BIOGRAFÍA

ANDRÉ MAUROIS es uno de los más fecundos, varios y prósperos escritores nuevos de Francia. Durante el año de 1928 su producción ha sido particularmente numerosa, desde la admirable *Vida de Disraeli,* desde el regocijado *Voyage au Pays des Articoles,* hasta el cuento infantil, contribución al *Coffret de l'Age Heureux,* número dos, *Le Pays des Trente six mille volontés,* hasta *Climats,* última novela suya (octubre), *Contact,* impresiones de un viaje (éste sí real) a los Estados Unidos, impreso también en edición limitadísima, en octubre y, ¡oh fecundidad asombrosa!, las seis conferencias que pronunciara en mayo en Trinity College, Cambridge, sobre el arte de la biografía, y que imprime, con una presentación de Louis Martin-Chaumier, director del Conciliábulo de los Treinta, también en el pródigo mes de octubre de 1928.

Nadie más autorizado que Maurois para hablar del arte científico que el biógrafo ejercita. La aparición de su obra sobre Shelley *Ariel ou la Vie de Shelley,* en 1923, reconoce Chaumier, marca un día importante en la historia literaria francesa, porque *Ariel* restauró el gusto apagado ya por la biografía a tiempo que hacía de su redacción una obra de arte que tocaba por igual a la novela y al documento. ¿No se debe acaso al éxito inmediato de este libro el que M. Gallimard, buen comerciante como ha demostrado siempre serlo, haya abierto en el pingüe negocio de su *Nouvelle Revue Française* la flamante, y ya numerosa, serie de sus *Vidas de hombres ilustres,* imitadas ya, por lo demás, por numerosos editores de *Vidas gloriosas* y de *Vidas de grandes hombres* o *Romans des Grandes Existences?* ¿No parece, además, que nos hallamos en el siglo de las autobiografías? El fenómeno, claro está, no es sólo francés. Ningún pueblo más devoto de los hombres ilustres que el inglés, lector de la Biblia, ni más admirador

de las personalidades conspicuas que el norteamericano, por la misma razón. Washington, Lincoln, Lindbergh, el mosca del Zeppelin, Franklin, han tenido la necesidad inmediata de narrar o dejar contar sus vidas, porque habiendo realizado un acto notorio, el común de las gentes exige de ellos la confirmación de su calidad heroica en los detalles todos de su vida. Se diría que el lector pretende, fundamentalmente, derivar sus irrealizados sueños personales en la gloria de un personaje que, como él, existió, a diferencia de aquellos que en las novelas le presentan casos abstractos. Las más severas épocas han nutrido la imaginación de sus niños con la lectura de vidas ejemplares. Y la más alta realización de este propósito educativo la alcanzan las *Vidas paralelas* de Plutarco, que norman durante largos siglos el arte de la biografía. En las *Vidas* a la Plutarco raras veces se sigue el orden cronológico de los sucesos. Quien nace en ellas es, no un bebé llorón y necio como todos los otros, sino el emperador Napoleón que, desde los brazos de su madre, acostumbra poner los suyos, como en los retratos al óleo, uno al pecho y otro a la espalda. La consigna de los biógrafos de este tipo parece haber sido la de ocultar toda debilidad, toda falla del ídolo que transcriben reverente y falsamente. Y si un documento irrefutable y personal demuestra graves defectos del héroe, ocultarlos piadosamente al lector, a quien se niega el derecho de conocerlos, en gracia de los momentos supremos, únicos a los que le es dado asomarse.

Semejante tratamiento no conviene a nuestras aficiones actuales y fue, en el siglo pasado, causa de decadencia del género, a que se prefirió la novela naturalista, a falta de más verosímil documento literario. Llegó a idealizarse de tal modo a los héroes que nos fueron totalmente extraños. Suprimióse del todo aquel lazo de simpatía, de posible identificación con algún rasgo, con algún incidente, con alguna actitud espiritual del lector que hubiera despertado su entusiasmo; falto del cual volvía los ojos a la tierra.

La posguerra trajo consigo un vigoroso interés por las vidas humanas. Un deseo de hurgar con libertad, con generosidad y con amor en aquellos nimios detalles psicológicos que el desdeñoso materialismo anterior había pasado por alto. Nació así la verdadera novela moderna en que el autor nos dice toda la verdad de unos personajes que no ha creado su fantasía, sino que ha palpado su experiencia, y de ese yo que le revela una introspección libre de todo falso pudor. Incoherente y subjetiva al principio, la novela moderna logró que el autor se desprendiera de sí mismo, se observara como lo haría un tercero, y consignara en un libro sus impresiones. El resultado fue apasionante, de Sherwood Anderson y James Oppenheim a Gide y Crevel. Pero el recurso, rico en apariencia, amenazaba agotarse. Por interesante que sea la vida privada de un escritor de nuestros tiempos, corre el riesgo de una consciente superación por parte de otro contemporáneo más imaginativo, y el más grave de repetirse y de volver monótono e insoportable el género a los ojos de quienes no soportan el narcisismo —precisamente porque lo padecen—. Fue al convencerse de ello cuando los escritores volvieron su atención hacia los grandes hombres de otros tiempos. Sólo hacía falta que los miraran con ojos atentos, que los “objetivaran” y que se desprendieran, al abordar la investigación de sus vidas, del prejuicio de heroicidad. Tratábase en suma de aplicar a un hombre famoso, a quien todo el mundo creía conocer ya definitiva e inconmoviblemente, el propio minucioso método que a sí mismo aplicara el escritor. Para emprender la tarea con éxito era indispensable afrontarla con espíritu de simpatía. Si un lector, con todo derecho, rechaza la vida de un personaje que le es antipático, un escritor está doblemente obligado a no

emprender la narración sino de aquella que le sea más afín. Actitud primordial, pero que no implica más que el fuego sagrado de la intuición, apta a interpretar los documentos de que habrá de extraer la verdad.

Las *Vidas de hombres ilustres* de la *Nouvelle Revue Française*, a pesar de hallarse encomendadas a las mejores firmas locales, adolecen de un pequeño tono de divulgación que les resta mérito y que es acaso fruto de sus condiciones de tamaño y de frecuencia. Los Estados Unidos, a pesar del desprecio que por ellos afecta Maurois —desprecio inglés, ignorancia francesa— han sabido, a mi parecer, realizar mejor que otros países la moderna expresión del autor a través de un personaje histórico en la síntesis de un relato novelesco. Entre el *Moise* de M. Edmond Fleg que forma parte de las *Vidas legendarias* de Gallimard y el *Moses* de Louis Untermeyer, no cabe dudar, ni entre la espléndida *Life of John Keats*, obra póstuma de Miss Amy Lowell, y el vulgar Keats de M. Albert Erlande. De género más libre, no encuentro humorista francés que haya narrado más deliciosamente que John Erskine las vidas de *Elena de Troya*, de *Galahad*, de *Adán y Eva*, del *Hombre de Penélope*, ni que haya alcanzado por este camino la realización de una obra de arte. Y en cuanto a las buenas biografías extranjeras, M. Maurois no debe quejarse de los Estados Unidos, a quienes llama tan injustamente en *Contact*, “país de modas colectivas, que no ha aprendido el escepticismo y el arte de ignorar”, pues no le ignoran a él, y han hecho de su *Disraeli* una edición que los talleres “a la rústica” de Francia no hubieran podido producir. Con todos sus defectos, los Estados Unidos están atentos a lo que de bueno puede todavía producir Europa, y así introdujeron oportunamente las biografías de Emil Ludwig a un enorme público que paga caro por sus libros. Así los *Adepts in Self Portraiture (Casanova, Stendhal, Tolstoi)* de Stefan Zweig han alcanzado rápido éxito, y así el señor Mussolini escribe de su puño y letra, en los alegres *jackets* de su edición americana, la divertida, obvia, solemne y productiva declaración: “There is no other Autobiography by ME.”

Excélsior, 7 de enero de 1929, p. 5

REDES PARA CAPTAR EL VIENTO

TAL ES el título del primer libro de versos (*Nets to Catch the Wind*, Harcourt, Brace and Co., Nueva York, 1921) de Elinor Wylie, poetisa norteamericana de la más alta calidad que acaba de morir, el día 16 del último diciembre. Apenas en octubre había publicado un libro más, *Trivial Breath* (Alfred A. Knopf, Nueva York, 1928) del cual se ocupó en el número 20 del propio mes del *Saturday Review of Literature*, la poetisa Anna Hampstead Branch. Empezaba apenas a ser apreciada en su justo mérito la obra de esta mujer que, desdeñosa de los fáciles modernismos en boga en su país cuando empezara, prefirió llevar a su poesía aquella cincelada disciplina, aquel desdén por lo vil, lo enorme y lo pequeño que, cualidades esencialmente aristocráticas, parecían hacerla pertenecer a una edad más meticulosa que la nuestra; en que el *subway* y el rascacielos, modos de vida, pretenden derechos a los modos del arte. Tiene su poesía la belleza sutil de su favorito Shelley y un brillo personal, y una

metafísica de belleza al propio tiempo ponderable y etérea tan remota del pensamiento poético de la “nueva generación” como pueden estarlo Paul Verlaine y Carl Sandburg. Voz la suya extraña en este siglo XX en que pocos espíritus están más allá de las fáciles satisfacciones de un arte deportivo, ocasional, de aficionados, en el que se ha perdido el sentido de responsabilidad del oficio —y del futuro—. No es extraño que una mujer dotada de tan seria conciencia artística, nutrida en las más puras fuentes de la lengua inglesa no contaminada de *slang* ni de realismo, haya ejercitado su pluma en la novela, como lo hizo Elinor Wylie en *Jennifer Lorn* (1923), en *Orphan Angel*, en *Mr. Hodge and Mr. Hazard*, trayendo a la prosa moderna aquel difícil plano de exposición indirecta que el siglo XVIII guardó, con exquisita artificialidad, para su poesía. Su talento, primordialmente poético, hizo a nuestra edad la concesión que hizo también Hardy, de traducirse en aquella forma que más ávidamente consumimos, la novela. En 1830 habría dejado esta tarea en otras manos y su lengua exclusiva hubiera sido la poesía.

Su nombre empezaba a traspasar las fronteras de su país. En la *Anthologie de la Nouvelle Poésie Americaine,* publicada por Eugene Jolas en 1927 (Kra, París) la hallamos representada al final del volumen por una breve muestra, al fin, por razones de lista alfabética y de ignorancia, y hallamos una criptográfica definición de su poesía: “…caracterizada por una brillante técnica, por más que el intelectualismo del poeta dañe a veces la evocación lírica (?)”. Encontramos también su nombre citado al acaso, entre un disparatado montón de nombres de poetisas, al final de un párrafo lírico que pretende ser humorístico y que no alcanza sino lo grotesco; en el cual se define por generales la poesía femenina norteamericana, con graves omisiones e inclusiones imperdonables, y en el que todo lo que encuentra el autor es que “nos hallamos lejos de las efusiones de una *Noailles”*, en la reciente *Litterature Americaine* que, escrita por Régis Michaud, forma el quinto de los *Panoramas de las literaturas contemporáneas* de Kra, París. Conocido es, por lo demás, el tono de ignorante suficiencia con que los franceses afrontan, ahora que lo hacen un poco tarde, por razones económicas, la literatura norteamericana, de cuya existencia se han dado súbita cuenta.

La benemérita revista *Poetry* de Chicago, dio a conocer en abril de 1921 a Elinor Wylie. A ello siguió, para cimentar su prestigio, la próspera publicación del libro cuyo nombre rotula este artículo, en 1921. Desde entonces, *Black Armour,* 1923, *Jennifer Lorn,* 1923, *American Miscellany,* 1925 y *Trivial Breath,* 1928. Dejó preparado un libro de sonetos, de los cuales publica 18 *The New Republic* en el número del 2 de enero de 1929, bajo el nombre *Angels and Earthly Creatures,* y se disponía a venir a México en el verano próximo donde muy probablemente habría pasado inadvertida.

Para la literatura norteamericana no es, como lo es para la nuestra de habla española, singular e inusitado fenómeno el advenimiento de una poetisa. De sor Violante y sor Juana a la Ibarborou, la Mistral, la Agustini, nuestra idiosincrasia nos lleva a sospechar en estos casos esporádicos insólitos derivaciones psicológicas. Pero es que el material poético que producen nos ayuda a pensar así. Las mujeres de nuestra raza parecen incapaces de “desexualizar” el arte y de sentir en términos de poesía pura, limpia de géneros gramaticales, “neutral”. No ocurre lo mismo con las poetisas norteamericanas. Difícilmente puede atribuirse a una mujer la agudeza, la precisión, la claridad de imágenes, el fuego apasionado y casi místico de Emily Dickinson (1830-1886), primera en el tiempo, cuya obra publicóse en 1890 y, posteriormente,

al cuidado de su sobrina Martha Dickinson Bianchi, ha alcanzado para ella en las letras el lugar de honor que merece. Difícil resultaría también decidir, en el grupo (1915-1917) de los imagistas, si los poemas de “H. D.” (Hilda Doolittle) o los de Amy Lowell no habían sido escritos por los hombres del grupo, D. H. Lawrence, Richard Aldington, F. S. Flint, John Gould Fletcher. La riqueza y la fuerza de tono de la producción femenina norteamericana, apreciable en la reciente antología de Sara Teasdale, poetisa ella misma, *The Answering Voice* (Macmillan and Co., 1928) en cuanto a *Love Lyrics,* va desde la inefable pureza de la niña genial que fue Hilda Conkling (nacida en 1910), desde el tono whitmaniano de Amy Lowell (m. en 1925), desde los trazos ligeros y vívidos de Eunice Tietjens, desde los cuadros brutales de ciudad de Lola Ridge (The Ghetto), desde las experiencias folklóricas de Alice Corbin, hasta la solemne y torturada serenidad de Adelaide Crapsey, hasta la apasionada musa de Edna St. Vincent Millay y el incisivo cinismo de la autora de *Enough Rope.*

Semejante a la *Little Review* que, sin éxito alguno, fundara hace unos años Ezra Pound en Nueva York, y semejante también a *Commerce* —cuadernos trimestrales que publican en París Paul Valéry, Leon-Paul Fargue y Valéry Larbaud—, Eugene Jolas dirige una revista norteamericana en París, *Transition,* en el último número de la cual (otoño de 1928) aparecen algunas de las raras, ininteligibles producciones de Gertrude Stein, norteamericana de origen, y una interesante encuesta realizada entre los escritores norteamericanos que residen en Europa, cuyo tema es por qué prefieren vivir lejos de su país. Forman parte del cuerpo habitual de colaboradores de esta revista John Dos Passos, Ernest Hemingway, T. S. Eliot y, por supuesto, una norteamericana más: la señorita Sylvia Beach, organizadora de la casa editorial Shakespeare and Company, gracias a cuyo esfuerzo James Joyce ha logrado imprimir su *Ulysses,* prohibido en Inglaterra y en los Estados Unidos, obra maestra de este siglo de la cual podrán disfrutar muy pronto, en traducción francesa, quienes no hayan podido hacerlo hasta ahora.

Excélsior, 13 de enero de 1929, pp. 5, 11

CONSULTORIO[*]
A CARGO DEL NIÑO FIDENCIO

[SIN TÍTULO]

Pues el Espinazo fuéseme despoblando y callaron de mí los periódicos, y pasó mi boga en este veleidoso país, y no hubo conjuro, columpio, ruibarbo, píldora ni medecina que detuviera la agonía de mi prestigio, parecióme razón solicitar una plaza en ésta, de escritor.

Que no hay, después de la profesión de universal médico, otra en que tanta gente pueda tratarse que ésta nueva mía. Y aun por innumerables ejemplos antiguos y contemporáneos, vese y se muestra que ambas son no únicamente compatibles, sino complementarias. Que no se sabía encontrar médico que no supiera escribir recetas, aunque lleven a ellas la natural

oscuridad de sus prescripciones. Lo cual no ha de ocurrirme.

Léese en Quevedo, *Visita de los chistes,* que los médicos es cierto que son diablos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos, y que los malos no sean buenos jamás. Y luego ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: buphthalmus, opopánax, leontopétalon y tragorigarum. Y sabido que quiere decir tan espantosa baraúnda de voces tan rellenas de letrones, son zanahorias, rábano y perejil y otras suciedades. Considero que estos contactos han decidido a los doctores previos a mi actuación a cambiar la pluma fuente del apendicitis por el bisturí de la crítica. Palmo a palmo ha ido ocurriendo el cambio, como en las narices. Lo que me conduce a dar principio a la primera consulta pública que versará sobre el nasal padecimiento de la influenza. A pesar de la influencia yanqui, nuestros males, ¡oh, Doctor Atl!, siguen siendo españoles y mexicanos del México poscortesiano, que es como decir posmunicipal, lo que vuelve a conectarnos con médicos. Los graves males con que el año nos ha recibido, en esta transmigración pacífica del poder temporal, han sido la influenza española y la Biblioteca Nacional. El moco vengativo de los guajolotes sacrificados en la Nochebuena, ha transportado su fluyente domicilio a las fosas nasales de los consumidores de pavo al horno. La tos resuena y poca gente saca la alegre cajetilla amarilla, porque la gripe quita las ganas de fumar. Y unas biblias, medicina del alma, recetadas a 10 columnas, han desaparecido, aburridas de que no las consulte nadie. Nuevo testimonio de las complementarias actividades medicinales y bibliográficas. El doctor Mestre prefirió a poner consultorio, instalar biblioteca y clasificar tarjeteros. El doctor León a curar enfermos prefirió hacer libros sobre los libros mexicanos del siglo XVIII. Por cada ficha que iba escribiendo se le moría un enfermo. Escribió así varios tomos *in folio* y una historia patria en la que no bien iba llegando a los capítulos contemporáneos, sus biografiados iban falleciendo y le volvían súbitamente anticuadas las páginas. Quede, pues, demostrado en mi beneficio y disculpa que los doctores como yo y González Martínez, solemos ser afectos a libros y que para resolver las consultas literarias y bibliográficas de nuestros pacientes, sus represiones, sus reumas, sus manías, sus costumbres, sus catarros, nadie nos iguala en el caso de la influenza española. En el de la Biblioteca Nacional nos han ganado el sitio tres licenciados, pero es que no hay, ni en medicina, regla sin excepción, y que en desapariciones, descuidos, resfriados y calenturas las excepciones no alteran, sino que confirman las reglas.

Excélsior, edición de la tarde, 14 de enero de 1929, p. 4

[SIN TÍTULO]

Debo reconocer que se me ha muerto un paciente. Con toda la vergüenza de mi profesión fracasada, debo admitir, también, que entre mis exorcismos no hubo uno solo, hasta ahora, capaz de desterrar el padecimiento que llevó a la tumba, con acompañamiento pedestre y cárdenos lienzos, al joven genial de que es cuestión pues el ingrato padecía la incurable manía del —con perdón— comunismo. Por ella, en su patria nativa, fue conducido durante algún tiempo. Curado en apariencia, tras de no comer, fue colocado en una libertad que no sabía

usar. Oyó entonces hablar de mí y de la generosa bondad que me caracteriza, de mi proverbial hospitalidad, de mi don curativo y, modestia aparte, se decidió a regalarnos con su presencia.

No es, desde luego, Julio Antonio Mella, el primer cubano distinguido que nos hace merced de su visita. Preguntadle al licenciado don José F. Godoy quién es quién y quién fue quién y cuándo y cómo, y os dirá la fecha exacta en que desembarcó en San Juan de Ulúa otro gran cubano, José María Heredia, que venía a unirse a los héroes de nuestra Independencia, como ahora Mella con los de nuestra pintura y nuestra fotografía, para el bien —otra vez perdón—común. Aquel Heredia era también muy templado. Frente a las cataratas del Niágara le ocurrieron unos versos en que pide —la fuerza de la costumbre— su lira. Yo me inclino a creer que, si no una lira, sí algunos pesos deben de haberle dado por ella. Daba clases de historia en Toluca, escribía libros y por fin dio el espíritu. Quiero decir que se murió y que nadie conoce las señas de su tumba.

Posteriormente, ya no en el tiempo del general Bravo, sino en el actual del general Manzo nos visitó, con fines de estrechar los lazos que nos unen con nuestros países hermanos, un otro cubano, Hernández Cárdenas, de muy serio color. Éste era tan afecto al dibujo, que parecía de tinta china. Hizo en la avenida Madero una exposición de autorretratos que no se vendieron, y se hallaba una tarde conversando con un joven cuya casa habitaba. De repente, tomó una pistola del buró, le dijo a su amigo: “Te mato, chico”, y lo hizo. De la tumba de este joven sabe su familia. Cuando lo mató el negro, no lo linchó nadie, que no estamos en el bárbaro pueblo de los Estados Unidos, ni hubo manifestación alguna de estudiantes que pidieran justicia, ni se ha hecho. Hubiera sido, como comprendéis, una falta de cortesía imperdonable para tan distinguido visitante, cuya falta no residía sino en que, negro, había sabido tirar bien al blanco.

Acabe yo, fúnebre, mencionador de tumbas, mártires y perlas antillanas. Deploro que no podamos edificar la tuya, querido Mella, cuya muerte la ha hecho tan honda en mi ánimo, pues han anunciado que, a fuerza de discursos candentes, van a reducirte a cenizas, que llevarán a la URSS. Tu muerte servirá de mucho, profieren los camaradas rojos, y doloroso es admitirlo. En primer lugar, mucha gente ignoraba que existieras, y ahora lo sabe. En segundo, de igual amplia manera se ignoraba la existencia de tu periódico, *Cuba Libre*, que hacías con tantos sacrificios. Ahora todo el mundo lo buscará. Y, por último, ya sabemos, por fin, que sí de veras hay comunistas entre nosotros, ya innatos, ya nacidos “allá en Nicaragua”, que pide libertad. Aquellos que condujeron tu féretro hasta tu morada provisional.

Y tú, Tina —rompamos el turrón comunista—, ¿por qué fuiste a olvidar tu cámara? ¿No comprendes acaso la claridad que arrojaría un magnesio sobre el caso, Tina? Ya has podido verlo ahora que estás saliendo en los periódicos, los fogonazos impiden a veces hasta la respiración. Con mayor razón el disparo. Si tú hubieras salido de paseo con Mella y tu *Kodak*, y frente a los desconocidos, antes que ellos su pistola, hubieras disparado tu cámara, habría pasado cualquiera de estas dos buenas cosas. O se asustan y no lo matan, te falla la instantánea, se van y todos quedamos tan tranquilos, o, ya que el destino lo ordenaba, lo desempadronan, pero en cuanto tú revelaras tu negativa, la verdad se abriría paso hasta el cerebro de los jueces. Tu clientela crecería enormemente. No que así, ya lo ves, esa negativa verbal no revela nada.

Excélsior, edición de la tarde, 17 de enero de 1929, p. 16

EL NIÑO PERDIDO EN EL POZO

No cabe duda ahora de que los refranes, las obras de arte, los sistemas filosóficos y, en general, las predicciones, corren primero de boca en boca o de libro en libro, o de vez en cuando, hasta que la vida los aprovecha para sus monótonas manifestaciones. El aforismo "nada hay en la razón que no haya pasado por los sentidos", debió haberse escrito de esta otra forma: "Nada hay en la vida que no haya pasado por el arte". Es más lógico. Si no se hubieran pintado paisajes, nadie se fijaría en los crepúsculos. Si no hubiera discos, nadie compraría ortofónicas. Si no se escribieran novelas, nadie se volvería histérico. Así, si no se hubiera ahogado el niño, nadie habría tapado el pozo.

Se trata de un niño, niño perdido que iba con su mamá y que, de súbito, ya no iba con ella. Se le cayó de las manos, sin que lo sintiera, como frecuentemente nos ocurre con los pañuelos, el mocosito. La atribulada madre lo buscó con todo el ahínco que ponen las madres en recuperar a sus hijos extraviados, aquel gesto que conocemos los lectores de *Excélsior* en su sección cómica dominical, cuando el Capitán, en el último cuadro, busca a los chicuelos de las maldades; como busca uno con mimos falsos y un garrote en la mano al perrito que ya hizo una gracia en la sala. Hubo menester, al no hallarlo, de la colaboración policiaca. Se le encontró por fin, en un pozo, dentro. Pero el pozo aquel, no petrolero, se hallaba seco. La madre respiró y el hijo también. No obstante lo cual, ya se procede a tapar el susomentado pozo.

Excélsior, edición de la tarde, 21 de enero de 1929, p. 15

DESVENTAJAS DEL PAN FRANCÉS

Me escribe un atribulado lector y quiere mi consejo sobre materia de tan vital importancia como el consumo diario del pan, lo que en lenguaje bíblico llamamos el pan de cada día. Dice que está muy escaso y que unas leyes o unas cosas de esas humanas están impidiendo su confección, y que en virtud de reglamentos especiales ya no les será dado a los expendedores públicos de las esquinas presentar sus grandes canastos impregnados de "santo olor de la panadería", grato a López Velarde.

En mi deber está contestar a sus dudas con la seguridad de una dieta benéfica para su organismo. Simplemente absténgase de comer pan. Es dañino. Recuerde usted que hace engordar y que una persona con aspecto satisfactorio difícilmente obtiene empleo. Es infinitamente más conmovedor un prójimo delgado y escueto, no expuesto a congestiones, y cuya sola contemplación conmueve las más sensitivas fibras del alma. Reserve la palabra "pan" para combinaciones gramaticales distinguidas y diga "panamericanismo", "pandero", "pantufla", "panza", "pantalones", "panegírico". Reserve a las novelas el empleo de expresiones tales como "el duro pan del destierro", "el amargo pan de la prisión".

Nacionalice sus consumos, piense que, entre el té con limón y el atole champurrado, éste es mejor, por ser mexicano, y que si come pan con atole se expone a críticas sobre su talento. Llame a las cosas por su nombre. Llame al pan pan y al vino vino, pero no lleve su insistencia hasta seguir llamando pan a las chilindrinas, a las ojaldras, a los cuernos, a los chamucos, a las monjas, a las magdalenas, a las roscas de canela y a los cocoles. Los derrumbes y los atropellamientos camioneriles convénzanle de las ventajas de la tortilla, y úsela de preferencia a la cucharada. Y si no sigue mis consejos, con su pan se lo coma.

Excélsior, edición de la tarde, 22 de enero de 1929, p. 15

MIS SÓLIDOS CONCEPTOS SOBRE LA LECHE

No bien concluí ayer de emitir definitivos y sólidos juicios sobre el pan, vino a verme hoy —a las cinco de la mañana, naturalmente— un lechero. Tengo, como es evidente, mi público, numerosa y solvente clientela que he logrado hacer en unos cuantos días de consultas y que es por hoy mi fuente de ingresos. Este tempranero señor vino a quejárseme de persecución. Hace ya mucho tiempo que a su alegre carrito vino a sustituir un camión, conductor de frascos sellados que contenían crema de almendras, o una toma de cocimiento blanco con bismuto, o cualquiera de otro ingrediente tan lejano de la leche antigua como el caballito de Troya de Pinotepa Nacional. Es natural, a mi ver, que la leche nos haya abandonado. Se ha convertido toda en la Vía Láctea y ya no la tienen más que unos cuantos privilegiados de la fortuna, aquellos de quien se murmura que “tienen mucha leche, la verdad”. Y cuando una persona se muestra malcriada, dícese de ella con desdén que “la educación se mama”. Si es muy ingenua, que “cree que el agua es leche”, porque la leyenda, ignorante de que “nada se pierde y todo se transforma”, atribuye a los expendedores del vacuno fluido la singular costumbre de bautizar su mercancía —lo cual ha dado pie a mil y una caricaturas, pedestres—. La dulce poesía ha aprovechado la leche en múltiples instancias, ya sola, ya en composturas culinarias: así, ese Dario que menciona Próspero Mirador “se regocija con la ilusión — de las tostadas y el chocolate — que han de pasarle por el gaznate — con los pedazos de requesón”, y Nervo menciona “la suave mantequilla, el cacao, la vainilla, los grandes quesos frescales”. Y cuando pasé por Celaya, supe que además de las conocidas epopeyas se condimenta en esta ciudad la cajeta más untuosa del mundo, aquella que, según Tablada, “se raspa hasta la caja de ocote”. ¿Y la crema de Toluca? ¿Y las jericallas de Guadalajara? Todo esto, amigo mío, va a desaparecer. Se nos obligará a tomar leche de lata, queso en pastillas, jamoncillos y chongos zamoranos con etiqueta. Y todos los singulares dulces que deleitan la imaginación de mi querido conterráneo y amigo don Artemio de Valle Arizpe, a base de leche, serán proscritos de la circulación. Ahora comeremos camotes asados, calabaza en tacha… ¿Pero es que estas cosas pueden tomarse sin leche? ¿Y la sopa de ostiones? ¿Y el café? ¿Y sobre todo, qué van a hacer —qué vamos a hacer— los niños, con esta crisis de la leche?

Excélsior, edición de la tarde, 23 de enero de 1929, pp. 15-16

LAS EXPOSICIONES EN LAS CARPAS

Una de las cosas que más me han sorprendido en esta ciudad es saber que hay en ella personas mayores de edad que pintan cuadros, dibujan y decoran muros como si fueran niños chiquitos. Quiero decir, muy feos. No que los grandes no puedan hacer lo que los chicos —evidentemente que el sujeto que se emborracha con tequila no hace sino gozar de lo que, de pequeño, se procuraba girando vertiginosamente sobre sí mismo, y un grande tiene tanto derecho como un chico a cometer irregularidades proporcionalmente aumentativas—. Pero lo culpable de estos pintores con quienes he tropezado en la ciudad, y que se buscan nombres raros de fusiles y muñecas, es que no sólo pintan en su casa, sino que hablan en la calle y publican manifestaciones vociferamentadoras que adhieren a las esquinas. Por ellas me he enterado de que afirman categóricamente que su "*art*" es "arte del pueblo". Dicen que el pueblo gusta de lo que ellos pintan y que todo lo demás, la Cioconda, la Venas del Mirlo, el Apolo, *El hombre del guante,* la *Prima Vera* de Boticceli, *La Virgen de la silla,* la *Madona* de Murillo y todo el resto de lo que hasta ahora habíamos creído ingenuamente que eran obras de arte no lo son, o lo son del reducido y torpe grupo de la "burguesía", a quien no hay que tomar en cuenta ni en serio.

Si se les interroga por qué afirman tal cosa, señalan los retablos de las iglesias como prueba de que esa imperfecta pintura es la que el pueblo prefiere, y los alegres y terroríficos muros de las pulquerías, de que Dios nos guarde. Y tan seguros están en su teoría, que van a hacer exposiciones en las barriadas, en la seguridad de que el pueblo asistirá a ellas. Ese pueblo que ha demostrado, en las Escuelas al Aire Libre, tan singular talento pictórico.

Pero es que no se ha tomado en cuenta una circunstancia. Ahora se "usa" la pintura irreal y deforme. La logran impresionante los genios Picasso y Diego Rivera. Pero éstos podrían dibujar la mano más clásica si les diera la gana. Son simples por lujo. Y los niños, y el pueblo, y los malos pintores que se acogen a lo que se "usa", son simples por incapacidad de ser complicados; aparecen modernos por incapacidad de realizarse clásicos. Sería una plancha de lo más bochornoso que, abierta una exposición de monos modernos, producto de los pintores que proclaman representar al pueblo, éste entrara a reírse de ellos, o no entrara. Y que preguntado cada miembro del pueblo si prefería un retablo imperfecto, realizado por un ignorado y pesetero Giotto doméstico, o *La hora del angelus,* se decidiera por este último. Lo cual no tendría nada de raro. Pero volvería las cosas a su sitio.

Excélsior, edición de la tarde, 24 de enero de 1929, p. 15

PAREJAS, KILÓMETROS Y AGRICULTURA

Los diarios de la mañana informan que las cámaras industriales se han percatado de que si se repartiera la población mexicana por matrimonios en todo lo vasto de nuestros kilómetros cuadrados, en el equitativo reparto no le tocaría a cada kilómetro más que una sola pareja. Meditemos en lo bíblico del proyecto, ahora que ya apareció la biblia. No le tocó más hace

siglos, al Paraíso terrenal. Y sin embargo, con el tiempo, ya se ve el resultado. La tendencia gregaria, digamos montonera, de los entes humanos, les ha llevado a aglomerarse en ciudades. ¿Con qué resultados? Ante todo, se han visto precisados a inventar el lenguaje. Luego, a usar el tranvía. En seguida a habitar casas de varios pisos. Y, finalmente —y esto es lo que preocupa a los estadistas—, a abandonar la agricultura por las visitas al mercado.

Eva tenía buen cuidado de levantarse temprano, antes que Adán despertara, e iba a cambiarse de hoja y a cortar lechugas, naranjas y manzanas para que almorzara su marido. El cilantro, las papas, las zanahorias, el recaudo, las cebollas, todo esto, más el trigo, el maíz y el té de las cinco de la tarde, y las hojas de la madrugada, todo lo cultivaba ella diligentemente, lo regaba, lo espulgaba y lo condimentaba en persona. Adán no tenía otro cuidado que el de construir arados y procurarse bueyes que lo sustituyeran más tarde en la pesada labor en que, no obstante, él colaboraría. Pero en unos cuantos siglos, en cuanto estuvieron listas para habitación las ciudades y las villas, aquellos buenos hábitos desaparecieron. Eva tiene hoy su sustituto en Petra, que va al mercado mientras ella permanece mirando las hojas de los periódicos, y Adán sale a abordar el tranvía —ocho centavos dejada, coche cerrado—, y va a enfrentarse con una Remington y no con un arado. ¿Quién, pues, va a proporcionarnos legumbres? Recordemos que no se vive sólo de latas, aunque sí, principalmente. Urge desalojar las ciudades en bien de los campos, y urgen todas las consecuencias de este retorno idílico a la égloga. Probemos, por fin —¡oh, Rousseau!—, volver a la naturaleza. Que no nos sea más necesario el transporte, ni los atropellamientos, ni las caídas desde un quinto piso, ni el lenguaje. Porque no me digan que yo solo, en un kilómetro a la redonda, con mi mujer, voy a volver a dirigirle la palabra, ni a sacarla a pasear, ni al cine, ni a tomar para ella un departamento, vulgo vivienda. Ni ella tampoco.

Excélsior, edición de la tarde, 25 de enero de 1929, p. 5

SOBRE EL COSTO DE LAS PERSONAS

Cuando por alguna razón insignificante —un incendio, una revolución, un derrumbe— pierden la vida al unísono varias personas que de otro modo no hubieran tenido nunca nada en común y hubieran, tarde o temprano, fallecido por su propia cuenta en diferentes sitios, los deudos se apresuran a cobrar una indemnización. Generalmente esto no ocurre durante las epidemias, en que la única, casi, providencia que toman los supervivientes, es hablar bien del muerto y enterrarlo, y lamentar que se haya convertido en polvo aquel hasta entonces productivo miembro de la comunidad. Al único ser humano a quien suele culparse en estos casos es, pobres de nosotros, al médico que le inyectó gaiarcina a quien sufría enterocolitis, como si no fuera humano el errar. Pero esta religiosa conformidad no habita el corazón mercenario de quienes tienen un seguro contra algo, ni de quienes disponen de cañones. Así, durante la guerra europea (esto lo sé de buena fuente, porque frecuento el cine y desde hace mucho tiempo las películas aluden, de un modo o de otro, a la guerra europea) los países se cobraron indemnizaciones crecidas por sus muertos y sus catedrales derrumbadas, como si no hubiera sido más razonable no derrumbar las catedrales ni disparar contra aquellos soldados que, en

honor de la verdad, no se habían hecho nada unos a los otros, puesto que ni siquiera se conocían. Pero vamos, éstas son cuestiones que sólo el káiser entendía, y no vamos a discutírselas ahora que se ha retirado de la vida pública, como Gaona y como Virginia Fábregas. Lo que quiero dejar sentado hoy es que no encuentro razonable que los mexicanos se coticen a 25 dólares y los norteamericanos a 100000. Confieso ignorar las bases comerciales de esta valorización en dólares. No creo que se vendan por peso, porque no sé aún de ninguna tienda en que se vendan recortes de cerebro a tanto los cien gramos, que yo sería el primero en refaccionarme, ni ojos sueltos rasgados, que no faltaría cíclope que adquiriera en seguida. Sigo la simple lógica de mi razón y encuentro a su luz que la abundancia es perjudicial al valor intrínseco —ejemplo, los camiones: las estrellas de cine: la ruda: los tinterillos—. Y que, siendo esto así, un país tan poblado como los Estados Unidos, que produce marinos suficientes para inundar los países del Sur, bastantes turistas para poblar Europa y un crecido número de anticuarios que basta a consumir la producción moderna y cada vez más perfecta de antigüedades, no debería en justicia cobrar tan caro por unos cuantos cadáveres que en nada le afectan. Eso que nos lo deje a nosotros, a quienes, como decíamos ayer, no disponemos sino de una pareja por kilómetro cuadrado. Dispersémonos así, para hacer la prueba de nuestro valor, y ofrézcasele, después de tres meses de matrimonio, un mexicano a una mexicana. No dirá: “Mi reino por un caballo”, pero exclamará, sin duda alguna: “Mi kilómetro por un sheik”. Y un kilómetro vale más de 100 dólares, indudablemente.

Excélsior, edición de la tarde, 26 de enero de 1929, p. 5

TERAPÉUTICA DE LA ALEGRÍA CITADINA

Antes de empezar, debo advertir, para tranquilidad de mis lectores, que me encuentro sano y salvo entre ellos, y que no se trata de mí en el caso de quien está siendo perseguido por las autoridades en Espinazo. Se trata simplemente del aventurero que usurpa las profesiones lucrativas de los médicos, y desaparece en seguida. Yo soy el verdadero y único Niño Fidencio y puedo comprobarlo.

Pero se trata ahora del proyecto que el gobierno tiene entre manos, de alegrar la ciudad. Como sabéis, se va al extremo en los teatros. O son lúgubres hasta el aullido borrasiano o sucios, descarnados, hasta el garibaldesco. Y fuera de las victrolas, del radio, de las visitas ¿qué otro recurso para pasar la velada, que el teatro? El cabaret está más allá de nuestros alcances pecuniarios; la academia de baile, más acá de la diversión familiar. Nos quedaba el recurso de las carpas; ahora ya ni ése, porque se han convertido en salones-de-otoño de los pintores avanzados y ya no sabe uno verdaderamente de lo que se debe reír. El cine aéreo no logra más que echar a perder la cena, y el cine… En resumidas cuentas, se acuesta uno, insatisfecho, aburrido, y se pone a soñar, lo que, si bien no cuesta nada, tiene la desventaja de simbolizar, a veces demasiado diáfanamente, las angustias de nuestra vigilia. Luego despierta y lee los periódicos. Y se entera de que, durante la noche anterior, aquella misma en que uno creía que no había sucedido nada notable, un soldado asesinó a su amiga, se suicidaron dos personas, ocurrió un incendio, se fugaron dos chicas. ¡Todo lo que uno pierde por haberse

acostado tan temprano! ¿Quién nos asegura que, de haber pasado por esa calle, no nos hubiéramos divertido grandemente viendo caer a dos personas desde un cuarto piso, escuchando los estertores agónicos de la asesinada, contemplando las hermosas llamas que, según el periódico, "redujeron a escombros la mansión"? ¿Pero cómo va uno a saber a qué horas y en qué sitio van a verificarse esos espectáculos, si sus personajes no tienen, como los teatros tradicionales, la precaución de anunciarlo oportunamente? La reseña es el pobre sustituto de la presencia, como para más de un escritor su novela es la compensación de una vida mediocre. Imaginad que los delitos y los accidentes disfrutan de la oportuna publicidad que merecen. "Mañana, a las 21 horas, el señor Agamenón López será asesinado por su bella esposa, la distinguida Clitemnestra Fernández, en su residencia." "El joven escritor don Margarito Ortiz apurará esta tarde, por equivocación, una fuerte dosis de cianuro de mercurio." Sería cuestión de llenos completos, a cualquier precio, y poco a poco iría adquiriéndose un estilo elegante. Se comentaría vivamente cada caso, habría para cada uno todos los testigos presenciales que fueren necesarios, y la labor de los periódicos habría de limitarse a señalar omisiones, errores, faltas de técnica. Una verdadera labor de orientación.

Excélsior, edición de la tarde, 28 de enero de 1929, p. 6

ABIERTO DE NOCHE

Como habréis leído, apenas prescribí una manera de alegrar la ciudad, ya la misma se ocupa en imaginar diferentes medios de conseguirlo. Dice un periódico que los aparadores "serán abiertos de noche", lo que acabará por proporcionar a la nuestra una fisonomía de capital europea. Y el resultado que se pronostica tiene visos de verosimilitud que lo acercan en su origen a mi método personal. Pero no es nuevo. Desde hace mucho tiempo, aquella parte alegre y jovial de la sociedad que no vive del presupuesto, ni de sus rentas, y a quien el gobierno frecuentemente recibe en unas espaciosas residencias que llaman cárceles, o remite, en tren de turismo, con destino a un cierto archipiélago, tierra prometida del dulce nombre de Marías, hace principalmente esa vida nocturna que hoy se proclama como símbolo de la jocundia, y tiene por costumbre abrir de noche los aparadores. No se olvide, pues, frecuente costumbre, ésta de los *pioneers* de la animación citadina, ciudadanos rebeldes a toda regla, románticos puros que son, hoy, después de 100 años de dumasismo, de huguismo, de vignismo, de lamartinismo, los últimos especímenes de la infracción profesional a las reglas y a lo consuetudinario. Gente que no encuentra razón alguna para dejar el lecho con el sol, que a mediodía no come por una u otra causa, y que se levanta cuando surge la luna, evita las calles concurridas, y en vez de visitar a los ricos cuando éstos se hallan en su casa —eso lo hacen los despreciables burgueses— penetra en ella en ausencia y no por la puerta como toda la gente, sino por la azotea, como la lluvia y los gatos. O bien por la puerta, pero en todo caso no con una llave vulgar, sino con una ganzúa. El toque de queda, el recogimiento nocturno, ¡qué ñoñas herencias coloniales! Cerrar las puertas y los párpados simplemente, porque el sol se ha ocultado, ¡qué estrechez mental! La verdadera libertad se ejercita sin pequeñas coerciones y prescinde de puertas, de ventanas, de chapas Yale, de oscuridades ficticias…

Abramos, pues, a ejemplo de las grandes ciudades, nuestros aparadores. Demos a todos igual oportunidad de escoger con calma los trajes que han de ponerse encima en cuanto puedan, los pasteles que querrían consumir, el sombrero que le quedaría bien. Y si no queremos tomarnos la molestia de abrir nuestros escaparates, nuestras puertas, nuestros balcones, que simplemente se corra el rumor de que nos complacería mucho verlos abiertos de noche. No faltará quien lo haga por nosotros y quien, de paso, abra para nosotros esa endiablada caja fuerte que hay que manipular exactamente como un aparato de radio.

Excélsior, edición de la tarde, 29 de enero de 1929, pp. 5-6

NUEVA REFORMA DE LA LENGUA

A corta distancia del folleto que el profesor Juan León publicó y en que proponía reformas sustanciales a nuestro, piensa, incongruente vocabulario, en que abusamos de la *c*, de la *z,* de la *h,* de la *y,* letras que no pronunciamos nunca, surgió ayer, bajo este rubro, el anónimo artículo de nuestro colega matutino *Excélsior* en que se aboga por la supresión de las mayúsculas y, para muestra, se prescinde de ellas, y de las negritas, y cursivas, y de arriba y de abajo, y de todos estos recursos admirativos de que tradicionalmente se dispone en lo impreso para suplir y significar el énfasis de lo pronunciado.

Yo no iré tan lejos. Los puntos y aparte, que no uso nunca, me dan no obstante la dulce sensación de una batuta bien esgrimida. Pero existe una letra, por la que guardo un irremisible rencor y deseo por todos los medios a mi alcance contribuir a su abolición. Se trata de la *H.* Así, mayúscula, es lo más parecido a un trapecio que pueda encontrarse. Impresa y minúscula, débil silla pasada de moda, luisquincera, me es tan antipática como las antesalas en día de audiencia. Y si la manuscribís, mayúscula, bien trazáis primero una *I* y luego una *l,* sin despegar la pluma, o un número uno, después del cual, y a su lado, otro, de cuyo pie arrancáis un retrógrado rasgo que captura el primero. Y minúscula, ni es *l* ni es *n*, mixtura desagradable de ambas, tacaño movimiento reprimido que no se resolvió en la curva liberal de la *l* y que lleva a pensar que a la *n* le salió un brazo dislocado.

La gente pedante la usa en palabras compuestas, con la *p,* para, por ejemplo, palabras tan vanas de seso como filosofía. La gente mal educada la emplea en altisonantes combinaciones con la *c* (chisme). La gente respetuosa la antepone al tratamiento que da a cosas desaparecidas como el ayuntamiento, o a instituciones que persisten, como el Congreso de la Unión.

Ayudadme en la empresa. Logremos que la Real Academia oiga nuestras proposiciones y destierre para siempre del uso escrito una letra que, como ésta de que venimos tratando, es tan completamente innecesaria para entendernos. Pues si se me pide demostración de lo asentado, invito a mis lectores a encontrarla, una sola vez, sola o en connubio, en todo lo que llevo escrito. Buscadla. Será inútil. Y ya véis, llevo escrito lo mismo que todos los días.

Excélsior, edición de la tarde, 30 de enero de 1929, p. 16

INYECCIONES DE ALCOHOL

Querido colega Miguel García:

Acabo de enterarme, por *Excélsior*, del maravilloso descubrimiento de usted. Alcanzar la inconsciencia por medio del alcohol es, realmente, hazaña que hasta ahora lograron los humanos copita a copa y por la vía digestiva; pero a notoriedad alguna médica le había ocurrido utilizar el sistema circulatorio para tan obviamente superior insensibilidad, que permita la supresión del hígado con la facilidad con que se realiza la extirpación de una espinilla. Permitid, pues, que una mi felicitación más efusiva a la mención honorífica de vuestro distinguido jurado. Pero permitidme también daros un consejo o dos, ya que el diablo y yo sabemos más por viejos en el oficio que por otra cosa. Sois joven. No os guardo rencor alguno ni emulación comercial, sin embargo. Pero me parece que habéis cometido unos pequeños errores de técnica en el descubrimiento y aplicación de la anestesia por alcohol. En primer lugar, pretendíais usar de condenados a muerte, lo que, de no haberos cedido un paciente otro médico, os habría granjeado una reputación sombría; de novela de Balzac, que difícilmente atenuaríais más tarde. En segundo, confesáis y hacéis público que de los 100 animales que han pasado por vuestras manos, han dejado de existir 60 y esto ya es desconsolador para la clientela. Y luego, vuestra sustancia, tan seductora en apariencia, está condenada, si no variáis su composición, a un progresivo desprestigio en los países que no se rigen por la ley Volstead —seca—. Entre mis pacientes, al menos, hay muy pocos que prefieran el alcohol de 60 grados al contenido de una buena y rubia botella de Martell, de Hennesey o de Berreteaga, que les procura un momentáneo y dulce abandono de este mundo en que uno se aburre. No ignoráis, por lo demás, la boga de los *cocktails* en los Estados Unidos.

Preparad, pues, y lanzad al mercado, ampolletas para todos los gustos y para todas las fortunas. Brindad a nuestra doliente caravana oportunidades surtidas de sustraerse a la circulación de los vehículos por la inserción de vuestras ampolletas en su circulación personal. Yo os pronostico, yo, un éxito enorme, y os estrecho la sabia mano, en hermandad profesional, hoy más que nunca estrecha.

Por la anestesia de la humanidad.

Excélsior, edición de la tarde, 1º. de febrero de 1929, p. 16

ESPECTÁCULOS DE AYER

A diferencia de los días en que nada ocurre, fue el de ayer pródigo en acontecimientos. No sólo la manifestación del pan, sino el reglamento del vino. Y no solamente el hombre que recibió 12 machetazos en presencia de un chico y en la cabeza, como los reyes moros en el poema del Cid, sino el agente de la policía secreta que proporcionó algunos balazos a su novia, fiel a su reglamento privado de conducta hacia “todas las que no le hagan caso”, y la espantada de Cagancho, debida esta vez a una mujer ojinegra y verosímilmente burriciega. En el primer caso se trata de un desventurado ladrillero; bastante sorprendentemente, al llegar

hasta él la policía estaba casi agonizante, y por esta razón no pudo declarar con la amplitud que se hubiera deseado. Y como entró en un periodo de coma, puso un punto y aparte a la existencia.

Es por todos conceptos extraña la frialdad con que Francisco Díaz Cadena, que alardeaba de fogoso, vio caer a su víctima, y rió cuando huía a bordo de un Chevrolet —estos esquiroles nocturnos de los fordcitos—. Pero en su caso ha intervenido, para su localización, la portera. Útiles porteras. Cagancho tiene una y fue ella quien acogió a la desconocida de los ojos negros. De suerte que esta vez la portera de Cagancho equivale a los guardias que le salvan la vida cada domingo en El Toreo. Los biógrafos de este torero deben consignar en sus apuntes los datos muy reveladores que nos aporta esta aventura nocturna. Saber que Cagancho como torero es un filántropo. Que las mujeres que deseen ir a Puebla pueden ocurrir a él por la cantidad de 30 pesos, que acostumbra cederles, siempre que no tengan negros los ojos. Que ha salido de Sevilla y que no volverá a esa ciudad en tanto no pase la Feria Iberoamericana, porque el pabellón de México se engalana de muchas serpientes emplumadas. Y que por una cuestión de simples vocales el diestro ha transportado su cuadrilla y su persona del hotel Mancera en que residían, a la calle del Pánico, en la parisina y moderna colonia Cuauhtémoc.

Excélsior, edición de la tarde, 5 de febrero de 1929, p. 17

ACERCA DE TRAER CERILLOS

Me detuve en una esquina que no hace al caso; sentía deseos de fumar. Puse un cigarrillo en mis labios; pero carecía absolutamente de cerillos. La caja de resorte, con sus dos banderas y su retrato de Cagancho, no contenía sino un ejemplar quemado que guardé tímidamente ante la señora de una casa en que no había al alcance ceniceros. Esperé el paso de algún transeúnte de cara amable. Ninguno me ofreció tantas seguridades como un señor gordo, con abrigo y paraguas, con un paquete bajo un brazo y la edición vespertina de *Excélsior* en la mano libre.

—Dispense, señor, ¿tuviera la bondad de darme un cerillo?

—Con todo gusto, señor. —Al llevarse la mano al bolsillo, soltó ruidosamente el bastón. Pretendí reintegrárselo y nos dimos un tope, y ninguno de los dos lo alcanzó. Al recogerlo, se le cayó el sombrero de bola.

—Oh, no se moleste, señor —le dije—, no vale la pena.

—De ninguna manera —agregó—. Aquí deben de estar. —No estaban—. Entonces en esta bolsa —e introdujo su mano como si se tocara el hígado—. Condenado muchacho —murmuró refiriéndose a su hijo—, me los debe de haber sacado. Como ya fuma… Y estos sastres —añadió—, que hacen unas bolsas tan estrechas.

Su embarazo no tenía límites. El mío tampoco. Nos habíamos ofrecido al principio una sonrisa tan amable que nos era imposible dejar de complacernos. Yo no experimentaba ya el menor deseo de fumar. Se había creado entre ambos, por trivial pretexto, uno de esos compromisos ineludibles que desarrollan las guerras mundiales. El señor sudaba, soltaba y recogía sus paquetes. Se había despojado ya de su abrigo, de su saco, de su sombrero, que yo sostenía en mis atónitos brazos. Ahora desgarraba su camisa, mientras exploraba

desesperadamente los mínimos rincones de su indumentaria.

Por fin, jadeante, emitió un grito de triunfo. Se había apoderado de un cerillo individual, que esgrimía victorioso. Lo acercamos a la luz de un foco público, para encenderlo. Respiré de agradecimiento y de alivio. El señor lo puso en mis manos con una reverencia. Era un palillo de dientes.

Excélsior, edición de la tarde, 6 de febrero de 1929, p. 6

CENTAURO Y CINEGÉTICA

Se hallan entre nosotros dos extraordinarias personas, armenio el uno, el otro norteamericano y de nombres Armando Arafelian y Jack R. Greer, sucesivamente. Coinciden por extraña casualidad en nuestros contornos; pero más que ello y que la bifurque atención que hacia ellos nos llaman los periódicos, evidencia su similitud la peregrina dedicación de sus vidas. Pues el armenio ha hecho el viaje de Caracas a Tenochtitlán usando —abusando, mejor— de un caballo sobre el que se depositó durante 10 meses y a quien llama Ratón. Y el norteamericano se siente tan inclinado a las pieles de tigre que se ha procurado una colección de ellas, de primera mano, que estima en 100000 dólares —ganas de exagerar—. A diferencia de Bernal Díaz del Castillo, Arafelian no permanecerá entre nosotros sino el tiempo necesario para que Ratón se reanime, logrado lo cual se dirigirán a Canadá.

Por el camino, ambos —Ratón y Arafelian— tropezaron con Gaspar Rivas, que llevaba el mismo rumbo desde la tierra del faisán y del venado, sólo que a pie, y los tres trabaron conversación. Como Rivas es yucateco, los transeúntes creían que era hijo de Arafelian y repitieron por todo lo largo de la ruta la conocida fábula del burro, el padre y el hijo que iban a vender al primero y establecían el sucesivo usufructo de sus ancas, de acuerdo con la opinión pública, sin complacerla nunca. Greer no ha tropezado nunca con semejantes suyos en sus cacerías. Es la primera vez que se encuentra, sin saberlo ni pretenderlo, en el mismo sitio que Arafelian, su hermano de ensueños; que bien podía haber vendido el caballo y acogerse a las ventajas de la transmigración ferroviaria, como Greer podría simplificar su adquisición de cubrepiés si en lugar de internarse en las selvas negras ejercitara su puntería en los parques zoológicos, en que la competencia de los sabios locales hace convivir en promiscuidad los más irreconciliables especímenes, y en que no está uno expuesto a desagradables sorpresas. De hoy más quiera el destino que no tropiecen Arafelian y Greer el uno con el otro. No vaya éste, si es miope, a disparar sobre aquél. Aguárdese, si desea una piel de centauro, a que se haga ingresar a Arafelian en la jaula que necesita.

Excélsior, edición de la tarde, 7 de febrero de 1929, p. 8

MORIR EN CHECOESLOVAQUIA

La influenza española se ha vuelto políglota y se ha encarnizado estos últimos días con los pacíficos y numerosos vecinos de la República checoeslovaca. Mientras el rey Jorge, abusando de los privilegios de la nobleza, se salvó de ella, los checos mueren en tan grande cantidad que no bastan los enterradores, y eso que todos son de Praga, a enterrarlos, y hace siete días que los cadáveres yacen insepultos. La policía misma, aunque no veo la relación, ha procedido a cerrar las escuelas, probablemente para utilizar a los maestros en el acto final, y las bancas como ataúdes. Los hospitales no bastan tampoco a contener el tumulto de checos con gripe que, desesperados, mueren en el camino, al cerciorarse de que ya no hay vacantes en uno y dirigirse a otro. Y bien, úrgenos demostrar la solidaridad humana con Checoeslovaquia, solicitando de ella algunos cientos de enfermos que estamos en posibilidad de alojar en la incompleta sinfonía del Palacio Legislativo, por ejemplo, y de enterrar a cómodo precio y sin amontonamientos que aquí reservamos a ciertos teatros.

Disponemos también de un surtido de gráciles ataúdes con cristal en la tapa, última ventana que se brinda al difunto, que no han de usarse por allá, y que no costarían sino unas cuantas coronas. Aquí las coronas las ponemos sobre los muertos. Allá los entierros se pagan con coronas. Y mientras aquí se discute si los que damos por bien muertos no lo están, porque un mi colega ha descubierto que un gran por ciento de ellos, al ser exhumados, se han vuelto del revés, en Checoeslovaquia se concede a todo cadáver el derecho de reivindicarse y la oportunidad de volver a su casa si no está más que cataléptico. Porque realmente es una espeluznante perspectiva la de abrir los ojos y encontrarse contenido en un cajón que no es más grande que una tina de baño y sentir sobre sí el peso de la tierra con lágrimas que han cuchareado sobre nosotros. Y mientras no se instale, lo hemos pedido ya varias veces Joyce, Muñoz Seca y yo en nuestras obras, un timbre al alcance de la mano del muerto, un teléfono automático, siquiera el cordón de una campana, seguiremos, los enterrados vivos, sin otro remedio que dar la espalda a la creación, en protesta póstuma y secreta contra la fácil credulidad de nuestros deudos. Lo cual no está ocurriendo ahora en Checoeslovaquia, y me lleva a aconsejar a aquellos de ustedes que deseen morir verdaderamente, que se trasladen a la civilizada tierra de Smetana y de Masaryk. Cuando menos, hay chamba de enterradores para todos.

Excélsior, edición de la tarde, 9 de febrero de 1929, p. 5

LAS CIUDADES Y SU APELLIDO

Acaba de recibirse la vergonzosa noticia de que París se encuentra a oscuras. La niebla y los huelguistas son responsables por que se ponga en duda el prestigio de una ciudad que acostumbrábamos a llamar, porque no la conocíamos, “la Ciudad Luz”. Decadencia indudable de las ideas hechas. Al mismo tiempo nos advierten los cables que la Ciudad Eterna se animará de insólitas actividades, que emitirá billetes, se lanzará a la conquista del espacio, establecerá ferrocarriles; pues hasta el hoy quieto refugio de Su Santidad el Papa va a denominarse Distrito del Vaticano y habrá en él bancos y cinematógrafos. Ignoro las razones que hayan movido al jefe supremo de la Iglesia a modernizar la morada de paz que había

ganado para Roma el nombre de Ciudad Eterna. Pero presiento con tristeza que ya tampoco lo merece, pues estará expuesta a incendios, a caídas de aeroplanos, a accidentes de tráfico, como cualquiera de estas otras ciudades transitorias.

Así la nuestra. Ciudad de los Palacios, ciudad del clima ideal… que nos lo pregunten con estos ventarrones y que se asomen a las casas de "apartamentos". Que inspeccionen los *bungalows* o que simplemente pasen por enfrente del Teatro Nacional. Hace algún tiempo que Horta descubrió que el barón de Humboldt había llamado así a nuestra ciudad porque todos sus habitantes se apellidaban Palacios. Es la única hipótesis verosímil, porque se apoya en el testimonio de don Federico Gómez de Orozco, experto en libros antiguos y feliz poseedor de uno, muy anterior al advenimiento de Humboldt, cuyo colofón asegura que fue impreso *apud palatii…*

En Chicago, ciudad de las salchichas, todas las gentes son vegetarianas. En Nueva York, ciudad de rascacielos, nadie se rasca, mientras que nosotros usurpamos el acto; y Carlos Chávez despide del Conservatorio a quienes no gustan de *skycrapers*. Y finalmente, como una ironía cruel del destino, en Madrid, Villa del Oso y del Madroño, acaba de fallecer la Reina Madre.

Excélsior, edición de la tarde, 11 de febrero de 1929, p. 6

GUTY Y LOS ARRIEROS

La señora Nancy Torres, artista de Guadalajara, ha presentado una acusación contra Guty Cárdenas. Guty Cárdenas es el autor de "yo sé que nunca besaré tu boca", de "flor era ella", de "tienen tus ojos un raro encanto", y más recientemente de "culiculi, guajolote, no hay maicito qué caray". Pero sus extremidades superiores suelen abandonar el rasgueo que acompaña sus prósperas canciones y, por una vez cuando menos, sintió la vocación de lavandero en el instante en que se hallaba en el cuarto de Nancy Torres, no frente a ella, pero sí cerca de sus ropas, que distendió como hace para templar las cuerdas de su guitarra personal, y lanzó a la tina del baño con el mismo gesto desprendido con que acostumbra lanzar a la inmortalidad de los cilindros sus bellas canciones folklóricas. Cuando la señora Torres se presentó en su apartamento del hotel Panamá, encontró disueltos sus sombreros. Guty había apagado el simulacro de incendio que implicaba la camisa de fuerza de la artista tapatía, ahogándola en agua de jabón.

Aquellos que conocemos las canciones de Guty no podemos explicarnos su actitud ante las ropas de la señora, sino en función de su vocabulario. Adviértase que, a diferencia de los cancioneros que mencionan pañuelos, listones azules, zapatitos de charol, Guty no emplea para conmovernos sino objetos desnudos: "tus ojos tristes como de niño", "tu boca de púrpura encendida", "la loca y apasionada fuente de tu vida" y que las galas de su predilección, aquellas con que adorna a sus etéreas heroínas musicales, son estrellas, flor de los cielos en una estrella, y palmas, flor de los campos en una palma, flor de mi vida, flor de mi alma. Lo verosímil es que Guty, ante la probable determinación de la señora de abandonar el teatro antiarropado (determinación que prueba el hecho insólito de que usara camisa) haya tratado de

impedírselo para siempre.

Y por coincidencia fatal, al mismo tiempo que la señora Nancy Torres se quedaba sin ropa, el arriero Antonio Hernández Baldomero se quedaba sin cráneo, en virtud, él también, de una persona que acostumbra tocar el claxon y que espantó a la mula que cabalgaba.

Excélsior, edición de la tarde, 12 de febrero de 1929, p. 5

CIUDAD DE BARATIJAS

Cuando me lo autorizan mis ocupaciones, suelo salir a cerciorarme de la ciudad. Así he constituido poco a poco mis teorías sobre ella. Y ahora me encuentro irremisiblemente persuadido de que es una ciudad de baratijas. Los extranjeros lo reconocen así cuando en vez de cargar con la Piedra de los Sacrificios o con el Calendario Azteca se llevan simplemente un guaje pequeño, una cigarrera de petate, un par de aretes, una reata de San Juan del Río o un idolillo de San Juan Teotihuacán. *Mexican curious,* dicen, y se refieren a los jorobaditos de hueso, a los cocos ornamentados, a los mínimos dominós y ajedreces, a los “chinos” y peines, a las lamparitas de vidrio, a las sillitas de caja de-cajeta-de-Celaya con que se esparcimentan los niños y que han ejecutado los presos, en tanto se desarrollan los niños y, de consumidores de chucherías, el reglamento de la cárcel que los acoja ha de convertirlos en productores. ¿Recordáis los caracoles con un paisaje marino y el busto de un barco que, procedentes de Veracruz, detenían las puertas de nuestras salas, las altas y monocristalizadas puertas de nuestras superornamentadas salas? Salas como las visitas que las poblaban, llenas de baratijas, desde un techo amerengado de yeso que parecía derretirse en la lámpara atiborrada de focos y encajes gélidos, cuya luz cenital bañaba la mesa de centro, habitada y cubierta por todos los juguetes de todas las anteriores posadas y por una caprichosa cubierta deshilada o tejida, con injertos de terciopelo verde botella. Y en las recámaras, al pie de las duras almohadas, el mosaico de recortes de una colcha que implica todos los recortes de todas las blusas de todas las muchachas de la familia. No pasemos al comedor de tal casa, cuyo aparador evidencia toda la loza, con ramilletes, y esos platitos calados que recorre un listón, del que se les suspende y el botellón en medio de la mesa, sobre el hule. Salgamos a las calles abiertas, sobre cuyas aceras explaya el genio de los árabes y de los alemanes su cuchillería innumerable, sus medias, sus corbatas, sus mascadas, todo pequeño, todo barato, todo gritado, los marcos para cuadros, los cuadros para el comedor, los percheros y ganchos para la ropa. Más adelante, los “antojitos mexicanos”, por el portal, nuevas baratijas indigestivas, llenas de variantes. Y, súbitamente, una fotografía. En ella se hacen, por cómodo precio, retratos *mignon*. ¡Negad ahora que somos nada más que una ciudad de baratijas!

Excélsior, edición de la tarde, 14 de febrero de 1929, p. 13

LA CÁRCEL Y LA ESCUELA

Acabo de enterarme, con positiva indignación, de que se ha llevado a la cárcel a un mentor de la niñez, y de que se da por razón de este atropello, la de que se le fue un tiro e hirió a Esteban Ivar Otero. Esteban iba con su sobrino (nótese desde luego que iba acompañado) y salieron ambos de una cantina (¿es esto conveniente, salir de una cantina?). Al mismo tiempo, salía de la propia cantina el mentor de la niñez, a quien sus padrinos denominaron Tomás Islas Romero. (¡Lo que hay en un nombre! ¡Tomás tomó y ahora, probablemente, romerizará hacia las islas Marías!) El herido declara que, simplemente, resbaló en una cáscara y se asió para evitar la caída del desconocido Tomás. Así hacen todos los que resbalan; con muy buen juicio, se atienen a quien más sabe, y en esto no hacen mal. Sólo que Tomás es impresionable. Había acudido a la cantina, no a beber, costumbre de que forzosamente carece, sino acaso, acaso, a convertir a la sequía al hijo del propietario del humilde antro, cuyas luces intelectuales, impartidas por el impresionable y seco Tomás, no podía éste, lógicamente, permitir que opacara la turbulencia de los "calambres". Y Tomás, cuyo estado de ánimo comprenderéis si os ponéis, se sintió consultado fuera de lugar, y nervioso de suyo, la conciencia de que el sitio que abandonaba no era precisamente un templo de la ojiclara Atenea, le llevó a atribuir al suceso caracteres nefastos de asalto y despojo en la pública vía. Tomás es inclinado a las ciencias naturales. Mientras enseña al grupo plácido de sus pequeñuelos el usufructo de sus propias manos y las adiestra con las suyas a manejar el lápiz y el gis, piensa vagamente en los progresos de la mecánica y en las altas conquistas que evidencia la fabricación de los revólveres. Su vocación pedagógica fue descubierta precisamente por la incurable manía suya infantil de quitarse las cintas de los zapatos para volver a insertárselas y parar los relojes para volver a darles cuerda, calificativas científicas que le valieron la pensión normalista de su estado natal. No a otra causa se debe el que ahora Tomás disfrute de una pistola cuyo mecanismo ha aprendido de modo autodidacta. Y si bien es cierto que hirió con ella a Esteban, tened en cuenta al juzgarlo, señores jurados, que ningún sacrificio es grande por la ciencia, y que ahora ya ha aprendido Tomás para lo que sirven las pistolas. Una cosa muy semejante le fue necesaria al otro Tomás para convencerse de lo que más tarde iba a correr como aceptado refrán consuetudinario. Ver y creer.

Excélsior, edición de la tarde, 19 de febrero de 1929, p. 5

EL SOSTÉN DE LOS CIEGOS

El nuevo reglamento del tráfico, al excluir de la circulación mercantil a los ciegos, los perjudica tanto que han decidido ver al doctor Puig, en atento memorial, las injusticias de su aplicación. Ellos, que antes nos ofrecían billetes de la Nacional —un huerfanito en manos de un ciego; ¡qué conmovedora oportunidad para probar si, en efecto, hay una providencia que premia a los buenos!— u horquillas, pues no están obligados a saber que ya no se usan, o aquella *Iliada* tabloide que ellos perfeccionaban, y leían, en una escuela cuyo director es igualmente ciego, que es como poner un loco a dirigir La Castañeda (y a propósito, ¿depende esa escuela de la Beneficencia, que dirige el ingeniero Hay?) Desde las sombras, o que eran simplemente depositados por sus parientes en la acera —pase de rodillas a los transeúntes—.

Tancredos silenciosos, con la mira de enternecernos, tomos de Maeterlinck cuya elaboración combate tan encarnizadamente Salubridad, evitando la siembra de los vientos para impedir la cosecha de las tempestades oscuras, hijos de Milton y de Homero, pobres seres que no podrán ver nunca los frescos de Diego, ni las películas de Lolita, ni un pelo en la sopa. ¿Por qué los olvida la Revolución? ¿Por qué se acerca la universidad al pueblo mientras se impide que los ciegos se acerquen a los transeúntes? Si es cuestión de ornato, yo considero más desagradable y de peor agüero la proximidad de un tuerto, de un bizco o de un cojo, porque los tuertos son tan privilegiados que no tienen sino la mitad de las probabilidades de cegar que pesan sobre el resto de los mortales, y con suplir el ojo ausente por una canica, permanecer de perfil, adaptarse un remo de perenne zapato, estos inválidos parciales resuelven su problema y el de sus espectadores. No así los ciegos absolutos. Los autores del reglamento han olvidado, si pueden recordarla, su lectura del *Lazarillo.* Ignoran u olvidan "que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo", y que a aquel resurrecto Lázaro, como lo llamaría fray Gerundio, "fue así que, después de Dios, le dio la vida y, siendo ciego, lo alumbró y adiestró en la carrera del vivir". A lo mejor estos ciegos a quienes se persigue, nuevos Edipos, criaron cuervos que les sacaron los ojos, y ojos que no ven, suponen los autores del reglamento, corazón que no siente. Corazón, no barriga. Muy por el contrario, encuentro en Hernán Núñez la afirmación de que "al ojo del amo engorda el caballo", que "ojos hay que de legañas se pegan" y "oír, ver y callar arras cosas son de obrar", y raramente van juntas. Pero en dejándoles oír, como no ven, los autores del reglamento saldrán ganando, si lo reforman, un inmortal y honroso lugar en la obra maestra que algún agradecido ciego ha de redactar si se deja libre la circulación de su especie. Si no en una *Iliada,* una *Odisea,* o un *Paradise Lost*, sí, cuando menos, en una batracomiomaquia local.

Excélsior, edición de la tarde, 20 de febrero de 1929, p. 8

¡MATE LA MOSCA!

En los capítulos IV y VIII de la *Vida del Buscón* usa mi venerable maestro don Francisco de Quevedo y Villegas, de la palabra "mosca" como sinónimo de dinero, poniendo en boca del carcelero comprado la siguiente frase comentada: "Crea V. M. —dijo después de haber pescado la mosca— que en nosotros está todo el juego…" y: "al fin, yo mudé de frasecicas y cogía maravillosa mosca". ¡Todo el acervo refraneril y modísmico de nuestro folklore (suelte la mosca, cáigase con la mosca), las expresiones que usan los incultos cesantes y los injustos asaltantes, se encuentran en los clásicos de la picaresca española! Ellos ignoran sus fuentes, pero ahora que la universidad ha dejado de ser privilegio de unos cuantos, podremos, generalmente en la picaresca, hallarle cuna a nuestro vocabulario. Mas no se trata ahora de eso, sino de la campaña que estamos emprendiendo en este periódico en contra de la mosca volátil. Y para las generaciones futuras, para aquellas que sobrevengan cuando ya hayamos acabado con todas las moscas, quiero dejar sentadas hoy unas cuantas descripciones de ese numeroso y perseguido animal. Las moscas se encargan: de decorar los alambres de luz eléctrica. De poner punto final a los artículos de los escritores a mano. De fomentar la

aviación civil. De demostrar que *Clavileño,* a quien se monta en el aire, no es simplemente una patraña legendaria. De probar, por contraste, la blancura de la leche en que naufragan. De enseñarnos a manejar los cubiertos en la mesa, afilándolos uno contra el otro, como ellas hacen con sus patas delanteras. De ilustración a la moralidad de las fábulas de Samaniego y de Iriarte. De hacernos practicar el tenis cuando las perseguimos con un periódico doblado en guisa de raqueta. De labrar la fortuna de quienes conflagran venenos para ellas. Y finalmente, y no es su menor mérito, de proporcionar un tema eventual de artículo cuando se carece de otro, como es el caso.

Excélsior, edición de la tarde, 21 de febrero de 1929, pp. 5, 16

CARNE DE GALLINA

Como sabréis por la lectura de los periódicos, han sido decomisadas exactamente 134 gallinas que padecían infección intestinal y que pensaban proporcionárnoslas en mole. El incomiso delito, como es natural, ha alarmado al Departamento de Salubridad, quien ya toma las medidas del caso para evitar que se repita el peligro, y las dichas medidas consisten en que los volátiles sean sacrificados en presencia del comprador. Lo cual no viene a ser sino una resurrección de las costumbres aztecas —la Piedra de los Sacrificios— que debe complacer nuestro folklorismo celoso de las tradiciones. Hasta ahora, como en las tragedias griegas, las gallinas fenecían entre bastidores y nos eran servidas posteriormente, sin plumas, cuando mucho con los cañones en donde es difícil omitirlos. La sabrosa molleja, el hígado, la huevera y las demás menudencias que consumimos con arroz, a reserva de enarbolar una pierna que se parece a un as de bastos, pueden, lo sabemos ahora, contagiarnos sus atributos, el mal de piedra, el reuma, los cólicos hepáticos, ellos que antaño nos daban sólo la carne de gallina.

¿Y cómo, me pregunto, han podido descubrir los padecimientos gallináceos? Me informa el periódico que se les descubrió calentura, calentura de pollo, y que, según el testimonio de los indígenas —en el que conviene creer— todas las aves del bello sexo en el huacal se hallaban “culuecas” por el único gallo del conjunto. ¿Y habría sido muy grave que se vendieran en ese estado? No lo creo, francamente. Hace tiempo que las únicas gentes que comen pollo son los enfermos, y es cosa probada que ya estándolo, no habrían sino, cuando mucho, de agravarse. Además, con este impenitente sacrificio de todas las gallinas, por silla eléctrica, se corre el riesgo de matar a la gallina de los huevos de oro. Todo estaba mejor antaño, cuando ya nos traían mutilada su blanca carne. Recordemos que Feijoo desmayábase cuando su cocinera erudita y curiosa practicaba el jaripeo con una gallina agonizante. [Salto en la publicación original]. Porque no hay que olvidar que hasta la fecha no hemos averiguado qué fue primero, si el huevo o la gallina.

Excélsior, edición de la tarde, 22 de febrero de 1929, p. 13

MUERTES AL GUSTO

Los principales muertos del día de ayer fueron un chino, cinco centenarios (o sean 250 pesos oro nacional), un recién nacido, un campesino y tres habitantes de la ciudad de Nuevo León. El primero, que ignora la dulce lengua de Cervantes, escuchó en ella la sentencia de muerte, que un bondadoso intérprete le tradujo, desde el banquillo, en que se le acusaba de haber dado muerte a un compatriota suyo. Como los jurados son muy escépticos, no le creyeron que hubiera venido desde China impulsado, como Montecristo y Brunhilda, por un sordo deseo de vengar a su amado tío. Se inclinaron, juiciosamente, por la hipótesis de que una *maffia* de esas que salen en las vistas y en las novelas lo envió a suprimir a Lugo, con viáticos, y ante la imposibilidad material de dar con los autores intelectuales de su acción reprobable, concluyeron lo que el agente del ministerio público, y ya lo podemos dar por reunido con Confucio. Los cinco centenarios en cuestión fueron levemente extraídos por la muerte del apacible bolsillo tacubayense de su albergue. Pronto se verán convertidos en morralla gusaneril y han de enseñar, como todos nosotros, hidalgos y aztecas de perentoria circulación, el cobre. El campesino y el niño —¡qué hermoso nombre para un libro de texto!— dejaron la vida antes de tiempo. En su desaparición no tomó parte jurado alguno, ni eran hechos de sustancia particularmente valiosa. El primero sucumbió a machetazos porque, muy imprudentemente, no traía consigo el dinero suficiente para pagar las copas de sus amigos, mientras éstos se hallaban sedientos y traían machetes que aplicaron sobre él. Y al niño, que era de pecho, lo pusieron de espaldas en un horno de panadería, razón por la cual falleció de hambre, niño entre teleras, ratón preso entre queso. Midas, cleptómano, cogido en una caja fuerte de la que no pudo salir. Cuando se le extrajo, según unos testigos oculares, se había metido en una rosca de reyes, y según otros, había trenzado sus piernas y brazos como cualquier pan de agua de a dos por cinco. Los habitantes de Monterrey creían haber muerto a causa de la meningitis. No hay tal según los médicos, que se hacen cruces sobre la causa de su desaparición. Lo que viene a demostrar la superioridad de las muertes elementales y antiguas, la quijada de burro, la honda de David, el machete del campesino, el horno del niño.

Excélsior, edición de la tarde, 23 de febrero de 1929, p. 8

CARECER DE ENEMIGOS

No me cabe la menor duda de que algún genio antiestelar y maléfico se está ensañando contra las estrellas. Digan si no los últimos acontecimientos. De una semana acá, Pepe Ortiz, Jack Dempsey y Richard Barthelmess han sufrido un accidente cada uno, graves los tres y los tres completamente injustificados. Pepe Ortiz fue (la palabra que esperábais no la diré, porque me parece más propio decir cornado), cornado, como cualquier marido, cuando menos lo esperaba. Tomándolo por Antonio Cañero, por Alfredo B. Cuéllar o por otro cualquier caballista distinguido, el toro le brindó para cabalgar un cuerno que a estas horas debe de haberse convertido en perchero, vaso o peine; pero que en aquel instante le fue más doloroso que una estocada en el morrillo. Richard Barthelmess, huésped nuestro, como Winston Churchill, como Ben Hecht, como el usual Lindbergh, vino de Cuernavaca a presenciar el cuernatoro de Ortiz, y sufrió un síncope, pero no uno tan grave como el que le hizo sufrir una

jazz-band que profería *My Blue Heaven* en Xochimilco, durante su reciente inmersión en la Venecia mexicana. Esta *jazz-band* lo puso fuera de sí, porque está habituado a filmar con música, pero con música especial para cada momento, y era aquel un momento romántico en que esperaba, como en sus *sets* de Hollywood, vibrar a los acordes de *Poeta y campesino*. Por su parte, y su parte es la ciudad de Chicago, el ex campeón Jack Dempsey detuvo una bala con el tórax, acostumbrado, como está, a hacerlo con los moquetes que han labrado su fortuna. Cándidamente ha declarado que no se explica el hecho, porque carece de enemigos. La verdad, se necesita toda la inocencia de Dempsey para creer que se carece de enemigos en su caso. Yo lo sería, irreconciliable, si me diera un *straight*, un *upper* o cualquiera otra cosa de esas que tiene el hábito de dar, y, mexicano como soy, emplearía contra él, desde una ventana, la inteligencia de mi pistola, a falta de la fuerza de mis puños. Y al hacerlo, me felicitaría Richard Barthelmess, celoso de nuestras tradiciones, Doctor Atl rasurado, porque Richard Barthelmess, que abomina de las bandas de *jazz* en México, abominaría, igualmente, del box, al cual preferiría las pistolas, cuyo mexicanismo debe de reconocer su sagacidad folklórica. Me lo ha asegurado su doble, un jovencito que asiste a los *dancings* y que vive en el callejón cerrado de Mariana R. del Toro de Lazarín, tercer patio, vivienda 4, interior A, escalera de servicio.

Excélsior, edición de la tarde, 27 de febrero de 1929, p. 5

LAS PERSONAS CULTAS

Mis parientes, o mis lectores, deben saber a qué atenerse cuando oyen hablar de la cultura en las conversaciones. Generalmente se llama persona culta a aquella que no dice malas palabras y que, en la mesa, se conduce como si no tuviera hambre, consumiendo el arroz con huevo y lentitud, más un tenedor que maneja con la mano derecha. Su cultura sube de punto y se hace refinamiento si al terminar, en vez de hacer un buche de agua y tragárselo o arrojarlo estruendosamente, coge un palillo como quien adquiere un espárrago y lo inserta sonriente en la mentira dental de sus mandíbulas de chicle sonrojado. Porque los palillos no han logrado desterrarse del todo, a causa de que nuestra cultura es principalmente francesa, europea, y encontramos sancionado su empleo en *La verdad sospechosa*, de Juan Ruiz de Alarcón, el primer taxqueño literario: “que han de ser de oro las pajas cuando los dientes son perlas”, comenta el mentiroso don García al describir su imaginario banquete, poniendo punto final, con palillos, a la suculencia y lujo de su fiesta cabe el Manzanares. Pero los Estados Unidos, país inculto, no usa palillos de dientes delante de gente, pues ejercita su drenaje cuando despierta, merced al Pro-phy-lac-tic y al Pepsodent (un tubito para cada familia).

Pero se ha difundido últimamente un nuevo concepto, erróneo, pero persistente, de la cultura. Se cree ahora que ésta consiste en saber. Saber historia, saber ciencia, saber música, saber arte, saber literatura. Esta idea perniciosa viene de Europa y de Norteamérica. Hay que estar en guardia contra ella y he decidido por una vez poner a prueba la de mis lectores y la mía propia, por medio de las preguntas que hoy me permito formular y que contestaré mañana mismo. Piense usted mentalmente y compare después en el número de mañana las soluciones

suyas y las mías a las siguientes interrogaciones:

1.—¿Sabe usted por qué razón se mete el sol todos los días?

2.—¿Cómo se llamaba el autor inmortal de las *Manzanas del Paraíso?*

3.—Si un tren sale de una estación a las 10 horas a una velocidad de 100 kilómetros por hora y un aeroplano sale a las 11:30 con 10 pasajeros, ¿a qué hora llegarán a su destino?

Excélsior, edición de la tarde, 28 de febrero de 1929, p. 15

NUEVA PATOLOGÍA EXTERNA

Se quejan mis lectores de que, a pesar de lo que obviamente promete esta sección, y puede dar mi ciencia, no se trata en ella sino muy ocasionalmente de enfermedades y remedios. Me propongo, por hoy, escuchar sus quejas y comunicarles los primeros frutos de una nueva patología externa que preparo y que ha de granjearme la inmortalidad y una estatua. No habréis olvidado que "el hábito hace al monje", y que se conoce a las personas por la ropa que usan. Pero la ropa suele enfermarse. Nótese la prestancia, la autoridad que confiere a su usufructuario un traje nuevo y la melancolía que resulta de un traje sucio o mal planchado. Los padecimientos de la ropa se dividen en casos médicos y casos quirúrgicos. Y no existe prenda más propensa a enfermedades que los pantalones. Parece prudente, por lo tanto, tratar primero de aquellas a que se hallan comúnmente sujetos:

Contractio pantalunae o encogimiento de las piernas de los pantalones, dolorosa enfermedad común entre los adolescentes. Su primer síntoma es la aparición de un bostezo (lacuna) entre zapatos y pantalones, acompañado por un agudo sentido de humillación y una morbosa anticipación de la burla. La aplicación de un piso más a los zapatos, aunque usual, no es recomendable por drástica. Es preferible usar botas de montar, que deben quitarse por las noches, con lo que se obtendrá inmediato descanso. Con la *contractio* suele padecerse.

Inflatio genu, o sea abolsamiento de las rodilleras, con sintomatología semejante a la anterior. El paciente muestra aversión a permanecer de pie y, en los casos agudos, si se le obliga, cuelga su cabeza y fija el ojo con dolorosa rigidez en la curva de sus inflamadas rodillas.

Oases o parches, suelen aparecer en cualquier parte del pantalón, y van desde aquellos que no se advierten hasta los de carácter fatal. Los casos más desesperados son aquellos en que el parche asume un color diferente del de los pantalones *(dissimilitas coloris)*. La mente del enfermo se encuentra entonces en grave estado de aberración. Se obtendrá en este caso rápida mejoría prescribiéndole compañía alegre, libros, flores, paseos y, sobre todo, un cambio completo.

P. S. Respuestas a lo de ayer: 1.— Yo tampoco. 2.—Melón de sol. 3.—Depende.

Excélsior, edición de la tarde, 1º. de marzo de 1929, pp. 5, 17

MÁS ENFERMEDADES

Un éxito que no puede ser más halagador, ha coronado mi esfuerzo sanitario de ayer en pro de la salud del traje. Durante el día de hoy no he visto caso alguno de *corrugatio pantalunae,* y atribuyo el hecho a que todos los pacientes optaron por la compañía alegre, por los paseos o por el cambio completo y se dirigen a los teatros locales, en donde, sin embargo, contraerán una ligera *inflatio genu* de no mayores consecuencias. Demos hoy algunos otros diagnósticos médicos y tratemos, si nos alcanza el espacio, de casos quirúrgicos.

Dejando los pantalones (es decir), el saco está expuesto a sufrir menos desórdenes, que son principalmente:

Phosphorescentia o brillo, enfermedad que suele atacar a todo el sistema. Tiene su origen en la decadencia general del tejido y se agrava con el cepillo. Rasgo peculiar de este padecimiento es la aversión del paciente por salir a la calle. Con cualquier pretexto, prefiere marcadamente permanecer en su casa, y es un deber del médico obligarlo al ejercicio fuera de casa.

El chaleco suele sufrir un solo padecimiento, y éste se llama:

Molicie, mal que originan las repetidas salpicaduras del mole poblano. Es una enfermedad generalmente inofensiva, gracias a la indiferencia mental del paciente, que no suele advertirla. Puede tratarse con éxito mediante fomentos de gasolina.

Mortificatio tillis o verdor del sombrero, suele atacar a quienes padecen *phosphorescentia* y se caracteriza por la misma aversión al ejercicio.

Sterilitas o pérdida del pelo del sombrero en el caso de los *velours,* prevalece, como la pelecha de los zenzontles, en invierno. No ha logrado averiguarse si se debe a la caída del pelo o a una falta de crecimiento del mismo. El paciente pretende ocultar al médico, en el interrogatorio, la historia de su sombrero.

Odditus calcetarum, o caída de los calcetines, es cosa en sí sin importancia si se usan pantalones *balloon,* pero trágica para los oradores si se padece en combinación con la *corrugatio pantalunae.* Súbitamente, en una reunión social, el paciente se da cuenta de su enfermedad, de tan grave manera que la asistencia del médico es casi inútil.

Excélsior, edición de la tarde, 2 de marzo de 1929, p. 8

AGONÍA Y MUERTE DE LO EXTERNO

Tratemos ahora de los casos quirúrgicos. Su variedad es tan infinita que me veo privado de mencionar más de unos cuantos, aunque típicos. Ellos son: *Explosio,* o pérdida de botones, enfermedad común que requiere inmediata atención quirúrgica. Consiste en una serie de fracturas menores, posiblemente internas, que no excitan alarma alguna al principio. El sujeto experimenta una vaga sensación de incomodidad que lo lleva a menudo a asirse de los alfileres de seguridad, que llegan a constituir un hábito arrastrador y desgarrador que suele degenerar en pasión. El uso de la cera de Campeche, admirable en casos de emergencia, no debe permitirse continuadamente. El abuso de la cera de campeche en el tratamiento de la *explosio* puede conducir irremisiblemente a la

Fractura suspendorum o brinco del tirante, que produce un choque en todo el sistema. El

paciente es presa de un rudo ataque de *explosio* al que sigue una sensación clara de hundimiento y de pérdida. Las naturalezas sólidas y bien constituidas se recuperan del choque, pero aquellas que han contraído el hábito de la cera de Campeche sucumben invariablemente.

Sectura pantalunae o desgarramiento de los pantalones, tiene su origen en los alambres con púas, en los clavos curiosos y en otros objetos punzocortantes contra los cuales se sienta el paciente. En el caso de los muy jóvenes, la sectura suele presentarse acompañada por una vergonzosa supuración de la camisa. Este síntoma, sin embargo, no se presenta en los adultos. Es ésta una enfermedad más bien mental y provoca en el paciente un agudo sentido de indignidad y de valor nulo. El único remedio es la cuarentena inmediata y un cuidadoso costureo de la parte afectada.

En conclusión, puede diagnosticarse que al primer síntoma de cualquiera de estos males, el paciente no debe vacilar en dirigirse a un sastre profesional. En tres breves artículos no he podido sino limitarme a sugerir en vez de remediar. Queda, sin embargo, mucho por hacer, y el asunto nunca antes explotado de la patología externa que propongo, puede abrir campos de acción múltiple a los sin trabajo, y a los profesionales de la medicina.

Excélsior, edición de la tarde, 4 de marzo de 1929, p. 5

EL MAL HUMOR

Acaso debí decir el mal genio, porque humor implica perfume. Sin embargo, ¿por qué se dice que las gentes de mal humor echan pestes a cada momento? ¿No tiene razón el folklore? Digo que padecemos todos en México el mal temperamento, y que estamos expuestos a rabias súbitas como lucimos predisposición hacia la viruela. Todo nos da coraje, y nos enojamos por cualquier cosa. “Nos”, somos esos seres hipotéticos que escriben en los diarios; porque en realidad nadie nos conoce, pero nuestros lectores se forman pronto idea de nuestro espíritu. Aquellos de nosotros que escriben crónicas de cine y de teatro son más propensos al enojo que los demás, y no he logrado averiguar si ello se debe a que en realidad son malas las cosas que ven en los salones de espectáculos o si tanto han visto que ya no les divierte ni les complace nada. Depende un poco, yo creo, de la vocación. ¿Quién nos asegura que este mortal a quien las necesidades de la vida envían al teatro, no preferiría dormir desde las ocho de la noche, hora oficial, y tiene que permanecer en una butaca, porque los empresarios de los teatros acostumbran abrirlos por las noches, y él tiene que hacer una crónica? O bien esa señora que se llama “cineasta” y que no encuentra sino malas palabras que decir en sus crónicas, dirigidas a Hollywood; ¿no es presumible que prefiriera terminar su tejido de dos agujas? Tratando de averiguar las ocultas razones de unos y otros, de saber por qué se asegura que la película es una birria y que tal teatro es muy desagradable, que tal compañía es de segundas figuras y que Fulana no tiene voz, ni voto, mientras la birria de película, el teatro desagradable, las segundas figuras en compañía y el silencio musical de Fulana congregan, no obstante, a los oriundos de la ciudad, me he dedicado a visitar teatros y cines. Y he encontrado que en verdad los hombres no son todos iguales, porque unos se mueren de risa con lo que deja a otros impávidos, y unos aplauden, mientras otros sisean. En lo único que coinciden es

en ir todos, y el cronista. Éste se enoja por todo. A los demás, algo los enoja y algo los retiene. Tienen dos trabajos, como suele decirse. Y su misión de depuración de los espectáculos no tiene, a mis ojos, razón. Igualen la mente de los hombres, sus antecedentes, sus temperamentos, y dése a la homogénea comunidad la misma revista. Júzguese por el público y no por la desvelada. Sólo así se podría acabar el mal humor de los cronistas y de algunos de los espectadores.

Excélsior, edición de la tarde, 6 de marzo de 1929, p. 5

PÉREZ DOYLE Y PÉREZ PIRANDELO

Ahora que la Escuela de Música, Teatro y Danza se siente inclinada levemente hacia las tragedias y suscítanse discusiones entre Pepe Gorostiza, María Luisa Ocampo y Antonieta Rivas sobre lo que debe hacerse al propósito; y que en el campo intelectual las gallinas de arriba escenifican a *Los de abajo,* veo llegada mi oportunidad de ayudarles en la búsqueda de argumentos en la tesis Pro-Arte-Propio. Usted, como yo, puso ayer su vista turbada sobre el relato en que con gran cinismo hablaba de la promiscuidad amorosa de la mujer que sostenía relaciones con dos hermanos. Este dicho relato transcurre en nuestra plana central de ayer, y nunca fue más espontáneo el rubor del papel que lo contenía, que al explayar con todo género de detalles cómo Celso Pérez García, amante de Celsa Díaz Cordera, fue el chivo expiatorio del libidinoso temperamento de esta Semíramis local y murió con el Jesús en la boca, siendo el nombre de pila de su hermano.

Porque a Jesús, aunque me esté mal el decirlo, le había ordenado el destino que repartiera mensajes, repartición que la Secretaría de Comunicaciones retribuía de manera fiel y puntual, como no lo hizo la ingrata Celsa, a la cual había consagrado la entrega inmediata de su muy noble corazón, y entre la cual y sus ocupaciones oficiales distribuía las cartas nocturnas del sudor de su frente, sin recibir de Celsa la debida retribución. Acto segundo, el villano, el Caín de esta biblia de mensajeros, digo Cecilio Pérez García, llenó de amor el hueco que en razón de sus ocho horas constitucionales de trabajo dejaba Jesús cotidianamente en el alcachófico corazón de Celsa. Acto seguido, tercer acto, Jesús se disfrazó de mujer, presintió que el cordero no era ya Celsa, sino él mismo, y pudo convencerse a unos cuantos pasos de que si bien Celsa y su hermano lo engañaban, su corazón no lo engañó al anunciárselo. Lo cual es siempre un consuelo. Jesús esgrimió su puñal, lucharon cuerpo a cuerpo, frente a la que representaba el del delito, y finalmente, con aquella fina puntería que adquiere uno cuando es mensajero y nunca se equivoca de casa, insertó en el buzón del edificio de su hermano el sobre oblongo de su puñal. Ciego de ira le buscaba nuevos buzones, y tomándolo por la sección de apartados de cualquier sucursal, en todos ellos insertaba la misma carta, pasaporte para la mejor vida a que es rama que vamos cuando dejamos ésta.

Cedo este argumento esquiliano, pirandélico y nacional, a aquel de los genios domésticos a quien preocupe más verdaderamente el adelanto de nuestra escena, y me permito sugerir que se transporte desde donde se encuentre, para su representación, al joven actor Alfredo Gómez de la Vega, que puede emitir unos gritos magistrales a la hora de descubrir el engaño.

Excélsior, edición de la tarde, 7 de marzo de 1929, p. 5

LA ANTORCHA ESCONDIDA

No me permitió ayer el espacio de que dispongo, proporcionar mayor número de posibilidades a la naciente pequeña industria del teatro nacional. He observado en mí una irrefrenable tendencia a escribir largo que me regocija porque me asemeja a Proust, pero que me obliga a menudo a suspender mis consultas antes de emitir el diagnóstico. No divaguemos más, y señale yo a la atención de nuestros D'Annunzios en prosa un suceso apenas de ayer, que no obstante podría haberse registrado muchos siglos atrás, podría registrarse dentro de un año o bien podía haber dejado de registrarse del todo, multiplicidad optativa que es prueba segura de su calidad inmortal de suceso importante, "verbo y corazón", como dice María Luisa Ocampo, suceso humano y conmovedor por ende. A todo esto no he dicho de qué se trata, pero se trata de la angustia de una madre. Esta madre se angustia porque sus hijos se queman y los hijos de la madre angustiosa se queman porque han encendido un cerillo. ¡Cuántos hijos, y he ahí la diferencia, la intervención del destino en el caso especial, cuántos hijos prenden cerillos sin que sus madres se angustien! Pero mientras el común de los hijos, aquellos anónimos que no son objeto del arte, encienden cerillos para prender un cigarrito de muy remotas consecuencias, los hijos en cuestión, que no estaban aún en la edad dichosa de apreciar las ventajas de divertirse fumando sobre la de pasar el rato jugando con la basura, adquirieron a prorrata un litro de gasolina y una caja de cerillos, y a prorrata también usaron su entusiasmo prendiendo fuego a la basura y saltando sobre ella.

Arcadio Ramírez y Vicente Raya son los nombres de los dos chiquillos que debido a la imprudencia de sus padres, dice el periódico, iniciaron esta conflagración pirotécnica y se pusieron a bailar sobre ella. Otro chico los empujó hacia las llamas más fuertes y fueron casi convertidos en chicharrón, cuando llegó su madre y se arrojó a compartir su destino ígneo desde la roca Tarpeya de su amor maternal.

Mucho hay en esto de aprovechable para un drama nacional en que se luciera una compañía autóctona. Podría comenzarse diciendo que, en virtud de los simulacros de incendio que se verifican periódicamente en el estadio, la imaginación infantil y la vocación de bomberos de Arcadio y Vicente los llevó a hacer su simulacrito. Y es obvio que la imprudencia de sus padres tuvo la culpa, una imprudencia evidenciada en haberlos hecho nacer.

Excélsior, edición de la tarde, 11 de marzo de 1929, p. 5

[SIN TÍTULO]

Los indios de Zontecomatlán cazaron un maestro rural. Les molestaba aquel ente extraño, verdadera fiera en su especialidad pedagógica, que había contraído el hábito de discurrir por

el camino, como Sócrates. Los funcionarios de Educación se encuentran indignados por este acto de salvajismo, que las autoridades locales ya tratan de castigar, emprendiendo la cacería de los indios. Cuestión de conceptos.

Un chofer ebrio, José Torres, le tumbó el puesto a una vendedora, que se quejó y obtuvo el castigo de Torres y el enderezamiento de su puesto. Ya lo saben aquellos quienes tumben los puestos.

El señor López Barranco encontró vacía su tienda de rifles y revólveres, artículos de consumo necesario que no tenía por qué acaparar.

Vasconcelos cambió impresiones con la mesa directiva de su partido. Cuando uno cambia impresiones con una mesa, no cabe duda que se ha vuelto espiritista.

Murió el rey de la Coca-Cola y dejó una enorme fortuna líquida.

Una joven enajenada se extravió. Esto es lo que se llama llover sobre mojado.

Se ha aclarado el misterio de la muerte del señor Franco, porque una persona franca nunca anda con misterios.

Un policía fue acusado por haber malherido a un transeúnte; porque es vergonzoso que un policía profesional tenga un pulso menos certero que un indio aficionado de Zontecomatlán.

Dos sargentos de caballería riñeron a puñaladas en Cañitas. Se cree que por viejas rencillas, pero sus íntimos aseguran que fue por viejas coquetas.

Sigue el desfile de testigos en el jurado del técnico Villa Ortega. Evolucionamos. Antaño eran los técnicos víctimas quienes desfilaban.

La Guardia Suiza no debe tomarse como ejército. La leche suiza no debe tomarse como alimento.

Nobile ha decidido renunciar a su grado de general. ¡Hombre!

El doctor Abbot, secretario del Instituto Smithsoniano de Washington, se dedica a construir telescopios con alas de mosca. No es de extrañar que, culto lector de *Excélsior,* edición de la tarde, como es, mate la mosca.

El piloto inglés Alvin Trenum ha patentado un paracaídas del tipo militar, que ha depositado, según parece, en un banco de Nogales, Arizona.

Esperanza Iris viene a hacer una temporada relámpago. Así la parta un rayo.

Excélsior, edición de la tarde, 14 de marzo de 1929, p. 5

[SIN TÍTULO]

Un valioso códice iba a perderse en el mar. Miss Taylor (que nada tiene en común con Pérez del mismo nombre) lo donó al Museo Nacional, institución para la cual ambas cosas, Miss Taylor y su códice, eran inesperadas, tan inesperadas como los visitantes. Si estos raros fenómenos siguen ocurriendo, no faltará quien sepa descifrar el valioso códice, uno de estos días, alguien que no sea don Leopoldo Batres ni don Enrique Juan Palacios.

Y ya que hablamos de antigüedades mexicanas, la señora Concepción Batres de Palacios ha venido a arrojar luz en el misterio del crimen de la calle de Cuba. A este propósito, el juez Carlos Chico, con ser tan chico, se ha mostrado buen chico y se ha puesto activo.

Porque no somos inclinados a misterios. Nadie, ni el policía número 1365, que participaba haber hecho fuego sobre un auto que le pareció misterioso porque emitía voces de mujer.

En el teatro Hidalgo, o sea el coliseo de la calle de Regina, en seguida de *Los de abajo*, representóse *Malditas sean las mujeres*, drama en siete actos. De ahí salieron Carmen López García y su marido, pareja jarocha que había venido a la ciudad a gastar sus ahorros. Pero ¡oh funesta influencia del arte en la vida! A los pocos días de admirar *Los de Abajo*, la pareja jarocha no podía volver a su procedencia, en virtud —vaya una virtud, ¿no?— del levantamiento de Aguirre. Y el mero día de *Malditas sean las mujeres*, el marido de Carmen López García le infería por celos, más o menos justificados, una lesión en el cuello, otra en la cara, otra en un glúteo, y hasta otra. No ha vuelto a vérsele.

En cada hogar se quema un árbol por semana. Y si la cocinera se descuida, también se queman los frijoles.

Miguel Ángel Menéndez fue víctima de una maritornes, que lo dejó, literalmente, en pijamas, huyendo a Hollywood, en donde Menéndez está seguro de volver a entrevistarla. Se murmura entre los redactores de *Excélsior* que, tanto va el cántaro al pozo hasta que se rompe.

El cadáver femenino que fue hallado anteayer en la fatídica colonia Vallejo de este D. F., no fue enviado sino al Hospital Juárez. Su esposo fue mandado a la cárcel. Las autoridades mandan siempre.

Excélsior, edición de la tarde, 15 de marzo de 1929, p. 5

[SIN TÍTULO]

En lo sucesivo, la vida de los gendarmes estará asegurada. Ya lo saben los no-gendarmes.

Los ejemplares ciudadanos van a ser honrados. Los honrados van a ser ciudadanos ejemplares. Los ciudadanos honrados van a ser ejemplares numerados.

Nadie llamó a los bomberos, pero ¿quién llamó a los estudiantes?

¡Quién supiera escribir! Antonio Ramírez Hernández no sabía y su compañero el soldado Jesús López lo suplantó dirigiéndose a la anegada en lágrimas madre de Antonio, que surtió mucho tiempo de dinero a Jesús, porque no supo leer —entre líneas— que su hijo no era su hijo.

Otra madre fue más inteligente y se llamaba Úrsula García Dueñas. Su hijo había contraído el hábito de golpearla y ponerla como digan Dueñas. Su hijo era Florentino, como las dagas, de apellido Aguilar, y fue, a solicitud de la autora de sus noches, enviado a Belén, en donde se espera que, por tradición bíblica, nazca a una nueva vida de respeto a Úrsula.

En el Madison Square Garden se representará la toma de Tenochtitlán y el descubrimiento del pulque. Los asistentes serán agasajados con una toma de seltz y con el descubrimiento de una placa conmemorativa.

Un tren eléctrico se incrustó en una casa. Cansado del círculo vicioso a que lo habían condenado las circunstancias, fatigado de dar vueltas y más vueltas al mismo asunto, quiso saber qué es lo que hacen esos entes que se le sientan encima, le escupen una planilla y salen. Como "su mayor placer es servir a usted", fue a ofrecer sus servicios dentro de un hogar privado.

AVISO DE OCASIÓN: Te deseo éxito, pero no apruebo tu sistema. Espero que pronto hablemos. (Sábado pasado, diversos, tercera columna.)

Excélsior, edición de la tarde, 18 de marzo de 1929, p. 5

[SIN TÍTULO]

El Departamento del Distrito ofrece dar cien pesos a la india que se presente mejor ataviada durante el próximo Viernes de Dolores. No dice la noticia si se los va a dar antes para que se atavíe, o después, para desataviarla cuando se desatavíe.

Dice don Enrique Juan Palacios que el códice de marras no es precortesiano, sino poscortesiano, y que no lo donó Miss Taylor, sino la señorita Temple. Ah, vaya.

Los estudiantes de la Universidad del Sureste le están haciendo festejos a su rector. También los de aquí. Tiende a *normalizarse* la vida estudiantil en España. También aquí.

Simplemente para enterrar dos piernas —pues había metido las dos bajo una locomotora— el señor Lugo perdió media semana. Se muestra, sin embargo, muy satisfecho de no haber nacido ciempiés, porque no es afecto a perder el tiempo.

Andrea Guillot, predio en explotación del apache Cantán Cantón, dice que la muerta debió haber sido ella y no el transeúnte. Con que la maten, todo queda ya arreglado.

Toser en público es imperdonable. Así le dicen ahora.

A una maestra le pagaron la prima.

Un sátiro de 16 años iba a morir linchado, en una ignorante municipalidad que no conoce el valor mitológico de los sátiros.

Excélsior, edición de la tarde, 19 de marzo de 1929, p. 5

[Sin título]

Al doctor Puig le piden siempre las cosas más raras. No habréis olvidado la petición de los ciegos confederados, que exigían la libre circulación de su especie. Ahora son los empleados del Departamento Central. Los empleados, los que ya tienen empleo, pues los que no lo tienen eso es lo que le piden. Le piden los empleados una nueva vacante. Le piden una tumba gratis, y él, que ya les dio empleo, no pudo negarles entierro. Acaso haya considerado que, ansiosos de disfrutar de una granjería, se darán a ocupar la tumba obsequiada la prisa que se dieron a ocupar la previa vacante. Y en ese caso, ha de repetirse el sueño realizado del faraón —siete vacas gordas, siete vacas flacas—, siete años de vacantes en el Departamento Central, siete años de vacantes en el antiguo panteón municipal, porque ni los empleos ni las tumbas han sido concedidos a perpetuidad.

El ladrón elegante que despojó de sus riquezas personales al señor Eulogio Rodríguez Casamieva no tuvo consideración alguna con éste. Según se informa, le hizo recorrer la casa, abrir los muebles y pasar un susto horrible. Finalmente le encerró en el comedor, en donde pudo chupar un terrón de azúcar. Pero con órdenes de no salir en 15 minutos. Ahora bien: ¿cómo iba a cumplir esta orden el señor Casamieva si el ladrón le llevó el reloj?

El señor John Wright tiene excesivamente desarrollado el espíritu del ahorro. Trabajó durante 30 años a las órdenes de don Carlos McCullough y exige ahora que se le pague todo junto. Quiere $41600.00 para conocer los goces de la juventud a que tiene derecho. Pero la Junta de Conciliación y Arbitraje considera que el señor John Wright tiene bastante con $600.00 para el objeto que persigue.

El señor Alboides —¡qué buena consonante para tabloides y para h…!— fue atropellado por una bicicleta, demostrando con esto que nunca había ido a los toros.

La Barclay Curle and Co. Lted. de Glasgow, Inglaterra, acaba de bautizar en honor nuestro un barco que destina al transporte del plátano con el nombre de *Toltec*. Viene en el *Quetzalcóatl*, y Vasconcelos está de plácemes.

Una suicida advirtió a sus familiares de que iba a realizar un viaje. Pero en vez de subirse al tranvía —la entrada está por delante— se echó bajo él. Tonta.

Excélsior, edición de la tarde, 20 de marzo de 1929, p. 5

LOS QUE HE MATADO HOY

Esta mañana, como todos los días, me levanté perfectamente alegre, y al examinar mi conciencia la encontré limpia de toda mácula. Como debo ser persona instruida, me puse en seguida a leer los periódicos. Nada tan instructivo como sus columnas. En ellas aprendéis insospechadas maneras de suicidio, de rapto, de matrimonio, de asalto a las casas, a no llevaros nada de ellas en una rápida visita nocturna. Sentís un vago vahído al cercioraros de que aquellas milanesas de cerdo que os pagó un amigo la noche anterior, fueron parte integrante de un puerco melancólico y enfermo de triquina, sacrificado en la vecina y pintoresca, tradicional y visitada delegación de San Ángel. Os intriga, como a la policía, la existencia de un auto ensangrentado, porque ni vos ni el general Mijares Palencia os ponéis a pensar que muy bien puede haberle salido sangre de las narices a algún ocupante. Como os atrae el misterio, preferiríais otra versión, menos nasal, y los tangos de Rosita Quiroga toman cuerpo ante vos con la noticia de un hombre herido en un cabaret y abandonado en la banqueta, o con la de un Lolo cuya dicha cortó con tijeras un amigo de cuyo nombre no puede acordarse. En cuanto a embriagueces y sus resultados, os dice el diario que un alcalde fue depuesto por

sus conciudadanos. Os hace sonreír la noticia de un muerto a quien lloraron unos deudos apócrifos, que no salieron de su error sino hasta el momento de abrir la caja y recibir un telegrama de su verdadero pariente. Pero os indigna el proceder de una harpía que mató a palos, habiendo tan buenos revólveres, a una inocente niña. Y no comprendéis, verdaderamente, la inquina de los asaltantes del técnico, que casi le arrancaron la mano de un machetazo.

Creéis que ya acabó todo lo trágico del día, todo lo trágico cotidiano. Hasta veis, dentro de otra página, la declaración de que Esperanza Iris redoncontravuelve a redoncontradespedirse de “su” público con maravillas tales como *La viuda alegre*, y soñáis en Conchita Panadés, que va a cantar para vos, si asistís, el *Ave María* de Gounod, *Granadinas* y *Princesita*. Pero, de repente, una noticia horrible os coge el ojo. Cada 50 minutos muere un tísico. ¡Dios, y yo me he tardado exactamente el doble de este plazo, leyendo otras cosas, sin volver el oído inatento a los estertores de mis pacientes tísicos! ¡Llevo dos muertos, llevo dos muertos! ¡Esperanza Iris, pide a tu público que me perdone por ello!

Excélsior, edición de la tarde, 23 de marzo de 1929, p. 5

LOS CHOFERES BOXEADORES

¿De cuándo acá se cree que los hombres no servimos sino para una sola cosa? ¿Por qué se emite con desprecio la frase “era tan bueno para un barrido como para un fregado”? Si no bastara a demostrar la fragilidad de esa aserción el ejemplo de mi persona, curativa y literaria a la vez, yo propondría la instancia musical y quirúrgica de mi colega Ortiz Tirado, cuya perfección en la agonía de los personajes que suelen encarnar en el Iris cuando no lo ocupa su dueña, no es óbice para que impida, o retarde por un razonable lapso de tiempo, los estertores de la particular de sus otros clientes. O bien las ejemplares actividades de Antonio Caso y de José Vasconcelos, que no ignoran inciso alguno de ninguna ley reglamentaria de artículo alguno de nuestros numerosos códigos, sin que su aprendizaje haya sido obstáculo para el ejercicio de la filosofía bergsoniana, en el uno, ni de los estudios indostánicos en el otro.

Claro está que la ambivalencia de nuestras aptitudes adquiere, por regla general, un matiz solamente homogéneo, del mismo modo que los canarios, amarillos, gustan de la verde lechuga. Asimismo, una doble especialidad en el mismo sentido nos sería mortal, como el perejil a los pericos, como la sublevación a los militares. Se necesita, al escoger esa segunda vía que es la derivación de nuestras actividades obligatorias, descargar en ella todo cuanto reprimimos en éstas, y viceversa. Un tal equilibrio asegurará al ente que lo logre la felicidad del que posee dos velas, de las cuales, si una se apaga, la otra le queda encendida.

Digo, porque veo confirmadas estas meditaciones en el anuncio de las peleas de box que están registrándose entre choferes y ayudantes. Consideremos su situación, sedente y gritante, sin otra ocupación para sus extremidades superiores que la de sostener, no ya la cornamenta metálica y sumisa de una bicicleta, sino las riendas circulares en que el genio de Ford ha sintetizado muchos caballos si hípicos, hipotéticos. Las conveniencias sociales han dispuesto que existan frente a ellos entes llamados vigilantes de tráfico, motociclistas o pedestres como

un verso de Acuña, y a los que un uniforme autoriza a detener cualquier vehículo para cobrarle una multa, por la débil razón de que un poste o una persona que lo parece se ha atravesado, como en las canciones de Guty, como en la *Divina Comedia*, en medio del camino de su vida. Y los faetontos no pueden sino sonreír, enseñar y ceder su licencia, ir a encerrar el Chevrolet "acortinado" y aguardar, para satisfacer el impulso reprimido, a que se celebren estas lucidas peleas de box.

Excélsior, edición de la tarde, 26 de marzo de 1929, p. 12

CAMBIAR LAS COSAS

Aquel antiguo y grande reloj que había frente por frente del Teatro Nacional, por la avenida Juárez, encima de la fotografía Daguerre, fotografía con historia, que exhibe en sus escaparates infinitos retratos de personas muy conocidas, ha sido súbitamente suprimido. Una tarde, vi una larga escalera recostada sobre su número 3, una escalera no más grande, sin embargo, que el rojo minutero. Pero todo supuse, menos que nos lo fueran a quitar de ahí. Al día siguiente había desaparecido, y cuando, como todos los días, volteo la cara hacia donde solía estar para ver la hora (porque de la misma manera que, por muy seguros que estemos de que lo que decimos es cierto, le decimos a otra persona, lo cual equivale a solicitar su opinión y su aprobación, ya directamente, ya con una mirada, así, por buena que sea la marca de nuestro reloj, por mucho cariño que le tengamos a él o a la persona que nos lo haya obsequiado, comprobamos de manera inconsciente, en los relojes públicos o en los de nuestros vecinos, la hora que marca el nuestro), no pude hacerlo. Comprendí entonces y otras muchas veces, todas las que he pasado por ahí desde entonces y he volteado infructuosamente hacia arriba, que no deben cambiarse las cosas. Que es el abandono y el cambio lo que nos hace envejecer, sentirnos otros, extrañar. Y que así como los que vuelven a un sitio querido después de muchos años de ausencia y contemplan las mismas cosas que dejaron, el edificio hundido, el jardín polvoriento, el tranvía, la plaza pública, sienten anegarse en emoción su garganta, y consideran que han envejecido, cuando las cosas son quienes se ausentan del lugar habitual nos invade una emoción semejante de envejecimiento, de muerte, de ausencia.

Imaginad lo que ocurriría en vuestra conciencia si de la noche a la mañana vierais trasplantado el bosque de Chapultepec al Zócalo, o viceversa; si el Palacio Municipal y la Catedral, en un ingenuo juego de pan y queso, cambiaran uno al sitio de la otra; si el Teatro Nacional se instalara en el sitio que ocupa Carlos IV, y éste cabalgara hasta sustituir a los pegasos en la cercanía de los puestos y las ruedas de la fortuna. Sería cuestión de caminar hacia atrás, como los cangrejos, para no volverse loco.

Excélsior, edición de la tarde, 28 de marzo de 1929, p. 12

PERRO POR BURRO

No puede parecer conveniente, desde el punto de vista del arte, la salubre disposición de expender con licencia carne de burro, mula y caballo. ¿Recordaráis que fue Keats (o fue Shelley) quien consideró con tristeza que el disco de Newton, al disgregar el arco iris, nos robaba una ilusión más? La disposición de Salubridad es el disco de Newton de nuestro arco iris estomacal. Viene a romper el dulce encanto que experimentábamos al consumir una milanesa de lomo plateresco, cuando pensábamos estarnos comiendo una jugosa porción del mentido robador de Europa, al masticar con delectación un trozo de *Pegaso* y de *Clavileño* que el menú disfrazaba, muy artísticamente, bajo la máscara de lechoncillo al horno. No podréis negarme, si os analizáis con sinceridad, que en el fondo estáis encantados de que se os engañe. Lo ha estado siempre la humanidad y a cada paso demuestra que la historia gusta de repetirse. De aquí la mala vida de los casados si se la compara con el glorioso idilio de los novios. La linda muchacha amanece con un cerco de rímel en los párpados, como las playas, cuando baja la marea, ofrecen blancas líneas de sal ahí donde llegaron las olas, y algún tiempo después, en cuanto se le acaba la provisión de reconstituyente, no compra más porque no lo cree necesario. Si no fuera un lugar común hacerlo, os recordaría que Schopenhauer nos advierte sobre este aspecto engañoso de la belleza femenina. No os enojéis conmigo, lectoras. Reconozco que los hombres también tenemos lados decepcionantes que no advertís durante el noviazgo. Y que si bien la decepción de vernos sin rasurar o en mangas de camisa no suele, por su naturaleza misma, implicar un choque tan fuerte como el de veros sin pintura, no os es dado adivinar que esos pies, siempre bien calzados, siempre dados de grasa, con que vuestro novio os acompañaba al cine, son fríos al contacto como un huachinango o como un mal recibimiento.

Lo mismo que con el matrimonio ocurre con la carne de burro, ahora que ya sabemos lo que comemos. Pueden ocurrir aún cosas relativamente mayores, pero penadas por la ley, en la deglución de carne de perro en cocido y en el matrimonio por conveniencia. Se dice entonces que a la víctima se le ha dado gato por liebre; cosa que no debe permitir la autoridad sanitaria.

Excélsior, edición de la tarde, 8 de abril de 1929, p. 5

NO QUIERO QUESO

Me ha consternado mucho la noticia de que toda una familia que no era de ratones, sino de Veracruz, sufrió contorsiones horrendas y muerte injusta por haberse comido un queso. La desaparición colectiva, sensible siempre, es mil veces más dolorosa cuando emana de culpas mínimas como ésta. Se explica uno que un camión se vuelque desde la pintoresca y bien pavimentada carretera de Puebla y que no quede pasajero para contarnos la emoción de su aterrizaje; se explica uno los Nibelungos y que Krimilda haya originado una cruenta matanza. Pero la muerte uno por uno es la más familiar para nosotros; continúa y establece un ritmo natural, común a las estrellas y a los gusanos, a los trajes y a los palillos de dientes, a los dientes mismos, un ritmo insensible que nos hace tomar por concedida la desaparición por el uso de miembro por miembro de nuestro guardarropa, de nuestras mandíbulas y del espacio sideral. Parangonando Himalaya con pedrusco y comparando con Sirio lentejuela, el día que

sobreviene la defunción de un amigo nuestro, de uno solo, no nos falta a qué atribuir el caso ni con quién suplantar a aquél que no es que haya muerto, sino que se fue antes. Que todos se vayan o que todos se enfermen es ya un poco desolador y el fenómeno adquiere trágicos perfiles inaceptables cuando todo lo que han hecho para merecer la muerte es la inocente erogación de un queso extra en el presupuesto casero, con que el buen padre de familia sorprendió a su arribo de Veracruz a su consorte y a sus hijos. Un queso tan bueno en apariencia que el tierno corazón de quien lo adquirió en el camino no se fijó siquiera en quién se lo vendía, ni lo quiso guardar para chiquitearlo, sino que llamó a la criada y le dio una probadita.

Sor Juana Inés de la Cruz no comía queso. Ermilo Abreu Gómez, ratón de biblioteca, me lo ha confesado. Pero ahora que lo estoy pensando, es muy probable que las vacas se venguen del poco caso que se hace a sus productos y, envenenadas de ira, hayan producido bórgicos tóxicos. Lo preferible será comer, de hoy en adelante, chongos zamoranos elaborados con leche de burra.

Excélsior, edición de la tarde, 11 de abril de 1929, p. 5

---

[*] A fin de evitar repeticiones, sólo en esta página mencionamos el título de la sección que Novo publicó bajo el seudonimo de El Niño Fidencio de enero a abril de 1929 y que abarca de ésta a la página 283.

MUJERES MARCA "ERSKINE"

EN EL muy elegante prólogo que Antonio Marichalar escribió para la versión española de *A Portrait of the Artist as a Young Man,* embrión del *Ulysses* de Joyce, refiere cómo una distinguida mujer descendió de un coche de muchos cilindros, entró en una librería y se llevó de ella un volumen con dos iniciales gloriosas: J. J. El coche que la conducía ostentaba también dos caras letras: R. R., Rolls Royce. Es el caso que existe, igualmente, una marca de automóviles Erskine, y que este nombre lo da a un escritor norteamericano de nuestros días. John Erskine hereda su nombre de dos escritores religiosos ingleses, Ralph (1685-1752), autor de unos *Scripture Songs* (1754), y de unos *Gospel Sonnets* que alcanzaron la vigésimo quinta edición en 1797, y Thomas (1788-1870), amigo de Carlyle, autor de diversos trabajos teológicos cuyo espíritu de revisión —*The Internal Evidence for the Truth of Revealed Religion* (1820), *Unconditional Freeness of the Gospel, The Spiritual Order*— parece anticipar, sin la leve malicia irónica grata a nuestro siglo, el privilegio que ejercita el Erskine actual al interpretar de nuevo un material ya existente para los modos y necesidades de su propia generación.

El doctor John Erskine, de la Universidad de Columbia, cumplirá este año de 1929 los 50. Hace 20 que enseña inglés en su Universidad de origen y 23 que publicara un primer libro de poemas, *Actaeon and Other Poems,* al que siguió, en 1917, *The Shadowed Hour.* No es, sin embargo, un poeta profesional, a pesar de sus reiterados esfuerzos por reunir en volumen, de vez en cuando, aquellas pequeñas filosofías en verso que sus primeras aficiones le llevan todavía a escribir —*Collected Poems 1907-1922, Sonata and Other Poems*—. No es tampoco, aunque lo ha intentado en *Hearts Enduring,* drama en un acto, un escritor teatral. Su inteligencia analítica y su cultura le han llevado a manifestarse con mayor éxito en el ensayo, en que su bibliografía es tan numerosa como apreciable. *(The Delight of Great Books, Prohibition and Christianity and Other Paradoxes of the American Spirit, The Literary Discipline, The Kinds of Poetry,* muestras de los cuales pueden gustarse en *American Character,* antología de ensayos de Erskine.) Sin embargo, sus incursiones al campo vedado de la poesía, del teatro, de la filosofía, su profesión misma de maestro de inglés, le han equipado convenientemente para acometer, a partir de 1925, la reinterpretación y la renarración de episodios eternamente gratos. Especie de *Moralités Légendaires,* de escolios *En Marge des Vieux Livres* para cuya plena realización Erskine aporta del teatro el diálogo fácil y familiar que prescinde de narraciones y descripciones de la poesía un sentido tibio y humano, un rico, vasto y justo vocabulario, y su afición por los "grandes libros". Cumple los nombres de los suyos de Ensayos al obedecer a la "obligación moral de ser inteligente" y al exhibir, sin boato, su "disciplina literaria".

En 1925 apareció *La vida privada de Elena de Troya,* que el público consumió vorazmente. Por la primera vez, Grecia vivía de nuevo, íntima, doméstica. Clitemnestra y Agamenón eran simplemente una mala pareja. Ifigenia y Orestes unos hijos muy despreciables. El tema enorme, solemne, de los trágicos es a los ojos burlones de John Erskine tan sólo un bochornoso disgusto de familia. El libro se abre con la vuelta de Elena, ganada Troya. Menelao ha dicho simplemente a su esposa: "Elena, ya es tiempo de irnos a casa".

Pensad en Hermiona. Casi no conoce a su madre; no sabe de ella sino la leyenda, que ni admira ni envidia, de su conducta demasiado libre que los vecinos juzgan tan duramente. Su regreso destruye la burguesa quietud de un hogar en que el padre y la hija son igualmente enemigos de la notoriedad y del romanticismo y en que el matrimonio de Hermiona con su primo Orestes, aparente modelo de buen muchacho "que promete", habría acabado por borrar los escandalosos antecedentes de la familia. Elena encarna —¡con qué fuerza humana y eterna! — la comprensión sin reglas ni cánones de aquello que los freudistas llaman "libido" —ese anhelo de dicha que no hay que reprimir, y ante el hecho consumado de cuyo fracaso no opone, por supuesto, el arrepentimiento, represión retrospectiva—. Es así ella quien acoge a Orestes y le perdona después de su crimen, quien acaricia al hijo ilegal de su esclava, quien procura, realizada plenamente la suya como lo estuvo ya, la verdadera felicidad de los demás.

De Grecia, la pluma diligente de Erskine hurgó en la Edad Media. En 1926 nos dio *Galahad* —lo suficiente de su vida para explicar su reputación—. Este libro gana una nueva y admirable mujer, la reina Ginebra, cuyos amores con Lanzarote, a la sombra de ese "eterno marido" que es el rey Arturo, transforma y ennoblece el advenimiento del joven Galahad, hijo de Lanzarote y de Elena, la no amada. Tócase aquí de nuevo, como en el primer libro, el episodio de Clitemnestra, el tema lateral de Tristán e Isolda. Fundamentalmente, se pinta — Helena y Hermiona, Ginebra y Elena— el contraste entre la mujer superior y la mujer ama-de-casa, entre Lilith y Eva.

Al año siguiente, 1927, Erskine produjo un nuevo relato de este género que es ya suyo por privilegio. Tienen sus libros una deliciosa manera de aparecer cuando el año termina, como un presente de Navidad. Esta vez el tema es bíblico, como en los otros Erskine. Depurándolo, ha llegado nuestro escritor a abordar su tema con el mínimo de personajes. Nos encontramos frente a solo tres: Adán, Lilith, Eva. Adán ofrece en su rudeza todas las posibilidades de tontería de un Menelao y toda la capacidad amorosa de un Lanzarote. Conoce primero el placer estéril, la belleza sin objeto ulterior, la libertad sin códigos de la mujer-serpiente. Aparece un día, para su feliz desgracia, la mujer-madre, la mujer-hogar, Eva. Ante la disyuntiva, desnudo, hambriento, fatigado, Adán abandona a Lilith a la orilla de un río diáfano, pero incómodo, y va a ponerse el traje que le ha remendado su legítima esposa. A la puerta, Eva le aguarda, confiada y segura, mientras imparte nutrición a su hijo.

El año pasado fue nuevamente Grecia la que tentó la curiosidad rectificadora de Erskine. El personaje principal es por esta vez un hombre, el Hombre de Penélope, el ingenioso, prudente, divinal, sagaz Odiseo, más ingenioso que prudente a los ojos de su Homero norteamericano. No es cierto que los dioses le hayan impedido volver a su hogar una vez libre de sus raras entrañas el caballo de madera. Odiseo quería "ver el mundo". Había oído hablar tanto de las sirenas, de Circe, de Calipso, de Nausicaa… Bien podía llegar, después de 10 años de ausencia y de trabajo, unos días más tarde a su casa. Penélope le aguardaría de todas maneras y él podría, en sus visitas a las islas, ejercitar su don oratorio y enriquecer, al mismo tiempo, su acervo de historias por contar. A juicio de Erskine, Homero dio demasiado crédito a la narración personal y exagerada de Odiseo, que con tanta frecuencia se contradice y enreda. Las sirenas, insoportables solteronas que no comían dedicadas al arte por completo, fueron una dura experiencia para Odiseo. ¡Y qué diferencia entre Circe, tan severa, tan grosera, y Calipso, que era toda una dama y que halagó su vanidad al reconocerlo y al admirar

sus hazañas pasadas!

Una rectificación más: Homero parece haber presentido el *happy ending* cinematográfico: castiga a los villanos, exalta el valor de Telémaco, la fidelidad de Penélope, gratifica la vejez de Laertes. Erskine rechaza la estatización de Odiseo. Tras el suicidio de Euriclea, éste se encamina de nuevo a su bote, lo desata y se pierde en el mar.

Excélsior, 3 de febrero de 1929, pp. 5, 9

EL PRESENTE DE NUESTROS TEATROS

HEMOS dado en lamentarnos acerca del teatro. Ayer, a propósito de las obras mexicanas, que los actores mexicanos creen tan malas y que los autores creen tan buenas. Aquéllos rehusaban ponerlas y éstos se enojaban por ello. Y alguien pensó que el verdadero teatro mexicano, aquel que se buscaba, residía entre los mismos del Lírico y se alojaba en las adiposidades de Soto. El ujajá, el ora y el mialma, con la elocuencia de unas manos grotescas que sabían decir más que una boca gangosa por la que salían comentarios políticos de que el público habría de reír, porque "qué bien está esa revista y lo que le dicen al presidente y a los diputados". Y en tanto nuestra ciudad desaparecía del itinerario de las buenas compañías mundiales de ballet o de drama que solían acaso visitarnos, nuestros "intelectuales" sacaban de sus fragmentarias y ocasionales lecturas erudición bastante para insultarse a propósito del "concepto del teatro moderno", del arte, de la fuerza escénica y de otros temas, tan indiferentes al público de nuestros teatros como la cuarta dimensión. Y llegamos a no contar con más espectáculo que el que se llama de revistas, a pesar del grito en el cielo de los inteligentes cronistas teatrales. Los domingos, las familias iban, y todavía pueden hacerlo, a gratificar la sed auditiva y melódica del papá y la mamá, que se acuerdan de la Peralta y van a la ópera. Y entre semana, mientras los hombrecitos de la familia se iban al Lírico después de merendar, mamá y las hermanas acudían, lo cual iba a serles muy censurado por los inteligentes cronistas, a testimoniar del talento de Muñoz Seca en el Ideal y en el Fábregas. Al propio tiempo iban estableciéndose esporádicas carpas en las colonias de la ciudad. Curiosidad compasiva primero, real goce después, llevaban a sus rústicas bancas a la señora de la casa como a las recamareras, al español de la tienda como al plomero de la vuelta y al cobrador del camión. Porque a todos los hacía reír el ventrílocuo, y a quienes no conmovía la señora gorda de la excelente voz, ponía, en cambio, en trance la declamación de Guadalupe *la Chinaca* o de las injustas y rebeldes torturas de *Ladrillo*. El programa de las carpas no incluía el aperitivo de la lujuria ni el programa político; aquellas mujeres y aquellos hombres que asistían a las carpas tenían sus esposos o sus novias y, como ocurre entre el común de las gentes, ignoraban por completo al diputado en boga, por lo cual un chiste a costa de su última borrachera no les habría arrancado la carcajada de complicidad que en un teatro del centro. La gente asistía y sigue asistiendo a ellas simplemente para divertirse. ¿No residirá bajo su techo de lona el teatro mexicano que los inteligentes cronistas buscan en su cerebro —después de una lectura pirandeliana—?

Entre tanto, los espectáculos urbanos de la Ciudad de los Palacios siguieron su pendiente necesaria. Vecinos de los expendios de vino, proporcionaban una embriaguez objetiva y global, encendían los ánimos, injertaban y fomentaban odios y actitudes políticas en los espectadores, y continuaban el chisme y la discusión “contra-todo-en-general” iniciado en la cantina próxima. Nuevo espejo de costumbres, el teatro convirtióse en antecedente directo de actos y de actitudes mentales que, lejos de disolver con la gracia, fermentaban con el intencionado sarcasmo. Produciendo prósperas obras de esta clase, más de un autor adquirió para ornar su frente una costosa corona de alfalfa.

Y por ley fisiológica, hubo de aumentarse progresivamente la salsa excitante. Existe algo más lamentable que las discusiones políticas y que une, más por abajo, a mayor número de hombres; es la pornografía, a que se acudió con mejor éxito pecuniario, y que ha despertado, como es costumbre, la vigorosa e impotente censura de los cronistas teatrales. Curiosidad compasiva primero, real goce después, nos lleva a invadir noche a noche los llamados teatros para hombres solos. El fenómeno tiene una trascendencia mucho más dolorosa de la que supone la más o menos natural presencia del *voyeur* que más o menos todos llevamos dentro. Voltead hacia las galerías, repletas de gente que aúlla ante una escena que, en esencia, nada ofrece de extraordinario. Mirad esos ojos febriles, esas manos que aplauden rabiosamente. El fuego que un adorador de la música pondría ante la más perfecta ejecución de una sinfonía se tributa a una muchacha epiléptica, que se despereza en mínimas ropas. Porque se va al teatro a liberar objetivamente lo que no podemos hacer, aquel deseo reprimido e inalcanzable del melómano que asiste al concierto, aquel cuyos instintos de diputado lo arrastran al Lírico, aquel que asiste al cine para ver una casa hermosa que no puede habitar, o que devora una novela cuyo personaje hubiera querido encarnar… Pero en este caso el entusiasmo del público de galería evidencia una dolorosa represión, la insatisfacción de la libido en su forma más natural y pura, la privación personal que deriva objetivamente. Y esta represión seguirá existiendo aun cuando se cerraran los teatros para hombres solos, que no hacen sino ofrecer ocasión para su evidencia. Su supresión no curaría el mal de raíz, porque el obrero carece de suficientes centros de deporte que fatigaran su organismo en la alegría de una derivación plausible, porque el pulque y el tequila lo han embrutecido y le arrastran a una molicie libidinosa que agota sus fuerzas y rebaja su inteligencia, y que sólo ocasionalmente le lleva ahora a esos jacalones. Urgiría para matar estos teatros no cerrarlos, lo que constituiría simplemente una nueva y mayor represión, sino crear otros centros de verdadero recreo. Multiplicar las carpas, como lo proyecta el Departamento Central, siempre que no se les modifique hasta el punto de anularlas, como lo que han llegado espontáneamente a constituir, hacer venir, subvencionadas, si es preciso, buenas compañías de ballet, reforzar los deportes, hacer de la orquesta sinfónica privilegio común y amplio, serviría sin duda más efectivamente que todas las lamentaciones, a matar por inanición el triste espectáculo de los teatros para hombres solos.

Excélsior, edición de la tarde, 15 de febrero de 1929, p. 7

UN NUEVO TALENTO QUE SURGE:

EFRÉN HERNÁNDEZ

HACE algunos meses que conocí a Efrén Hernández. Estudia Jurisprudencia, tiene 20 años y nació en León, Guanajuato. Ocasionalmente escribe lo que le ocurre, pero principalmente dibuja y hace caricaturas. Sus compañeros de escuela conocen el desplante con que se ofrece a acompañar a señoritas que no ha visto nunca antes y les habla de temas ininteligibles. Los que han ido a su cuarto, en la casa de huéspedes, dicen que llama su Dieciséis de Septiembre a una extraña instalación de luces policromas de que adorna su soledad, con focos que colecciona. Y que una vez, para hacer gimnasia, usó de los tubos del agua, que rompió e inundaron la casa, sin que él se detuviera por ello. Si todo esto es cierto, nadie podría concluirlo de su apariencia de pequeño seminarista, de los tímidos lentes que cabalgan y secundan la subrayada risa de Efrén Hernández cuando saluda a las personas y cuando pregunta asombrado quién es Jean Desbordes. Porque no es su menor cualidad la de una bien cuidada ignorancia, que lo asemeja a un campo virgen y fértil, que no ha menester de abono alguno, de ninguna influencia libresca contemporánea para acendrar el "gusto" inefablemente moderno, vivo y personal de sus narraciones. Ninguna cita, una total ausencia de epígrafes y de apoyos franceses, tan gratos a todas las generaciones nuestras, ayer Hugo y Musset, hoy Lacretelle y Giraudoux, siempre lo mismo. Y cuando llega la ocasión de la cita, ésta es de Cervantes: "Cervantes nos presenta en su libro, *Trabajos de Persiles y Segismunda,* una llanura inmóvil y en ella están los peregrinos, bajo el cielo gris, y en la cabeza de ellos hay esta misma pregunta. Y en todo el libro no llega a resolverla".

Cada uno de los "escritores jóvenes" aceptados por tales del grupo mutuo, sabe dolorosamente bien el trabajo y la fatiga que le ha costado castigar su romanticismo inherente, y, en fuerza de calcas y ejercicios, producir a los 10 intentos la flor artificial de un relato decente. Maples Arce cabe, aunque quienes lo siguen lo ignoren, el monto de su deuda con Marinetti y con Tzara. Lo peculiar, lo interesante, lo que coloca a Efrén Hernández por encima de sus mayores, es la espontaneidad de su fruto, que ni endulza ni amarga, sino que simplemente gratifica y refresca el espíritu de un bueno y experimentado catador que sea capaz de dilucidar un cognac que pasa por tequila y viceversa.

Tachas, primer relato de Efrén Hernández, ha visto la luz en una bella y corta edición. Pero para las notas bibliográficas su autor carece de los bondadosos amigos que, en otros casos, se intercambian laureles. No le corre, afortunadamente, prisa alguna, como a la lluvia por humedecer fugitiva y ruidosamente el asfalto. Su manantial no ha de agotarse por un silencio que él es el primero en observar. Después de sus 20 años vendrán sus 25 y sus 30 y *Tachas* no habrá sido sino el preludio de la verdadera obra mexicana que se ha aguardado tanto tiempo y que si una generación oficial ha creído ver en *Los de abajo,* tenemos derecho a esperar que otra, menos ofuscada por las ideas y los prejuicios de que sólo aquellos relatos y aquellos cuadros que contengan fusiles son "representativos de la ideología revolucionaria", habrá de reconocer su espíritu en el de Efrén Hernández y habrá de hacerle justicia.

Por ahora, pasa sus vacaciones en León, Guanajuato. Me ha escrito:

> *Tachas* en este pueblo ha tenido muy pocos partidarios. Con excepción de unos cuantos, todos dicen, aun delante de mí, que es una sandez… Aquí la gente lee muy poco y sólo gusta de las cosas que escribió Manuel Acuña y algún otro, siempre que

digan que se están muriendo de tristeza o que se quieren matar… Don Pancho Plata, profesor de Artes en la Preparatoria, dice que en mi estilo falta fuego, pasión, en fin, algo de amor. Don Vicente González del Castillo, que es quien ha monopolizado las flores naturales del contorno en los últimos 10 años, le dijo al ingeniero Gómez que mi estilo es muy florido. El ingeniero Gómez opinó que no es florido y venció en la discusión diciendo que el padre De la Cruz lo define así: "el que desparrama todos los primores". Tuvieron ellos mismos una nueva discusión y quedaron en que estilo florido es no el que desparrama todos los primores, sino el que se engalana con ellos. De cualquier modo, yo salí perdiendo […] Sin embargo, pidieron mi colaboración para una revista local. Les di un capitulito sobre las medias, pero las Damas Católicas se opusieron a su publicación, porque les pareció un poco inmoral el título […] Antier salí a pescar y no traje ni un charal. Ayer fui al cine y se suspendió la función. Hoy no salí de casa y me robaron el único sombrero que tenía. Mañana Dios dirá […]

Diga Dios mañana que Efrén Hernández, cuando vuelva, vuelque en un relato magnífico a ese don Pancho Plata, a ese estupendo ingeniero Gómez, al laureado don Vicente González del Castillo, adorables tipos de nuestra verdadera Suave Patria, que dicen más a nuestra generación que un Demetrio Macías, que no sabe por quién pelea y cuyas hazañas no han dejado en nuestra infancia sino una dolorosa huella y una inhibición en cada uno que nada tiene que ver con la idea de patria. Denos al fin su fino y fértil espíritu la novela mexicana que no haya de incluirse en la Biblioteca de Agüeros, porque hable más al nuestro que *La calandria*, *La parcela*, *Los bandidos de Río Frío*, *Los de abajo*, y aun que novela como *Nube*, *Dama de corazones*, *Margarita de niebla…* o *Return ticket*.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 615, 21 de febrero de 1929, pp. 17, 53

RECUERDOS DE DUMAS PADRE

EL DÍA 11 del pasado mes de febrero hizo un siglo justo que el pueblo de París consagrara, al aplaudir delirantemente el *Henri III* de M. Alexandre Dumas, la vocación literaria de quien por tan largo tiempo después seguiría, divisa en su arte, "divirtiéndolo e interesándolo", al propio tiempo que el gusto público acogía y sancionaba el romanticismo. Si ha de fijarse a éste una fecha exacta, lo sería con mayor derecho la del estreno de este arquetipo del drama romántico que la del prefacio al no representado *Cromwell*, de Hugo, de 1827. "No me declaro fundador de un género —escribe Dumas en su prefacio a *Henri III*—, porque en realidad nada he fundado. Victor Hugo, Merimée, Vitet, Loeve-Veimars, Cavé y Dittmer, lo han hecho antes, y mejor que yo: se los agradezco; ellos han hecho de mí lo que soy." No ha mentido Dumas, sino parcialmente, al ceñir, como los otros románticos franceses, su deuda dramática a la inspiración shakesperiana. Un olvido que parece verosímilmente ignorancia, descarta siempre, de la cuenta genealógica, el *Goetz von Berlichingen*, de Goethe; *Die Rauberg*, la obra de Schiller, con cuyos desesperados personajes coincidirán los Ruy Blas, lacayos; los Hernanis, bandidos; los aventureros, Gennaros; los proscritos Rodolfos, de Victor Hugo, y cuyos tenebrosos cuadros históricos procurarán, a la burguesía y al populacho, la encantadora y barata satisfacción de saberse más nobles, dotados de mejor corazón que los reyes y los cardenales. Es la época de las grandes antítesis y de las grandes frases sonoras. Una tenacidad de clisé reproducirá en adelante, por mucho tiempo, la nobleza del héroe bastardo, expósito, que sale de nadie sabe dónde, envuelto en misterio, en crimen y en amor,

proyectando la gallardía de sus empresas sobre el fondo, indiscutible para el vulgo, de un pasado histórico convencional, lleno de filtros, de pasadizos secretos, de puñales, de conspiraciones. En *Henri III* se usa de Catalina de Médicis y de su astrólogo Rugiero, pareja gratísima a la imaginación popular, para poner en contacto a Saint-Megrin con la duquesa de Guisa, por medio de un filtro que, como a Julieta, dominará a aquélla. Por hábiles juegos de escena y decorado, aparece esta nueva Margarita, hoy real, ante la creciente pasión de Saint-Megrin. Y aunque la dama huye al darse cuenta del peligro que corre, olvida, al hacerlo, un pañuelo que lleva su escudo, como en *Otelo;* un pañuelo que, el vengativo duque de Guisa, advertirá al tomar asiento. Tras graves discusiones políticas, en el segundo acto, Saint-Megrin y el duque se retan a duelo. Pero en el tercero, el duque decide desembarazarse de su rival de un modo menos problemático y obliga a su mujer a escribirle una cita de la que no ha de salir vivo. La honrada duquesa se resiste; pero su marido usa un guante de hierro con el que oprime y tuerce su leve mano izquierda hasta que no ha firmado el fatal billete y entregado la llave de sus habitaciones. En el quinto acto, Saint-Megrin se presenta ante la duquesa, ebrio de amor y de felicidad, y ésta le revela la sucia intriga. Salta entonces por una ventana; un paje le ayuda a la fuga; pero al pie del muro le aguarda la muerte en forma de unos esbirros, que se la dan inmediata y múltiplemente.

Fue este drama macabro el que primero hizo saborear al empleado del duque de Orleans la miel de la gloria. El día de su estreno, lleno a reventar, Mlle. Mars, encargada de sufrir la tortura del guante de hierro, había gritado con una voz tan dolorosa la frase sublime: “Henri, vous me faites mal, vous me faites horriblement mal”, que todos los ojos se humedecieron, y nada importó que el actor Firmin, que olvidó súbitamente su papel, llenara la escena con convulsiones que despertaron el delirio del público. Cuando, entre los actos cuarto y quinto, apareció Dumas en la sala, “con la frente tan alta que sus cabellos amenazaban prender fuego a las estrellas”, fue locamente aclamado. Mucho más tarde, en 1864, conocería Antonio García Gutiérrez éxito igual y se daría por la primera vez en la escena española el caso de que un autor fuera llamado a escena por la multitud, a quien sacaba de quicio una princesa de Bulgaria, prima del emperador bizantino, a la que exalta de tal manera el valor de los almogávares y tanto avergüenza la abyección de su propia patria, que comienza por declararse española: “Yo no soy desde este día, griega, ¡no!; soy española”. (Venganza catalana.) No se exagera al afirmar que todo el teatro romántico posterior, francés y español, debe la mejor parte de sus éxitos al paso decidido y firme que dio Dumas, con el *Henri III,* en esa tergiversación cálida de la historia; en esa ampulosa exaltación del yo; en esa despiadada exposición del dolor físico; en ese sentido del “efecto” teatral que los demás, su hijo entre ellos, sustituirían en el “drama bien hecho” por la presentación, todavía elemental, de conflictos sociales y pasionales de fondo actual, de que nació el drama moderno.

Entre la producción dramática personal de Dumas y el resto de las novelas, memorias, viajes, que componen los 257 volúmenes de sus obras completas, lucen por modo extraordinario dos dramas: *Antony*, 1831, y *La Tour de Nesle*, 1832. Este último inaugura, quizás, la *Fabrique de Romans Alexandre Dumas et Compagnie,* a que haría cruel alusión un cierto Jacquot, en 1845, tras el nombre de Eugene de Mirecourt, en un folleto lleno de envidia; sentimiento que sus contemporáneos, mayores y menores, disfrazaban a menudo como desprecio. Saint Beuve, Jules Janin, antes que ellos Casimire Delavigne, y todas las otras

pelucas ilustres a quienes el torbellino desaliñado de Dumas expulsó de la consideración de las masas, en nombre del derecho, que él invocaba, de violar la historia, a condición de engendrar un hijo en ella. Fréderic Gaillardet ayudó a Dumas a escribir *La Tour de Nesle*, como más tarde el bueno y estudioso Augusto Maquet le ayudaría a servirse de las apócrifas *Memorias de M. d'Artagnan*, de Sandraz de Courtile (con que la *Nouvelle Revue Française* acaba de inaugurar una serie de Memorias reveladoras), para la confección de *Los tres mosqueteros*.

El *Antony*, representado el 3 de mayo de 1831 por Marie Dorval, actriz que había encarnado igualmente mujeres de Hugo, contiene, salvo el desenlace, una buena porción de datos autobiográficos. No es, en resumen, sino la *mise en scène* de los amores de Dumas con Melania Waldor, hija de un escritor y esposa de un capitán de infantería, a quien la astucia de Dumas mantiene a conveniente distancia geográfica, en tanto que la destierra para siempre del corazón de su mujer. Así, en el drama *Anthony*, es de origen oscuro, como Dumas, y Adela, como Melania, pertenece a otro hombre. Antony, hombre excluido de la sociedad; tipo sombrío y apasionado que, de haber declarado su origen, se habría casado con Adela, a quien ama hace mucho tiempo. Ella le ha aguardado en vano y ha aceptado finalmente casarse con otro. Pero al encontrarse, reaviva la llama de su pasión. Antony tiende un hábil lazo, en que la dama cae al propio tiempo que el telón y su honra. Pero el marido se acerca. No hay modo de escapar, ni de ocultarse. No queda otro recurso, para salvar el honor de Adela, que matarla y explicar el caso al marido, que ya nada podrá hacer. Y cuando el marido irrumpe y se detiene loco de dolor y de celos ante el cuerpo exánime de su consorte, el monstruoso Antony exclama: "Ella me resistía, y yo la asesiné". Frase sublime, frase cumbre, frase divina, para oír la cual se congregaba todo París. Nada importaban las primeras escenas, las digresiones extemporáneas sobre el teatro y su técnica, que Dumas inserta en la pieza, con tal de oír, en el colmo de la suspensión, la frase solemne. Por ello, una noche que el actor Bocage, que hacía el Antony con Marie Dorval, olvidó la frase, la gran actriz comprendió su importancia, e irguiéndose desde el sillón que contenía sus despojos, gritó al desconcertado marido: "Yo lo resistía; él me asesinó". Y estalló el aplauso, como todas las noches.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 986, 24 de marzo de 1929, p. 32

POZO DE SOLEDAD

NO HACE mucho tiempo que en ocasión de la muerte de Elinor Wylie, y con propósitos de comparación con la literatura de nuestra lengua, me ocupé en nombrar a unas cuantas, las mejores que recordaba, poetisas de lengua inglesa modernas, principalmente norteamericanas, que brotaron del dulce tronco de Emily Dickinson. No menor es la descendencia de la muy venerable Harriet Beecher-Stowe (1811-1895), a quien se debe —¿por qué no?— aquel interés por la raza negra que, desde su *Cabaña del Tío Tom*, novela que, con *Pablo y Virginia*, ha abierto las más nutridas fuentes del llanto, se ha metropolizado en dramas y en pinturas. En el año de 1875, cuando apenas había publicado Thomas Hardy *A Pair of Blue Eyes*, cuando

Meredith contaba 47 años y Henry James 32, cuando Wells, Galsworthy y Arnold Bennett no habían cumplido aún 10, George Elliot, Mrs. Henry Wood, Mrs. Alexander, Mrs. Oliphant, Rhoda Broughton, Charlotte Yonge, Jean Ingelow, Mrs. Betham Edwards, Mrs. Craik, "Ouida", Mary Elizabeth Braddon, Rosa Carey, Charlotte Dempster, Rosa Kettle, Florence Montgomery, Auna Thackeray, Jessie Fothergill y "Rita" se hallaban dedicadas, más o menos exclusivamente, a la producción de novelas, y entre las novelistas de segunda fila de la última mitad del siglo pasado, nueve de ellas eran culpables de cerca de 554 novelas, de uno a tres volúmenes cada una; lo que arroja un promedio de 61 obras por autora y un residuo que bastaría, en papel, a contener las obras completas de Flaubert.

"Escribir novelas", decía en 1897 Mrs. J. V. Parr, autora ella misma y que habla, por tanto, con conocimiento de causa, "ha devenido un empleo, una profesión, una distracción, casi podría decirse que una maldición." "La manía de ver su nombre en letras de molde" se había apoderado de su sexo al finalizar el siglo, y a partir de entonces no habría de abandonarlo. Lejos se hallaban ya, y muertos para siempre, los años en que Charlotte Yonge anunció a sus padres que había escrito una novela, terrible anuncio al que siguió un consejo de familia cuya sentencia irrevocable, ante semejante actitud, contraria a la normal en una señorita decente, fue que la autora renunciara de antemano a los posibles rendimientos pecuniarios de su atentado.

No fue, sin embargo, sino hasta el presente siglo, cuando las plumas femeninas, adaptándose a lo corriente, dejaron sus sencillos temas de amor, de sufrimiento resignado, a lo largo de todas las cuales no suele escucharse sino uno o dos besos y cuyo último capítulo suele ser siempre —como ahora en el cine, como aún en muchas novelas de cierta calidad— un doble anillo nupcial. Para la desesperación de Mrs. Oliphant, para la furia de Mrs. Linton, los problemas sexuales más descarnados llegaron a ser "tema principal de la novela", y en ellos hubieron de ocuparse poco a poco, si aspiraban a un público culto, las nuevas novelistas. Descontada por de contado Mrs. Glynn, callada por sabida Anita Loos, el paisaje de la novela femenina inglesa de hoy es como nunca fecundo, y a tal grado perfecto en cuanto a técnica que impide todo intento de separación, de apartamiento de su pareja producción masculina. Djuna Barnes, Virginia Woolf, Radclyffe Hall resisten gallardamente toda comparación en valor con sus colegas masculinos y no es una herejía afirmar que, en muchos casos, saldrían perdiendo sus colegas. Mary Webb, Kathleen Coyle, Sheila Kayo Smith, Alice Beal Parsons, Alice Hegan Rice, Gertrude Atherton, Lorna Moon, Anne Douglas Sedgwick, Stella Benson, Gertrude Diamant, para no hacer interminable la lista, discuten con libre prodigalidad temas ayer vedados siquiera al conocimiento femenino, y es conmovedor el ejemplo de Helen Galista Wilson y Emily Reed Mitchell que, a los 50 años, emprenden un viaje de 7700 millas con 350 dólares por la parte más peligrosa de Asia, sitio que encuentran *safer than Chicago*, trepan montañas, atraviesan ríos a nado y consignan sus experiencias en un libro que nombran *Vagabounding at fifty*.

El reverso de esta medalla, de la misma medalla, sin embargo, es el libro que Joan Lowell denomina *The Gradle of the Deep* (¡qué lejos estamos de aquellos nombres elementales que ostentaban los libros femeninos: *La boda de Miriam*, *Only a Woman*, *No Saint*, *Two Little Wooden Shoes*, *Good-by, Sweetheart*, o bien el nombre mismo de la heroína!) A los 11 meses de edad, Joan Lowell, de los Lowell de Boston (James Russell Lowell, Amy Lowell) fue internada en un barco del cual no salió en 17 años y en el que era la única mujer. A los dos

años de edad sabía ya escupir una curva en el viento, y ningún marino gloriosamente tatuado juraba mejor que ella. Años más tarde, es decir, hace unos meses, sus amigos de Nueva York, a quienes relató sus experiencias, la indujeron a participarlas al mundo infinito de los lectores de novelas, y al hacerlo, Joan Lowell ha alcanzado una venta y una notoriedad que hacen recordar, por su tema, a *Moby Dick*, y por su sexo y por su edad, a la conocida preferencia capilar de los caballeros.

Pero a mi juicio, las dos novelistas más importantes de hoy en lengua inglesa, y aquellas en cuya obra pretendía ocuparme con la amplitud posible al empezar a redactar estas notas, son Virginia Woolf y Radclyffe Hall. Ambas son inglesas, pero sólo esa circunstancia las une. Bastante conocida la primera, posiblemente aun del público de México, adonde suelen llegar, después de cierto tiempo, obras cuyo éxito ha hecho reimprimir en la Modern Library y en la Tauchnitz, de precio modesto, y aun cuya traducción al francés se anuncia ya, sabida como es nuestra preferencia por el idioma en que aprendimos química, preferencia que nos suele llevar a extremos tales como aguardar a que se traduzca al francés el *Tampico* de Hergeshelmer para leerlo, la obra de Virginia Woolf circula libremente por todos los países y *Orlando* y *Mrs. Dalloway* abrirán ante quien quiera leerlos la perspectiva indubitable de las obras maestras que son, y *Mrs. Dalloway* dará a quien carezca del tiempo o de la capacidad de consumir a Joyce, la idea de lo que aspira a ser la novela moderna, subjetiva y subconsciente, en tanto que *Orlando* será, para quien sepa captarlo, la cristalización, con un fondo histórico imaginario, del aserto de Otto Wetninger, de que los sexos no son simples, sino compuestos, y no dos, sino muchos.

Miss Radclyffe Hall permanecerá en cambio, por mucho tiempo, oculta en los estantes de aquellos afortunados que pudieron obtener *The Well of Loneliness* antes de que fuera expulsado del comercio y de que alcanzara la glorificación del fuego, primero por las autoridades de Inglaterra, y en seguida por las de los Estados Unidos. El *Pozo de soledad* es libro grande y nutrido, como son los buenos libros, y no procura ni busca innovaciones en la técnica de su narración. No hay en él más personajes que los indispensables para que viva y sufra la heroína, Stephen, a quien Miss Hall contempla como se contempla un espejo y que es, como ella misma, una escritora. Si pretendéis conocer el tema de esta obra que no podréis leer, pensad en Pierre Louys, recordad a las amigas de Albertina, en *La Bonifas* de Lacretelle, y tened en cuenta, para excusar mi silencio, que una madre americana en cuyas manos acertó a caer —si ello pudo constituir un acierto— este libro, alegó tiernamente para su prohibición que ella “no podía permitir que su hija leyera un libro en que la palabra amor no significa lo que usualmente”. Una madre así hay en el libro mismo. Y la opinión de la señora en cuyas manos acertó éste a caer fue de mayor peso ante las autoridades que las voces unidas de Arnold Bennett, de Havelock Ellis, de G. B. Shaw, de T. S. Eliot, de H. G. Wells, de Lytton Strachey y de cien más que pedían para el *Pozo de soledad* el derecho a la vida que, al igual que tanto papel desperdiciado, tienen las raras obras de arte que todavía suelen producirse.

Excélsior, 28 de abril de 1929, p. 5

EL CESTO Y LA MESA[*]

CORREO LITERARIO

Guillermo Jiménez, a quien usted conoce en retratos, acaba de publicar un *Cuaderno de notas* en la editorial Águilas. Esta circunstancia y el arribo de las Águilas que nos manda Lupe Vélez, acaso no son del todo cosas distintas. Maguer las erratas que adornan al libro y desesperan al autor, leerlo es un buen placer que aconsejo a todos. Concede el hacerlo paseo gratuito por entre los exegetas de San Francisco de Asís, una leve visión de Ronsard, se asiste a una misa con don Juan, se otorga la limosna de una mirada admirativa al vagabundo Panait Istrati, y se sienta uno a bien comer. Luego se asiste a un divorcio, a la Academia con Paul Valéry, al cine, al drama, y luego, caballeros de muy buen gusto, las preferimos esbeltas con Guillermo, por abdominal solidaridad.

Por su parte, Ermilo Abreu Gómez sigue prefiriendo a Sor Juana. Su correspondencia privada con Miss Dorothy Schons va siendo ya tan importante y nutrida como la que él mismo, buen oficial de partes, viola de Sor Juana, y publica con copiosísimas notas latinas en *La Voz Nueva*. Manuel Toussaint y Ermilo Abreu Gómez en México, Dorothy Schons en los Estados Unidos, y acaso Pedro Henríquez Ureña en la Argentina, son quienes todavía aman a la religiosa profesa en el monasterio de San Jerónimo de la imperial ciudad de México, y preparan, poco a poco, la edición definitiva de sus obras, que los españoles nos han dejado a hacer en tanto agotan a sus clásicos.

Loreley ha lanzado unos tentáculos de fuego para redención de húmedos, desde la tierra seca de Los Ángeles; y me he acordado de la Señorita Voluntad, de Carlos Noriega Hope. *Let's* Hope…

La literatura taxquense no se ha agotado. Después de Juan Ruiz de Alarcón, Manuel Toussaint, Manuel Horta, Francisco Monterde, le tomaron al sitio histórico retratos de perfil, de frente y de tres cuartos. Ahora es M. Eugene Pepin quien imprime, nítidamente, su conferencia sobre don Joseph de la Borde, en un *tirage limité*, con cuatro hermosas aguafuertes de Carlos Tejeda.

Y aquí se detiene la producción mexicana reciente. A menos que quiera usted que me ocupe en cierto "libelo antihispánico"…

El duce Mussolini ha ordenado la redacción de la Enciclopedia Italiana, con el propósito de

superar la Británica, fuente hasta ahora la más amplia de conocimientos aprovechables para una erudición de *quick lunch.* Esta obra comprenderá 36 volúmenes, contendrá 80000 ilustraciones y aparecerá, o estará terminada, en 1937. Su precio estará al alcance de todas las fortunas, pues para los suscritores será de 190 liras por volumen si adquieren toda la colección y de 250 separadamente. Habrá una edición especial para el Papa, el rey y el duce. Las oficinas de la Enciclopedia funcionan en el palacio de la familia Mattel que data del Renacimiento y que ha sido adquirido al propósito y amueblado, según el estilo de la época. Se cuenta con un comité consultivo italiano y con un cuerpo de colaboradores que llega a 2000, entre los cuales 100 son extranjeros. La Enciclopedia es solamente una parte de los trabajos que se propone desarrollar el Instituto Giovanni Treccani, que prepara al mismo tiempo, para que aparezcan posteriormente a los 25000 ejemplares de la primera edición de la Enciclopedia, un Diccionario biográfico de italianos y múltiples monografías de asuntos científicos e históricos. La idea de la Enciclopedia honra al senador Treccani, que en 1924, cuando era ministro de Educación, rescató la Biblia de Este, iluminada por artistas del siglo XV para Borsa D'Este, y que los Habsburgo se habían llevado de Módena, cuando, en el dicho año de 1924, esta Biblia fue subastada en París.

Sigue la boga de las biografías. Y contrariamente a la opinión de Maurois sobre el escaso valor de las autobiografías, cada vez se da mayor y mejor número de ellas. *My Life is in your Hands* (New York, Harper & Brothers, 1928) equilibra con una vida masculina de artistas teatral, la *Vida* de Isadora Duncan, de aparición también reciente, tanto en francés como en inglés. Eddie Cantor narró la suya a David Freedman, y con prólogo de Will Rogers, ahora puede leerse, y demuestra que está en lo justo Shaw cuando asegura que la pobreza, de que Cantor llegó al éxito pecuniario, es menos una desventura que una especie de crimen…

Sinclair Lewis acaba de publicar una nueva novela y espera que origine el escándalo a que tiene acostumbrado a su público con *Babbitt, Main Street, Elmer Gantry…* En ésta vuelve a usar el nombre del héroe para el libro. Se llama *Dodsworth…*

Americanos y franceses siguen haciéndose la caravana de la traducción. Las *Vidas de hombres ilustres* aparecen casi al mismo tiempo en la *Nouvelle Revue Fraçaise* y en diferentes casas de los Estados Unidos. El *Voyage au pays des Articoles,* novelita que no tiene nada de extraordinario, ha alcanzado un éxito inesperado en los Estados Unidos. Es que ahí quieren a Maurois más de la cuenta, aunque no estén correspondidos…

La Modern Library —un volumen por mes— ha variado el color de sus *jackets* y la calidad de sus exteriores. Sus cinco últimos volúmenes son *Mrs. Daloway,* de Virginia Woolf; *Swann's Way,* traducción en un solo volumen de los dos que en francés y en español (Calpe, Colección Contemporánea) tiene *Du Coté de Chez Swann.* C. K. Scott Moncrieff ha hecho la traducción al inglés y Lewis Galantiére la introducción, ambos con un grande cariño por Proust y el segundo en los términos populares de primera presentación que conviene a la Modern Library; *The Golden Ass,* de Apuleyo, en la noble y hermosa traducción de Will Adlington, firmada en

Oxford en 1566; *The Brothers Karamazov,* en un solo volumen también, traducidos por Constancia Garnett, y una segunda edición de *Antología de poesía americana,* de Conrad Aiken, que ahora se llama *A Comprehensive Anthology of American Poetry,* y que en su primera edición de 1927 se titulaba escuetamente *Modern American Poetry.* Hay una diferencia enorme entre ambas ediciones. En la primera no se consignan sino 15 poetas, entre los cuales va el autor. En la segunda, el autor se omite, y aunque sigue omitiéndose, de modo inexplicable, a Carl Sandburg, se registran suficientes poetas para llamar al libro Antología, y hállanse en ella nombres tan nuevos y tan buenos como Marianne Moore y E. E. Cummings…

Y a propósito de Proust ¿es que está decayendo el interés exorbitante que se le tributara el año pasado? Durante éste apenas se ha publicado de importante sobre él *Du Coté de Marcel Proust* de Benjamín Crémieux, que liquida con este volumen la crítica que empezara en *XX^e^ Siècle,* primera parte, antes de publicarse *Le Temps Retrouvé,* y *Au Bal avec Marcel Proust,* de la princesa Bibesco, en los *Cahiers Marcel Proust,* como cuarto de ellos. Aun León Pierre Quint no hace sino añadir, para una segunda edición en Kra, *Le Comique et Le Mystère chez Proust* que publicó el año pasado, en vista ya de los últimos tomos de *A la Recherche du Temps Perdu,* al *Marcel Proust, sa Vie et son Oeuvre* que había publicado anteriormente a ellos. Se le acabó la paciencia a la gente, como ocurre con aquellos que llegan a la página 30 de casi todos los que adquieren y luego los venden intonsos; pero ya todo el mundo se cree autorizado a hablar de Proust, o, mejor dicho, a ya no hablar. “*¿Todavía* está usted con Proust?” le dicen a uno compasivamente. Porque aparte de Julio Torri y de uno o dos más… estoy seguro de que nadie ha seguido sumergiéndose, noche a noche, en el inagotable y magnífico *lac de délices* de la Raspeliére y de Balbec…

La editorial Mundo Latino de Madrid nos ha enviado dos pequeños volúmenes con letras de un verde rabioso. *El ángel de Sodoma,* novela que A. Hernández Catá cree muy atrevida, simplemente porque el héroe es un joven a quien, aunque desea cosas un tanto extraordinarias, el autor no se las concede ni una sola vez, razón por la cual fallece, prefiriendo la muerte a la deshonra, como las mujeres del viejo Pinero, y una traducción de cinco dramas en un acto de Strindberg. Es esta misma editorial la que hace algunos años profirió las obras completas de Ibsen, traducidas por Pedro Pellicena, traducciones que tienen la culpa de que el público de habla española desprecie y prefiera ignorar, *rediez,* lo que los otros públicos admiran.

No nos ha enviado España últimamente cosa digna de mencionarse, fuera de dos cuadernitos literarios, uno de Margarita Nelken y otro de Francisco Ayala, el primero sobre tres vírgenes, el segundo sobre un boxeador y un ángel. *Hell.*

Y así por el estilo…

Revista de Revistas, año XIX, núm. 992, 5 de mayo de 1929, p. 5

BUENO, pues ahora ya todo el mundo podrá leer las memorias de André Gide, porque acaba de hacerse una edición grande de ellas, en un solo volumen que no cuesta más de 15 francos. Ya podrán solazarse algunas personas y enojarse otras. Y aquellas otras que compraron la primera edición en tres volúmenes pequeños de suntuoso papel Holanda, y que pagaron por ellos 66 pesos, y no hablaron de ellos en los periódicos de Francia, porque se los tenía prohibido el autor, ya podrán hacerlo aun en los de México. Y está claro que surgirá un Paul Souday —Sulfato de Souday— que se enoje aquí, truene contra el viejecito que, a la vejez, se ataca de viruela y cuenta todas sus puerquezas.

Se anuncia para el mes de abril, lo cual significa que llegará aquí durante el de mayo, una nueva obra del autor de *Si le Grain ne Meurt* que ha de llamarse *L'École des Femmes.* Y no es lo único, porque también en el último número de *Commerce* aparece un estudio de Gide sobre Montaigne que será pronto publicado, en forma de libro, por la casa que emite las Éditions de la Pléiade.

Marc Stéphane, a quien conocen muchísimo en su casa, ha lanzado a través de la de Bernard Grasset, un libro furibundo, *La Cité des Fous,* cuya carátula es tan imponente como su prefacio. Libro recetable a personas que deseen perder la paciencia y contagiarse de la santa rabia del autor, y volverse locos con él y con aquellos de quienes diserta.

No aprobaría tampoco, por ejemplo, el señor Stéphane, la *Belle de Jour* de Joseph Kessel, porque en este libro se abusa del privilegio concedido a la novela moderna por los descubrimientos psicoanalíticos. Severina, que tiene ocho años, atraviesa, para ir a la recámara de su madre, un largo corredor. Este trayecto, que la molestaba, lo hacía siempre corriendo. Pero una mañana, Severina hubo de detenerse a mitad del corredor. Una puerta que, en este sitio, daba al cuarto de baño, acaba de abrirse. Apareció un plomero. Era pequeño, gordo. Su mirada, filtrándose por extrañas cejas rojas, se posó sobre la niña. Severina, que era, sin embargo, atrevida, tuvo miedo, retrocedió.

Este movimiento decidió al hombre. Lanzó una breve mirada en torno suyo y luego, con ambas manos, atrajo a Severina. Ella sintió contra sí un olor a gas, de fuerza. Dos labios mal rasurados le quemaron el cuello. Ella se debatía.

El obrero reía en silencio, sensualmente. Súbitamente, Severina no se defendió más. Estaba toda blanca y lacia. El hombre la depositó sobre el piso y se alejó sin ruido.

Su institutriz encontró a Severina tendida. Se creyó que había resbalado y desmayádose. Ella misma lo creyó.

Y en adelante, durante toda su vida, Severina cumplirá el ceremonial impuesto a su espíritu por el trauma infantil de un desconocido que la estrechó en sus rudos brazos.

André Beucler ha dado un nuevo libro, *Paysages et Villes Ruses*. Libro pasivo, sin doctrina de aquellas que acostumbran insertar en sus descripciones quienes visitan ocasional y pintorescamente ese país. Sobre todo si se apellidan Álvarez del Vayo…

Y Wladimir Pozner firma la *Littérature Russe* que sigue, en los *Panoramas de las literaturas contemporáneas,* de Kra, París, a la española de Jean Cassou.

Interés por lo español. El mismo Cassou viene anunciando en las *Vidas de hombres ilustres* de la *Nouvelle Revue Française* una *Vida de Felipe II.* Lo malo es que ya se le adelantó Louis Bertrand, que sabe hacerlas tan buenas como lo ha demostrado con las de Santa Teresa y San Agustín.

Ave María Purísima. Otro libro de François Mauriac, que se llama *Dieu et Mammon.* Está muy elegante por fuera. Pero como acabo de leer su *Chapitre de Vie,* que forma parte de una nueva serie en que han de intervenir, con capítulos de sus vidas privadas, selectos escritores franceses, la mera verdad no tengo ahora ganas de leer *Dieu et Mammon…* Si le parece a usted, lo dejaremos para otro día.

Paul Morand sigue viajando y publicando el resultado de sus viajes. Después de *París Tombuctú* llega *Hiver Caraibe,* que incluye al final aquellos capítulos sobre México que en su oportunidad tradujera Xavier Villaurrutia para su publicación en *Revista de Revistas,* del 8 de mayo al 26 de junio de 1927… Lástima, pero no muy grande, que llame El Velador al Volador que recorrió con Genaro Estrada… Cada vez es más débil, más débil, el interés que despiertan las cosas y los países en este agente viajero de Morand. Y consecuentemente en sus lectores.

Las Petite Infante de Castille es el último libro que nos llega de Henry de Montherlant, hispanófilo. El anterior era *Le Genie et les Fumisteries du Divin,* siendo este *Divin* el *Divino Calvo,* Rafael Gómez, *el Gallo.* Y en él hacía una divertida teoría comparativa entre el toreo antiguo y moderno en relación con los escritores jóvenes y antiguos, hallando una sutil relación cronológica, que me da pereza recordar.

Si la pasión de la parcialidad enriquece el temperamento y lo acusa, también ensombrece el sentido crítico. Nos da la razón el señor A. M. Gossez, que acaba de publicar una antología, *Les Poetes du XX*^{e} *Siècle,* en la que se olvida, por el momento, de Paul Valery, Georges Duhamel, Jean Cocteau, Jules Romains, quienes le parecen “no representar ninguna tendencia definitiva, o representarla de modo imperfecto”. ¿No sería mejor que el señor Gossez afirmara su temperamento en actividades que nada tengan que ver con la crítica? (Eugene Figuiere, editeur.)

También los editores tienen derecho a escribir y no sólo a publicar libros. ¿Recuerdan ustedes los de Rafael Calleja? ¿Aquel espejo saludable que fue su Rusia, uno de los primeros documentos críticos sobre el nuevo estado de cosas y obras en la tierra de Ognev, el nuevo escritor de éxito merecido por su libro *Diario de Kostia Riabtzev?* Calleja se editaba en Calleja. Bernard Grasset, editor conocido, publica su libro fuera de casa, lo cual equivale a decir que Lúculo come fuera de Lúculo. *La Chose Littéraire* se llama su obra editada por Gallimard. En ella sostiene que toda producción editorial contemporánea descansa en el descubrimiento. Cada editor tiene que ser un Cristóbal Colón de no importa qué planeta con

tal que sea nuevo. El último libro, añade, es el mejor libro. Criterio de editor y de navegante curioso. ¿El mejor viaje de Simbad no era, acaso, el último? Con tal que el último no sea, sino la preparación de otro viaje, de otro libro más. Lo que importa en este libro de Grasset es la libertad con que está concebido y escrito. Dice Grasset todo lo que piensa, y aun lo que pensamos nosotros sin atrevernos muchas veces a escribirlo, sobre editores y escritores.

Dicen que Jean Cassou es de origen mexicano, lo cierto es que acaba de publicar en la serie de Panoramas de literaturas extranjeras que edita la casa Kra una *Literatura española*. Más que un libro articulado, sistemático, el libro de Cassou es una galería de retratos de escritores españoles actuales, algunos muertos ya, pero no por eso menos vivos y presentes por la resonancia de sus ideas en la obra de nuestros contemporáneos. Ejemplos: Galdós y Ganivet. El retrato de Unamuno es el mejor logrado. El de Pérez de Ayala lo sería si no fuera porque Cassou lo compara, aunque sólo sea rápidamente, con Abel Hermant. No hemos leído en la obra de este escritor nada comparable a una página de Pérez de Ayala. Si este algo existe, no sabemos por qué razón Hermant no es, en Francia, un novelista de primera fila, entre los escritores de su edad. Cassou prefiere la poesía de Antonio Machado a la de Juan Ramón Jiménez. Esto es una opinión personal que no es todavía una opinión de crítico. En cambio, Ortega y Gasset, Ors y Miró están tratados con inteligencia y conocimiento de crítico. Los jóvenes españoles no hallarán en esta obra sino sus nombres, ya que Cassou ha preferido tratar solamente a escritores realizados ya.

¿Es usted amante de Baudelaire? Esta pregunta que no podía hacerse a una dama francesa a fines del siglo pasado, la formulamos ahora sin miedo de ruborizar a nadie. Con una introducción y cuidadosas notas, Jules Mouquet acaba de publicar en las ediciones Emile-Paul, nuevos versos de Baudelaire. Obras de juventud —no falta el proyecto de obra tetral en verso que esta vez llama *Manoel*, y que Baudelaire concibió, si Mouquet no juega demasiado a las hipótesis, en el año de 1843.

¿Hasta qué punto es conveniente publicar los poemas juveniles y de dudosa paternidad de un autor consagrado? Los admiradores se olvidan que si su propio entusiasmo no disminuye con la publicación de estos momentos de dudosa procedencia y gusto, la de los lectores desapasionados puede sufrir un descenso.

Aquello que sirve al hombre para su conocimiento, perjudica al poeta para su gloria. Con esto se plantea un problema nada sencillo de ética y estética literarias. Wilde preferiría que no se publicaran los documentos. Gide, que se publicaran.

Hasta luego.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 993, 12 de mayo de 1929, p. 5

REVISEMOS revistas, si os place. Y comencemos por la de *Occidente*, número de marzo, que

hoy nos llegó. Primero los anuncios. Eduardo Spranger, traducido por J. Gaos, y uno de esos alemanes gratísimos a Ortega y Gasset, contribuye a los nuevos hechos y a las nuevas ideas del mundo con un volumen número XXIX que se llama *Psicología de la edad juvenil.* Ya lo vi en los escaparates y vi también uno de don Ezequiel A. Chávez que lleva por título *Psicología de la adolescencia,* que seguramente contribuye, de igual manera, ideas nuevas y nuevos hechos, y que cuenta un volumen igualmente gordo. Tan gordo que estoy seguro de que empieza uno a leerlos en la edad juvenil, llega a la senectud, y no ha terminado de leerlos…

Luego viene la *Abandonada en el rastro,* de Gómez de la Serna, novela; "El espíritu filosófico y la femenidad", conferencia de Manuel G. Morente; una "contribución histórica al problema del barroco", *Rembrandt y Spinosa,* de Carl Gebhardt; una conferencia más, de Corpus Barga, sobre pintura nunca vista; un relato de Franz Werfel —autor de *Juárez y Maximiliano*—, *La muerte del pequeño burgués,* y *Notas finales: sobre la muerte de Rafael Barradas,* que firma Jarnés; sobre la *Littérature Espagnole* de Cassou, que suscribe Antonio Espina; sobre *Cal y canto,* de Rafael Alberti, por José María Quiroga Plá. Antonio Espina se retira de la literatura, según anuncia la *Gaceta Literaria* de 15 de abril, para dedicarse a la política por algún tiempo…

La *Revista de Occidente* mexicana, o sea *Contemporáneos,* se encuentra consecuentemente falta de contribuciones importantes; pues sabido es, por sus amigos, que sus editores han cambiado su residencia a Europa, dejando en los hombros de Bernardo Ortiz de Montellano la enorme tarea de velar, él solo, por la cultura mensual de México.

Su número 11, de abril, carece de poemas, pero se engalana de prosas insólitas y brillantes, tales como *La espuma,* de Salazar Mallén; las *Leyendas zapotecas,* de Andrés Henestrosa; un nuevo estudio-resumen-de-estudios-sobre-don-Juan, por Leopoldo Salazar Viniegra y *Dados-tres,* de Octavio Barreda. A lo cual siguen óleos de Manuel Rodríguez Lozano y trazos de *La conversación* de André Maurois, puestos en el más sonoro y legítimo castellano por José Gorostiza.

Crisol es otra revista mensual mexicana cuyo programa incluye el pago de colaboraciones, ya que "todo hombre es dueño de lo que produce", y el esclarecimiento de la ideología revolucionaria, al margen de la literatura inútil, burguesa, etc. Antonio Espinosa de los Monteros suda un artículo por número, y en ellos se pone valiente. Todos los empleados le estamos muy agradecidos por la brillantísima oposición a los ceses que hace en el último número…

Los *Cahiers de l'Étoile* son, *à peu près,* desconocidos en México, adonde han llegado, sin embargo, los cuestionarios que sabéis, enviados por ellos a los pensadores de todo el mundo a fin de encontrar por encuesta la fórmula de la inquietud contemporánea. Tengo el número 1, enero-febrero, y el 2, marzo-abril de 1928. J. Krishnamurti se lleva todo el número último, con poemas y con artículos. Quiero advertir a quienes hayan recibido los cuestionarios de los *Cahiers de l'Étoile,* que si desean complacer el criterio de tal revista, lean antes de redactar sus respuestas, *Sadhana* de Tagore o, en su defecto, un libro cualquiera de… Annie Besant.

La *Nouvelle Revue Française* de abril contiene el primer capítulo de una nueva novela de Jules Romains, sobre quien hay más adelante un estudio de Jean Prévost, *La Conscience Créatice Chez Jules Romains*. Un estudio sobre el *Bonheur du Crétien* de François Mauriac, *Pages Retrouvées* de Gide, *Lettre du Naufragé* de André Wurmser y *Le problème de l'Occident*, discutido por René Gillouin.

En la sección de ensayos, Ramón Fernández escribe uno sobre la poética de la novela, y en la de letras extranjeras, Stuart Gilbert, uno de los traductores al francés de *Ulises* de Joyce, un largo estudio sobre esta obra. A propósito de este estudio, Francis de Miomandre, el *enfant terrible* de las *Nouvelles Littéraires*, escribe en ellas que, como una buena persona decente, ha leído las 900 páginas de *Ulises*. Y que en seguida ha visto el estudio, que es también una explicación, de Gilbert. Que ahora, ya más documentado acerca de la significación de los paisajes oscuros de la obra en cuestión, se pondrá a releerla, seguro de que esta vez ya la podrá entender íntegra.

Porque después de dos años de constante trabajo, cuatro literatos, el autor mismo, Valéry Larbaud, Auguste Morel y Stuart Gilbert, dieron cima en febrero de este año a la traducción de esta obra, máxima de la literatura universal, que resulta en francés mucho más gruesa que en el original inglés, y de la cual se han tirado 25 ejemplares en papel Holanda, a mil francos cada uno, enteramente suscritos dentro de Francia desde antes de su aparición, 100 más en Velin d'Arches, numerados del 1 al 100 y un resto hasta 1000 a nada más 200 francos. Porrúa, Robredo y Misrachi los tienen aquí de venta…

Don Manuel León Sánchez, infatigable editor de clásicos olvidados de México; que con don Luis González Obregón nos diera a conocer las calles de esta ciudad, sus leyendas, y luego las obras de Vicente Riva Palacio, así como *Los bandidos de Río Frío*, nos prometió desde la publicación de éstos la de *El hombre de la situación*, que ahora cumple, con lo cual se completa, espero, la ópera omnia de Manuel Payno, de cuya escasez se dolieron cuantos en estos últimos tiempos se interesaban, por la novela mexicana y su historia, particularmente Francisco Monterde en el prólogo-estudio sobre ella que puede hallarse en la *Bibliografía de novelistas mexicanos* de don Juan B. Iguíñiz.

Infatigable despierto, dormido despierto, Valery Larbaud regala a la curiosidad francesa la traducción de *Ideas y gérmenes de novelas* de Nathaniel Hawthorne, clásico norteamericano, ignorado o punto menos que ignorado en Francia. A las ideas de Nathaniel Hawthorne precede una nota de presentación escrita por el propio Larbaud. Una sola anotación de Nathaniel Hawthorne nos dará muestra de su sentido de adivinación de los rumbos que siguió la novela. Dice así: "Hacer de nuestra propia imagen vista en el espejo, un asunto de novela".

Esto en la revista *Commerce*, en el número en que colaboran André Gide, con unas notas sobre Montaigne, León-Paul Fargue, con poemas en prosa, y Paul Valéry con un estudio más sobre Leonardo.

Una de cal y otra… de canto, son las porciones del nuevo libro de poesías de Rafael Alberti. El canto es el mismo de su *Marinero en tierra*, pero más afinado que el de *La amante*. La cal

de este libro, ciega. Sienta mejor a Alberti la poética y, mejor, la retórica que no el humorismo. Ángel y gracia —con minúsculas— son los amigos naturales de Alberti. El humorismo es su enemigo. Bórrelo del pizarrón de su poesía. Quede la retórica precisa de sus sonetos, de sus tercetos y la poesía de *Los ángeles albañiles* que preludia, creo, el nuevo libro que ya anuncia *Sobre los ángeles* que seguirá a este *Cal y canto (Revista de Occidente).*

Del libro *Art of the Night* de George Jean Nathan (New York, Knopf), tomo estas frases para que usted medite en ellas:

La crítica es, o puede ser, una de las más nobles obras de Dios.

Perseguir a un crítico destructivo es comparable a desterrar a Voltaire o a crucificar a Jesús.

Un drama es simplemente una novela mal escrita y una novela es simplemente un drama bien escrito.

La influencia de Shaw en la crítica dramática es una maldición.

La comedia es intrínsecamente descomedida.

Los comediógrafos franceses de comedias "sexuales" son tan inocentes como los niños que usan pantalones largos.

Cuando se representa *La multitud* de Galsworthy, la obra derrota el propósito del autor al despertar emociones patrióticas.

En tanto Shaw es metafísicamente sadista, Pirandello es metafísicamente masoquista.

Lejos de ser *Lo que toda mujer sabe*, el drama menos sentimental de Barrie, es el mayor monumento al principal vicio del autor.

Nada de lo escrito en los últimos 20 años acerca del drama de Shakespeare contiene cosa alguna seria que pudiera interesar al estudiante que conoce la crítica shakesperiana de los años anteriores.

Los ingleses acaban de dar el colmo de los ejemplos de colaboración y bibliofilia en un cierto club literario, del cual 26 miembros escribieron una novela. Uno de ellos escribio los dos primeros capítulos, otro los tres últimos y 24 personas un capítulo cada una. La novela se llama *A Chiltern Complication* y no existen sino dos ejemplares de ella.

Amén.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 994, 19 de mayo de 1929, p. 5

DEBERÍA haber clases técnicas de educación en la ciencia de los obsequios, dice H. H. Munro *(The Works of Saki, Reginald and Reginald in Russia,* New York, The Viking Press, MCMXXVIII). Nadie parece tener la menor noción de lo que otro quiere, y las ideas que prevalecen en este asunto no honran a comunidad civilizada alguna.

Tenemos, por ejemplo, la pariente femenina que vive en el campo y que "sabe que una

corbata es siempre útil”, y le envía a usted algún horror moteado que no puede usarse sino en secreto. Claro es que podría haber sido útil si la hubiera guardado para atar ramas, ya que habría servido el doble propósito de sostener los brotes y de espantar los pájaros… Hay tías. Son siempre una clase difícil de manejar en asunto de obsequios. Y lo malo es que uno nunca las coge lo bastante jóvenes para educarlas; al tiempo que uno las ha convencido de que los mitones rojos tejidos no se usan por ahora, se mueren, o riñen con la familia, o hacen alguna otra cosa igualmente desconsiderada…

Tras un prolongado silencio, después de haber anunciado que se retiraba de las letras, que no contestaría una sola carta, etcétera, Maeterlinck ha escrito y publicado en los *Cahiers Libres* una pequeña pieza de teatro en un acto, *Berniquel*. Y lo asombroso no es precisamente esto, sino que *Berniquel* sea un segundo *Cocu Magnifique* más burlesco aún que el de Cromelink y, por lo tanto, completamente inusitado dentro de las piezas Tyl-Tyl, Gyl-Gyl, silencio, sombra y pájaro azul a que nos tenía acostumbrados este viejito que ahora echa al aire la cana de un *vaudeville…*

Henri Deberly acaba de publicar *(NRF*, París) *Tombes sans Lauriers*, relato de guerra que hace pensar en *La Croix des Bois* de Roland Dorgeles y que constituye una decepción para quienes hayan leído su obra anterior, *Un Homme et un Autre* y esperaran que Deberly continuase con los mismos temas. *L'Impudente* y *Le Suplice de Phedre*, novelas suyas anteriores, son mucho mejores que la última. Prepara *Auguette Le Main*.

Ya fue traducido al español el libro de Tcheng Cheng que se llama *Mi madre y yo*, y que apareciera en francés a fines del año pasado con un prólogo de Paul Valéry. Tcheng Cheng es un chino, por supuesto, y pretende que su civilización y la occidental se entiendan, lo que espera que ocurra si leen sus libros los interesados en su ocurrencia.

Se han extrañado mucho los críticos de que Jean Prévost, en *Dix-huitieme année (NRF)*, haya dado principio a sus memorias en sus años veintes. No comprenden que es la única edad en que se deben escribir, y que nuestra generación ha visto más cosas interesantes de relatar que las que aguardaban a cumplir los 40 para principiarlas… sin tener nada que contar.

Henri de Régnier, de la Academia Francesa, dice semiverdades en su reciente libro *Lui ou les femmes et l'Amour* (Kra, París). He aquí algunas:

> Es mucho más fácil encontrar máximas sabias y rasgos picantes acerca de las mujeres, que conformar nuestra conducta a su respecto.
>
> Si todo el mal que se ha dicho de las mujeres fuera cierto, estarían muy cerca de la perfección.
>
> Las mujeres son capaces de todo: los hombres, de lo demás.
>
> La vejez es, en los hombres como en las mujeres, una suerte de remanso de las aguas de la vida. Según los seres, se descubre en ella un fondo de roca, de arena o de lodo.
>
> Una mujer no se mira al espejo solamente para verse, sino para ver cómo la miran.
>
> De un hombre todo es posible. De una mujer todo es probable.
>
> No hay mujeres peores que otras.

Me ha dicho una mujer: "Nosotras no hemos sido hechas para ser agradables, sino para ser amadas".

Cuando las mujeres han dicho a alguien lo que llaman "la verdad", se creen, desde entonces, todo permitido con respecto a él, tanto les parece el haberlo dicho no sé qué de excepcional y de heroico que les asegura para siempre una especie de privilegios de impunidad.

Las mujeres están a menudo contentas, pero son muy raras veces felices.

Decía de la señora D…: "No solamente no sabe lo que no debería decir, sino que ni siquiera sabe lo que dice".

Las mujeres no son malas, pero las mejores son justamente demasiado buenas para que no podamos decir que no lo son.

Amar a las mujeres implica que preferimos el placer que nos dan a las molestias que nos causan.

Las mujeres son muy raramente amadas como lo querrían ser, es decir, por un Dios todopoderoso que les diera todo y no les pidiera nada.

Le decía: "No me hagas feliz; déjame serlo".

Lo que una mujer llama "trabajar por nuestra felicidad" es hacer ordinariamente todo lo necesario para destruirla.

En todas las mujeres hay una mujer y en cada una hay muchas.

Nunca conoceremos de las mujeres sino lo que ellas ignoran de sí mismas.

Las mujeres lloran más fácilmente que los hombres y se acuerdan por largo tiempo de lo que las ha hecho llorar.

¡Qué distancia hay entre conocerse en mujeres y conocer a las mujeres!

No sabe uno amar sino a la edad en que ya no tiene oportunidad de que le amen.

Soportamos quizá mejor en las mujeres la perfección de sus defectos que la imperfección de sus virtudes.

Llamamos "los favores últimos de una mujer a los primeros que deseamos de ella".

Si de alguien se dice que "tiene todas las mujeres que quiere, entendamos que, de todas las que quería tener, no tiene sino aquellas que le quieren.

La fidelidad en amor no es sino la pereza del deseo.

La magia momentánea del amor consiste en hacernos ver todas las mujeres en una.

Los hombres recuerdan; las mujeres se acuerdan.

El hombre es fatuo. Le basta ser soportado para creerse indispensable. Las mujeres ignoran sinceramente lo que han olvidado.

Cuando un hombre vigila a una mujer, es que tiene que ocultarle algo.

La fidelidad en las mujeres es mejor el efecto de la casualidad que de una decisión. Y los hombres son fieles por una suerte de vanidad de singularizarse.

Cuando se ama es necesario no investigar las razones; se correría el riesgo de no hallarlas tan valederas como las que se tienen para no amar.

En amor no hay experiencia; si la hubiera, no habría ya amor.

Los hombres se envanecen de lo que son. Las mujeres, de lo que no son.

Cuando ellas dicen: "Si me amaras verdaderamente" es que ya están ciertas de que las amamos. Cuando dicen: "Tú no me amas" es que están todavía más ciertas.

Las mujeres no tienen honor sino en la medida en que se los permite la vanidad.

Una mujer puede sacar un poco de vanidad aun del abandono. Se dice: "Porque me amó a mí, aprendió a amar a otra". La infidelidad les es un homenaje.

Si Don Juan me hubiera encontrado, piensa ella, no habría sino un nombre, en vez de mil, en la famosa lista.

En el siglo XVII, para crear una heroína de tragedia bastaba tener una visión general y un conocimiento convencional del corazón de las mujeres. La novela moderna exige más y da menos.

Decía de ella: "Como todas las mujeres razonables, nunca está contenta de nada".

Thomas S. Eliot es, acaso, el escritor nuevo de influencia más intensa entre los jóvenes norteamericanos que se dedican a la poesía y a la crítica. Vive en Londres y edita una revista excelente: *The Criterion*. Poeta y crítico, su obra desmiente la apresurada afirmación de quienes sostienen que el análisis de la técnica del escritor acaba por anular o reprimir sus posibilidades líricas. Si T. S. Eliot influye en los centros literarios de USA —sobre todo en el grupo de escritores que redacta la revista *The Hound and Horn*— en Londres tiene su círculo y las colaboraciones de su revista giran muchas veces en torno de sus incitaciones cuando no en torno de sus ideas. El número de abril de su revista contiene colaboración de Chesterton, que lanza una interrogación y la examina. ¿El humanismo es una religión? Aquel D. H. Lawrence —que visitó México para escribir después un libro tremendo y antipático: *La serpiente emplumada*— contribuye con un relato: *Madre e hija*. J. S. Barnes escribe sobre el

movimiento fascista, y A. I. Rowse sobre la *Literatura del comunismo,* haciendo un estudio de su documento más interesante: El Manifiesto Comunista. Los lectores latinos hallarán en este número de la revista del americano Eliot un interesante diálogo sobre los escritores religiosos y místicos de los siglos de oro de la literatura española. El autor de este ensayo, Mario Praz, hace dialogar a Mr. Broadway y a Mr. Narrowgate; el primero defiende la idea del *Oceanum mysticum,* la existencia de una mina inagotable de místicos en España; el segundo, más pausado y severo, sostiene la idea de que sólo unos cuantos místicos existieron en la España de ese tiempo, si no abrimos demasiado las puertas de admisión al misticismo. Mr. Narrowgate convence. Fray Luis de León no fue un místico, como tampoco lo fue Ignacio de Loyola. Santa Teresa y San Juan de la Cruz, son, para el inteligente personaje de Praz, los verdaderos místicos.

Eliot figura modestamente en este número de *The Criterion* firmando una nota sobre dos libros de historias policiacas: uno de Arthur Conan Doyle y otro de Anna K. Green. Después de escribir que Francia ha rendido homenaje al creador de Holmes en la persona de Arsenio Lupin, Eliot atreve la siguiente desconcertante opinión: “No estoy seguro de que sir Arthur Conan Doyle no sea uno de los grandes escritores dramáticos de su época”.

Conque si.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 995, 26 de mayo de 1929, p. 5

EDUARDO LUQUÍN hubiera preferido no despertar, continuar durmiendo hasta el momento en que el sueño, al repararle totalmente atenuara en él, no el recuerdo —imborrable por otra parte— sino cuando menos el dolor que se inspira él mismo al comprobar, por quién sabe cuántas veces, la inconsistencia de su voluntad. Pero no fue así, despertó a la verdad fatalmente, como tuvo por fuerza que despertar. ¿A qué hora llegó? ¿Quién lo trajo? ¿Cómo? Llegó a fines del año pasado, su libro, de Madrid, *Telones de fondo,* talleres Espasa Calpe, formato pequeño y seis capítulos que se cierran con un diario incompleto como la Sinfonía de Schubert, parecido por fuera al éxtasis en que incurrió el otro Eduardo que hay en Londres, Eduardo Villaseñor. ¿Quién lo trajo? Los libreros. ¿Y a él? La bruma de Londres en que se hallaba sumergido. ¿Cómo? De una manera inusitada. Hoy llegó a su pueblo; nunca esperó que se le recibiera con tan marcadas muestras de simpatía; después de todo, es algo más vanidoso de lo que se imaginó; qué poco le satisface íntegramente. Por eso se rehúsa a obsequiar sus libros, único modo mexicano de que circulen si no son de escándalo, como *La mecanógrafa* del mismo autor, u oportunamente simples y simplemente oportunos como *El indio,* del mismo. De todos los cuales, más los *Retratos y paisajes,* antiguos como mi personal esbeltez culpable de uno de ellos, a los presentes telones de fondo y forma, hay gran distancia recorrida en estilo, soltura, hondura y literatura.

Nunca pensé encontrar tan bello aforismo en una publicación de museo como el que ofrece,

para comenzar, la monografía de Miguel O. de Mendizábal que se titula *Influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México.* Aforismo que implica una gran verdad y que dice: "El hombre, en general, sólo repara en la importancia de la sal, como elemento indispensable para su vida, cuando carece de ella".

Si quiere usted apreciar el ingenio de los más delicados poetas nuestros del siglo pasado, lea *El folklore literario de México*, que acaba de emitir Rubén M. Campos. Voy a probarlo con dos brillantes ejemplos:

> Cierto día que Rubén M. Campos celebraba una fiesta en la mesa con rituales libaciones, le fue insinuado discretamente:
>
> —Pero, hombre, ¿con cuatro vasos de vino adónde vas a dar?
>
> —¡Al quinto! —contestó escanciado el intemperante.

O bien:

> Pasaba un día Manuel José Othón frente a la droguería de la Profesa, en la ciudad de México, cuando un amigo lo detuvo para saludarlo y le presentó al dueño de la droguería, quien dio su nombre cortésmente:
>
> —Aristides Martell…
>
> —¿Martell? —contestó Othón—. Pues yo soy Manuel José Hennesy, cinco letras, para servir a usted…
>
> Y entonces se ríe uno…

Vladimir Ulitch Ulianof, llamado vulgarmente Lenine, ha sido evocado por Pierre Chasles (París, Librairie Plon, 1929). El autor ha residido largo tiempo en Rusia y ha sido delegado a conferencias internacionales en Londres, Génova y París, todo lo cual le capacita para conocer a fondo la psicología bolsheviki y para redactar los numerosos libros que ha escrito sobre Rusia. M. Chasles narra el origen de Lenine, la muerte de su hermano en ocasión del atentado a Alejandro III en 1887, suceso que determinó en principio las actividades revolucionarias de Lenine, su deportación a Siberia, sus años de exilio en Suiza, Inglaterra y Francia, su vuelta a Rusia durante la guerra, la noche de su victoria sobre Kerensky y su apoteosis final. El libro se lee como una novela dramática.

Fruto de una experiencia que implica una serie de errores involuntarios, Charles Baudelaire escribió, con una ternura fraternal, una serie de consejos a los jóvenes literatos. No tienen estos irónicos preceptos mayor ambición que la de los *vade mecum.* Aconseja, Baudelaire, el trabajo diario; dice que un alimento sustancioso y regular es lo único que necesitan los escritores fecundos; pide una escritura legible ya que el tiempo de la mala escritura pasó a la historia del romanticismo de la que —da rubor repetirlo— Baudelaire escapó tan dichosamente. Para obtener una independencia moral, aconseja el culto de la poesía. Rechaza los acreedores —duda que Goethe los haya tenido— y termina su capítulo diciendo: "No tenga usted acreedores; a lo más, finja usted tenerlos". El capítulo último de sus consejos está dedicado a examinar los peligros de las relaciones sexuales del escritor. Para Baudelaire, las mujeres peligrosas son la actriz, la *bas bleu* y la mujer honrada. La actriz, porque no es una mujer en toda la acepción de la palabra; la *bas bleu*, porque es un hombre fracasado, y la mujer honrada por… Sólo dos especies de mujeres aconseja al escritor: las rameras y las

criadas, el amor libre o el puchero. Y añade poniendo punto final a sus notas: ¿será preciso explicar por qué?

Los *Consejos a los jóvenes literatos* que reedita Émile Hazan, llegan acompañados, seguidos de un *Tratado del debutante*, escrito por el joven Jean Prévost. Agudo, delicioso itinerario para el escritor que ha publicado ya un libro, está inspirado en los irónicos preceptos de Charles Baudelaire.

Hércules Giménez Caballero, nacido en Madrid el último año del siglo pasado, es autor de cinco libros y tiene ahora el cubilete en la mano. Editado por La Nave, su cubilete tiene la forma de un libro donde examina y clasifica los deportes, los juegos; en una palabra, los trabajos de Hércules. Para el futbol y toros, Montherlant. Para el atletismo, Braga. Para el boxeo, Jean Prévost. Pierre Hamp, para el automóvil… Giménez, caballero ansioso, pretende hacer en unos cuantos golpes de cubilete —Hércules jugando a los dados— el ensayo sobre los deportes y su crítica. Greguería, divagación de espectador filosófico que no juega sino asiste al juego de los demás, y examen filológico, el libro de Giménez Caballero facilita la fórmula de su espíritu: Gómez de la Serna más Ortega y Gasset más un filólogo alegre. Deportes apolíneos y deportes mágicos. Deportes desnudos y deportes con máscara. Tabú, mascota, superstición y teoplasma. El boxeo, el alpinismo, el futbol —lo mejor del libro—, las sirenas de las fábricas y, al fin, una rehabilitación de la baraja. La sota: carta que salta, y el paje, con sus interferencias sexuales. Los oros españoles son diamantes ingleses, *denari* italianos y, naturalmente, cartesiano *carreau* francés. Los bastos son vegetales en todas las barajas del mundo. Las copas de España e Italia se transforman en corazones en Francia e Inglaterra. La espada española e inglesa es una pica en Flandes. Yo sé de alguien en México que frente a una doble reina de baraja escribió un monólogo.

Francis Carco es uno de mis autores franceses predilectos y su novela *Jesús-la-Caille,* una de las más bellas de los últimos tiempos. Es infatigable, además, y después de su éxito *Rue Pigalle,* de fines del año pasado, publica ahora *Printemps d'Espagne* y *Huit Jours a Seville*. Este último en la Colección Ceinture du Monde en que los editores Emile-Paul Fréres hacen derroche de papel, ilustraciones y buen gusto, y en que apareciera hace poco el *Uruguay* de Jules Supervielle. Dirige esta colección Jean Louis Vaudoyer y tiene el libro de Carco un frontispicio de Maurice Barraud.

Stefan Zweig, vienés nacido en 1881, grande viajero, premiado a la edad de 23 años con el de poesía Bauernfeld hizo su grande ambición de "dar a su existencia la amplitud, la plenitud, la fuerza y el conocimiento y ligarla a lo esencial y a lo profundo de las cosas". De tiempo atrás conocido en inglés, los franceses lo traducen ahora y ha colaborado recientemente con Jules Romains en la redacción de *Volpone,* adaptación de Jonson, teatro. Fue confidente y amigo íntimo de Verhaeren y de los mejores escritores franceses. Rico y liberal, biógrafo de Stendhal, Dickens, Balzac, Tolstoi, Dostoiewski. Las ediciones Víctor Attinger ofrecen sus *Veinticuatro horas de la vida de una mujer,* traducidas por Alzir Hella y O. Bournac.

Una nueva colección, de Emile Hazan, editor de luxe: Las nueve musas. Han aparecido ya *Terpsícore o de la danza,* por Philippe Soupault; *Calliope o de lo sublime,* por Roger Allard; *Polymnia o las artes mímicas,* por Jean Prevost. Llega ahora *Urania o la astronomía sentimental,* por Pierre Mac Orlan… Seguirán Clío, Euterpe, Talía, Melpómene y Erato.

Las cuatro MMMM de la literatura francesa moderna (Morand, Mauriac, Maurois y Montherlant), parecen significar mucho, mucho, mucho, mucho. Mucho escribir, mucho publicar. Pero Maurois sobre todo. De octubre acá *Climats, Rouen* y otro más que como el otro de Mauriac que contiene recortes (se incluye *Le Démon de la Connaissance* publicado ya aparte) mencionaremos la semana próxima. Siempre se me anda atrasando este Mauriac…

Ah, y otra cosa que ya se me olvidaba, lector. Mándeme usted su último libro, o los anteriores al último. Ya ve usted, tengo que revisar obras extranjeras porque no sé de otras; no llegan acá. Los libreros que deseen la indirecta, pero efectiva publicidad que implica esta sección, pueden permitirse el envío a ella de lo que gusten. Lo mismo los autores. Si es bueno, se quedará en la mesa. Si es malo, al cesto. De aquí, como ya habrá comprendido usted, el cesto y la mesa. Claro que yo no lo diré nunca claro. Me lo prohíbe no la educación pública, sino la privada. Empero, el buen entendedor… pocas palabras cumplen al buen entendedor, como dijo ya sabe usted quién.

Muy buenas tardes.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 996, 2 de junio de 1929, p. 5

EL BACHILLER de Vasconcelos estudiaba cánones en 1697 por darle gusto a su tío, don Juan Antonio de Isunza. Pero enamoróse de doña Isabel de Avendaño, grácil joven huérfana que, aunque leía Tirso de Molina, vivía con un tutor y una desagradable dueña somnolienta. Llamado por su tía al lado de su tío, el bachiller rapta a doña Isabel, que no sabe montar a caballo, vestida de hombre y de nuevo cristianizada con el nombre de don Fernando de Aragón. Le gusta Oaxaca y las fiestas que allí se celebran. Y le gusta a Carmen, prima del bachiller, carente de malicia, que se hace su novia para que rabie don Carlos, con quien el pobre don Fernando tiene que batirse, segundo duelo en el libro, duelo que se convierte en regocijo al revelarse la verdadera identidad de don Fernando, con quien al fin contrae legítimas y esperadas nupcias don Félix de Vasconcelos, y todos contentos. Léese en esta novela que el mexicano A. Granja Irigoyen, previo autor (1923) de una trilogía dramática publicada por Herrero Hermanos, hizo imprimir en España (Madrid, Sucs. de Rivadeneyra, 1928), un simbólico encuentro a estocadas entre un noble español y nuestro mestizo Vasconcelos que termina en grande amistad, y una conversación futurista sobre política, independencia, incorporación del indio, que tío y sobrino sostienen, más algunas breves reflexiones del bachiller sobre el pelo corto, y dos bien logradas evocaciones festivales. El

diálogo y alguna forzada adjetivación hacen recordar el error, sacado a luz por Genaro Estrada en *Pero Galín*, en que se está al creer que la conversación colonial se sostenía como en las novelas pastoriles… o como en el Quijote epistolar: "En la época colonial —dice Estrada— los diálogos se sucedían de esta manera: —Buenos días. —Buenos. —¿Por dónde andas tú ahora? —Me voy a ver a la Ildefonsa. —¿Qué líos son esos que te traes? —Chico, se vive como se puede"… Pero el cronista terquea en que ese diálogo era de este otro modo: "—Que tenga su merced muy buenos días. —Dios nuestro Señor nos los dé colmados de bienes por siempre jamás. —¿Y en cuáles penumbrosos sitios pone los pies usarcé, que ya no me concede el don de su presencia? —Mi señora doña Ildefonsa, la cuitada, que roba la calma de mi sosegado vivir… —¿Quiere decir usarcé que el pagano Eros toca con su punzante dardo la mortal entraña? —Pues que así lo quiere el Altísimo en sus designios inescrutables. *Lactus in praesens animus, quod ultra est oderit curare et amare lento temperet risu…"*

Granja Irigoyen es todavía un poquito "cronista". Abusa de las vegadas de magüer, de asaz, de cuan, palabras chocantes. Pero sus personajes logran vida e intereses, y me ocurrió con su libro el milagro que, con *Los bandidos de Río Frío,* ocurrióle a don Justo Sierra: lo leí de una sola vez. Cosa que, como usted sabe, no puede ocurrir con toda novela mexicana…

Un grupo cordial e inteligente de jóvenes, supongo que estudiantes, acaba de izar en Guadalajara un periódico quincenal de cultura que se llama *Bandera de Provincias.* He visto dos números, llenos de inquietud y curiosidad y entusiasmo.

La moda de las encuestas les ha llevado a abrir la suya para averiguar cuál es el problema fundamental de la literatura mexicana. Desean estos jóvenes unir todas las voces de provincia y están, al fin, hartos de borracheras románticas. El más sincero aplauso, la más profunda simpatía por su esfuerzo y la certeza de su prosperidad. Ningún reproche, ninguna indicación. Espero el tercer número, y si se repite en él un nimio detalle… ¿me daréis el derecho, jóvenes, de indicaros cuál es, y por qué no está bien?…

"Nada conforta tanto como hallar en las ideas filosóficas de otro, la confirmación de los propios puntos de vista personal", confiesa Antonio Caso en el prólogo a los *Principios de ética*, de Carlos Barbosa Díaz, profesor de la Escuela Normal de Maestros. En efecto, Caso y Barbosa coinciden: los *Principios de ética* de Barbosa podrían llamarse, sin violencia, como un libro de Caso, *Filósofos y doctrinas morales;* y ambos, a la hora de la decisión, a la hora de la expresión del credo personal, consideran la "existencia como caridad". Sólo una cosa es verdad, y sabiduría y amor: la caridad, dice Barbosa y aconseja, para salir de la "infer-humanidad", la caridad, la renuncia. Ya Nietzsche aconsejaba precisamente lo opuesto. El enunciado no es, siquiera por olvido, nuevo; lo nuevo en Caso y Barbosa sería que fundaran su consejo con mayor libertad, con mayor personalidad, con una convicción menos sencilla. Un optimismo como el suyo sólo se vence con un optimismo más complejo y sutil.

Partiendo de los filósofos presocráticos hasta llegar al socialismo considerado como doctrina moral, Barbosa traza el diagrama de las teorías morales a la vez que sitúa en el tiempo a los autores. Forma así una hoja de las temperaturas morales que han conmovido al mundo. Hoja templada que sólo al llegar al cristianismo modifica un poco su altura.

Como primera visita, y sólo como primera, los *Principios de ética* son recomendables al estudiante. Casi tanto como hallar en las ideas de otro, opuestas a las nuestras, por reacción, la seguridad de los propios puntos de vista personales, conforta que en México se escriban libros de ética.

Va a ser difícil, el día de mañana, redactar la historia de la camionería en México con la lucidez con que ha escrito la de la arriería en el propio lugar del planeta Salvador Ortiz Vidales, que tiene la gentileza de dedicar este estudio folklórico, costumbrista e histórico a su tío, desde las prensas del museo nacional, con profusión de láminas alusivas a burros, mulas y otros vehículos, más mención de la monja alférez que, a creer la redacción del autor, así se apellidaba.

Apréndense muy nuevas y notables cosas en este estudio: que en Sevilla hay zócalos de mármol; que la Giralda atalaya el mar, ocupación que no le conocíamos; que la sobrepelliz se llama el sobrepelliz, y que en la plaza de Santo Domingo, donde el autor, fatigado, nos invita a descansar y detenernos un momento, se vendían, en plena Colonia, charritos de cartón; si ello os extraña, considerad que, según el testimonio del autor en cuestión, en aquella época tamboreaban las arpas como hoy piafan los automóviles. Nos preguntamos con él: ¿cómo verá el arriero los paisajes? ¿Los verá como un literato, es decir, de una manera enfática y retórica? La pregunta es profunda como la duda de Hamlet. Dejémosle hacer “una intromisión en el espíritu del arriero y mirar por sus ojos algo de lo que él ha visto a través de sus eternos viajes”. Y adelante, digo, ¡Arre!

La influencia de *Belle de Jour* de Kessel, ya descrita en esta sección, es manifiesta en la última y segunda novela de Louis Raymond Lefévre, *Le Royaume de ce Monde* (NRF). Elizabeth, mujer de oscuro pasado, se casa, sin revelarlo, con M. de Lormes, magnífica persona inocente que existe en Rouen, entre sus libros. La sociedad provincial, conservadora, de esta ciudad tan dulcemente descrita por Maurois, que hace música como los Verdurin y que recibe en sus salones, la acoge por curiosidad primero, por obligación más tarde, impuesta por un abate que dirige las conductas y que una vez cayó en pecado. Por rara coincidencia, Daniel Berg busca en Rouen a la joven de su pasado tempestuoso, a quien había arrastrado a la *débauche* y que un día le había abandonado. Como el lector supone, aquélla es la actual Mme. de Lormes.

“No hay divorcio con su propio vicio”, afirma el autor y prueba la heroína. Las caricias normales, domésticas del erudito no logran sino exaltar la sed en el alma tortuosa de Elizabeth, que, por supuesto, llega a satisfacerla según sus anteriores costumbres.

Louis-Raymond Lefévre no tiene sino otra novela, publicada el año pasado, *La Grace de Lisieux* y algún trabajo erudito. Prepara otras obras.

Jean de la Ville de Mirmont, católico, amigo íntimo de François Mauriac, murió en la Gran Guerra. Fue él quien impuso al primer libro de su amigo el nombre, *Les Mains Jointes*. Ahora Mauriac prologa, para Grasset, el libro de Mirmont que contiene *L’Horizon Chimerique*, versos, y *Les Dimanches*, de Jean de la Greze, cuentos.

¿Por qué, se pregunta Pierre Livre, tantos héroes de novela son hombres de letras? — Porque son los hombres de letras quienes componen las novelas.

Cuando un diplomático escribe una novela, el héroe de ella es un diplomático. Ejemplo, Adolphe. Cuando un oficial de marina escribe una novela, el héroe de su novela es un oficial de marina; ejemplo, Aziyadé. Cuando un industrial escribe una novela, el héroe de su novela es un industrial; ejemplo, Bernand Quesnay. Cuando un… Pero usted puede seguir solo, lector.

Victoria Ocampo y José Ortega y Gasset están o estuvieron recientemente en París, en donde aquélla fue entrevistada por *Les Nouvelles Littéraires* y él también.

Yo soy entrevistado, tú eres entrevistado, él es entrevistado. Yo no he sido entrevistado. Nos vemos.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 997, 9 de junio de 1929, p. 5

EL LICENCIADO Alfonso Francisco Ramírez, que es diputado al Congreso de la Unión, acaba de publicar un libro de *Discursos*. Es hombre exacto, minucioso, que compra absolutamente todos los libros nuevos que llegan. No quiere perder nada ni que nada se pierda. Por ello, en los tres libros suyos que conozco (uno de poemas, que no tengo a la mano, y cuyo nombre olvido en este instante; un florilegio de poetas y escritores oaxaqueños de 1927, y el presente de discursos), inflige su retrato, cita su título profesional y menciona los cargos, remunerados u honoríficos, que ha ocupado y ocupa. Suele asimismo incluir los recortes de prensa, las cartas privadas, todo cuanto concierna a la posteridad con referencia a su estimable persona. Gesto plausible y digno de imitación, en vista de que Shakespeare, por ejemplo, nos trae a vueltas con su retrato y con documentación contemporánea y fidedigna. Es, por lo demás, encomiable y raro que un político, no profesional de las letras, recopile datos importantes y se ocupe de libros.

Huatusco, Veracruz, se enorgullece de haber dado cuna a García Cabral; pero éste no es su menor mérito. Enrique Maldonado, por la naturaleza, se dedica en dicho rincón de ensueño a la poesía y manda imprimir en Jalapa sus *Poemas fugaces*, dedicados a Trinidad, juvenilmente… A este poeta, de todo lo vivido, de lo poco llorado, de todo lo pasado, de todo lo perdido, de lo mucho que quiso, de lo mucho que anduvo, de lo poco que tuvo, de lo poco que hizo, sólo una cosa queda dentro de él escondida: el recuerdo de seda que estrangula su vida. Un sol de provincia unta sus eros en el alma melancólica de Enrique Maldonado y una vaga música de González Martínez le canta al oído. Es decir, que, si contara con los medios de publicidad de Torres Bodet, digamos por caso, gozaría de una igual reputación, porque tiene los mismos elementos para ello.

La Secretaría de Relaciones Exteriores sigue enriqueciendo la bibliografía bibliográfica mexicana por medio de sus monografías, cuyo número 13 lo constituye la *Bibliografía del trabajo y de la previsión social en México*, de Vicente Lombardo Toledano. Obra muy completa y de grande interés para el investigador, el abogado, el obrero, el patrono y el

coleccionista de bibliografías bibliográficas.

Espasa-Calpe ha inaugurado con éxito una Nueva Biblioteca Filosófica de libros fundamentales. Emerson, Fouillée, Schopenhauer, Pascal, Reinach, más las obras completas de Platón. Hasta hoy los únicos dos títulos nuevos son el volumen XXVIII, *La psicología y el psicoanálisis,* por J. Politzer, y el XXIX, Juan Wahl, *Estudio sobre el Parménides de Platón.* Entre esta colección que podríamos denominar clásica, los esfuerzos de la *Revista de Occidente* por germanizar a España con exclusivamente filósofos alemanes modernos, y la pequeña otra colección que inició Raimundo Lulio y siguió el *Criterio* de Balmis, empréndese de nuevo en España el hasta hoy infructuoso esfuerzo por implantar la disciplina filosófica, problema que preocupó, ocupó y postocupó al buen Marcelino Menéndez Pelayo, al grado de llevarlo a escribir *La ciencia española* y *Los heterodoxos.*

Las hermosas ediciones La Nave, de las publicaciones Atenea de Madrid, que desde hace muchos años han procurado la modernización de la cultura en español por medio de buenas traducciones y de buenas obras originales —Dostoyewski, Wilde, Stevenson, Giménez Caballero, Gómez de la Serna, Salaverría, Miró, Wells—, publican ahora, al mismo tiempo que el *Hércules jugando a los dados,* de Giménez Caballero, revisado ya en esta sección, una biografía de San Ignacio de Loyola, que suscribe José María Salaverría. Además de ser una magnífica biografía del santo, el libro se lee como una novela maestra.

Antonio Espina. Once años de libros. *Umbrales,* versos, 1918. *Divagaciones, Desdén,* ensayos, 1929. *Signario,* versos, 1923. Todo esto es como si dijéramos la primera parte. La segunda la constituye como inicio aquel *Pájaro pinto* que con la *Víspera del gozo,* de Pedro Salinas y el *Profesor inútil,* de Benjamín Jarnés, nos revelara a estos tres queridos escritores jóvenes de España. *Nova Novorum. Nuevos ensayos,* el año pasado; *Lo cómico contemporáneo* (Espina es, a veces, un poco periodista: la prueba es que anunció que se dedicaría a la política). Y ahora esta *Luna de copas,* novela que uno se bebe con delectación.

Con el número 6, que corresponde al presente junio, cierra *Crisol,* revista de crítica, su primer tomo, y ha presentando 43 diferentes firmas que han depositado en su hervor artículos de muy diversas índoles y tendencias. Escritores natos y renatos, serafines del monte y del mar, y el Jesús en la boca, más flechas. Flechas amables de amigo, que tienen siempre razón y que descubren la verdad de los sentimientos. Curioso que lo que no se llama flecha lo sea, y con el veneno de siempre. ¿No saben otra? Además, *Corydon* (no con “G”), es de 1924. *Ulises* de 1922 y aquél sólo con la literatura y ambas obras entre sí tienen tanto que ver con la rabadilla con la cuaresma, y el conocerlas (cuando se conocen) no implica, se ve, información fresca de ninguna especie. Ni fresca.

La librería Porrúa Hermanos ha reanudado la publicación mensual de un boletín bibliográfico, que reparte gratuitamente a quien lo solicite, y que contiene información interesante de libros

nuevos.

¿Es usted amigo de los Thibault? El padre de Antonio y Jacques acaba de morir, en el sexto tomo de la obra de Roger Martin du Gard (*NRF*, 1929). Después de una agonía que parecía interminable, descrita con un realismo vigoroso y minucioso, acaba de morir —esta es la expresión justa, de alivio—. Antonio Thibault, tras una patética duda en que el lector no puede sino acompañarlos, se decide y aplica a su padre, en una inyección, la dosis de morfina que calma sus dolores atroces y que apresura su fin. Jacques Thibault aprueba la decisión de su hermano, y estoy seguro de que los escasos lectores mexicanos de la novela admirable, aprobarán conmigo también.

La agonía de Thibault ocupa las dos terceras partes del tomo; un cuaderno íntimo del padre, que Antonio encuentra sin buscarlo, y que llena de humanidad la figura del personaje que nos pareció de una inconmovible sola pieza mientras Martin du Gard lo hizo vivir, el entierro del padre y una discusión sobre motivos religiosos entre el materialista Antonio y el abate Vécard, ocupan el resto del libro.

En este tomo de la novela de Du Gard, Antonio, el personaje equilibrado, adquiere mayor razón y fuerza. Su virilidad, su lucidez, su presencia de espíritu seducen. Jacques, el adolescente —en el sentido ruso— se halla en la penumbra de un segundo plano no menos atractivo. Sus ojos se apartan de los de Gisele y siguen ávidos la carta perfecta de su amigo de colegio.

No obstante el intervalo con que es fuerza seguir, a pesar nuestro, la obra de Roger Martin du Gard, basta leer unas páginas de un nuevo tomo para sentirse otra vez en comunicación con este mundo coherente, de superior realidad, para entrar en un cuadro cuya atmósfera respiramos acompasando nuestros latidos al seguro y sabio latido de esta vasta pintura que ya es uno de los esfuerzos contemporáneos de alto precio.

Augusto Bréal es aficionado a las máximas, pero les llama *Cheminements* y las publica en un libro gordito de la *NRF*. Parece su primer libro; pero ha dicho tantas cosas en él, que ya no le quedará más qué decir, sin repetirse, si insiste en encaminarse a la literatura. A través de sus trozos nos cuenta de su estancia en España, de su padre, profesor, de una que otra experiencia suya. Lo más del libro son reflexiones pseudofilosóficas dignas de Pero Grullo. Escarbando en ellas suele encontrarse una que otra digna de recordación, y si el lector no desea tomarse el trabajo de recorrerlas todas, acude al índice de materias que apendiza la obra. Oigámosle un poco:

> Se dice: “La libertad”. ¿Pero qué representa esta palabra para nosotros? ¿A qué se reduce la idea de libertad? ¿Ser nosotros mismos es la libertad? Si no lo es, la libertad no se obtiene; se tiene.
>
> La docilidad de los hombres no tiene casi límites. Es aún mayor que su credulidad; hay gentes que no creen en lo que dicen los “órganos de la opinión pública”, pero que no la obedecen menos.
>
> Las revoluciones se hacen también por docilidad.
>
> “Todos los hombres son iguales en derechos.” ¿Por qué no “Todos los hombres son iguales en peso”?
>
> La franqueza, cualidad de rico.
>
> Buen número de artistas contemporáneos tendrían algunas pequeñas cosas que decirnos. La desgracia es que las proclaman, que las gritan.
>
> En vez de esta distinción entre amateurs y profesionales, cabría una más instructiva y más profunda: los que ejercen su

arte para ganar su vida y aquellos que ganan su vida para ejercer su arte.

Entre toda la balumba de libros que aparecen en los escaparates ¡cuántos son apariencias de libros! ¡Cuántos no existen sino por su presentación! El objeto es grato a la vista, feliz la disposición de los títulos. Una habilidosa repartición de hojas blancas, de líneas, de papel grueso, dan la apariencia de un libro, de un volumen —dan el volumen de un libro— a lo que cabría en un folleto.

Hízose recientemente en Inglaterra una encuesta para encontrar cuáles serán, en opinión del público, los autores que habrán de leerse dentro de cien años. Se pedía que señalaran seis novelistas y surgieron los siguientes: H. G. Wells, John Galsworthy, Arnold Bennett, Rudyard Kipling, J. M. Barrie y… Hugh Walpole. Seguían de cerca, especie de aproximación en el gordo de la inmortalidad nacional, Miss Sheila Kaye-Smith, George Moore y G. B. Shaw. Sería interesante explorar la opinión francesa al respecto con sus escritores. Y si llevásemos a cabo una encuesta semejante aquí nosotros…

Uno de los mayores méritos comerciales de los escritores franceses es haber dado el nombre de un libro suyo a un establecimiento. *El buey sobre el techo* de Cocteau y *Le grand ecart,* cabarets. *Le Lys Rouge,* librería, de Anatole France, y el restaurant *La Rotisserie de la Reine Pedauque. Le Bateau Ivre,* de Rimbaud, buen nombre de cantina o de barco. André Gide, *La Porte Etroite.* (¡Recuérdese *El martirio del obeso* frente a *La puerta estrecha!)* Paul Valéry, *La Jeune Parque,* cementerio nuevo, y Valéry Larbaud, *Le Viee Impuni… Le Sacré du Printemps,* excelente nombre para un almacén de música. Lo más que podíamos hacer nosotros sería cambiar al restaurante de los Agachados, que dicen existe, su nombre, por este otro: *Los de abajo.*

Jules Romains publica en las ediciones de la *Nouvelle Revue Française* un nuevo tomo de su teatro, formado ahora por una pieza enteramente suya: *El desayuno marroquí,* y por una adaptación del *Volpone* de Ben Jonson que, dicen en España, traduce al español Luis Araquistáin. Lo que no nos dicen es si Araquistáin se atreve con el texto original inglés o traduce solamente el esfuerzo de Jules Romains.

El desayuno marroquí es un juego de la más fina forma de sátira. Imaginad un matrimonio de conveniencia, es decir, un matrimonio inconveniente, entre una francesa y un rico jefe marroquí. Un nativo intérprete, que resulta ser un intérprete nativo, es el intermediario que, mediante un tanto por ciento exigido a las partes contratantes, ha de arreglar el matrimonio. Los arruinados padres de la víctima adoptan, aconsejados por el intérprete, un aire de millonarios: el jefe marroquí, también arruinado, hace otro tanto, siguiendo los consejos del tercero en discordia. Los franceses fingen las costumbres de Marruecos y el marroquí las costumbres francesas. La dificultad está representada por la muchacha que no quiere ser una esposa más entre las cincuenta. No habría arreglo posible si no fuera porque el intérprete —verdadero Crispín marroquí en estos intereses creados— enreda cada vez mejor la red que tan cuidadosamente ha tendido entre dos civilizaciones. Con estos elementos logra Jules Romains una pieza de un solo acto y un acto de una sola pieza.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 998, 16 de junio de 1929, p. 5

EL NÚMERO de fuerzas del cuaderno de abril de la *Revista de Occidente* está a cargo de Eugenio O'Neill, que aparece después de la breve presentación de su traductor español Ricardo Baeza. ¡Ya era tiempo! No obstante, me parece que la obra escogida por Baeza para el debut de O'Neill en España no es la más apropiada. Baeza debió presentar al norteamericano con una obra de lenguaje menos complejo: *The Fountain, Strange Interlude, Welded, Diff'rent* y guardar *The Emperor Jones* para más tarde, cuando los lectores estuvieran mejor armados para recibir a un autor nuevo. Baeza reconoce las dificultades de traducción de esta obra, los escollos para encontrar giros semejantes nunca equivalentes a los que usa O'Neill. ¿Qué pudo decidirlo, pues, a escoger esta pieza que no es la más característica de un autor de obras todas características? No se trata de la primera de O'Neill traducida al español. Jorge Mañach, en La Habana, tradujo, para su revista, *In the Zone,* uno de los siete juegos de asunto marinero. Yo mismo colaboré no sólo en la traducción sino en la representación —la primera en castellano de O'Neill— de *Welded,* que presentó el Teatro de Ulises.

En el mismo cuaderno de la *Revista de Occidente* aparecen firmas de Sánchez Albornoz, que escribe sobre España y el Islam; de Ayala, que hace una indagación ya no del choteo sino del cinema; de Jarnés, Espina, Calleja y Chapela, que firman las notas de siempre.

La revista *Contemporáneos* reservó para su número 12 una obra de arte que hubiera quedado muy bien en el primero, y cuya declaración es la siguiente: "Aquí comienza el canto de los ahuehuetes para recreación de los soberanos". El editor director, múltiplemente activo, que a más del teatro pueril solidariza con la fama mexicana, hace en el propio número el importante descubrimiento de los *Cantares mexicanos* que Daniel G. Brinton puso en inglés, y don José María Vigil en español, y que quien lo desee puede disfrutar en su casa si lo solicita de la Biblioteca Nacional, en donde existen rimeros de pliegos de las obras no aparecidas de Vigil, que los contienen. Mañana domingo nos vamos al campo. Mañana domingo que es domingo siete.

Índice de Documentos de Nueva España, se llama el últimamente aparecido volumen bibliográfico de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Es el segundo de las papeletas que don Francisco del Paso y Troncoso obtuvo del Archivo de Indias de Sevilla, y contiene las partes cuarta y quinta. Le corresponde el número 14 en la serie de monografías bibliográficas mexicanas.

¿Hasta qué punto es literaria la labor de compilar lecturas para un libro de texto en las escuelas primarias? A veces es demasiado literalmente literaria, como en el caso de las sentimentales *Lecturas de Nervo* que todos, o casi todos, sollozamos en la escuela. El mejor condumio pueden hacerlo un literato y pedagogo. Aquél reúne, éste corta, ambos firman. Si el libro está bien hecho, prospera. Las *Lecturas para el tercer ciclo,* de Alfredo E. Uruchurtu y de un servidor de usted acaban de alcanzar en la casa de Herrero Hnos. la segunda edición de 10000 ejemplares. El libro se presenta hoy en dos volúmenes, primero y segundo grados, que es como ahora les llaman a los años quinto y sexto de la educación primaria. Entre otros

méritos, tiene este libro el de hallarse constituido por solamente autores mexicanos. La única excepción es Rafael Heliodoro Valle, que es por otra parte excepcional siempre y ya mexicano de corazón. También la Mistral, que está representada por unas *Grutas*. Buena Gruta.

Desde antes de la trágica muerte de su hijo Phillippe en 1923, León Daudet, hijo de Alphonse, había proyectado, antes también de su destierro, la redacción de lo que podría llamarse sus recuerdos topográficos, que ahora realiza *(NRF)* en *París Vécu*. En el cual libro se registran todos los aspectos de la vida parisina en los últimos 30 años. Daudet vaga por todos los barrios y halla incentivos para su memoria en todas las calles. Forman legión los nombres famosos que comenta, y distínguense entre ellos los de su predilección: Alphonse Daudet, Jaurés, Barrés, Debussy, Coquelin, Mistral, Steinlen y Proust.

Silvio Ferri acaba de publicar un extraño libro sobre los ritos funerales de las colonias griegas del Mediterráneo, que estudia desde el punto de vista de ciertas extrañas esculturas arcaicas recientemente descubiertas en la Magna Grecia. El volumen, profusamente ilustrado, forma parte de la *Collezione Meridionale* que edita Zanotti Bianco en Palazzo Taverna, Montegiordano, Roma, y se llama *Divinita Ignote*.

Turquía sufre en estos momentos un fuerte ataque de indigestión mental. Ha tratado de tragarse de un golpe el bocado titánico de un nuevo alfabeto y el resultado es una dispepsia mental nacional.

Entre las más recientes contribuciones a los estudios proustianos, ninguna tan conmovedora, por triste, como la de Louis de Robert. En el reciente *Du Coté de Marcel Proust*, de Benjamín Crémieux, uno de los capítulos incluye una controversia entre ambos, sostenida en *Les Nouvelles Littéraires*, a propósito de las reflexiones de Robert sobre Proust. No es, en efecto, éste de los mejores críticos, pero tampoco lo pretende. Un tanto amargamente se resigna en el preámbulo de los recuerdos y confidencias que hace al lector bajo el nombre *De Loti a Proust* (Flammarion, París), a haber jugado tan sólo el papel de testigo de la literatura francesa, desigual entre sus dones y la fuerza de desarrollarlos en la próspera forma en que lo hicieran aquellos cuyos evocadores retratos constituyen esta obra suya, Loti, Alphonse Daudet, Zola, Edmond Rostand, Octave Mirbeau, Marcel Proust, los orígenes del Teatro Libre… Según sus cuentas, fue él de los primeros en apreciar el valor en germen de Proust, cuyos *Plaisirs et les Jours* encontró, cerrados, entre los volúmenes que de sus autores recibía su amigo Loti. Sin ser de los más felices del tomo, el esbozo de Proust aporta nuevos rasgos íntimos de la generosidad de éste, de su insaciable curiosidad que, por familiares que sean del especialista, presentan indudable utilidad de divulgación a los ojos de quien no lo sea.

Las ediciones del *Pot Cassé*, Rue de Beaune, París, reimprimen en su serie Antiqua, a precio muy cómodo, clásicos griegos y latinos. Han aparecido ya: *Pensées et Entretiens, d'Epictete; L'Art Aimer*, de Ovidio; *Les Travaux et les Jours*, de Hesiodo; las *Fábulas*, de Fedro; *El*

Dafnis y Cloe, de Longo. Llega ahora Luciano, *Diálogos de las cortesanas,* con hermosas ilustraciones de Gio Colucci.

La Westgate Press, de San Francisco California, nos ha enviado el anuncio de las ediciones autografiadas que empezará a lanzar en el presente mes de junio. Constarán de 500 ejemplares. El primer volumen será *American Taste,* por Lewis Mumford, y seguirán inmediatamente *Nearer the Grassroots,* por Sherwood Anderson; *Winter Wheat,* por Wilbur Daniel Steele; *Marriage to Day and to Morrow,* por Havelock Ellis; *An Irritating Archangel,* por Thomas Beer, y *The Gargoyle,* por Frank Swinnerton.

Dean and Company publica una antología de poesía americana que abarca de 1788 a 1928 y que contiene asimismo un diccionario biográfico de poetas norteamericanos. El título es *The Book of American Poetry.*

Joseph Deltell se ha vuelto surrealista y va a publicar en los Estados Unidos una novela, *On the River Armour,* con dibujos de Alexieff. Lo patrocina la editorial Coviel Friede, que se ha distinguido por su atrevimiento, que ha publicado *A Key to Ulysses* y *The Well of Loneliness.* Se anuncia que este libro de Deltell será la cosa más extraordinaria que se haya visto nunca, y que está dedicado "A Mamá, a la Virgen María y al General Bonaparte".

Y a propósito, ya se levantó la prohibición de vender en los Estados Unidos *The Well of Loneliness,* la excelente novela de Miss Radclyffe Hall. Lleva ya nueve grandes ediciones y sólo cuesta cinco dólares. *La Bonifas,* de Jacques de Lacretelle, de tema similar, ha sido ya traducida al inglés con el nombre de *Marie Bonifas,* y los anuncios explican que, en tanto que *The Well of Loneliness* pinta un "caso", *Marie Bonifas* cuenta una vida. Para el caso…

Todavía se cultiva el género de novelas de la guerra. El último ejemplo lo proporciona Erich Maria Remarque, alemán de origen francés, que sirvió en la infantería a los 18 años. *All Quiet on the Western Front,* pinta la vida del soldado en todas sus fases, en las trincheras, en el hospital, en su hogar. Es un libro de experiencias atroces. Christopher Morley, que lo juzga el libro supremo de la guerra, lleva su entusiasmo hasta declarar que quien tenga oportunidad de leerlo y no lo haga, o habiéndolo hecho no lo comunique a 12 personas, es un traidor a la humanidad…

Molinoff Indre-et-Lore (NRF) continúa la buena risa que despertó *Jerome 60' Latitude Nord,* del propio Maurice Bedel, que mereció el premio Goncourt hace dos años. Molinoff es la historia de un conde ruso que se hizo cocinero y encontró amor.

Paul Eluard figuró un día en el grupo de escritores suprarrealistas compuesto por Aragon, Breton, Perét Desmos… Entre ellos, era el poeta y nada más y nada menos. No se mezcla a su obra el manifiesto estático ni la estrategia política en que son maestros Aragon y Breton.

Ahora Paul Eluard no es considerado suprarrealista por los que siguen sosteniendo esta actitud en la política literaria o esta falta de actitud en las letras francesas actuales. ¿Su obra sigue siendo suprarrealista? No creo que los fragmentos que forman su reciente conjunto *L'Amour la Poésie* (*NRF*) sean suprarrealistas, en un sentido estricto. Se trata de un poema de amor que Eluard dedica a una mujer: "A Gala, este libro sin fin". Lo cierto es que después de Jacob, Reverdy, Cocteau, el viajero por la poesía francesa no podrá dejar de aterrizar en Eluard.

Un lector superficial de los poemas contenidos en el tomo *Capitale de la douleur (NRF)*, que junta en uno solo sus libros anteriores, podría decir de la poesía de Eluard y de la suprarrealista: es una poesía sin razón. Esto no es justo sino muy superficialmente; es decir, esto es injusto. Yo propongo otra definición: la poesía de Eluard suprarrealista es una poesía sin razón de ser. Ustedes querrán un ejemplo ilustrativo. La traducción de un poema más o menos suprarrealista, por ejemplo. Aquí está:

Sobre la mar marítima se pierden los perdidos.
Mueren los muertos cazando cazadores.
Bailan una ronda redonda.
Dioses divinos.
Hombres humanos.
Mis dedos digitales desgarran un cerebro cerebral.
Pero las queridas que heridas tienen cabellos cabelludos.
Tierra terrestre.
Cielo celeste.
Mas ¿dónde está la tierra celeste?

No es Eluard el autor de esta poesía, sino Benjamin Perét quien ha podido mantenerse fiel al suprarrealismo. ¿No se trata de un delicioso poema sin razón de ser?

Revista de Revistas, año XIX, núm. 999, 23 de junio de 1929, p. 5

El Doctor Atl nos asegura que Francisca tiene 20 años y que es una bailarina de un dinamismo bárbaro y moderno. Un día se puso a escribir versos… y aquí están, en un hermoso cuaderno que lleva carátula del propio Doctor Atl, y en la que sigue el procedimiento de sténcil a que nos quiere acostumbrar desde que publicó sus *Sinfonías del Popocatépetl*, desde que realizó el utilísimo esfuerzo de reunir en dos bellos volúmenes *Las artes populares en México* y desde que lanzó a la pública admiración los libros de quien él mismo denominara Nahui Olin.

Entre otros dones suyos, el Doctor Atl disfruta del de descubrir interesantes mujeres. Fue él quien primero se fijara en la estupenda voz de Isabelita Corona, a quien presentó en memorable recital, hace un número de años que no tengo derecho a precisar. Esta chica es hoy, sin duda alguna, lo mejor que ofrece la comedia mexicana del Regis, y un cuerpo y una voz que parecen hechos expresamente para nuestro gusto moderno.

Esta otra joven, Francisca, que se ha ido a bailar a Sevilla, dedica sus poemas a su hermana Gloriecita, que no se alegra con nada, y divide el libro *Yo* que los contiene en tres

partes: la primera no tiene nombre; la segunda es *Yo en faceta* (1928-1929), y la tercera *El yo amor* (abril de 1929). Un exaltado narcisismo anima el libro todo. Un narcisismo y una alegría infantil, que si todavía no hacen una poetisa, ya deben de constituir una bailarina. (Editorial LIDAN)

Arturo Torres Rioseco, chileno, profesor de español en los Estados Unidos, que lo fue en nuestra Escuela de Verano en 1922, nos demuestra su afecto interesándose, desde entonces y desde donde se encuentra, por la literatura mexicana. Ha escrito en la *Revista de Estudios Hispánicos,* tomo II, número 1, de enero-marzo de 1929, un estudio que se titula “La obra de Jenaro Estrada”. Hace en él cumplidos elogios de la obra inicial de este erudito mexicano, la antología de *Poetas nuevos de México,* Porrúa, 1916, que, semejante en método a la francesa de Van Hever y Lénutaud, ha servido a su vez de modelo, asegura Torres Rioseco, a la chilena de Donoso y a la cubana de Lizaso y Fernández de Castro. Reseña en seguida el *Visionario de la Nueva España,* la *Bibliografía de Amado Nervo,* obertura de las que la han seguido, el *Pero Galín* y, finalmente, los versos que encierra el elegante volumen de *Crucero.* Escapa a la noticia o al comentario de Torres Rioseco parte de la obra de Estrada que reside en estudios tales, y compilaciones, como las Ordenanzas de Gremios de la Nueva España y la iniciación de las series de monografías históricas que forman el Archivo Diplomático Mexicano.

Maruja es el nombre de una novela mexicana recientemente aparecida en los escaparates, que firma Manuel del Valle y Talavera y que, se dice, es la novela del éxito rotundo. Lánzala la editorial La Novela Mundial.

Maruja es una muchacha salvaje y hombruna, fuertemente descrita, que ama, después de reñir con él, a Tomasillo, que no le es fiel, pero que llega al término del libro llorando con ella, después de regocijadas escenas en que ha de vestirse ropa que le sienta muy bien. Sólo que al empezar a leer esta novela yo tuve un sobresalto muy grande, porque la protagonista “se llamaba María, pero todos le decían Maruja. No sabía como se escribía el tal Maruja, había ido muy poco a la escuela, y por eso a veces lo ponía con g y a veces con j…” Imaginad los peligros a que pudo haberse prestado esta desordenada ortografía de Maruja. Suponed que le hubiese enviado a Tomasillo una carta amorosa en la que fuera su alma acongojada…

En el año de 1935 el ilustre escritor don César E. Arroyo acabó de componer un libro en el que se relatan, sin ponderación de ningún género, las cosas que sucedieron aquí bajo el gobierno de José Vasconcelos. En ese año de 1935 ya todo el mundo conocía las palabras difíciles que le son gratas al señor Arroyo y, por lo tanto, no halló nadie tropiezo para entenderlas tales como “palingenesia”, “paradigma”.

Bien es verdad que por aquellos años ya se habían editado y difundido “toda la cultura hispánica, desde Alfonso *el Sabio* hasta Menéndez Pelayo, desde el Arcipreste hasta… Galdós”. Además, el presidente dejaba Palacio después de muchas horas de trabajo y se iba a pie por las librerías, como cualquier oficial tercero, para inquirir la llegada de libros nuevos, y, luego, usa el tranvía, porque los autos de la Presidencia los cedió a los maestros misioneros. A su paso, las gentes le gritan: ¡El licenciado, el licenciado!

Pero un poco antes de que la actividad oficial proporcionara toda aquella avalancha de cultura, es decir, antes de 1935, o sea por ahora en 1929, los muchachos de la Liga Nacional de Estudiantes publicaron el primer libro de ciencia cuya impresión se deba a recursos estudiantiles. Este volumen es el *Tratado elemental de biología* del profesor Isaac Ochoterena, y el esfuerzo que su publicación representa merece estímulo y aplauso por el doble motivo de no ser una obra literaria la que los estudiantes escogieron para el debut de sus actividades editoriales y de, no siéndolo, representar un mayor costo, trabajo más intenso y una saludable tendencia hacia lo exacto y lo útil, rara hoy.

Emilio Valenzuela, hijo de don Jesús, es por abolengo dado a la poesía. Sólo que viaja solo por personal deleite, por más que lo acompañen a la estación de partida de su *Carmen de poesía* (Cvltvra, México, 1929) Wilde, V. H., R. D., E. de Q. y J. S. Explica en seguida en palabras iniciales su desprecio a la crítica y su amor por el modernismo a través de Verlain (e) Rabelais (Rimbaud), Darío y Baudelaire. Desprecia el arte popular y lucha porque su obra sea tranquila y fuerte. Lógralo en muchas de sus poesías, que suenan gratamente a nuestros oídos y hablan a nuestros mejores sentimientos. Un detalle que asombra en el libro es la cantidad de amigos que tiene Emilio Valenzuela. Demasiados para una persona que gusta de viajar sola.

Guillermo Jiménez nos anuncia para dentro de breves días la segunda edición de su novela *Constanza,* obra de 1921, que hará la casa Herrero Hnos.

La insulsa revista *Monde,* de Henri Barbusse, publica en su número 50 del 18 de mayo último, traducciones de algunos poetas mexicanos, con breves notas biográficas. Enrique González Rojo, Enrique González Martínez, Manuel Maples Arce, Salvador Díaz Mirón, Alfonso Reyes y Carlos Pellicer integran el surtido muestrario. Hizo las traducciones Georges Pillement, editor de la *Revue de l'Amérique Latine,* y como las hizo literales, casi todos los genios de esta plana central, al perder el ritmo, pierden la mejor parte de su mérito. Sólo el poeta Maples Arce quedó lo mismo en francés que en español. Ilustran la plana unos incongruentes dibujos de Orozco y de Tamayo.

Ricardo Baeza todavía no termina de agotar a Wilde, a pesar de que haga ya largo tiempo que el interés por esa persona se agotara. No bien aparecida su traducción de la *Vida y confesiones de O. W.* de Frank Harris, nos lanza por la Biblioteca Nueva de Madrid un *Epistolario inédito,* que es la número 12 de las *Obras escogidas* de aquél. Nuevamente alabanzas a Robert Ross, nuevo dolerse del "infortunado escritor". Toda la tirria que le guardan algunos escritores al después de todo listo Alfred Douglas. Y luego, el atraso de siempre en las noticias aun de su dedicación especial. En abril pasado estuvo lord Alfred Douglas en París, que hoy es una birria, y, entrevistado por los periodistas, declaró que acaba de preparar un libro, que circula ya a estas fechas en Inglaterra, diciendo toda la verdad de sus relaciones con Wilde. Que reniega de su anterior *Oscar Wilde y yo,* obra de 1914, escrita en un momento de ira y de miedo, en que le ayudó un enemigo de Wilde, pero que ahora que ya se murió su papá puede hablar claro y lo hace, para desmentir al tal Frank Harris. Si el libro no

nos llega pronto —y no nos llegará, porque no hemos de encargarlo, único modo de que nos llegasen libros de Inglaterra— estemos seguros de que un enemigo de Baeza, o Baeza mismo, ha de traducirlo para nosotros dentro de unos tres años. ¡Y pensar que todavía habrá entonces quien se interese por ello!

André Gide, la más sólida reputación de Francia, no quiere dejarla enfriar. Porque algunos privilegiados escritores viven, como otras gentes, de su reputación. Así, al mismo tiempo que publica (*NRF*, abril de 1929) un diario de mujer que se titula *L'Ecole des Femmes*, reedita el *Corydon* y anuncia en los forros que se trata de una *edition angmentée*. Con lo que todo el mundo se apresura a adquirirla y lleva la decepción de que el anunciado aumento no consiste sino en dos cartas que sobre el asunto de *Corydon* le dirigieron un erudito dantesco italiano, de nombre ruso, y François Porché, el autor de *L'Amour qui n'ose pas dire son nom*. Y esta última carta apareció contestada por Gide en la *Nouvelle Revue Française* de enero de este año… Son timos.

Un actor.— La última vez que represento en el teatro X, la lluvia echó a perder nuestra función. Nos fue necesario, a los actores, vestirnos el impermeable… Su interlocutor.— ¿Y qué hizo el público?

El actor.— Al público… le prestamos un paraguas.

Este pequeño diálogo no ocurre entre un actor de la comedia mexicana y un amigo suyo, como podría pensarse, sino que forma parte de las *Histoires pour les Parisiens*, que recoge León Terich en el volumen 35 de la *Collection d'Anas*, Libraire Gallimard, París, 1929, pp. 28 y 29.

Eugene Marsan une en la historia de la civilización los descubrimientos de la América y del tabaco. El diario de Cristóbal Colón le proporciona la primera vaga y alusiva mención de las hierbas secas de que los indios, en combustión deleitable, succionaban humo. El padre Las Casas habla el segundo, del "tizón en la mano y yerbas para tomar sus saumerios que acostumbran". Queda la duda histórica. La arqueología, esta enemiga de la certidumbre, ha descubierto pipas por todas partes. Pero en ellas ¿se fumaba tabaco? "La leyenda va hasta asegurar que dos siglos antes del descubrimiento de América se haya inventado en Persia el tabaco y propagádose por el mediodía de Europa. Se trataría, en tal caso, del tabaco rubio, de fino aroma.

"El tabaco turco sería entonces anterior a la toma de Constantinopla. La solución del problema, el paso del estado legendario al estado histórico demandaría la vida de un hombre, Bonsoir…" Stendhal cita ya los cigarrillos, de que Banville renegaba y predecía la muerte, incapaz de imaginar que lo pasajero había de ser la molestia de enrollarlos, que tuvo Napoleón III. Si me quedara espacio transcribiría algunas de las deliciosas sentencias que cigarros y cigarrilos inspiraron a Eugene Marsan en este libro que se llama *Le Cigare*, quinto volumen de la colección *L'Homme a la Page (La Nouvelle Société d'Edition*, París). Los cuatro anteriores son *Le Pesage*, por Jean Trarieux; *Le Vin*, por Maurice des Omblaux; *Le Casinó*, por Francis de Miomandre, y *La Femme*, por Henri de Regnier. Pero este del tabaco

es el más bonito de los cinco.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1000, 30 de junio de 1929, p. 30

LUCAS RIBERA, papá de Malú, acaba de imprimir un libro peregrino. Se llama *Musa peregrina*, privadamente impreso en número de 100000 ejemplares no destinados a la venta, y no está asegurada la propiedad literaria de las poesías en español. Sin embargo, Rabindranath Tagore concedió su permiso para que Lucas tradujese las suyas del inglés y la casa Macmillan para que él mismo las pusiera al frente de sus traducciones, con fines de verificación.

A quien asombre la heterogeneidad del surtido (William Howells, Sara Teasdale, Phoebe H. Gilkyson, G. Y. Glenn, Rudyard Kipling, Oscar Wilde, James Whitcomb Riley, Tagore, Sully Prudhome, Paul Géraldy, Lorenzo Stecchetti, Giovanni Pascoli, Ramón Basegoda, Miguel Oliver y el propio Lucas), bueno es informarle que el libro de su privilegiada posesión no es una antho-logía ni un flori-legio, sino un ramillete. Un ramillete que ha formado ahora, en 1929, un hombre apasionado cuya "ella" cambiante ignoraba la dulce lengua en que Lucas leía, en hojas de libros, o entre la pretensiosa ramazón de las revistas mundanas, o sacaba con tiento de entre la ortiga venenosa del periodismo diario, los versos que hubiera querido escribirle, y que, incapaz de hacerlo, le traducía al castellano. Hizo esto durante todo el camino de su vida. Algunas poesías las hallaba tiradas. Las fue guardando para más tarde. Y así fue como al atardecer, al sentarse a restañar la sangre que le habían hecho los abrojos del camino, vio que le quedaban en el zurrón, en vez de comestibles, traducciones. Prosiguió su labor de limpia y selección, añadió al ramillete traducciones de sus propios sentires, y lanzó, para sus amigos, el volumen de que se trata. Ramón López Velarde iba a prologarlo, pero se murió y hubo que dejarle la página en blanco, así como en las comidas de confianza empieza uno a comer y le guarda su sitio al huésped impuntual. Uno de los últimos poemas personales del autor, "La limosna", gratifica particularmente nuestra emocionalidad ingenua:

Fue al salir de tu casa. Ibas de prisa.
Temerosa de no alcanzar la misa.
Pues se te había hecho tarde, resolviendo
un conflicto tremendo.
Entre un rizo, una horquilla.
El clavel, la peineta y la mantilla.

¡Oh qué calma sencilla.
Respira el libro tal de orilla a orilla!
(Esto es ya la opinión de un servidor)
¡Cómo resuenan hoy en cesto y mesa.
Las estrofas domésticas de Peza
Y el estilo de Sánchez Filmador!

El año de 1921 apareció en España, publicado por la editorial Caro Raggio de Madrid, un libro de un escritor mexicano. Un nombre, un precioso nombre de mujer era el sencillo título del libro: *Constanza*. El autor se llama Guillermo Jiménez. Muy limitada o mal repartida, la edición circuló poco en Mexico, no sin dejar la idea de que las páginas de *Constanza* son de las mejores de su autor. Hacía falta conocer el libro para adherirse a la opinión de la crítica hablada, o para no aceptarla. El mismo Guillermo Jiménez no tenía ejemplares de su obra, lo que avivaba nuestra curiosidad en vez de apagarla. ¿Quién tiene *Constanza,* de Guillermo Jiménez? Hela aquí. Una segunda edición aparece, formada en los talleres de Herreros Hermanos. Un libro pequeño, pulido y grato, color del marfil. Dentro, 18 croquis, 18 apuntes que, una vez cerrado el libro, forman, en un todo armonioso, un retrato de mujer, el retrato de Constanza. El autor no se propuso dar una suma, una síntesis, sino que prefirió trazar con un lápiz de punta muy afilada por la emoción directa, varios escorzos de la figura maternal de Constanza, que tuvo "manos celestes, santificadas por la muerte", en momentos diversos, desde una noche en que la oyó gemir, "la cabeza perdida en la almohada", hasta el momento doloroso en que los dedos del protagonista cerraron los ojos de una muerta. Mentalmente, a medida que sigue las páginas de este cuaderno de emociones, el lector integra el retrato, hace la suma de los momentos. El dibujo trémulo de una mano artística e ingenua a un solo tiempo es el mérito de estas páginas. El autor no sólo ha trazado la delicada figura de una madre, sino que, a medida que la revive y que le presta ambiente y compañía, dibuja, sin decirlo, sin confesarlo, un retrato de algo más inmaterial aún, el retrato de su propia infancia. Infancia. Constanza.

Quien no conozca uno de los primeros retratos de André Gide, no podrá darse el placer de asociar un momento, aunque sólo sea para apartarlas profundamente después, a la apasionada Alisa de *La puerta estrecha* y a Evelina la protagonista de *La escuela de mujeres (NRF),* su último libro. Una vez más André Gide usa, para su expresión artística, la forma dramática del diario femenino. El de Alisa era un monólogo apasionado y apasionante, una verdadera crisis mística de amor terrenal. El diario que forma la nueva obra de Gide está dividido en dos partes, en dos épocas separadas nada menos que por 20 años. El primer cuaderno de Evelina es, como el diario de Alisa, amoroso, rendido de admiración por el magnífico personaje masculino que aparece tratado de modo indirecto por el autor. En el segundo cuaderno, Alisa no podría ser ya la pareja de Evelina en la escuela de mujeres de la obra de Gide; el tono ha cambiado, súbita, inesperadamente. El mundo de Evelina es, ahora, su esposo. Los mismos motivos que hace 20 años la impulsaron a admirarlo y a creer que lo amaba, le producen ahora repulsión, miseria espiritual, ansia de libertad. Evelina tiene una hija que, como ella, no quiere a su padre, y un hijo, que, como la Evelina de ayer, lo admira. Lo mejor de esta obra de Gide está en la lucha interna de Evelina para ser libre, para tener razón de ser libre y abandonar al esposo. En una escena precisa y llena de los mudos contrastes que son lo mejor del libro, la protagonista decide explicar a su esposo el cambio que ha sufrido y explicarle su odio. Pero ¿cómo podrá hacerlo si no tiene palabras para odiarlo, como hace 20 años no tuvo razones para amarlo? ¿Si lo odia por los mismos sentimientos que ayer la hacían estremecerse de fervor? La guerra viene a separarlos. En ella, el marido se define aún más odioso. Evelina muere en un hospital, donde prestaba sus cuidados, dejando los cuadernos a su hija Genoveva.

Ésta los envía a André Gide.

La dramatización es perfecta. Evelina no es ya, en la segunda parte, sino ella misma. Alisa era todavía el propio André Gide de la primera juventud. Lo que se ha perdido en intimidad, en expresión directa del "yo" (Alisa), se ha ganado en intensidad dramática, en consciente culto directo de la personalidad (Evelina). Pintando a una tercera persona es como llegamos a un conocimiento más exacto de nosotros mismos, dice André Gide con otras palabras en uno de sus libros. Gran verdad de espíritu clásico.

François Ribadeau Dumas acaba de publicar *(La Nouvelle Société d'Edition*, París) un *Carrefour de Visages* con dibujos de Pierre Payen. Divídese en seis partes: *Les Princes, Les Fauves, Les Délicats, Les Poetes, Les Independentes* y *Les Voyageurs.* De los primeros, Pierre Benoit, Henri Béraud, Francis Carco, Roland Dorgelés, Georges Duhamel, Jean Giraudoux, François Mauriac, André Maurois y Paul Souday. De los segundos, Joseph Delteil, Pierre Drieu La Rochelle, Henri de Montherlant, Rachilde, Phillipe Soupault. Los *Délicates* son para Ribadeau Gérard Bauer, Pierre Bost, Jacques de Lacretelle, André Lamandé, Francis de Miomandre, Jean-Louis Vaudoyer. Los *Poetas* Jean Cocteau, Fernand Divoire, Max Jacob, Francis James y Maurice Rostand. Las *Independientes* Collette, Raymonde Machard, Suzanne Normand y Titayna. Y los *Viajeros,* Maurice Dekobra, Joseph Kessel, Paul Morand y Pierre Mac Orlan. A cada breve esquema de estos escritores acompaña una graciosa caricatura de los mismos. Una especie de libro de Orteguita, de un Orteguita francés, sin embargo. Ciertos conceptos de su prefacio merecen la reproducción:

> Conocer al individuo ¿no es la preocupación de nuestra época?… El lector quiere una confesión, nada le conmueve más que las alusiones a la vida. La obra es la prolongación de la vida. Aquellos que se prodigan en su obra están más cerca de nosotros y nosotros les amamos más tiernamente. La sinceridad convence y calma. Y el genio no amengua en abriendo su túnica y en diciendo: "Heme aquí, comiendo mi pan cotidiano". No hay ya secretos. El verdadero valor del libro reside en sus nexos con la existencia. ¿Hemos de continuar engañado con las palabras empenachadas de las plumas novelescas? El hombre explica su obra, la garantiza. Los artistas ¿no crean para consolarse de no poder vivir? Quizá se creía esto antaño. En nuestros días se exige la vida. Lo cual da la razón al reportazgo y a la confidencia. No hubo jamás tantas *Vidas.* Y la novela se esfuerza una vez más por ser verdadera.

Pero hoy que la novela establece nexos profundos entre autor y lector, despojados ambos de todo artificio "literario", el lado sensacionalista, romántico que a todos nos queda se satisface con las narraciones de crímenes y de detectives que Conan Doyle anticipara. En los Estados Unidos, y posteriormente en Francia, se han constituido clubes de crímenes que, como los *Book-of-the-Month Clubes,* estimulan la producción espeluznante.

Little Caesar, por W. R. Burnett (New York, Dial Press, 1929) es el ejemplo más reciente y digno de atención. Su escenario es la ciudad de Chicago y sus personajes una cuadrilla de bandidos, cuyo jefe, Sam Vettori, fue sustituido por el Little Caesar del libro, Cesare Bandello nombrado Rico. Otero el Mexicano, Joe Massara, con su complejo de gentilidad, son hábiles ayudas para las hazañas de Cesare Bandello, en que colabora *Big Boy,* político capaz de arreglar cualquier cosa menos un asesinato. Tony el débil representa la nota sentimental. Y porque Rico, en una noche de negocios, no pudo refrenarse y mató, cayó la banda en manos de los detectives que encabezaba el muerto.

De todas las últimas historias de crímenes aparecidas en lengua inglesa, es *Little Caesar* la mejor. No hay emoción, ni frase, que sobre. Suena cercana la lengua precisa de Ernest Hemingway.

¿Recordáis que hace cosa de un año George Bernard Shaw lanzó magnánimo una *Guía para la mujer inteligente hacia el socialismo y el capitalismo,* que su traductor Julio Broutá nos hizo llegar con prontitud? Juanita Tanner ha producido la respuesta de su sexo al tratado de Shaw. Su libro se llama *The Intelligent Man's Guide to Marriage and Celibacy* y alega su autora que es un estudio paralelo de un asunto de importancia mucho mayor para la humanidad que el de Shaw. Es Juanita Tanner la hija de Ann Whitefield y de John Tanner en *Hombre y superhombre.* Es decir… su libro apareció en Bobbs Merrill.

El cuaderno número 5 de *Selection* (crónica de la vida artística), que aparece en París, está dedicado al pintor francés Fernando Léger. Los escritores Morand, Cendrars, Raynal, opinan sobre la obra del pintor que mayor influencia ha señalado a las artes decorativas de su tiempo.

Más que la obra ejecutada personalmente, fría e inflexible, es interesante la aplicación de las composiciones geométricas de Léger a objetos útiles. La decoración arquitectónica, los interiores, los muebles y tapices que lanzan los industriales artistas de París y Berlín, tienen la señal, más o menos directa, de Fernand Léger. Pintura deshumanizada, puramente geométrica, que usa colores simples y repite composiciones que ya existen en la maquinaria actual, la de Léger no ha sido nunca cubista. Un cubista descompone una figura para integrar, con fragmentos, un cuadro. Una tela de Léger es siempre un fragmento que pide y necesita continuación. La personalidad de Léger habrá que buscarla, pues, fuera de sus telas, en la serie de orientaciones que ha despertado.

La tierra del Cid y los Guzmanes cuenta con numerosos partidarios franceses. No sólo Jean Casson, cuyo origen español podría justificarlo. Montherlant, Carco, cuyo reciente viaje, dice, ha de influir poderosamente en su obra futura. Ni es el único índice de interés que los franceses demuestran al traducir a Gómez de la Serna, a Unamuno, a Eugenio D'Ors, hasta Pío Baroja. También cuenta España con aficionadas mujeres. Marie Therèse Gadala *(L'Andalousie Sentimentale,* Nouvelle Revue Critique, París), mezcla a sus observaciones actuales el recuerdo de sus lecturas. Al experimentar una "sensación de rapto en la noche, en ferrocarril", vienen a su espíritu frases de Séneca. Ante las estatuas, ante los monumentos, recuerda anécdotas históricas. Y, "al fin mujer", mezcla a estos recuerdos reflexiones que animan el sobresalto de su carne y de sus nervios. En presencia de la casita del príncipe, Marie Therèse Gadala recuerda que Felipe II detestaba el ruido, particularmente el de los besos, y exclama: *"Avec je ne sais quelle joie sadique, je voudrais que devant son fantome collé aux vitres on se soit aimé, aimé!"*. Y a pesar de toda su erudición, en presencia de la Alhambra se queda muda y pensativa: "La Alhambra no se describe, se siente, se respira, se escucha". Termínase el libro por notas y aforismos sobre España en que la sensibilidad y la ironía se mezclan en buenas proporciones. He aquí algunas muestras:

En España hay el tipo “conde de Orgaz” y el tipo Fígaro… Hay también el tipo de don José, que es el más hermoso… Pero no se le encuentra ya sino entre los criados…

Si Torquemada hubiera conocido el ferrocarril, ¡en qué hermoso instrumento de tortura lo habría convertido!

Cuando se habla de la inquisición a los españoles se enojan: “¿Y San Bartolomé?” Ahora hay, también, el bolshevismo.

¿La inquisición? El arte de hacer expiar sus pecados por los otros.

El madrileño chic divide su tiempo, en el invierno, entre el círculo y el golf, y en el verano, entre el golf y el círculo.

Se ha hablado aquí tanto de la muerte del torero Granida, como en el mundo entero de la de Valentino.

Les veo cuatro manos a los andaluces: una para el sombrero, otra para las castañuelas, la tercera para el cuchillo, la cuarta… para tenderla.

Para los franceses, Sevilla es el fin del mundo: imposible hacerse entender… Imposible encontrar un periódico francés… Imposible impedir que los mendigos os pidan *money*.

En tanto que todo animal privado de vida es una carroña, dice Gautier, un caballo muerto es un cadáver. Por eso la plaza de toros tiene este perfume de anfiteatro.

La corrida de toros es la banalidad de España, como son las góndolas para Venecia, dice Barres. ¿Pero se imagina uno a Venecia sin góndolas?

Un grupo feminista de Londres pidió a Shaw un ejemplar de su *Intelligent Woman’s Guide to Socialism*. Shaw respondió: “Me decís que no sois suficientemente ricas para comprar mi libro. Yo os aseguro que los libros obsequiados no se leen nunca y que, por otra parte, un círculo que no dispone de 15 chelines para comprar un libro tan importante como el mío, no merece tener miembros”.

La secretaria del grupo feminista vendió el autógrafo en los 15 chelines que el libro costaba. Y quien se lo compró, vendiólo más adelante en cinco libras esterlinas, con las que bien pudo adquirir toda la obra de Shaw.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1001, 7 de julio de 1929, p. 22

PAUL VORIN, Paul Voron y Paul Vareda, redactores del *Sanevank*, periódico famoso de 1917, nos han hecho llegar un lindo volumen impreso en Estrasburgo, ediciones Gutenberg, MCMXXIX. La fajilla que lo sostiene anuncia, por un lado, *Le Retour de l’Enfant Prodige* y al dorso *La importancia de llamarse Agustín*. Dante, Vinci, Góngora, Shakespeare, Racine, Goethe y Díaz Mirón son los nombres que deja traslucir el delicado papel glassine que envuelve la *Oda al maestro y otros poemas* de que se trata. De esta obra se imprimieron 25 ejemplares en un papel, 225 en otro y todavía 2225 en otro, del que nos llega el ejemplar 2424. Contiénense, además, dibujos *hora texte* de Leonardo da Vinci hechos en aparato

Gestetner, y en fin, se entera uno de que este libro es el "Homenaje al Maestro Agustín Loera y Chávez, autopropagandista Emeritus protierra nativa, primer conferencista joven de la Universidad de París y doctor Honoris-Causa" de otra universidad local. A la *Oda* que le dan siguen dos sonetos laudatorios, uno sorjuanesco y el otro diazmironiano, y todo se termina por el colofón, que nos dice que esta obra fue graciosamente impresa por Gutenberg, en sus talleres de la calle de la Albondiguilla, en Estrasburgo, el XXX de marzo de MCMXXX.

El cándido de Voltaire acaba de llegar a Boston, Mass., de cuya estación central ha debido regresar, porque las autoridades no le permitieron la libre circulación. Igual cosa les ha pasado a Boccaccio y a Petronio, cuya lectura se prohíbe y restringe a la investigación universitaria. Es una lástima que ni Voltaire, ni Boccaccio ni Petronio puedan darnos su opinión sobre aquella que los condena.

Y Mencken mismo ¿no ha tenido que ir a vender personalmente, en una plaza pública, sus libros, censurados durante la guerra, por las autoridades de su país, que le encontraban antipatriótico? Con el enorme éxito de venta que es de suponer, como el estado seco ha producido los *cocktails* más deliciosos, como circularán ávida y secretamente Voltaire, Joyce y Petronio, como hubo por fin que levantar el veto a Miss Radclyff Hall, y como, durante la reciente semana del libro que se celebró en Hungría en conexión con la Feria Internacional de Budapest, se levantaron tiendas en las principales calles, y en ellas poetas y autores vendían sus propias obras al público y obsequiaban sus retratos.

Ahora traducen Proust. ¿Con qué limitaciones? Después del *Swann's Way*, traducción de C. H. Scott Moncrieff, que el año pasado apareció en la Modern Library, la casa Albert and Charles Boni de New York anuncia *The Captive (La prisoniere)* en un volumen de tres dólares. Otros extraños títulos, *Within a Budding Grove* y *Cities of the Plain*, anunciados a seis y 15 dólares junto a *The Guermantes Way* y al ya citado *Swann's* se pregunta uno de qué volúmenes serán traducción. Porque en todo caso, aun en el difícil de que se diera a todo el público americano la *Recherche du Temps Perdu*, ¿no van por orden acaso?

La revista *John O'London's Weekly* nos anuncia el reciente fallecimiento de la última hija de Charles Dickens, Mrs. Kate Perugini, en Londres. "Era, se nos dice, una brillante conversadora, escribía tan bien como hablaba, aunque sólo haya publicado unos cuantos artículos y poemas; dibujaba y pintaba con gusto y tenía una enormidad de amigos. Su nombre prenupcial era Katherine Elizabeth Macready, pero su padre, a quien encantaban los motes, acostumbraba llamarla *Lucifer Box*, porque ella mostraba, según él, "propensión diabólica a la fiereza". Cuenta Forster en su vida de Dickens, que "cuando *Lucifer Box* tenía 10 años, entre ella y su hermana María decidieron enseñar a su padre a bailar polkas, a fin de que pudiera bailarlas con ellas en las fiestas domésticas, señaladamente en el cumpleaños de su hermano… y a la medianoche anterior, ya en la cama el novelista, le entró la inquietud y el miedo de haber olvidado súbitamente el paso de la polka y, ahí mismo, en aquella oscura, invernal y fría noche, se levantó a practicarlo".

El doctor Gregorio Marañón, que ha escrito tan hermosos libros y ensayos, la *Biología de don Juan*, los *Tres ensayos sobre la vida sexual,* que recientemente nos dio un capítulo sobre la edad del climaterio en la *Revista de Occidente,* y cuyos *Gordos y flacos* leí con tan amorosa delectación cuando empezaba a engordar, publica ahora en la casa de Javier Morata, editor en Madrid, *Los estados intersexuales en la especie humana*, y en ellos 26 láminas con 46 figuras a cual más repulsivas. Sin duda alguna este grueso libro es de enorme utilidad e interés para los médicos. Pero quienes no lo somos, hemos de aguardar otros libros suyos, que ya prepara, tales como *Las ideas médicas del padre Feijóo* o *El mito de D. Juan,* para rendirnos al deleite de su lectura. Esto asusta mucho con las láminas.

Porque preferimos el tratamiento teórico que a esos temas consagra el archirromántico doctor Freud, de la traducción, de cuyas interminables obras completas se ha encargado en España, desde hace ya varios años, Luis López Ballesteros y de Torres (pocos nombres). Ahora llega el tomo decimotercero y contiene la *Psicología de la vida erótica, teorías sexuales infantiles* (que amplía el tomo II. *Una teoría sexual y otros ensayos),* psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina y otros ensayos.

Y para que nada falte, y las generaciones futuras se documenten bien sobre la obra y la vida de quien transformó el mundo del espíritu, aparte de la que él mismo llama *Mi vida y la psicoanálisis,* la obra de Fr. Wittels, *Freud, Phomme, la doctrine, Pécole* (Félix Alcan, París, 1929) nos proporciona y brinda toda clase de datos sobre el creador del psicoanálisis. Amigo de Freud en un tiempo, Wittels dejó de serlo, porque “Freud es un espíritu volcánico con quien no se puede tratar”. Así, como Wittels nos narra, y ya sabíamos, Freud, desde pequeño, tuvo necesidad, para el equilibrio de su espíritu y de su disposición laboriosa, de un amigo y de un enemigo igualmente fuertes; de alguien a quien amar y de alguien a quien odiar y combatir. Así se explica, a partir de la época en que aprendió a trabajar al lado de Charcot, su rompimiento definitivo con Breuer, y más tarde con Jung y con Alfred Adler, sus discípulos, pero sus enemigos.

Fr. Wittels logra un retrato firme y raras veces apasionado del ser extraordinario que es Freud.

André Suárez, *Variables,* Editions Emile-Paul Freres, París, 1929:

> ¿Quién sabe? No hacen falta menos disposiciones naturales para ser como todo el mundo que para ser original. Vamos, si la originalidad se encuentra en todas partes. Para advertirlo basta ser Pascal. Esto es lo que Baudelaire descubría también a un cuistre de la Sorbona.
>
> ¿Si las bestias hablaran? Mentirían. No las amaríamos ya. Las bestias hacen las confesiones que nosotros no nos atrevemos a hacer. No son cínicas, no habiendo podido serlo o comprender que lo son. Amamos en ellas la verdad de la vida.
>
> Sin los historiadores no sé lo que son las historias. La grandeza insuflada de Roma data de Tito Livio, el más elocuente fariseo, famoso prefecto en retirada, coronel de infantería. Y aun los geómetras están a veces presentes en sus geometrías; así Pascal en la suya. Necesitamos de Maxwell para su demonio y de Riemann para dar la vuelta a Euclides.
>
> Tres palabras y dos nombres han hecho siempre delirar a Roma, y constituyen su ridículo: Roma eterna, el Estado, el Imperio; palabras absurdas sin la fuerza, y cuya fuerza origina la peste. En cuanto a los dos nombres, el uno, César, amenaza al mundo todo; y el otro, Maquiavelo, anuncia todas las traiciones.

La boca, manchada por cuanto ha dejado pasar de impuro y de malvado. Estos pliegues y esta curva, saco para todo lo que hay de feo y de malo, guardan su forma. De aquí también, que pasados los 30 años todos tengan dientes tan sucios. Se los arrancan: primer entierro. El agujero se llena de oro; este aliento revela el sepulcro. Las palabras son nuestros testigos. Las palabras quedan más cerca de nuestros labios que los besos mismos. Se lava uno a fondo de todo, excepto de aquello que piensa.

Cristobal Colón es todo bíblico. Gran carácter, pero no gran espíritu. Es crédulo, limitado, vano. Gime sin cesar y se queja de todos, con razón, además. No ha hecho lo que quería, y sí lo que no sabía hacer. En total, no ha descubierto la tierra que buscaba y no sabía que acababa de descubrir un mundo. Es el más grande de los criminales: ha encontrado la América. Para la desgracia del género humano, no puede hacerse más.

Un solo amor y muchas pasiones: si no se muere uno de la misma muerte que una de ellas. No puede negarse el cambio en un ser que cambia y que vive cambiando. Por lo demás, es la misma belleza la que amamos a través de todas las mujeres.

Con *Le Livre des Betes qu'on appelle Sauvages* (Grasset, París) André Demaison acaba de obtener el premio de la novela en Francia. Poco importó al jurado que el delicioso y fresco libro no sea una novela, sino una serie de vívidas imágenes de animales. Los hermanos Jerome y Jean Tharaud descubrieron en André Demaison lo que para ellos constituye el secreto del escritor: "todo el mundo es escritor, le dicen en el prefacio a *Diato,* su primer libro, desde el momento en que tiene algo que decir. Escribir, ve usted, no es nada. Lo raro, lo difícil, es tener en el espíritu historias o pensamientos dignos de contar". A *Diato* siguió *El pachá de Tombouctou,* que Maurice Martin Du Gard encuentra demasiado "Salammboiano", y por fin este libro de las bestias que, por salvajes que sean, le han ganado un premio que no obtuvieron Jaques Chardonne ni Jaques de Lacretelle en la misma justa. El premio de la novela es de 5000 francos.

Al mismo tiempo, Henri Massis, defensor del Occidente, ha obtenido otro gran premio: el de Literatura; la suma es mayor: 10000 francos. Bueno será recordar quiénes han obtenido, desde su principio, estos dos premios: el Gran Premio de Literatura, creado en 1912, fue concedido ese año a André Lafon por *L'Eleve Gines;* en 1913 a Romain Rolland por el *Jean Christophe;* en 1914 no hubo premio; en 1915 a Emile Nolly, por su obra; en 1916 a Maurice Masson, por su obra; en 1917 a Francis Jammes; en 1918 a Gérard d'Houville; en 1919 a los hermanos Tharaud y en 1920 a Edmond Jaloux, por su obra; en 1921 lo obtuvo Mme. Noailles con *Les Innocents;* en 1922 Pierre Laserre y en 1923 François Porché, por su obra; en 1924 Abel Bonard por *En China;* en 1925 el general Mangin; en 1926 Gilbert de Voisins; en 1927 J. Pesquidoux y en 1928 Jean Louis Vaudoyer por su obra. Ahora Henri Massis por la suya

El Gran Premio de la Novela, de creación más reciente, fue concedido en 1915 a Paul Acker, en 1916 a Avesnes por *L'Ile Heureuse,* en 1917 a Charles Geniauax, en 1918 a Camile Mayran por *Recits du temps de Guerre,* en 1919 a Pierre Benoit por *La Atlántida,* en 1920 a André Corthis por *Pour moi seule,* en 1921 a Pierre Villetard por *M. Bille dans la tourmente,* en 1922 a Francis Carco por *L'Homme Traqué,* en 1923 a Alphonse de Chateaubriand por *La Briere,* en 1924 a Emile Henriot por *Aricle Brun ou les vertus burgeoises,* en 1925 a François Duhourcau por *L'Enfant de la Victoire,* en 1926 a François Mauriac por *Le Désert de l'Amour,* en 1927 a Joseph Kessel por *Les Captifs,* y en 1928 a Jean Balde por *Reine D'Arbieux.*

Leon-Paul Fargue, editor con Paul Valéry y con Valéry Larbaud de la revista *Commerce* ha

entrado últimamente en una grande actividad editorial. La *Nouvelle Revue Française* ha publicado, uno tras otro, todos estos libros suyos: *Banalité, Epalsseurs, Vulturne, Suite Familiere* en ediciones de lujo, y en formato corriente *Sous la Lampe* y *Espaces*. *Sous la Lampe* contiene la *Suite Familiere* y *Banalité*. Hace algún tiempo ofrecí a los lectores de otra sección semejante a ésta algunas muestras de Leon-Paul Fargue. He aquí algunas más, de *Sous la Lampe*.

> Es necesario que haya columnas. Llegará el momento en que el edificio se sostenga solo, y en que la podrás retirar, dulcemente. Pero es indispensable que su fantasma se haga sentir siempre.
>
> No leas demasiado. Engrasas tu célula noble. No viajes demasiado. Eso es de alienado sentimental o de arribista.
>
> Te crees libre porque partes, y te llevas las pantuflas.
>
> No cites demasiado en inglés, en italiano, en español. Pareces un botones de hotel, que pega etiquetas en los baúles.
>
> Los malos poetas son poetas inspirados.
>
> La palabra lámpara es común al lampista y al poeta.
>
> El lector cree que las palabras tienen sentido.
>
> No te dejes especializar. Guárdate de la ortopedia. Permanece siendo un aficionado distinguido.
>
> No me gusta la inteligencia pura, pepsina que digiere a sí misma. Gusto de la inteligencia que escurre por lo sustancial, por los contornos del trabajo, por los secretos del amor. Amo la inteligencia que hace efervescencia con las cosas. Amo la inteligencia que come carne.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1002, 14 de julio de 1929, p. 10

En esta época en que la pureza preocupa (la poesía pura, el color puro, la pintura pura), Francis de Miomandre se ha puesto a pensar en la edición pura. Afirma que existe una creciente fealdad material en todos los libros, y que han sido vanos hasta hoy los múltiples esfuerzos de los editores por lograr presentaciones hermosas. Y he aquí la razón que da:

> Los editores imaginan que debe haber una relación entre el texto y su presentación material, y se ingenian por encontrar para cada género una suerte correspondiente de caracteres. En una palabra, se toman enormes trabajos para llegar a un resultado forzosamente negativo, y a veces contrario.
>
> Digo "forzosamente" porque el texto es, por sí mismo, una cosa anárquica, desordenada, confusa, una cosa que ha corrompido ya el pensamiento, una cosa viviente y móvil que contradice, por decirlo así, por definición, lo que la tipografía tiene de mineral y de definitivo, el orden radioso y bello de lo inorgánico.
>
> Sería necesario, pues, a fin de realizar una tipografía perfecta, escoger un texto que no tuviese alguno, un texto amorfo e impersonal de que en seguida se hiciera, materialmente, lo que se quisiera. Un texto "en sí". ¿Pero a quién pedirlo? ¿Quién sería el escritor suficientemente modesto (o suficientemente orgulloso) que lo proporcionara?
>
> Propongo, pues, al impresor que desee realizar en fin un libro, digno de este nombre, un verdadero libro, que tome valerosamente (en el diccionario, por ejemplo, en donde se encuentra considerable acopio) las palabras que quiera, en cualquier orden, sin tener en cuenta sino la altura y el ancho de las planas. No frases, ni ideas. Palabras, palabras puras.
>
> Sin contar que de este conjunto absolutamente abstracto, de estos acoplamientos arbitrarios podría nacer una especie de belleza inesperada, terrible, una sugestión, tanto más fuerte, cuanto más desdeñosa de los fríos artificios del pensamiento. Una magia…

No sólo Francis de Miomandre se preocupa por las pretensiosas ediciones finas y limitadas. También Gilbert Fabes, autor de una *Autobiografía de un libro,* y, por supuesto, menos conocido nuestro que Miomandre, publica en reciente edición del *Bookman's Journal* de Londres los siguientes comentarios al general asunto de coleccionar libros modernos de lujo:

Los coleccionistas de libros modernos se inquietan ante el creciente número de las sociedades editoriales de lujo. Hay entre estos coleccionistas quienes creen que cualquier libro publicado por una determinada editorial vale la pena de adquirirse y que inmediatamente subirá de valor. Aunque esta falacia es mala, no lo es tanto como la creencia que existe entre algunos dueños de las llamadas editoriales importantes. Éstos creen: 1) que el nombre de su casa dará valor comercial a cualquier libro. 2) Que cualquier tontería reimpresa es suficientemente buena si sale de su casa. 3) Que una edición limitada de un libro a precio alto es un negocio honrado. 4) Que una edición limitada y numerada es un anzuelo irresistible.

El comercio de libros, en general, acoge gustoso un buen libro, bien impreso, a un precio razonable, y no le importa si ha salido de las prensas de los señores Jones y Cía., o de Aubrey de Vere. El coleccionista desea comprar libros que sean el valor sólido de su erogación y que valgan siempre, al menos, el precio que por ellos pagó… Si las "ediciones" se despojan de pretensiones, tendremos publicaciones más sanas y menos ediciones finas y costosas; las verdaderas editoriales privadas continuarán siendo distinguidas en tanto sea hermosa su producción; y las otras casas editoras, cualquiera que sea su nombre, se aceptarán como firmas, cuyos ideales controla una justicia que nazca de su experiencia.

Llega de Londres la noticia de que un joven norteamericano, Mr. Phillip Hurn, ha descubierto en una caja de seguridad una gran colección de cartas de amor y de pliegos musicales de Richard Wagner. Entre estos documentos se halló también la única copia conocida de la autobiografía de Wagner.

Según Mr. Hurn, esta colección fue formada por una rica dama inglesa que, a la muerte de Wagner, en 1883, decidió escribir una biografía del compositor, para lo cual reunió datos durante los 16 años siguientes. A su muerte, los papeles quedaron encerrados en la caja, de que los ha extraído el joven norteamericano. Ojalá que no ocurra una tercera muerte que nos prive de una biografía que habrá de completar, entre otras muchas cosas, la de Luis de Baviera.

Los profesores H. M. Ayres y W. C. Greet, de la Universidad de Columbia, que en 1928 grabaron en discos fonográficos la pronunciación de numerosos estudiantes de la Escuela de Verano, acaban de anunciar que recogerán 20000 dialectos en todos los Estados Unidos en la misma forma, a fin de componer una biblioteca completa de discos del habla americana. Su proyecto, que incluye muchas investigaciones originales, será posible gracias a una subvención de 50000 dólares que ha acordado para él el Consejo de Investigaciones de la universidad. Hace seis años que el profesor Ayres hizo los primeros cinco registros fotográficos del habla americana en Columbia, ayudado por J. P. Maxfield, de la Western Electric Company. Como delegado del grupo de inglés de la Asociación de Lenguas Modernas, el profesor Ayres presentó ante la asociación su original trabajo.

La nueva comedia política de George Bernard Shaw, que lleva por título *The Apple Cart*, fue recientemente presentada, por la primera vez, en Varsovia, con el nombre polaco *Wielki Kram*. A la *premiere* asistieron miembros del Parlamento, el cuerpo diplomático, gente de sociedad, artistas y escritores. El presidente Masaryk se hallaba entre las prominentes personalidades políticas del auditorio que hubieron de verse satirizadas en la inimitable manera shaviana. Esta comedia es una exposición de la política cuáquera. La escena es Inglaterra y la acción en un utópico futuro.

¿Por qué oculta razón en todas las comedias mexicanas y en la generalidad de las extranjeras

que se representan en México entran las personas que vienen de fuera con el sombrero y el bastón y los guantes hasta la sala? Y cuando las personas que vienen de fuera son muy elegantes, o es en la tarde cuando se desarrollan los sucesos escénicos, las personas ingresan con gabardina puesta o con abrigo. Y es inconcebible, o raro hasta cierto punto, que mientras los dueños de la casa disfrutan de criados que anuncien a los recién llegados, estos criados sean tan malcriados que no despojen de aquellos estorbos urbanos a las visitas; que en aquellas lujosas residencias, los criados hablen un relativo inglés *(Not, sir),* pero sean tan poco correctos. Y que un salón tan distinguido, tan tarazónico, en que nunca faltan consolas que desconsuelen y oscilifiquen bustos napoleónicos, no se halle precedido, en la imaginación de autor y directores de escena, de un mal *hall* con sillas, o cofres, o bancos, o hasta percheros, en que el huésped deposite, al pasar, sus exterioridades y cobertizos. Ni al autor del *Poema del Cid* se le olvidaron dichos percheros. Recordad: “Vio puertas abiertas sin usos ni cañados, alcándaras vacías sin pieles y sin mantos, y sin azores y sin alcones mudados”. Así comienza, más o menos. Y pieles y mantos, al no hallarse en las alcándaras, se habían hallado, porque era aquél su sitio. Imitad, directores mexicanos de escena y autores, el *Poema del Cid.* Es un buen principio de cultura y de cortesía. Y no hallaréis dificultad en leerlo si acudís a la prosificación de Alfonso Reyes.

El poeta Jesús S. Soto, colaborador de *Crisol,* con lo cual se dice que busca al arte trascendencias sociales y significaciones económicas, acaba de publicar un interesante folleto que denomina *Aspectos de la nueva ideología mexicana.* Adiciona sus atinadas observaciones con una muy completa bibliografía de algunos libros y folletos que pueden dar idea del pensamiento político de la presente época, y define muy claramente cuáles son los “conservadores” de que todavía adolecemos. Oigamos y grabemos bien en nuestras mentes quiénes lo son: “Son los conservadores los que se burlan siempre de los frescos de Diego de Rivera, de la poesía de Novo, de la literatura proletarista de Gutiérrez Cruz o de la Carta Magna de 1917…” De manera que ya lo saben ustedes. Cuidado con burlarse de mi poesía o de la de Gutiérrez Cruz. Es muy fea la palabra conservador y muy fácil librarse de ella.

La vecina República de Guatemala va a ser representada en la Feria de Sevilla por unos pequeños libros que se llaman *Estampas de Guatemala* y que escribió Antonio Rey Soto. Antonio Rey Soto recibe cumplido elogio de Rafael Arévalo Martínez, que nos asegura que

> desde Martí no ha tenido Guatemala huésped que le haga tanto honor ni que le conceda dádiva tan preciada como Antonio Rey Soto. Soto, el hombre que parecía un caballo, y rey, Rey Soto. Rey Soto gusta del buen café y lo elogia. Además, le gustan los lagos, como a Landívar, y desde que está en Guatemala, adonde llegó de Cuba, veréis por qué, puso en contacto a la Biblioteca Nacional con lo más preciado de la intelectualidad española, enviándole libros de jóvenes y viejos, más de 500 libros, que fueron correspondidos con acuses de recibo y con nuevos libros. Rey Soto es uno de los más fervientes apasionados de la más deliciosa, eufórica y confortante de las infusiones. Todos sus amigos de España saben muy bien que él, que jamás prueba una copa de licor desde hace muchos años, no sabe resistirse nunca al convite de una taza más de café. Y hasta si nadie lo convida con ella, es él mismo quien se apresura a autoconvidarse. La taza única, reglamentaria, después del almuerzo y de la comida y del almuerzo, lo deja siempre insatisfecho. El café y el tabaco son sus dos grandes debilidades. Pero si tiene que enjuiciar al tabaco como promotor de varios de sus alifafes, debe, en cambio, declararse deudor al café de sus mejores momentos del cuerpo y del espíritu…

Todo esto saben sus amigos de España, que han de apresurarse a certificarlo en cuanto les llegue tan valiosa declaración. Y, además, nosotros lo sabemos ahora, ¿no?

La ininterrumpida y loable actividad editorial de Joaquín García Monge en Costa Rica, del Joaquín de América, como recientemente propuso que se le llamase la revista cubana *1929*, acaba de rendir un fruto más con la publicación de las *Canciones y ensayos* del poeta Rafael Estrada. Son particularmente hermosas las *Canciones,* primera sección del volumen, del *Cancionero romántico* en que Estrada usa con éxito de hermosas y nuevas combinaciones métricas. Perdón. Él mismo dice que no hay formas nuevas en el castellano. Pero suenan a nuevo estos poemas porque suenan a siglo XVI. La parte débil del libro es la que se llama *Recuerdos de México;* porque el poeta no debe recordar cuánto puede hacer tan maravillosamente como Rafael Estrada. Y luego no me acaba de gustar que se confundan las cosas y se mezclen los volcanes con el alma, los Gutiérrez con la poesía…

Alfonso Fabila ha puesto en los escaparates más céntricos *Los brazos en cruz.* Había vertido antes *Sangre de su sangre* y *Él* en sí eran puros cuentos. Este amor a los indios ¿acabará por granjearnos una literatura? ¿No deberemos limitarnos, aspiración y límite, a procurar que nos constituya una nacionalidad, que una vez lograda nos capacite para producir un arte libre de trabas y convenciones, de programas y de proclamas? Sobre todo, Fabila puede, en cuanto lo quiera, hacer otra cosa que estas huelgas de brazos caídos. Hay en su libro más de una nota de puro lirismo que nos lo indica.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1003, 21 de julio de 1929, p. 20

¿SE TIENE derecho a juzgar de una obra aislada, desprendida de su autor y sin relación con sus hermanas mayores? Para unos escritores cada una cierra e implica en sí misma un estado, una época, un aspecto de que no habrán de ocuparse más; otros se continúan hasta la fatiga —o hasta la perfección—, que los primeros se esfuerzan por alcanzar tantas veces cuantas emprenden una nueva, de tal suerte que es más tarde muy difícil para la crítica reintegrar en un todo la quebradiza, a primera vista incoherente personalidad. A estos primeros pertenece Genaro Estrada. El poeta que hay en todos nosotros estalla a veces —os lo digo por experiencia—, en la más temprana juventud, tal como un efímero cohete, y desaparece, a veces para siempre —os lo digo también por experiencia—. En Genaro Estrada el poeta aguardó, supo aguardar a que quien encerraba su esencia la depurase de premura en tanto que afinaba su gusto, su acorde, recorriendo la gama infinita de los poetas nuevos de México con un afilado sentido crítico que retenía la eclosión personal, que se templó en las más profundas erudiciones, que se probó con éxito en la prosa más fresca y grata. Y recorriendo todos los caminos, el poeta llegó a un crucero en que ya le fue permitido usar de su voz. Había en *Crucero* una preocupación de la mañana: *Belle matinée, tu est peinte sur la nuit.* No es el alba del primer despertar. Es la mañana a que se ha llegado después de una larga noche de

insomnio; la mañana que el alma agradece más porque los ojos la avaloran mejor; Vigilia. Eco. Velada. Viaje. Acecho. Mañana doméstica. Madrugada. Genaro Estrada ha permitido, por fin, que se exprese el poeta a quien por tanto tiempo forzó a otros menesteres, y cuya voz le ofrece una fuga. No se ha escogido al azar este bello nombre, *Escalera (tocata y fuga)* que el crítico Genaro Estrada puso al libro de versos del poeta Genaro Estrada. El poeta se fuga, "la mano en la cortina para salir al mundo". Pero va, en madurez, "a evitar recetas y a recelar consejos". Se trata, en realidad, de un solo poema. La preocupación de la noche, del refugio y santuario del poeta que está "las manos extendidas, anhelosas del alba" que es —advertidlo bien— no flor, sino fruto. Agradezcamos a Genaro Estrada el que nos haya dado un verdadero poeta más. Él sabe bien cuándo lo hizo, y se le ha escapado una confesión que da validez a mi sospecha de que el poeta ha sufrido en él una larga, no sabemos si necesaria espera: "se escriben 50 poemas, quedan dos".

La edición, como tal, no nos entraña en su elegante y bella sencillez. Ya sabemos lo que la tipografía mexicana debe a quien, conocedor como el que más pudiera serlo de su noble tradición, estancada por culpa de un medio siglo cursi, ha estimulado, directa e indirectamente, sus más hermosas expresiones. *Pero Galín, Crucero* y *Escalera,* son tres ejemplos totalmente diversos entre sí de lo que puede producir, crear, el amor y el conocimiento del noble oficio del impresor, a despecho de quienes desesperan de no encontrar en nuestro mercado papeles de Holanda o del Japón. Con un simple biblios marfil, con un trozo del más común papel lustrina y un trozo más pequeño aún de papel coleta, Genaro Estrada nos demuestra ahora que no necesitó de glassines, de antique wowe indias para imprimir un bello libro. A la antedicha dosis de papeles asequibles en México que utilizó para *Escalera,* no añadió sino otra sustancia, ésta sí no muy asequible en México: buen gusto. El pie de imprenta nos dice que *Escalera* es el primer volumen de las Ediciones del Murciélago, avenida Juárez 10, México.

Anda en las librerías un libro de versos del poeta Carlos Pellicer. Se llama *Camino* y está impreso en París por las Ediciones de la Estrella. Está dedicado al doctor Puig. Contiene varias poesías, y, entre ellas, una oda a Díaz Mirón. Esto es todo lo que he podido averiguar, porque el libro vale tres pesos 75 centavos, que no me he decidido a gastar, en espera de que el cantor de Bolívar, del Iguazú y del Momotombo me envíe un ejemplar desde su villa de Constantinopla. Porque anteriormente a su estrecha amistad con Tagore, con la Mistral y con Mussolini, tenía la costumbre de enviarme sus obras maestras. Así recibí la *Hora y 20, Los seis, siete poemas, La piedra de sacrificios,* que recuerdo haberle bautizado; aun *Los colores en el mar…* Si algún lector se gasta los $3.75 cuénteme de qué trata el *Camino…*

Es mi bandera querida… Os anticipo que así voy a llamar a una sección de todavía otro libro mío que ha de emitir, próximamente, Herrero, *Bandera de provincias.* Ni silencio elocuente ni pocas palabras cumplen, queridos amigos. Lo que pasa es que la juventud no necesita consejos. Si usé la palabra hice mal. Y tan bien lo habéis comprendido que os desconcertó mi promesa y exigís que la cumpla. No era más que esto: tanto punto y seguido… ¿Es demasiado fácil, no creéis? Y luego, lo ha hecho en México, antes, una persona, Ortega. Ya he observado

que no lo hace, sino Gutiérrez Hermosilla, y no siempre, porque en su estudio de Sor Juana hay más de una hermosa frase larga, larga, de esas que debemos decir, que nos enseñó a decir Proust y que tan bien traducen este soliloquio que es nuestra más directa expresión, fluida, sin trabas, con incidentales, sin suponer que los lectores se van a quedar meditando cada palabra nuestra, sino arrastrándolos con nuestra tormentosa corriente. Lo otro, la frase corta, fue azorinesco, preocupó a Alfonso Reyes y convirtióse en hipo con Giménez Caballero. ¿Por qué seguir su pedante tono dogmático? Ya sabéis bien a lo que me refiero. Pero aun si esto es espontáneo en vosotros, ya pasará, y si no pasa, no ha de perjudicaros, sino en muy leve grado y únicamente en mi muy personal opinión. Es como si yo tuviera un amigo predilecto e inteligente que diera en usar corbatas verdes. Acabaría él por aburrirse de ellas o yo por habituarme a contemplárselas. Por lo demás, mi amigo de las corbatas verdes tiene un talento de que carecen otros, más grandes, que han dado en vestirse no corbatas, sino trajes enteros verdes. Color *Revista-de-Occidente.*

Después de *Ulysses,* James Joyce ha estado publicando en *Transition,* revista que edita Eugene Jolas cuatro veces al año en París, un nuevo trabajo que titula *Work in Progress,* Anna Livia Plurabella. Anna fue, Livia es. Plurabella será. Es obra de almacenes cósmicos, en que se trata la lengua inglesa como dúctil materia capaz de toda maleabilidad de expresión. A su estudio dedican sendos capítulos los joycianos de París en el libro que lleva todo este nombre: *Our Examination Round his Factification for Incamination of Work in Progress,* y que edita la casa Shakespeare and Company. Samuel Becket, Marcel Brion, Frank Budgen, Stuart Gilbert, Eugene Jolas, Victor Llona, Robert Mac Almon, Thomas McGreevy, Elliot Paul, John Rodker, Robert Sagex y William Carlos Williams, colaboradores habituales de *Transition,* firman estudios sobre “la idea del tiempo en Joyce” (Brion; con interesantes comparaciones con Proust), la revolución del lenguaje y Joyce, Joyce y su dinámica, el elemento católico en *Work in Progress,* la crítica americana relativa a Joyce, y cierran el libro dos cartas de protesta que envían un modesto lector, G. V. L. Slingsby, y un antijoyciano que viene a serlo, proponiéndoselo: Vladimir Dixon.

Stuart Gilbert, traductor al francés del *Ulises,* que se impuso la tarea de explicarlo al público en reciente número de la *Nouvelle Revue Française,* se toma el mismo trabajo con el *Work in Progress* en esta especie de homenaje a Joyce. Sus *Prolegomena* se proponen justificar el método joyciano y su claridad, con sólo que el lector preste a la obra la culta atención que merece. Para demostrarlo, transcribe un párrafo de aquel trabajo y lo hace seguir de un breve diccionario o clave de las extrañas palabras que en él compone Joyce.

Cuando la crítica de todo el mundo se pone de acuerdo sobre una obra, es hora de tomar precauciones para leerla. Porque suele ocurrir que, si os dicen que se trata del *sursum corda,* no le halléis tal, y disentir de las personas más ilustradas engendra un deleznable complejo de inferioridad, que muy pocos seres, entre ellos, aquel que confesó en su lecho de muerte que “le reventaba el Dante”, tienen el valor de comunicar. Y viceversa. Una buena noche no estáis de humor para cultivar vuestro cerebro, para tomar aquella lección de modernidad y de buen tono que es la lectura de la última obra del más celebrado contemporáneo, y os vais a la cama con

una plegadera en la mano y con *Los tres mosqueteros* en la otra. Y os divertís de lo lindo; pero a nadie se lo decís. O bien extraéis de vuestros más ocultos estantes *La Curée* de Zola y halláis notas de México y algunas otras cosas divertidas y que el pobre Zola no es, en el fondo, tan malo como os afirma Leon Daudet, y sí mucho menos enojón que éste. Hasta abrigáis la consoladora creencia de que algún día —¡la moda da tantas vueltas!— se vuelva a hablar con respeto del naturalismo. Pero seguís la moda y, al comunicar a vuestros amigos la lectura de la noche anterior, les decís que Paul Claudel os encanta…

Por todas estas razones que me da la experiencia, púseme en guardia, natural actitud frente a un libro de guerra, ante aquel cuyas críticas norteamericanas denominaban, al elogiarlo, *All Quiet in the Western Front,* del cual Christopher Morley salió tan inflamado que afirmaba no haber leído nunca narración semejante, y que era en su concepto un traidor a la humanidad aquel de sus miembros que no la consumiera y que, habiéndolo hecho, no lo comunicara a 15 mortales más; cuyas revistas francesas y cuya traducción, *A l'Ouest Rien de Nouveau* no tardaron en llegar, igualmente laudatorias, y por fin cuya traducción al español, realizada por Benjamín Jarnés y por Eduardo Foertsch siguió de cerca a la francesa, en tanto que se daban, en todas las lenguas, las fantásticas cifras de la primera tirada en cada una: 800000 ejemplares en alemán, 140000 en inglés, otro tanto en francés… Ya era para tener sus reservas. Los libros de una guerra en que no participamos, que el cine nos ha hecho presenciar hasta el cansancio, que envuelven siempre tesis, patriotismo, cruzrojismo, hogarismo, matetiernismo… ¿no eran suficientes Barbusse, Dorgeles y… Blasco Ibáñez? ¿No se nos había tomado el pelo, recientemente, con *El caso del sargento Grischa?* Tenemos, además, nuestros *Cuatro-jinetes-del-apocalipsis* doméstico. Se llaman *Los de abajo* y ya los leímos hace tiempo en la traducción española de Maroto. En fin, veríamos. Casi por ejercicio, para ver si también Jarnés (por más que en otras hubiera demostrado que no) desliza madrileñismos en lo que traduce —un Shaw traducido por Broutá es una impresión muy durable—, leí la edición española, *Sin novedad en el frente.* Y he aquí que ya no puedo seguir hablando sin cordura. Tengo en la mano un libro horriblemente hermoso y fuerte. He vivido con el autor en las trincheras, he asistido al encuentro nocturno en las tinieblas del cementerio y a la luz de las bombas he mirado que aquello que tocaba era un cadáver, el séptimo de nuestros compañeros. He odiado y comprendido a Himmelstoss, me he robado un ganso para Tjaden. Y he comprendido que, de veras, nadie que se estime debe dejar de leer *Sin novedad en el frente.*

Pero sí hay novedad en el frente, sí hay algo de nuevo en el oeste, no todo está quieto en el frente del oeste. Se están peleando los chinos con los rusos. Se arrojan los cuellos, el chop-suey, las cafeteras y los cigarrillos con algodón. Y he aquí mi dilema. Iba a hablaros de un libro de cuentos chinos *(Anthologie des Conteurs Chinois Modernes*, Rieder, París, MCMXXIX) y de una *Anthologie de la Prose Russe Contemporaine* que ha compuesto Vladimir Pozner (Emile Hazan, París, 1929), para que acompañemos su lectura a la de su propio *Panorama de la literatura rusa contemporánea* que a tiempo os dije que había publicado Kra. Y ya no puedo hacerlo. Porque si alabo los cuentos, y os recomiendo su lectura, se me sospechará de parcialidad peligrosa y me lo tomarán muy a mal los rusos a quienes pueda presentarme Diego Rivera, o el licenciado Ramos Pedrueza. Y si extiendo mi admiración por Dostoyewski a estos Fedines, Kaverines, Nikitines, Zamiatines y Zochtchenkos que ha fragmentado Pozner para

nuestro deleite, me expongo a dos gravísimos riesgos: a que se me enoje el lavandero y a que el compañero linotipista se vaya de abuso con las erratas… Esperemos mejor, si os parece, a que acabe esta guerra y un nuevo Erich Maria Remarque nos relate las novedades de este frente. Unos cuantos años nada habrán de significar para quien, como los chinos, desprecian el tiempo y se cobijan en el pasado. O para quien, como los rusos, dedican sus actividades a construirle al mundo un futuro.

Ya os he hablado de miss Radclyffe Hall, la autora de *The Well of Loneliness*. Como ocurre siempre, con el éxito de esta novela suya se ha despertado el interés por las demás que haya escrito. Y las demás que haya escrito es *The Unlit Lamp* que la introdujo al público inglés, sin gran éxito entonces, creo yo, hace algunos cinco años, y que ahora publica la casa Jonathan Cape de Nueva York. Según se anuncia, el tema es un tanto semejante al del *Well*. Una adolescente destrozada entre el amor hacia su neurasténica madre y el que profesa a Isabel, criada suya mayor que ella… Debe de ser la Collins del *Well of Loneliness*…

Otra magnifiquísima novelista inglesa, Virginia Woolf, cuyos *Mrs. Dalloway* y *Orlando* fueron sensacionales, anuncia para el otoño próximo, en Harcout Brace, New York, *A Room of One's Own*. Es, se dice, el relato de una visita a un colegio inglés con las reflexiones del autor acerca de muchos temas: las relaciones entre hombres y mujeres, entre la riqueza y la miseria, y su efecto en la vida y en la literatura.

Supongo que ya pronto saldrá a la pública circulación la monografía de *ex libris* mexicanos que ha preparado con toda competencia, paciencia y excelencia el asiduo lector de este cesto y desta mesa que es Felipe Teixidor y que ha de lanzar la Secretaría de Relaciones Exteriores. Es posible que ya circule a estas fechas, pero sucede que Joaquín Ramírez Cabañas parece que ya no me quiere enviar los libros que dirige. Me faltan, ya se lo he dicho, las dos últimas bibliografías. Volvamos a los *ex libris*. Ignoro si Teixidor derive de los que ha reunido una filosofía del bibliófilo mexicano que sería muy interesante. Aunque no todos acompañan su símbolo de frases, su símbolo mismo puede orientar en su búsqueda. Se celebra ahora en la biblioteca de Versalles una exposición de *ex libris* franceses. Rockwell Kent los dibuja preciosamente en Norteamérica. ¿Se logrará resucitar esta bella manía tan siglo XVIII? El más antiguo *ex libris* conocido es alemán, ejecutado por Durero para Pirckheimer, y dice: *Sibi et Amicis:* para él y sus amigos. El de Gambetta era un gallo francés con la frase: *Voulour c'est Pouvoir* (¿qué frankliniano, no?). El mío no dice sino "Soy de Salvador Novo". Y aun esto demostró ser tan falso en cuanto prestaba cualquier libro que lo tuviera, que decidí no usarlo más y colgar, cerca de mis estantes, las siguientes, groseras frases: *Libri Quaerunt Dominum* y *Non Sunt Pedes Libris:* "Los libros quieren a su dueño" y "Los libros no tienen pies". No salen de aquí, amiguito, porque ya se sabe que no vuelven si salen.

Y como ya son las 12, me voy a acostar a leer un libro que me prestaron. Muy buenas noches.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1004, 28 de julio de 1929, pp. 24, 47

HA SIDO una magnífica idea de publicar retratos en “El cesto y la mesa”, ¿verdad? No fue mía, lo confieso avergonzado. Yo había concebido esta sección sin ellos, sin más ilustración que, acaso, alguna vez, cuando fueran muy hermosas, la reproducción de algunas portadas. Pero es que yo no tenía consideraciones para ustedes, para muchos de ustedes que no deben de conocer la faz de sus autores predilectos —o de los míos—. En general, voy comprendiendo que he tenido hasta ahora muy pocas consideraciones con ustedes. Este ustedes incluye, por supuesto, a aquellos autores compatriotas que no esperaban la verdad cuando nos enviaron su libro, y que me atribuyen en la voz baja de sus conversaciones parcialidades reprobables. Yo no sé, la verdad. Creo que así debe ser. Hasta ahora —hasta “El cesto y la mesa”— la crítica y la noticia de libros quiso decir la alabanza de libros o el silencio sobre los libros cuando materialmente no podían éstos justificar la alabanza del amigo encargado de la sección de “notas bibliográficas”. No era aquello siquiera una mesa en que se hubieran depositado o leído las obras de que se hiciera mención. Era un escaparate solemne desde el cual se imponían a la admiración convencida del público. El resultado era siempre que el autor aludido —alabado— añadía a su corona de papel un recorte más de periódico que, llegado el caso, incluiría en la segunda edición de su maravilla. Este autor quedaba encantado, satisfecho, seguro de su enorme valor; pero ustedes —este ustedes incluye a los lectores que todavía no sean autores— quedaban disgustados. No tenían nada que guardar en su libro de recortes ni en su estimación. Reforzábase en su mente la idea de que esta gente literaria constituye una sociedad de elogios mutuos e injustos. Y el autor volvía a escribir, alentado. Y ustedes no volvían a leer, desesperados.

Yo quise otra cosa. Quise esta otra cosa desde que en otro sitio inicié una sección semejante a ésta. Esta otra cosa era des-solemnizar la nota bibliográfica, llevando a su redacción la soltura y la sinceridad que animan entre esta gente literaria la discusión o el comentario de los libros recién adquiridos. Una sinceridad sin prejuicios, pero con reservas. Nada me ha parecido nunca más criminal que torcer la vocación de las gentes. Pero alabar un mal libro es torcer una vocación; si el autor va a producir algo bueno algún día, lo hará a pesar del mal volumen con que principió a hacerlo. Pero si su vocación íntima le daría la prosperidad y la plena realización en estos hermosos bosques nuestros que él menciona en sus versos; en estos campos bajo el sol con cuya descripción quiere convencernos de que es un revolucionario; en las azules montañas del horizonte por que suspira, ¿no es un crimen fomentar su exilio forzado y literario, cuando montes, campos y bosques necesitan con tanta urgencia, como sabéis, de buenos labradores, de leñadores expertos? ¿No es un crimen seguirles engañando, seguirles haciendo creer que sus libros no se venden porque la gente “no los comprende”, cuando la gente es la primera en comprender todas las cosas?

Esto creí, sigo creyéndolo y no pienso decir una cosa por otra, así me coman, mientras ustedes quieran y el director lo permita. Tampoco pienso prescindir de hablar de lo malo, que sería otro fácil remedio, el único remedio, en realidad, que al libro mediocre se aplicaba en la era pre-cestimésica de la crítica libresca mexicana. No he de ocultar el cesto, como solía hacerse, porque su compañía es imprescindible en la mesa de la lectura. Y porque existe hasta un oficio, cuyo nombre técnico ignoro, pero que se ejercita hurgando exclusivamente en los cestos y en los botes de desperdicios. Quienes lo tengan, ejercítenlo. Quizá se me escape, de vez en cuando, un gajo aprovechable de esta naranja hebdomadaria que mondo, pero que

mondo ante vosotros, discerniendo la corteza del jugo, para que no os equivoquéis y vayáis a comer una cosa por otra. Yo lo hago por vuestra salud. Los hombres que hurgan la basura buscan en ella los trapos, los lavan y los convierten en papel. Hagan así los propios interesados. En el papel que fabriquen pueden volver a ejercitar la pluma, envolver arroz o escribir anónimos diáfanos. Cada uno hace aquello para lo que lo han engendrado sus padres.

Pero íbamos a hablar de los retratos. Es una muy buena idea del director, y ahora publicamos algunos más, y lo seguiremos haciendo, al propio tiempo que hablemos de los libros; hasta donde sea posible, hemos de ilustrarlos con retratos.

Hablemos de los cocteles. Incurramos en el lugar común que tanto entusiasma, por virtud de su ginebra o por otra cualquiera causa. Si a alguien le dan uno, le pregonan asombradas todas las revistas locales, de una en otra. Damos la fórmula de su factura para cuando vuelva a ofrecerse que se ofrezca un coctel a perengano.

Se dice del coctel, con asombro, que es bebida muy siglo XX. El *melting pot* norteamericano, la “era del poder” del bíblico Waldo Frank, Ubaldo Franco, como le llama Florisel en almibarada dedicatoria de su unión, fusión, difusión, confusión, transfusión y transmisión de la colonia españo-virgiliana, este *melting pot* de razas se vuelve barullo de licores en el coctel. *Pele-mele,* como diría un viejo francés. *Pele-mele,* o barullo, es algo como aquello que ocurre ahí donde los poetas agoristas se colocan el mismo sombrero hace tanto tiempo. Este barullo, coctel o mescolanza se agita en especial receptáculo vertedero con hielo machacado, y el resultado es la jocundia. La base es ginebra; pero hay mil medios de mezclarla con otros ingredientes. Quien quiera hacerlo, hallará en las páginas de *Cocktails*, libro de Miguel R. Reguera, suficientes recetas. Es obvio que en inglés, publicados en Norteamérica, haya muchos tratados de preparación de cocteles. Hay también en español nutridos formularios, *300 recetas para cocteles*, etc. Pero éste de Miguel R. Reguera es el más seductor. Cuesta tres pesos. Con esta suma uno se puede tomar seis cocteles, y al quinto se le ocurren más fórmulas personales que a Reguera. Pero el prólogo de Reguera, a quien supongo cantinero, es la respuesta de la embriaguez profesionalizada a la literatura embriagadora, por lo soporífera de, digamos, Giménez Caballero, que en poniendo a Hércules a jugar a los dados repite el lugar común del coctel-símbolo. Giménez Caballero no debe saber mucho de esto. Miguel R. Reguera sabe su oficio y, además, escribe prólogos para su formulario. En el de éste se citan autoridades tales como, por su orden de aparición, Guillermo de Torre, José Ortega y Gasset, Paul Morand, Jasbo Brown, Einstein, Freud, Picasso y Strawinsky. Giménez Caballero… ahora lo comprendo todo. Reguera da literatura para que se soporten sus cocteles. Y viceversa. Hagámoslos de pulque ¿No saldrán buenos? ¿Qué cree usted, Rubén?

Joseph Kessel, uno de los escritores viajeros que se han puesto en moda, que “escribe para realizar sus impresiones, analizar lo que ve y contarlo”, pero no por inclinación literaria especial, acaba de publicar en la *NRF* un relato ocurrido en California, con damas, *Damas de California*.

Pierre Mac Orlan, viajero también, descubridor de la Venus internacional, premiado de La

Vacaliere Elsa, aficionado a los discos fonográficos, acaba de publicar sus *Obras poéticas completas*, ilustradas por Edy Legrand, en Le Capitole, París. Componen sus poesías completas *L'Inflation Sentimentale, Simone de Montmartre, Boutiques, Fêtes Foraines* y *Quelques Films Sentimentales.*

En cuanto a Henri de Montherlant en las propias ediciones del Capitolio ha publicado *Sous les Drapeaux Morts,* conjunto de capítulos o ensayos que saltaron de algunas de sus obras en el curso de la corrección de sus pruebas, o en el de su composición, y son todos inéditos. Hace preceder cada capítulo de las razones que le animaron a retirarlo de la obra a que originalmente pertenecía.

André Maurois publica *Fragments d'un Journal de Vacances* en la colección *Chapitres de Vies* de Emile Hazan, París. Dice, lo que ya habíamos sospechado, que ahora está escribiendo por encargo pastiches de Proust y una continuación del *Viaje sentimental* de Sterne. Pero no le salen estas cosas forzadas. ¿No será también por encargo que escribió Rouen, y que Valéry Larbaud acaba de publicar *Allen?* Todo esto de la provincia, a cuya propaganda se dedican ahora con tanto empeño los escritores franceses, huele a encargo, además de a estiércol.

Roland Dorgeles hace *Souvenirs sur Les Croix de Bos* (A la Cité des Livres, París). Los hace frente a la fotografía de un soldado, del soldado que él fue y que escribió, antiguo Erich María Remarque.

Revista de Revistas, año XIX, núm 1005, 4 de agosto de 1929, p. 24

HACE poco recibí la misiva de un lector que "tiene en cuenta la relativa afinidad de mi desarrollada inteligencia con su humilde criterio", y me envía un poema, cuya publicación solicita. Este dicho lector firma "José Luis Buhigas Novo". Esto del Novo me huele a chunga. No somos tan frecuentes, pero si mi tocayo existe, querrá decir que a don Abelardo, a don Pedro, a don José, a mí y a don José Luis, a todos nos da por escribir; y ello me enternece: ved aquí la oda de mi inverosímil tocayo. Titúlase: "Un muerto que ríe y un ladrón que silba una tonada ajena"

I

Ja, ja
no callado,
muy callado,
un poquito más,

así,
sin que nada oiga nada.
¿Se reía? ¿Por qué?
Porque había muerto;
en otra ocasión no se hubiera reído.
Su risa era muda, pero larga,
quiero decir,
se reiría hasta que ya no fuera nada,
y después,
su polvo seguiría riéndose.
Su risa era amarilla,
mas después
en la fosa
tal vez la cambia por otro color más hermoso
eso
no se puede saber.

II

El ladrón que no lo vio reír,
silba en la semiobscuridad de la noche su amiga,
es un son de amor,
pero —bah—
no hay cuidado
también lo robó,
tenía que robarlo, porque si no, no fuera suyo
lo que aún no ha robado todavía no es suyo;
sin embargo, ya robó el amor
—muy mal hecho—
—pésimo—,
porque el amor
es más ladrón que él,
y le está robando
despacio,
muy… po..co..a..po..co..
su corazón;
por eso le lanza la primera mirada a la luna
que será su amiga
después…

Se trata, como ustedes observan, de un genio. No he querido que se me adelante nadie en su descubrimiento, ni que no sea *Revista de Revistas* quien primero le acoja. Eso de que “lo que aún no ha robado todavía no es suyo” es el Evangelio.

En la Escuela Nacional de Maestros asiste a clases un jovencito, de rasgos indígenas, que escribe versos y me comunicó, no hace mucho, el hecho. Tantos lo hacen, que no le di importancia y me llevé su cuaderno, sin interés, casi. Pero los leí y vi que son diferentes a los usuales en los adolescentes de su edad, románticos, bien medidos. Esto se llama *Semana*, y hay un poema por cada día, de domingo a sábado. Son dos obreros quienes llevan su diario en verso. Claro que se le ven influencias, pero influencias de las mejores, de las que vivifican. Conversé luego con él. Se llama Gildardo Martínez y ha intentado sin éxito —gracias al cielo — la flor natural. Lo he alentado todo lo posible, a que siga escribiendo. Quizá le publique su libro.

También ha seguido escribiendo Efrén Hernández. A partir de "Tachas" me trajo un nuevo relato, sin nombre, en que aparece Santa Teresa. Mi primer impulso fue publicárselo en seguida. Pero de él salió aguardar hasta no tener más relatos, unos seis o siete, que puedan formar un verdadero libro. Acaba de terminar "Un gran escritor malagradecido", que no tengo palabras para ensalzar, y ya escribe otras cosas. Allá por el fin de este año publicaremos su libro, y en él —respirad— no habré de aparecer por ninguna parte. Efrén Hernández es lo más serio que tenemos en México dentro del cuadro de dos generaciones. Estoy completamente seguro de no haber sido, al predecirlo, ni de serlo ahora, al afirmarlo rotundamente, "deliciosamente injusto".

En el último número de *Crisol*, que es el 8, de agosto, hay, casi juntos, dos artículos de propósito similar: "La posición de los intelectuales mexicanos ante el comunismo", de Jesús S. Soto, y "Los escritores y la Revolución", de José María Benítez. Pero su proximidad geográfica y titular no implica, como podría esperarse, similitud de tesis. Leyéndolos se da uno cuenta de la urgencia de que quienes lo saben expliquen claramente, "para las multitudes", para esta multitud de desorientados espectadores que somos, en palabras sencillas, ese nexo, y en qué debe consistir, que deba unir al que ellos llaman "productor intelectual" y al que todo el mundo denomina obrero o campesino. Para Soto, el intelectual le es indispensable al obrero, aunque afirma que no ha salido de sus filas, ni puede salir, y a él se debe lo que aquél haya logrado, a la "desinteresada participación de los intelectuales". Pero el escritor burgués que se afilia al comunismo es desdeñado por éste, duélese Soto y mirado con odio por los de su ex clase. "De todos modos, es la burguesía la que sale perdiendo, porque se le restan elementos generalmente de sutil comprensión, de fina inteligencia. Los proletarios al fin irán comprendiendo que les son necesarios para sus batallas, hombres de guerra mentalmente bien preparados… que podrán, o dirigirlos, o cuando menos ayudar seriamente a su triunfo." Por su parte, Benítez afirma que escribir para las masas es, según la mayoría de los pensadores de nuestro tiempo, un rebajamiento. Que el escritor revolucionario no puede ser un hombre de letras, y que ahí reside su primer sacrificio: en despersonalizarse. El segundo sacrificio es discernir la estrategia de la revolución, seccionarse en apóstol y en mártir. Mas nada concluye Benítez, sino que hay tres clases de literatura: la fingidamente revolucionaria, que ofrece ciertos matices de izquierda (¿matices lerdos, será?); segunda clase, la que trata de penetrar el alma colectiva de hoy, y es vehículo de las condiciones de las mayorías, y por último aquellos

que perfeccionando su técnica hacen del arte un complejo para inteligencias privilegiadas y “son frutos específicos de los tiempos presentes, cuya piedra angular es la explotación del hombre por el hombre y su resultado histórico el monopolio de la producción, de la riqueza”. En fin, que nada hay claro en esto, y que nosotros los de las mayorías, que ignoramos las definiciones económicas, quisiéramos una de dos cosas: o que se nos dijera en qué debe consistir la participación de los intelectuales, particularmente de los escritores, en la revolución social, o que se nos pusiera una muestra: esto es, que en vez de discutir se obrara; que alguna de estas personas documentadas sobre lo que debe ser una obra revolucionaria, con resultados colectivos importantes, la hiciera, y dejara las explicaciones para más tarde. Aunque bien mirado, no habrían de necesitarse, si la obra alcanzaba los resultados ideales.

The Argonaut Series, publicadas por Robert Mac Bride y Cía., Nueva York, acaban de aumentarse con las cartas de Cortés *(The Letters of Hernan Cortes, 1519-1526),* traducidas por J. Bayard Morris. El espíritu de esta serie de libros es la narración auténtica de viajes, aventuras y exploraciones. Han visto antes la luz, dentro de ella, los *Travels of Ibn Batuta,* traducidos del árabe por H. A. R. Gible, *The Narrative of Samuel Hancock’s Journey to Oregon in 1845, A Voyage to the South Seas in the years 1740-1741* y *The True History of the Conquest of México* de Bernal Díaz.

José María Chacón y Calvo estuvo entre nosotros, no casi de incógnito, como os dije, sino totalmente. Metido en la Biblioteca Nacional, en casa de don Luis González Obregón, en Cuernavaca, en Toluca, en Puebla, en el Archivo General de la Nación, se fue, guardándose celosa y complacidamente los descubrimientos que seguramente hizo de datos importantes sobre Heredia. Gordo, dulce, apacible, simpatiquísimo, comimos juntos una vez, y no hubo tiempo para vernos más, apenas. Se ha vuelto a Cuba, de donde irá a su centro, que es Madrid, a sus investigaciones y estudios. Nos dijo que dirige la sección de Antologías Americanas en una casa editorial española. Su interés por la literatura viva es conmovedor, si tenemos en cuenta que los eruditos como él suelen desentenderse del presente. Ahora nos envía de La Habana “El documento y la reconstrucción histórica”, publicado por *1929* —una revista de tantas vidas como años—. En próximo número hemos de ocuparnos en este libro de Chacón, con calma. Incluye en él dos conferencias, “Indias” y “Simancas”, pronunciadas en la Institución Hispano-Cubana de Cultura, el 10 de febrero y el 19 de mayo, respectivamente, de este año.

México al Día, revista que anuncia calcetines y paraguas, anuncia también que pronto estará entre nosotros Eugenia Torres, prestigiada recitadora que “al decir de Novo, es una musa en el paraíso de nuestra poesía”…

Felipe Alfau, hermano de Mona Alfau de Teixidor, vive en New York y va a publicarle dos libros suyos, este otoño, Rae D. Henekle. Se dice que su novela *Madrileños* es perfecta en forma, y revela una sección de la vida española, muy estimulante para las mentes norteamericanas.

Ha muerto en París recientemente el crítico Paul Souday. Entre nosotros se conoce su trilogía *Proust, Gide, Valéry,* publicada por Kra en volúmenes que no se venden separadamente. Aunque tenía muchos enemigos, su muerte ha suscitado interés por su obra, y variados homenajes. Se cuentan las anécdotas de su vida, una de las cuales es particularmente conmovedora. Muchas veces no podía meterse en la cama, porque se lo impedían los libros que se habían acumulado en ella. Leía absolutamente todas las obras que se le enviaban. ¡Qué enorme y única oportunidad pierde mucha gente con su muerte!

Napoleón está de moda. Aquel Dmitri Merejkowsky, que ustedes conocen, acaba de publicar *La vida de Napoleón* que, traducida al inglés por Catarina Zveingtzon, publicará la casa Dutton, de New York, próximamente. Cape and Smith publicarán igualmente *Napoleón Self-Destroyed,* por Pierce Clark, prologado por James Harvey Robinson, el famoso psicólogo. De Alemania han traducido los americanos del norte las *Memorias de Napoleón I compiladas de sus escritos* por F. Kirchesen, y en Francia Joseph Delteil acaba de publicar *Il était une fois, Napoleon,* en *Le Passé Vivant,* serie de Hachette.

Louis Martin-Chauffier, el inteligente crítico que presenta a los miembros del “Conciliábulo de los treinta”, en las ediciones “au Sans Pareil”, publica en una *plaquette* finamente acabada por el editor Manuel Brunker, seis cartas de Marcel Proust, tras una breve introducción en que hace profesión de fe en la modestia. “No experimento —dice— ningún escrúpulo al verlas impresas, a pesar de los elogios que contienen.”

Chauffier descubrió a Proust, cuando el premio Goncourt. Proust conoció a Luis Martin-Chauffier cuando recibió, con una carta de éste, un pastiche de su propio estilo. Una interesante correspondencia cortada a trechos, se entabla. Proust hace en ella algunas revelaciones curiosas como ésta que traduzco, y en que habla mal de la frase larga que cultivó con perfección exquisita: “Procure evitar el escollo de las frases demasiado largas, cuando son abstractas”.

El tono de estas cartas de Proust es el mismo velado tono de voz de “dandy gris” que usó en las cartas dirigidas a Lucien Daudet. Su tema repetido es la enfermedad, que le impide contestar todas las cartas que recibe. Tengo 800 por contestar, escribe a Martin Chauffier. ¿Exagera? ¿Exagera, también, cuando escribe que el hecho de redactar una carta está por encima de su fuerza o de su falta de fuerza, y que después de escribirla queda, por espacio de una semana, en la imposibilidad de pensar?

La cortesía es la virtud de las cartas de Marcel Proust, pero también su exceso y, por ello, su defecto delicioso. Una cortesía que, cuando Proust exagera, corre el riesgo de herir al corresponsal.

El tono de estas cartas es gris perla. La cortesía es su virtud y su pecado. ¿El olor de estas cartas? Una mezcla de los perfumes de la flor más sensible y de la medicina más penetrante.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1006, 11 de agosto de 1929, p. 24

ALFONSO REYES acaba de publicar en Buenos Aires un breve libro, *Fuga de Navidad,* con ilustraciones de Norah Borges de Torre. Son nada más seis pequeños cuadros de la Nochebuena. El buen comedor aparece: "Salte, pues, el vino dorado rociando el pavón y el turrón. ¡Alegría del moco de coral y el escobellón hirsuto y galano cuando —égloga anacrónica, ni griega siquiera— el ejército de pavos, que conduce un pastor sin nombre, rompe por entre las filas de automóviles de nuestras ciudades! Los escaparates sacan el pecho y relucen de tentaciones. La gente asalta los tranvías, llenas las manos de paquetitos. Y los pavos de sabor de nuez se agolpan, azorados, en mitad de las cuatro esquinas, como un islote indeciso, pardo y rojo". Este relato no es nuevo (Madrid, 1923, fecha de redacción). ¿Inaugura con él los *Cuadernos del Plata* de que nos había hablado Jenaro Estrada?

Don Carlos Pereyra acaba de publicar en la Biblioteca Histórica Ibero-Americana que dirige en Madrid (M. Aguilar, editor) la *Biografía de Fr. Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México,* de don Joaquín García Icazbalceta. Agotada la primera edición de tan magnífica obra, no era posible su lectura sino en las que por segunda vez llamaré "horrendas y erratabundas" ediciones de don Victoriano Agüeros, en cuya serie de Autores Mexicanos el *Zumárraga* de Icazbalceta integraba uno de los 10 volúmenes consagrados a sus beneméritas obras.

Don Carlos Pereyra hace posible una grata lectura al aumentar los puntos del tipo hasta un agradable "10 negritas", bien espaciado, limpio de erratas, en buen papel, y suprimiendo el aparato erudito del anterior apéndice en que "la modestia del autor quiso rendir sus pruebas"… "pero como la crítica ha encontrado absolutamente concordes los documentos y la elegante exposición, se suprime el aparato erudito, que nada añade al texto ni es ya necesrio para darle valor"… el cuerpo de la obra aparece íntegro, fielmente tomado de la primera edición.

Nos viene a la memoria la *Bibliografía mexicana del siglo* XVI, tan agotada que la Secretaría de Educación la empezó a reimprimir, por más que, al reducir absurdamente el tamaño de las planas, que dio en reproducir en grabados, facsimilarmente, el tal libro perdiera mucho. Empero, más se ha perdido con no darle término, y es lástima que nos siga llegando de España lo bueno mexicano que hacíamos, o que hacían, antes, los mexicanos.

El licenciado Miguel Alessio Robles, entre el cual y Alfonso Reyes he interpuesto la prudente barrera de don Carlos Pereyra, no vayan a empastelarse las notas, ha reunido en volumen (*Voces de combate,* México, 1929), una buena serie de los artículos que suele dar a la prensa. Retirado de la política desde hace ya bastante tiempo, Miguel Alessio mira las cosas de su país con serena cordura y excelente juicio; su acendrado y vigoroso amor a España es evidente, también en este libro, y su igualmente fundamental respeto por la buena tradición mexicana.

Acabo de recibir un *Diccionario de Historia, Geografía y Biografía Chihuahuense,* compuesto por Francisco R. Almada e impreso en los talleres gráficos del gobierno del Estado. La fecha de impresión es 1927. Sin embargo, acaba de llegarme y es de presumir que

no se terminó sino hasta ahora. Doble mérito del paciente autor, que nos explica humildemente, en la página 775, las peripecias de su obra en la imprenta. La presentación material es fea, como todas las cometidas en los estados. Pero el esfuerzo del autor merece todos los elogios más calurosos. ¡Si siquiera contara el historiador mexicano, el estudioso de nuestro país, con monografías de esta clase para cada estado! Pero recientemente no tenemos otra cosa, como usted sabe, que el esfuerzo de la Secretaría de Relaciones por lograr bibliografías de todos los estados, esfuerzo que no ha dado sino la *Bibliografía de Sinaloa* por el senador José G. Heredia y la del estado de Coahuila por el ingeniero Vito Alessio Robles.

En Alemania se escriben novelas mexicanas, a falta de escribirse en México. *Passatwind*, por Georg Edward, es el ejemplo más reciente (Munich, Editorial Tres Máscaras). Del *Hamburgischer Correspondent* del 11 de julio pasado traduzco la siguiente nota sobre ella:

> Existen muchas historias que se desarrollan en México, pero ninguno de sus autores ha sabido describir con tanta perfección la mentalidad y el alma de las gentes que habitan las latitudes del Passatwind como Georg Edward. La sangre circula con más rapidez por las venas, el amor es más intenso y más dispuesto al sacrificio que bajo los cielos nórdicos. El argumento de esta novela está sujeto y es causado por el medio en que vive esta gente, y con el libro vivirá el lector en un ambiente cálido característico de los trópicos. Los personajes femeninos se exhiben en una forma tan plástica que el lector llega a pensar que se ha exagerado la poesía de la obra. Los conocedores de aquel medio y de las condiciones que allá reinan acompañarán con gusto al autor a través de las diferentes emociones que emanan de su obra. El que busque una novela bien escrita y llena de aventuras que lea este libro.

Y como traduzco para practicar, he aquí cómo juzga y comenta a *Las mujeres en México* Heinz Erich Platte en el *Landsberger Generalanzeiger* del 14 de julio pasado:

> *Mujeres Mexicanas* —esta palabra despierta en el europeo soñador atractivos cuadros de palmas, cielo intensamente azul, y enormes montañas salvajes. En una encantadora cara femenina brillan los ojos de fuego de las mexicanas. Cálidos y sonrientes, cuando se trata de una de las flores de invernadero de la calurosa costa; orgullosos, emocionantes y frescos, cuando se piensa en la encantadora criatura de las montañas.
>
> La mexicana no tiene tipo propio. Fue —más que en cualquiera de los otros países de la América Latina— sangre demasiado variada, que en curso de los siglos se cruzó en innumerables direcciones. Hoy en día se pueden distinguir principalmente los siguientes tipos de mexicanas: la blanca, la trigueña y la morena, y entre éstas otra vez se distinguen las que habitan los valles tropicales y las que han nacido en las frescas y románticas montañas.
>
> La mexicana de la capital es una esbelta y elegante mujer de origen latino, que se polvea y usa toda clase de cosméticos, aunque, a decir verdad, éstos no los necesita para aumentar su hermosura. Sin embargo, también en la capital se ve gran cantidad de mujeres de origen indio, que por lo general no se toman el menor trabajo de esconder su color cobrizo con ayuda de polvos y demás cosméticos.
>
> El que desee ver a la hermosa y culta mexicana de las ciudades, que aparece ante el extranjero con ese atractivo exótico tan original de ella, lo puede conseguir con facilidad en la capital de la República. Allí las señoritas de la buena sociedad, que no gozan todavía de la misma libertad que sus hermanas europeas, pasean por las tardes en la avenida Madero, en sus lujosos automóviles americanos, con el fin de tener aunque sea una pequeña variación en sus vidas de encierro.
>
> En los cafés, de los cuales por cierto hay muy pocos, no es fácil encontrar a la mexicana de buena sociedad. Únicamente el Café Colón y Sanborns son una excepción. En Sanborns se dan cita las elegantes señoritas de la capital, entre cinco y siete de la tarde, y allí se dedican a tomar toda clase de refrescos y helados al son de óperas y operetas alemanas, a contarse toda clase de nimiedades, y a "analizar" a todos los caballeros que entran, especialmente si son rubios… ¿si será americano?… ¿si será alemán?
>
> El Café Colón es el centro de reunión del mundo elegante. Tiene uno la oportunidad de ver allí elegantes parejas de baile y de oír cuentos picantes. Pues no se crea que todas las damas que concurren a este café y que con tanta gracia e indiferencia mueven los ojos para atraer las miradas de los visitantes masculinos sean de la misma inexperiencia e inocencia

de corazón, que son la virtud de las virtudes que distinguen a la señorita mexicana de buena familia. No se sabe nunca si la dama a quien dedica uno sus atenciones, no sea —a pesar de su modestia y dignidad— origen de otro mundo menos escrupuloso y serio, pues los trajes elegantes, las modas exageradas, el polvo y los cosméticos, que son hoy en día propiedad común de todas las mexicanas, hacen difícil la distinción.

Una vez por año, el 16 de septiembre, que es cuando se celebra el aniversario de la Independencia mexicana, se verifica en México una gran fiesta en honor de la belleza y de la dignidad de la mujer. En este día aparecen en la capital las “embajadoras de la simpatía”, que representan a los 28 estados de la República, y las cuales han sido seleccionadas en concursos locales de simpatía y belleza por medio de votación, para ser enviadas a la capital el 16 de septiembre como embajadoras de su estado. En la capital son recibidas con toda clase de honores y atenciones, demostrando que los mexicanos, como nosotros, sienten el más profundo respeto y las más grandes veneraciones por sus mujeres. Por la noche, las embajadoras aparecen en sus palcos en el teatro Esperanza Iris, vestidas con sus trajes regionales y formando un conjunto de belleza y dulzura que difícilmente puede ser igualado.

El que crea que México es el país ideal para los don Juanes conquistadores, pronto descubrirá su error. En México no se andan con bromas en esta clase de asuntos. Desde luego, el *flirt* está permitido; pero el que hable con demasiada frecuencia de amor y de fidelidad, convocará espíritus de los cuales no le será tan fácil librarse.

Por lo regular, una pequeña suma de confidencias sin importancia bastan para que el hombre quede ligado para siempre, y si se niega a repetir ante el juez de lo civil lo que dijo a su dama sin más testigo que la luna, o inspirado por esos paisajes mexicanos que son capaces de volver romántico a cualquiera, se las tendrá que arreglar con algún miembro masculino de la familia de su amada, el cual le enviará como único argumento una bala de pistola bien dirigida, un hecho que los juzgados ven como defensa legítima del honor.

Después de todo, el “sí” en el juzgado civil no ha de ser cosa tan difícil de pronunciar cuando se trata de una de esas encantadoras criaturas de los Alpes mexicanos. Prueba de ello son la felicidad de los alemanes que se han casado con mexicanas y que, casi sin excepciones, viven en la más completa harmonía. Si éstos, al recordar su patria, piensan alguna vez en su juventud, y en su mente surge la mujer alemana que alguna vez fue su ideal, es cosa que, por galantería a las hermosas mujeres de México, debemos callar.

Ya; que sea menos, ¿no?

Revista de Revistas, año XIX, núm 1009, 1º. de septiembre de 1929, p. 24

ARNDT GUSTI es no sé si el autor o la autora —es bien difícil averiguarlo con tantas consonantes con tan pocas vocales— de una novela que acontece en México, pero que acaba de publicarse en New York por la casa Dodd, Mead. El personaje es Pancho Ortega, pintor mexicano muy estúpido, campesino que pasa sus perezosos días en un pueblo polvoriento y sucio de nuestro país. Pancho tenía alguna facilidad para el dibujo, pero ningún fuego, ningún poder dirigente, ningún interés en su talento. ¿Era un genuino artista? Tenemos nuestras dudas. Gran parte de la novela se va en contar los asuntos amorosos de Pancho, que le eran tan indiferentes como al lector mismo le resultan. Una que otra vez se nos dice que Pancho estaba trabajando en una pintura, pero no sentimos que vaya a tomarse siquiera ligeramente en serio su trabajo. ¿Es que se trata de una sátira dirigida a los pintores y a los artistas en general, en que se sugiere que todos ellos son sujetos perezosos, más interesados en sus mujeres que en su arte? ¿O es la narración trágica de la vida de un hombre que en otras circunstancias pudo haber sido grande?

Algunas descripciones de los primeros capítulos son excelentes. Comunican vívidamente el calor, la ignorancia, la letargia de los pueblecillos de México. Siéntese también vívidamente la estupidez sin remedio de Pancho. ¡Ah! El libro se llama *An artist passes*. Let

him pass.

La Sociedad de Bibliófilos Mexicanos acaba de extinguirse, después de dar a luz cuatro obras: *La grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena, el *Viaje a México* de Gemelli Carreri, las *Obras* de Sigüenza y Góngora y un póstumo tomo que contiene una *Crónica de la Merced de México,* por el P. M. fray Cristóbal de Aldama. Los 250 miembros de la extinta Sociedad de Bibliófilos han sido notificados de su defunción. Deja la sociedad trescientos y tantos pesos que sobraron de las ediciones, y resma y media de papel. Con esta herencia, sus deudos recibirán no la ínfima participación de un peso y centavos, sino algunas poesías inéditas de fray Manuel Navarrete, que si no valen el peso, valdrán los centavos.

Es tiempo, ahora, de que alguno de los ex bibliófilos mexicanos recoja para la posteridad la historia doméstica de la sociedad. No sólo que aprecien el esfuerzo de la mesa directiva, paciente y complaciente, que inscribió en lista condummial personas numeradas hasta el 250, sino que se sepa lo que a algunas de estas 250 les pasó; a unos, irse de México y no pagar sus cuotas; a otros, extrañarse de que en vez de los *Ripios ultramarinos* de Balbuena, se reimprimiera su *Grandeza mexicana…* A otros, por razones muy disculpables, confundir el prólogo o tontería de Andrade con el primer capítulo del *Viaje a México…* Y finalmente, en este último tomo, algún otro bibliófilo podría agregar una clave para las notas que no pueden leerse. Aunque las hiciera Gómez de Orozco, que, por supuesto, tiene el único ejemplar original.

La última novela de Jean Cocteau se llama *Les Enfants terribles* y el editor Grasset ha hecho con ella el segundo volumen de la colección *Pour mon Plaisir,* de que es el primero otra novela, *Les Varais,* de Jacques Chardonne. Compondrán esta colección 10 cuadernos inéditos, publicados bajo la dirección y al cuidado personales del editor. Esta colección “no pretende en modo alguno reflejar en todos sus diversos aspectos todo el talento de nuestra época. Se trata simplemente —dice Grasset— de obras que amo de manera especial y de las cuales gusto de ser el responsable personal. Para decirlo todo de una palabra: se trata de mi propio gusto”.

Sabido es que Grasset tiene buen gusto, y que es con Gallimard, éste mucho más comerciante, un buen editor. No hace mucho que en su libro *La Chose littéraire* nos daba cuenta pormenorizada de su sistema de examinación de originales, de su concepto de la bibliofilia y de su opinión sobre escritores y lectores. Su *plaisir* es garantía digna de confianza para el nuestro, en esta serie.

Pero lo es particularmente cuando no se trata de un escritor casi inédito como Chardonne, que no ha publicado antes de *Les Varais,* sino *L’Epithalame* y *Le Chant du bienheureux,* sino de nuestro viejo Cocteau. Una novela suya es lo que menos se esperaba después de su *Mystere Laic,* estudio y mescolanza sobre Chirico, con dibujos del mismo y no, como en otros casos, del autor.

De algún tiempo a esta parte parece ser tema predilecto de los novelistas franceses modernos el de los niños excepcionales. Estos *enfants terribles* se asocian en nuestro recuerdo a cuando menos dos obras maestras: *Los monederos falsos* de Gide y el primer tomo,

los primeros tomos de esa maravilla que se llama *Les Thibault*, de Roger Martin du Gard. Hay niños también en esta novela de Cocteau; Paul, el enfermo; Elisabeth, su hermana; Gerard, el amigo huérfano y rico, y en la penumbra de un delicioso segundo término, el amigo aventurero, pendenciero, Dargelos. Éstos, los primeros tres niños, viven una vida total y salvaje en el universo caótico de su alcoba. Crecen. Elisabeth trabaja como modelo en una casa de modas y ahí conoce a Susana, de quien se enamora su hermano Paul porque le recuerda a Dargelos. Gerard, que amaba tiernamente a Paul, se enamora de Elisabeth, se pliega a los imperativos instintos de la muchacha. Ésta se casa con un rico judío, Moise, que muere inmediatamente y la deja rica, en una casa extraña, de millonario americano. El universo caótico vuelve a formarse en el estudio del difunto Moise. Susana ama locamente a Paul; y la hermana de éste impide la felicidad de los dos y fuerza a Susana y a Gerard a casarse. Lo demás que pasa es bueno que usted mismo lo lea.

La muerte de Moise es igual a la de Isadora Duncan. Ya la había descrito Cocteau en el *Misterio laico* y ahora la aprovecha, muy bien aprovechada, para hacer desaparecer a este personaje súbito y bien logrado, que envía y retira el *Misterio*.

Parece que el caso de Leopold y Loeb, el caso de Hickman, estos magníficos casos norteamericanos, impresionan a los escritores franceses y logran en su pluma la calidad de una obra de arte. Ojalá sepan de Romero Carrasco, y escriban o aprovechen su vida. Estoy casi seguro de que aquí no sabremos aprovecharla…

Sobre la comedia mexicana del Ideal, corren los siguientes rumores, que acojo y patrocino.

Erik Stie ha escrito una ópera; mejor dicho, va a escribirla. Es una obra de perros. Pero hasta ahora, no tiene sino el decorado: el telón se levantará, todas las noches, sobre un hueso.

No es cierto, no puede serlo, que Catalina d'Erzell haya plagiado la obra francesa que se le atribuye. Porque no sabe francés.

Ni Ricardo Parada León pudo plagiar la obra de Hernán Robleto.

Porque no sabe español…

Ahora que las *talkies* han conquistado a nuestra ciudad, que el cine hablado es un hecho, la comedia mexicana ha decidido hacer teatro mudo. El éxito es seguro.

¿Qué están haciendo nuestros escritores jóvenes? ¿Concretan su esfuerzo, reducen su talento al artículo semanario en los periódicos, al mensual en las revistas? ¡Ay, el peligro de fragmentarse! ¡El riesgo profesional de quedar verde por toda la existencia! Pero no. De algunos sé que están ocupados, escribiendo, traduciendo. He aquí lo que sé:

José Gorostiza está escribiendo una obra de teatro a la que no ha puesto nombre. Además ha terminado ya la traducción de *Mala,* obra prohibida en los países de lengua inglesa y desconocida en los de habla española.

Xavier Villaurrutia está terminando la traducción de *L'Ecole des femmes,* última obra de André Gide.

Ermilo Abreu Gómez tiene ya casi lista su edición de la *Crisis sobre un sermón* de Sor Juana. Poco a poco, de su laboriosidad y competencia saldrá la edición crítica de la monja jerónima.

Y yo… ¿os interesa saber lo que yo estoy haciendo, además de lo que ya se sabe? Pues estoy escribiendo una novela. Una novela un poco terrible, que no he de enseñar a nadie hasta que no esté terminada. Se va a llamar *Lota de loco* y es la historia de una taquígrafa y de su hermano. También es personaje importante en ella un policía técnico…

En la Argentina, los *Cuadernos del Plata* que dirige Alfonso Reyes van a publicar *Línea*, libro de poemas de Gilberto Owen.

Otra muy bonita novela de las recientes francesas es *Changement de propriétaire* de André Wurmser, que acaba de aparecer en la *NRF*. André Wurmser nació en 1899 y no ha publicado hasta ahora sino una traducción, que hizo con Jean Cassou, del *Incongruente* de Gómez de la Serna; prepara *Courier des solitaires* y la extraña fotografía suya que contienen los anuncios de su novela lo muestra de espaldas. Es de profesión consejero de seguros.

Su novela hace pensar en Rip Van Winkle; hace pensar también en Fausto. Sólo que sería un antifausto y con Rip no tiene otro contacto, en realidad, que el hogar en que nadie le reconoce a su regreso. “¡Qué dicha, reza el epígrafe, ser ese señor que pasa!” Un bueno y joven consejero de seguros, con su esposa, con sus negocios prósperos, oye que cae de la escalera de su despacho un señor que rueda ruidosamente por ella. Que se lo llevan, que ha muerto, que le compadecen. Pero el difunto es él; el difunto lleva su nombre y su cuerpo. En el cristal del taxi que ha tomado lo contempla un señor extraño, con barba, con anteojos. He aquí que ha cambiado de cuerpo, que no sabe cómo se llama, dónde vive, con qué cuenta. Es una horrible equivocación. Va a su casa y lo echan de ella, creyéndole loco. No tiene sino unas cuantas monedas en el bolsillo y el retrato de una mujer a quien no conoce. Se va a un hotel, trata de escribirle a su mujer, de explicarle todo; pero su letra no es la misma, como sus manos han cambiado. Se inventa entonces un nombre; se emplea de pianista en un cabaret; y cuando los amigos de su nueva existencia le preguntan por su pasado, tiene que inventarlo, y va a escogerse un padre simpático y una tía respetable en una tienda de fotografías antiguas.

Nuevo, otro, pospone constantemente la fecha de su regreso al hogar antiguo, en el que tendrá que explicarse. Ha asistido a su propio entierro, como don Juan. Cada vez que llega la fecha que se ha fijado para el regreso, halla nuevos pretextos para posponerla. Y se enamora de una nueva mujer. Cuando ésta lo lleva a anunciar sus bodas a una casa, esta casa es la suya; tiene que conversar con su mujer cuando menos lo esperaba, con sus parientes anteriores. Y al salir de ahí, exclama: ¡Qué gente más antipática!…

Marise Choisy es una reportera mal educada y parisiense. El año pasado se disfrazó de criada, sirvió así en casas inconvenientes y escribió todo lo que vio: aquel libro suyo se llama *Un Mois chez les filles;* su nombre lo describe suficientemente. Sólo la tolerancia francesa pudo permitir su circulación. Además de ser disgustante, está mál escrito.

Pero seguramente tuvo éxito, un éxito que la reportera mal educada quiso repetir, y disfrazóse de nuevo, esta vez de hombre, para escribir *Un Mois chez les hommes*. Es su visita al monte Athos de Grecia, en donde jamás ha entrado mujer alguna en el convento. Ésta fue la primera. Para disfrazarse bien, acudió a la cirugía y al caucho. Está muy orgullosa de haber logrado vivir entre los popes, de ser la primera y única mujer que lo hace. Pero, ¿es por eso

que ella puede considerarse una mujer?

> If you think meet, this afternoon will post
> To consummate this business happily…
> (SHAKESPEARE, *King John*, act. V).

So long, kids.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1010, 8 de septiembre de 1929, p. 5

MANUEL TOUSSAINT ha vendido su biblioteca. El hecho es incomprensible. La biblioteca es magnífica. Manuel Toussaint es erudito. Pero no vendió su colección mexicana, ni tampoco sus libros de arte, sino los de literaturas extranjeras, de filosofía, de lingüística. La misma tarde de su arribo a Porrúa Hermanos lanzáronse sobre el informe montón o hacinamiento, múltiples *muck rackers* de las letras, que hacían su lotecito. Vimos —he aquí la nota de Sociedad, de Sociedad de Bibliófilos— a don Pablo González Casanova, a don Rafael Lozano —ambos inclinados—; a don Bernardo del Águila F., que otrora escribía versos, al Valenzuela que nos queda —o que no nos queda—, a don Francisco Monterde García Icazbalceta. Esa fue la primera tarde. A la mañana siguiente, don Antonio Caso llegó a ver la biblioteca. De tales achaques, él sabe: 1) porque una vez vendió la suya; 2) porque otra vez tuvo una librería; 3) porque sí. Y exclamaba que hace muchísimo tiempo que no se vendía una biblioteca tan buena como la de Manuel Toussaint. Yo andaba tímido, sin atreverme a comprar nada, de tanto como quisiera haber comprado, y caviloso. Porque si algún día me tengo que ir a una aduana de Europa o me suplanta Diego Rivera, inevitablemente los libros que me adornan el sótano vendrán a correr un semejante desatino. Y yo no he tenido el cuidado de mandar empastar esos libros que semana por semana nos hacen dar vueltas en el correo, porque vienen, certificados, a certificar el temperamento poético de más abajo del Suchiate; ¡ay! Yo los he picado, acribillado, dividido, cortado, rajado, punzado, golpeado, sajado, tundido, martillado, desmembrado, partido, degollado, hendido, desollado, estrujado, aporreado, magullado, deshecho, confundido, aturrullado… Sí, esto es del Murciélago Alevoso… Pero es que también estaba *Mirta bella*, entre los libros de Manuel Toussaint (¡La riqueza de verbos! —exclamaba, extasiado, el maestro don Miguel Salinas, autor de datos para la historia de Toluca, y maestro mío—.) No, señoras y señores. En verdad os digo que no vale la pena coleccionar libros. Porque, hágase cuenta: Manuel Toussaint se llevaba uno o dos todos los días de las librerías y los depositaba en Coyoacán, en su estudio, que es donde firma sus prólogos de Sor Juana; le costaban su dinero, porque Amador de los Ríos y Ticknor, Locke y Vives fueron tan descorteses con él que nunca le mandaron sus obras a cambio de las suyas, y tuvo que comprarlas. ¿Cómo te feciste calvo? Pelo a pelillo el pelo llevando. ¿Cómo formaste biblioteca? Libro a librillo, libros llevando. Y un buen día, llega a un camión y se los vuelve a traer a su lugar de origen, en número de 2000. Comprados como cabezas de ganado, perdido. Y vuelta a empezar. Vuelta a llevárselos uno por uno, para que vuelta a venirse todos en

montón. *¡Hell!* Lo corriente es que uno se muera y que su viuda cometa la tontería. Pero Manuel quiso contradecir su propio *ex libris,* en donde se lee que la vida huye y la obra queda; *Vita fugit, opera restat.* Y no. *Vita,* en su caso, *restat; y opera fugit…*

Hasta ahora comprendo; ahora lo comprendo todo. ¿No vendió Sor Juana su biblioteca para distribuir su precio entre los pobres? Manuel Toussaint, gran sorjuanista, desea resolver el problema de los sin trabajo con su personal biblioteca. Si no regalándoles su precio, sí haciéndoles ocuparse en hurgarla.

El otro sorjuanista que tenemos, Ermilo Abreu Gómez, sale furioso de cada venta de biblioteca particular, ¡porque no todos los libros están abiertos! ¿Pues qué se imagina que los libros se compran para leerse? *Mais non,* sino para venderse más adelante, y en algunas ocasiones para mostrarlos. (En el fondo, Ermilo tiene mucho miedo de encontrarse con un libro suyo en esas condiciones. Tiene el complejo de los libros cerrados desde que una vez me encontré uno suyo, cerrado y dedicado a Carlos González Peña, en el Volador; se lo di, me lo rededicó en término que no puedo repetir… y yo tampoco lo he abierto, pero no se lo digan.)

En la Academia Mexicana de la Lengua existe una vacante que dejó el poeta Juan B. Delgado. Pero este aviso de ocasión no puede servir a nadie, porque ya va a ocuparla Genaro Fernández MacGregor, que dentro de unos días ha de presentar su discurso de recepción. Anteriormente tendrá que hacer el elogio (¡difícil tarea!), de aquel a quien sustituye, y en seguida habrá de hablar sobre la obra de mi querido tocayo, Salvador Díaz Mirón. Como en la Academia nada se queda sin contestar, excepto las cartas, don Alejandro Quijano va a encargarse de contestar lo que diga su colega, el licenciado MacGregor.

Ya que hablamos de la Academia de la Lengua, don Victoriano Salado Álvarez está escribiendo sus memorias. No las memorias de la Academia, que se interrumpieron en el tomo sexto, hace ya muchos años, sino sus memorias personales, que no se han interrumpido. Toda persona que tenga datos acerca de don Victoriano puede proporcionarlos al interesado.

También sigue don Victoriano trabajando en su *Diccionario de Mexicanismos.* Toda persona que tropiece con alguno en sus lecturas mexicanas, podrá comunicárselo.

Don Artemio de Valle Arizpe está escribiendo, como yo, y como tantas otras gentes en el mundo, una novela. La suya se llama *El canillitas.* Yo conozco los primeros capítulos, y puedo asegurar que el relato está sumamente divertido. Ya se sabe que Artemio, además de sus comunicaciones ultraterrestres y extraaviónicas, es decir, postales con los desaparecidos ilustres, está muy al tanto de lo que ocurrió en la Colonia, con los virreyes, dentro de la Inquisición. Su novela, que ocurre en ese ambiente, será muy grande de leer.

Otro libro próximo es el que la casa Mex Libris publicará sobre Taxco. Lo componen grabados de Roberto Montenegro y el prólogo escrito por Genaro Estrada. Roberto Montenegro ha partido hace unos días con el subsecretario de Educación Pública y el chamaco Covarrubias para el lejano territorio de Quintana Roo. Van a encontrarle nuevas aplicaciones al chicle, y Roberto lleva como libro de cabecera, *El hombre cubierto de ministro.*

Acabo de recibir el número 9 de *Banderas de Provincias;* en su primera página trae una traducción de Waldo Frank y unos fragmentos del *Ulyses,* de James Joyce. Varias cosas son objetables en este número: Que Waldo Frank sea el más recio pensador norteamericano. ¿Y Menckem? Por otra parte, Frank no estima su España virgen de manera tan exclusiva como en México (y ya en Guadalajara) se decanta. Dice que le molestan tan exclusivos elogios a una obra suya que, como tal, es naturalmente magnífica, pero junto a la que tiene otras seis, lo menos, tan buenas como ella. Que él es fundamentalmente un artista creador, y que si al lado de su *Dark Mother,* de *Chalk Face,* de *Holiday,* de *City Block,* ha escrito *Our America, Virgin Spain* y *The Re-discovery of America,* es porque no hay nadie que lo haga mejor que él… Luego *Banderas de Provincia* olvidó el nombre del traductor del trozo de Frank, y ejecutor testamentario en México del mismo… en México, donde, no hay que hacerse la ilusión de creerle, no volverá. Le hizo daño el mole. Quizás si le hubieran dado pollos de Valentina, este Colón sin huevo…

Los poetas aburristas acaban de expeler el segundo número de su revista *Vórtice.* Están haciendo una novela entre todos, y entre todos la van a leer. Mal de muchos… Este número, dedicado a los campesinos, circula entre los mecanógrafos.

El sábado próximo habrá en el teatro Fábregas estreno de López Somoza, y en esta sección, revista del número de septiembre, de Crisol.

Unos jóvenes estudiantes, Barros Sierra y García Franchí, acaban de publicar el primer número de una revista humorística que se llama *Pikín.* Muy bonitos dibujos. ¡Lástima que el humorismo sea inferior al de *Fantoche!*

La Secretaría de Educación Pública acaba de empastar el primer tomo de las obras de Manuel José Othón, *Poesías,* México, 1928, en una percalina azul pavo, corrugada, que tiene en la tapa un cocol planchado, sobre el cual todas las plecas imaginables integran la portada más horrigerenda que pueda concebir la maldad humana. Antecede al texto una “Noticia” mía, que la de aquella Secretaría “ha dispuesto la publicación de las obras completas del poeta Manuel José Othón, que son, en el no siempre equilibrado paisaje de la poesía moderna de México, la más alta nota clásica de poesía pura. La publicación presente pretende agotar no sólo la producción del gran poeta —poesía, novela corta, teatro—, sino todo estudio importante relacionado con su figura que tienda a fijarla ante una generación que parece olvidar cuanto le debe”.

Se anuncia en dicha noticia, y aparecen inmediatamente después de ella, “los estudios que en su honor hicieron don Alfonso Reyes, don José López Portillo y Rojas, don Victoriano Agüeros, el discurso de Jesús Urueta y los anecdotarios de Luis G. Urbina y de don Artemio de Valle Arizpe. Todo ello aparece en el volumen, menos el anecdotario de don Artemio, que ha desaparecido por arte de magia. Según mis informes, la viuda del poeta hizo que se suprimiera del volumen, ya éste en prensa y terminación, como lo dejé en las agonías de la Edad de Oro. No comprendo por qué se haya suprimido parte tan importante de la información

sobre el mediocre poeta, como la que ofrecía sobre la composición de sus novelas, poemas y dramas, el anecdotario de don Artemio. Quizás se temió que en las anécdotas figuraran algunas contrarias a la ley Volstead, que, sin embargo, ha conservado la tradición oral, que repite Urbina en las que aparecen en el volumen, y que, finalmente, podría la viuda haber suprimido o hecho suprimir, con mejor tino, del fárrago cueripúlqueo de Rubén M. Campos.

"En México hay unos pintores de cierta teratología anatómica y de una ideología incoherente para la unidad de sus obras, que han embadurnado las paredes de los edificios públicos con genuales brochazos, como con epopeyas de fango, pintando nuestros instintos demoniacos y nuestras precuaternarias miserias de raza…"

"Y si de la pintura pasamos a la poesía de los jóvenes superintelectualistas que escriben cosas que nos recuerdan los bazares de *brie-a-brac* (léase el Volador), el requisito de la autoridad rectoral tendrá que fundarse en un arte de moda, so pena de ser motejado de cursi el señor rector que alguna vez repute como obras artísticas, por ejemplo, las poesías de don Manuel Flores o la *María* de Jorge Isaacs, obras que hicieron furor en los juveniles tiempos del doctor Ocaranza…"

(Palabras de Atenógenes. Las escribió en una novela corta que se moteja *El señor rector…)*.

Y he aquí que, sin sentirlo, aunque sintiéndolo mucho, se me ha llenado el Cesto hasta los bordes, de cosas mexicanas.

Concluyamos, pues:

Si del vaivén del mundo me retiro
y ávido de estudiar quiero leer
entre las letras, ¡ay!, tu imagen miro
tu linda imagen de mi vida ser.
(Antonio Plaza, poeta mexicano.)

Nos vimos.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1012, 22 de septiembre de 1929, p. 5

LA CASA Brentano's, de Nueva York, acaba de publicar la novela mexicana de la Revolución que se titula *Los de abajo,* y que ha dado, hace algunos años, súbito y merecido renombre al doctor Mariano Azuela. El nombre que se le ha dado en inglés parece quizá un poco depresivo: *The Underdogs.* Pero le aumenta el aspecto ruso que el prologuista de la edición norteamericana, el conocido periodista Carleton Beals, se esfuerza por hallarle cuando en su pintoresco prefacio declara que "las escenas tienen la brutalidad de Gorki. Azuela es el Tchekov mexicano en cuanto es doctor… (¡): en todo lo demás se acerca a Gorki, con un toque

del terrorífico pesimismo de Gorki, pero nada del optimismo revolucionario de Gorki…” El libro está empastado en una fúnebre percalina negra, con guardas rojas que lo comunistizan, y el *jacket* y las ilustraciones, que reproducimos en parte en esta página, se deben a José Clemente Orozco, el estupendo pintor.

La traducción ha sido realizada por un joven mexicano, el licenciado Enrique Munguía Jr. De los talentos jóvenes de México, que, sin embargo, no residen en México, pero que aman a su país y lo representan mejor en el extranjero. Munguía es uno de los más sólidamente cultivados y de los que, conocedores de lo que ocurre en letras en otras partes, quisieran ver en México una igual efervescencia de cultura. Muy digna de todo encomio es, por todos conceptos, la traducción que Munguía ha realizado tan perfecta, tan maestramente, del único libro que pudo encontrar.

De la novela, juzgada ya hace tiempo entre nosotros, no hay para qué hablar en esta nota. Un mordaz amigo mío me insinuaba la conveniencia de que fuese ahora traducida al español… No me queda sino consignar una nueva muestra del candor norteamericano. Son unas frases del prefacio de Carleton Beals que se repiten en los *flaps* del *jacket* (perdón: no sé que haya palabras en español para esto).

“El doctor Mariano Azuela es dueño de una vieja casa en la ciudad de México, con un traspatio enorme en que cría pollos y conejos; vaga por una biblioteca en que predominan las literaturas francesa y española, cuando no está demasiado ocupado con sus múltiples pacientes, en su mayor parte gente pobre, a quien la mitad del tiempo olvida cobrar. Sin embargo, este hombre dulce, casi tímido, con un leve sello profesional en su grisácea cabeza, jugó su parte en la Revolución.”

Ya llegó Carlos Pellicer y se aloja en la única casa que está bien dentro del paisaje de las Lomas de Chapultepec. Aunque asegura que estuvo cuatro años en Europa, distribuidos entre el monte Athos (yo creía que eso de Athos no era sino el compañero de Porthos y de Artagnan), una que otra visita a la Gioconda, tres o cuatro Perseocusiones, y los funerales de una tía de Proust que vive con Eduardo Villaseñor, todos estamos seguros de que no salió del frasco de conservas que Juana de Ibarborou le vació en el sombrero ateniense con que proyectaba epatarnos; porque han pasado ya los tiempos en que Carlos Pellicer atravesara la Quinta Avenida con una flecha en la mano; en que usara las corbatas por fuera del cuello; pero conserva la voz de agua nueva con que aterrorizaba al sol de París, esa aldea sin gallos (París es horrible, dice). ¡Qué enorme decepción para Lupe la mitotes! Carlos Pellicer no conoció a Desnos, ni a Bretón, ni a Cocteau siquiera; y en España no vio a nadie, ni lo homenajearon, porque no tenía tiempo, y todas aquellas importantes personas estaban también muy ocupadas, y a Carlos no le gusta robarles el tiempo. Pero ha vuelto ya, al fin. Y es una persona con la que se puede no hablar de literatura, al fin y se suelta unas carcajadas. Comparte con don Arteadoro de Valle-Arisco el don de inventar palabras para enriquecer el lenguaje; como Joyce. Así, la “puerqueza” es una palabra completamente suya, y su exaltada imaginación le ha llevado a inventar una otra palabra: Bolívar. Está empeñado en que eso no es una calle, sino un héroe.

María Enriqueta acaba de publicar en Espasa-Calpe una nueva colección de novelas que llevan por título *El arca de colores*. La componen 15 breves y hermosos relatos.

Ha saltado José de la Barrera a la literatura. Al final de la jornada, que tiene 120 páginas *(Lo baladí trascendental,* Herrero Hermanos, México), salen a rematar la faena monosabios surtidos: Rafael Heliodoro Valle, Guillermo Jiménez, Guillermo de Luzuriaga *Solón de Mel*, Rodolfo Licona, Manuel Gallardo, Rosa Rodríguez López y José G. Montes de Oca. Heliodoro es muy hábil. Habla de las urdimbres al sol, de las alas exánimes de muchas mariposas que volaron quemándose, y de una sola inquietud en el huracán. Guillermo Jiménez nos comunica que los capítulos de De la Barrera le dejaron en el espíritu delicado picor. *Solón de Mel* apela a Boileau para definir la obra de De la Barrera como una "difícil sencillez". Lindbergh y Marconi, Saint *(sic)* Beuve y un cenicero que evoca dramas shakespeareanos, sostienen la siguiente carta, y por fin Chaplin, en la próxima.

Todo lo bien que encaja el epígrafe de Quevedo en este libro, todo lo que el libro significa de arrojo y simpática valentía, parecen desmentirlo estas cartas, cuya publicación parece buscar un apoyo, una corroboración tímida al primer libro que en todo país democrático tiene todo individuo el derecho de escribir y de publicar, *quoi*. Es un buen primer libro, para lo que se estila. Cuando lleve escritos tres o cuatro más, este simpático Pepe de la Barrera podrá hacer otro que sea una antología de los cinco, y conservar en ella un buen número de las agudas observaciones que no escasean en el presente.

Con las alocuciones pronunciadas en el panteón Francés el 16 del mes de julio pasado por nueve dolientes de don Miguel Macedo, se ha formado una *Corona fúnebre* para honrar su memoria. El folleto que la contiene cuenta 32 páginas. Lo que prueba que, después de todo, los muertos no se quedan tan tristes ni tan solos.

Siguen los libros de la guerra. *War and Mystery* parecen ser el santo y seña de loque hoy se usa en libros. Lo de las biografías ya va pasando un poquito, excepto, naturalmente, en Francia; pero hablo de los países civilizados, como Chicago. Aquí nos acaba de llegar la segunda edición española de *Sin novedad en el frente*. Muertos de la envidia, los franceses aprovechan el nombre en los anuncios desplegados de sus periódicos literarios (¡qué mal papel, *parbleu!)* para decir cosas como esta atrocidad: *"Rien de Nouveau… le plus beau livre de Guerre c'est toujours Les Croix de Bois"*. En tanto, Remarque se sigue vendiendo en todos los idiomas, en la edición expurgada americana, en la francesa, hasta en la española. Una información vienesa al Telegraph Union anuncia que el libro de Remarque acaba de ser expulsado de todas las bibliotecas militares de la armada austriaca. El comandante de brigada en Graz leyó el libro y prohibió su lectura a sus subordinados. El ministro de la Guerra aprobó su mandato y lo extendió a todos los ejércitos del país. Aquí tampoco lo leen los soldados de todo el ejército, no faltaba más. Porque felizmente no saben leer. Remarque, que ha pasado el verano en Suiza, como cualquier vaca, irá en el otoño a Londres.

Pero íbamos a hablar de otro libro de guerra, escrito por otro alemán, que fue también, como Remarque, soldado durante ella, se llama simplemente *Guerra (War:* yo prefiero leer inglés; cansa menos la vista que el alemán) y su autor es Ludwig Renn. Inútil buscar artificios,

interés de ninguna especie en el libro del sargento Renn; aquellos artificios que, sin duda alguna posponen o adelantan la verdad en el de Remarque en bien del interés o de la emoción del lector. La guerra es un asunto repugnante y monótono. Desagradable. Y este libro la pinta a maravilla, tal como es. No se propone otra cosa; confiesa con el más admirable candor sus miedos, sus sustos, ahí donde otro, donde un novelista hubiera llenado el papel de interjecciones patrióticas. Nos lleva a presenciar una mañana en un villorio francés; he aquí lo que ocurre: el autor sale de la puerta. La puerta tiene dos escalones al frente. Los baja. Llega a la calle. Da vuelta a la derecha. Levanta los ojos. Mira un perro. El perro cruza la calle con dirección a una casa de color café. La casa está cerrada. Quizá dentro de ella ocurra algo interesante; pero yo no lo sé, porque el autor se lo calla, y ahí nos deja plantados.

Abarca el libro desde la declaración de la guerra, los años de lucha, hasta el colapso final; no lo explica Renn. Se concreta a decir lo que vio, y parece decirnos: "Tal fue la guerra. No me incumben sus causas, ni sus resultados, ni el porqué de las cosas que ocurrieron. Esto es lo que yo presencié".

Puede asegurarse que este libro no tendrá amplio éxito. Es demasiado sincero, directo, desnudo. Quizás les guste a los soldados. Y quizás sea para ellos que Renn lo escribió. (New York, Dodd, Mead and Co., 1929.)

Y hay otro libro fresquecito en que la guerra aparece también, pero en el que hay ya un personaje definido —el paso de la epopeya al romance, no—. Se llama *Overshadowed* y su autor es Eugene Lohrke (New York, Cape and Smith, 1920). El libro principia por 30 páginas en que se pinta un magnífico tipo de madre, Mrs. Darrow, cuyo hijo, el joven Darrow, ha sido educado por ella, como tantos otros, sólo para satisfacer su vanidad, y como un medio de engrandecer su ego. Un perfecto *mother's boy*, que escribía versos, pero nada tenía que decir en ellos, y que al dejar las faldas de la señora, cae de fracaso en fracaso durante su vida militar. Pero aquí la culpa no es la guerra, como en los otros libros, sino toda de la despreciable señora, que ha producido un hijo mal ajustado en la vida.

El doctor E. W. Lummis va a publicar en el presente otoño dos dramas desconocidos de Shakespeare. Sus títulos son *Sir John Oldcastle* y *Henry IV.* El doctor Lummis dice que está seguro de que son de Shakespeare, y que aprueban su sospecha varios distinguidos shakespeareanos. No espera, sino la opinión del vate Méndez Rivas, único dramático shakespeareano que nos queda después de la prisión de Cuauhtemotzín.

Buenas tardes, tristeza.

Revista de Revistas, año XIX, número 1013, 29 de septiembre de 1929, p. 5

EL LICENCIADO José Elguero acaba de publicar, con el título de *España en los destinos de México*, un libro de revisión histórica, juicioso y serio, que se hacía necesario ahora que el fiambre hispanófobo que suele constituir la única nutrición nacionalista de algunos

antropófagos locales ha florecido en folletos y en diatribas contra España.

Es el libro del licenciado Elguero uno que acude a fuentes de indiscutible valor y por todos conceptos irrefutables: Bernal Díaz, Cortés, García Icazbalceta y ese moderno García Icazbalceta que es don Carlos Pereyra. Anima todo el libro un arraigado y justo amor por la obra buena que los españoles desarrollaron en el Nuevo Mundo; un amor que no oscurece su vista para juzgar de sus naturales errores. De la mitad del libro en adelante, el licenciado Elguero coteja el pretendido imperialismo de España con el audaz y verdadero espíritu de conquista de nuestros vecinos del Norte. Esta parte no está menos sólidamente documentada, pero a mi juicio adolece de yancofobia, aunque, por supuesto, en medida más razonable que el odio contra España que Elguero refuta.

No es creíble que el libelo antihispano que, según afirma el licenciado Elguero se hace llegar a la niñez escolar y a los campesinos, haga mayor daño a cosa tan fundamental a nuestro espíritu nacional como es el respeto a España. El libro del licenciado Elguero, que es un buen libro y que tiene un valor permanente, no debería, en mi concepto, aludir siquiera a él. Y sería también un libro más puro si prescindiera —noble, pero quimérica empresa quijotesca— de emprenderla contra un pueblo que divierte con las películas habladas, películas que la prudente y oportuna disposición del inglés obligatorio en las escuelas cuyos maestros no tienen ortografía castellana, capacita para entender.

El distinguido prologuista Guillermo Jiménez me envió hace días una nueva producción suya de la que pende una novela. Al día siguiente recibí una novela de la que pende un prólogo de Guillermo Jiménez. Todo es uno y lo mismo. El libro se llama *Ajenjo y esmeraldas* y está escrito por Lupe Rubín, según pude descifrar de una letra Sagrado Corazón que era transversalmente el verde campo de los forros que trasluce el papel mantequilla que lo envuelve.

Guillermo Jiménez supone que la señorita Lupe Rubín no pensó en publicar su novela cuando la escribió. La señorita Rubín contradice a Guillermo Jiménez, sin contradecirlo. Se trata de un hijo arruinado de un duque, que hallándose en la difícil condición de los sin trabajo, abraza la profesión que entre nosotros persigue encarnizadamente Valente Quintana; es decir, que toma lo ajeno y se une con una banda de aficionados a lo mismo. Flor se enamora de él, pero él una noche que va a robar a casa de la condesa Fernanda, sobrecogido de emoción al verla en paños menores, no la roba, sino que la acuesta y se va. Como lleva una doble vida, de aristócrata y de caco, la condesa, a quien Roberto Montenegro estaba haciendo un retrato, le corresponde y fijan la fecha de su matrimonio. La Flor en cuestión despetala el chisme a la condesa, que retira su palabra de matrimonio. Entonces el prometido, que hace siempre las cosas al revés, pone a su amada una carta de servicio ordinario que le llega por entrega inmediata. En ella le comunica que se va. Ella lo impide y todo se arregla.

De hoy en adelante nuestros bolsillos no andarán tan vacíos como suelen, porque Rafael Cardona, director de la Compañía Editorial Mundial que reside en la calle de Manzanillo 45, interior 3, acaba de iniciar una colección de libros cómodos para nuestros bolsillos, por su tamaño y por su precio (15 ¥ 10 cms., $0.25). El primer volumen contiene poesías de Juan

Ramón Molina, miembro de una casta de hombres desaparecida, según afirma el prólogo, y que se llama *Tierras, mares y cielos;* es decir, el sistema solar. En primer lugar un poema se llama “El Águila”: y “el águila exclamó con voz terrible”, exclamó 13 páginas; un poema a Ismael en su matrimonio: “Ismael / grata cosa es el amor / cual el vino, cual la miel /, pero en él / hay su parte de dolor /. Hermano: / de la mano / lleva a tu dulce varona / hacia el porvenir lejano / y téjela una corona / en el jardín de Pomona / junto al lírico manzano”.

Otro poema se llama “Los cuatro bueyes”: “Junto al parque de Bolívar se ven cuatro bueyes, cuatro animales melancólicos lamentablemente flacos”. La cuarta plana de forros nos informa que irán apareciendo páginas de 13 genios por lo pronto.

Con el actual volumen de *Tierras, mares y cielos,* y los 13 que irán apareciendo, se llenan los bolsillos de todo traje normal.

Cuatro pequeños cuentos integran el *Zigzag novelesco* de Alberto Quiroz Martínez (México, 1929, 31 páginas). “Sin”, breve historia de un muñeco hecho de cáscara de huevo. “Pupilas ocultas”, historia tristísima de un joven que descubrió a su madre, como en las novelas de Victor Hugo, cuando ya estaba muy grande y ella muy viejita y pedía limosna. “Guión”, que sigue, es el trozo mejor del breve folleto, que remata con “La bruja” en que estamos todos.

Tengo a la vista una invitación que me hace para que ingrese en ella la joven Sociedad de Enemigos de Taxco.

El profesor Isidro Becerril publicó un libro que se llama *Capitalización y socialización escolares,* “principios fundamentales para una verdadera y permanente reforma educativa, prólogo del profesor Luis de la Brena, que es (modestamente) de los más distinguidos normalistas de México y actual inspector de escuelas en el Distrito Federal”. Es seguramente una obra de considerable importancia para los maestros de escuela primaria que deseen estar al tanto de los progresos de la pedagogía.

El señor Guillermo Durante de Cabarga y su permanencia un poco obligada en los Estados Unidos, ha enderezado unas cortantes aristas que expende al precio de un dólar.

Serafín Delmar ha publicado un libro que se llama *El hombre de estos años.* “Gimnasio de poemas humanos. El hombre solamente es justo cuando hace de su patria la tierra entera. El nacionalismo es la máscara de la picardía. Nosotros somos la justicia, por eso somos ciudadanos del mundo y sabemos pensar.” El autor es peruano y está aquí.

Su libro trae unas erratas que es necesario corregir antes de leerlo: Por si se le ha caído al ejemplar de usted la hoja suelta, reproduzco en seguida las erratas: En donde dice: “Es el viento americano *espolando* los Andes”, debe decir, *espoleando;* donde dice: “de sus cuerpos que *huele* a tierra y olivo”, debe decir, que *huelen.* Y donde dice: “*bien* desde el ojal”, debe decir, *bien* desde el mismo sitio.

El señor Marcos Fingerit ha erigido en Buenos Aires, Editorial Tor, una antena con 22 poemas contemporáneos. En la página 7 comete su primer suicidio: "Desde el balcón más alto de los cielos se arroja la tarde contra el pavimento del horizonte. La sidérea hoja diaria, la antología de los chismes cósmicos, publicó el sensacional suicidio con tinta roja y oro. Los grandes ojos de las niñas estrellitas se asomaron a la plana con parpadear de asombro".

La revista *Universidad* de Bogotá, Colombia, reproduce en su número 8 de junio "Tachas", de Efrén Hernández. Y en el de 17 de agosto publica un artículo de Salvador Navarro Aceves, "Instantáneas mexicanas, un poco de literatura". Navarro Aceves es secretario de la legación mexicana en ese país.

La Biblioteca Literaria del Estudiante constará algún día, como lo recuerdan los interesados en el aprendizaje o la enseñanza de la literatura española, de 30 pequeños volúmenes fundamentales, que han ido apareciendo, desde hace años, irregularmente; tanto que el primero fue el último. Ahora llega el volumen nueve, que es el de teatro romántico y que contiene *El duque de Rivas, Antonio García Gutiérrez, Juan Eugenio Hartzenbusch y José Zorrilla.* Cuidó de este tomo José R. Lomba y Pedraja; hizo la selección de los trozos reimpresos y añadióles jugosas notas finales.

Una advertencia nos informa que los herederos del duque de Rivas se opusieron tenaz e irreductiblemente a que fuera extractado incluso *Don Álvaro o La fuerza del sino.* "Lo tenemos ciertamente por lamentable, pero no ha estado en nuestra mano evitarlo."

Los Clásicos Castellanos de La Lectura que se publican en Madrid pronto llegarán a su centésimo volumen de cuidadas, útiles, elegantes, sutiles, claras, ingeniosas reimpresiones. Hubo un momento, por el volumen 80, en que llegamos a pensar que ya se les había acabado lo interesante o que, mercaderes, una vez acreditada su colección, y en curso en múltiples hogares, iban a darse sin tino a publicar cosas que realmente no valía mucho la pena reimprimir. Esto lo pensamos cuando empezaron a mandar, en crecida copia, *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo, que uno se puede hallar todavía muy cómodamente en ediciones casi originales, y principalmente cuando enviaron la *Pepita Jiménez,* hombre. Pero han vuelto por sus fueros. El volumen 94, que acaba de aparecer, es el *Cancionero* de Jorge Manrique, prólogo, edición y vocabulario de Augusto Cortina, jefe del Seminario de Letras y secretario del Instituto Bibliográfico de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la Plata. Profesor de castellano en el Colegio Nacional de la misma Universidad. Es raro que americanos hagan volúmenes en la colección de La Lectura. Hasta hoy no los habían hecho sino dos, mexicanos, Alfonso Reyes y Francisco A. de Icaza. Bien que ambos son genios.

Que usted lo pase bien.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1015, 13 de octubre de 1929, p. 7

CUANDO menos ha venido a demostrarse, con esta sección, que sí se publican de uno a dos libros mexicanos por semana; lo que es halagador y digno de aplauso. Esta pasada, nos llegó uno de versos de un otro Salvador, que es Escudero. “No escuche quien no sabe de estas cosas.” La carátula a colores y los dibujos son de Wilfrido Soto. El libro es ancho, optimista, y su grato contacto, su impresión limpia, su bien abierto tipo, ofrecen el mejor aperitivo a su deleitosa lectura. Lo componen diversas secciones, “Ofrendas líricas”, “Rosal místico”, “Penumbra de la tarde”, “Jardín romántico” y “De la hora frívola”. Casi todos los poemas son sonetos, forma ideal para la serenidad, pero que no suele contener bien el lirismo trágico. Por eso no creo mucho en él, en el caso de este poeta fundamentalmente optimista, que es Salvador Escudero, y pienso, salvo error, que ese “Como nadie me siento solo y triste”, es un hermoso soneto, pero que no dice la verdad. Hay otra cosa: los mexicanos, por regla general, carecemos de oído para los diptongos en la poesía, particularmente en los endecasílabos, en que los contamos como una sola sílaba; Salvador Escudero sucumbe a esta tradición en los siguientes versos, que he marcado a través de su libro: “El frío de tantas grutas opresoras”, “parecía milagroso terciopelo”, “más todavía cuando la brisa charla” “Y Clemencias Isauras que ríen al trovador”, “en la pobre alegría de tus campanas”, “por el gorjeo del pájaro trovero”, “y las pupilas que por mí han llorado”, “juguetea en las vitrinas del santuario”, “hacían gala de incendios ambarinos”, “sienten nuevos gorjeos y nuevas flores”, “tu sendero comienza, el mío tramonta”, “rocío diáfano y mística paloma”, “Dios mío, la quiero tanto”, “serán mis alegrías santificadas”, “el torneo me espera”, “mis ojos te seguían por el boscaje”, “en mi carne el deseo clavó su lanza”, “traías la ondulación de los juncales y olías a lo que huele el sicomoro”.

Hay también una errata grave: una “s” que suple a la “z”, necesaria en la palabra “haz”, en las líneas primera, cuarta y quinta, de la página 159 y en la línea 12 de la página 164.

El licenciado Rafael Ramos Pedrueza acaba de publicar, con el título *La Estrella roja, doce años de vida soviética*, un libro, fruto, más que de los seis meses que permaneciera en la URSS, de su decidido amor por la causa comunista. La labor del profesor Ramos Pedrueza es conocida y valorizada por los estudiantes, de quienes ha sido maestro en diversas ocasiones y cátedras, y por los obreros rojos de México, cuyo órgano, *El Machete*, recomienda a todos los trabajadores la lectura de este libro del “compañero Pedrueza, contribución de un obrero del intelecto”. Y agrega: “No es un libro ‘imparcial’. Está escrito con pasión y con fe. No es el libro de un espectador, sino el de un combatiente en la lucha social. Por eso tiene mérito en esta época de posiciones grises y de actitudes ambiguas”.

Consta *La Estrella roja* de 14 capítulos bien graduados, en que el autor, que llega de “Nueva York, Londres, París, Berlín, ciudades espléndidas y miserables, fascinantes y crueles, dementes y trágicas, en plena madurez, presagio de la decadencia inevitable; Babilonias modernas, que ostentan escaparates deslumbrantes, teatros magníficos, palacios soberbios, museos admirables, jardines exquisitos; pero que no esconden barrios miserables, colmados de espectros, en los que casas, muebles, indumentaria, cuerpos y hasta los espíritus, están corroídos por la miseria”, a Moscú. Llegado ahí, la Plaza Roja, el Kremlin, el monumento de Lenin, le dan ocasión de proporcionar al lector toda clase de importantes noticias históricas sobre tales sitios; conocer luego a las mujeres revolucionarias y, provisto de una credencial,

visita museos, bibliotecas, escuelas, escucha *Sobre las olas,* que allá no se apropian, sino que atribuyen a "un compañero de un país muy lejano, quien murió en la miseria". (El compañero, como sabe el lector, es Juventino Rosas; el país muy lejano es México, y la miseria ya sabemos lo que es.) La cultura soviética, el ejército rojo, la organización política, la agricultura, la industria, el comercio y las finanzas de Rusia, ocupan al autor por el resto de la obra, que termina con un amplio capítulo sobre la potencia moral de la gran Revolución.

El libro del profesor Ramos Pedrueza logra, sin duda alguna, el objeto que guió su mano al escribirlo. No aspira a divertir, ni pretende alcanzar un puro valor literario. Es un libro de controversia, tal vez, que no presenta sino un punto de ésta. Por tal razón, hago a un lado los leves reparos que, en otro caso, desde otro punto de vista, tendría forzosamente que hacerle cierta monotonía, uso indebido de comas entre sujeto y complemento, y una total ausencia de discusión sentimental, personal, de pequeña experiencia propia, que adornan el conocido género "libros de viaje". Porque comprende que, fiel a sus doctrinas, el profesor Ramos Pedrueza, al escribir este libro, abdicó de la personalidad, que es forma odiosa del individualismo, y se hizo a un lado del paisaje que pintó para interesarnos en él.

Frank Tannembaum, acaba de publicar un libro sobre la Revolución agraria nuestra, *The Mexican Agrarian Revolution,* Macmillan, 1929. Uno de los revolucionarios citados por Tannembaum, en el principio de su obra, profetizó en 1910, al estallar la Revolución, que "si nuestro pueblo logra alcanzar la libertad industrial, se salvará a sí propio". He aquí la esencia de todas las revoluciones. Primero, los actos; más tarde, la edificación de detallados programas.

La Revolución mexicana no ha terminado su tarea, piensa Tannembaum, y prueba evidente es el nuevo Código Penal preparado bajo la dirección del presidente Portes Gil (y, podríamos agregar, el Código de Trabajo) y otros notables cambios en el sistema de gobierno. Es natural que en menos de 20 años no haya podido construirse una civilización agraria perfecta. Sin embargo, como demuestra Tannembaum, mucho se ha logrado. La Revolución ha sacado de la esclavitud a la mitad de la población rural de México. Ha disminuido el número de peones, en tanto que aumenta el de agricultores y campesinos independientes. El poder político ha pasado de la vieja aristocracia terrateniente al pueblo, a los trabajadores del campo y de la ciudad. Hay más de 2000 comunidades agrarias. La escuela rural se socializa y se convierte en el centro de la vida de la comunidad.

Tannembaum despliega en este libro una amplia y exacta documentación que ha obtenido no solamente en libros, sino en sus investigaciones directas en todos los estados de nuestro país.

Knut Hansum detesta a tal extermo la publicidad, que fue el único en Noruega que no celebrara su septuagésimo cumpleaños, recientemente. "Todo el mundo, dice el corresponsal noruego de un periódico inglés, excepto Knut Hansum, lo celebró. Todos los periódicos estaban llenos de sus retratos, de su mujer, de sus hijos y de todas las casas en que ha vivido. Clubes e instituciones literarias dieron recepciones y le enviaron solemnes cartas de felicitación. Sus editores imprimieron algunos volúmenes biográficos y una nueva colección de sus obras. Pero

nadie dio con él. Knut Hansum había alquilado un coche en el que partió hacia la pequeña ciudad costeña de Mandal. Ahí, entre gentes humildes que no le conocían, Hansum disfrutó su cumpleaños".

En tanto que Ernst Glaeser, autor alemán, anunció que prefiere en los sucesivo, y a fin de evitar la controversia política que suele acarrear, publicar sus libros en otro idioma y país para que posteriormente aparezcan en los suyos. Henri de Montherlant tuvo precisamente el gesto contrario; se negó a que fuera traducida al alemán su conocida comedia *Exile,* añadiendo que una nación no necesita lavar su ropa sucia fuera de casa.

El argumento de *Exile* es, en dos palabras, una madre francesa que logra sustraer a su sensitivo hijo a la guerra de 1914. Piensa Montherlant que semejantes excepciones a la regla del patriotismo francés (Juana de Arco y todo eso), excepciones puramente literarias, no serían comprendidas en su justo valor… en Alemania.

El conde Keyserling, ese conde de Montecristo destos añitos, nos comunica en sendos libros dos viajes suyos, *Europa, análisis espectral de un continente,* Espasa-Calpe, es uno de ellos. El conde viaja, medita y dice. De Inglaterra (el inglés no piensa nunca en principio) pasa a Francia, a España (el atraso: torero y chofer), a Alemania (el alemán es el único hombre objetivo), a Italia (el italiano carece de intereses espirituales), a Hungría, a Suiza, a los Países Bajos, al Báltico, los Balcanes, y por fin un resumen de Europa, con predicciones: Rusia seguirá siendo colectivista; el "progreso" es en realidad primitivismo; Europa está asegurada contra el americanismo; peor para ella, y una pregunta final, a la que da respuesta: ¿Vivirá Europa?

El otro, es el segundo tomo del *Diario de viaje de un filósofo,* que acaba, asimismo, de aparecer. Este maravilloso viaje que dejamos pendiente hace unos meses se continúa ahora por China, por Japón y sobre el Océano Pacífico, sigue hacia el Nuevo Mundo. Detiénese en Honolulú *—the lucky guy!—* y Waikiki Beach, donde yo también me he bañado mirando a los tritones y a las nereidas, los peces del acuario y la lava del Kilauea, lo hacen pensar pensamientos maravillosos. Sigue hacia América, a donde ingresa por San Francisco, por Yosemite Valley, por el Cañón del Colorado. Luego Salt Lake City, asiento de mormones, Chicago y Nueva York, antes de emprender el regreso.

Quien es a mucha honra mexicano, y a más todavía, de Coahuila, don Carlos Pereyra, historiador y polígrafo, se ha puesto a dirigir en Madrid una *Biblioteca histórica ibero-americana,* cuyo primer volumen compuso con la reimpresión de la *Biografía de don fray Juan de Zumárraga. Primer obispo y arzobispo de México,* de don Joaquín García Icazbalceta, que se hallaba tan agotada y que era tan cara. El segundo volumen de la *Biblioteca* es una *Antología de los comentarios reales* del inca Garcilaso de la Vega, formada por don José de la Riva Aguero, con tal maestría y competencia, que el gran libro conserva su unidad. Para comodidad de investigadores y eruditos, a quienes no se dirige esta colección, va al final un índice completo de la obra que Riva Aguero fragmenta.

A propósito de García Icazbalceta, tengo el placer de comunicar al respetable público que Francisco Monterde García Icazbalceta ha decidido dejar guardados dos de sus apellidos; en cambio, usa ahora bigotes. Ya lo verían ustedes cuando salió a dar las gracias en el estreno de "Payambé", digo, de "Oro Negro". Si todavía no lo ve, vaya a verlo. Vale la pena.

El discípulo amado de don Marcelino Menéndez y Pelayo, Adolfo Bonilla y San Martín, que le fue fiel hasta la muerte, y a cuya puerta esta universal señora vino no hace mucho a llamar, dejó inéditas muchas obras de filosofía y de literatura. La *Nueva biblioteca filosófica* (Espasa-Calpe, Madrid), incluye en sus tomos XXII a XXIV un estudio suyo sobre *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento.*

Y hablando deso, Manuel de Montolin (Editorial Cervantes, Barcelona), ha contribuido a la numerosa bibliografía de malos tratados de literatura española, uno más, parte de unos manuales que se llama *Literatura castellana.*

Y eso será todo, por ahora.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1016, 20 de octubre de 1929, p. 20.

---

[*] A fin de evitar repeticiones, sólo en esta página mencionaremos el título de la sección que Novo publicó de mayo a octubre de 1929 y que abarca de ésta a la página 393.

LA ERA BIBLIOFÍLICA

TRES libros franceses ocúpanse en sendos aspectos de este divertido y apasionante juego moderno que es la bibliofilia, juego francés en cuanto se refiere a eso genérico y discutible que es el libro *de luxe*, pero, sin duda, antiguo, universal y eterno, y cuyas recompensas, peligros y artimañas narra tan deliciosamente Edward Newton en *This Book-Collecting Game*, obra de 1928. Son ellos, por orden de aparición: *Du Commerce des Livres*, por André Delpeuch, París, 1928; *Le Livre d'Après Guerre et les Sociétés de Bibliophiles*, por Raymond Hesse, Grasset, París, MCMXXIX (acabado de imprimir en 1928), y *La Chose Littéraire*, por Bernard Grasset, impreso por Gallimard en marzo del año de 1929.

El libro de M. Delpeuch es amable, delicado, breve, romántico. Lo envuelve aquel papel transparente cuyo frufrú, como solían decir las señoras de sus vestidos, pide el trato discreto de una plegadera de marfil. M. Delpeuch, oscuro editor, autor y librero, se confiesa amante del libro y nos reseña sobre el tiempo que hubo de emplear en madurar y afirmar su gusto por la lectura.

El de M. Raymond Hesse es libro robusto y documental, apto a revelar por sí solo, si la bibliografía anterior de M. Hesse no fuera tan copiosa como conocida, estudios previos de importancia sobre el mismo tema, abordado por él en la colección Historia del Arte Francés (La Renaissance du Livre), bajo el título *Histoire du Livre d'Art du XIXe Siècle a nos Jours*, en 1927. Divídese en tres partes: aborda en la primera, que denomina "La posguerra y el libro", tras de discutir las orientaciones nuevas de la edición, las causas de su desarrollo y la psicología particular del bibliófilo, una clasificación de los ilustradores modernos de libros, a quienes concede singular importancia. Contiene la segunda una utilísima tabla de ediciones originales de algunos autores contemporáneos, y da en la última lista detallada de las principales sociedades de bibliófilos de Francia, sus anuarios, su composición, su obra, sus miembros.

M. Bernard Grasset aborda el tema desde un punto de vista totalmente diverso. Gran editor él mismo desde hace 25 años, no ha podido documentarse, como M. Hesse, acerca de las colecciones que su propia casa contribuye a aumentar, y la lectura de los infinitos originales que ha debido examinar día con día, el trato cotidiano con genios inéditos o conocidos, con críticos, con fabricantes de reputación, las concesiones que su gusto se ha visto precisado a hacer a la conveniencia de su empresa; el haber asistido durante la guerra, como parte interesada, al súbito y desusado interés por "las cosas de la literatura" que la guerra trajo consigo, y que antes de ella los diarios negaban sistemáticamente al público, a quien creían alimentar suficientemente con folletines; el descubrimiento, hecho por su casa, de aquel niño genial que fue Raymond Radiguet; el haber publicado, sin esperanza alguna de éxito pecuniario, el primer tomo de la obra de Proust, a tres francos cincuenta, edición *introuvable* hoy, por la que ha llegado a pagarse, después de 10 años, la suma de 10000 francos, y que el mismo Grasset no tiene acaso en su biblioteca, todo ello y la actitud primordialmente literaria de su espíritu, condición que él señaló como ineludible en todo verdadero editor, le ha comunicado un rico caudal de experiencias que hoy nos brinda en este libro impreso, en el colmo del pudor profesional, fuera de su casa.

“La bibliofilia es, en su esencia —dice Grasset— el gusto y la búsqueda de los más preciosos especímenes de la cosa escrita.” Como tal ha existido desde antes de Gutenberg. Pero a partir de la guerra ha adquirido, principalmente en Francia, un nuevo aspecto de “especulación”, de que carecía; de una especulación con lo contemporáneo que no siempre se basa en la calidad de lo escrito, sino en otras tres condiciones: el nombre del autor, la clase de papel y el número de ejemplar. Cuando La Rochefoucauld publicó sus *Máximas*, cuando Racine publicó *Andromaque*, no se cumplió sino una de estas tres condiciones, el valor del nombre, porque no se soñaba aún con imponer las otras dos, y ningún contemporáneo suyo pensó en atribuir a estas dos obras maestras un valor mercantil superior al de tal cual mamarracho aparecido el mismo año. Fórmula artificial la de nuestra bibliofilia moderna, porque sus reglas no obedecen a las de la lógica, pues que basta el detalle de un número romano o arábigo al dorso de la falsa portada para que el ejemplar que lo lleva, y que por lo demás en nada se distingue de sus hermanos, emitidos por la misma prensa y en todo iguales, valga 200 francos, en tanto que los otros, marcados a 12 francos, se queden en los escaparates.

¿Pero basta la especulación mercantil del libro a explicar la bibliofilia de nuestra era? “A Dios gracias —dice Grasset— no solamente se compran hoy libros para revenderlos; algunos los compran para enseñarlos.”

Nótase en ello un rasgo esencial de nuestra época, en todos los órdenes: el esnobismo; que si, por su parte, ha existido siempre, si ha habido en otras épocas “preciosas ridículas” y “eruditos a la Violeta”, el hecho mismo de que se les haya señalado como grupo, implica la escasez de su número. Era antaño difícil hacerse de una biblioteca. Sigue siendo inútil para el verdadero estudiante, para el *scholar*, en los países en que los hay juntamente con buenas bibliotecas públicas. Pero es cada vez más frecuente el caso de que vayáis a visitar a una persona cualquiera y no salgáis de su domicilio sin que os muestre, lleno de orgullo, “sus libros”. Que en este caso no constituyen, porque la constituyeron ya, en el momento de su adquisición por el *snob*, una especulación directamente mercantil; pero que asumen el papel de disfraces de alguna otra clase de especulación.

De ahí las tiradas de 100000 ejemplares que hoy suele alcanzar cualquier autor, aun los buenos. Es necesario “tener al día” miles de bibliotecas. Y de ahí también que mediante una publicidad imponente, digna del mejor chicle, y que hace a los autores comparables con los chalecos cruzados o con los más eficaces dentífricos, los críticos más respetados hayan logrado edificar un amplio y ficticio gusto por la lectura, no sólo ya por la venta del último libro del más reciente y celebrado autor, cualquiera que éste sea. Así ha sido posible que tropezara el nuestro, durante unas vacaciones, en una playa vulgar, con una resignada y conmovedora señora que leía el *Disraeli* de Maurois porque su esposo se lo había enviado de París, en vista de que la prensa aseguraba que era aquél un libro “que es necesario haber leído”.

Contiene el de Grasset sutiles observaciones sobre la conducta de los autores inéditos que le someten manuscritos. Los hombres se los llevan lisos, en un sobre, en una carpeta. Las mujeres los enrollan. Grasset no comenta esta conducta; no debo hacerlo yo tampoco. Descubre también el sistema que sigue su casa para la revisión de originales; él mismo lee la primera página de todos ellos. Si esa página le interesa, los hace llevar a su hogar para leerlos todos; de esta lectura depende su admiración o desprecio, porque él no usa de términos

medios. Si admira, publica. Si desprecia, devuelve o da a releer a sus empleados el manuscrito impuro, porque estos lectores de editor encarnan el gusto del público, son, según su expresión, "abogados de la mediocridad aceptable", y proporcionarán inmediatamente galeras de composición a los formadores y "nuevas" obras de "nuevos" autores a la infinita y ansiosa caterva de los *snobs*, de los que están al día en la producción literaria, llamémosle así, como estaban antes de que ésta fuera tan nutrida, al tanto de todas las columnas de todos los periódicos de escándalo, como están todavía, y con la misma clase de interés, atentos a la última forma de las solapas.

Excélsior, 12 de mayo de 1929, p. 5

GENERACIÓN ANECDÓTICA[*]

UN SUPERVIVIENTE de la edad de oro mexicana, amigo de Tabladas, Valenzuelas y Nervos, Othones y Delgados; en cuyo cerebro, como en un álbum de retratos, se guardan las portadas de Julio Ruelas; en una palabra, Rubén M. Campos; en varias, el autor de *Claudio Oronoz*, novela incógnita, húmeda y agotada; de *Chapultepec*, monografía histórica; de algunas *Odas al pulque* y de un volumen de *El folklore y la música mexicana* publicado en 1928 por la Secretaría de Educación Pública, acaba de lanzar, a través de la propia editorial, un nuevo y mayor tomo folklórico, no esta vez musical, sí literario, que pretende completar la lección del pasado volumen y ofrece una copiosa recolección de adivinanzas, anécdotas, canciones, corridos, coloquios, epigramas, fábulas, glosas, juegos infantiles… síguese el orden alfabético, hasta villancicos. Lo ilustran profusión de grabados, tipos, escenas y paisajes (paisajes populares) y retratos de poetas y escritores folkloristas y propagadores del folklore.

El tomo anterior fue utilizado con éxito por los autores de revistas teatrales en cuadros mexicanos con música vieja que Rubén M. Campos trajo a cuento y resurrección; los eruditos opinaron que le faltaba documentación y que por ejemplo la *Historia Danzante*, periódico de caricaturas y de música, no estaba registrado en las listas del libro. El presente contiene también melodías intactas que han de volver a usarse en la misma forma; y contiene una nota preliminar en que el autor toma posiciones respecto al folklore y lo que por tal ha de entenderse:

> Si estudiásemos el folklore nuestro, es decir, la producción popular de arte nuestro como simples recolectores y clasificadores, para poner etiquetas de distribución geográfica y etnográfica a cada producto, ciertamente —piensa el autor—, que no valdría el tiempo perdido en esa clasificación. La eflorescencia literaria de un pueblo, que el folklorista da a la literatura, debe ser correspondida por el literato, que es pulidor del hallazgo de la piedra preciosa, con la selección realzada por el buen gusto del hombre de letras, para mostrarle al pueblo lo que es bello de su propia producción escogida y ennoblecida por la percepción del artista y su apreciación justa.
>
> Pongamos como ejemplo de esta selección una melodía. Si la melodía es bella, considerada con el criterio estético del artista cuya autoridad está reconocida, y la presentamos en su desnudez original tal como el compositor ignorado la compuso, mal vestida con los harapos de quien no ha atesorado los recursos del saber, no dejará de ser bella, pero causará piedad por no haber sido presentada con el atavío del arte, grato al hombre culto. Pero si presentamos esa melodía en su desnudez original, realzada con las galas del arte, el primero que sentirá una emoción de bienestar será el autor de la melodía, que la admirará decorosamente vestida, como un padre pobre que engendró con amor una hija bella, pero que no

pudo vestirla y enjoyarla como hubiera querido. En literatura pasa cosa análoga […]

Consuela aprender de nuestros mayores que este ser, hoy denominado folklorista, antes compilador erudito si de otro género, integra su misión en la tierra de remendar, como lo haría con zapatos "deformados por el uso de gentes incultas que no sienten ni piensan, y si sabe cómo era, cómo debió ser en su origen inicial, sonoro y bello con la belleza que le imprimió el artista rústico que lo compuso, comete un doble delito de encubrimiento y difamación, pues su deber elemental es enderezar la torcedura, investigar el origen del mal, limpiar las injurias del tiempo como el pintor experto lava la tela y reintegra en ella la belleza que se creía perdida, y con sorpresa descubre a menudo una ignorada obra de arte bajo una costra de pintura vulgar", versos y prosas, que copia al mismo tiempo y transcribe para un público largo.

Don Ramón Menéndez Pidal, don Francisco Rodríguez Marín, don Aureliano de Llano, Rubenes Campos españoles, han publicado libros de folklore (como asunto de hecho, el Centro de Estudios Históricos lo hace constantemente) y a ninguno de ellos le ha ocurrido, si no es a don Ramón Menéndez Pidal en su reciente *Flor nueva de romances viejos*, tocar aquello que es ya la rosa de la producción literaria popular, que se limitan a la para Campos inútil labor de compilar, sin andar vistiendo con organdí aquellas hijas engendradas con amor que disgustan a nuestro autor y a quienes compasivamente pretende reintegrar a sus padres vestidas y enjoyadas. El caso de Menéndez Pidal es diferente y único porque quien ha sabido restituir de crónicas la pureza integral del *Poema del Cid;* quien ha escuchado más romances que nadie en el mundo, tiene el derecho, no negado a Timoneda ni a Durán, no de pulir, sino de descostrar, sin soñarse jamás, por una cultura y una competencia de saber indudablemente mayores que otras mil, autorizado por la débil razón de la ciencia a modificar el impulso puro del arte; cuando esto se hace, porque el transeúnte "se detenga en la montaña o en el valle para admirar ya un beleño silvestre o ya una cáctea de fuego, o una nínfea o un cacomite, o cualquiera otra flor palustre, rara y preciosa, y soléis exclamar: ¡lástima que no se vea en la ciudad!", ocurre que un folklorista de nuevo tipo traslade dichas flores de cacomite palustre, que devienen un éxito más del trío Garnica-Ascencio; aunque lo aconsejable sería, desde luego, que el transeúnte en cuestión transmigrase de la ciudad al campo por tiempo ilimitado; porque una población de transeúntes melancólicos de las flores palustres tiene la culpa de todas las macetas y de todas las jaulas, de todos los corredores, de todas las casas de huéspedes de México.

Pertenece el autor del libro a una generación en que el estado seco y la campaña antialcohólica eran extraños como el trimotor; en que el ejemplo de Alfred Jarry, de Verlaine, la tradición baudeleriana mal entendida, las leyendas de la vida de Poe, hicieron al artista de los noventas un convencido de la inspiración, este término equívoco que excluye en su caso la cultura y la inteligencia, el método, condiciones de perdurabilidad que el romanticismo desprecia sin alcanzar; de una inspiración provocada por la momentánea euforia que conceden ciertos rituales a que gusta de aludir y entregarse y que han resultado en un surtido de chistes gruesos, de una tan mala calidad, tan exentos de gracia, tan malolientes y que parecen constituir sin embargo la parte más cara de sus recuerdos. Nada gana en verdad la historia de nuestra literatura con la exposición de los aspectos groseros y bajos de la vida privada de

nuestros hasta ayer queridos poetas y escritores. Nada sino el convencimiento de que aquella generación, juzgada tan excepcionalmente brillante, era brillante tan excepcionalmente que no faltó quien se encargara, para su mal futuro y presente, de guardar las sandeces con que acostumbraba ponderar su genialidad, en las escasas ocasiones en que el alcohol encendía la efímera chispa de un humorismo que hoy nos sonroja. Los genios actuales escribimos menos que aquéllos, acaso porque leemos más; y no dejaremos anecdotario porque es cualidad nuestra la conversación brillante y ligera, sostenidamente brillante, que no llevamos al sagrario de lo que escribimos en serio, y en la que no hacemos residir parte alguna de lo que debe conocer la gente.

El Universal Ilustrado, año XIII, núm. 631, 13 de junio de 1929, p. 15

---

[*] Los editores de la revista en la que apareció originalmente este artículo lo acompañaron con la siguiente nota introductoria: "Nuestro colaborador don Salvador Novo nos envía este tremendo artículo. En él se atacan determinadas escuelas literarias, y, a no dudarlo, causará verdadera sensación en los círculos artísticos de México. Naturalmente que el *Ilustrado* no se hace solidario de los conceptos emitidos por su distinguido colaborador, pero, al mismo tiempo, juzga dentro de su programa de absoluto eclecticismo la publicación de estas líneas. Igualmente quedan las columnas de este semanario a la disposición de las personas que, sintiéndose lesionadas en sus intereses artísticos, quieran contestar al señor Novo".

CARTA ATENAGÓRICA AL "ILUSTRADO" SOBRE QUIEN NO LO ES[*]

MUY estimado director:

Por última vez quiero referirme al disgusto que le causaron mis censuras a don Rubén Heme Campos; pero no sin felicitar a su revista por la oportunidad de resurrección que generosamente brindó a quien admite haber dejado su obra dispersa en periódicos políticos o en revistas literarias. No seré largo. El propio escritor nos ha proporcionado datos que nos faltaban para completar un retrato suyo más fiel que los que le trazaran Manuel Ugarte o José Juan Tablada; él recordará cuándo, cuando aún amasaba una Flauta de Pan cuyas costras efímeras desparramáronse en determinadas antologías, pero que aún no acaba de cocer. Yo, y todo el mundo, ignoraba que aquella generación anecdótica viviera en un Palacio de Cristal (bar de Plateros) por la simple razón de que careciera de qué ocultar. Lo más que yo sabía es que aquella generación no tuvo nada que mostrar y ahora ya lo sé todo de ella. Y me doy cuenta de su deplorable gusto cuando, conociendo mis exteriores (un metro 85, 86 kilos de peso, anteojos) nuestro Rubén doméstico me llama efebo. Favor que me hace y que tan sólo podría aceptar en vista de nuestras diferencias de edad, pues por mucho que yo hubiera querido estar al tanto, oportunamente, de las obras maestras de Campos, no lo habría podido hacer, porque en la fecha de la publicación de *Claudio Oronoz,* en que tenía su autor 30 años, yo cumplía dos, y no es sino recientemente cuando me di ese gusto. Lógico es suponer que la atención humana hubiera ya olvidado, a estas fechas, a Rubén Heme Campos. Y que si yo le presté un pequeño servicio retrayendo a ella su nombre, yo no tengo en cambio, por hoy, necesidad de la galantería que me brinda al desesperar de corresponderme copiando frases mías textuales, cosa que hace, por otra parte, inmediatamente antes de que la desesperación de no poderlo hacer lo domine. Su cólera sube de punto cuando se entera de que hablo de "los genios actuales", ingresando en su número. *Plaisanterie* que no viene sino a probar, en sus resultados, que Campos y otros creen que los anteriores sí lo eran.

Rubén Heme Campos, mal psicólogo, ha equivocado la causa de mi rubor frente a sus chistes y frente a su manera de incluirlos en una obra que pretende la seriedad. Es la mala calidad de los mismos, su falta de gracia, lo que repugna, no los temas. La "Oda" con que en 1923 celebré las proezas de nuestra útil Mesalina local, cuya paternidad no he negado nunca a quien me ha interrogado sobre ella, no es lo único del género que yo haya escrito. Pero al aludir, con grito de triunfo, a dicha oda, y excitar la curiosidad hacia ella, Rubén Heme Campos no hace sino confirmar mi teoría sobre su persona; pienso de él que se dedica a coleccionar indecencias y, para refutarme, aporta una más. No importa que sea mía. Si es peor o igual que las de su suspirada generación, la diferencia estriba en que yo la he firmado con un seudónimo, la he publicado en un periódico de cierta clase y no la he agregado a ninguno de mis libros. Es, por lo tanto, una de tantas cosas que puedo hacer, pero que prefiero no hacer. La facilidad de una producción semejante desvirtúa el mérito del pasado en la especialidad. Y si se le pregunta a gente de esta generación si la tal oda es una obra característicamente mía, dirá indudablemente que no, y definirá su criterio y el mío. Pero en cambio no encontró Campos cosa mía más característica, no de mi gusto, pero sí del suyo. Se la regalo, se la dedico y con otras cosas del género que tengo guardadas por ahí, podrá hacer, si le deja

tiempo la vida, un nuevo libro de los que suele. Yo no conservo copia; pero los amigos de Campos pueden, en cualquier Palacio de Cristal, engrandecer su erudición al respecto.

Afirma por último Rubén Heme Campos que su generación no tuvo sino estimación para la precedente. Me parece que olvida que hace justamente 30 años el cuerpo de redacción de la *Revista Moderna* sostuvo una polémica no siempre caballerosa con don Victoriano Salado Álvarez, que el curioso puede encontrar en su libro *De mi cosecha*. Que más tarde, a raíz de la representación del Tlalchichinole de Campos, hubo de vérselas con el propio don Victoriano, aunque, como era de esperar, fue vencido en la pugna. Y que la generación precedente a la suya puede haber merecido de ella mayor respeto, acaso porque nadie contribuyó a su desprestigio formando libros con sus desahogos privados. ¿Puede esperarlo quien se pone en ridículo, quien pierde toda serenidad a la primera indicación razonable sobre un error de madurez, indudablemente más grave por definitivo que un juego de juventud que de otra suerte hubiera permanecido en donde el autor lo colocó, poniendo las cosas en su sitio, el corrido en Vanegas Arroyo, la censurada "Oda" en *El Chafirete*, en tanto que formaba libros con otros asuntos de otras literaturas, ininteligibles, por de contado, y de nulo valor para quien en una novela se llama José Abreu, vive a la ventura y siente una irresistible pereza por leer?

La cuestión no es, mi propio impugnador lo reconoce, sino de peldaños. Pero no hay que olvidar que las gentes ágiles de hoy pueden saltar por encima de los que se hallen sucios, siquiera porque Claudio Oronoz haya arrojado sobre ellos el repugnante fruto de una enfermedad contraída cuando "flaneaba" y visitaba a Clara Rionda, a Rebeca Fontana y a Nacha Irigoyen, dulces nombres de una ejemplar novela.

Y por último, para examinar con la historia: quien en 1923 era, según Campos, un escritor ruborizante, le pareció un "intelectual fuerte y exquisito escritor" en 1927. Pero como en 1929 le criticara una obra cambió de opinión, lo que es de sabios, y lo tuvo por banal, estéril, malabarista, ventrílocuo, bobo. Sea por Dios. Digo, sea por Baco.

El Universal Ilustrado, año XII, núm. 634, 4 de julio de 1929, p. 16

---

[*] Este artículo responde a la carta que Rubén M. Campos publicó en *El Universal Ilustrado* el 27 de junio de 1929 con el título "La 'novísima' espuma literaria", en respuesta al artículo de Salvador Novo sobre la "Generación anecdótica", y dice así:

Un efebo culto y discreto; un joven maestro en el arte de la ironía, todo pulcritud y gentileza, moja la pluma de oro en tinta de rosas para dedicar a la generación literaria que tuve el honor de integrar, y a mí, frases áticas y lapidarias, propias de una educación exquisita.

A propósito de mi libro *El folklore literario de México* y del anecdotario en que consigo eventualmente algunos rasgos de ingenio y de humorismo de quienes a raudales los regaron, nos dedica los delicados motes de malolientes, borrachos de chistes gruesos, faltos de espiritualidad, con intermitencias de lucidez "en que el alcohol encendía la efímera chispa de un humorismo que nos sonroja", dice.

Y luego agrega esto que no le sonroja decir: "Los genios actuales escribimos menos que aquéllos, acaso porque leemos más; y no dejaremos anecdotario porque es cualidad nuestra la conversación brillante y ligera, sostenidamente brillante, que no llevamos al sagrario de lo que escribimos en serio, y en la que no hacemos residir parte alguna de lo que no debe conocer la gente".

La anterior generación literaria aludida vivía en su Palacio de Cristal (bar de Plateros), porque no tenía nada vergonzoso que ocultar; iba vestida pulcramente, como lo demuestra la iconografía de la época, y le quedaba tiempo para escribir más que la actual, según su impugnador, y para cumplir irreprochablemente sus deberes sociales.

El joven esteta me hace el honor de copiar frases textuales mías, y debido sería corresponderlas. ¿Pero qué copiar de su literatura si se reduce a clisés de otras literaturas, a niñerías bobas de una ingenuidad ridícula, a glosas lamentales de lugares comunes, temas con variaciones de ventrílocuo, que abortaron una intelectualidad fracasada, puesto que no tiene nada que decir quien no ha sufrido la crucifixión del dolor humano? Sin embargo, como contribución al folklore, pues lo ha intentado todo, desde el corrido callejero de Vanegas Arroyo hasta la oda heroica, apareció su obra primigenia en *El Chafirete* del domingo 3 de junio de 1923, en el lugar de honor una "Oda a la Matildona", que es un primor de ingenio y de gracia. Precavidamente está firmada con el seudónimo de *Radiador,* pero Salvador Novo se pavonea de ser el autor, y así lo afirma enfáticamente.

¡Ah, Cotyto, Volupia, Perfica, Lubentia, divinidades impúdicas que no os sonrojasteis de nada! ¡Huiríais escandalizadas si leyeseis de esa oda que aquí en esta púgil revista que publica sin comentarios versos tan transparentes como mi *Himno a Baco,* sería imposible reproducir, pues quemarían la satinada página con fuego de Sodoma!

¿En qué perifalias, en qué falagogias recogió este ruboroso efebo, aún con la leche en los labios, esas imágenes deplorables para la fama de quien presume ser el líder de la nueva generación literaria?

La generación literaria actual y las que vengan después vivirán la misma vida de ruidosa alegría que vivió la generación de la *Revista Moderna.* Solamente los solitarios ególatras desdeñan la vida tumultuosa de la juventud, y si han logrado un auge de publicidad tan deleznable como su literatura, desprecian a quien sólo ha podido publicar algún libro, y fingen ignorar que con lo que ha escrito podría llenar volúmenes.

La obra de casi todos nuestros escritores ha quedado dispersa en periódicos políticos o en revistas literarias; y aquilata el valer de un nombre el que no haya sido conquistado con un rimero de volúmenes, sino con una obra perdida en la selva del periodismo efímero. Afortunadamente en la juventud de hoy hay distinguidos escritores que no alardean de ser genios ni pregonan su mercancía a martillazos; sino que trabajan para producir obra de arte noblemente humano, y no banalidades que se lleva el viento, puerilidades falsas que no aportan nada a la literatura.

Pero a la perversión enmascarada de ingenuidad, prefiero la alegría dionisiaca de aquella generación cuyos nombres ilustran aún, después de 30 años, las páginas de *El Universal* con sus prosas llenas de juventud. José Juan Tablada y Luis G. Urbina son los representantes de la vieja guardia, que no tuvo sino estimación para sus predecesores y fraternidad para los que, viniendo después de ellos, han renegado de los preparadores (sin un peldaño no se asciende a otro) del florecimiento de una intelectualidad fracasada en malabarismos inútiles.

VEINTE AÑOS DESPUÉS

HACE 19 años que yo tenía seis y no hacía aún literatura. Consecuentemente, según la lógica, no la haría hace 20 y tendría —¡dichosa maravilla!— uno menos. Pero sí conservo un recuerdo que se podría denominar literario y que consigno por ello. Se trata del entierro de don Juan de Dios Peza. Primer entierro a que yo haya asistido, desde una esquina, cuando no tenía aún la superstición de dar la espalda a las carrozas funéreas, como hago hoy. No sé si fue suntuoso. Debe de haberlo sido, porque algunas personas se entristecieron. Yo emigré a Chihuahua y por mucho tiempo no volví a saber nada literario. Tampoco en Torreón. Mis versos eran como cualquier otra de mis *mauvaises habitudes* privadas. Pero volví a México. Ya tenía 12 años. Iría a la Preparatoria. No había escuchado nunca danzones ni había probado cacahuates garapiñados, porque en Torreón los dulces usuales son las "rellenadas de nuez". Ambas dulzuras me parecieron extremadas. Mis zapatos con suela de hule, los danzones y los cacahuates garapiñados, he aquí mis primeros recuerdos capitalinos. A ellos se une otro públicamente literario. Cierta noche asistí al anfiteatro de la Preparatoria. Y entre los aplausos del público conocí, de vista, a Carlos Pellicer *Cámara*. Subrayo la Cámara porque más tarde ha prescindido de ella como todos los demás poetas de doble apellido —o casi todos—. Carlos Pellicer fue abrazado por Manuel Ugarte. Carlos Pellicer tenía pelo y yo usaba pantalón corto. Ahora ninguno de los dos hace lo mismo.

Corrieron veloces los años. Dos más tarde, en 1919, conocía yo a Xavier Villaurrutia. *A short fellow,* con pantalones cortos. Le interesó saber que yo hiciera versos. Él ya cursaba literatura con —¿será necesario decirlo?— don Erasmo Castellanos Quinto. Y como vivía por el camino que yo hacía diariamente a la Preparatoria, pasaba yo por él en las tardes y nos íbamos conversando a clase. Él sabía una enorme cantidad de cosas que yo ignoraba. Tenía unas *Cuestiones estéticas* de Alfonso Reyes, dedicadas a algún pariente suyo que no debe de haber sido don Jesús Valenzuela. Sin embargo, me hizo leerlas y me habló de Antonio Castro Leal. Compraba Xavier siempre las ediciones de Cvltvra, y en sus ejemplares íbamos enterándonos del nombre de aquellos residuos del Ateneo de México, que preparaban por esas fechas el renacimiento de la cultura de tan decidida manera, que habían empezado por llamarle así a su editorial. Julio Torri, Manuel Toussaint, Agustín Loera y Chávez suscribían prólogos con el fervor que pone en enseñar el que acaba de aprender. Muy poco después llegaría Vasconcelos a congregar todas aquellas fuerzas y emergería la deslumbrante figura de Antonio Caso en su clase de sociología. Con lo cual empezaron a serme familiares siquiera los nombres, todavía no las personas, que en 1910 —los 20 años— habían integrado un famoso Ateneo cuyas conferencias anticomtianas fueron muy importantes para la cultura, si no de México, sí de sus miembros, y que dejaron como herencia un folleto que las contiene, de tiempo atrás agotado, y una inagotable memoria, "los días alcióneos", de Pedro Henríquez Ureña; los días en que *on lisait dans les ateliers,* de Alfonso Reyes.

De suerte que para conocer por completo a los miembros del Ateneo sólo me faltaba tropezar con Vasconcelos, con Martín Luis Guzmán, con Carlos González Peña, con Eduardo Colín, Rafael López, Luis Castillo Ledón, Alejandro Quijano, y, sobre todo, con quien se decía haber sido el alma de aquella agrupación sabijonda: Pedro Henríquez Ureña.

Mientras tanto, don Ezequiel A. Chávez, que pugnaba por enseñarnos psicología, me presentó a Jaime Torres Bodet, que acababa de ser nombrado secretario de la Preparatoria (1920) y de publicar su primer libro de poemas. A su nombre se unían en la revista *México Moderno,* que era el de una editorial muy activa, pareja de Cvltvra, los de José Gorostiza Alcalá, Bernardo Ortiz de Montellano y Enrique González Rojo. Este último era hijo del doctor Enrique González Martínez. Todos ellos, como el doctor, en quien el hecho podía justificarse en vista de su profesión, le habían torcido el cuello al cisne y estaban consecuentemente llenos de lagos, corazones, plenilunios, halagos, sinrazones, junios. Si por un momento estuvieron a punto de adoptar la expresión de Nervo, la desaparición de este hermano melancolía, verificada un año antes, derivó la atención de los jóvenes de entonces hacia el más perdurable, sonoro, filosófico, didáctico alejandrino del doctor González Martínez. Dióse por entonces la literatura mexicana a buscar en todas las cosas un alma y un sentido oculto, a no fiarse de la apariencia vana, a husmear, seguir el rastro de la verdad "arcana" escudriñante el ojo y avizor el oído. ¿Será ya [salto en la publicación original] corazones delirantes? Que sus propios autores, en la sinceridad de su alcoba, relean y enrojezcan, de orgullo o de vergüenza.

Instalada la dinastía vasconceliana agitó nuestras frondas al fresco, muy fresco viento del hispanoamericanismo. El espíritu comenzó a dar jipíos por mi raza y nos llegaron dos emisarios de la poesía, de varios sexos: Ricardo Arenales y Gabriela Mistral. La estimación en que se tuvo a aquél evidénciase en el hecho de habérsele incluido en una *Antología de la poesía mexicana moderna,* que a su turno comentaremos. En cuanto a la poetisa de la *Desolación,* no ejerció menor influjo. El árbol hermano, el hijo tuyo y mío contenían una vehemencia no satisfecha distante de la serenidad reposada de González Martínez y que, por esnobismo, y por haberse realizado tan plenamente el intercambio, que nuestro poeta se fue a Chile y de Chile nos vino la poetisa, produjo determinadas canciones. Por un breve tiempo se opuso a esta continentalización de la poesía la voz pura, provincial, íntegramente mexicana de Ramón López Velarde, muerto en *Zozobra,* para nuestra desolación. Su séquito era poco numeroso. No contaba, como González Martínez, con discípulos ni continuadores. Acaso por ello su obra alcanza más netos y personales rasgos. Sólo Enrique Fernández Ledesma clama el proselitismo, sacude el polvo de las horas cada ocho días sobre los lectores y es solidario de vehementes sospechas expresivas. Hábitos ambos que debe de haber contraído cuando dirigía el Museo de las Letras, en que acumuló tanto polvo.

Ya en 1922 estaba yo maduro para empleos. Podría dar clases, podría hacer traducciones. El cotejo del valor propio con el éxito ajeno, que engendra místicos, pone a trabajar a otras gentes, y en los países democráticos en que todo el mundo puede ser presidente de la República es cuestión de poner en juego determinadas circunstancias el logro de cualquiera otra dignidad pública. De suerte que Julio Torri me presentó con Pedro Henríquez Ureña. En este punto empieza una parte importante de mis memorias, que no podría desgranar en un breve artículo y que reservo a generaciones futuras. Al lado de Pedro Henríquez Ureña conocí a Daniel Cosío Villegas, a Eduardo Villaseñor, a Manuel Toussaint, a Salomón de la Selva. Pedro Henríquez Ureña, que había sido el alma del Ateneo de 1910, conservaba el hábito de cultivar y descubrir vocaciones literarias. En proporción menor, nos reuníamos por la noche en su casa y hablábamos mucho. Si gustaba de las cosas que escribíamos, no lo decía nunca;

pero nos permitía escribirlas y les daba colocaciones estratégicas en todas las revistas del continente. Como quien deposita una semilla para observar el resultado, proponía planes de libros o sujetaba otros a nuestra lectura y opinión. Nos alojaba el edificio de la Universidad y hacíamos un grupo coherente. En tanto, el edificio de la Secretaría de Educación alojaba a otro grupo, al grupo del cisne-del-cuello-torcido. El cual dio principio a la publicación de una revista que —¡oh recuerdo imborrable del doctor González Martínez!— denominóse *La Falange*. Un número único de la revista *Vida Mexicana* fue la respuesta de nuestro grupo.

Por aquel tiempo se escuchó entre los salvajes la primera victrola. Quiero decir que las personas que no sabían nada de lo que había ocurrido en Europa antes de la guerra, en la guerra y después de ella, dieron en asombrarse de un fenómeno personal, a quien indistintamente se daba un nombre propio o el todavía más propio de estridentismo. Disco de segunda mano que las orquestas de provincia suelen seguir tocando, y consideran muy nuevo.

Además, el colonialismo. El madrigal de Cetina y el secreto de la escala, que reveló indiscretamente Francisco Monterde García Icazbalceta, récord de apellidos, condujeron a los *Vitrales de capilla,* de Manuel Horta. Pero Horta andaba con Guillermo Jiménez, que se entretenía en escuchar la *Canción de la lluvia* (¿vendrá? ¿no vendrá?) y a quien una vez alcancé para que me pusiera su autógrafo en un ejemplar suyo. Le dediqué un poema inmediatamente. Las fiestas de la consumación de nuestra Independencia condujeron la atención pública hacia los edificios coloniales y las actividades literarias hacia la fabla. Mariano Silva y Aceves aportó una arquilla de marfil, Jorge de Godoy desparramó algunas rosas virreinales, Julio Jiménez Rueda atormentó a Moisés y Ermilo Abreu Gómez se hizo tres nudos en el pañuelo con el *Corcovado.* En tanto, Genaro Estrada, que había publicado en 1916 la mejor antología de poetas nuevos de México y que había traducido *La linterna sorda,* de Jules Renard, para Cvltvra, emitió un *Visionario de la Nueva España,* que, con las obras que don Artemio de Valle-Arizpe imprimía en España, completa el ciclo colonialista que el propio Estrada aquilataría y habría de juzgar químicamente en *Pero Galín.*

Con Pedro Henríquez Ureña trabajaba el marqués de San Francisco. Yo no le llamaría escritor colonialista. Si en el caso de los demás del género se percibe diáfanamente el artificio, el marqués es tan capaz de modernidad en sus escritos como irreductiblemente virreinal en lo que no escribe. Pero para captar el argüende de la Colonia yo no conozco receta más eficaz que ser amigo de don Artemio de Valle-Arizpe, privilegio que me concedieron la casualidad y la librería de Rafael Loera y Chávez, en que se imprimían por 1923 su *Gran ciudad de México* y un libro mío.

Manuel Gómez Morín hace con reproche en *1915* la justa indicación de que se omite siempre en la cuenta de la cultura de México el hablar de las librerías de Robredo y Porrúa. Yo comparto su indignación. Porque en esos dulces rincones se congregan don Victoriano Salado Álvarez, don Federico Gamboa, don Luis González Obregón y toda la anónima, pero infinitamente matizada masa de los que buscan libros y tienen cuenta corriente. Llega Carlos González Peña y abomina de Proust porque no pone punto y aparte. Manuel Toussaint se ríe de lo que está pensando mientras se apoya en su bastón, hacia atrás; Joaquín Ramírez Cabañas habla muy quedo, González Guerrero se va en seguida, y, cuando menos lo espera nadie, Julio Torri surge de un estante con algún libro que cuesta 300 pesos. En los escaparates se colocan algunos volúmenes frescos. Se llaman *El feroz cabecilla, Los de abajo, El águila y la*

serpiente. Pero los clientes de la casa no se detienen nunca en los escaparates.

No se detienen “desde que no persiguen las dichas pasajeras”. Pero sigue habiendo quien las persiga denodadamente. Lo que ha ocurrido es que, como cuando el agua comienza a hervir y está apenas tibia, las burbujas salen del fondo, revientan a veces y a veces se adhieren indefinidamente a las paredes de la cacerola. Se vuelven políticos, se sacan la lotería, se van a las aduanas de Europa, se reciben de médicos y truecan la péñola por el bisturí, o se mueren, o nacieron muertos y lo que llevan escrito equivale a un doble registro de nacimiento y defunción. O se resignan a un ambiente local. Pocos son los que siguen en la brecha, y aun de esos pocos ¿cuántos no lo hacen por mero espíritu de contradicción?

Xavier Villaurrutia y yo fundamos en 1927 la revista *Ulises*, Muerto *México Moderno*, atrofiada *La Falange*, nuestra revista continuará en la historia de la literatura mexicana la serie de intentos que inició en el siglo pasado don Jesús Valenzuela con la *Revista Moderna*. Íbamos a prescindir, en lo posible, de versos y de los nombres cotidianos. Y como Villaurrutia tiene mejor carácter y mayor perspicacia que yo, descubrió yo no sé cómo a dos jóvenes excesivamente delgados e inteligentes que responden, respectivamente, a los nombres de Gilberto Owen y Jorge Cuesta. El uno, poeta; el otro, crítico. Por “circunstancias que no es del caso referir”, suspendimos en el sexto número la publicación de *Ulises*. Y se inició entonces, con todos ellos, una saludable —salubre— actividad, que produjo una antología firmada por Jorge Cuesta, que contiene poetas muy del agrado de sí mismos.

Los *wampas* de la literatura mexicana para el año presente son Celestino Gorostiza y Efrén Hernández. Al primero no lo descubrió nadie, sino que lleva en la sangre la afición de la tinta. Es hermano del mejor poeta joven de México: José Gorostiza. Si Carlos Pellicer fuera todavía mexicano, habría con él dos mejores poetas. Pero este joven, a quien en noche memorable abrazara Manuel Ugarte, se ha convertido en el mejor poeta de Constantinopla y, por más que le mandan viáticos para que regrese, no hay quien lo desconstantinopolitanice. Efrén Hernández es mi ahijado. Ojalá que algún día tenga el derecho de renegar de su padrino. Mientras él lo hace, otros lo hacen por él, otros que carecen no sólo de padrino.

Con esto se cierran, apresuradamente, mis recuerdos de 20 años de literatura mexicana. No hago sino preparar con estos apuntes unas mis memorias que, en las faltas y olvidos, recibirán sin duda el auxilio de la magnífica que tienen los que aquí escapan a la mía. En un panorama como éste, de cualquiera otra literatura, podría cometerse el error de incluir el teatro. Aquí, hélas, ni siquiera podemos cometer ese error.

Revista de Revistas, año XIX, núm. 1000, 30 de junio de 1929, pp. 44, 90

UN HUÉSPED DISTINGUIDO: JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO

CASI el mismo día que Waldo Frank, llegó a México, un poco de incógnito, el escritor y erudito cubano José María Chacón y Calvo. No se anunció su viaje, y los breves días que permanecerá entre nosotros impedirán muy probablemente que le traten aquellos pocos que conozcan su obra. Le traen propósitos de investigación erudita, la búsqueda de los documentos

que le hacen falta para dar cima a una biografía del que llama poeta nacional de Cuba, José María Heredia, documentos que espera encontrar en las ciudades que acogieron, durante su permanencia en nuestro país, la existencia agitada y ubicua de aquel a quien "el torbellino revolucionario hizo recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y que fue, con más o menos fortuna, abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta a los venticinco años", según él mismo nos advierte en la nota de que hace preceder la segunda edición, corregida y aumentada, sobre la de Nueva York de 1825, de sus *Poesías,* salida de la imprenta del Estado en Toluca, en 1832.

La cronología de las obras de Chacón y Calvo es el mejor índice de su interés por Heredia. Un estudio sobre la *Vida universitaria* del poeta, aparecido en *Cuba contemporánea* en 1916, inicia a un tiempo sus actividades literarias en general y las que especialmente habrá de dedicar en seguida a quien constituye el tema de uno de los mejores capítulos de los *Ensayos de literatura cubana,* que hizo imprimir en Madrid en 1922. De uno a otro estudio, publica en *El Convivio* de Costa Rica *Hermanito menor* en 1919, una *Tabla de variantes en las poesías de la Avellaneda* (tomo IV de la edición Nacional del Centenario, La Habana, 1920) y en la *Revista de Filología Española* de Madrid, en 1921, una investigación sobre el primer poema escrito en Cuba, a que ha de añadir "unos documentos desconocidos sobre el obispo Fr. Juan de las Cabezas", con que contribuirá al Congreso Hispanoamericano reunido en Sevilla en 1921. Colecciona después, atento a una moda que se hizo universal por mucho que no fuera razonable, *Las cien mejores poesías cubanas,* que publica en Madrid en 1922, y sus *Ensayos sentimentales* acrecen el *Repertorio Americano* de Costa Rica en 1923. Dos años más tarde publica en Madrid un valiosísimo estudio sobre Manuel de la Cruz, y a los Homenajes a Menéndez Pidal y a Bonilla y San Martín, por quien tuvo siempre grande afecto y por quien sentía, como al trasluz, la presencia confortadora de Menéndez y Pelayo, contribuye en 1926 y en 1927, respectivamente, con sendos estudios sobre Heredia (del epistolario de H., t. II, pp. 467 a 484) y sobre *Los comienzos literarios de Zenca.* Firma Chacón y Calvo ambas contribuciones en el Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Sus *Ensayos de literatura española*, aparecidos en Madrid el pasado año de 1928, anuncian como de próxima publicación tres libros suyos más: *Pastores*, *España* (libro de memorias) y un *Cedulario cubano* (los orígnes de la colonización). Contienen estos *Ensayos de literatura española,* en el corto espacio de un volumen de 200 páginas, la variedad de temas que solicitan la múltiple atención de Chacón y Calvo. Anda por campos propios lo mismo cuando da breve nota de los *Puntos sutiles del Quijote*, de Emilio Gaspar Rodríguez, que cuando pronuncia una hermosa conferencia sobre *Cervantes y el romancero;* igual cuando registra la *Vida de Lope*, de Bennert y Castro, que cuando ensalza la *Antología de prosistas españoles,* de Menéndez Pidal. Y es, a más de erudito, sensible y poético cuando retrae y hace vivir de nuevo al conde Olinos, aportando al floklore una nueva versión americana, cubana, del romance, que recogiera en Santa María del Rosario. Completan el volumen de estos *Ensayos* una vívida imagen de Antonio Machado, y una salutación explicativa de Bonilla y San Martín, escrita cuando el gobierno español designa su embajador en Cuba al malogrado erudito.

En el lugar precitado del homenaje a Menéndez Pidal publica Chacón y Calvo 16 cartas inéditas de Heredia, dirigidas a familiares y amigos, desde las ciudades de México (una de

ellas, la primera, dirigida a don Tomás Gener y fechada en 1828), Cuernavaca (cuatro), Toluca (10) y Tlalpan (una sola). Las hace preceder del documento (publicado también en la *Vida universitaria de Heredia* de 1916), en que el poeta comunica al virrey de México, en 1820, su falta de recursos y le pide dispensa de un curso de leyes, pues se ve "cargado por la muerte de su padre con la MANTENCIÓN de una madre enferma y de cuatro hermanas que no han salido aún de la niñez; no habiéndole dejado su padre otra cosa que la memoria y el ejemplo de los distinguidos servicios que ha hecho a S. M. en Venezuela, habiendo sacrificado a sus intereses los suyos propios y los de su familia; y que siéndole forzoso pasar cuanto antes a La Habana, le resulta un perjuicio enorme de no ir graduado de aquí". Mira aquí Chacón el preludio de la vida infortunada que ha de tocar al cantor del Niágara y cuya evidencia proporcionan las cartas que siguen, de fechas que cubren los años de 1828 a 1836, desde que, a poco tiempo de su llegada a México, Heredia supo conquistar del general don Guadalupe Victoria una admiración y un afecto que se tradujeron en empleos y en envidias, hasta que, en Toluca, ve frustrados sus planes de escapar de un país cuyas constantes revoluciones, que tanto le habían atraído en un principio, le parecen ya insoportables, o ir a reunirse en Nueva York con la "adorada mamá de su corazón", a quien da pormenorizada y curiosa cuenta de lo que ahora llamaríamos política.

El epistolario de Heredia ofrecerá, sin duda alguna, muy apreciables datos para la biografía de este poeta que se vio aquí, según sus propias palabras, "perseguido por los montes como una bestia feroz", y la ubicación de cuyo sepulcro, como la de tantos otros, se ignora.

Es muy de desear que la corta estancia de Chacón y Calvo entre nosotros, la visita que haga al Instituto Científico y Literario de Toluca, en que Heredia enseñaba historia, y componía sus propios textos, escribía versos e imprimía sus propios volúmenes, sea pródiga en felices hallazgos. La edición crítica que Chacón y Calvo desea, si hay verdadera necesidad de emprenderla, no podrá, ciertamente, ayudarse de cartas cuyas únicas indicaciones literarias son la puntual lectura de *Albión* y de la *Revista Bimestre Cubana,* con que el poeta se daba por enterado de lo que aconteciera en el mundo, y las cuentas de venta y circulación de sus libros. Para realizarla, nada sería mejor que tropezar con sus manuscritos. Pero la publicación de todas las cartas posibles de Heredia, de su diario si lo llevaba, de su labor en los juzgados y ministerios en que sirvió a la República, de la opinión que de él tenían sus correligionarios o sus enemigos, siquiera sean del tono de las de don Luis Ramírez, podrá constituir, sin duda alguna, un interesante documento histórico para nosotros. Podremos seguir, a través de un temperamento, la evolución de uno de nuestros más interesantes y oscuros periodos. Ningún dato contemporáneo puede ser más sincero, más razonable, desde un punto de vista personal, que las impresiones de un poeta metido a político en un país extranjero, en el que llega a ser diputado, y cuyos disturbios, maldades y desequilibrios crecen a sus ojos idealistas. Y la tragedia del autor de *El mérito de las mujeres* adquirirá perfiles considerablemente clásicos cuando se conozca el detalle de las penalidades económicas de quien, para colmo de sus desdichas, fue premiado por el cielo con una familia numerosa y con enemigos políticos, lazos terrenos que suelen atrofiar la inspiración.

Excélsior, 7 de julio de 1929, p. 5

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

LOS TEMAS épicos constituyeron siempre grata lectura. Tambores, himnos, héroes, grandes batallas, triunfos nacionales, encuentros reñidos, fueron en el acervo espiritual de toda civilización bien nacida germen de honor superior que bastó a alimentar eso decantado, vago y solemne que es el alma de un pueblo, aquella identificación de ideales que congrega, en el instante preciso, todas las voluntades de una nación en la clarinada patriótica, y que las apresta a una lucha en cuya victoria se olvidan y desmienten las mínimas tragedias de un hogar o de un alma sola que en nada cuenta al lado de los intereses trascendentales e importantes que en el futuro indefinible espera realizar cada pueblo. El mito de una vida ejemplar, cuya realización personal se supo renunciar en el ara del patriotismo, subyuga a las gentes y las abrevia a tiempo que proporciona un tipo insigne al estímulo de su superación. Nunca se llevó a mejor término la manipulación de ejemplos sublimes que en la exposición paralela que hizo de ellos Plutarco. Los dioses disputábanse la protección de Aquiles Pelida con un empeño que nunca hubieran puesto al servicio de un mediano mortal. Sigfrido, tan escasamente vulnerable, contaba todas las gracias superiores y no hubo contra él otra próspera fuerza que la traición, que al revelarse así de repugnante, seguía siendo un estímulo hacia el heroísmo, porque encarnaba a un enemigo, al enemigo del héroe, que es, por antonomasia, el enemigo del pueblo que produce y adora al héroe. Roldán sucumbe a la traición. Nada vale contra ella la universal sonoridad de su mágico cuerno guerrero. Pero aún en la muerte es magnífico, con su temeridad, tan griega, con su testarudez, y la traición es nuevamente sabio elemento de estímulo para las cualidades heroicas, para el odio al que vence sin honra, para la veneración al que triunfa en una gloriosa derrota, que integran la sustancia del patriotismo. La epopeya castellana es más inclusiva. La traición, que precede a los actos heroicos, fracasa en sus múltiples y mínimos intentos. El héroe, maduro ya, vive una larga vida honrada, quizá un poco monótona, que más que al sacrificio invita a la cordura, a la vigorosa paciencia, a la solidez de principios, a la lealtad perdurable que sufre y soporta sin rebeldía las torpezas de aquel “buen señor” que con tanta frecuencia muestra no serlo, pero ante cuya voluntad se somete sin discernimiento. El sentido del hogar, del esfuerzo sistemático y continuado, la colaboración y el diálogo de sus nobles amigos anticipan acaso en el Cid el advenimiento magnífico de una era de disciplina que había de conocer sólo un monarca, un solo imperio, una espada sola. El Cid es más el héroe tradicional y eterno en sus impetuosas mocedades. El romancero ha de mostrárnoslo rebelde a la autoridad de su padre, implacable contra el anciano que lo ofendió, gloriosamente dominador con la hija de su propia víctima. Rodrigo el mozo es el héroe típico. El Cid es nada más, pero nada menos, un síntoma. El que en buena hora nació no murió joven, para edificación de continuadores en su obra trunca. El que en buena hora ciñó espada ganó con ella la perdurable y honrada paz de su vejez. Y el Cid es España.

Fundamentalmente el héroe, la epopeya, habla a la juventud. Comunica a la lámpara de su pecho el fuego sagrado de un objetivo superior a cuyo llamado deben acudir todas las energías de su organismo en plenitud. El joven no discute: escoge a ciegas; no pondera: arrebata. Es el hombre maduro quien retrocede en retóricas sutilezas ante un paso cuyas consecuencias afectarán directamente a sus adherencias terrenas. Éste no anhela ya una gloria que su

experiencia ha transfigurado en realidades palpables. Muy otros son sus intereses. Así les llama, con este ventrudo vocablo. Toda la euforia irresponsable del ser íntegro y libre que fue, háse evaporado en ternura para las múltiples y complejas imágenes de su amor que encarnan sus hijos, su mujer y su hacienda. Este hombre sabe gobernar. Constituye ya en sí mismo un gobierno. Pero la cautela de su cuidado ha de hacerle retroceder ante la lucha cuerpo a cuerpo. Seguirá combatiendo a los enemigos de su prosperidad. Hallará múltiples razones para extender el huerto de su holgura allende la cerca del Estado vecino. Lo encontrará indispensable para la salud de sus hijos. Pero ha de disponer de su inteligencia, de sus riquezas, de su habilidad, nunca de su fuerza personal. Tiene en cambio una juventud a su servicio. Una juventud presta a la lucha, al juego, al furor, al abrazo, al odio, a la pasión, a la dádiva, al despojo. Ansiosa de expresar su energía y capaz de conquistar por su medio no importa qué. Esta juventud es el instrumento que ha de servir al viejo a sus propósitos. Pero la inteligencia del viejo, del viejo que gobierna, que vela por incógnitos intereses, ha elaborado máquinas de muerte que deposita en las manos del joven; en estas manos rudas y buenas que apenas sostenían el libro y la flor, que exploraban maravilladas la madurez incipente de sus músculos tensos, que no sabían sino del ágil boxeo que acaba por unirlas a las del otro adolescente con quien tan sólo se ha ejercitado el vigor. En nombre de Alemania, en nombre de Francia, en nombre de la patria, de la paz, del futuro, en el nombre de todas las mayúsculas, el viejo arma el brazo del joven Caín. Le da un número, como a las tarjetas de sus archivos, le da un poco de agua, como se la daría al motor de su fábrica, y vierte en sus oídos el vino abrasador de los himnos y de la gloria. Y hecho rebaño, de la escuela, del campo, del hogar, lo lanza por los aires y por la tierra desolada a aniquilar a sus hermanos con los cañones que imaginó su madura prudencia, con los gases que elaboró el Demonio de su perversidad criminal.

Uno a uno mueren los jóvenes. Hay tantos heridos que es más rápido y cómodo amputar que curar. Conocen la muerte, conocen la angustia y la desesperación. ¿De qué les ha servido aprender trigonometría? ¿Qué significan ante las ametralladoras, bajo las bombas que buscan sus corazones, todos los sistemas de lógica del mundo, todas las doctrinas morales y filosóficas de la humanidad? Atrás quedó la Patria. Una vez vino el rey a pasar revista a sus tropas. Prendió en algunos pechos cruces de hierro y se alejó. Casi no se recuerda ya a aquella anciana, tan enfermiza, ni a la hermana que sabe cocinar tortas de patatas. Piojos, hambre, lodo, sangre, miembros que vuelan, cráneos que estallan; ésta es la realidad inmediata.

“Este libro no pretende ser ni una acusación ni una confesión. Sólo intenta informar sobre una generación destruida por la guerra. Totalmente destruida, aunque se salvase de las granadas.” Con tales frases dedica Erich Maria Remarque su libro al lector. Es su primer libro, su único libro. Remarque fue, a los 18 años, un soldado alemán en la Gran Guerra. Y he aquí su mensaje. El tema de la Gran Guerra europea había cautivado a más de un escritor antes de Remarque. *La Croix de Bois, El fuego,* los demás que recordáis. Todos ellos parciales, aliadófilos, para usar del vocablo contemporáneo; confeccionados por escritores de profesión, fáciles al halago patriótico, ajenos a la realidad de una tragedia vivida por quienes ni siquiera la entendían. Ningún libro de guerra más noble y alto que éste. Verdadera epopeya de nuestra edad, invierte los términos de la epopeya. Christopher Morley ha dicho que, quien no lea este libro es un traidor a la humanidad. Yo os digo, sin exageración, que no podrá serlo

íntegramente el hombre y el joven de nuestra generación que no halle en sus páginas la valorización de la vida que le pertenece por encima de las fronteras de los viejos, en la fraternidad de un mundo nuevo.

Excélsior, 28 de julio de 1929, pp. 5. 12

MUJERES Y LITERATURA

LA MUY nutrida *Histoire de la Littérature Féminine en France,* de Jean Larnac (Kra, París, 1929); *L'Ecole des Femmes* de Gide *(NRF),* las *Dames de Californie,* de Joseph Kessel *(NRF);* el premio discernido a Sigrid Undset, y la inmediata traducción de sus obras a lenguas vulgares, como hace años aconteciera con Selma Lagerlof; la trascendencia filosófica que Waldo Frank presiente en la *flapper,* las recientes manifestaciones dramáticas de algunas mujeres nuestras, todo esto invita a meditar ponderadamente sobre la mujer. Pero la duda asalta: el tema es enorme; y ofrece múltiples aspectos. ¿Hemos de considerar a las mujeres como tema literario? Sería intentarlo labor de siglos. Porque Dios le dio al hombre una compañera, y al comunicárnoslo, escribe el primer romance de amor. Esa compañera no ha de abandonarlo, sino transitoriamente, a ratos, en la Biblia. Cuando se aparta de él, ocurren catástrofes, esculpe el viento estatuas salitrosas y la literatura perviértese, como las costumbres. O bien el rapto de una de ellas pone a cantar la *Iliada,* y esparce por toda una familia privilegiadamente teatral los más surtidos destinos imponentes: Clitemnestra, Ifigenia. Ocurre aquí también que las medias naranjas agrian sus relaciones; Safo se va a cantar por su lado lo que le incumbe, ignorando las reglas de lo convenido. Y se da el primer caso de un tema nuevo. El caso de la escritora, posterior al de la descrita por el escritor; es el "juzgadas por sí mismas" que habría de esgrimirse más tarde que habría de aprovechar Pierre Louis para su delicioso pastiche y que Miss Radclyffe Hall llevaría a términos de perfección actual.

Renunciemos a la enorme tarea de fijar los tipos femeninos en la literatura; dejemos de mano, también, la de compilar la estadística de su presencia activa en la literatura del mundo: ciñámonos a lo posible de ambos aspectos, en donde más cerca nos toque. No sino mencionemos, muy levemente, a las juglaresas medievales de que nos hablan eruditos y poemas, por el lado activo, ya que contiene su belleza y la castidad de sus árueas trenzas todo poema, ya que todo fabliau nos ha de mostrar sus lados malos, ya que si la doncella Teodor es sabia y prudente, los *Engaños y asayamientos de las mujeres* son variados y muchos. Ya que Isolda plantea el problema espiritual del mal matrimonio que ahora habríamos resuelto con el divorcio, ya que María de Francia lo ha de decir tan triste y lindamente. Si Boccaccio se encarniza contra ellas, no ha de faltar quien las defienda. El *Corbacho* del Arcipreste de Talavera, que las mira de ángulo tan distinto del de Hita, tendrá su múltiple y vigorosa respuesta en el *Libro de las claras y virtuosas mujeres*, de don Álvaro de Luna, en *El triunfo de las donas,* en *La defensa de virtuosas mujeres,* como había encontrado su más sólida base en la segunda parte del *Roman de la Rose,* diccionario de epítetos antifeministas el más completo que se haya escrito nunca.

Para contrarrestar el cual nació Cristina de Pisa. Su *Ciudad de las damas* (1405) es nuevamente el "juzgadas por sí mismas" de unas criaturas tan denostadas entonces. Dantesca esta inquieta y decidida Cristina. Dice que se le han aparecido la Razón, la Rectitud y la Justicia (advertido: todas ellas mujeres) y que la han guiado, de su desolación de pertenecer a un sexo inferior, al orgullo de disfrutar de los atributos, de hallarse compuesta de los ingredientes de personas tan estimables como Palas Atenea, Clempare, que enseñó la ciencia de la medicina al primer Galeno de ese apellido, Semíramis, Pentesilea, Cenobia y Fredegonda. La propia Juana de Arco había de hacer todo aquello que hizo, y que sabéis, para reforzar los argumentos reivindicadores de Cristina.

La literatura española es menos clemente con las damas y no les riega el prado activo; sigue mirándolas con las reservas medievales aun bien entrado ya el Renacimiento y la dinámica Teresa de Jesús, que escribe para, y no por, para convencer y no para admirar, va a ser duramente calificada de "femina inquieta y andariega que se mete a escritora". La pobre. Ella y su género, el género matrona (la edad climatérica de Marañón), el género dueña quedará entre los bastidores del teatro español. Fray Luis querrá verla Perfecta (mente) casada. Lope no querrá verla en modo alguno si no congrega ciertos requisitos, y silencio, abstención marisabidilla. (Detalle: una hija suya escribía versos.) Pasan los años. Al principio, ni siquiera podía representar las comedias; la suplían muchachos, como en Grecia. En Tirso habrá de disfrazarse si quiere hacer valer su talento. Así Sor Juana quería cortarse el pelo, así disfraza y enreda, ella misma, a sus personajes de *Los empeños de una casa*. La Prudencia en la Mujer.

Apenas, tímida, la voz bilingüe de Sor Violante de Ceo bajo el reinado de Felipe IV. Y la correspondencia de este rey con Sor María de Agreda. Se inicia ya la actividad femenina. Nuestra Sor Juana, en quien no puedo detenerme. Sor Gregoria de Santa Teresa, Sor María de Ceo. Y dos novelistas: doña María de Zayas Sotomayor y doña Mariana de Carvajal. Lea quien pueda las novelas ejemplares de estas mujeres. Son grato espejo de la vida doméstica española de su siglo. Por esta vez no hay que defender; la mujer española se halla contenta en su estado. Ya pueden escribirse, al mismo tiempo que las suyas, novelas tales como *El diablo cojuelo* y la *Garduña de Sevilla;* la educación ha dado sus frutos y en la propia Sor Juana, en quien más de un torpe ha creído ver preludios de sufragismo, las sobadas redondillas son la oveja negra de su poético rebaño.

De ahí, de la pasividad literaria femenina española que engendró una educación especial, hay que saltar hasta la Avellaneda, hasta Rosalía de Castro, hasta (¿pero era una mujer?) doña Emilia Pardo Bazán. ¿Es que eso se ha venido a América? Tengo a mano las *Poetisas mexicanas, siglos XVI, XVII, XVIII y XIX* que formó don José María Vigil, por encargo de la Junta de Señoras, en 1893. Junto a este libro, junto a este compromiso formal entre el libro y la lápida, tengo el pequeño folleto que contiene el discurso de recepción como académico de la Mexicana Correspondiente de la Real Española de don Juan B. Delgado, llamado también Alicandro Epirótico y muerto ya, hace poco, con ambos nombres. Su discurso habló de las nuevas orientaciones de la poesía femenina, y fuéle contestado por don Victoriano Salado Álvarez. A creer a estos dos libros, es la nuestra América tierra fecunda de poetisas, y lo ha sido México, con especialidad. Una deplorable ligereza me impidió adquirir una vez, en el Volador, un *Parnaso americano,* o *Lira femenina americana* en dos enormes volúmenes que

sin duda me habría documentado sobre punto tan importante para la cultura. Ahí entreví poesías de Salomé Ureña de Henríquez, cuyas producciones han sido tan justamente celebradas en Santo Domingo y en el resto de los países civilizados. Este volumen de poetisas las contiene en número de 95, una de las cuales es la misma Virginia Fábregas, a quien usted ha aplaudido en *La enemiga*, otra es Catalina de Eslava, sobrina de Fernán González de Eslava, a quien debemos la introducción de los primeros autos en México. Otra es María del Pilar Moreno, pero no la que suponéis. Casi todas han muerto ya. La última era doña Laura Méndez de Cuenca. Y no nos van quedando literatas. Como nos hemos dedicado a escribir obras de trascendencia social las hemos olvidado en ellas. Ya no escribimos su carácter, sino que cada uno habla de sí o de los campesinos, pero nunca de las mujeres, o tan del mismo modo tradicional que ya no las conmueve, ni pueden, como antaño, bovarizarse. De suerte que han tenido que imitarnos, hablando de sí mismas. Auscultándose. Diciéndonos todo lo que sienten cuando están solas o dormidas, o cuando llueve. Don Juan B. Delgado las ensalza. Don Victoriano les opone reparos leves. Llámanse Ibarbourou, Agustini, Storni. Otras se llaman diferente, pero escriben lo mismo. No las alabo yo, ni las opongo reparo alguno. Simplemente las denuncio. Digo que existen.

Excélsior, 4 de agosto de 1929, p. 5

LITERATURA DEL PUEBLO

CAUSA extrañeza no encontrar, en las escasas historias de la literatura mexicana, capítulo alguno que se consagre a estudiar la producción popular nuestra, siquiera con aquel tibio empeño que se pone en dotarnos de un pasado brillante, en los otros aspectos de nuestra literatura. Ni aquel Ticknor-Amador-de-los-Ríos doméstico que nos fue don Francisco Pimentel en su gruesa y gorda *Historia crítica de la poesía en México,* ni don José María Vigil en los fragmentos de la suya que la muerte le sorprendió en trance de imprimir, y que dejó, para siempre, en capillas que se acumulan y empolvan en la Biblioteca Nacional, ni Julio Jiménez Rueda en su esforzado compendio, ni Carlos González Peña en su más nutrido volumen, ni un doctor, don Miguel Galindo, que echó también su cuarto a espaldas en resumir a Pimentel, con una "Historia de la literatura mexicana", ninguno de ellos ha concedido siquiera la importancia de una leve mención a los "corridos" que el pueblo canta y lee. Quizá es el Doctor Atl quien primero se las concede al dedicarles un apresurado capítulo en el tomo segundo de sus *Artes populares en México,* 1922; hace en él apreciaciones generales y entusiastas, los sitúa en una rama genealógica de la literatura popular, árbol de que son las demás de las coplas (?), las mañanitas, los despedimentos y los ejemplos, y, tras de poner algunas muestras no nada probatorias ni ejemplares, ocúpase en reproducir sus grabados y en loar a las casas editoras de Venegas Arroyo y Guerrero, que los emiten.

Acaso no se ha advertido muy claramente que el entronque tradicional español que tienen los corridos es garantía de la pureza de su expresión y, consecuentemente, de su importancia; del interés de su estudio, si equivalen a los romances españoles, para encontrar en ellos, como en aquéllos guárdase intacta la esencia del alma popular, su *pathos,* su *ethos,* mejor que en producción culta alguna. Alberto M. Espinosa, desde California, estudia y compila un *Romancero nuevomejicano* (1915) como J. Vicuña Cifuentes recoge, de la tradición oral chilena, *Romances populares y vulgares* (1912); en la Argentina, Ciro Bayo publica un *Romancerillo del Plata* (Madrid, 1913) y estudia antes (1906) los *Cantos populares americanos;* J. M. Chacón y Calvo y Carlos A. Castellanos estudian los *Romances tradicionales en Cuba,* y Pedro Henríquez Ureña señala algunos en *Cuba contemporánea*, 1920. En todas partes, como se ve, de América, los estudiosos se han sentido atraídos por seguir, siquiera, el rastro de los romances populares en su forma actual, hasta hallarles la fuente de tradición original española. En México, que yo sepa, no se han dado sino dos casos: Antonio Castro Leal, probablemente a sugestión de Pedro Henríquez Ureña, publicó en 1914 un artículo intitulado "Dos romances tradicionales", en *Cuba contemporánea* (noviembre), y en él recoge versiones mexicanas de algunos españoles. Y don Victoriano Salado Álvarez habla "Sobre la poesía popular americana", en *La Unión Hispano-Americana de Madrid,* enero de 1920.

En el tomo segundo del *Homenaje a Menéndez Pidal* (1925) publica P. Henríquez Ureña hasta 16 romances tradicionales que han dejado en México vigorosa descendencia. Una vez adoptada la grácil forma del octasílabo castellano para la expresión popular, los "corridos" se

multiplicaron de tal suerte que hoy sería casi imposible agotar su estudio. Pero si la forma del romance se alteró levemente, acaso porque fatigaba al sutil oído mejicano la invariable asonante del romance español, que prefirió fragmentar en cuartetas, realizando así un feliz matrimonio con redondillas y coplas, la esencia de la actitud espiritual no ha sufrido alteración alguna en su pureza. Sigue el pueblo de México ensalzando a sus héroes actuales, conmoviéndose con los crímenes extraordinarios, admirando milagros, celebrando triunfos, riendo acaecimientos, deplorando tragedias, loando virtudes. Y porque en la narración de hechos ajenos pone el poeta primitivo todo su lirismo, que no le es dado rendir subjetivamente sino en estados ulteriores y posteriores de cultura, puédese hallar en estos corridos nuestros el carácter mejicano, y el alma nuestra y todo aquello que se ha buscado, inútilmente, por otros rumbos, y en ellos hállase también el alimento espiritual de nuestro pueblo, el único de que puede gustar, porque es él mismo. Bien lo sabía Guillermo Prieto, que intentó, y lo logró pasajeramente, devenir el poeta del pueblo al narrarle, en romances, nuestras luchas de Independencia y de Reforma. Quizá lo presintieron también quienes reunieron, en 1910, romances falsamente populares que don Victoriano Agüeros metió en dos apretados tomos de sus horrendas y errabundas ediciones. Es reciente la moda, entre ciertos escritores que pretenden llegar al pueblo, dirigirlo, influir en él, de usar del papel de colores y de las cuartetas para expresar, en forma sedicente popular, revolucionaria, su programa y su credo. Pero ni el pueblo recuerda ya los romances de Guillermo Prieto ni acoge como suya poesía cuyo diáfano engaño percibe su aguzada intuición. El pueblo parece demasiado seguro de su propia poesía y no solicita, ni admite, innovaciones en su esencia ni en su forma. Lo que haya, lo que vaya viendo de nuevo, de mexicano, de intrínseco y de puramente popular en los nuevos corridos, ya se produzcan ante nuevos fenómenos, ya sean transformaciones o evoluciones de los temas tradicionales —ellos también puros— que España nos envió en los labios de aquellos hijos suyos que se unieron a los de nuestras mujeres, en el beso fecundo de nuestra nueva raza, para el juego de nuestros niños, para la velada de nuestros ancianos, para el descanso de nuestros pastores y campesinos, eso nuevo, el nuevo matiz de nuestra verdadera nacionalidad, de nuestra ética y de nuestro sentimiento, lo irá poniendo el pueblo mismo, sin que nadie se lo indique, en los corridos que escucha extasiado.

Baste, en comprobación, examinar cualquiera de los múltiples corridos que comentan las hazañas revolucionarias de Benito Canales, de Francisco Villa, de Emiliano Zapata. El pueblo no concibe en su héroe más finalidades intrínsecas que las que a él mismo le llevarían, llegado el caso, a repetir sus empeños; ni llegada la hora de la muerte, otros pensamientos de los que en trance igual ocuparían su mente. Zapata piensa, al morir, en las Torres de Morelos, en las de Tenepantla, en Jojutla y sus arrozales "donde no tiré una bala". Dice adiós a su señora madre, a "todos" sus chamacos, a todos sus amigos, a quienes encarga sus muchachos, y les dice: "Saquen todo mi dinero que dejé bien enterrado; búsquenlo cerro por cerro; no se lo lleve un malvado". "Tenía casa de moneda, en una cueva allá arriba y allí dejé mucha plata para mi madre querida". La madre, los hijos: el bienestar doméstico, base de todos los demás, y la declaración de guerra: "Pero llevo un orgullito / Que yo a nadie respeté, / Sólo a mi Dios infinito. / A ése nunca falté".

O bien examinemos un corrido, el de doña Elena, que tiene un arranque tradicional, por más que Henríquez Ureña lo considere (H., II, p. 375) "enteramente mejicano". Declaración

extraña si se tiene en cuenta que el Romance de Blanca Niña (M. P., Ant., VIII, p. 252) ofrece el mismo fondo, y que no es otro que el Romance de la amiga de Bernal Francés, que Menéndez Pidal incluye, en seguida del de la linda Alba (Blanca Niña), en su *Flor nueva de romances viejos* (p. 151: "Romances de venganza"). En el romance, Catalina aguarda, en ausencia de su marido, a su amante Bernal Francés. Llaman a su puerta: el marido se finge el amante; viene de matar al Francés y al convencerse de la infidelidad de su esposa, le da muerte. En el corrido, doña Elena se seducida, casi a la fuerza, por don Fernando el Francés, que ha venido a combatir a los chinacos. "Doña Elena se hizo fuerte pero al fin correspondió porque era un hombre temible don Fernando, y se perdió". Benito, el marido, toma la venganza del romance tradicional, sustituyendo al Francés, fingiendo su voz. Pero la construcción, el ambiente, los personajes, son puramente mejicanos ya. Aparecen los hijos; no es el honor mancillado, es el hogar destruido, tragedia aún más honda: "Toma criada estas criaturas, / se las llevas a mis padres, / y si preguntan de Elena / les dices que nada sabes".

Excélsior, 18 de agosto de 1929, pp. 5, 10.

MI PELUQUERO HABLA DE POLÍTICA

MI PELUQUERO es una persona tan seria como el barbero de *Su excelencia* de Luis González Obregón. Tiene formado su juicio del mundo; sabe, como los críticos y como los filósofos, que hay que corregir la naturaleza, que hay que modificar artísticamente sus brotes líricos. Ahora está muy preocupado con el Código de Trabajo.

—Señor —me dijo—, ¿usted ya conoce esa ley? ¿Tendré yo que acatarla? A mí me agrada mucho leer, porque siempre es bueno estar enterado de lo que ocurre. Quisiera leerla, pero en *El Universal* la están publicando a trozos y luego hay mucha clientela y se le pasa a uno el día sin leer *El Universal*.

En la *Gran conquista de ultramar,* don Alfonso *el Sabio* (esto no lo sabe ni lo dice mi peluquero, sino yo mismo) puso un prólogo en que alaba los cinco sentidos porque nos capacitan para conocer, y alaba particularmente el oído. Entonces se sabían las cosas de oídas; las escritas, se oían leer. Es una costumbre alfonsina la que observan los peluqueros, leyéndose *El Universal* unos a los otros. Usan su oído y conocen. Pero mi peluquero personal prefiere usar su vista; que los clientes usen sus oídos, como yo, y él les dirá las cosas más interesantes. Es que el mío es dueño de su establecimiento.

Le llevé el Código de Trabajo. Buscamos su sitio entre sus artículos, pero no lo encontramos porque había prisa o porque no se le señala muy claramente en él. Sin embargo, discutimos las ocho horas, la participación en las utilidades, las huelgas, el paro y los riesgos profesionales. Bastante para una pelada.

¡Ocho horas! ¡Un día libre cada semana! Pero si mis operarios se toman las vacaciones que quieren! En cuanto a las ocho horas, no es posible acceder; nosotros abrimos a las 8 de la mañana y cerramos a las 9 de la noche. Pero no es trabajo constante. Entre un señor a quien rasuramos y una señorita a quien no, tomamos nuestro desayuno. Luego leemos los periódicos;

un señor quiere masaje y nosotros se lo damos, por lo cual nos da hambre y nos vamos, por turnos, como en la mañana, a comer. Muchas personas prefieren rasurarse en la tarde. Pero como la mayor parte de ellas trabaja, se nos carga la gente a las 8, a veces a la hora de cerrar, y tenemos que quedarnos hasta las 10.

Luego, mis operarios tienen su participación de utilidades, desde siempre; se quedan con las propinas y con el 25% de las peladas y rasuradas. Si no hacen nada en todo el día, tienen siempre un salario mínimo de dos pesos.

Sacudió la toalla. Volaron mis pelos resignados. Siguió.

¿Y contra quién haríamos huelgas?

Realmente, pensé. Y no sé por qué, en mi incipiente jurisprudencia, se presentó el Estado patrón. Los peluqueros en los ministerios de Estado. El día que no hubiera quien rasurara a los secretarios, quien les hiciera la barba diaria, y se presentaran como el cantor Rabinowitz a despachar. ¿Y el paro? Creo que el paro es el equivalente de la huelga, sólo que lo determina el patrono y no el asalariado. Y el paro es resultado del exceso de producción. El paro es imposible, y horriblemente paradójico. El exceso de producción de pelo en estos patronos que somos todos, hasta los peluqueros mismos, que se pelan unos a otros, lejos de producir un paro, originaría una superproducción correspondiente de peluqueros y peluquerías. Quizá se solucionara el problema alemán de los sin trabajo, si, como a ellos, el pelo creciera desusadamente sobre también nuestras ocupadas orejas. El paro vendría pues, solamente, en el caso —¡absurda paradoja económica!— en que todos nos quedásemos súbita y definitivamente calvos. No por exceso, sino por defecto de producción.

¿Y los riesgos profesionales? Son, en efecto, limitados en los peluqueros. Lo más que pueden contraer, como enfermedad profesional, es caspa. El único accidente de trabajo posible que puede afectar a su familia es que al pelar a uno de sus miembros, se le vaya el tijeretazo o la navaja y se lleve un trozo de oreja. De esas orejas atenta, aptas y bien dispuestas, sobre las que el pelo, cortado como un prado inglés, hace la caravana de una curva, que tienen y disfrutan los peluqueros. Y este riesgo profesional —nueva paradoja económica— no lo sufre el artesano, sino el cliente.

Esto dijo. Agregó “salud” y me depositó en las manos de un aprendiz que siempre se arroja a los pies de todos los clientes. No nos quedó más tiempo para discutir el capítulo de Aprendices, que es uno muy interesante del Código de Trabajo.

El Universal Ilustrado, año XIII, núm. 642, 29 de agosto de 1929, p. 30

UN MAGNÍFICO OBSEQUIO

YO NO sé si en estos días cumplí años; será muy posible, porque uno hace cosas insensatas todos los días, y son los otros quienes hacen siempre las buenas. Desde que escribo *El cesto y la mesa* me llueven libros; y la nutrida llovizna a que me refiero consistió en el inopinado envío que un buen amigo me hizo de un paquete de ellos. Generalmente suelen llegar uno por uno, como los comensales; pero esta vez llegáronme 15, como los días que limitan la alegría

de cobrar y la angustia de efectuar pagos. Ninguno de ellos venía dedicado. Los libros dedicados tienen graves inconvenientes: primero, suelen no ser los que uno adquiriría; segundo, no puede uno venderlos tan fácilmente, por la primera razón y por razón de la amistad que evidencian. Tienen algunos más, que hoy no puedo enumerar, porque me corre prisa de examinar este magnífico obsequio.

Todos están en español. Es un alivio para los diccionarios. Tratan las más disímbolas materias. Es una ventaja para la sabiduría enciclopédica que es indispensable disfrutar en estos tiempos keyserlingianos. Voy a cogerlos uno a uno, como los sultanes deben de examinar a sus huríes, como don Artemio debe de examinar sus sortijas, no para usarlas todas de un golpe, sino sucesivamente. Empecemos.

En *Europa, análisis espectoral de un continente* (Espasa-Calpe) el fecundo conde de Keyserling recorre con su acostumbrada e inteligente rudeza todos los países del Viejo Continente. De Inglaterra (el inglés no piensa nunca en principio), pasa a Francia, a España (el atraso, torero y chofer), a Alemania (el alemán es el único hombre objetivo), a Italia (el italiano carece de intereses espirituales), a Hungría, a Suiza, a los Países Bajos, a Suecia, el Báltico, los Balcanes, y por fin, un resumen de Europa, con predicciones: Rusia seguirá siendo colectivista; el *progreso* es en realidad primitivismo; Europa está asegurada contra el americanismo y una pregunta final, a la que da respuesta: ¿vivirá Europa?

Mi amigo sabe escoger los libros que obsequia. Me ha enviado también el segundo tomo del *Diario de viaje de un filósofo* del propio Keyserling, que acaba de aparecer. Este maravilloso viaje que dejamos pendiente hace unos meses se continúa ahora por China, por Japón, y sobre el Océano Pacífico, sigue hacia el Nuevo Mundo. Detiénese en Honolulú y la bahía de Waikiki, los peces del acuario y la lava del Kilauea lo hacen pensar pensamientos maravillosos. Sigue hacia América, adonde ingresa por San Francisco, por Yosemite Valley, por el cañón del Colorado. Luego Salt Lake City, Chicago y Nueva York, antes de emprender el regreso. No necesito decir que estos dos libros he de leerlos primero que nada.

Indispensable complemento de los libros de Keyserling son los que publica la *Revista de Occidente*. Por ejemplo, este *J. Hessen, Teoría del conocimiento* y este *Kant, Reflexiones de centenario* de Ortega y Gasset. No porque tengan relación directa, claro. Pero porque la tienen indirecta. También la tiene, en el aire de familia, esta *Génesis de los organismos*, de Oscar Hertwig (Biblioteca de Ideas del siglo XX, Espasa-Calpe) tomo II, en que se discuten teorías biológicas que interesa conocer a nuestros hombres de ciencia para la mejor comprensión de los parques zoológicos, de los museos y de las ciudades.

Nuestros médicos van a alegrarse mucho al saber que ya pueden comprar la *Fisiología, patología y clínica de las secreciones internas*, del profesor Bauer, con un prólogo de Gregorio Marañón y que Javier Morata, editor, facilita en una nutrida primera edición española de la última alemana.

Eso de las glándulas de secreción interna es realmente muy importante. Y para acabar de citar los libros médicos, sexuales y patológicos de mi obsequio, tanto Freud *(Una teoría sexual y otros ensayos, Obras completas*, tomo II) como su enemigo el doctor Pierre Vachet *(La inquietud sexual)* acaban de alcanzar una fresquecita segunda edición. Lo que prueba que ambos se leen. Y uno al otro.

Cuando toda esta ciencia moderna, esta filosofía, me abrumen, acudiré a los divertidísimos

“edificantes, instructivos y de grande importancia filosófica” libros del doctor Cabanés. Este doctor es un magnífico novelista como doctor. *Las muertes misteriosas de la historia, El mal hereditario en la historia, El gabinete secreto de la historia* y otros más, son libros suyos muy deleitosos de leer, y que vienen en mi paquete.

Las evocaciones pintorescas e históricas del doctor Cabanés han de colmarse con la lectura y contemplación de *La moda, historial del traje en Europa desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días,* por Max von Boehn, primera edición española, de que Salvat Editores nos ofrecen el tomo séptimo, que contiene *El traje y las costumbres en la época revolucionaria 1843 a 1878,* con infinitos grabados a colores.

He aquí también a dos escritores ingleses en castellano: Oscar Wilde y A. Conan Doyle. ¿Por qué extrañarse de que el destino los haya puesto juntos? Si el uno creó a Sherlock Holmes, el otro concibió un Dorian Gray que todavía anda suelto por ahí. Y estos dos libros suyos que tengo a la vista son muy selectos: el de Wilde es el tomo XI de sus *Obras escogidas, Palabras, ideas, crítica* en la traducción y con las acostumbradas y luminosas palabras preliminares de Ricardo Baeza, y el de Conan Doyle es *El país de la bruma,* novela espiritista cuya fajilla transcribo:

> Un escalofrío instintivo… una luz proyectada sobre la gran interrogación de la posmuerte… Conan Doyle, el gran escritor inglés, espiritista sincero y entusiasta actualmente, relata en esta interesantísima novela las más profundas evocaciones del Más Allá…

El que es a mucha honra mexicano, y a más todavía, de Coahuila, don Carlos Pereyra, historiador y polígrafo, se ha puesto a dirigir una Biblioteca Histórica Iberoamericana (Aguilar, Editor, Madrid) cuyo primer volumen compuso con la reimpresión de la *Biografía de D. Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México,* de don Joaquín García Icazbalceta, que se hallaba tan agotada y que era tan cara. El segundo volumen de la Biblioteca, que ha llegado ya también, es una *Antología de los comentarios reales del Inca Garcilaso de la Vega* formada por don José de la Riva Agüero con tal maestría y competencia que el gran libro conserva su unidad. Para comodidad de investigadores y eruditos, a quienes no se dirige esta colección, va al final un índice completo de la obra.

El discípulo amado de don Marcelino Menéndez y Pelayo, Adolfo Bonilla y San martín, que le fue fiel hasta la muerte, y a cuya puerta esta universal señora vino no hace mucho a llamar, dejó inéditas muchas valiosas obras de literatura y filosofía. La Nueva Biblioteca Filosófica (Espasa-Calpe, Madrid) incluye en sus tomos XXII a XXIV un profundo estudio suyo sobre *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento.*

Y hablando de eso, es decir, de Bonilla y de Menéndez Pelayo, historiadores de la literatura española, Manuel de Montoliu, que ya había publicado gramáticas de nuestra lengua, lanza ahora en una colección de Manuales de Literatura que publica en Barcelona la Editorial Cervantes, una *Literatura castellana* de 888 páginas en tipo claro, ameno estilo, sesudos juicios, magnífica para estudiantes y profesores de la materia.

Todos estos libros me obsequió mi generoso amigo. En el fondo del paquete quedaba otro, *Las mujeres en camisa,* de Manuel Gil de Oto, cuyo título me inspira reservas. En todo caso, no lo leeré delante de gente.

Y al preguntarle, después de agradecérselo muy cordialmente, en qué librería había adquirido tales primores, me dijo mi amigo, sonriente, que él siempre se surte en la antigua y acreditada de Porrúa Hermanos.

La Bibliografía, 2ª época, núm. 6, septiembre de 1929, pp. 1-2

AGUA DE LLUVIA

¿POR QUÉ se ha desterrado de la novela moderna aquel dulce principio en que conocíamos a los personajes en una tarde lluviosa? Lo recordáis. No es necesario ejemplificar. En casi todas las novelas del siglo pasado llueve al principio, o al medio, pero, generalmente, al principio, y las novelas empiezan en la tarde. La lluvia es “pertinaz”. Este adjetivo no puede usarse en ninguna otra circunstancia. Moja la campiña y pone de relieve la brusca esmeralda de los plantíos, llega en delgadas hebras a los cristales de Magdalena, que explora con tristes ojos la nublada lejanía, mientras hierve el agua de su té.

O bien la novela tiene desde el principio muchos personajes, ocurre en la ciudad y en la calle. El escenario es una feria. Barracas, contorsionistas, gritos. Y cuando vamos ya sospechando quién es, en la multitud “abigarrada”, el personaje central, una lluvia súbita los dispersa a todos, los hace marcharse a su casa, adonde llegan empapados.

Todavía un caso más: es noche oscura y llueve al mismo tiempo que nieva. En las tinieblas, una mujer oprime contra su pecho sollozante a un tierno niño a quien trata de calentar, lo oprime con un amor ciego, como todos los amores, que le impide darse cuenta de que por virtud de la atmósfera aquel tierno niño ha dejado de existir. La mujer prorrumpe en un alarido y acaba el capítulo I.

En todos estos tres casos es el capítulo segundo el que nos da pormenorizada cuenta de los accidentes pasionales, familiares, del personaje que el primero nos presentó, detrás del fino velo de la lluvia. Se nos dirá en él si la muchacha es honrada, el color de su pelo, y que estaba bordando; si no lo es, el color de su pelo y la marca de sus cigarrillos. Regularmente la lluvia no volverá a presentarse.

¿Sería curioso averiguar por qué llueve en los primeros capítulos de las novelas? Puede deberse a que, en efecto, durante la redacción de las mismas, la lluvia haya sido un fenómeno presente a los ojos del escritor; este escritor tiene entonces más de poeta que de novelista, puesto que sus reacciones son inmediatas, y es muy posible que, a no ser por la lluvia, que le impidió ir a visitar a sus amigos y le hizo encerrarse, no nos hubiera otorgado su novela. La poesía simbolista está, por esto, llena de agua.

Pero si el novelista es precavido, verterá de antemano en el espíritu de sus lectores la emoción de la tarde de lluvia que lo puso a escribir, y, contando con la lluvia, esperará seguro de que las personas no condimentadas con vocación literaria activa, se vean igualmente privadas de hacer visitas y cojan al descuido cualquier novela, que puede ser la suya; y en este caso la comunicación espiritual se realiza por virtud de la obligada clausura que en autor y lector obedeció a una misma causa, o sea a un mismo aguacero.

¡Dulzura de asociar, en la intimidad de una tarde nublada, en que nos recluye un tiempo que tan impropiamente llamamos malo, las reminiscencias nuestras con las de una novela leída hace muchos años, cuyo título no recordamos ya, pero cuyos personajes se han fundido en nosotros mismos! No la tempestad, ni los rayos, no el naufragio; el diluvio tampoco, temas mayores de sinfonía que inhibimos y procuramos olvidar. Tampoco la lluvia en la mañana; la niebla y esas otras falsificaciones londinenses que son el paraguas y los zapatos de hule. Tal ambiente conviene a las novelas policiacas, y Conan Doyle se halla a gusto en su bruma. Todo esto lo olvida nuestro espíritu. Pero en cuanto Debussy se presenta en él, en forma de una tarde que sigue al sol, a un sol normal y alegre que ha brillado durante toda la mañana y que ahora solloza y, como en Verlaine, *c'est bien la pire peine de ne savoir pourquoi sans amour et sans haine le coeur a tant de peine*, la tierra mojada, aunque no sea sino este asfalto mojado, único que podemos aspirar por aquí, nos vuelve románticos. Nos invita, y aceptamos sumisos, a la introspección, al recuerdo, y, naturalmente, brotan las lágrimas de nuestros ojos fatigados, y si usamos esta segunda casa que son los anteojos, emitimos hacia ellos el jugo amargo de las lágrimas, que moja, al mismo tiempo, los cristales de nuestra próxima ventana.

Ningún tiempo mejor que éste para observarnos en la novela del perfecto héroe que hubiéramos querido encarnar, para buscar entre las páginas amarillentas de una vieja novela la mujer que habría colmado nuestra dicha. El novelista precavido ha triunfado con nosotros, por virtud de la lluvia circunstancial.

El caso de excepción en las novelas llovedizas es aquel en que no se cumplen las condiciones señaladas arriba. En que no es necesario que llueva para que el novelista escriba ni para que el lector se deleite. Éste será el caso de los buenos, perfectos, modernos novelistas, en quienes la lluvia, si ocurre del todo, es accidental, impensada y antiefectista.

Quizá estemos llegando, civilización y progreso, a una época en que las *trench coats*, los zapatos de hule que usan las personas que también usan cuellos duros y paraguas, y la comodidad de las “dejadas” a medio precio, reflejen definitivamente su comodidad material en una purificación atmosférica de la novela. Pero, ¿será para bien? ¿Estará perfectamente que para hallarnos a tono con una novela vivamos la tortuosa vida de sus nunca empapados personajes?

Excélsior, 29 de septiembre de 1929, p. 5

DYNAMO, DIOS

PARA todos aquellos a quienes la geografía condena a la lectura del buen teatro que no podemos ver por aquí, debe de constituir un grato suceso el saber que *Dynamo* de Eugene O'Neill, empieza a llegar a nuestras librerías, en la hermosa edición uniforme de *Liveright* de que constituye el noveno tomo. Hace ya unos meses que las revistas extranjeras de la especialidad nos ofrecieron crónicas, anuncios y fotografías de esta nueva obra, de quien ayer apenas conmoviera tan profundamente la escena norteamericana con *Strange Interlude*, y se decía que *Dynamo* implicaba una técnica teatral tan desusada y extraordinaria, tan sometida a

los efectos de la producción escénica, que yo juzgué por un momento que, contra su costumbre, Eugene O'Neill no entregaría esta vez su drama a las prensas.

Como Percy Mac Kaye, Eugene O'Neill hereda de un padre inquieto y consagrado al teatro, el ingrediente de la vocación escénica, el conocimiento de los recursos y de las pobrezas de un naturalismo y de un sensacionalismo que parecían no tener fin. Su padre, James O'Neill, irlandés, como todos los que por aquel tiempo mismo sacudieron el fardo francés de los escenarios locales, viajó trashumante a la cabeza de una compañía de teatro, por 1890, a través de los Estados Unidos, deleitando a un sencillo público constantemente renovado con una adaptación dramática de *Monte Cristo*. Eugene había nacido en Nueva York en 1888. La Universidad de Princeton lo acogió durante un año. Pero en 1910 comienza su verdadero aprendizaje. Un deseo novelesco y profundamente sincero de probar aventuras y riesgos lo impulsa a unirse a una expedición de ingenieros y mineros que parte hacia Honduras. El paludismo lo hace regresar a los Estados Unidos, en donde dirige la *torunée* de la compañía de su padre. Pero el mar lo ha embrujado. Vuelve a él, enganchándose en un velero noruego, primero, más tarde en un barco argentino que transporta ganado. La voz de los marinos, la vida errante y sin fin, el océano, cuyo ritmo confúndese con el de la vida misma, han de quedar por siempre grabados en el espíritu de Eugene O'Neill. A su regreso a Nueva York, tras su reclusión en un sanatorio, cuando escriba sus primeros dramas de un acto, todos ellos tendrán por fondo el mar. Y de 1915 a 1922 dará a los *Provincetown Players,* de que forma parte, los dramas que ha escrito.

Sus primeras obras revelan un realismo brutal, pero auténticamente americano. No se piense ni por un momento en las *tranches de vie* de los discípulos guignolescos de Zolá. El realismo de O'Neill, desdeñoso de todo sentimentalismo, expreso en circunstancias y en diálogo que tres intensos años de aventuras marinas brindaban pródigamente a su recuerdo, evidencia, no obstante, un romanticismo que su fino gusto depura de todo propósito enternecedor y un apasionado amor a la vida que aleja, pero que no proscribe, su pureza y su realización feliz. Así los seis dramas cortos del mar, así *Anna Christie,* así, piedra angular de su teatro, *The Hairy Ape*.

Pero bien pronto una realidad más inmediata habría de atraerlo. *The Emperor Jones* y *All God's Chillun Got Wings* implican problemas de raza y de color, que O'Neill examina desde un punto más alto. Habla a la humanidad, pero desde su civilización, que palpa y diseca. Su localismo termina en este punto, en cuanto a lenguaje. Si hasta ahora sus dramas del mar, y éstos de negros rinden con la precisión más admirable, pero también más intraducible, la pronunciación de unos personajes que no soportarían otro clima escénico que el suyo propio, con *Welded,* con *The Great: God Brown,* O'Neill aborda el más ampliamente humano problema de la personalidad en condiciones ya no locales. Su técnica se enriquece al mismo tiempo. Los experimentos de Appia, de Craig, de Reinhardt, el cinematógrafo mismo, abre nuevas y múltiples posibilidades escénicas al teatro. Rehabilítase la máscara. El escenario se enriquece de luces, de planos, de recursos materiales. Y es ya posible llevar a la escena obras como *The Fountain,* en tres partes y 11 escenas, primero que O'Neill sitúa en un pasado histórico y legendario, y como *Desire under the Elms,* en que, sobre un fondo de dominación puritana, hacia 1850, desarrolla una historia de amor y de crimen involuntario, profundamente trágica y profundamente americana. En esta obra usa del escenario simultáneo; para su

representación han sido removidas las paredes de una casa cuyo exterior se mira como las habitaciones. Hemos de verlo usar de este recurso en *Dynamo,* una nueva vez.

Marco Millions intenta reivindicar al Marco Polo de una injusta leyenda. Marco, el hombre de los millones, el hombre práctico que vuelve a Venecia y que trae consigo, del Oriente, no la filosofía, no la poesía, sino los tesoros, ¿no guarda un aire de familia con el actual norteamericano? O'Neill es sobradamente buen dramaturgo para decirlo a gritos. Pero el epílogo de esta obra que escapa a todas las limitaciones de la escena tradicional ocurre en el teatro mismo, en la sala del teatro. Marco Millions baja del escenario, deja el teatro y un Rolls Royce abre su niquelada portezuela para conducirlo a su "apartamento". Viene en seguida *Lazarus Laughed,* drama para un teatro de imaginación, pero de ninguna manera irrepresentable. Las agudas redes del expresionismo no logran ahogar entre la multitud de los símbolos, de las máscaras, de los personajes, de las ocho escenas, el drama fundamental que O'Neill no hace sino enriquecer con las posibilidades, cada vez mayores, que el teatro le brinda.

Un autor tan ondulante y tan vario como O'Neill, no puede fácilmente tener imitadores ni discípulos. Pero en su caso, el peligro es de otro género: puede empezar a imitarse a sí propio. Su próximo drama, *Strange Interlude,* retrae al teatro, bajo la nueva rúbrica de "monólogo interior", a nuestro viejo y buen "aparte", mandado retirar hace tanto tiempo. En este drama los personajes expresan lo que piensan y lo que dicen, mediante algún expediente escenográfico que permita al público advertir los distingos. Cuenta nueve actos en dos partes. El autor se halla en el extremo opuesto de sus dramas de un acto. Se ha dejado ganar por la tentación, manifiesta en muchos de sus dramas anteriores *(Different* es un claro ejemplo) de rastrear toda una vida trágica desde la cuna hasta el sepulcro, y ha corrido el grave riesgo de invadir el resbaladizo terreno del folletín.

Dynamo es una nueva, la más nueva, muestra de su inquietud, de su deseo de hacer concurrir en el teatro todos los recursos industriales de las otras artes. Usa, como en su obra anterior, del aparte y del monólogo; como en *Desire under the Elms,* el escenario de los dos primeros actos muestra simultáneamente el interior y el exterior de, esta vez, dos casas. Y en el tercero, en que el Dios Dynamo encarna, para el sencillo hijo de un pastor protestante, sin importancia dramática real, toda la religión que un pequeño incidente de familia le hiciera renegar tiempo atrás, las luces misteriosas, los decorados expresionistas, las escaleras y las grandes masas se empeñan en ocultar la total ausencia de un verdadero drama. Grave riesgo y grande lástima para quien, como O'Neill, no hubo antes menester de provocar la sorpresa para producir la emoción.

Excélsior, 8 de diciembre de 1929, p. 5

NUESTRAS ARTES POPULARES

POR siglos hemos gozado de la reputación de ser un país pintoresco. Nuestras costumbres, nuestros ritos, nuestras habitaciones en el campo y en los pueblos atraen la atención de los

turistas, que vienen fatigados de las grandes ciudades y admiran un poco compasivamente la choza del camino, en tanto que mientras el tren se detiene a tomar agua en una estación, compran, a sus reiterados ruegos, un jarro decorado, un pequeño zarape, un muñeco de petate, una máscara o cualquiera otra curiosidad que les ofrece un hombre mal cubierto con harapos. El tren llega a la ciudad de México. El turista se instala en un cómodo hotel cuyo cuarto de baño y cuyo teléfono, cuyos huevos con jamón y café con crema, pan tostado y mermelada de naranja, previa toronja, lo invitan a sentirse en su casa. Sale a conocer la ciudad, pregunta cuánto pesa el Ángel de la Independencia y por qué le ponen coronas todos los días, pues este extraño adorno le ha hecho pensar que se trata de un céntrico panteón subterráneo, toma un automóvil, va a Taxco, cena en Sanborns y para su extrañeza, pero también para su comodidad, encuentra que aquellos objetos que viera en las diversas estaciones de su tránsito se exhiben ahora, en una atmósfera norteamericana que le place aspirar, con el título *Mexican Curious* —sólo que a precios exageradamente mayores—.

Unos días después el turista toma un avión y se rompe la crisma, o llega sano y salvo a su lugar de origen. Puede hacer cualquiera de las dos cosas. Ya no me interesa lo que haga.

Pero el hombre mal cubierto con harapos que se acercó al tren a suplicar, casi con lágrimas en los ojos, que le compraran el muñeco de barro o el candelero de vidrio, el jarro o el zarape, regresa, una vez partido el tren, a su pintoresca choza. Trae en la mano unos cuantos centavos que le ha producido la venta de los objetos cuya manufactura significa días enteros de laboriosidad y de privación. Se come unas tortillas y vuelve a ponerse a trabajar. Su pequeño hijo ya está aprendiendo y le ayuda. Cuando el padre muera, el hijo hará lo mismo que hacía aquél.

De manera que los pequeños objetos que el padre produce y enseña a producir a su hijo son a la vez que su único medio de vida, su único medio de expresión. De ser útiles han pasado a ser bellos, porque expresan las ansias no satisfechas de comodidad, de elevación, de armonía, de gratificación de los sentidos de la vista o el tacto, que compensa y equilibra (haciendo posible, sin o la vida, la existencia), la falta absoluta de confort y la total carencia de otros medios de derivación activa de la dinamia espiritual inherente a cada poblador de la tierra.

Durante los años que precedieron a la Guerra Mundial en Europa y a la Revolución de 1810 entre nosotros, ¿no fue la tendencia en todas las casas de contar, si no con un ajuar Luis XV legítimo, al menos con uno austriaco y bustos de Trianón, lunas venecianas, dragones chinos, cristal de bacará para la mesa? Alfombras persas y reproducciones en las paredes de la Gioconda y de su tía. Todo lo más culto, todo lo más extranjero, remoto y ultramarino posible. De ahí vino fatal y espantoso acaecimiento, que los alfareros de Tlaquepaque, al ver que sus modelos no tenían éxito ni venta, y que en cambio, todo el mundo quería cabezas de moro para los corredores, tibores de un modelo exótico y señoritas lánguidas para la consola de la sala, Dante en el destierro y Mefistófeles embozados, se pusieran a cometerlos, y que todavía los miremos en esa escoria citadina de las casas en que hay perico, piano, criada, deudas y un hijo que está estudiando para licenciado.

Si el ambiente hace al hombre, también lo expresa y representa. Así como las viejas familias de la llamada aristocracia mexicana detestan cuanto huela a mezcla con los de abajo y se destierran dentro de sus casas coloniales, rodeándose de objetos exóticos y viejos como

ellas mismas, y están así alejadas y ajenas por completo en cuerpo y en espíritu, a la realidad mexicana, las de la llamada clase media, sin el dinero de las otras, hacen, sin embargo, todo lo posible por imitarlas en la actitud espiritual y en la costumbre de la vida; la Venus de Milo, de mármol en una residencia y de yeso en una vivienda, es en ambos lugares símbolo perfecto de reaccionarismo, de intento de evasión de la nueva vibración de la belleza y del nuevo concepto de la vida.

Frente a estas actitudes, legítimas o imitativas, de seudoneoclasicismo, el mundo europeo, conmovido hasta sus bases por la Gran Guerra, ávido de renovación, volvió sus ojos a la pureza vigorosa de las razas primitivas; a la ingenuidad no mancillada ni mixtificada de los negros, cuya producción artística —escultórica, musical— vino a apreciarse entonces, y se echó a un lado el fardo de las reglas académicas para producir belleza con moldes volviendo a hallarla, no en la perfección de la reproducción mecánica, sino en la expresión comunicable de sentimientos, que no puede ceñirse a reglas, porque no tienen otra obligación que la de satisfacer el gusto, ente indomable que escapa, y ha escapado siempre, a toda coacción, pero que es susceptible, bajo condiciones dadas de civilización y de organización social, de torcerse y echarse a perder, como lo es también de renovarse saludablemente si esas trabas desaparecen.

Y esta rectificación universal de lo hasta entonces considerado como bello, dio al mundo la maravillosa sorpresa de que en nuestro país no había desaparecido nunca el buen gusto; de que la capacidad artística, en el sentido eterno de la expresión, había adquirido entre nuestra inmensa población india y mestiza un intenso vigor que la Revolución vino a poner de manifiesto como lo había hecho la Guerra Mundial con las artes populares de otros pueblos, pero en una medida mucho mayor.

La estupenda tradición artística de los toltecas, finos y estilizados, de los mayas, de los demás pueblos que habitaban este continente hasta el descubrimiento y la dominación, parece haberse conservado intacta y en germinación, bajo el sudario doloroso de siglos de opresión económica. Y he aquí que ahora descubrimos que los muñecos de petate, las jícaras, los juguetes de barro, los sarapes policromos, no sólo nos gustan a nosotros porque nos ofrecen una afín comunicación espiritual y estética que nos da un sentido elevado racial y una conciencia de nacionalidad de que antes carecíamos, dispersos en imitaciones y en importaciones artísticas y de hábitos, sino que aun los pueblos más lejanos de la geografía encuentran en estos productos artísticos populares, y las aprecian, todas las altas calidades de belleza expresiva que encierran.

Pero el turista se los lleva por 20 centavos, si los compra directamente, y nosotros los adquirimos por la misma irrisoria suma. El indio viene a pie desde su montaña, cargado de petates que ha estado produciendo por varias semanas; a veces cargando simplemente tres o cuatro petates que vende a un peso cada uno y que le han costado tres o cuatro semanas de diaria labor, desde arrancar el tule, prepararlo y trenzarlo, hasta traerlo a ofrecer, con voz gemebunda, por las calles en que cualquier fordcito puede dejarlo con el petate del muerto. Por otra parte, si un comerciante listo de la ciudad hace su ramo de expender curiosidades mexicanas, puede estar seguro de multiplicar su capital en número infinito adquiriendo en los diversos estados de la República, directamente de los productores, a precios risibles, la mercadería de que hará su fortuna en la ciudad. Naturalmente que en ninguno de estos casos

hallará el productor ningún beneficio para sí mismo, ni ninguna oportunidad de mejoramiento en las condiciones de una vida que girará toda ella por largas generaciones a través de esta actividad, doble resorte económico y expresivo único de su existencia. Y es aquí donde la atención de los revolucionarios debe detenerse a considerar las posibilidades de realizar y de cristalizar en hechos las promesas de la Revolución, aprovechando la capacidad artística del pueblo, su habilidad manual y la pureza de su producción, implantando o ayudando a implantar en ella métodos económicos, científicos que rindan al productor el beneficio justo de su esfuerzo.

Excélsior, 6 de abril de 1930, pp. 5, 8

QUÉ HACER LOS DOMINGOS

QUIENES vivimos en la ciudad, prendidos a cualquier rama de sus actividades, y no somos personas metódicas, no hallamos qué hacer de estos días en blanco que son los domingos. "Los domingos uniforman el mundo. Si todos los días fueran domingos, no habría países." En efecto, cerradas tiendas y oficinas, debilitado al extremo el otrora vigoroso pulso del tránsito, con todo el tiempo para cruzar las esquinas, disponemos de todo un día para nuestras cosas. No hay prisa para levantarnos. Nos traen los periódicos a la cama, y aun sospecho que a algunas personas inconvenientes les llevan el desayuno, como ocurre en ciertas novelas mundanas. Luego un buen baño; el mejor de toda la semana, e indudablemente la rasurada más a conciencia, más *close*. Y en seguida visitar a los parientes o acomodar los libros recién adquiridos. Las calles empiezan a poblarse de gente endomingada. Los trasnochadores sabatinos, los que se desvelan por beber en los cabarets, han ido al baño turco en que tropiezan —sobre todo, si es baño ruso— con los españoles de las tiendas de abarrotes, esos mismos en quienes don Carlos Díaz Dufoo querría ver renacer una raza de padres mercaderes. Ahí procúranse la resurrección de sus gastadas energías y van luego a esperar a la novia, que sale de misa. Esta variedad, por la tarde, asistirá al cine, comerá chocolates de Larín y estará lista a levantarse el lunes siguiente a la hora de costumbre.

Personas así, que todos conocemos, constituyen la lenta, la consuetudinaria clase media que es más inexorablemente mexicana en el sentido en que es mexicano el teatro Virginia Fábregas. Pero al lado de esta clase que llamaremos "a" por conveniencia de clasificación, conocemos todos también la otra clase, la de los nuevos ricos, la de los "modernos", personas en abonos (casa en 80 mensualidades, Ford 30, en 15 meses), cuyos domingos, como los de la clase "a", son la válvula reguladora de un ideal cuya realización sólo impide el Destino, que es desde los griegos más fuerte que nosotros. En tanto que la clase "a" hace cosas sencillas y modestas, como bañarse, como levantarse tarde, como ir al cine, esta desordenada clase "b" escapa de la ciudad los domingos. Llena las carreteras, corre a Cuautla, vuela a Cuernavaca, se asoma a Taxco, visita El Chico, se desbarranca en Puebla. Si le alcanzara el tiempo, iría a bañarse en Acapulco; a falta de lo cual se sumerge con toda su familia en esa imperfecta alberca de nombre bochornoso e insoportable aroma que hay cerca de Cuautla.

Y no van vestidos como de ordinario. La dulce clase “a” se endominga. Esta otra se cirqueriza. Yo he visto llegar a Cuernavaca, ciudad de soldados, gente de la ciudad por quien he perdido súbitamente toda estimación en vista de su indumentaria. Hay quienes visten sacos de tenis, pantalones de golf, *sweaters* de banderilla, boinas vascas, simples viseras de telegrafistas, y aun los hay que, como si fueran a cazar leones en el jardín Borda, usan botas fuertes y un sarakoff impenetrable al sol y a la vergüenza.

Las mujeres no se quedan atrás. Como en los buenos tiempos en que un día de campo en Xochimilco era una hazaña memorable que se perpetuaba en retratos en grupo, en que se esgrimía en alto una botella de cerveza, y la “franca alegría” se demostraba en el daguerrotipo pasando un brazo por el cuello del compañero de fotografía, las mujeres excursionistas de hoy, y muy particularmente las gordas, muestran una fuerte tendencia a adquirir grandes sombreros de palma y a usarlos en el camino. Mirándolas pasear con orgullo de conquistadoras, de gente *smart* y distinguida, entre las otras sencillas muchachas del lugar, que ese día ostentan, con una dignidad admirable, sus más justas zapatillas de raso azul y su mejor vestido con cuatro colas y chaquira, bajo los árboles de aquella plaza de armas asustada, yo encontraba que son éstas quienes tienen razón. Que están en su casa y que pueden vestirse como quieran o como sepan. Y que eran las otras y los otros, la gorra vasca y el sombrero de palma con listones, quienes se ponían en ridículo.

Pero esta clase “b” ya no tiene remedio. Ya padece el turismo, no del Judío Errante, ni de Simbad, ni del Hijo Pródigo, a quienes empujan la curiosidad o el Destino, sino ese otro turismo que no puede clasificarse todavía porque no ha dado un vástago eminente, ni ha descubierto mundo alguno, sino que existe por falta de confort. De aquel confort, único posible, que afina y templa el espíritu en consonancia con el mundo exterior. Esta clase tiene sin duda una alma inferior. Ha visto con admiración y con envidia a los turistas extranjeros y se pone a imitarlos. Como ellos, reniega de las incomodidades, pero las afronta. Tendría muchas otras cosas qué hacer en su casa, pero sale a tomar fotografías.

Y, sin embargo, el aire es dulce y bueno los domingos, y si ha llovido un poco, la vida canta y llama en los árboles. Y los camiones pasan atestados de gente, hacia todos los rumbos. ¿Hay, pues, otra clase de personas que los domingos se liberen, y hagan cosas que no sean ni conservadoras ni ridículas?

Hay la nueva generación, si por generación entendemos un haz de voluntades a quienes anima, deliberada o inconscientemente, un mismo ideal de la vida. Hay los muchachos de los talleres y de las escuelas, que ni conocen los cabarets, ni tienen un automóvil, que ni se desvelan el sábado, ni tienen trajes pintorescos, pero que tienen amigos de su edad, y un mal traje de baño, y una pelota, y unas planillas para el camión. Ved cómo salen de su casa, temprano, y con qué alegría se reúnen en los llanos a organizar un elemental partido de futbol. Cómo muerden frutas jugosas y se disparan como flechas oscuras en los tanques, entre el vigoroso abrazo del agua. Sudan, se agitan. Se ejercitan, se expresan, y, bajo el sol de un día de libertad, se afirman y maduran como una buena promesa. Mañana, cuando vuelvan al taller y a la escuela, no tendrán nada que contarse y la vida seguirá siendo suya, porque les ofrecerá un equilibrio justo y firme entre sus ambiciones y sus fuerzas.

Para observar este estimulante espectáculo, no hay para qué salir de la ciudad. En ella se forja su propio futuro. Yo creo que no volveré a ver un experimento igual al que significa el

parque Venustiano Carranza, aquel erial, aquel enorme terreno que se destinaba a cárcel y que una voluntad inteligente y sólidamente revolucionaria eligió para levantar el significativo contraste de un centro de libertad y de juego.

Estaba muy lejos, era demasiado amplio, pensaban los pesimistas; era tan elegante, tan limpio, que los obreros no se atreverían a entrar en él. Id a verlo ahora cualquier día, a una hora en que los talleres no estén trabajando, o asomaos los domingos. Y decidme después si no es posible vigorizar y modernizar, sin descastarlo, el espíritu de una ciudad tan contradictoria como la nuestra.

Nuestra Ciudad, tomo I, núm. 5, agosto de 1930, pp. 6-7

SOBRE LA LLUVIA

CUANDO el mundo parece irremisiblemente perdido en especulaciones cerebrales sobre el valor de la plata, los aranceles, la sobreproducción, el pacto austro-alemán, el derrocamiento de las monarquías y todos los otros temas de acalorada discusión de los hombres, súbitamente unas nubes ponen sobre la tierra la suave caricia de su sombra, y a poco, enjugan con su fresco pañuelo el sudor de la humana frente.

En los áridos surcos el campesino ha puesto su esperanza; la esperanza del más legítimo y elemental deseo de subsistir, que ha de multiplicarse como los panes bíblicos en el rubio trigo y en el maíz, sonrisa de la mazorca.

Los hombres de negocios, los economistas, los estadistas, cruzan en raudos trenes y en poderosos automóviles frente al humilde ejido, sin mirarlo siquiera. Van hacia la ciudad a discutir, a “calentarse la cabeza” como suele decir tan atinadamente el pueblo. Y en tanto, el campesino, con la resignación secular de su raza, pero también con su ruda y firme fe en lo desconocido, aguarda en silencio.

Y he aquí que se realiza el milagro de lo imprevisto. Las gentes corren precipitadamente en la ciudad a guarecerse de una lluvia repentina que azota los muros sedientos y el tórrido asfalto como si quisiera lavar de toda mancha el corazón de la ciudad.

Y en el campo bendito y fructífero, la lluvia y el viento hincan su fecunda y prolongada caricia en la tierra, y una sinfonía de perfumes silvestres canta su alegría, porque a pesar de las previsiones humanas de los sabios, se ha realizado el milagro de lo imprevisto.

¡Corramos a la lluvia! En la alegre mañana, el pájaro del tiempo tome su baño bullicioso. Y tras la tarde fresca, en que el aire claro de México se unge con la presencia de los volcanes, de perfil diamantino, venga la noche a arrebatarnos a la realidad mientras en la tierra germina el mañana, mientras titilan en las redes del cielo-pescador las mejores gotas de la lluvia, ésas que llamamos estrellas.

Resumen, tomo I, núm. 3, 3 de junio de 1931, p. 16

POR LA DESNUDEZ HACIA LA PERFECCIÓN

El movimiento nudista en Alemania y en Francia

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza

Y HE aquí que el hombre, consciente del pecado original, buscó cubrirse, deformándose, y apartando cada vez más su figura del modelo divino con que, en día memorable, despertó para dar nombre a los animales que le rodeaban en un ilimitado paraíso. Cuando perdió su calidad de réplica de Dios, empezó a sufrir los rigores de la temperatura y de la hosca naturaleza. Tenía que ganar el pan con el sudor de su frente; las conveniencias sociales le hicieron bien pronto descubrir que un pañuelo basta a enjugar el sudor. Descubierto el pañuelo, era indispensable traerlo consigo, y Adán inventó los bolsillos, que le llevaron de la mano a la confección de pantalones, sacos y chalecos en que insertar bolsillos. En estos disimulados archiveros hubo de guarecer esa cosa asquerosa que es el dinero. Y una vez que tuvo dinero, se dedicó a gastarlo en trajes para Eva.

La historia del traje ocupa nutridísimos y bien documentados volúmenes. La historia de la desnudez es en cambio simple, pura y castísima. Todos nos hallamos desnudos todos los días en el baño, ese perfecto examen de conciencia, y así nacemos. Se diría que la naturaleza se empeña en que vivamos como ella nos hace nacer. Pero los parientes del niño le tienen ya gorritos, zapatos de estambre, pañales y toda esa multitud de disfraces que en el mundo dan la categoría social y que son muchas veces el único indicio de la posición económica. Cuando mucho, se atreven los padres a hacer retratar al niño desnudo, de seis meses de edad. Todo el resto de su historia fotográfica le harán lucir su mejor traje, y sus retratos últimos nos le han de mostrar cargado de condecoraciones que, lógicamente, no podría ostentar si revelara su identidad.

EL RETORNO A LA NATURALEZA

En varias épocas, la humanidad ha hablado de la conveniencia de un saludable retorno a las condiciones sociales del hombre primitivo. Fue ésta la teórica preocupación de Rousseau, en un siglo en que las pelucas empolvadas y las enormes crinolinas borraban por completo de la figura humana toda idea de humanidad. La Rusia soviética, al abolir la propiedad privada, vuelve los ojos sabiamente hacia el primitivismo económico, rompe las cadenas de la tradición capitalista y, para decirlo en términos “nudistas”, se quita, rasgándola, la estrecha casaca imperial. El frío horrible es quizás la única razón de que conserve encima una ropa que de todas maneras es tradicional.

Quizás podremos explicar mejor lo que es el “naturismo” en la vida si lo cotejamos con el naturalismo en la literatura: todos nuestros lectores conocen y recuerdan las novelas de Zola y sus discípulos. Con el pretexto de que tales cosas son “naturales” y ocurren a diario, se dan al lector, en ellas, descripciones asquerosas de actos brutales, se complace el novelista en la descripción de llagas físicas o morales, y espeluzna con todo ello, o gratifica los más bajos

sentidos y apetitos pornográficos, aun sin intentarlo el autor. Tal escuela naturalista, de que tenemos en *Santa* de Gamboa un pequeño ejemplo mexicano, es ya cosa muerta y justamente olvidada en la literatura universal.

El naturalismo, en primer lugar, no es cosa literaria. Es una escuela, una doctrina de vida originada en Alemania hace algunos años, presentida hace muchos, que comienza por abjurar de toda lascivia: que encuentra que son los trajes, precisamente, y los maquillajes, y la falsa y provocativa belleza de las mujeres de teatro y de mundo, los culpables de todo ultraje al pudor. La escuela naturista no pretende sino la salud perfecta, física y espiritual, y como corolario inevitable de ambas, la belleza, que es fuerza con gracia; gracia en los movimientos, en la danza, que es parte principalísima del programa de la "libre cultura" para todas las edades, y templanza espiritual para hacer florecer la castidad por encima de esa noción *adquirida,* puesto que no se nace con ella ni la tienen los animales, del pudor.

UN REPORTAZGO INTERESANTE

Louis Charles Royer publicó recientemente un libro intitulado *Au Pays des Hommes Nus* en el que narra su provisional ingreso a las prácticas nudistas en Alemania. El escritor se hallaba postrado, harto de civilización, en París. Un amigo obtuvo para él permiso para visitar el campo nudista de Nackendorf, a 24 horas de París, y allá se dirigió, a la casa del profesor Hugo. Veamos lo que este apóstol del nudismo dijo al reportero francés:

> El movimiento nudista en Alemania tiene cuatro fuentes:
> 1—La cultura física, la acción bienhechora de los rayos solares en el organismo, revelada desde 1855 por Rickli, en Austria. Los nudistas son seres sanos.
> 2—La acción renovadora de la juventud, nacida en 1877 en la escuela Stieglitz, en Berlín, para abolir todos los prejuicios, incluso el pudor. Los nudistas son seres libres.
> 3—El esfuerzo de los pintores por realizar en la vida las bellas actitudes de los modelos. Ésta es la obra de Dieffenbach y de Fidus. Los nudistas son seres bellos o se esfuerzan por serlo. Y, finalmente
> 4—El retorno al instinto germánico, proclamado por el pastor Weidemann. Los antiguos germanos se bañaron juntos y desnudos hasta el siglo XVII. Y la pureza de sus costumbres era ya alabada entre los romanos. Los nudistas son seres puros.

A las pocas horas, Royer se sentía libre y feliz de convivir con la familia desnuda del profesor Hugo. Una sencilla comida vegetariana, natación en el mar, juegos al aire libre y largos baños de sol, completan la educación de un nuevo miembro de la colonia nudista que, para serlo, no tiene que llenar otro requisito que el de la más perfecta salud, las buenas costumbres, y la desnudez.

LOS VERDADEROS GIMNASIOS

Fuera de Nackendorf, existen en Alemania, según declaración del profesor Hirschfeld, propagandista del nudismo, más de mil clubes de esta índole que disponen de grandes piscinas

de natación, de gimnasios y de salones provistos de sol artificial, en aquellas ciudades brumosas de Alemania en que el verdadero sol escasea. En ellos, la palabra gimnasia recobra su verdadero significado griego de desnudez. Tres veces por semana les está reservado el mejor parque de Berlín, y en las escuelas de primera enseñanza va siendo ya costumbre establecida la de efectuar los ejercicios físicos en absoluta desnudez.

LA LABOR DE ADOLFO KOCH

El más ardiente propagandista del nudismo en Alemania es sin duda Adolfo Koch. Profesor de escuela, los padres de sus alumnos, hace años, estaban quizás demasiado ocupados para cuidar del aseo de sus niños. Koch comenzó por exigir que tuviesen las manos limpias; luego los pies; luego todo el cuerpo.

Como esto era imposible lograrlo en el aseo hogareño, deficiente, instaló baños en la escuela. Los chicos parecían encontrar tanto placer en el baño, que saltaban y corrían desnudos por toda la escuela. Adolfo Koch tuvo la visión de una nueva educación física e hizo ejecutar a sus alumnos movimientos gimnásticos disciplinados, en desnudez. Los niños estaban encantados, los padres no protestaban. Un día, un periódico se escandalizó y Adolfo Koch hubo de abandonar sus funciones oficiales.

Con su descubrimiento de la cultura al desnudo, fundó en 1920 las *Kórperkulturschülen Adolf Koch,* cuya matriz se halla en Berlín, y que tiene sucursales, hoy en día, en Hamburgo, Dresde, Elberfeld, Barmen, Mannheim y Ludwigschafen y numerosos imitadores en Francia.

ENTENDÁMONOS

La cultura al desnudo no pretende ser una religión, ni una forma nueva de vida total. No quieren sus apóstoles que todo el mundo vaya al teatro, ni al cine, ni aborde tranvías sin las usuales ropas. Pretende solamente demostrar que, animales como somos, necesitamos un poco vivir al natural unas cuantas felices horas, abrazados sin distancia a la tierra, y recibiendo del sol esta caricia de que sólo saben nuestro rostro y nuestras manos. Quiere que esta cultura física que ya se imparte, por dicha, en todos los países, como un don a la juventud que se educa, sea integral. Su fin es pues inmediatamente físico y mediatamente moral. En nuestro propio país se palpa ya, de unos años a esta parte, que el criterio moral de la gente es más puro desde que la bendición de la cultura física congrega alegremente, bajo nuestro sol adorable, a los niños y a las niñas de las escuelas, en fiestas del cuerpo y del espíritu.

Existen en Alemania numerosas revistas dedicadas especialmente al cultivo del cuerpo. Damos de ellas noticia gráfica al principio de este artículo. En cuanto a bibliografía sobre el movimiento, puede el lector consultar la autoridad francesa del doctor Pierre Vachet, cuyos libros están traducidos ya al español. La biblioteca del profesor Hugo contiene demasiados títulos, todos en alemán.

Resumen, tomo I, núm. 7, 1º de julio de 1931, pp. 17-19, 43

LEÑOS, LIBROS Y AMIGOS.
LOS MÁS VIEJOS, PREFERIDOS

A D. Ramón P. de Negri

NO HACE mucho que la categórica declaración de un sabio norteamericano, que aseguró que nuestro pretendido carácter bélico (que la reciente historia de Sudamérica y de España ha demostrado no ser privativo nuestro) debe atribuirse al inmoderado consumo que hacemos de chile, me hizo pensar en que este método deductivo "dime lo que comes y te diré por qué te peleas" quizás no sea tan malo si se aplica correctamente a otras premisas espirituales de nuestro pueblo.

Un consumo físico puede sin duda determinar características generalmente físicas, y sólo de modo ocasional actitudes espirituales. Los sabios norteamericanos lo saben bien, ellos que prescriben pintorescas dietas de lechuga a las esbeltas actrices de Hollywood, cuya silueta —resultado físico de la dieta— les granjea un contrato largo —resultado pecuniario—, durante todo el cual han de suspirar artísticamente —resultado espiritual de la dieta— ante la cámara.

Pero a mi ver es más divertido explorar los consumos espirituales de un pueblo en busca del origen o de la explicación de sus actitudes características, de sus reacciones ante los varios aspectos de la vida, de sus sueños, de sus ideales y de sus placeres. Esto me parece tan divertido como un psicoanálisis colectivo y puede acaso resultar más interesante.

EL CINE Y LA LECTURA

El común denominador de la gente no tiene otro "modo de empleo" para las horas del ocio que ir al cine o leer un libro. Muy desgraciadamente, los aparatos de radio —ese intruso, enemigo de la privacía y del silencio— están siendo ya tan asequibles que todo el mundo los adquiere como el viejo Fausto adquirió la juventud: a cambio de su alma, y los pone a funcionar a todas horas, con lo cual se divierte, no gasta en cines —y no lee—. Pero el radio no ofrece satisfacciones espirituales completas. Ni despierta, ni colma la curiosidad, ni ofrece un modelo, ni una aspiración al espectador. El cine sí, en parte. Muchos y muchas lectores asiduos de novelas van ahora al cine. Pero tampoco éstos son los lectores auténticos ni pueden las películas llenar todas las condiciones de un libro seleccionado personalmente por el consumidor, abierto con delectación, frugalmente hojeado y luego, en la postura mejor, con la ropa más cómoda y el cigarrillo a mano, recorrido línea por línea con ojos nunca duros, ni distraídos.

He aquí sí, al hombre. Nadie le ha escogido un "programa doble sonoro". No sino él mismo fue el otro día a buscar esa obra que le recomendó su amigo, la encontró y ahora que

tiene tiempo va a leerla. Una característica de los libros es que en lo general no los descubre uno, sino que se los recomienda un amigo, el más amigo, el que tiene espíritu más a tono con el nuestro. Y como a este amigo nadie nos lo ha recomendado —por muy recomendable que sea, por supuesto—, sino que es la casualidad quien lo ha unido a uno, resultado que el libro que él nos recomienda es siempre el que más nos gustará.

LOS LIBROS PROHIBIDOS

Dicen los historiadores de México que España, durante nuestro coloniaje, prohibió que llegaran a México las obras de imaginación, que, a su juicio, podían exaltar la de los indios. Si la prohibición fue —como lo fue seguramente— burlada cuanto a la importación y lectura de novelas, dio en cambio un fruto deplorable: no se escribieron novelas en México durante la Colonia. Tenemos que llegar hasta 1816 para encontrar, en las fatigosas obras de *el Pensador Mexicano,* las primeras novelas y la primera mención del *Quijote* en América. De ahí en adelante hallaremos nutrida producción novelesca en México, durante todo el siglo XIX. Nutrida relativamente, pero de todas suertes no superada en el actual, ni en calidad ni en volumen.

Ante esta absoluta falta de producción novelesca cabe preguntar: ¿es que a los mexicanos no nos gusta leer? ¿Y que tampoco sabemos escribir? Hemos tenido siempre poetas. El lugar común de la historia de nuestras letras ya nos enseña que en la Colonia, según mordaz observación, "había más poetas que estiércol". Los ulteriores siglos han podido siempre florecer en antologías de grupo que cuentan ya numerosísimos volúmenes. Todos los chicos de las escuelas se sienten poetas. Pero lo que nos ha faltado siempre es la prosa. No hay en ella una sola antología digna de ese nombre y las novelas mexicanas, es triste decirlo, se desenvolvieron siempre durante el siglo pasado en ambientes europeos que muchas veces no conocía ni el propio autor.

NOVELAS POR ENTREGAS Y POETAS

Si miramos nuestro reciente pasado, advertiremos que las grandes novelas extranjeras tuvieron siempre consumo entre nosotros. Fuera de las que los periódicos ofrecían "por entregas", y de las que en esta forma episódica se suscribían en casi todos los hogares, aquellas queridas colecciones mal impresas, con una truculenta tricromía en la portada en que estaba todo Dumas y todo Hugo, ocasionalmente todo Balzac, Zola y Eugenio Sue, y junto a ellos, *El sol de mayo, El cerro de las campanas,* y tres o cuatro novelas mexicanas más, eran vorazmente consumidas por nuestros padres, que también habían leído *El Periquillo Sarniento* en la lujosa —para aquellos tiempos— edición de Ballescá, y que lo traían a cuento y mención a propósito de las situaciones en que soliera encontrarse alguna persona de su amistad, y que reproducían las del héroe de Lizardi. Así "el ajuar de *Periquillo*" tomó carta de naturalización entre nuestros refranes cuando se trataba de describir la pobreza de mobiliario

de alguien.

A este mismo pasado pertenecen nuestros grandes poetas Manuel M. Flores, Manuel Acuña, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Nervo y González Martínez más tarde, para no mencionar a los dos ídolos, a quienes analizaremos en particular más adelante, que son Antonio Plaza para el pueblo y Juan de Dios Peza para la burguesía. Estos poetas eran figuras prominentes en la vida nacional; en las fechas históricas decían versos o discursos aplaudidos y comentados; celebraban interesantes controversias sobre puntos técnicos que interesaban a la gente y la aparición de sus libros constituía un suceso social. Pero en tanto que esto ocurría con los poetas, los novelistas nacionales seguían escaseando, y cuando los había y lograban una relativa difusión, sus libros hablaban de otros países, como los versos de los afrancesados poetas modernos en 1895.

El pueblo leía novelas de Miguel Zévaco y versos de Antonio Plaza; la clase media, novelas de Dumas y versos de Juan de Dios Peza; la más atrevida aristocracia, novelas de Zola o de su doble femenino la Pardo Bazán, y versos… en francés. Cuando la romántica clase media descubrió y adoró la *María* de Jorge Isaacs, la aristocracia desdeñó, calificándolo de cursi, ese ingenuo brote de americanismo en la novela.

REVOLUCIÓN Y LITERATURA

En este punto maduró, floreció y rindió sus frutos la Revolución en 1910. Sin relación alguna de origen con la literatura, cuyos precursores, si los tuvo, permanecen en la oscuridad, la Revolución, al reajustar los valores de la vida mexicana, hubo forzosamente de tocar sus manifestaciones de producción y de consumo literario. Los poetas supervivientes fueron enviados a representarnos al extranjero, y este hecho mismo no hace sino comprobar el respeto, el fetichismo casi, que se ha tenido siempre en México por la poesía y sus albaceas. México se quedaba sin poetas, pero con la costumbre de tenerlos, y, al propio tiempo, las hazañas revolucionarias, los combates y la marcialidad de una empresa en que se hallaba empeñado el país entero, parecía ofrecer el mejor estímulo a una nueva manifestación de las letras: la poesía y la novela revolucionarias. Dentro del aspecto revolucionario, parecía lógico esperar que las letras mexicanas encontrasen al fin un carácter propio.

Este carácter “mexicano” de nuestra literatura se ha buscado siempre, desde nuestra Independencia. Ignacio Rodríguez Galván quiso hallarlo al versificar *La profecía de Guatimoc;* su contemporáneo Fernando Calderón, en dramas de capa y espada que, extraños en asunto a nuestro país, eran sin embargo coloniales en el matiz, como lo eran francamente los de Rodríguez Galván. Años más tarde, *Los charros contrabandistas, Los bandidos de Río Frío, Calvario y Tabor,* se servían de una técnica entonces en boga universalmente para encajar en molde extranjero episodios nacionalizados que constituyen nuestra primera novelística autóctona. Infortunadamente, el molde, más fuerte que el contenido, se ha roto contra el afinado gusto moderno, y esas truculentas novelas ya no nos llaman, muertas sin sucesión.

Buscar lo “mexicano” dentro de la forzada literatura inspirada en la Revolución que hasta

ahora se ha producido, parece tarea tan inútil como pretender que en la literatura de la Revolución francesa, y sólo en ella, puede hallarse “lo francés” genuino. Si lo mexicano existe, será anterior y posterior a la Revolución de 1910, que representa tan sólo una fase, importantísima y todo, de nuestra vida. Los frutos de la Revolución no deben buscarse en la literatura, como tampoco contiene ésta los antecedentes de aquélla. La Revolución va más allá de las letras; su fin es social y sus medios tuvieron que ser materiales en el medio apático y lánguido en que dormitaba la conciencia de nuestro país en 1910. El resultado literario, libresco más bien, de la Revolución, fue indirecto, y consistió en que, al borrar las ficticias “clases” sociales que una tradición aristocrática colonial conservaba en nuestro país, nulificara, desnudándolos, a muchos valores literarios tenidos hasta entonces por indiscutibles y sagrados en nuestro Olimpo local.

LA FURIA DE ADQUISICIÓN

En *La Chose Litteraire* explica el editor Bernard Grasset el origen de las ediciones numeradas, limitadas, en diversos papeles, que constituye hoy día la más apasionada moda de los libros y su comercio en Europa, y la atribuye a la guerra europea. Quizás pudiéramos nosotros alegar con igual derecho, aunque por diferentes razones, que nuestra Revolución dio nacimiento a un asombroso renacimiento del comercio de los libros en nuestro país. Nunca en efecto, como en los últimos años, se vio en México tan grande cantidad de expendios de libros, nuevos y viejos. Fuera de las casas que ya conocemos y cuya prosperidad deriva del inteligente comercio de las viejas ediciones mexicanas, no hay casi un zaguán en el primer cuadro de la ciudad en que no se halle instalado un expendio de libros viejos. Derruido el Volador, los antiguos puestos, todavía anteriormente situados en derredor de la catedral, se han refugiado en los otros mercados, en La Lagunilla, en Tepito. Allá va toda clase de personas a hojearlos y a adquirirlos; unos con la esperanza de tropezar con un incunable que adquirir en un peso, otros por curiosidad y los más… por espíritu de acumulación. Así existe hoy en el mundo una clasificación de personas que compran libros para revenderlos, para leerlos y… para enseñarlos.

No es pues, desgraciadamente, que hoy se lea más, sino mucho menos, que antes. Ocurre que se compre más porque la presencia de los libros parece justificar la ausencia de la cultura, o la posibilidad más inmediata de adquirirla en un momento dado.

BALANCE DE LECTURAS

He visitado toda clase de expendios de libros, desde los más lujosos hasta los más humildes, a fin de explorar, como era mi propósito, las lecturas actuales de nuestro pueblo para cotejarlas con sus condiciones espirituales. De mi rápida investigación resulta que:

La “élite” adquiere libros franceses, particularmente novelas. Como son libros caros y escasos, los encarga fuera, en corto número de ejemplares.

El común de los mortales lee ávidamente, y consume cualquier número de ejemplares que lleguen, de libros rusos y sobre Rusia. En este número se incluyen los estudiantes y los obreros.

Las señoritas ya no leen. Van al cine en cambio.

Y el pueblo sigue leyendo a Antonio Plaza, saboreándolo, sintiendo dentro de su alma que su frase amargada y rebelde, de protesta contra la "sociedad" —a la cual se le da, quizás con mayor razón de la que parece, el significado que le atribuyen los periódicos en sus "notas de sociedad"— no ha dejado de ser la frase justa.

Resumen, tomo I, núm. 9, 15 de julio de 1931, pp. 25-27

NEGROS, INDIOS Y AMARILLOS
EL MUNDO "CIVILIZADO" Y LAS CULTURAS PRIMITIVAS
Moda y Arte

Con cierta periódica frecuencia se pone de moda entre el llamado mundo civilizado el arte de algún país, al que no se cuenta en el concierto de aquél y así, como una enfermedad que se propagase, pintores, autores dramáticos, escultores, y a cual más todos se apresuran a celebrar las virtudes expresivas y llenas de significación, de fuerza o de delicadeza de aquel país o de aquella raza a quien le ha tocado en suerte el ser elegido por el ondulante gusto europeo para una moda que no suele durar mucho tiempo.

¿Recordáis, para no ir más lejos, el residuo pintorescamente oriental que a principios del siglo dejó la guerra ruso-japonesa, en la forma de tarjeteros de tule selecto, de muebles de bambú de dudosa autenticidad y de todavía más dudoso gusto? Después de esta boga que vino a matar en nuestro país el exclusivismo de la moda francesa que padecimos durante el siglo XIX, otra raza pintoresca, pero que creía no serlo, ocupa su lugar con los muebles estilo *Mission*, quizá originarios de los *bungalows* de los misioneros protestantes norteamericanos que salen a redimir al mundo con el cuello al revés: y la dureza de estos muebles se enternecía un tanto con cojines en que había bordados atributos de los piel roja (a quienes dulcemente los misioneros americanos habían reducido a prisión en las reservas de los Estados Unidos).

La guerra Europea trajo consigo el descubrimiento de nuevos valores estéticos. Tocaba su turno a los negros, cuyos valores seudoestéticos fueron a descubrir los europeos en la escultura primitiva africana, quizás al mismo tiempo que nuestro dibujante Miguel Covarrubias ennoblecía la figura del negro norteamericano en las páginas de los magazines de ese país; pero siempre después de que el agudo lamento sensual y esclavizado del negro había tomado su lugar y hallado expresión en el saxofón de la música quejumbrosa del *jazz*.

El arte chino está por encima de toda vulgarización. Su exquisitez lo hace inaccesible a la vulgaridad de una imitación fácil, y cuando los occidentales pretenden siquiera escenificar para su propio gusto la vida seudochina que les parece interesante, no logran sino cometer *Wo Li Chang, Shangai* y una que otra novela de detectives que luego llevarán al cine *(El doctor Fu Manchú)*.

El arte negro, en cambio, es susceptible de mayor vulgarización. Identificada, aunque sujeto a ella, con la vida occidental a cuya prosperidad ha contribuido de siglos atrás, ya como bestia de carga y de labor, ya en las plantaciones azucareras y algodoneras de Cuba y de los Estados Unidos, su alma extraña suele ofrecer a los ojos occidentales espectáculos que logran a las veces conmover e interesar y aun ser comprendidos totalmente. El más reciente ejemplar lo da el drama *Green Pastures* que actualmente se representa con enorme éxito en la ciudad de Nueva York.

El indio sudamericano, incluyendo el de México, no ha visto aún, dichosamente, la hora de su pintoresca moda universal. La investigación de sus costumbres, de sus realizaciones artísticas, de su gusto decorativo, ha sido emprendida con éxito, pero con fines solamente eruditos por sabios alemanes como Seller, y las escasas monografías que han plasmado su cerámica o su indumentaria, han escapado a la divulgación de una moda universal.

Ello se debe a que nuestras razas indígenas carecen del elemento pintoresco y de fácil percepción en que abundan las demás razas primitivas. Sus grandes realizaciones arquitectónicas, particularmente la ciudad de Teotihuacán, implican ya la maravillosa previsión, en miles de años atrás, de los rascacielos y de la arquitectura alemana más atrevida. El sentido decorativo de nuestros indios se limita en sus personas a los fuertes colores gratos a toda raza primitiva y legítimos en todo clima tropical; pero no conocemos los excesos del tatuaje que convierte en piezas de cerámica a los indígenas del Amazonas, que ilustran esta nota, y que los identifica con los negros de las colonias francesas (y con los marinos norteamericanos).

Es discutible de todo punto la conveniencia de "estar a la moda" como raza o como país. Al fugitivo halago de una súbita boga, preferimos la conservación intacta y pura de nuestras calidades estéticas raciales. La tarea, torpe casi siempre, de los improvisados folkloristas que suponen que coleccionar rebozos es una labor artística, ha sido incapaz de descubrir en nuestra raza nada que no sea su más grosera e insustancial superficie. Era preciso el genio comprensivo y homogéneo de Sergio Eisenstein para llevar sin trucos a la lente las dramáticas expresiones artísticas que en gesto, traje, actitud y ambiente ofrecen, pero sólo a quien puede apreciarlas, nuestra raza.

Resumen, tomo I, núm. 10, 22 de julio de 1931, pp. 37-38

SI EL PUEBLO HABLARA
EFECTOS DE ESCRITORIO

Toda la amplia gama de la afición o de la obligación libresca para una vida mexicana viene desarrollándose paralela y dulcemente al individuo, siguiéndole los pasos desde antes de que pueda siquiera darlos, cuando los apresura para llegar a tiempo a la escuela, mucho más tarde y cuando al fin sus restos reposan y su familia compra un Lavalle de letra gorda. Va desde el inmortal "estanquillo", desde la "papelería, libros de texto y efectos de escritorio" que está a la vuelta de la casa, hasta aquel severo y sombrío establecimiento a cuya puerta se lee que "se

compran bibliotecas”, y hasta los puestos de “objetos varios”, tan invariables, en que siempre se encuentra una gramática de Bruño y un tomo suelto del *Teatro crítico universal,* un quinqué, varias alcayatas y un retrato al óleo de un antepasado de alguien.

Toda la vida nuestra es un continuado papeleo que inaugura el acta del bautizo y que cierra la de defunción. Mas prescindamos de generalidades sabidas y vengamos a lo de ayer, que también es olvidado como aquello. ¡Oh qué dulzura perfumada de infancia la de los estanquillos! Los que van a ser arquitectos compran de chicos esas casas de armar que, dibujadas a colores en cartoncillo, recórtanse y se pegan, con torreones y almenas. Yo no sé lo vieja que sea esta costumbre; ni siquiera sé si los chicos de hoy —soltero y sin descendencia como he logrado conservarme— juegan todavía a recortar casitas y a armarlas. Pero es evidente que la infancia de los arquitectos que han construido Chapultepec *Heights* y el Hipódromo bebió su caprichoso anhelo creador en tales nimias construcciones de cartoncillo. Los estadistas futuros también recortan papeles en su niñez; hacen largas tiras de variados colores, y luego tejen unos con otros para formar gusanos o petatillos, como hace la sociología; los hombres de suerte la ejercitan desde pequeños en los naipes de bajo precio, en las loterías de la fábrica El Gallo de Clemente Jacques y en otros juegos de cartón, precursores de aquel “entero de la de hoy, cuartito de la de mañana o huerfanito, el último que me queda”, de la de 800000, de que todo ciudadano maduro pone a pender su esperanza de un opulento porvenir.

Adquirimos también en el estanquillo cuadernos de cuadrícula grande y chica, y de rayado gris para la escuela, con lápices y reglas. ¡Si se guardaran! Son como la conciencia infantil: índices infalibles de represiones y tendencias que, en ruda pugna, acabarán por constituir al hombre libidinoso o neurasténico, genial o torpe y pintor, matemático, reportero, botánico, o médico cirujano de la Facultad de México.

A partir de la Remington se ha descuidado la caligrafía; quizá porque como casi todos los niños van a ser oficiales quintos, no necesitan sino firmar el día de pago. Hay en ello un muy grave mal; que paralelamente a la caligrafía se ha olvidado la ortografía. Por lo pronto, han desaparecido de los estanquillos los cuadernos verdes de letra inglesa y muscular que, por ejemplo, a mí de nada me sirvieron.

Una buena letra, aunque entre con sangre, suele servir de mucho. Últimamente he estado estudiando *El Periquillo Sarniento.* Me interesa como ejercicio de psicoanálisis de Lizardi y preparo una teoría sobre ello. Por lo pronto, quiero que recordéis cuántas veces *el Periquillo* pudo sustentarse de su buena letra. Porque escribir bonito sigue siendo más útil, y es mucho menos difícil, que escribir bien.

¡Los textos de la primaria! Desde aquellos, relativamente alegres, en que aprendimos a leer, al *Corazón, diario de un niño* de Amicis, aullido lúgubre, *jettatura* italiana, libro mimiagugliesco que nos pone a temer el juego, va toda nuestra infancia culpable deletreando rótulos de comercios por la calle:

> Por las noches el alfabeto estelar
> combinaba sus veintisiete letras
> en frases que me conturbaban
> y que aún no encuentro en enciclopedias.

Después, un poco después, se pusieron en nuestras manos las *Lecturas literarias* de Amado Nervo. Mucho más tarde supimos todo lo fácil que es componer tales libros primarios, y aun publicar uno. Pero sus hojas maltratables, sus dibujos de líneas netas y las mismas recitaciones de Juan y Margot, de espléndido es tu cielo, patria mía, y de Padre Hidalgo, tus canas reflejan, conservan sin alteración el perfume de la primera literatura que todos aspiramos.

Y el papel para cartas amorosas; azul, rosa, canela, que ata un brillante listón azul:

> ¡Oh Julieta, Julieta! Y la declaración
> que en papel del cuaderno habló del corazón
> y del "momento en que" y de cosas así…

Julieta se apellidaba García. Probablemente ya se habrá casado, y tendrá hijos. Pero aquellas cartas que yo le entregaba a hurtadillas, no las han repetido mis sucesores en las escuelas a las herederas en ellas de su gracia. Porque ahora los novios, cuando mucho, se hablan por teléfono.

Luego las gentes cogen rutas diversas: el libro de caja, o sea la teneduría de libros, el libro inédito o el libro de cheques. Otros aún, la colección de los libros ajenos, en donde se encuentren.

Se encuentran, por supuesto, en muchísimas partes. Cuando se escriba una historia de la imprenta en México menos árida y más al día que la de don José Toribio Medina, se dará la importancia que tiene a los puestos que la ignorancia de las viudas de los bibliófilos mexicanos ha instalado en las puertas de las vecindades, a partir del tiempo en que ya no se ha considerado necesario leer para vivir. La actitud de estas viudas, que sacan lo que pueden de lo que no pueden entender, es del todo idéntica a la actitud de los solteros que les sacan en lo que pueden lo que ni pueden ni pretenden entender, sino simplemente exhibir en sus casas como patente de una cultura irrefutable a los ojos de sus semejantes.

Nueva clase es ésta de los "hacinadores de libros" que no saben darles sino un valor comercial; clase estudiada y considerada por don Francisco Rodríguez Marín y definida claramente, no hace mucho tiempo, por el editor Bernardo Grasset. Es curioso, pero muy significativo, que sean un erudito y un editor, un productor y un consumidor —como dirían los economistas— quienes mejor se percaten de este lamentable fenómeno social, antisocial. Ya no se puede hallar sino uno que otro ente de selección que diga y sienta, con el dulce clásico:

> Un ángulo me basta entre mis lares,
> un libro y un amigo, un sueño breve
> que no conturben deudas ni pesares…

Resumen, tomo II, núm. 1, 29 de julio de 1931, p. 8

DOS PRECURSORES ILUSTRES DEL NUDISMO

EN AÑOS remotos me complacían las *moralidades legendarias*. Nada más grato que volver a escuchar la voz ya muerta de los héroes ilustres de la literatura y del arte, que explorar su opinión y examinar su caso a la luz de nuestra civilización, ya en nombre de Freud, ya en el más ponderado de Adler o de Jung, sus agrios discípulos, ya en el de… John Erskine.

Nadie como este escritor norteamericano ha logrado con mayor éxito y con tan hábil maestría explicar las razones, si en él las hubo, de aquel trascendental pleito doméstico que, al provocar la *Iliada*, dotó a los griegos de epopeya. Confiado en su éxito, Erskine escribe un poco más tarde el final del viaje de un Ulises mucho más tranquilo, burgués y ponderado que el de Joyce, explica en *Galahad* la reputación del amante de la reina Ginebra y, ambicioso, aventura toda una nueva teoría relativa a las desavenencias conyugales de Adán y Eva.

Las mujeres de Erskine son todas ellas sabias y admirables. Dotadas de un modernísimo sentido de superioridad, el hombre a su lado desaparece bajo un pesado manto de mediocridad que no puede ser sino norteamericano. Otros escritores, al dar "finales" propios o desarrollos personales a temas conocidos, los toman al azar y responden, como en el caso de Jules Lemaitre —en *Marge des Vieux Livres*— a propósitos literarios vagos que, si se agudizan, procuran como meta esencial la de enfatizar el rasgo ya contenido en la obra maestra anterior. Incapaces de crear, con materiales viejos, obras nuevas de valor diferente y más alto, recuerdan a aquellos continuadores del *Lazarillo* que en la literatura española nos ofrecen tan importuno como frecuente ejemplo.

Azorín es, entre los españoles, el único que haya hurgado en los viejos cuentos medievales españoles con fines de disección que harían pensar en Erskine si no recordaran directamente a Lemaitre —y si el autor de *La vida privada de Helena de Troya* no fuera posterior al indirecto inspirador de Azorín—. Si el margen de los libros viejos ofrece a Lemaitre espacio gratísimo, el margen de los clásicos le basta a Azorín para darnos ejemplo de bella prosa y de fino y delicado españolismo. Leed, o releed, *La Celestina, La Pelegrina,* el estupendo retrato del noble infante don Juan Manuel, o la historia del mago de Toledo don Illán, o todavía mejor la de aquella raposita que se hace la muerta para escapar de una muerte cruel.

Yo mismo —¿y quién no ha sentido alguna vez el impulso de modificar el universo?—, hace inconfesables años, propuse un final, una solución, al enigma de la Venus de Milo, cuyos mórbidos brazos nadie parecía saber cómo estaban colocados; di una razón más al Quijote, me expliqué a Medea y presentí la desocupación universal en un rápido esbozo del bíblico Job.

En un obligado repaso anual a los viejos temas, he tropezado ahora con dos tipos que no son, en rigor, sino dos alegres precursores del nudismo alemán. Uno es el ejemplo de los burladores que ficieron el paño al rey —en *El conde Lucanor* de don Juan Manuel— y el otro es la hazaña de Lady Godiva, que dejaré referir, más adelante, a quien ha descubierto, siguiendo su hábil técnica psicoanalítica, John Erskine.

Quizás los lectores de *Resumen* no estén familiarizados con estas dos leyendas. Para aquellos que las desconozcan, voy a referirlas brevemente:

En uno de aquellos imaginarios reinos en que ocurren todos los ejemplos con que Patronio instruye al conde Lucanor, un rey recibió una vez la visita de unos comerciantes en telas magníficas. Entre todas sus habilidades, tenían la muy peculiar de fabricar una tela maravillosa, hecha de oro y perlas, que sólo podrían ver quienes fueran hijos legítimos "de aquel padre que tenían que eran". El rey tuvo por muy conveniente la fabricación de aquella

tela para saber, entre sus cortesanos, quiénes eran bien o mal nacidos; y proveyó a los comerciantes de cuanto oro y perlas quisieron pedirle.

Estos hombres se encerraron en un palacio, a tejer su tela. Pasaron largos días y el rey envió, cauto, a un secretario suyo para que examinase la tela y viera cómo avanzaba el trabajo.

El pobre señor veía que los tejedores cortaban el aire con sus tijeras, que manejaban aire, y que sin embargo decían "esto es tal color, y esto es tal figura, y esto tal metal". El secretario del rey túvose por muerto, pues pensó que el rey le quitaría el empleo a un mal nacido como él, y fue a informarle que, en efecto, la tela estaba muy avanzada y era estupenda. Ya más tranquilo, el rey fue a ver personalmente la tela. Nada vio. Muerto de miedo, temió que le quitarían el trono al enterarse de su ilegitimidad, y elogió la tela. Llegó el día fijado para que el rey exhibiera ante la ciudad deslumbrada las ropas maravillosas. Los tejedores vinieron a tomarle medidas de todas las piezas interiores y exteriores de su indumentaria, y así vestido, cabalgó por la ciudad… y todo el mundo admiraba y elogiaba la rica fábrica de sus ropas reales.

Hasta que un negro a quien poco le importaba su origen ni su legitimidad, dijo la sentencia sincera: "O yo soy ciego o el rey va en cueros".

He aquí al primer nudista de la historia literaria. Hans Christian Andersen, como sabéis, ha aprovechado, siglos después, este ejemplo que el propio Cervantes llevó a la escena en *El retablo de las maravillas*.

Pero Lady Godiva fue más sinceramente nudista. Su fiero esposo había impuesto al pueblo tan insoportables gabelas, que la noble señora se hallaba conmovida en su generoso corazón. Amaba a su pueblo y estaba dispuesta a cualquier sacrificio por él. En una agria discusión casera, su marido le lanzó un reto. No sería capaz seguramente Lady Godiva de cabalgar desnuda por la ciudad. Si lo hacía, su marido bajaría el *income tax*. Lady Godiva aceptó el desafío. Su luenga cabellera le preservaría de las miradas indiscretas de los vecinos, y además, éstos, que la amaban con el corazón, le habían prometido solemnemente no asomarse por puertas ni ventanas. Así, la nudista Lady Godiva cabalgó por la ciudad.

Pero al voltear una esquina, un joven la miraba, arrodillado en un balcón. Ella se lo dijo, como quien no quiere la cosa, un poco satisfecha en el fondo de su vanidad, a su marido, que montó en cólera e hizo aprehender a todos los moradores de la casa culpable. Sería muy fácil averiguar con exactitud cuál era el indiscreto y el sacrílego, para hacerlo ahorcar; Lady Godiva iría seguramente a visitarlo en la cárcel.

Lady Godiva fue, en efecto. Pero aquel inocente joven, que el día anterior estuviera arrodillado en el balcón al paso de Lady Godiva, no la conocía ni la había mirado, sino que, en ese preciso instante, buscaba en difícil postura sus anteojos de miope absoluto que habían caído en el balcón.

Resumen, tomo II, núm. 1, 29 de julio de 1931, p. 11

EL EXTRANJERO EN SERIO Y EN BROMA[*]

INGLATERRA

Tocó la semana pasada su turno a la orgullosa Inglaterra en la serie de pánicos y desconciertos financieros que ahora conmueve al viejo mundo. Así como semanas atrás el crédito alemán hubo de verse sujeto al capricho de los astutos franceses, los ingleses probaron ahora las angustias de contemplar que el crédito es una cosa fluctuante e inestable, en otras palabras, que a cada puerco le llega su San Martín. He aquí cómo resume la situación el corresponsal inglés del *New York Herald Tribune:*

> Bruma inmitigable, sería la única expresión adecuada para caracterizar el ambiente público de Londres en la actualidad. Tan sólo una o dos veces después de la guerra se ha entregado la capital tan abiertamente a los rumores alarmistas.
>
> El jueves en la tarde la ciudad de Londres se entregó a una perfecta orgía de alarma y un amistoso financiero advirtió a sus periodistas amigos que deberían retirar del banco sus fondos porque el Banco de Inglaterra iba a cerrar sus puertas el lunes. Ésta no es sino una muestra de la fuerza que obtuvieron los rumores alarmistas.

En tres semanas se extrajeron de las cajas del Banco de Inglaterra con destino a Francia 160 millones de dólares oro. Esta tremenda succión aminoró, pero no cesó enteramente, hace 15 días, cuando el banco subió su cuota de descuentos a 4 1/2%. Los banqueros ingleses sabían bien que Francia tiene todavía créditos por más de 630 millones de dólares en la Gran Bretaña. Si se le antojaba, Francia podía sacar hasta el último centavo de oro del banco. El *Daily Herald*, órgano del gobierno laborista, dijo: “Nos hallamos en presencia de un atentado deliberado y pensado de parte de ciertos intereses franceses para arruinar el crédito inglés en el continente”.

Entonces sir Robert Kindersley fue a París y comenzaron nuevos rumores. Sir Robert es director del Banco de Inglaterra y de la firma bancaria francesa de Lazard Bros. & Co., Limitada, en Londres. ¿Iba a París a solicitar ayuda de los franceses para el banco más orgulloso del mundo? Scott MacDonald, al salir de Berlín hacia Londres, se atrevió a desmentir el rumor.

“El viejo dicho ‘sólido como el Banco de Inglaterra’ es hoy día tan cierto como lo fue siempre, yo no estoy preocupado en lo más mínimo.”

Los editores franceses afirmaron que sir Robert Kindersley estaba en París para pedir dinero prestado y predicaba un pequeño sermón a los votantes franceses culpando de las angustias monetarias de la Gran Bretaña, enteramente al “despilfarro del gobierno laborista”. Querían decir que esto era lo que podría pasarle a Francia si el gabinete de Laval caía y un gobierno izquierdista lo reemplazaba.

Todo este asunto fue amargo para el orgullo inglés. Sir Robert volvió a Londres. Apareció un anunció: “Sir Robert Kindersley fue a París a discutir posibilidades hipotéticas y no pasos inmediatos”. Tres días después estaba de nuevo en París. Esta vez ya no se negaron sus intenciones. Las líneas telefónicas con los Estados Unidos estuvieron ocupadas toda la noche. El Banco de Francia y el Banco de la Reserva Federal de Nueva York conjuntamente extendieron al Banco de Inglaterra un crédito de 50 millones de libras esterlinas (dólares 243 millones) por tres meses al 3 3/8 por ciento.

Después del anuncio del crédito circularon rumores acerca de que la razón de que sir

Robert hubiera vuelto a Londres a la mitad de las negociaciones era que Francia estaba pidiendo como de costumbre, como precio de un empréstito, concesiones políticas que él no tenía autorización para otorgar.

El crédito de la semana pasada es el primero que el orgulloso Banco de Inglaterra ha necesitado desde 1925 en que con el regreso de la Gran Bretaña al talón oro el Banco de la Reserva Federal de Nueva York puso a disposición del Banco de Inglaterra un crédito de oro por 200 millones de dólares. El solo anuncio de tal empréstito bastó. Los banqueros británicos esperaron la semana pasada que también sería innecesario el uso de este nuevo crédito.

WIGGIN

Otra promesa indirecta de ayuda para Inglaterra llegó la semana pasada de los Estados Unidos. Albert Henry Wiggin, chairman del Chase National Bank (el mayor del mundo), partió a Europa a ocupar su sitio como representante de los Estados Unidos en el comité del Banco de Arreglos Internacionales, para estudiar las necesidades del crédito de Alemania y la posibilidad de convertir en largo plazo los créditos a corto plazo. Las tribulaciones de la Gran Bretaña están entrelazadas con las de Alemania. El chairman Wiggin tendrá que meditar en ellas también. Los ingleses recordaban la semana pasada que el mes de enero pasado el chairman Wiggin urgía una reducción general de las deudas de la guerra como simple asunto de “buenos negocios”.

REDUCCIÓN DE PRESUPUESTO

En el tiempo de las discusiones del empréstito alemán en París hace tres semanas, el ministro del Extranjero de Inglaterra, Arthur Henderson, produjo una declaración que estuvo a punto de causar la renuncia en el gabinete: “Si Alemania declarara una moratoria, Inglaterra se vería igualmente forzada a declarar una moratoria”.

Esta abrupta declaración, más cierta de lo que la mayor parte de los estadistas habrían gustado de saber, no solamente aterrorizó al gabinete inglés, sino que llenó de pavor a la gran casa de los Rothschild, cuya riqueza está tanto en la Gran Bretaña como en el continente. Desde sus casas de París y de Londres los Rothschild ejercieron cuanta presión podían para detener la corriente francesa del oro inglés, para fomentar el crédito franco-americano al Banco de Inglaterra. Pero si los ingleses necesitaban un ulterior conocimiento de las finanzas precarias de su país, lo tuvieron en Westminster el día que el parlamento se disolvió; la comisión de economía del gobierno, que se reunió la primavera pasada, presentó sus recomendaciones para una reducción inmediata de 469370000 dólares en el presupuesto.

> La nación no puede continuar pidiendo prestado para hacer frente a sus necesidades inmediatas, decía el informe. A menos que se encuentre la manera por la cual los líderes de partido puedan modificar sus solicitudes para las elecciones, la democracia sufrirá la bancarrota. Recomendaciones:
>
> *1)* Reducción del 20% en todos los sueldos y un aumento en contribuciones para los trabajadores y empleados.

2) Reducción de los sueldos de los maestros en un 20%, de los salarios de la policía 12.1/2%, de los soldados y marineros, a lo que ganaban en 1925.

3) Supresión del 50% de gastos del gobierno en educación e investigaciones.

4) Suspensión de trabajos de construcciones de caminos de 40 millones de dólares.

5) Venta o supresión de la costosa nave aérea, el R-100; limitación de gastos en naves aéreas a 100000 dólares.

6) Publicación de un informe comprensivo de la posición financiera del país una vez al año en la introducción del presupuesto.

TERRANOVA. EXTRAÑA SALVADORA

Hace dos meses el Imperio británico fue asaltado por un rumor: porque el gobierno de Terranova era incapaz de encontrar compradores para una emisión de bonos de ocho millones de dólares, el afligido primer ministro sir Richard Squires se preparaba a reunir el dinero vendiendo Labrador a “intereses extranjeros”.

Sir Richard, viajando precipitadamente de Saint John a Montreal, a Nueva York y de regreso, trataba de conseguir dinero e insistía en que la colonia no estaba en bancarrota y que las dificultades financieras de Terranova eran una urdimbre política. Interrogado acerca de Labrador, dijo: “El asunto no ha sido considerado en el gabinete. No hemos hablado absolutamente de ello.”

A despecho de esta negativa aparente, persistieron los rumores acerca de la venta del Labrador. Una versión era que el Labrador estaba a punto de ser vendido a “un grupo de banqueros extranjeros” que ponían en riesgo su dinero porque creían que la más fuerte lucha próxima del oro, iba a verificarse allá.

La semana pasada las tribulaciones monetarias de Terranova se resolvieron súbitamente. Ninguna provincia en apuros tuvo jamás una más extraña salvadora. Miss Jeannette Lewis, una señora gorda, de mandíbula grande y grandes y capaces pies, entró al hotel Ritz de Montreal, se inscribió y anunció que ella y su socio estaban dispuestos a prestar a Terranova no solamente los ocho millones que pedía, sino 109 millones, de los cuales 100 millones eran inmediatamente obtenibles al contado y en especie.

Una de las figuras fabulosas de las finanzas es Jeannette M. Lewis. Nació en Ontario hace aproximadamente 40 años, es una de los 15 hijos del prolífico Thomas J. Lewis de Hamilton. Una hermana mayor suya era la infatigable trágica Julia Arthur Lewis que insistía en representar Juana de Arco a los 55 años de edad. Jeannette Lewis ha sido una mujer de negocios desde la edad de 15 años cuando reunió dinero para construir el Hospital de Niños en Hamilton. Hace 20 años, dice su leyenda, indujo a los directores de los Ferrocarriles Canadienses del Norte a abrir un túnel bajo el monte Royal de Montreal y luego persuadió a los capitales de Hamilton a desarrollar el área que hizo accesible la nueva línea.

“En ese tiempo la gente se reía y decía que era una imaginación de niña”, dijo Miss Lewis la semana pasada. “Pero desde entonces he tenido el extremo placer de ir a través de Van Horne Avenue a Outremont y he visto realizado lo que predije.”

De terrateniente, Jeannette Lewis ramificó a negocios mineros. Compra y todavía maneja minas de carbón y otros productos en Quebec, Ontario, Columbia Británica. La semana pasada estaba ultimando negocios para embarcar 15 toneladas diarias de carbón de Vancouver a

Sudamérica. La indomable Jeannette Lewis tiene intereses hasta entre los lejanos salvajes de Somalilandia.

El único reportero que tuvo suerte suficiente para entrevistarla la semana pasada obtuvo de Miss Lewis la declaración de que había estado interesada en el desarrollo de Terranova durante 17 años porque una de sus hermanas se casó con el capitán Charles Robert Ayre, de Terranova. Tan pronto como se supo el preliminar del empréstito Lewis, la semana pasada los reporteros llenos de preguntas invadieron el Ritz. ¿Por qué se ofrecía un crédito de 109 millones cuando sólo se pedían ocho millones? "¿Quién era mi socio?" Los rumores hablaban de Harriman and Brown Bros. de Nueva York. ¿Había comprado Jeannette Lewis & Co., el Labrador? ¿Era verdad la leyenda dorada? Miss Lewis hizo una declaración potente:

"He llegado a la conclusión de que el banco más grande de recursos naturales que ha sido el fundamento de nuestros bancos en todo el país va a desarrollarse precisamente en Saint John y en Labrador."

No solamente reporteros, sino vendedores, amigos y abogados con prospectos inundaron el hotel. Miss Lewis, bonitamente, salió por la cocina y los dejó con un palmo de narices.

ESPAÑA

La pompa real que acompañó la apertura de las Cortes en la España monárquica ha pasado a ser cosa de la historia y no faltan conservadores que glosen los antiguos versos de Manrique diciendo que "cualquier tiempo pasado fue mejor". En nuestro grabado tenemos el contraste: arriba, como en una opereta Alfonso XIII, bajo el peso de sus deslumbrantes condecoraciones, con su esposa a un lado y los miembros de la familia real rodeándole, preside una sesión del Parlamento casi inmediatamente después de su matrimonio, en 1906, en una época en que los representantes del pueblo escuchaban humildemente las palabras y las órdenes de su rey, y cuando la agitación para una república era el más débil y remoto de los rumores.

Es notable el contraste que el cuadro superior ofrece con el de abajo. Un grupo de dirigentes de la República española, del Partido Socialista, que en unión del Partido Moderado rige hoy día los destinos del país, celebra una asamblea en un cine de Madrid con anterioridad a la sesión de apertura de las primeras Cortes republicanas que habrán de dar a España una nueva Constitución.

RUSIA

Distinguidos visitantes

Millares de moscovitas se aglomeraron en la estación de ferrocarril de Moscow hace 15 días para dar la bienvenida a un amigo de Lenin, a una voz primera del socialismo británico. El tren llegó, y una banda tocó *La Internacional*. Los moscovitas gritaron: "¡Viva Bernard Shaw!" Las tropas se desplegaron en líneas protectoras alrededor de Mr. Shaw acompañado de lady Astor y de otros notables ingleses.

Así comenzó con seria pompa un paseo intenso de ingleses en la Rusia soviética. Pero dos de los caracteres más irrepresibles de Inglaterra no se hallaban dispuestos a mantener su viaje sobre una base tan de "gran señor" y de "gran señora". Como lo tienen por costumbre, escandalizaron en los lugares públicos. Sólo en la Plaza Roja de Moscow, donde admiraron la momia de Lenin, el dramatista y publicista Shaw estuvo tan dignificado como su impresionante apariencia. Sobre el cadáver comentó: "Un tipo intelectual puro. Ésta es la verdadera aristocracia". Otras partes del itinerario Shaw-Astor:

El Kremlin, en donde en el despacho del Comité Ejecutivo Central, Mr. Shaw dio gritos para probar la acústica.

En el Banco de Estado en Moscow, vieron la colección de joyas czaristas, y Mr. Shaw manejó una corona que vale 52 millones de dólares.

Una fábrica soviética.

FRANCIA

Los habitantes de las extrañas colonias francesas que, con motivo de la reciente exposición colonial de París, de que hemos dado en *Resumen* amplias notas y aspectos gráficos, han visitado al presidente de la República francesa, M. Doumer, en su palacio de los Campos Elíseos.

Resumen, tomo II, núm. 4, 19 de agosto de 1931, pp. 34-37

INGLATERRA

El "Plan de Cinco Años", dice Bernard Shaw, es la esperanza del mundo

Ha caído en estos días una terrible regadera sobre el pobre Shaw

"Nadie puede ir allá y ver lo que están haciendo, y desear que el 'Plan de los Cinco Años' fracase." Así dijo Jorge Bernardo Shaw, el superironista inglés, al regresar de Rusia a su casa de Londres, hace tres semanas, y añadió:

"El éxito de su 'plan' es la esperanza del mundo. El nuestro nos lleva por la orilla del abismo. Rusia ha tenido éxito en el establecimiento y manejo de sus nuevas industrias. Ellos, además, manejan su maquinaria de gobierno y de país y con aceite *en los puntos de fricción*. Nosotros usamos en ellos arena. Todos, Inglaterra y Estados Unidos particularmente, necesitarían un plan de cinco años semejante."

En su viaje de regreso, al pasar por Berlín, dijo Shaw a los periodistas alemanes que "el capitalismo está ya condenado y sus días contados".

Comentando esta declaración, que naturalmente ha indignado a la prensa reaccionaria inglesa y norteamericana, entre muchas tonterías y lugares comunes, comenta el *Morning London Post* lo dicho por Shaw, como sigue:

Sólo existe aquí ansiedad por saber una cosa (después de las declaraciones de Bernard Shaw): si se habrá enamorado tanto de las condiciones en la Rusia soviet, que se decida a ir a vivir definitivamente allá. Sería ésta una pérdida irreparable para todos nosotros aquí en Inglaterra, y ¡quién sabe si Stalin no considerara la estancia de Shaw como una ganancia importante! Porque tal vez sería más difícil de suprimir Shaw que Trotsky.

Lo cierto es —dice otro diario inglés— que Mr. Shaw tiene en su vida muchos caracteres de *farsante*. Vive en completo y voluntario desacuerdo con todo lo que predica y su socialismo y bolsheviquismo son, probablemente, o salidas de viejo maniático, a quien todo se le perdona, o maniobras de reclamo. Por cuestión de propaganda, Stalin puede haber parecido muy satisfecho de la visita de Bernard Shaw, pero, indiscutiblemente, sabe que es sólo un buen señor ocupado serenamente en acumular y acumular propiedad privada, al mismo tiempo que les cobra cinco dólares a *las mujeres inteligentes de América*, por su libro famoso sobre socialismo, en el que les enseña los horrores del capitalismo y las ignominias del *income-tax* que él paga religiosamente, y sin chistar, cada año.

Damos aquí algunos otros juicios sobre este curioso carácter de Shaw, que dice “que ya era *marxista* desde antes de que naciera Lenin”.

The Norfolk Daily dijo: “Shaw juega a ser socialista… algunas veces. Pero nunca va más allá de hablar o de escribir sobre eso”.

“Si Bernard Shaw es un socialista —dice el *Public Ledger*—, entonces lo es también Andrew W. Mellon [el ministro de finanzas americano —supercapitalista—], sólo que Mr. Mellon no dice que lo es.”

Para la escritora Rebeca West, el busto de Shaw, tan famoso (de Davidson), sugiere su carácter, “porque recuerda a un don Quijote cuyos duros rasgos hubieran sido ablandados y atenuados para fundirlo en un risible burgués”.

“Es un endiablado socialista que ve con todo celo que el producto de sus libros y obras teatrales vaya a él íntegro —nunca al proletariado—. Como maestro de reclamo y experto para vender su socialismo, es maravilloso”, añade otro comentarista inglés.

Como quiera que sea, Bernard Shaw es un carácter interesantísimo y delicioso. Es una gran alma que refresca con su talento la sequedad de la época y un tónico exquisito para el mundo, mentalmente seco y apergaminado —concluye *Resumen*.

AUSTRIA

Un misterio que se descubre

En una cabaña, en el bosque de Mayerling, no lejos de Viena, se halló, hace muchos años, el cuerpo del archiduque Rodolfo, hijo único y único heredero del emperador Francisco José, atravesado el cráneo por un balazo y al lado del cuerpo de su amante la baronesa María Vetsera.

Durante 42 años la verdadera historia de sus muertes ha sido uno de los mayores misterios europeos, delicia de novelistas y dramaturgos. Hubo centenares de versiones: Rodolfo se suicidó; la pareja fue muerta a manos de un marido celoso. Se trataba de un asesinato político del que eran culpables los checos, los polacos o cualquiera otra minoría de las que se disputaban el poder; los miembros de la familia Vetsera mataron a Rodolfo para lavar su honor. Una de estas pintorescas y falsas versiones quiere que Rodolfo no haya muerto de un balazo, sino de un botellazo que alguien le propinara con una de Pommery Greno, y describe

la llegada de un médico, probablemente dentista, que extrajo de su calavera varios trozos de vidrio verde, como de cualquier barda o azotea.

La semana pasada los reporteros lograron que rompiera su obstinado silencio una de las pocas personas supervivientes de aquella época y que, además, supieron realmente lo que le había ocurrido al archiduque Rodolfo de Habsburgo. Se trata de una gentil señora de 76 años, *frau* Katharina Schratt.

Durante más de 30 años la hermosa Katharina Schratt fue la grande y buena amiga de Su Majestad imperial Francisco José. Lo que es más, permaneció en los mejores términos de amistad con la emperatriz Isabel hasta la trágica muerte de ésta.

Kate Schratt era una actriz. El emperador la conoció cuando representaba los primeros papeles en el viejo *Burgtheater*, cerca del palacio imperial de Viena. La astuta actriz comprendió que su emperador era, en el fondo de su corazón, completamente burgués. Que le encantaban las milanesas con papas "a la Viena", platillos que parecen paisajes, con su rebanada de tomate, sus espárragos, su cebolla, sus anchoas y un huevo frito encima, y un buen trago de moscatel, simples placeres que la etiqueta palaciega le vedaba y que el emperador iba a gustar a la casa de la actriz. Allí, bien cerca del palacio real de verano, el emperador era conocido simplemente con el nombre de *el Coronel*. Gustaba sobremanera de ir por las noches a reñir con el cocinero de la Schratt. Los maliciosos oficiales austriacos le llamaban, a sus espaldas, *herr* Schratt. Durante largos años jugó *tarok* (el *whist* austriaco, precursor e infancia del *bridge* actual) con la señora Katharina, *herr* Palmer, jefe del banco austriaco, y un rico banquero judío, habitual visitante de la cómoda casita.

Frau Schratt no pedía nunca dinero, pero tampoco lo ahorró. A partir de la guerra, ha vivido quietamente en Viena, rehusando las crecidas sumas que los editores, tanto austriacos como norteamericanos, le han ofrecido por sus memorias. La semana pasada, súbitamente, la leal y vieja dama proporcionó la versión que afirma la verdadera, de la muerte de Rodolfo y su amante. Dijo:

> A pesar de cuanto se ha escrito desde entonces, el príncipe mató primero a María Vetsera y en seguida se suicidó. Todas las demás versiones son pura fantasía… El príncipe dejó la vida porque no tenía esperanza de unirse permanentemente con la pequeña María, a quien amaba incontrolablemente.
>
> Durante los treinta años en que disfruté de la amistad del emperador, no le vi nunca tan abatido como aquella mañana del 31 de enero que recuerdo como si hubiese sido ayer mismo. Yo había ido a pie a Hofburg [el palacio de Viena] contrariamente a mi costumbre, habiéndoseme ordenado que me presentara a las once para leer en voz alta a sus majestades el emperador y la emperatriz. En la puerta vi con horror, pues conocía las costumbres del emperador, para quien la puntualidad significaba el presentarse quince minutos antes de la hora convenida, que eran las once y cinco minutos.
>
> Volé hacia adentro y fui inmediatamente introducida a las habitaciones de la emperatriz, que se arrojó en mis brazos, sollozando terriblemente.
>
> "La tragedia —sollozó—. ¡Si supieras lo que ha ocurrido!"
>
> Traté en vano de calmarla. Las lágrimas ahogaban su voz. No podía hablar. Finalmente se recobró y mirándome a través del llanto: "Rodolfo ha muerto —me dijo—. Sólo tú puedes comunicárselo al emperador".
>
> Nos hallábamos aún absortas, una frente a la otra, cuando se abrió la puerta y dio paso al emperador. Horrible momento. Conociendo al emperador como yo le conocía, no le había visto nunca tan feliz y lleno de vida como aquella mañana… El choque nervioso del emperador fue tan terrible que aún hoy día, al referirlo, soy incapaz de hallar las palabras que lo expresen. Pero no olvidaré nunca su conducta heroica de las semanas siguientes, ni la de aquella madre desolada que sólo pensaba en fortalecer al emperador, y que constantemente me pedía que hiciera cuanto estuviese en mi mano para hacerle olvidar su pena.

INTERNACIONAL

Albert Henry Wiggin, *chairman* del Chase National Bank, pasó silenciosamente por París la semana pasada con destino a Basilea negándose a todas las entrevistas. El Chase no es solamente el más grande banco del mundo sino que tiene la más grande participación de todas las intervenciones norteamericanas en Alemania y el mayor deseo de restaurar la prosperidad alemana. En consecuencia, los editores de periódicos franceses vieron con mala cara la llegada del banquero Wiggin como miembro norteamericano del Comité del Banco de Arreglos Internacionales, para estudiar las necesidades del crédito alemán. Escribió el *Diario de los Debates:* "Esta vez lo que se intenta es dar a Alemania los ahorros de Francia de modo de salvar el capital inglés y americano que se halla en peligro en la gran industria alemana. Alemania ha descubierto que la mejor manera de presión es tener deudas grandes. Ha encontrado que este procedimiento la hace cara a quienes no desean perder su dinero".

En Basilea Mr. Wiggin conferenció con Gates W. McGarrah, presidente del Banco de Arreglos Internacionales, y fue inmediatamente electo presidente del comité. Francia tiene un campeón muy capacitado para enfrentárselo. Su delegado es el señor Emilio Moreau, ex gobernador del Banco de Francia.

ITALIA-ALEMANIA

Carbón y limones

Después del ajetreo y de los viajes diplomáticos y las entrevistas con Laval y con Briand, el pálido canciller Heinrich Bruening, de quijada de linterna, y el rollizo Julius Curtius, peripatéticos políticos alemanes, dirigieron sus errabundos pasos a Roma, a visitar cortésmente al duce.

Usaron, desde Berlín, un *pullman* ordinario. En la frontera italiana les aguardaba un lujoso tren especial con seis carros que les enviaba el duce. En la estación de Roma, éste les aguardaba, radiante de placer, y los condujo por las calles de Roma, resguardados por grandes filas de *carabinieri*. No se registró más incidente desagradable que uno: al pasar por la Piazza delle Terme, un grupo de turistas alemanes gritó: *Hoch Hitler!* (viva Hitler, el fascista alemán). En el hotel, un caballero de levita anunció a los políticos alemanes que les cabría el honor de alojarse en las habitaciones que antaño ocupara John Pierpont Morgan.

Los periódicos diéronse a imaginar los motivos de aquella cordial visita. El católico Bruening fue a ver al Papa. Al fin se supo que Alemania compraría todos los limones y todas las naranjas que Italia sobreproduce, y que, en cambio, Italia adquiriría de Alemania su *surplus* de carbón industrial, que estaba recibiendo a título de reparaciones, comprándolo al riguroso chas-chas. El duce hizo declaraciones: "Todos los grandes pueblos del mundo —dijo — han pasado por los amargos momentos que atraviesa Alemania. Italia cumple su deber ayudando a Alemania a salir de sus aprietos".

Resumen, tomo II, núm. 5, 26 de agosto de 1931, pp. 39-42

¿DOS FIGURAS MUNDIALES QUE SE VAN?

Ramsay Mac Donald, el primer ministro inglés, amenazado seriamente en el Parlamento, ha visto desaparecer a su partido de la esfera gubernamental, aunque él continúa provisionalmente presidiendo el nuevo gabinete *no partidarista*.

Como es sabido, el Partido Laborista inglés —con Mac Donald a la cabeza— gobernó sólo por la coalición de distintos grupos minoritarios en el Parlamento, ya que ni tiene ahora ni tuvo en su primer gobierno, mayoría. Liberales, conservadores y laboristas se unen en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, como más conviene a los intereses políticos "de instante" de los partidos o —en raras ocasiones— como lo pide la salud del Imperio británico. Ahora Mac Donald pierde cada día fuerza en el Parlamento y su figura política parece esfumarse en un periodo de receso que, por lo demás, en los políticos "profesionales" de Inglaterra y Francia sólo es un periodo de mayor preparación y de adquisición nueva de prestigio, para volver algún día al poder.

Cosa muy distinta de México, en donde la caída de políticos frecuentemente sólo significa desamparo de la fuerza personal superior o dominante que los sostiene y los mueve. Allá, partidos verdaderos, orgánicos, cuyos hombres son meros instrumentos o brazos de ellos; aquí, hombres a cuyo rededor se crean situaciones políticas, siendo los políticos —por más orgullosos que se muestren a menudo de su poder intrínseco— sólo gentes de cuarta fila, cuya permanencia en el poder —o en la apariencia de poder— depende de la voluntad de dos o tres o de un verdadero "amo político" que paga lógicamente —con el abandono— a los jefecillos vanidosos que pretenden aletear por su cuenta… sin haber tenido nunca alas.

La otra gran figura —de mayor relieve internacional que Mac Donald, por supuesto— que está a punto de esfumarse, es la de Briand; pero si el viejo maestro desaparece, será porque desaparezca de la vida. Vedlo aquí: ¡con qué trabajo y fatiga adelanta! Años y años de brega lo han casi convertido en un inválido. Y se duerme en la corta travesía del Canal de la Mancha, y dormita en el *pullman,* durante las conferencias internacionales que no se detienen ni aun en camino el tren que lleva a los delegados, y, penosamente apoyado en el modesto bastón, mira al suelo, a la tierra madre que cada vez lo llama más amorosamente, para ofrecerle paz; la dulce y definitiva paz, ¡mil veces más fecunda y hermosa, en último análisis, que aquella paz terrenal por la que Briand luchó toda su vida!

OTROS GRANDES INVÁLIDOS Y MUTILADOS

¡Los de la guerra! Aquí vemos algunos. Son veteranos belgas que fueron a París para visitar la exposición colonial y a quienes recibió Francia en Los Inválidos.

Vemos también aquí al general Gouraud, gobernador de París, uno de los "grandes inválidos" de la guerra mundial, él también, *haciendo* oficial de la Legión de Honor y dando el espaldarazo de la moderna caballería, al capitán belga Bouffiou.

¡Los mutilados de la guerra! Alguna vez diremos a los lectores de *Resumen,* de la vida de estos grandes infortunados, entre los que hay algunos, "los hocicos rotos" y los "sin hocicos"

(como valiente y guasonamente se han llamado a sí mismos), cuyas heridas son tan terribles, que se hallan de tal modo desfigurados, que no osan exhibirse a la luz del día y menos permite Francia que la lente fotográfica fije, para espanto de las generaciones futuras, estos destrozos, a veces de media cara, que la civilización capitalista, con sus inventos geniales de destrucción, hizo en la flor de la juventud, del 14 al 18.

Apenas de cuando en vez, al amparo de la noche, cubierto el rostro por terciopelos dispuestos en caretas, aparecen en Montmartre, en donde en el ulular del cabaret, son "los grandes mutilados sin hocicos" —irreprochablemente de uniforme o de *smoking*— manchas de tristeza que apuran en un rincón, con una bella mujer, y separando discretamente la máscara, su *champagne…*

Restos de humanidad que decorosamente, y por amor a Francia, esconden días y años su infortunio y su miseria física en las "casas de los grandes mutilados", sin que el general Gouraud pueda darse la satisfacción de golpear sus espaldas de héroes con la espada gloriosa, en el brillo de una mañana de sol, que crisparía por su luz, al alumbrar las mutilaciones de los héroes, la conciencia carneril de la gente burguesa, que en estas ceremonias sólo siente y quiere sentir la parte suave, amable, acogedora del "nacionalismo" y el "patriotismo" y de "la guerra santa"… contra otros patriotismos y nacionalismos igualmente férvidos

UNA CORTE ANTE LA QUE IRÁ MÉXICO ALGUNA VEZ

Damos en esta página una ilustración de las sesiones de la Corte Internacional de Justicia, organismo de la Sociedad de las Naciones, que es algo del todo distinto de la Corte de Justicia de La Haya, a la que México sí está adherido. Diferentes en jurisdicción ambas cortes, e instituciones totalmente distintas, aunque ambas tengan elementalmente igual función de arbitraje y la misma sede geográfica.

Con las posibilidades que hay de que México, a partir del 6 del actual septiembre, sea invitado oficialmente a formar parte de la Sociedad de las Naciones (de la que fue excluido en un rasgo autoritario de capricho y desdén de Wilson, entonces el amo del mundo; dada esa posibilidad, decimos, adquiere para México perfiles de real interés esta corte, organismo de la Liga de Ginebra, porque a ella, entonces, tendría que someter, fatalmente, cuando fuera México miembro de esa sociedad, sus graves problemas internacionales; ¿con quién? Con el único país con el que los tiene graves: con el Coloso del Norte, que se preocupa por arreglar la vida de Alemania y de Europa, en general (por lo que el fantasma del comunismo lo espanta), sin cuidar, en cambio, de establecer, por una justa y generosa conducta para con sus hermanos de continente, las bases de una sólida amistad que fuera fuerza moral —ya que no física— en el incierto porvenir de su vida internacional: con la desconfianza, que irá hasta el odio, y la envidia, que puede llegar al pensamiento de conquistar el "botín americano", envidia y desconfianza que cada día se agigantan y toman más amenazadores caracteres en Europa y en Asia.

EL RETORNO DE LAS PLUMAS

Durante siete largos años dejamos de pensar en las plumas de todas clases: péndolas, "péñolas", como en los falsos versos de arte mayor de Alfonso X, fueron sustituidos por máquinas portátiles de escribir y el hecho de que uno que otro mal escritor empuñara "la pluma" no era sino una inocente figura retórica. Y es que no nos ocurría meditar que nuestros colchones, que los cojines en que de noche poníamos las sienes, a lo mejor se hallaban rellenos de plumas. ¿Cómo iba a ocurrírsenos, si nos entregamos al dulce sueño para precisamente que nada nos ocurra? Y las plumas fuentes, con la seguridad —tan relativa como la de los encendedores automáticos— de su melancólico humor, habían borrado todo recuerdo de las plumas de pato con que antes se escribía.

Pero súbitamente empezamos de nuevo a ver plumas en los sombreros de las mujeres. Una tímida pluma de gallo lanza el kikiriquí precursor de este reamanecer de la pluma en los tocados femeninos. Las frentes mondas y calavéricas a lo Greta Garbo, con un *beret* echado hacia atrás, dejan el paso a los sombreros todavía más pequeños, pero con un piquito en la frente que hace pensar en los sombreros de tres picos y con una pluma. Aquí sabemos que en las carreras de caballos de Longchamps, de Berlín y de Londres, los grandes modistos europeos lanzan a sus bellas modelos con aquellas creaciones que deciden poner en circulación inmediata. Un poco más tarde nos llegan aquí los sombreros, las faldas o las bolsas que van a usarse, pero inmediatamente empiezan a verse en los rostros de nuestras jóvenes. A principios del pasado mes de agosto dimos cuenta en *Resumen* del sombrero de la emperatriz Eugenia, que, exhibido en un escaparate de París, revolucionó inmediatamente la forma universal de los sombreros femeninos y, de paso, resucitó la industria y el comercio de las plumas.

Queremos dar ahora a nuestros lectores unas cuantas noticias sobre la pluma y otras cuantas sobre María Eugenia Ignacia Agustina, última emperatriz de los franceses y culpable de los sombreros chiquitos con plumas de avestruz.

Durante largos años decayó el comercio de la pluma. Sus precios bajaron tanto que aun las de avestruz, que son la aristocracia del grupo, se utilizaban en colchones y almohadas revueltas con pochote y algodón. Hace unas cuantas semanas que el sombrero mágico de una emperatriz desaparecida inició un furioso renacimiento en la industria. La pluma de avestruz, que recientemente se cotizaba a 15 dólares la libra, subió la semana pasada a 50 y 60 dólares. Otras plumas participaron igualmente de esta súbita alza, excepto las de pato. Existe una sobreproducción tal de plumas de pato que recientemente un comerciante de Long Island propuso al gobierno de los Estados Unidos la venta para Alemania en iguales condiciones que el trigo, el algodón y el cobre que ese país sobreproduce. Para los cultivadores de pluma en el mundo la noticia no pudo ser mejor y para los cultivadores de avestruces de Sudáfrica el suceso alcanza las proporciones de una reivindicación, aunque todavía recuerdan con amargura los días de 1910 y 1912 en que la libra de plumas de avestruz alcanzó los precios de 175 y 180 dólares.

El avestruz se desarrolla plenamente en tres años. Durante su breve adolescencia es delicado y debe guarecerse de la lluvia. Una vez maduro, come alfalfa y forma grandes nidos.

Cada nueve meses se le arrancan las plumas: cuando son mansos ya gustan de esta operación, que no les produce dolor, como no se lo produce a una señora cambiar de traje para estrenar uno. En realidad, las plumas son ya de segunda mano en el traje de cualquier dama. Las plumas más apreciadas son las de las alas de los machos, que son marfilinamente blancas. Las de la hembra son grises. Cada avestruz rinde alrededor de 20 onzas de pluma cada nueve meses. Cuando no está en pelecha, el avestruz vaga y juega; gusta de esconder la cabeza en la arena y en las piedras, lo que ha dado lugar a la conocida fábula. Comer piedras le es indispensable para digerir bien.

Pero todavía muchas de las plumas que vemos en los sombreros son de cosechas anteriores.

Esto por lo que toca a las plumas. Por lo que se refiere a la emperatriz Eugenia, nació durante un temblor de tierra en el jardín de su padre, en Granada, España. Heredó la belleza de su madre, hija de William Kirkpatrick, cónsul de los Estados Unidos en Málaga; hombros ebúrneos, facciones bien modeladas en un adorable marco de pelo color de cobre. Su juventud, que por poco acaba trágicamente, pasó entre París y Madrid, según la fortuna política del hombre a quien suponía, sin estar muy segura de ello, su padre, el conde de Montijo, grande de España. El primer amor serio de Eugenia fue el duque de Alba, que prefirió casarse con su hermana Paca. Llena de rabia, Eugenia pretendió envenenarse. Siguieron años de disipación juvenil, con parrandas que despertaban la murmuración de toda Europa. Sus "fugas" con un paje, con el puro pendiente de sus adorables labios, le granjearon la expulsión de la corte. Pero cuando se puso a cazar marido no lo hizo tan mal que digamos. En noviembre de 1852, a los 26 años de edad, fue invitada a Fontainebleau por Luis Napoleón Bonaparte, presidente de Francia. Los sucesos ocurrían muy rápidamente. En diciembre se proclamó el segundo Imperio, el 22 de enero anunció su compromiso matrimonial el nuevo emperador y el 30 del mismo mes se casaron con gran esplendor en Nuestra Señora. La belleza y el encanto de Eugenia hacen memorable, en vez de ridículo, aquel imperio. Aun cuando jugó su parte en la política, su influencia principal se ejercía en las modas y en la sociedad, que la reconocía como su modelo. A pesar de su juventud extravagante, Eugenia, más tarde desterrada en Inglaterra, halló una amiga fiel en la vieja reina Victoria.

Resumen, tomo II, núm. 6, 2 de septiembre de 1931, pp. 37-38, 48

"SAN" GANDHI EN LONDRES

Dentro de su relativa túnica de manta, ajustada al cuerpo con un ceñidor de lana, el Gandhi viaja en estos días rumbo a Londres, para asistir a la Segunda Conferencia de la Mesa Redonda, sobre asuntos de la India. Su traje no es un capricho, sino un símbolo, tanto de la pobreza de los nativos de su patria como del deseo de independencia industrial económica —y política, por supuesto— de la India. ¡Traje de manta, puesto que ése usa el pueblo indio! Y su líder nacionalista máximo en este instante, puede decir, hablando en realidad y en parábola, que aunque no ve horizonte, "va preparado a todo en Inglaterra, *aun en contra de su propia esperanza"*.

Ahora bien: ¿cuál es su esperanza? Lograr lo que no pudieron, en 1930, los príncipes *nativos* reunidos en Londres: gobierno propio y una constitución para la India. Si estas cuestiones están despertando tanto interés, no sólo en el Imperio británico sino en todo el mundo, ello es, en parte, por la brillante y extraña personalidad del Gandhi; pero, principalmente, porque se trata de un problema que afecta a 400 millones de seres humanos y porque, dice el *World's Work*, lo que sucede en la India, "es otra nueva demostración de que el hombre blanco ya no conserva su antigua posición superior en el Oriente".

Por lo demás, quizás no encuentre ahora el Gandhi las cosas tan difíciles para la India, en la metrópoli, porque es una ascua ardiente que ya les quema las manos, como confesó el ex ministro Benn's al Parlamento inglés: "No sabemos cómo manejar eso".

TAMBIÉN POR ALLÁ LAS CUECEN

Para los timoratos que se espantan de "nuestros" métodos políticos publicamos esta fotografía del *express* alemán (el Basilea-Frankfurt-Berlín) descarrilado hace tres semanas, en circunstancias *misteriosas*. Después se ha declarado, por el encuentro de hilos eléctricos, una batería, etc., que el desastre fue deliberado, constituyendo en realidad un atentado contra los ministros Brüning y Curtius que se creía viajaban en el tren. La culpa —sin pruebas, como sucede casi siempre en estos casos— se arroja sobre el partido nacionalista de Hitler, indignado, se dice, por las actividades, de Brüning particularmente, en las conferencias de París y Londres, o bien sobre los comunistas que han arreciado su acometida en la "República del Imperio" (como burlonamente llaman los franceses a Alemania) con motivo del plebiscito de Prusia.

Comoquiera que sea, es indiscutible que la suerte inmediata de Alemania gravita alrededor de estos tres pivotes: Brüning, Curtius y Hitler.

Y a propósito del *Canciller*, de quien se dice que es, personalmente, el estadista con menos magnetismo y simpatía personal en el mundo, recordaremos que así y todo pudo prácticamente ganar todos los *rounds* de las controversias político-económicas del mes pasado, habiendo logrado dulcificar hasta al duce Mussolini.

CONQUISTANDO UNA CUMBRE NUNCA HOLLADA

Más efectivamente "virgen" que la Jungfrau, frente a Interlaken, era la muralla norte que lleva a la cumbre del Matterhorn. La Jungfrau (la virgen no tocada) ha sido escalada ya varias ocasiones, en sus más adustos picachos, como el Mont Blanc. Pero sólo hace un mes fue posible llegar a la cumbre del Matterhorn, hazaña que realizaron dos estudiantes de Munich, los hermanos Schmid. Declararon, al bajar, que la ascensión fue una pesadilla, por las avalanchas de nieve y piedras que encontraron.

El lugar marcado con un anillo, donde vivaquearon los exploradores alemanes, es de trágica memoria porque allí tuvo lugar el accidente que costó la vida —durante una ascensión,

en 1865— a lord Francis Douglas, al reverendo Hodson y a Mr. Hadow, precipitados al fondo de un glaciar, al romperse la cuerda.

La cumbre ahora conquistada por el hombre tiene una altura de 14780 pies.

TODAVÍA QUEDAN, PERO YA DAN CONSTITUCIONES

Ras Tafari es uno de los últimos monarcas absolutos del mundo. Coronado no hace mucho tiempo, paseó por Europa su extraña indumentaria abisinia y su nombre rastacuero.

Pero al ver pelar las barbas de su vecino puso la suya a remojar y aquí le vemos en su trono —combinación casi americana de sofá-cama— de Addis Abeba, durante la ceremonia de su proclamación del establecimiento de un parlamento.

PROHIBICIÓN

Míster Brisbane, "columnista" de los Estados Unidos por muchos años, es casi siempre interesante, pero no invariablemente sólido en sus juicios y asertos. Ha dicho recientemente, refiriéndose a su país:

> Si buscáis una nación tonta, he aquí ésta.
>
> Nos hallábamos fuera de la guerra, no la provocamos. Pero nos metimos en ella hasta el cogote, les prestamos diez mil millones de dólares, les mandamos tres millones de hombres, gastamos Dios sabe cuántos millones… ¿y qué obtuvimos?
>
> La "prohibición", el odio de todas las naciones de Europa, especialmente de aquellas a quienes les prestamos dinero y les enviamos hombres.
>
> ¿La depresión? Pero si lo que maravilla es que este montón de niños de escuela que se gobiernan solos hayan podido sobrevivir.

No tan niños, comenta *Resumen*. En cuanto a la prohibición, el último "juguete" de estos niños consiste en unos ladrillos solubles, de alcohol, con que los bostonianos alegran sus fiestas.

Resumen, tomo II, núm. 7, 9 de septiembre de 1931, pp. 38-39

INTERNACIONAL

Sin que nadie lo advirtiera, la Corte permanente de Justicia Internacional en La Haya ha estado tratando de decidir, por varias semanas, uno de los problemas que produjeron la actual cadena de crisis europeas: no debe permitirse que Alemania y Austria formen una unión aduanera.

Si la prensa no ha parado mientes en la Corte Internacional, los graves caballeros de la Corte sí se han preocupado por los periódicos. Escucharon muchos discursos, inspeccionaron muchos documentos y la semana pasada, cuando la prensa mundial había declarado

enfáticamente que ni Alemania ni Austria podrían esperar ayuda financiera de Francia, de realizarse el pacto aduanero, los caballeros de la Corte llegaron a la decisión de que la Unión Aduanera era *ilegal*.

Juan Schober, ministro de Relaciones Exteriores de Austria, les madrugó a los periódicos. Antes de que éstos publicaran la decisión de la Corte, y la tarde misma en que ésta se tomó, anunció que Austria renunciaba "voluntariamente" a la Unión.

FRANCIA

Decadencia de los juegos de azar

Con lágrimas en los ojos los propietarios de los casinos franceses han estado rogando al gobierno que reduzca los impuestos que a veces llegan a ser de 65% sobre las entradas brutas. La temporada ha sido ruinosa. En 1930, los siete casinos más grandes reportaron un déficit de 21% en sus ganancias, comparadas con el año anterior. El déficit del año actual será de más de 50%. Como ilustración del estado ruinoso de las finanzas, los empresarios hablaron de Nicolás Zographos, llamado *Nicky el Griego*, el mayor tahúr de Europa. Zographos es el jefe del sindicato griego de juegos de azar, que controla los bancos de los casinos de bacará. La semana pasada, como de costumbre, *Nicky el Griego* se sentó a observar una mesa en Deauville. Normalmente el banquero del bacará en Deauville juega contra 10 a 20 000 dólares en cada carta. La semana pasada el gran Zographos se sentó en una mesa en que las apuestas totales fueron de 20 dólares.

La lastimera figura del gran Zographos conmovió al gabinete francés. La semana pasada prometieron hacer una moción en la Cámara para reducir las tarifas de juego.

Apenas obtenido esto, la Sociedad de Baños de Mónaco, que opera el famoso casino de Montecarlo, abrió un nuevo establecimiento en la playa para competir con el palacio del Mediterráneo en Niza, que ha sido un éxito y que pertenece a Franck Jay Gould. El establecimiento de Mr. Gould tiene un hotel de cinco pisos, varios restoranes y un teatro flotante anclado fuera de la playa. Dos vapores de 15000 toneladas anclaron la semana pasada frente al casino de Montecarlo para servir de hoteles a los huéspedes que los empresarios aguardaban ansiosamente.

ALEMANIA

La semana pasada tocó su turno de descanso a Alemania, y de agitación a Inglaterra. Los ministros alemanes regresaron con toda felicidad de su viaje a Italia y de su visita oficial a los respectivos jefes del fascismo y de la Iglesia católica. Como oportunamente informamos a nuestros lectores, los doctores Bruening y Curtius pasaron tranquilos y brillantes días al lado del señor Mussolini, y siguiendo la táctica de su no muy amigo Briand, trataron cuestiones trascendentales *después de comer*. Así los muestra nuestro grabado, saboreando una taza de té en amigable charla: Mussolini, el señor Grandi, doctor Bruening y el doctor Curtius. El

fascista alemán Hitler debe de haberse sorprendido enormemente de ver que sus rivales congenian tan bien con su colega en ideas en tanto que lo ponen constantemente en ridículo en su país.

El viejo presidente de Alemania, pasada la crisis, y feliz de no haber tenido que ceder a las arrogantes pretensiones de los banqueros políticos franceses, tomó también, según acostumbra hacerlo, unas breves vacaciones en el campo. Se fue a Bavaria con su hijo, y ambos fueron recibidos en Dietramzell por un grupo de niños de escuela que les cantaron himnos y les hicieron gracias.

Y ocurre pensar si los niños, ya sean alemanes o balillas italianos, y los ídolos a quienes saludan constantemente, ya sea Hindenburg o Mussolini, tienen igual opinión unos de los otros.

TODAVÍA HAY CORSARIOS

En Córcega, que es un departamento de Francia y que envía senadores y diputados a París, los turistas quisieron ver este verano la cuna de Napoleón Bonaparte. Querían ver también las montañas, las danzas nativas y, si también era posible, algún bandido corso.

Los propietarios de los hoteles sonrieron beatíficamente y aseguraron a sus huéspedes que ya no había bandidos en Córcega, desde que mataron al gran *Romanetti*. Los porteros y los tenderos humildes no estaban tan seguros de ello. “Hay que temer a Caviglioli”, murmuraban. Nadie había visto a Caviglioli. Con el tiempo los turistas llegaron a pensar que Caviglioli, *el Bandido*, era un mito. La semana pasada Caviglioli *el Bandido* apareció, sorprendiendo a unos cuantos turistas en la playa de Guagno. Resultó ser un sujeto fornido, de cara dura, con dos pistolas en el cinturón y dos sobrinos similares armados, a su lado. El extraño trío apareció primero en el Gran Hotel; el propietario no opuso resistencia, pero envió a una asustada camarera a avisar a los huéspedes que permanecieran dentro de sus cuartos cerrados. La curiosidad venció al señor Ajaccio, que como un cuco que salió de un reloj, abrió la ventana, sacó la cabeza y empezó a dar gritos de auxilio. Sonó un balazo y el cuco del hotel dio su última hora.

Fue un día de gran éxito para los Caviglioli; del Gran Hotel fueron al Continental, en donde recogieron 200 dólares; entonces visitaron el hotel Costa, y pidieron 160 (después de haberse detenido en su camino para pelarle 120 dólares al dueño de una villa). El propietario del hotel Costa no tenía tanto dinero, pero les ayudó a los Caviglioli a colectarlo entre los huéspedes. Ya se hacía tarde. Caviglioli y sobrinos se retiraron a las montañas, pero todavía tuvieron suerte. Tropezaron en el camino con un grupo de turistas en día de campo. Los Caviglioli les quitaron los relojes, las joyas, el dinero y las canastas de sandwiches.

Resumen, tomo II, núm. 18, 16 de septiembre de 1931, pp. 34-35

RUSIA

El *Izvestia* de Moscou y el *Christian Science Monitor* de Boston, dice humorísticamente el *Time* de Nueva York, tienen una política editorial común: ninguno de ellos publica noticias de crímenes a menos que tenga para hacerlo una razón muy extraordinaria. La semana pasada, los lectores de *Izvestia* desdoblaron su diario para tropezar con los ojos sin vida de un cadáver fotografiado, hombre de "cierta edad", en ropa interior de franela, con una cuerda y un cinturón de cuero alrededor del cuello. Abajo del grabado se leía: *¿Quién es este hombre?*

Los teléfonos empezaron a funcionar, y llegaron mensajes que informaban de que el hombre en cuestión era un tal profesor Ivantsov, matemático de la Academia Industrial de Moscou. La historia averiguada de su extraña muerte es como sigue: a la medianoche de un cierto día de la semana pasada, un extraño automóvil llegó a la estación de Kurski a toda mecha. Dos hombrecillos saltaron de él y corrieron a la oficina de billetes, depositando antes un bulto muy grande y muy bien hecho en las gradas de la estación. Unos raterillos, que aguardaban oportunidades como aquélla, agazapados en la sombra, se apoderaron sigilosamente del bulto y se lo llevaron consigo. Para su espeluznada sorpresa, el paquete codiciado no contenía dinero, ropa ni alimentos, sino el cuerpo estrangulado del profesor Ivantsov, empacado en trapo relativamente limpio.

Tan pronto como se identificó el cadáver, la policía ocurrió al domicilio del profesor Ivantsov. La puerta había sido abierta con la propia llave del profesor. Su magnífico abrigo de pieles y 1000 rublos o sean 500 dólares, habían desaparecido. Sus ropas, sus libros, sus objetos de arte, todos sus artículos de valor se hallaban reunidos y envueltos en pequeños paquetes perfectamente bien hechos. Los detectives de Moscou inspeccionaron el cuarto y se retiraron a meditar, trayendo después una teoría sobre el crimen. Dijeron:

> Ésta es obra de una diabólica banda china de asesinos. Se sabe que el profesor Ivantsov gustaba mucho de las antigüedades chinas. Se le veía frecuentemente en el barrio chino, en busca de gangas. Como puede verse, todos estos paquetes están atados como los de una lavandería china. Las nuevas lavanderías municipales han provocado el cierre de miles de lavanderías particulares chinas. ¿Es exagerado sugerir que este horrible homicidio y este robo, sean una venganza de lavandería?

INDIA

El viaje de Gandhi

Por la prensa diaria conocen nuestros lectores las maravillosas pruebas de hábil diplomacia que el líder nacionalista de la India ha dado en las conferencias de la Mesa Redonda de Londres. Damos a continuación una nueva reseña de su viaje marítimo hacia Londres.

A bordo del vapor *Rajputana,* declinó el honor de utilizar el camarote que el gobierno inglés le había apartado y durmió en un banco de madera, cubierto con una leve sábana. El gato del barco, un gato negro, descubrió que la leche de cabra de que se alimenta el Mahatma era muy sabrosa y la compartía, como su lecho.

Durante el día de silencio de San Gandhi no se movió de su lecho. La atención del barco la llamó ese día otro hindú, Mala Vylla, que todas las mañanas modelaba, de media tonelada de fango del Ganges que traía a bordo, un pequeño idolillo que venerar.

En Aden, la entrada del Mar Rojo, San Gandhi bajó a tierra por unas cuantas horas con sus acompañantes y fue vitoreado por los mercaderes locales indios, que le ofrecieron 1625 dólares. Parpadeando a través de sus anteojos, San Gandhi replicó en hindú y en inglés que esperaba *mucho* más.

Sentado en su banca San Gandhi intentó mejorar su inteligencia leyendo el informe completo de la primera Conferencia India de Mesa Redonda. Gruñía protestando que invariablemente le causaba esta lectura un sueño irresistible y atroz.

A los reporteros que sudaban en el calor del Mar Rojo, San Gandhi les explicó que solamente que el tiempo estuviera excepcionalmente frío modificaría su famoso atavío de lino en Inglaterra. Entonces usaría una bata de lana hasta el tobillo y un saco de algodón blanco que le había tejido especialmente Raymundo Duncan, esteta hermano de la gran Isadora.

El domingo el Mahatma asistió a los servicios religiosos en el salón del *Rajputana.* Cantó su himno favorito y era extraña su voz, aguda y débil entre el rudo concierto de los barítonos ingleses.

YUGOESLAVIA

El dócil gabinete de Alejandro, el rey dictador que parece dentista, y su enorme primer ministro, general Pera Zivkovitch, se reunieron apresuradamente en el palacio de verano la semana pasada. El rey Alejandro, sobrio tras de sus lentes centelleantes, les dijo que su dictadura de tres años iba a terminar. Antes de que los ministros hubieran vuelto en sí de su asombro, el ministro de la Corte Jevtitch se puso en pie y les leyó la nueva constitución de Yugoeslavia. Este documento no fue elaborado con convención alguna. Es trabajito personal del astuto rey Alejandro. Puntos de la Constitución:

El título oficial del país sigue siendo el de Reino de Yugoeslavia. El voto se hará por sufragio universal y secreto por todos los yugoeslavos mayores de 21 años.

El Parlamento consistirá en dos casas, un Senado y un *Skupshtina,* los senadores deben tener 40 años de edad y servir seis años. La mitad de ellos será electa por el pueblo y la mitad designada por el rey. Los diputados serán todos ellos de elección popular con términos de servicio de cuatro años.

Yugoeslavia permanece dividida en las nuevas provincias o *banats,* lo cual es una inteligente maquinación del rey Alejandro para disgregar los viejos grupos raciales. Pero se da mayor poder a los gobernadores de las *banats.* Los comunistas no pueden organizarse. Los oficiales militares en servicio activo, no pueden postularse para puestos públicos.

A la mañana siguiente, los ciudadanos de Yugoeslavia, todos excitados, contemplaban los avisos azules, blancos, y rojos que anunciaban el final de la dictadura y los términos de la nueva Constitución. Los periódicos no se daban abasto publicando extras. Pero los corresponsales extranjeros, hurgando los informes, comprendieron bien pronto que el rey Alejandro no cedía tanto como se pensaba. Fortalecido por algunos miembros del último régimen parlamentario, continúa en el poder el gabinete que ha tenido durante toda su dictadura. La Constitución prohíbe la organización de grupos raciales o religiosos que

pudieran amenazar su gobierno. Hay un intento de detener los asesinatos políticos en la resurrección solemne de una ley de hace 120 años que ordena que todos los senadores y los diputados deben abandonar sus pistolas, dagas y otras armas, en una antesala especial, antes de entrar al Parlamento.

Lo que obtienen los ciudadanos yugoeslavos es un aumento en la autonomía local, una oportunidad de votar por alguien. La presión exterior se ha ejercido para provocar esta aparente decadencia de la dictadura. En 24 horas la prensa mundial le llamó “otra victoria de las balas de oro de Francia”.

Yugoeslavia es uno de los más firmes aliados de Francia y uno de sus mayores deudores. En mayo último los banqueros franceses prestaron a Yugoeslavia 42 millones de dólares. Dentro de los últimos dos o tres meses el rey Alejandro ha procurado tener otro empréstito, pero los banqueros franceses han replicado que la eficacia del ejército yugoeslavo, grande y bien pagado, se hallaba seriamente amenazada por los complots croatas y eslovenos, y que la dictadura debería terminar a fin de volver al orden a estos recalcitrantes, antes que sonaran las taleguitas de oro. El presidente Masaryk, de Checoeslovaquia, y su ministro del Exterior, Eduardo Benes, insistieron igualmente en este punto, como aliados que son de Francia.

Los reporteros lanzaron miradas especulativas al general Pera Zivkovitch, el primer ministro permanente del rey Alejandro. Guillermo de Hohenzollern acostumbraba referirse a Belgrado como a un “nido de asesinos”. Nadie lo ha acusado abiertamente pero es una leyenda bien conocida en Belgrado la de que hace 28 años el lugarteniente Zivkovitch fue el joven oficial que abrió una puerta trasera en el palacio de sus soberanos el rey Alejandro Obrenovitch y la reina Draga, y dejó entrar a los asesinos que los mataron dormidos, permitiéndose así el ascenso al trono de Pedro I, padre del actual rey Alejandro.

Resumen, tomo II, núm. 19, 23 de septiembre de 1931, pp. 43-44

INGLATERRA

¡El rey es tan generoso!

El gesto del rey de Inglaterra y del príncipe de Gales al reducir voluntariamente sus ingresos en 242500 y 48600 dólares, respectivamente, para ayudar con su sacrificio personal a solucionar, en lo posible, la crisis económica que como una racha fatal atraviesa en la actualidad países, y se detuvo recientemente en Inglaterra, de donde todavía no quiere salir, no tuvo todo el éxito deseado desde el punto de vista del gobierno nacionalista. Dicho gesto fue aplaudido calurosamente por la gente sensata, pero llamó la atención de los enojados socialistas la enorme suma de dinero que anualmente se paga a la Corona. En Escocia la noticia provocó algo hasta entonces nunca visto en el periodismo inglés: un ataque personal a la familia real. Todavía más sorprendente para los ingleses conservadores es el hecho de que *Forward,* el periódico en que apareció, lo edita uno de los ex ministros de Su Majestad, Tom Johnson, del gabinete laborista.

Damos en seguida ejemplos del poema que le dedicaron al rey los escoceses:

Gracias a Dios
nos hallamos a salvo
de la ruina
porque el rey
—Dios lo bendiga—
una vez más
nos ha rescatado
como lo hizo
en la gran guerra
cuando combatió
a 50 000 alemanes
atrás del frente
a puño limpio.
¡Es tan valiente
y tan ponderado
que va a habérselas
con 50 000 libras al año
y a fajarse la tripa
para enseñarles
a los sin trabajo
(esos latosos)
a hacer sacrificios…!
Los sin trabajo
son tan aturdidos
que no piensan
que cuando el rey muera
la reina no tendrá sino
70 000 libras al año
y si el príncipe se casa
su mujer no tendrá
sino 30 000 libras al año…
Ahora el rey
tiene tan poco
que no usará
sino una bata de lino
como el Gandhi…

Las contribuciones por ingresos son en Inglaterra verdaderamente exageradas si se les compara con la tarifa del *income-tax* en los Estados Unidos, por ejemplo. En Inglaterra un hombre casado, con dos hijos y un ingreso anual de 4 000 dólares o sean 823 libras, paga 708.20 dólares y en los Estados Unidos un hombre en las mismas condiciones no paga un solo centavo de *income-tax* federal. Otros ejemplos:

Ingreso	Imp. inglés	Imp. americano
$ 1 500.00	$ 83.83	$ — . —
10 000.00	2 208.87	83.25
20 000.00	5 462.64	588.75

Con razón el reverendo Arturo Foley, obispo de Londres, anunció en el Canadá, en donde se encuentra de vacaciones, que tendría mucho placer en abandonar el palacio Fulham que habita, por una casa más modesta, ya que su ingreso oficial es de 50000 dólares anuales y que sus impuestos, aun antes del nuevo presupuesto, han sido de 34000 dólares.

SUDÁFRICA

La misma jeringa

En Ciudad del Cabo algunos exploradores ingleses entraron por distraerse en el recinto en el que se celebraba la convención de un partido político. Escucharon innumerables discursos en inglés y en dialectos, discursos que introducían trascendentales reformas en la vida política de aquel punto. Una moción introducida por los partidarios de un tal coronel D. Reitz asombró a los exploradores ingleses y dio trabajo a los cables de las agencias de informaciones. La extraña moción decía lo siguiente:

"Desde el momento en que Sudáfrica obtuvo su independencia en 1926, se resuelve que el título del rey se conozca en la Unión de Sudáfrica por Jorge I de Sudáfrica… en vez de Jorge V de Inglaterra."

ALEMANIA

Vista por un francés

Nada es más fácil y al mismo tiempo más difícil que acercarse al *Walhalla* de Hitler, Hodemanstrasse, no lejos de Neucolln. Una feroz guardia vigila las cercanías del *Angriff (Combate)*, periódico diario de las camisas grises. Goebbels, a quien hay que llamar *Señor Doctor* bajo pena de excomunión mayor, hace resaltar su persona y divide su tiempo entre la redacción de sus úkases a las secciones combatientes y sus imprecaciones, recocidas a fuego de un odio que alimenta él, sinceramente o no, contra todo lo que no es "nazi" (nacionalista). Por ello el *Angriff* se ve rodeado de enemigos.

El más insignificante de los transeúntes arriesga su vida, si ríe de los periódicos fijados en los muros del edificio. Los "racistas" vigilantes le llamarán a cuentas. Por otra parte, los disidentes de la doctrina sólo merecen la muerte, también. Para los "cascos de acero" sólo hay sarcasmos. Los afiliados al "jungdo", y al "centro", los fieles al populismo son buenos. Para los de la organización de policía —la Schufo— y para los socialistas demócratas, todos

auguran catástrofes. Pelean en las calles contra las “centurias” comunistas. En cuanto a los judíos, sus tiendas son saqueadas una que otra vez, esperando el gran día, en que el “jefe” (Hitler) sea elevado al poder y barra con su escoba esa polilla oriental.

A pesar de todo eso me arriesgo, caminando hacia el *Angriff,* y solicito una audiencia.

¿Me irán a responder, como la otra noche en no sé qué calle (era muy tarde y mi interlocutor había bebido demasiado)?:

—¿Qué hora es, por favor?

—Me choca su nariz.

¿Me veré obligado a contestarle: no me gusta su inteligencia?

Mi nariz pequeña y mis cabellos negros no despiertan desconfianza entre los guardias.

Ha pasado mucho tiempo desde que las tesis más serias sostenían que la pureza de la raza era debida a los cabellos rubios y a los cutis claros. Como Hitler y Goebbels tienen la piel oscura, hanse todos apresurado a rectificar el tiro. Ahora ya los alemanes pueden no preocuparse del agua oxigenada al levantarse.

Pero yo no soy alemán; soy francés y periodista *(Bitte schon:* gracias a Dios). El *Angriff* es todo mieles para la prensa extranjera. Goebbels, el terrible, aparece un instante, para desaparecer en seguida. Tuve el tiempo suficiente para robar algo de su mirada, que es viva, de su sonrisa que es inquieta, y de considerar su persona: flaca, pequeña, nerviosa y claudicante. Me dijo: “El doctor lamenta mucho no poder recibirle. Le suplica que esta noche venga a nuestra reunión”.

La entrada: 30 peniques. Casi no los tengo, y puesto que la calle de Berlín no está lejos, iré a escuchar al “compañero” doctor Meinshausen para iniciarme en el socialismo nacional.

El doctor Meinshausen es un alemán como cualquier otro. En la tribuna trata de ser ardiente, grita, hace trémolos con la voz, trata de provocar eso que se llama “corrientes de entusiasmo”. Pero el auditorio permanece reservado. Hay jóvenes, la mayoría es de hombres, y algunos ancianos que se sientan en las primeras filas para oír mejor.

¿Qué dice el doctor Meinshausen? Lo de siempre: el capitalismo internacional quiere arruinar a Alemania con la complicidad de los capitalistas judíos (olvida que Jacob Goldschmidt y Behstein, los dos opulentos israelitas, subvencionaron recientemente a su partido). Contra la miseria republicana, para la rehabilitación de la conciencia alemana sólo hay un medio: ir contra los extranjeros, los de fuera y los del interior del país.

Goebbels no fue. Y el público prudentemente se está quieto. Yo esperaba escuchar un discurso apasionado. Nada de eso. Un monótono discurso, de esos escritos para recitarse. ¿Para qué permanecer allí? Dos intelectuales “hitlerianos”, o que lo fueron —¡aquí se cambia tan fácilmente de opinión!— me esperan en otra parte. Son amigos de ese teniente que fue metido a la cárcel por haber publicado un manifiesto de adhesión al marxismo.

Estudian jurisprudencia y filología, y llaman a Hitler “peluquero pedante”, pero declaran que el “hitlerismo” es excelente para Alemania.

—Pasamos por una terrible crisis —me dice el primero—. Nosotros los intelectuales hemos perdido totalmente la fe… hasta en las mujeres.

Y me muestra —nos hallamos en un cabaret— mujeres que nos sonríen.

Terminada la pieza de baile vuelve a hablar, pero ellas nos interpelan:

—Ustedes son simpáticos, ¿no quieren bailar con nosotras?

INDIA

En Marsella una pescadora se acercó a ver qué cosa miraban las gentes reunidas en grupo cerca del *Rajputana*. Cuando pudo ver, exclamó disgustada:

—¡Qué horror! ¡Un hombre en paños menores!

Este hombre era Gandhi. Los mozos se disputaban el honor de atenderlo y de cargar su colchón, sus botes de leche de cabra y su baúl. Pero no recibieron propina del Mahatma.

—Soy tan pobre como una rata de iglesia —dijo con una sonrisa desdentada—. No tengo nada que darles. Además, no quiero cohecharlos para que cumplan un simple deber público.

Un inspector de aduanas avanzó solemne:

—¿Cigarros, puros, alcohol, armas de fuego o narcóticos? —preguntó.

—Oh, no —replicó Gandhi—. Ni fumo ni bebo. Además, como abogado de la no violencia, nunca llevo armas.

Su equipaje consistía en:

Tres ruecas.

Una lata de leche de cabra.

Un paquete de pasas.

Un ejemplar de la Desobediencia civil *de Thoreau.*

Una dotación de dientes postizos.

Accedió Gandhi a pronunciar un discurso por radio la semana pasada. En el camino, en el Austin que lo conducía, contó a su acompañante que acababa de recibir un chaleco que le enviaba, para que ocultara su desnudez, un furibundo inglés, y que él piensa conservar entre su colección de curiosidades. Al pasar frente al Buckingham Palace, preguntó:

—¿Qué casa es ésa?—. Y como le explicaron, comentó que parecía un bonito lugar.

Ya frente al micrófono rezó en silencio unos minutos y luego los radioescuchas pudieron oír que decía: “¿Tengo que hablar en esta cosa?”

Sin notas, lenta y claramente, el Mahatma habló por 20 minutos.

> No tengo vacilación alguna en invitar a todas las grandes naciones de la tierra para que presten su cooperación cordial a la India en su angustiosa lucha.
>
> Es asunto de humillación, todavía más profunda para mí, que nosotros los hindúes consideremos a muchos millones de nuestros propios hermanos como demasiado degradados aun para tocarlos. Me refiero a los intocables…
>
> Hubo un tiempo, no hace mucho, en que cada villorrio se bastaba a sí mismo en las dos primarias necesidades humanas: alimentación y vestidos. Desgraciadamente para nosotros, la East Indian Co., con procedimientos que prefiero no describir, destruyó aquella industria suplementaria y a los millones de tejedores que se habían hecho famosos por la destreza de sus dedos en extraer el hilo más fino que no ha podido hacerlo ninguna máquina moderna… [Dígase lo que se diga en contrario, es un hecho histórico que antes de la llegada de la East Indian Company estos tejedores no estaban ociosos, y quien quiera puede ver hoy que lo están.]
>
> ¿Puedo entonces, en nombre de estos millones de seres medio muertos de hambre, apelar a la conciencia del mundo para que venga a rescatar a un pueblo que se está muriendo por obtener su libertad?

Resumen, tomo II, núm. 20, 30 de septiembre de 1931, pp. 35-36, 39

GRAN BRETAÑA

Si pensamos en Inglaterra, cuyo pueblo ha sido por muchísimo tiempo el banquero del mundo, como en un banco, tendremos que convenir en que lo que le ocurrió hace unos días ha sido una aparente quiebra que venía preparándose desde junio y que no pudo detenerse. El banco que es Inglaterra, con grandes recursos en inversiones extranjeras, no tuvo el oro suficiente para cubrir las demandas en metálico de sus depositantes internacionales. A pesar de que había en las arcas todavía suficiente oro para asegurar las obligaciones extranjeras del gobierno, los directores, en este caso el gabinete nacional de Ramsay Mac Donald, rehusó pagar oro a los individuos que lo pedían. La Gran Bretaña abandonó el talón oro.

Antecedentes

Los problemas financieros inmediatos de la Gran Bretaña regresan al año de 1925 cuando a fin de levantar el prestigio británico el canciller del Tesoro Winston Spencer Churchill reinstaló el talón oro para la libra. En diciembre de 1921 había caído hasta valer 3.15 dólares. Había necesidad de restaurar la libra a su antiguo valor de 4.8665 dólares para proteger las inversiones extranjeras inglesas; de este modo se forzó la restauración de la paridad de la libra. Las cuotas de interés en Londres se elevaron para atraer los depósitos extranjeros. Se obtuvo de Nueva York un crédito de 200 millones de dólares que nunca se usó. La determinación decidida de la Gran Bretaña de restaurar el prestigio de la libra esterlina fue un factor principal para el equilibrio del crédito, y la paridad se había alcanzado cuando el Tesoro decidió vender oro a todos los solicitantes. A fin de impedir la acumulación privada de oro el papel moneda no era pagado íntegramente en oro, sino en una proporción de 50%. Los economistas están de acuerdo hoy día en que esta medida se realizó demasiado pronto. Fue un paso que beneficiaría el prestigio bancario de Inglaterra, pero que perjudicaría a la industria inmediatamente.

La industria inglesa estaba soportando fuertes impuestos para el pago de intereses de la deuda de guerra nacional. Pero la guerra le había costado a la industria inglesa sus principales mercados en los Dominios y en Sudamérica, en donde entraron los Estados Unidos, y la India, en donde el Japón empezó a penetrar. Este fenómeno hizo más difícil de cubrir los impuestos, que volvieron a elevarse. El alza de la libra esterlina era un obstáculo para la industria en su comercio extranjero. Empezó a escasear el capital al mismo tiempo que faltaba el deseo de racionalizar la industria. Y la industria necesitaba evidentemente de racionalización. Apenas había sido restaurada la libra esterlina, empezaron a ocurrir los disturbios siguientes:

Carbón. Las huelgas y los subsidios a los obreros del carbón durante 1925 causaron déficit en el presupuesto del gobierno en 1926-1927.

Subsidio de los sin trabajo. El acta de seguro de desocupación o “dole”, fue autorizada en 1920. Por 1928 la desocupación había crecido tan rápidamente que el “dole” sólo le costaba al país 100 millones de dólares al año. El costo el año pasado fue cerca de cinco veces esa suma.

Depósitos y préstamos. Para ayudar a la industria el Banco de Inglaterra comenzó a fomentar intereses moderados. Esto hizo que el dinero saliera de Inglaterra. Los depósitos extranjeros empezaron a disminuir. El capital doméstico salió en empréstitos a Alemania, a

Sudamérica, a los Dominios; los listos alemanes siguieron en este mismo tiempo una política totalmente opuesta, beneficiosa a su industria. Mientras su moneda se depreciaba, atrajeron el capital extranjero con intereses exagerados que venían a fortalecer y desarrollar su industria privada. Se prestaron a Alemania 600 millones de dólares. En junio, cuando Alemania no pudo pagar, Inglaterra se vio forzada a escarbar todavía más en sus reservas.

Escándalos. Tres escándalos financieros en dos países agotaron todavía más los recursos británicos. Las maquinaciones Clarence Hatry en Londres en 1929 arruinaron a cientos de inversionistas ingleses. Las especulaciones del barón Kylsant con la Royal Mail Line representaron una nueva pérdida de 15 millones para los pequeños tenedores, también en 1929. El fracaso del Banco Oustric en París el año pasado asustó tanto a los franceses que empezaron a sacar su oro de Londres.

Extracciones. Francia tenía otras razones para retirar el oro de Inglaterra. Quería tener el centro de la política continental especialmente en las negociaciones con Alemania. Los retiros del periodo Oustric (15 millones) pronto fueron nada en comparación con los que empezaron a hacerse. Los banqueros holandeses y norteamericanos siguieron el ejemplo de Francia. Francia vio el peligro y detuvo sus retiros. Otros no lo hicieron. A fines de julio el oro extraído del Banco de Inglaterra hacía un total de 160 millones de dólares. El New York Federal Reserve Bank y el Banco de Francia prestaron a Inglaterra 243 millones de dólares. Pronto se esfumó este dinero. Ramsay Mac Donald renunció como primer ministro laborista y encabezó una pequeña coalición. Francia y Nueva York arreglaron un crédito nuevo de 400 millones de dólares que también se agotaron en tanto que el canciller Snowden hacía esfuerzos desesperados por equilibrar el presupuesto.

Una semana después la flota británica del Atlántico se amotinó en protesta ante la amenaza de una reducción de salarios y al día siguiente Londres se enteraba de que las reservas de oro de la Gran Bretaña habían bajado hasta ser únicamente de 59742000 libras. Mac Donald corrió a Londres y convocó a sesión a ambas cámaras.

Lo que hicieron

El gabinete votó únicamente y con dispensa de todo trámite que el acta de conversión del oro de Winston Churchill de 1925 se suspendiera “por el momento”. La Gran Bretaña volvía a la situación financiera que había conservado durante la guerra y hasta 1925. En la casa de los Comunes Eduardo de Gales escuchaba atentamente, en la galería de los Pares. Mac Donald declaró:

“El gobierno de S. M. está asegurando un presupuesto equilibrado y la posición interna del país es sólida. Esta posición debe mantenerse. Una cosa es abandonar el talón oro con un presupuesto desequilibrado y con inflazón no controlada, y otra muy diferente es tomar esta medida no a causa de dificultades financieras internacionales, sino por razón de los retiros excesivos del dinero prestado”.

Efectos inmediatos

Londres y Nueva York recibieron la noticia de este importante paso, con una calma relativa. No hubo colas en los bancos ni motines en las tiendas para convertir el dinero en mercancías. Los banqueros llenaron los periódicos con declaraciones optimistas, de aquellas que los doctores les hacen a sus pacientes cuando están muy enfermos.

Dijo David Lloyd George: "Si la nación permanece firme y unida, saldremos bien".

Lord Beaverbrook, que publica el *Daily Express,* declaró: "Nada más confortante ni más alentador ha sucedido en muchos años. Queda el hecho evidente de que nos hemos quitado de encima de una buena vez el talón oro, y el fin del talón oro es el principio de la verdadera recuperación en el comercio".

Aun hasta John Pierpont Morgan rompió su regla de hierro y consintió en ser entrevistado en Londres. Dijo: "Este paso me parece la segunda etapa necesaria en la obra del gobierno nacional, ya que el primero fue el equilibrio del presupuesto. El coronamiento de la obra del gobierno será la restauración del comercio en este país. Siendo éste el caso, me parece un suceso que no debe descorazonar sino, al contrario, llenar de esperanza".

Los periódicos de Londres anunciaban: LOS PRECIOS DE LOS ALIMENTOS NO SUBIRÁN. BUENAS NUEVAS PARA LA INDUSTRIA INGLESA.

Esterlina

"Esterlina" quiere decir solamente unidad de currencia en Bretaña, cualquier cosa que sea especie leal. Tradicionalmente viene de los *Easterlings* o mercaderes de la liga alemana Hanseatic que emitieron monedas de peso tan uniforme y de excelencia tal que se apreciaron más que otra moneda alguna. Descartado el talón oro ¿qué tanto bajará la libra? Sir Josiah Stamp, director del Banco de Inglaterra, puso claro el asunto: "Las consecuencias de la acción del gobierno dependerán del grado de confianza que de aquí en adelante tenga el mundo de Inglaterra. Si usted tiene ahorros en libras esterlinas ¿qué va a hacer con ellas? ¿Guardarlas o venderlas? Si las guarda en la creencia de que Inglaterra restaurará más tarde el talón oro, todo irá bien. Pero si usted se asusta y decide vender sus libras, naturalmente el resultado será que la libra se deprecie".

El primer ministro del Canadá, Richard Bedford Bennett, anunció que a pesar de lo que hiciera Inglaterra, Canadá permanecería sobre talón oro. Sin embargo, los dólares canadienses bajaron cinco centavos en el cambio de Nueva York durante el día. Lord Willingdon, virrey de la India, firmó un decreto en Simla suprimiendo el talón oro de la rupia. Por estatuto inglés la rupia vale un chelín sixpence. Con esto queda la moneda india preparada a seguir al chelín en sus vicisitudes de sube y baja en el cambio extranjero.

JAPÓN-CHINA

Afuera de Mukden alguien voló un puente del ferrocarril japonés de Sudmanchuria. Los japoneses, que controlan y protegen este ferrocarril, les echaron la culpa a los chinos. Los chinos juraron (y muchos observadores extranjeros lo creen) que las tropas japonesas volaron

el puente para provocar la crisis. Sea quienquiera quien haya sido, Japón pegó fuerte y rápidamente. Avanzando con ametralladoras, las tropas japonesas salieron de la concesión japonesa de Mukden y se apoderaron de la ciudad. A las órdenes del general Jiro Tamon las tropas avanzaron por toda la línea y tomaron virtualmente todas las ciudades que hay a lo largo de las 693 millas que recorre el ferrocarril japonés. En 24 horas el Japón tenía el control de toda la Manchuria del Sur y sus cruceros habían desembarcado tropas en China, en Tsingtao sobre la península de Shangtung.

Esto es lo que ocurrió hace dos semanas. El origen de ello es una historia en tres partes:

Los mercados en Manchuria. Manchuria, Mongolia, en realidad toda China es para el Japón lo que Canadá es para los Estados Unidos, un mercado de primera para mercancías manufacturadas. La no desarrollada Manchuria es particularmente valiosa al superpoblado Japón porque queda junto a la japonesa Corea y es el mejor punto para la expansión japonesa. Pero entre Manchuria y Mongolia queda Rusia, y por varios años los soviets han estado penetrando intensamente a China desde su lado. Aun antes del conflicto de la semana pasada, el Japón controlaba prácticamente la Manchuria del Sur hasta Mukden y más allá, pero la expansión rusa en Mongolia era casi completa. Rusia había encauzado el comercio hacia Moscou. Los negocios estaban malos para el Japón. Hubo negociantes japoneses en consecuencia que aplaudieron la toma de Mukden no por odio a China sino por miedo a Rusia.

El capitán Nakamura. Una causa más evidente es el odio entre China y Japón que tiene sus raíces en el disgusto con que un pueblo empobrecido y amante de la paz mira a sus vecinos pujantes, prósperos y militaristas. Este rencor se ha exacerbado al comprender China que pierde Manchuria gradualmente. Hay una sociedad de boicot japonés con ramas en toda China. Hace más de un año que ha habido motines antijaponeses en toda Manchuria. El mes pasado el capitán Nakamura del ejército japonés salió de Mukden para trazar mapas del interior de Manchuria. Estaba provisto de documentos que le daban permiso de las autoridades chinas, pero los salvoconductos valen poco para los soldados que no saben leer. El capitán Nakamura fue arrestado como espía y ejecutado.

El ejército contra Shidehara. Los militares japoneses rugían venganza. No así el ministro del Extranjero, el barón Shidehara y otros miembros del gabinete que comprenden que el Japón, miembro poderoso de la Liga de las Naciones, debe conservar la confianza de Europa. Pero a pesar del pacifismo del barón Shidehara, el general Jiro Tamon obró sin autorización del gabinete e invadió militarmente Manchuria.

En cuanto a los chinos, su mariscal Chang Hsueh-Liang hizo la mejor cosa que pudo para ganar las simpatías mundiales: no ofreció resistencia. En Ginebra Alejandro Lerroux, ministro español, tomó por su cuenta la causa china, sin resultado, pues el Japón negó a la Liga todo derecho de intervenir en el asunto.

Resumen, tomo III, núm. 21, 7 de octubre de 1931, pp. 39-40, 43

INGLATERRA

La Cámara de los Comunes

Es absolutamente novedoso el espectáculo que ofrece la presidencia de la Cámara de los Comunes, en Londres, en la que en estos días se han discutido y siguen discutiendo problemas del mayor interés vital no sólo para el Imperio sino para el mundo entero, por la repercusión económica tan extensa que tienen las medidas drásticas que está adoptando Inglaterra para salvar su “libra” y evitar la bancarrota nacional. Adquiere particular actualidad esta nota gráfica por la disolución del Parlamento inglés y porque en la sesión que el artista inglés aprovechó para este admirable *sketch* se ve, bajo su palio casi real, al presidente de la Cámara —que no por *baja* deja de ser dirigida por un presidente “empelucado”, como en la de los Lores—.

Fue esa tarde cuando el canciller Snowden —uno de los pocos ministros laboristas desautorizados por su partido, que permanecieron fieles a Mac Donald— demostró en su discurso, además de la absoluta urgencia de las medidas de salvación económica que preconizaba, una notable erudición literaria, cuando citando a Swinburne, dijo: “Todo nuestro pasado proclama nuestro futuro; la voz de Shakespeare, la mano de Nelson, la fe de Milton y la confianza de Wordsworth, afirman la seguridad de triunfo, en esta hora sombría, de nuestra tierra siempre sin cadenas que amarren su libertad y su vida económica. Así viniera el mundo contra ella, Inglaterra resistiría a todo”.

El canciller Snowden ganó la batalla y se detuvo la baja de la libra, aunque haya sido inevitable la baja definitiva de Mac Donald y Snowden, en el campo de la política —ya que sin partido, al abandonarlos el Labor Party (Partido del Trabajo)— sólo tienen ambos ante sí, de vida pública o política, los días o las semanas que dure el gabinete de coalición. Pero si salvan la economía de Inglaterra, tendrán en la oscuridad de sus hogares la bendición del imperio…

Más noticias del Gandhi

Con este hombre extraordinario se está cumpliendo el aforismo mahometano de que es preferible dejar que las montañas vengan a nosotros y no ir a las montañas. La semana pasada la montaña de la Cámara de los Comunes vino al Mahatma Gandhi. En efecto, se celebró en derredor suyo, en el histórico salón del Gran Comité, una sesión especial. Descalzo y con las piernas desnudas como de costumbre el Gandhi, bajo la tienda de campaña de su chal, se sometió al interrogatorio de los jurados más inteligentes del mundo, los mejores de Bretaña.

—Lo que yo quiero saber —rugió el primer interrogador parlamentario— es qué quiere decir este término Mahatma. ¿Qué es un mahatma?

—Mahatma, señor —sonrió Gandhi—, significa una persona insignificante.

Apresuradamente el *chairman* inglés, objetó:

—Estoy seguro de que todos sabemos que Mahatma es un término indio que quiere decir “la encarnación de un gran espíritu”.

La siguiente pregunta fue:

—¿Qué cree usted que sucedería si concediéramos a la India su independencia y nos saliéramos? ¿No sabe usted, señor Gandhi, que la guerra civil comenzaría y los *moslems* de la India fustigarían a los hindúes?

Gandhi es un hindú. El 90% o más de sus partidarios, hindúes. Sin embargo, al escuchar esta pregunta disparó la contestación.

—Aunque los *moslems* de la India se comieran a los hindúes, ambos son indios. No sería un precio exagerado el que pagáramos por la libertad de la India.

Además de contestar las preguntas de los comunes, el Gandhi dijo un discurso de dos horas y dijo a la Cámara que él, que lleva la voz del Congreso Nacional Indio, no aceptará las salvedades y reservas con que los hombres de Estado ingleses están tratando de mutilar la nueva Constitución india que actualmente se elabora en Londres.

—Las pruebas por las cuales los indios sabrán que son libres —postuló Gandhi— son el que tengan el control de la defensa india, del servicio civil indio y de las finanzas indias. Y éstas son, precisamente, las cosas que los ingleses están tratando de reservarse, mientras dan a los hindúes una falsa independencia.

—No aceptaré migajas de independencia —dijo entre un silencio mortal el nacionalista Gandhi—. Prefiero declararme un rebelde. Sabemos lo que esto traería consigo, pero miles de nacionalistas indios se han librado del temor de la muerte.

Chaplin y Gandhi

Afortunadamente no hubo necesidad la semana pasada de probar la fuerza inglesa contra la India. Simplemente se sostuvieron pláticas y Mahatma Gandhi habló aun con Charles Chaplin, claro que a solicitud del actor. Cuando su amiga india la señora Sarojini Neydu le dijo que el famoso Mr. Chaplin lo quería ver, el Gandhi pareció intrigado y preguntó:

—¿Por qué es famoso? ¿Quién es este señor Chaplin?

El sensitivo actor de cine, Chaplin, había estado pasando el fin de semana con el feroz Winston Churchill, enemigo público de la independencia de la India. Mr. Churchill ha llamado al Gandhi “fakir encuerado y sedicioso”. Chaplin, posiblemente a inspiración de Mr. Churchill, disparó la siguiente pregunta al Gandhi, apenas presentado con él:

—¿Por qué esgrime usted una invención tan primitiva como la rueca de hilar a mano? Las invenciones son la herencia de la humanidad y debe permitírseles el cargar con los fardos de la humanidad. Me opongo diametralmente —dijo el cómico— a la abolición de la maquinaria.

—La rueca de mano —contestó el tejedor Gandhi— es necesaria para dar ocupación a los millones de indios. La maquinaria moderna instalada en la India dejaría demasiado ocio a nuestro pueblo. También produciríamos más de lo que necesitamos y así reforzaríamos el ocio de alguna otra parte del mundo como resultado de nuestra sobreproducción.

Abruptamente, San Gandhi sacó su reloj de a peso y anunció que eran las 7, hora de rezar. Chaplin hubo de arrodillarse y apenas se movió durante la larga oración hindú. Al partir después de conversar un poco más con el Mahatma, Charles Chaplin dijo a los reporteros: “El Gandhi es una personalidad tremenda, tremenda. Es una gran figura internacional. Lo que es más, *una gran figura dramática*”.

Resumen, tomo III, núm. 22, 14 de octubre de 1931, pp. 39-40

INTERNACIONAL

"La situación actual del mundo en sus reservas de oro, me recuerda al muchacho que gustaba tanto de coleccionar canicas: que en un poco de tiempo ya no tenía ninguna con qué jugar." Así, alegremente, habló Alberto Henry Wiggin, *chairman* del Chase National Bank al desembarcar en Manhattan la semana pasada, después de presidir el comité que trazó en Europa el inmediato futuro fiscal. Cuando se le dijo que los países europeos y principalmente Francia estaban retirando el oro de Manhattan en una proporción que alcanzó a 52 millones de dólares en un solo día la semana pasada, y que ha sumado la cifra total de 275 millones de dólares desde que la libra esterlina abandonó el talón oro, Mr. Wiggin dijo con énfasis: "Mientras mayores sean los embarques de oro que salgan de este país, mejor será para las finanzas domésticas y mundiales".

Desde Basilea, Suiza, el sagaz banquero Wiggin, a quien todo Wall Street llama *Al*, había rendido una información embarazosa para el presidente Hoover. Mr. Wiggin y sus colegas europeos habían decidido no solamente que la moratoria de un año de Hoover es insuficiente, sino también que las tarifas altas (o sea republicanas) de los Estados Unidos deberían rebajarse.

De un modo o de otro el muchacho que es tal coleccionista de canicas, debe dejar que los otros muchachos tengan canicas con qué jugar, piensa el banquero Wiggin: "Las condiciones normales de los negocios no prevalecerán en los Estados Unidos hasta que no exista y se restablezca el poder administrativo de Europa". Con este argumento Wiggin urgió la inmediata extensión de mayores créditos americanos a las naciones europeas, como lo había recomendado su comité.

LA LIBRA ESTERLINA

En el cambio internacional la libra inglesa osciló la semana pasada entre 3.85 de dólar y 3.95, cesando así sus fluctuaciones locas de hace 15 días. En la Cámara de los Comunes el canciller del Tesoro, Philip Snowden, fue interrogado sobre los pasos que el gobierno de Su Majestad tomaría para prevenir la especulación extranjera sobre el cambio de la libra esterlina, y contestó: "No es posible impedir el cambio de la libra esterlina por los tenedores extranjeros, si éstos deciden realizarlo. En cuanto a la especulación, las personas que vendan esterlina a valor menor que el que intrínsecamente tiene, incurrirían en serios peligros. El remedio vendrá pronto cuando comiencen a perder". Estas palabras, que de no haberlas pronunciado el canciller habrían sido puras pláticas, inspiraron confianza. Se supo que el Banco de Francia, que tiene algo así como 125 millones de dólares en Londres, los dejaba allí. Esta política, dijeron los banqueros franceses, había ocasionado el que el Banco de Francia retirara oro de Manhattan hasta que se aclarara la situación de Londres.

Los ingleses, con su libra fuera del talón oro, y sobre una base de papel, se conmovieron mucho con la solemne declaración de Snowden, de que la libra todavía *tiene un valor intrínseco*. Mr. Snowden, buscando el modo de hacer economías sin tocar a los pobres,

encontró lo que buscaba en el servicio diplomático inglés y redujo en un 10% el sueldo de embajadores y ministros.

¿ALEMANIA TAMBIÉN?

Hubo muchos rumores de que Alemania podría decidirse a abandonar el talón oro también, pero el canciller Bruenin negó a los corresponsales este rumor, y lo negó por radio al pueblo alemán. "Ninguna nación que como la nuestra haya sufrido la terrible experiencia de la inflazón —dijo el canciller al micrófono— puede soportar que en este tiempo de incertidumbre y de aprensión se rompa la confianza en la estabilidad de sus depósitos… Los rumores de que Alemania seguirá a Inglaterra en este asunto son absurdos."

FRANCIA

La partida de Laval

Impaciente de chocar su mano con la del presidente Hoover, el primer ministro Pierre Laval, la semana pasada, exigió que saliera con dos días de anticipación el barco que lo llevó el 16 pasado a los Estados Unidos, el *Isla de Francia.* Inmediatamente en cientos de hoteles europeos otros pasajeros que habían apartado sus camarotes en el *Isla de Francia* se apoderaron de las usuales plumas llenas de rebaba, las zambutieron nerviosamente en los tinteros y rasgaron mensajes tormentosos de protesta.

Pensándolo bien, Laval vio que no tenía derecho a robarles dos días de paseo a los turistas en París, que debía dejarles dos parrandas más de *cocktails* de champaña, comprar sus últimos trajes, joyas, antigüedades garantizadas y ejemplares de libros prohibidos en sus países de origen. El *Isla de Francia,* se anunció al fin, conservaría su fecha original de salida o sea el 16 de este mes. El que tuvo que esperar fue el presidente Hoover.

En el mismo barco en que viajaba Laval va con rumbo a los Estados Unidos un guapo Romanoff a quien seguramente festejarán mucho las millonarias norteamericanas, S. A. R. Demetrio, gran duque de Rusia, en su primera visita a los Estados Unidos. Es hermano de la gran duquesa María, cuyos libros se venden más que si fueran de cocina, y este alto y fascinador Demetrio ayudó al príncipe Félix Youssopov a balear y a ahogar, después de envenenarlo, al conocido *Monje Negro,* Gregorio Rasputín. Las millonarias americanas saben ya, porque se les advirtió oportunamente, que no deben preguntarle ni decirle: "¡Ay, díganos cómo lo mató!", porque instantáneamente el gran duque Demetrio adopta posturas glaciales y ya no se divierte más.

Antes de montar al barco el primer ministro francés se vio que conversaba mucho con el ministro belga del Exterior, Paul Hymans. Se dijo que estaba rogándole a Laval que tomara en cuenta al presidente Hoover cuando éste le pida a Francia que se una en un programa de economía mundial y de disminución de armamentos. Lo cual, desde el punto de vista francés, es un sacrificio de la seguridad que pocos franceses están dispuestos a hacer. Pero Bélgica,

menos militarista que Francia, está ansiosa de hacer ahorros con cañones.

Como parte de sus preparativos, Laval decidió tener contacto con el gobierno inglés. Invitó a París al gran lord Reading, enviado especial a los Estados Unidos en 1917 y hoy en día secretario del Exterior de Inglaterra. Los periódicos ingleses aseguran que Lord Reading trataría dos puntos con Laval: primero, que Inglaterra está de acuerdo con los Estados Unidos en favor de la reducción de armamentos y, segundo, que la Gran Bretaña todavía desea urgentemente la conferencia fiscal internacional que hace tiempo propuso Snowden y que espera que un sir Laval lo discuta con Hoover.

Naturalmente que Francia y los Estados Unidos se oponen ambos a tomar parte en una conferencia que a Inglaterra le interesa principalmente por las esperanzas que tiene de reforzar su libra y de extraer para la circulación mundial más oro francés y norteamericano. Pero los financieros ingleses parecen pensar que los dos puntos que proponen a la discusión franco-americana son condiciones ineludibles del progreso mundial, sin los cuales la prosperidad general sencillamente no puede restablecerse. Semejante conferencia, sin duda alguna, decidiría la cancelación de las deudas y de las reparaciones de la guerra (punto de vista que la mayor parte de los banqueros internacionales de los Estados Unidos sostienen ya); podría también decirse que el talón oro es inadecuado para respaldar las necesidades del crédito mundial (oportunidad de implantar el bimetalismo) y que podría, finalmente, esta conferencia, arreglar las cosas por alguna especie de amplio acuerdo entre los grandes poderes para restringir la sobreproducción y racionalizar el comercio mundial.

ITALIA

Mussolini, abuelo

El nacimiento de un hijo, en Shangai, acontecido la semana pasada a Edda, condesa Ciano, hija de Mussolini, convirtió súbitamente en abuelo al duce, por la primera vez. El padre, conde Ciano, es el cónsul italiano en Shangai. En Roma, la semana pasada, el viril y vigoroso abuelo Mussolini *detuvo* la especulación que hacía declinar los cambios italianos por medio de un decreto que daba poderes al ministro de Hacienda de capturar a los especuladores y mandarlos a la cárcel o a trabajos forzados en la isla Lipari.

Aplaudió a Bretaña, con quien sus relaciones son íntimas y amistosas, declarando:

“Es cierto que con lo que le deben otros y con sus grandes inversiones extranjeras dispersas en todo el mundo, Inglaterra tiene lo suficiente para llamarse libre y segura… la libra esterlina tiene mayores probabilidades de sostenerse y de volver a su estado normal que muchas otras cosas en este mundo deprimido”.

Liquidó el último residuo del pleito Vaticano-fascismo del pasado junio, decretando que los miembros del partido fascista pueden de nuevo pertenecer en los clubes de acción católica, y viceversa.

Probó la marina mercante italiana rápidamente creciente, induciendo a todas las mayores líneas italianas a lanzarse a un nuevo monopolio, el *Lloyd Orientale*.

El nuevo monopolio incluye 107 barcos en que los más notables son el *Augustus* y el

Roma, el *Saturno* y el *Vulcania,* el *Conte Grande* y el *Conte Biancamano.*

El rumor designó al conde Constanzo Ciano, ministro de Comunicaciones, y al suegro de la hija de Mussolini, *chairman* del *Lloyd Orientale,* con lo que toda la marina mercante americana *[sic]* se convierte en un asunto de la familia Mussolini-Ciano.

Trazó planes para el 10º- aniversario que se celebrará el próximo año de la marcha sobre Roma de los fascistas, celebración que incluirá la mayor reunión de fuerzas armadas que la Ciudad Eterna ha visto por dos milenios. Esta grandiosa exhibición se planeó en una sesión del Gran Consejo Fascista, en la cámara del palacio Venecia que el abuelo Mussolini denomina "cuarto del mapa del mundo".

ESPAÑA

Votos para las mujeres

El testarudo e insistente presidente Alcalá Zamora, antes de renunciar, hizo presión con el papa Pío XI para que retirara al primado realista Pedro Cardenal Segura y Sáenz, arzobispo de Toledo. En la ciudad de El Vaticano, la semana pasada esta larga y silenciosa lucha diplomática terminó con una decorosa noticia en el *Osservatore Romano,* el diario papal.

"Su muy reverenda eminencia, el cardenal Segura, ha remitido a las manos del Santo Padre la libre renuncia de su sede arzobispal en Toledo. Su Santidad la ha aceptado expresando su apreciación por el noble gesto que el cardenal ha hecho con verdadera generosidad y espíritu sobrenatural."

Expulsado de España por los militares el verano pasado, el cardenal Segura vigilaba desde un monasterio francés mientras la semana pasada los legisladores madrileños aprobaron una ley, a la que se oponía rigurosamente el prelado. Esta ley que la Asamblea Nacional española aprobó por 160 votos contra 121, concedió el sufragio a las mujeres españolas de 23 o más años.

Nunca antes nación latina alguna puso el voto en manos de sus mujeres. Ni Francia ni Italia son excepciones a esta regla latina. En España hay alrededor de cinco millones de votantes hombres. Y la ley de la semana pasada agregó cinco millones de votantes femeninos.

Las discusiones en la Asamblea Nacional antes de aprobarse la ley fueron muy acaloradas. "No se les olvide —gritaba la sufragista señora Clara Campoamor— que todos ustedes son hijos de mujeres, ¡todos somos iguales por la naturaleza!, ¡la mujer española espera de la República su redención!"

La primera ministra de Prisiones Españolas, Victoria Kent, se oponía a la ley, alegando que las mujeres españolas todavía no están preparadas para las casillas electorales, y que no había que sacarlas de sus casillas.

Al acercarse el momento del voto algunos diputados se escabulleron. Ninguno de ellos era calvo, Madrid adivinó que los diputados calvos, sin excepción, votaron por el voto femenino. Los diputados muy jóvenes, currutacos, con patillas negras, votaron en vano en contra del voto femenino.

Resumen, tomo III, núm. 23, 21 de octubre de 1931, pp. 44-45

INTERNACIONAL

La ofensiva contra el dólar

Cuando la libra esterlina abandonó el talón oro, el vizconde Rothermere tuvo una gran idea. No inició una campaña insidiosa de murmuraciones para disminuir la confianza mundial en el dólar y forzarlo a abandonar el talón oro, porque el vizconde Rothermere es rotundo y decidido. En las mañanas su *gran idea* fue lanzada a gritos en su periódico *Daily Mail,* cuya circulación de 1872418 ejemplares, es la más grande del mundo. En las tardes su larga cadena de periódicos provinciales que circulan en toda Inglaterra, no sólo insinuó, sino que *afirmó* que el dólar es inseguro. En los periódicos de Rothermere, tanto la página financiera como la de notas extranjeras y la editorial, todas contenían ataques contra el dólar la semana pasada, día tras día. He aquí algunas de las cabezas típicas de Rothermere:

TRAIGA SU DINERO A INGLATERRA

Nuestras noticias de América indican un grave estado de cosas…

En consecuencia, éste parece ser un momento favorable para vender las seguridades de dólar y retraer el dinero a este país… dadas las condiciones actuales del mundo, éste es el lugar más seguro en que el inglés puede guardar su dinero.

Al día siguiente:

VENDA VALORES EN DÓLARES Y FRANCOS

Que no lo engañen. Tráigase su dinero… Cuando ocurra la catástrofe en Wall Street la reacción puede ser de enormes alcances.

Al día siguiente:

¿ABANDONARÁ ALEMANIA EL TALÓN ORO? ¿QUÉ PAÍSES CONSERVARAN EL TALÓN ORO?

Existen los rumores en la ciudad y en los bancos y con los cambistas acerca de que casi todos los países dejarán el talón oro. Quienes tengan dinero en el extranjero, deben traérselo inmediatamente antes que sea demasiado tarde.

Al día siguiente:

LA LIBRA ESTERLINA SE RECOBRA DESPUÉS DE SU CAÍDA

Esta reacción se atribuye a la venta de los dólares americanos.

Al día siguiente:

LAS DIFICULTADES EN LOS BANCOS EXTRANJEROS

¡Tráiganos su dinero! Nuestros grandes bancos son afortunados. El resto del mundo debe envidiarnos, particularmente los americanos.

“Los sólidos corazones británicos”

Como no hay más que 42 millones de gentes en toda la Gran Bretaña, la política de sugestión de las masas de Rothermere a razón de cinco millones de periódicos diariamente no pudo dejar de tener algún efecto. Los cables de Londres a New York estuvieron más ocupados que nunca. Muchos inversionistas ingleses vendieron sus acciones norteamericanas la semana pasada, recibieron dólares, oro, y las cambiaron por libras de papel “que están basadas, explicó el *Daily Mail,* en más que barras de oro: en los sólidos corazones de los ingleses”.

En Inglaterra, muchos adinerados visitantes norteamericanos leyeron el *Daily Mail* en vez del tranquilo *London Times.* Ni el *Times* (independiente), ni el *Daily Herald* (laborista), ni el *Star* (liberal), ni el *Morning Post* (conservador) atacó ni maldijo al dólar la semana pasada. Pero los visitantes americanos que leyeron el *Daily Mail* cablegrafiaron preguntas ansiosas a sus banqueros o amigos de los Estados Unidos. En Washington se contestaban oficialmente estas preguntas. Cuando se preguntaba a los oficiales del Tesoro la verdad acerca de los rumores de que los Estados Unidos abandonarían el talón oro, éstos respondían: que los rumores eran ridículos y que los Estados Unidos tienen el 44% del oro amonetizado del mundo. *(Resumen,* 21 de octubre, p. 13.)

Un hecho grotesco

Los polacos imitaron a los ingleses la semana pasada en sus ataques efectivos contra el dólar

Los polacos han vivido y sufrido dos trágicos periodos de inflazón, el del viejo marco polaco en 1923 y el del nuevo zloty polaco en 1925, que más tarde se estabilizó (1927). Como los polacos creen que el dólar es la moneda más segura del mundo, han comprado y tenían la semana pasada 50 millones de dólares en cajas de seguridad, calcetines, latas de sardinas y colchones. Pero los polacos son excitables. Cuando llegaron a Polonia, la semana pasada, las primeras repercusiones de la campaña contra el dólar de Rothermere, el pánico sobrecogió a los polacos.

Abruptamente los bancos de Varsovia se vieron invadidos por multitud de viudas, huérfanos y personas normales que querían vender sus dólares. Lo que querían era algo más seguro. ¿Qué cosa es más seguro? Olvidándose de que el zloty había sufrido un *crash* hace seis años, viudas, huérfanos y personas normales imploraban de los bancos que les vendieran zlotys.

Los banqueros polacos vieron a la calva oportunidad llamar a sus puertas, con la claridad con que el anuncio del Centro Mercantil llama a los radios, y la cogieron del pelo. Tomaron los dólares y expulsaron zlotys en cantidad, embolsándose la acostumbrada comisión del cambio. Bien pronto pudieron hasta cargar un premio por el zloty, y naturalmente, lo cargaron. Por un dólar los bancos pagaban primero 8.90 zlotys y unas horas más tarde únicamente 8.82.

ALEMANIA

El viejo Paul y el joven Adolfo

El reumático y viejo Paul Hindenburg se mueve lentamente, pero con admirable firmeza. La semana pasada hizo lo que el jefe de cualquier otro país hubiera hecho muchos meses atrás. Tuvo una entrevista personal con el líder de la oposición. Durante todos los años en que el oportunista Adolfo Hitler ha estado ganando poder político en Alemania, el presidente Paul Hindenburg ni siquiera lo había visto. La semana pasada Hitler fue llamado al palacio presidencial de la calle Guillermo (Wilhelmstrasse), se cambió la "camisa negra" por una levita obscura y un sombrero de copa y el fascista Adolfo llegó con su proyecto de bigote, tan movedizo por la extensión como un hocico de liebre. Como esta vez la policía no los molestaba, los hitleristas se reunieron en la calle gritando: ¡viva, viva!, cuando aparecía su líder. Apenas había desaparecido Hitler tras de la puerta, cuando el doctor Josef Goebbels, que no tenía nada que ver con la entrevista, fuera del hecho de ser uno de los líderes fascistas en el Reichstag, empezó a circular por la calle saludando a derecha e izquierda a la multitud.

Esta entrevista del viejo Paul con el joven Adolfo no fue precisamente muy grata para el canciller Bruening, protegido de Hindenburg. Los nacional-socialistas ayudaron a su elección como presidente; y el guapo Adolfo se inclina actualmente por el nacionalismo. ¿Estaba preparándose un nuevo canciller protegido? ¿Estaba convenciéndose Hindenburg de que Hitler como canciller dejaría de hacer payasadas, sentaría cabeza y gobernaría bien?

Ciertamente el canciller Bruening las vio gordas la semana pasada. Tenía que aplastar la creciente oposición de los diputados del Reichstag que ya se estaban cansando de su dictadura. Sin piedad sacó de su gabinete a algunos viejos amigos, particularmente al moderado ministro del Extranjero, doctor Julius Curtius, cuya cartera tomó Bruening mismo, luego volvió a trazar todo su gabinete sobre lineamientos estrictamente dictatoriales. Retuvo como ministro de Guerra al general Guillermo Groener y le dio también el Ministerio del Interior, concentrando así en un hombre el control completo del ejército y de toda la policía municipal alemana. He aquí el nuevo gabinete:

Canciller y ministro del Extranjero: Enrique Bruening.
Ministro de la Guerra y ministro del Interior, general Guillermo Groener.
Finanzas, Herman Dietrich.
Alimentos y Agricultura, Martín Schiele.
Correos y Telégrafos, George Schatzel.
Transportes, Gotlfried Triveramis.
Justicia, Curt Joel.

La oposición nacional

Cercana la apertura del Reichstag, el fascista Hitler, fresca su conferencia con el presidente Hindenburg, se dirigió en automóvil a Bad Harzhurg para asistir a una reunión monstruosa de "camisas negras". En su coche iba el doctor Alfredo Hugenberg, el "Hearst de Alemania", el hombrecito vestido de azul que encabeza una facción derechista de 41 diputados al Reichstag.

Hitler encabeza 107. También estuvo representada en Bad Harzhurg, la Liga Campesina, por 19 diputados. Los tambores y los cantos de Hitler atronaron en el bosque. Una vez que se invocó la ayuda divina por boca de un pastor luterano y de un sacerdote católico, las facciones reunidas juraron ayudarse mutuamente en el Reichstag bajo la divisa de "La oposición nacional".

Hace ocho meses que los diputados de Hitler abandonaron el Reichstag en señal de protesta por la dictadura de Bruening (febrero pasado) y desde entonces han permanecido fuera. La semana pasada el guapo Adolfo se decidió a volver a jugar en el Reichstag, quizás sintiéndose apoyado por Hindenburg. La sensación de la asamblea fue un discurso que pronunció el políticamente ambicioso ex gobernador del Reichbank, doctor Hjalmar Schacht, quien rugió: "Nuestra oposición financiera fue siempre más desfavorable de lo que supo el pueblo, y así lo es hoy en día.

Acusando, tanto al gobernador actual Rarchtang Hans Luther, como al ministro de Finanzas, Dietrich, de estar engañando al mundo con balances falsos, el doctor Schacht invocó el retorno del espíritu de Federico *el Grande:* "No se necesita sino carácter, confianza en nosotros mismos y fe en Dios".

Al día siguiente numerosos editores de Berlín clamaban por el arresto del doctor Schacht, acusándolo de alta traición al Reich. El ministro de Finanzas Dietrich denunció el discurso de Schacht como "intolerable y falso de A a Z". Cierto o falso, este discurso aumentó la oportunidad de que cayera el gabinete del canciller Bruening, al abrirse el Reich.

Resumen, tomo III, núm. 24, 28 de octubre de 1931, pp. 42-43, 46

INTERNACIONAL

El mundo baila

Con el ritmo dudoso de dos paquidermos aprendiendo a valsar, el Departamento de Estado de los Estados Unidos y el consejo de la Liga de las Naciones dieron vueltas alrededor de la crisis chino-japonesa, muy contentos de ver que pueden bailar juntos sin pisarse los callos diplomáticos.

Stimson vacilaba en pedirle a la madre Liga de las Naciones que bailara. Su primera idea fue que ella sólo debería calmar el llanto del chino y darle unas nalgadas al Japón. En su nota a Ginebra hace 15 días se puso los guantes blancos al escribir estas palabras: "Es muy recomendable que la Liga no desmaye en su vigilancia ni en forma alguna deje de ejercer toda la *presión* y la autoridad dentro de su competencia a fin de *regularizar* la acción de China y de Japón".

El consejo de la Liga se reunió la semana pasada, llamado expresamente a fin de tratar con China y Japón. Le tocaba a España presidir, pero el ministro Alejandro Lerroux no pudo abandonar la crisis religiosa que había en Madrid para asistir a Ginebra. De modo que Arístides Briand tuvo que presidir el consejo.

Briand, afamado maestro parlamentario de Europa, sabía muy bien que lo que Stimson había llamado "toda la presión y la autoridad de la Liga" no bastaba a cohibir a una gran

potencia como el Japón. De igual modo el gabinete japonés ya se mostraba furioso por la manera como Stimson usaba las palabras “presión” y “regularización”. No había más que una cosa hábil que pudiera hacer Briand y ésta era meter el asunto en un atolladero. Pero ¿cómo? Mientras el francés se devanaba el cerebro en Ginebra, Stimson provocó la circunstancia necesaria.

Llamó por teléfono al consulado norteamericano de Ginebra y autorizó al cónsul Prentiss Gilbert a asistir a las sesiones de consejo en la crisis chino-japonesa si se le invitaba. Esto era bastante para el maestro del parlamentarismo.

Unas cuantas horas después, Briand, aconsejado por el ministro del Extranjero de Inglaterra, había transformado el problema ante la Liga, en el siguiente: ¿Tienen derecho los Estados Unidos a una curul temporal en el consejo cuando siempre la han rehusado? Para los observadores de los Estados Unidos, este asunto era ocho veces más interesante que lo que ocurriera en China y Japón. Los periódicos comenzaron a escandalizar con cabezas llamativas acerca de si el presidente Hoover trataba de colarse en la Liga por la puerta de la cocina. Las comunicaciones de Tokio y de Shangai pasaron a ocupar planas secundarias en los periódicos. Hasta el diario papal se permitió hacer un chiste diciendo: “Los Estados Unidos, que no son miembros de la Liga, se niegan a entrar por la puerta. ¿Por qué no saltan por la ventana?”

En el Japón, el gabinete, el ejército y el ministro del Extranjero sólo veían dos cosas: primero, Stimson había acoplado las palabras “presión” y “regularización” con el nombre soberano del Japón; segundo, había mostrado una sorprendente prisa para tomar asiento en el consejo sólo por esta vez, evidentemente para ayudar a hacer coerción sobre el Japón.

Con dignidad y lógica el delegado japonés Kenkichi Yoshizawa dijo al consejo de la Liga que el Japón aprobaría la presencia *permanente* de los Estados Unidos y del consejo o sea la aceptación por los Estados Unidos de la condición de miembros en la Liga; pero que el Japón se opondría inalterablemente a que los Estados Unidos tuvieran parte en el consejo *por una sola vez,* claramente en detrimento del Japón.

Desde su asiento, el viejo Briand venció a Yoshizawa cuando el japonés invocó la regla de unanimidad con el consejo que se sigue en todos los actos mayores de la Liga para asuntos de principio. El acto de invitar a los Estados Unidos, dijo Briand, era un simple asunto de procedimiento de la Liga y requería solamente una simple mayoría. Después de tres y media horas de discutir acerca de esto, el maestro parlamentario observó:

“Si nadie se opone, convenimos en invitar a los Estados Unidos”.

YOSHIZAWA: ¡Me opongo!

BRIAND: Aprobado por unanimidad, excepto por un voto.

Puesto que los Estados Unidos y el Japón estaban oficialmente en términos de amistad la semana pasada, Stimson pudo haber aliviado la herida hecha en el amor propio de los japoneses declinando una representación en el consejo y dejando a los Estados Unidos representados en Ginebra, como hasta aquí, por un observador. Así se hubiera evitado una tempestad de acusaciones de que el presidente Hoover trataba de contrabandear a los Estados Unidos dentro de la Liga. Pero Stimson había autorizado al cónsul general Prentiss Gilbert para que consultara si se le invitaba. El cónsul Gilbert, serio, cara de luna, flemático, tomó asiento en dos sesiones del consejo mortalmente secretas y de las que fueron excluidos China y Japón. En las dos sesiones, el flaco delegado japonés, chupando su puro, corrió a saludar al

robusto mister Gilbert, apretándole calurosamente la mano. “No hay nada personal, usted lo sabe bien, mi querido mister Gilbert, mi objeción era puramente técnica.”

En la segunda sesión secreta del consejo, la Liga tomó su primera y única acción con respecto a China y Japón la semana pasada. Resolvió al consejo que sus miembros cablegrafiaran a sus gobiernos pidiéndoles que cablegrafiaran a China y a Japón recordándoles que como signatarios del pacto Briand-Kellogg han renunciado a la guerra como instrumento de policía nacional.

Hasta la semana pasada Stimson, custodio del pacto por consentimiento tácito del mundo, había estado acostumbrado a invocarlo él solo. La semana pasada Stimson recibió un cable de su cónsul Gilbert en Ginebra, pidiéndole en nombre de la Liga que hiciera lo que él de todas maneras pensaba hacer: cablegrafiar a China y a Japón recordándoles el pacto de paz. Muy contento, Stimson aseguró a los periodistas que haría lo que la Liga había dispuesto.

El Oriente reacciona

La China oficial, contenta de que los Estados Unidos tomaran parte en el consejo, se regocijó cuando la Liga invocó el pacto.

En la oficina de guerra japonesa, el fiero general Minami rugió abiertamente: “La Liga ha expuesto su debilidad al invitar a los Estados Unidos, y los Estados Unidos han provocado a los japoneses al asistir a la Liga”.

En la oficina del extranjero japonesa, el barón Shidehara reveló que la Liga le había mandado secretamente un anticipo de 10 recomendaciones que el consejo pensaba poderle hacer. Una de éstas era que el Japón permitiera retirar sus tropas de la zona instalada en Manchuria en el término de tres semanas.

Rápidamente el barón Shidehara cablegrafió a Yoshizawa que informara a Briand (como lo hizo, yendo a sacar al ministro de su cama a la una de la mañana):

1) Que el Japón rechazará las 10 recomendaciones del consejo, caso que se le hagan.

2) Continuará disputando el principio de la ilegalidad de la presencia de los Estados Unidos en el consejo (Gilbert, representante de los Estados Unidos, no dijo una sola palabra en las sesiones a que asistió).

3) El gobierno del Japón está firmemente convencido de que la situación presente no debe considerarse de naturaleza que cause el peligro de la guerra entre Japón y China.

En Washington, el embajador japonés Karsuji Debuchi visitó al secretario Stimson y cambió el énfasis en el segundo punto del barón Shidehara. Dijo que el Japón, reservándose el derecho de objetar ante el consejo en cuestiones de procedimiento, no tenía objeción a la *presencia* del delegado de los Estados Unidos.

Resumen, tomo III, núm. 25, 4 de noviembre de 1931, pp. 40-41

Estados Unidos

Un nuevo "Petit Caporal"

Se dice que la sorpresa mayor del primer ministro Laval durante su estancia en los Estados Unidos fue haber sido llamado: "el nuevo Napoleón I" y "el hombre más fuerte de Europa desde el primer imperio".

Apenas el senador Borah, atreviéndose a estar en público desacuerdo con sus puntos de vista lo volvió un poco a la realidad.

De modo curioso, el mismo día en que se lanzara al mundo una declaración firmada por el presidente Hoover y el ministro Laval sobre "puntos de acuerdo para la conservación de la paz y la reconstrucción económica del mundo", el duce Mussolini, en Roma, gritaba ante un millón de italianos, reunidos en la plaza del Plebiscito y en las callejuelas adyacentes, que "nada puede esperar de bueno el mundo mientras subsista una política de teneduría de libros para hacer la cuenta de los millones que hay que pagar por la sangre derramada durante la Guerra Mundial".

Y todavía de modo más curioso, el mismo día del anuncio del *éxito* de las conferencias con Laval, se produjo la rebeldía del Japón a la resolución de la Liga, declarando terminantemente aquel imperio que no se siente obligado por la orden de evacuación de Manchuria dictada por la Sociedad de las Naciones.

Como se ve, los síntomas son *admirables,* ciertamente, y si se habló tanto de Napoleón *el Grande* durante la visita de Laval a los Estados Unidos, tal vez haya sido no sólo para halagar la vanidad del ministro francés sino para anunciar la posible aparición de un nuevo Napoleón I en el conflicto mundial que tan sabiamente están preparando los egoísmos capitalistas en todos lados.

También por allá se cuecen

Vuelve a hablarse en Nueva York, particularmente por haberse localizado en México al tenedor de libros del alcalde Walker, de los escandalosos despilfarros y corrupciones en el gobierno de la ciudad de Nueva York.

El *Time* dice que esa "corrupción no podría existir en tan grande escala si las fuerzas siniestras que se están aprovechando de ella no estuvieran recibiendo toda clase de protección" y que "hay que establecer de una buena vez de dónde viene esa protección".

Una búsqueda elemental en los bancos de Nueva York produjo los siguientes deliciosos resultados: El sheriff con un depósito de 360000 dólares; el subsheriff, más águila que el jefe, con 623000; un ayudante del mismo sheriff, 260000; el *city clerk,* algo así como el oficial mayor de un ayuntamiento, 217000; el registrador del condado, puesto parecido al de jefe de un departamento de catastro, 510000, y así por el estilo otros muchos empleados. No es por lo mismo extraño que el investigador Seabury esté tan empeñado en tener alguna plática con el tenedor de libros del mayor Walker, aunque él mismo comprende que es particularmente difícil que sus abogados puedan convencerlo de que abandone, a principios del invierno, la deliciosa ciudad de México, para ir a Nueva York a sufrir fríos y tal vez hasta rigores de cárcel.

Se ganó una "guerra"

Por fin los Estados Unidos han concluido victoriosamente su tremenda *guerra contra* Al Capone, después de un proceso que ha costado al gobierno algo más de 200000 dólares.

Capone ha podido probar que sus escasos recursos los gastó, o los perdió más bien, en carreras de caballos; pero el Tío Sam no se muestra convencido y a más de los nueve años de prisión que le ha impuesto, "por ocultación de rentas reales y falta de pago del impuesto relativo", espera encontrar propiedades del rey del crimen en Chicago que le indemnicen siquiera de los gastos que ha tenido que hacer para condenarlo.

Más admirable aún que el triunfo judicial a que nos referimos se considera en los Estados Unidos el precedente sentado por la administración: que el gobierno federal tiene derecho a una participación en todas las ganancias de los ciudadanos, aun cuando estas ganancias resulten del asesinato, del contrabando o del robo. La tesis, como se ve, es verdaderamente avanzada, aunque tal vez fuera justo que, de modo correlativo, se estableciera por la ley entonces, puesto que se considera el gobierno socio de los productos de negocios ilegales, que recibirán sus asociados, es decir, *gangsters*, una perfecta protección de su socio el gobierno; aunque es verdad que esta protección siempre, hasta ahora, la habían tenido, aunque no estuviera la garantía consignada en los códigos.

¿Cuestión de palabras?

Parece que lo que particularmente disgustó al gabinete japonés fue el uso de dos palabras en una nota del secretario de Estado americano, Stimson, a su representante (?) observador oficial en la Liga de las Naciones. Las palabras inconvenientes fueron: "presión" y "dictar reglas". En los círculos diplomáticos de Europa se atribuye al empleo de esas palabras una buena parte de la actitud de desobediencia del Japón a la Liga.

Por lo demás, la presencia por primera vez de un observador oficial de los Estados Unidos, con voz, aunque sin voto, en las conferencias de Ginebra, ha provocado toda clase de comentarios. Se trata, dice el *Times*, de que los Estados Unidos "van a entrar a la Liga por la puerta de atrás", y aun el periódico del Papa, o por lo menos editado por un conde papal, autorizado, dijo: "Los Estados Unidos rehúsan entrar a la Liga por la puerta. ¿Por qué pues no habían de procurar entrar por la ventana?"

Todavía con relación a la Liga, diremos que el presidente Briand, al dar cuenta de la votación en una sesión de la Liga de las Naciones, enriqueció el diccionario de las lenguas universales dando a la palabra "unánime" una significación distinta de la que hasta hoy había tenido, porque dijo: "decidido unánimemente invitar a los Estados Unidos a que tenga un asiento en estas conferencias", añadiendo: "unánimemente, con excepción de un solo voto: el del Japón".

INGLATERRA

El 27 del mes pasado se verificaron las elecciones generales en Inglaterra, no habiendo lucha en 65 distritos en los que sólo se presentó una candidatura y constituyendo, la elección, una derrota del Partido Laborista y del Liberal inglés.

Hasta 10 minutos antes de la elección, Mac Donald trabajó sin descanso, siendo despedido de la gira electoral con voces de "eres un mentiroso"; pero la verdad es que en la mayor parte de los centros electorales que visitó, el primer ministro inglés obtuvo grandes éxitos, aunque no triunfó en su propio distrito electoral laborista.

Refiriéndose al reciente abandono de su partido —el Labor Party— dijo: "Hace mucho tiempo, en los primeros días de la vida del Partido del Trabajo, mi mujer y yo teníamos que pagar hasta para el correo de la correspondencia del partido. Tuvimos también que comprar de nuestro dinero hasta el papel con que se trabajaba en las oficinas de los laboristas. El Partido Laborista está en mi sangre y en mis huesos. Era laborista al nacer y seguiré siéndolo hasta mi muerte".

La actitud del candidato liberal Lloyd George, temible oponente del primer ministro Mac Donald, fue particularmente agresiva contra la política económica de los Estados Unidos. Dijo el antiguo primer ministro George: "Hay actualmente más privaciones por falta de empleo en una ciudad americana que en todo el Imperio británico. El espectro de la bancarrota se alza por encima de América. Dos mil bancos han quebrado". Atribuyó estos fracasos al ex ministro inglés, a las tarifas ultraproteccionistas de los últimos tiempos, y excitó a los bretones a votar por una política librecambista "que ha sido la razón y la causa del crecimiento y de la gloria de Inglaterra".

En una palabra, las elecciones inglesas que decidieron el triunfo y la continuación de la coalición formada por Mac Donald, fueron particularmente ricas en interesantes detalles; pero a pesar de haber sido las más enconadas en un siglo, no produjeron un solo choque armado, para distinguirse del plebiscito celebrado últimamente en Alemania y de algunas elecciones en México.

Resumen, tomo III, núm. 26, 11 de noviembre de 1931, pp. 13-14

INGLATERRA

La elección de Mac Donald tuvo un resultado tan monstruosamente halagador que él mismo no le daba crédito a sus ojos. En realidad es el caso de una mayoría aplastante mayor que se haya visto en la historia de Inglaterra. Hace un siglo, en el reinado de Guillermo IV ocurrió una cosa parecida. En 1831 el segundo conde de Grey, primer ministro, volvió al parlamento con 370 votos, récord de victorias parlamentarias hasta 1931. El gobierno nacional de Ramsay Mac Donald, volvió sostenido por 476 conservadores, 66 nacionales liberales, 13 laboristas y dos independientes. Total, el gobierno nacional controla 557 curules en una Cámara de los Comunes en que hay 615.

Té real

El Gandhi, cuyo interés decayó un poco durante los días de la elección en Inglaterra, asistió la semana pasada a una comida que le ofreció en Grosvenor House la Sociedad Frutera. Mientras el Santo Gandhi rumiaba lentamente uvas y manzanas cocidas, habló el presidente de los fruteros, el doctor Josiah Oldfield:

“Me enorgullece decir que el único punto en que nosotros los miembros de la Sociedad Frutera no estamos de acuerdo con el señor Gandhi, es que el señor Gandhi no come huevos, porque los huevos tienen vida.” Los ovarios-fruteros aplaudieron.

Cuando volvió a su barrio, San Gandhi recibió invitación para comer de nuevo, esta vez en el palacio de Buckingham, en un té que la familia real ofrecía a los delegados a la Conferencia India de la Mesa Redonda. En un rinconcito de la invitación había la frase: *Traje de calle.* San Gandhi: “Yo usaré mi habitual traje de lino con mi chal y mis sandalias. Si el rey ordena traje europeo, me veré obligado a declinar la invitación real. Debe recordarse que soy un humilde siervo de los millones empobrecidos de la India y debo vestirme como ellos se visten, ni más ni menos”.

FRANCIA

El Rey de los Indiscretos

El presidente Hoover nunca le hubiera permitido al doctor Enrique Salomón que entrara a la Casa Blanca si el primer ministro Laval de Francia no hubiera insistido cortésmente. Laval está convencido, y lo están también Mussolini, Mac Donald y Bruening, de que las instantáneas del doctor Salomón son documentos humanos e históricos que deben conservarse para la posteridad y para los libros de escuela. El periódico americano *Fortune* llevó a los Estados Unidos al doctor Salomón y lo envió a Washington a tomar instantáneas de la conferencia Hoover-Laval.

Hasta 1928, el doctor Salomón, un alemán blando y sonriente, no era siquiera aficionado de la fotografía. Nacido en Berlín hace 63 años, se doctoró en derecho en Berlín y en Munich. Comenzó la vida como abogado, siguió como banquero y luego fue agente de prensa de una gran casa de publicidad alemana. Cuando trabajaba en esto supo de una pequeña cámara alemana de fotografía que podría llevarse fácilmente en la mano y que era de tal manera sensible que podía tomar fotografías sin iluminación especial.

El doctor Salomón se compró una, dejó su empleo y se lanzó a hacer esta nueva clase de documentos históricos, fotografías de los grandes como realmente son, trabajando y platicando, comiendo, vistiéndose, bostezando. A fin de tomar retratos del “tío Arturo” Henderson en el balcón de su hotel en La Haya, trepó por una escalera de bomberos, disfrazado de pintor. Se disfrazaba a menudo como mesero. Se ocultaba detrás de las macetas. Los directores de orquesta lo dejaban sentarse entre los violines.

Más tarde, y porque las maneras del doctor Salomón eran infinitamente mejores que las de los fotógrafos de los periódicos, porque no interrumpía a nadie, no molestaba a nadie, se le invitó a funciones públicas y se le permitió abiertamente tomar fotografías. Ha asistido a las reuniones de la Liga de las Naciones: tomó la firma del Pacto Kellogg. Cuando el gran hombre

de Estado Stresseman dijo su último discurso en Ginebra, el doctor Salomón estaba sentado frente a él. Acompañó al canciller Bruening y al ministro Curtius y los retrató bebiendo café con Mussolini. Briand, el "maestro parlamentario de Europa", le ha dado un apodo que se le ha quedado: *el Rey de los Indiscretos*.

Resumen, tomo III, núm. 27, 18 de noviembre de 1931, p. 36

INTERNACIONAL

El asunto de la semana es la visita de Dino Grandi, ministro de Negocios Extranjeros en el gobierno de Mussolini, al presidente Hoover. Acompañado por su bella esposa doña Antonieta Grandi, el barbado ministro fue conducido a playas americanas a bordo del *Conte Grandi*. Su esposa es una de esas quietas mujeres italianas dotadas de discreción y madres de solamente dos hijos, un hombre y una niña. En la conferencia naval de Londres (febrero de 1930), a que asistió su esposo, la señora Grandi se esfumó por completo en tanto que otras señoras de políticos prominentes, como Mrs. Stimson y Mrs. Morrow, hacían una activa vida social llena de publicidad.

Cuando salían de Roma los distinguidos huéspedes de los Estados Unidos, el duce y otros prominentes fascistas se hallaban ocupados en proclamar un plan de cinco años de fecundidad que comenzará el 1º. de enero de 1932. Curiosas y complejas, las condiciones de este concurso indican que cada pareja que compita debe haber tenido cuando menos tres hijos en los cuatro años anteriores al 1º. de enero de 1932; debe estar registrada como ciudadanos romanos con buenos récords políticos, morales y físicos durante los últimos 10 años, y debe tener un ingreso medio que no exceda al equivalente de 1000 dólares al año. Cuando se cierre el concurso, los padres, madres y niños que compitan, deben gozar de salud perfecta. En la repartición de los premios se mostrará franca preferencia a los competidores que pertenezcan al partido fascista. Los premios más grandes consistirán en habitaciones de no menos de cuatro cuartos, de manera que una familia triunfante vivirá sin pagar renta y de una manera ejemplar como marido y mujer durante 30 años, al cabo de los cuales su residencia les pertenecerá en absoluto. Ahora el señor Grandi fue a los Estados Unidos a exponer el exuberante punto de vista de una nación que emplea la fecundidad como instrumento de política nacional y que espera ampliar sus fronteras por presión humana. Y es curioso notar que Grandi, expositor de teorías de fecundidad, visite al presidente Hoover en seguida de M. Laval, oriundo y representante de un país que se ha preocupado siempre por controlar la natalidad.

Grandi y su esposa no fueron alojados por el presidente Hoover porque no se trata de un primer ministro. Los alojó Mr. Stimson, a quien ya conocían. Opina Grandi que: "…cuando la casa está ardiendo no hay que pensar en los muebles…". El mundo se halla en medio de una crisis tan fuerte que es indispensable una cooperación universal, amplia y cordial, que no dé tiempo a discusiones. El presidente Hoover descubre a su vez que la casa está ardiendo y que no hay tiempo de discutir. Con este espíritu ya ambos han cooperado amplia y cordialmente dos veces:

1) Cuando el presidente de los Estados Unidos lanzó su moratoria de un año y Francia quería discutir; cuando la casa de las finanzas mundiales ardía furiosamente y nadie sabía si podían salvarse los muebles, Dino Grandi gritó en Roma: "Por lo que se refiere al gobierno italiano, el plan de Hoover ya se encuentra en vigor". (Julio del presente año.)

2) Cuando el *signor* Grandi propuso unas vacaciones navales de un año para todos los países, bajo el auspicio de la Liga de las Naciones (septiembre pasado); y cuando la Liga había recibido respuestas favorables de 38 países, el Departamento de Estado de Washington devolvió la cortesía declarando que: "Por lo que toca a los Estados Unidos, la tregua de armamentos por un año entró en vigor hoy".

Por hoy, Italia es el país más ocupado del mundo en la construcción de barcos de guerra, que vende inmediatamente a Argentina, Brasil, Turquía, Grecia, Rumania y la Rusia soviética. Se ha puesto a jugar una especie de carreras navales con Francia y botó 20325 toneladas navales más que su vecina en 1930. Busca Italia una paridad naval con Francia que no está en relación proporcional con su poder económico.

La biografía de Dino Grandi es breve y brillante. Nacido el 4 de junio de 1895 en Morando, cerca de Bolonia, tenía 19 años cuando Italia entró en la guerra y se alistó en un regimiento alpinista. Fue herido dos veces y a los 23 años tenía la medalla de plata del valor, la de bronce y tres cruces menores de guerra. Concluida ésta, Grandi estudió y trató de practicar las leyes. Uniéndose más tarde a hombres como D'Annunzio, poco después, cuando Mussolini organizó el fascismo, se le unió Grandi y editó un furioso periódico fascista titulado *El Asalto*.

Es un ministro ponderado y principal en el gabinete de Mussolini. Cuando éste grita: "¡Guerra!", Grandi explica sonriendo que es necesario dejar que el niño consentido del fascismo se divierta, pero que en realidad no quiere decir: "Guerra".

ESPAÑA

La sangre real se derrama por sí sola

El último de los Borbones, Alfonso XIII, ex rey de España, ordenó terminantemente en Londres, la semana pasada, que fuera examinada la sangre de sus hijas. Desde su salida de España, el ex rey se ha estado preocupando mucho por los asuntos de su familia, y en ello se parece al rey Lear.

Un especialista examinó primero a Beatriz, de 22 años, prometida de su hermoso primo el príncipe Álvaro de Orleans y en seguida a María Cristina, de 19 años, no prometida a nadie. Sombríamente, el rey Alfonso estudió el informe del especialista que confirmaba lo que todo el mundo sabía: las infantas Beatriz y María Cristina son como su madre. Son "conductoras" de la terrible "hemofilia". Cuando hubo leído los informes, Alfonso XIII, como jefe de la casa de los Borbones, lanzó este edicto: "Ninguna de sus hijas podría casarse nunca". Entre tremenda sensación, se rompió el compromiso de la infanta Beatriz, que con sus propias manos había estado bordando su traje de novia y que iba a casarse con pompas reales en Fontainebleau.

Cuando un hemófilo recibe el más leve rasguño, comienza a sangrar profusamente y la herida cicatriza con tal lentitud que puede la víctima agotarse hasta la muerte. Bien sabe el ex rey Alfonso que la ex reina Victoria Eugenia de España transmitió la hemofilia a su enfermizo hijo, el ex heredero Alfonso, príncipe de Asturias. Que el pobre muchacho ha vivido todos estos años como milagro de la ciencia y en constante tragedia. Si el príncipe heredero hubiera sido más fuerte, Alfonso habría abdicado en su favor, lo cual quizá, piensa el rey, hubiera podido salvar la dinastía.

Sólo los varones sufren la hemofilia y sólo las mujeres pueden transmitirla. Incurable y misteriosa, esta rara enfermedad arruinó al último de los Romanoff como arruina al último de los Borbones. El zar Nicolás II transmitió a su hijo el zarevitch Alexis la hemofilia. Los desesperados esfuerzos de la madre para encontrar curación para su hijo, le llevaron a someterse a la influencia de Rasputín, *el Monje Negro,* que por algún tiempo pareció capaz de encontrar curación para el zarevitch. La ascendencia del monje Rasputín sobre el zar y la zarina fue un factor decisivo en la caída de los Romanoff. La semana pasada hubo simpatizadores de la terrible decisión del ex rey Alfonso.

La ex reina Victoria Eugenia no quedó contenta. Se convirtió en campeona de sus hijas porque ella no se opone inalterablemente, como se opone su muy católica majestad, al control de la natalidad. Se sabe en París que la semana pasada conminó a su esposo a considerar todas las alternativas de matrimonio de sus hijas, ya que éstas no podrían gozar en grado alguno de felicidad como solteras en disponibilidad ni como esposas expuestas a producir hijos hemófilos.

Tentado con esta sugestión, el ex rey Alfonso venció la tentación y su amor de padre declamando su “¡horror!” por la intervención de la ciencia. Piadoso, hizo un voto sagrado de oponerse al matrimonio de sus hijas por todos los medios a su alcance.

INGLATERRA

La respuesta del Mahatma

Las mismas sandalias que condujeron al Gandhi en su marcha de protesta por la sal en la India hace 19 meses, llevaron su frágil cuerpo por sobre las suntuosas alfombras del palacio de Buckingham la semana pasada, cuando asistió al té que a él y a otros delegados indios a la infructuosa Conferencia de la Mesa Redonda ofrecieron sus majestades británicas.

La reina vestía un brillante traje de tarde y el rey y el príncipe de Gales, pantalones de los que en México llamamos de fantasía, porque la tenemos muy desarrollada, y saco negro. Jorge V alargó la real mano y el Gandhi la estrechó cordialmente. Todo el mundo notó que la sábana con que se envuelve era esta vez un poco más larga. Quinientos invitados había para el té real, y entre ellos muchos maharajás adornados con perlas del tamaño de una bola de mantequilla.

El rey Jorge condujo al huésped Gandhi al estudio real, en donde el rey tomó a pequeños sorbos una taza de té y el Gandhi chupó un poco de leche de cabra que le fue enviada de las cocinas reales. Pero el Gandhi salió de la fiesta antes que ningún otro invitado. “Personalmente tengo muy poco tiempo para las funciones sociales —dijo Gandhi—. Sus

majestades fueron encantadoras y también me gustó el príncipe de Gales."

Interrogado acerca de si el rey le había dado alguna esperanza de independencia de la India, el Mahatma contestó: "Sólo Dios da esperanzas, no los reyes".

Los corresponsales extranjeros lo acosaron a preguntas sobre el tema de su conversación con el rey. "No sería digno que yo repitiera lo que el rey dijo. Nuestra conversación consistió en banalidades. Hubo preguntas y respuestas sobre el tiempo y la temperatura y el efecto que causa en un hombre que ha llegado de la India tan recientemente como yo."

El Mahatma recibió de Bombay un cable firmado por los líderes de su Congreso Nacional y en el cual le aconsejaban que abandonara la conferencia, ya que ésta no daba señales de recomendar la independencia de la India. Gandhi respondió que saldrá para Bombay el día 29. Que comprende que está perdiendo el tiempo, pero que quiere permanecer en Londres hasta que termine la conferencia, para que nadie le acuse de impaciente.

Resumen, tomo III, núm. 28, 25 de noviembre de 1931, pp. 12-13

ALEMANIA

Las elecciones de mayo, florido mes en el cual Von Hindenburg ha de abandonar el agridulce oficio de presidente, le parecen tan cercanas al canciller Bruening, sobre quien pesa igualmente la preocupación inminente de otra conferencia sobre reparaciones, que encontró oportuno, sabio y útil llamar al jefe de los fascistas, el guapo Hitler, para preguntarle en íntima consulta si su partido estaría dispuesto, para bien del país, a admitir la prolongación del periodo presidencial de Von Hindenburg.

Presentada de esta manera la cosa no admitía réplica. Von Hindenburg es el ídolo de Alemania y los fascistas son tan alemanes como los demás. Hitler se retiró a conferenciar con su partido y trajo al canciller Bruening una contraproposición consistente en que admitiera en su gabinete a dos miembros del Partido Nacionalista. La medida viene al dedillo a Bruening y no se cree que la rechace, pues ello le da oportunidad de tener a sus órdenes indirectamente al Partido Nacionalista y de evitar que trabaje en su contra.

El canciller hizo entonces una nueva y sensacional declaración. Llamó violentamente a sus embajadores en Inglaterra, Francia e Italia, en tanto que personalmente conferenciaba con el embajador de Inglaterra en Berlín, sir Horace Rumbold, quien volvió a su oficina a la carrera y se comunicó inmediatamente con la Oficina de Negocios Extranjeros de su país. A las dos horas los periódicos alemanes difundían la noticia de que Alemania había declarado que en la Conferencia de las Reparaciones de Lausanne, Alemania anunciaría que no podía pagar más por concepto de reparaciones. Alguien debe de haber escuchado la conversación telefónica del embajador inglés, pero la noticia no fue desmentida, sino corroborada y afirmada oficialmente por el canciller Bruening.

Hace un año este anuncio habría causado sensación; pero a partir de la moratoria de Hoover se ha visto más y más que es una tarea de Hércules el forzar la reanudación de las reparaciones al terminar el año de gracia. Londres y Nueva York tomaron la cosa con calma. Sólo la prensa francesa gritó con angustia. Decía *Le Temps:*

“La supresión de las reparaciones equivaldría a la brutal repudiación del Plan Young… La repudiación de Lausanne destruirá toda confianza en la posibilidad de recuperación de aquel país para el cual los tratados y los acuerdos son simples papeles”.

Los hombres de Estado franceses hablaban furiosamente de represalias. El primer ministro Laval decidió discutir el asunto en Lausanne. El ministro de Hacienda amenazó con aumentar en un 15% los derechos sobre todos los productos alemanes.

Los observadores extranjeros se sorprendieron de que los comentarios franceses fueran tan moderados. Los periódicos no discutían el dinero, sino el principio mismo del asunto. Y la razón no es otra que ésta: “El francés está más interesado en la depresión mundial que actualmente le afecta, que en las reparaciones de que sólo oye hablar. El número de desocupados franceses aumentó en 16000 en sólo la semana pasada. El comercio de lujo está en postración; la industria minera trabaja medios turnos”. *L’Oeuvre*, periódico radical de París, publicó la siguiente cabeza: “¿NO NOS PAGAN? ¡NO PAGAMOS. Si éste va a ser el fin de las reparaciones, que sea también el de las deudas”. Londres tiene prisa por echarle la carga a los Estados Unidos. He aquí los comentarios del *Times* dominical:

“Toda la masa intrincada de reparaciones y deudas de guerra, es el obstáculo más formidable para la recuperación de los males económicos que actualmente afligen al mundo. Si vamos a usar la esponja, ésta debe borrarlo todo. No debe haber repudiaciones parciales”.

Cifras

Los Estados Unidos esperan cobrar de sus deudores europeos: 21764 millones de dólares. Han recibido 1650 millones. Francia espera recibir de Alemania 14176 millones por reparaciones. Ha recibido, desde el Plan Young, 284 millones. Ha pagado de su deuda a los Estados Unidos 200 millones.

JOHORE

Sultana escocesa

El sultanato de Johore es la mejor propina del vasto sur del Asia. La semana pasada, entre pompas soberbias, una escocesa bien conservada de 41 años fue coronada sultana de Johore. Muy complacido parecía su nuevo marido S. A. sir Ibrahim, de 58 años, gobernante serio que entre sus diversiones cuenta la plantación de hule.

Johore conoce de mucho tiempo atrás a la sultana escocesa. Hace años que vino como prometida del doctor William Wilson, que doctoró al sultán. Gradualmente el sultán comenzó a llamar a la señora Wilson por su nombre, Elena, y a organizar cacerías de tigres en honor suyo.

Ella le correspondió. Para su deleite, el sultán fue nombrado miembro honorario de la Sociedad Zoológica Escocesa. Finalmente, Elena se divorció del doctor Wilson, y se volvió a Escocia. El Sultán la siguió y en Londres acaban de casarse, siendo después recibido por el rey Jorge y la reina María.

En Johore Bahru, capital de Johore, la semana pasada la sultana Elena apareció en su coronación con un traje de París, de listones color de rosa. Como la reina María en las ocasiones solemnes, su pecho deslumbraba con enormes diamantes. No se le veía el pescuezo tras las sartas de perlas, y los aretes de diamantes, de la antigua esposa del doctor Wilson, casi le llegaban a los hombros.

En el ritual de la coronación la sultana Elena respondía con un ligero acento escocés. Y, finalmente, con la corona de Johore firmemente plantada en su cabeza nórdica, recorrió triunfalmente con el sultán sir Ibrahim todo Johore Bahru, recibiendo el homenaje de su pueblo.

Mucho más fría que la isla de Singapore, Johore es el sitio ideal para una sultana escocesa. Oficialmente el sultán es "independiente" pero acepta un subsidio británico y hace lo que le mandan. Johore mide 100 por 165 millas. Cubierta por selvas verdes, tiene una población de 335000 habitantes que exportan hule e importan bebidas fuertes, particularmente escocesas.

FRANCIA

Inini

El mariscal Louis Franchet d'Esperey, de 75 años, que fue una vez el general más joven del ejército francés y que no es sino un día más viejo que su más joven mariscal, como Pétain, visitó rápidamente Trinidad la semana pasada y fue recibido por oficiales británicos y por el populacho. Trinidad comprendía lo que lo había traído. Había llegado un correo de Cayenne, en la Guayana francesa, con noticias de una reforma administrativa drástica inaugurada por el gobernador Bouge.

La mayor parte de la Guayana francesa está inexplorada. Un rápido examen muestra posibilidades de hallar oro, estaño y cobre. Hay depósitos de fosfato y valiosos bosques de madera rosa. Pero la Guayana francesa, como todo el mundo sabe, es una colonia penal (*Resumen* núm. 23, del 21 de octubre, pág. 40). Los franceses jóvenes no quieren ir a colonizar allá y en consecuencia por orden del gobierno francés se ha decretado que en el futuro sólo se denominará Guayana una faja de 25 millas a partir de la costa. El resto del territorio se convertirá en una colonia separada, administrada, especialmente, por el gobernador Bouge y en la que no se admitirán convictos. Esta nueva colonia francesa se conocerá por el nombre de Inini. Cuando el mariscal Franchet d'Esperey llegue a Cayenne, encontrará la exploración de Inini ya comenzada por competentes tropas coloniales y numerosísimos trabajadores anamitas concentrados en campos y listos para construir ferrocarriles y campamentos.

Entre las instituciones tradicionales más respetables y auténticamente francesas de que disfruta el próspero país de M. Laval, se encuentra un ingenioso aparato que nosotros conocemos por el nombre de "guillotina", pero al cual los parisienses denominan curiosamente "la viuda". Por lo general, se ha dudado entre la conveniencia de realizar los descabezamientos ante concurrencia numerosa como ejemplo de castigo y la de ocultar a los

ojos morbosos la aparatosa ejecución, tan semejante a los actos de los ventrílocuos de carpa, con que la dulce Francia realiza una economía de estatura en sus criminales. El último ejecutado ha sido George Gauchet, de 25 años, hijo de un millonario, entregado a la drogaína y que por añadidura resulta ser el primer aristócrata que se guillotina desde la Revolución francesa.

"La viuda" tiene un amante

Al verdugo que la maneja se le llama "monsieur de París" porque no hay más que uno y vive en esa ciudad. El que guillotinó a Gauchet se llama Anatole Deibler, tiene 66 años de edad y ha ejecutado solamente a 80 hombres. Después de esta última ejecución renunció dejando viuda a "la viuda", aunque no por mucho tiempo, pues ésta volvió a casarse con el yerno de Deibler, André Perrier, que recibirá un sueldo anual de 720 dólares como "monsieur de París". M. Deibler, sin embargo de que después de haber decapitado a 80 hombres se aficionó enormemente a esa operación, piensa retirarse al campo y dedicarse a la cría de gallinas.

ESTADOS UNIDOS

El médico a pesar suyo

En realidad no era necesario que el doctor Evan O'Neill Kane, de Kane, Pa., y de 70 años se operara a sí mismo la semana pasada, porque el joven doctor William Blear Mosser, cirujano en jefe del hospital de Kane, podía haberlo operado, pero al doctor Kane le gusta hacerse todo. Hace 11 años se anestesió y se cortó el apéndice. Hace tres que comenzó a firmar sus operaciones tatuando con tinta india tres rayitas que significan en el código telegráfico, K.

Hace seis años que el doctor Kane se cayó del caballo rompiéndose el abdomen. Como tiene ya 65 años casi no valía la pena remendarse. Pero hace una semana que decidió, por vía de distracción, remendarse. Se anestesió en el hospital y delante de numerosas enfermeras platicó y se rió con ellas durante una hora 45 minutos que duró su autooperación.

Las operaciones de la hernia normalmente requieren seis semanas de convalecencia, las dos primeras en cama y las otras dos en una silla; en menos de dos días después de operarse el doctor Kane ayudó al doctor Cleveland en una operación. Ya estaba bueno.

Resumen, tomo IV, núm. 37, 27 de enero de 1932, pp. 15-16

---

[*] A fin de evitar repeticiones, sólo en esta página mencionamos el título de la sección que Novo publicó de agosto de 1931 a enero de 1932 y que abarca de ésta a la página 523. Hay que mencionar que Novo dirigió y editó la revista *Resumen*, en la que escribió esta columna, lo cual ayudará a entender las referencias a imágenes fotográficas que en esta edición no cabía rescatar.

LOTA DE LOCO

(Fragmentos)

ADELAIDA iba a su trabajo. Eran cerca de las cuatro de la tarde y apresuraba el paso. El jefe no perdonaba retardo alguno. Bien que Adelaida fuera cumplida e inteligente como pocas empleadas, el jefe le mostraba siempre su cara dura y hostil, que ningún recurso femenil y coqueto dulcificaba.

Sin embargo, no se podía quejar de su jefe. Pero ya llevaba dos años sin ascender. Ganaba siete pesos diarios. Era lo único con que contaba su hogar, porque a su padre, borracho, rijoso, no lo sufrían dos meses en ninguna parte, y en cuanto a su hermano, fifí de dancing, que se levantaba a las diez de la mañana a pinzarse las cejas, sólo de vez en cuando, después de ausentarse toda la noche, y de volver en el auto de aquel señor que solía esperarlo en la esquina, daba diez pesos a su madre y se acostaba a roncar todo el día.

¿Por cuánto tiempo había venido ocurriendo esto? Adelaida no lo recordaba casi. Su mejor recuerdo se asociaba a la Miguel Lerdo, en donde aprendió taquigrafía, mecanografía al tacto, un poco de inglés. Sus compañeras de entonces se hallaban ahora dispersas; no sabía de ellas. Todas las muchachas habían seguido distintos rumbos. Las alentaba en su ilusión el ejemplo de las mujeres que triunfan en México y el de aquellas que triunfan en Hollywood. El *Cine Mundial* las enteraba del sueldo fabuloso de fulanita, y un furtivo paseo por la avenida Madero exhibía ante sus ojos la belleza cosmética y próspera de mengana, que iba en su propio coche, otra nueva desde que el general López se lo dio. No se formularon jamás un programa personal de vida ni de conducta. Los signos de su práctica taquigráfica cifraban sus vagos ensueños.

El día que Adelaida recibió su certificado de examen, el mundo, que había imaginado tan amplio, se le cerró. Ahora era indispensable buscar un empleo. Tenía dieciocho años, tres más que su hermano José. Su hermano José estudiaba en la preparatoria, porque su padre quería que fuese dentista. Su buena, santa, tonta, abnegada madre, cosía ajeno, y de la Singer en que consumía las tardes y sus ojos, salía cada sábado para el gasto, para el alquiler de la vivienda, para los textos de José y Adelaida, para las borracheras del papá. Su padre no la quería. Veía en ella la enemiga que le había sido siempre su abnegada y tonta mujer, nuevamente joven, nuevamente virgen, y en las escenas que solía armar a la media noche de su regreso, mientras Adelaida lo contemplaba, hosca desde un rincón de la única recámara que contenía, en tres camas, su cuádruple descanso nocturno, le gritaba rabioso:

—¡Qué haces ahí, puta!

Este recuerdo quemaba el rostro de Adelaida. ¿Cómo podía decir eso su padre? Ante la rudeza del vocablo, todos los consuelos que le prodigaba su madre borrábanse en bruma de amargura.

José, Pepito, en cambio, era el ídolo de su padre, porque “era muy hombre”. Desde que tenía doce años le había dado dinero que gastar y permiso para faltar a su casa una vez cada quince noches. “Es necesario que sea muy hombre, como su padre”, decía. La señora, como Penélope, hacía girar la rueda de su Singer y no objetaba una palabra.

Adelaida no conocía casi a su hermano. Su madre no le permitió, cuando era niña, mezclarse en sus juegos, y la tenía siempre a su lado. Cuando de él la arrancó la Miguel Lerdo, las clases nocturnas, el angustioso evento de la primera menstruación, se colocó un biombo entre la angosta cama de Adelaida y el lado que en la matrimonial del centro ocupaba su madre. Del otro, un viejo diván acogía las fatigas de Pepito, que, acostado ya, encendía los cigarros de su padre, en el buró cuyo vaso de noche compartían. Las dos mujeres se acostaban temprano. Los dos hombres ocupaban sus sitios mucho después. Por la mañana, Adelaida transportaba al comedor sus baratos afeites y corría a la escuela.

Pero terminada ésta, su vida cambió de horizonte. Pepito había abandonado los estudios y su padre toda voluntad de obtener empleo o trabajo. Los dos hombres de la casa no se aparecían por ella sino uno que otro día, sucios, a exigir ropa limpia y silencio absoluto para reparar su agotamiento, largamente dormidos. No andaban juntos, sin embargo. Pepito tenía sus amigos, "muchachos muy hombres, de su edad", decía su padre, y en su compañía pasaba el tiempo. Su padre lo empleaba en discutir "con quien podía entenderlo, no con viejas estúpidas", la política. Adelaida había observado que sus afeites no eran de su uso exclusivo. La oblea de terciopelo con que ella acariciaba sus mejillas estaba a veces sucia, negra, compacta, como si la hubieran usado para limpiar una perspiración masculina. Su *rouge* también y su rímel. Disminuían demasiado aprisa para el uso que ella sola les daba, y hubo de advertir una mañana que su hermano se levantó, por casualidad, temprano, que alrededor de sus ojos había el cerco negro de cenizas que deja el *rímel* después de una noche.

Adelaida sabía que en los periódicos no se encuentran buenos empleos, sino particulares, mal retribuidos, con muchas horas de trabajo. Buscólo en una Secretaría y después de algunas vueltas, lo encontró. Tenía buenas calificaciones, acababan de cambiar al Ministro y el nuevo acontecía haber pasado su miserable niñez en un estado de la República, arrimado en la casa de unas señoritas Memije de apellido, ahora costureras, amigas de su madre. Milagrosamente fue aceptada sin mayor dificultad y empezó a trabajar. La primera vez que recibió su sueldo no sabía en qué emplearlo. Se compró unas medias y le llevó a su madre el resto del dinero y unos cuantos metros de tela para que le hiciera un vestido sin mangas. Su padre no estaba en la casa, ni su hermano.

Adelaida no tuvo nunca un novio. En la Miguel Lerdo los tenían las demás, chicos estudiantes que las aguardaban con libros bajo el brazo para decirles ternezas, para acompañarlas por la calle. Ella los sentía ridículos. No le inspiraban el menor deseo. Eran débiles, pequeños y sucios, miserables en todos sentidos. Desde el balcón de su clase miraba hacia la calle, largamente abstraída, cómo aquellos chicos fumaban mirando hacia arriba en pequeños grupos sin importancia. Los hierros del balcón la separaban, y la distancia.

Ella anhelaba vagamente otra, otra cosa, que la vida no le ofrecía. Su cuerpo iba madurando. Como una respiración voluptuosa, su pecho crecía, duro y urgente, y dio en salir frecuentemente al *toilette* durante el día, para comprobar, al mismo tiempo con júbilo y angustia, aquel vello sedoso que había plantado su bandera entre sus muslos. La noche ofrecía

su mejor refugio a su voluptuosa soledad. Metida en su lecho, libre de toda ceñidura, palpaba largamente su carne. Un vago calor le recorría toda, y se localizaba imperiosamente en su boca, en su sexo. Sentía hambre de abrazos, de golpes, de contactos. Y entonces apretaba sus puños, estiraba sus miembros, frotábase los senos, y concluía por arrancar de bajo su cabeza la almohada que insertaba en sus piernas, en tanto que mordía sus labios, sollozante, hasta hacerse sangre.

Se pertenecía toda entera en la calle. Se fugaba entonces de los demás, del deber, del reloj, del café con leche y de la quietud obligada y desesperante de su fúnebre cama. Pero un sentimiento, mezcla de inferioridad y de orgullo, la apartaba de las calles concurridas y céntricas. A su bullicio insustancial prefería procurarse el placer de ser la única mujer en un barrio de obreros que dejaban el taller, de *garages* que abandonaban al caer la tarde los mozos fuertes y alegres. ¡Qué diferentes cuerpos, aquellos que veía en la oficina, que había visto al salir de la escuela, enfundados en un saco ridículo, llenos de piezas y botones, con piernas magras y manos huesosas, y éstos que envolvía la línea directa y pura del *overall,* en dos brazos iguales y armoniosos, con esas manos fuertes que perfumaba el sensual aroma del aceite! Su hermano, todo el grotesco aspecto de su hermano, que veía multiplicado por todas partes con su cara polveada, apretadamente peinado, la precipitaban en asco instintivo e irresistible hacia otras clases de hombres que en nada se lo recordaran y que no le ofrecieran tampoco un matrimonio tras del cual vendría el inevitable ritornelo de su padre y su madre, y un nuevo emplazamiento en la especie para la felicidad explosiva y final del individuo.

Poco a poco su deseo tomaba forma concreta. Se prometía. Si… Y este condicional referíase siempre a sí misma. Si yo tuviera valor… Es necesario que yo tenga valor. Que el hombre que yo elija posea mi cuerpo cuando yo lo decida. Sólo la aterraba la perspectiva del embarazo. No por sus padres, a quienes nada la ligaba sino la costumbre, sino por la incomodidad personal. Ella era suficiente a sí misma. Su madre lloraría, pero nada más. Su padre quizá la librara de su presencia, y en cuanto a su hermano, podría hacer lo que quisiera. Ella alquilaría un cuarto, un solo cuarto en que la rodearan unas cuantas cosas predilectas. Comería en cualquier parte, iría a trabajar y aguardaría a su amante, en la noche, para exprimir en sus brazos toda la dolorosa dulzura de su cuerpo. Su amante la oprimiría, poderosamente, por todas partes, y penetraría su carne sedienta hasta ahogarla, hasta vencerla, hasta aniquilarla. ¿Y por qué un solo amante? Por la noche, rígida en su lecho, Adelaida imaginaba sentir las más rudas y múltiples caricias. Un hombre fuerte y grande, con ojos verdes, ofrecía a sus mejillas el quemante contacto de un miembro enorme, en tanto que sus manos se asían de brazos poderosos y que la penetraba desgarradoramente el hombre desnudo que ataba con su lengua la suya. Estos hombres de sus sueños no hablaban nunca. Eran grandes y musculosos, con ojos brillantes y labios duros. Se quitaban ante ella el *overall* que los dejaba desnudos de un solo golpe, y empuñando las manos crispadas de Adelaida, se arrodillaban ante ella y lanzaban contra su cuerpo el impulso de sus miembros erectos. El vello de sus pechos hacía un dulce daño a sus senos. Y logrado el espasmo, desaparecían de su vista, sin dejar huella en su recuerdo. Ignoraba sus nombres. Quedaba solamente en su nariz el acre perfume de sus manos y de su cuerpo. Un perfume de aceite, de sudor, de esfuerzo, y la dulzura de una saliva que sabía a tabaco y a fruto.

Pero cuando en el día proyectaba comprobar sus ensueños solitarios, hallaba que no les ofrecía sitio el mundo. El reloj era su amo, el que la hacía atravesar bajo luz idéntica las mismas calles indiferentes, llegar a su oficina, abrir su máquina. Entonces la mujer desaparecía, y su cerebro despachaba fríamente las mismas fórmulas. “Tengo el honor de acusar a usted recibo de su atento.” “En contestación a su atento oficio número.” Sus dedos danzaban alegremente en el teclado y el carro avanzaba a pequeños golpes. Las letras surgían, erectas, a la presión de su dedo y dejaban su fuerte huella en el papel. Llovían, manchábanlo. Y Adelaida arrancaba los oficios y las cartas con un gesto decidido y seguro, que producía el ruido seco de un desgarramiento.

Barandal, núm. 4, noviembre de 1931, suplemento, pp. 3-7

NOTAS SOBRE LA POESÍA DE LOS NEGROS EN LOS ESTADOS UNIDOS

UN PAÍS tan cosmopolita como los Estados Unidos ofrece, como ningún otro, campo propicio al regionalismo. El organillo italiano, el pequeño usurero judío y Carmen cupletista, constituyen otros tantos pequeños mundos cuya supervivencia ha dependido en mucho de su personal acomodación a la imagen que de ellos se ha querido formar el norteamericano. El caso de los poetas negros, como el de los negros en general, en los Estados Unidos, se agrava por el hecho de que existe, como es visible, una especie de represión en los norteamericanos, en cuyo teatral siglo XIX juegan los negros un papel de troyanos que proporcionan, entre los campos de algodón, el necesario contraste en que se mueve la prosaica epopeya de la novela de Harriet Beecher-Stowe. Con su lectura, los negros adquirieron un sentido de lastimera importancia al que iba unido el secreto de una actitud de víctimas que habría de garantizar su éxito. Y es curioso observar la transferencia de una actitud que es un *mea culpa* en el caso de los compasivos escritores norteamericanos, a los negros mismos, cuya lira monocorde hará vibrar su acento de un siglo al otro.

Pocas antologías poéticas se atreverían a incluir en sus páginas producciones de poetas negros. Y cuando lo hagan, como lo hace Louis Untermeyer, escogerán poesías en dialecto de Paul Laurence Dunbar (1872-1906), patriarca de los poetas negros de América, cuya mayor preocupación era precisamente la de no concentrarse en el dialecto.

Asunto frecuente de dramas modernos desde *All God's Chillun got Wings* de O'Neill, hasta *Green Pastures,* el negro intelectual norteamericano ha vivido en el dilema de olvidar su color y de superarlo haciéndolo olvidar, para sumarse al general parnaso —y en este caso se aplica a las más puras normas de versificación inglesa y habla en difícil— o de aceptar su sitio social, con todas las implicaciones de humillación injusta y de insinuación de valores profundos, de aptitudes estéticas que con su fuerza equilibrarían, en un mundo menos imperfecto, una simple "anomalía pigmentaria".

En tanto, su música muscular, sensual, útil como un aullido, se apoderó de los Estados Unidos. Los *blues,* que atacan por igual al portero del *pullman* que al millonario que viaja en él, y el *tap,* llegaron a unir, por diferentes rutas, al blanco y al negro cuando ambos expresan, bailándolo, la alegría de reproducir los impulsos ancestrales que todos llevamos en el subconsciente colectivo de Jung. Los *blues* abren a los poetas negros de los Estados Unidos una puerta más hacia el éxito. Los cultiva con preferente delectación. Y luego existe un Sherwood Anderson que les da ejemplo de refinado primitivismo, y un Vachel Lindsay que haya cantado con sus ritmos genuinos, y hay para las mujeres una Sara Teasdale que imitar. Poco a poco, los poetas negros —como los judíos, como los italianos— irán abandonando el dialecto. El reconocimiento universal de su calidad de poetas (los versos suyos empiezan a aparecer en revistas y en antologías europeas) los animará a continuar una obra que ofrece ya características de singular valor, pero cuya aspiración parece todavía la de incorporarse a la poesía norteamericana cuyos colores borra su generalidad.

El primer negro de quien se sabe que haya escrito poesía en los Estados Unidos es Phyllis

Wheatley. El primero que logró la incorporación a la poesía norteamericana fue Paul Laurence Dunbar. De este alto poeta en adelante, hay no menos de 20 poetas negros, de buena calidad algunos, como Richard Bruce, Waring Cunney y Edward S. Silvera, nacidos en 1906. Coubtee Cullen, autor de tres libros de versos y de una *Antología de la poesía negra,* y Langston Hughes, de quien han aparecido traducciones en *Sur* recientemente, nacieron, respectivamente, en 1903 y 1902. Langston Hughes es seguramente uno de los más interesantes poetas negros del momento. Vagabundo, estuvo en México durante 15 meses, aprendió español, enseñó inglés, fue a las corridas de toros y escribió su primer poema publicado en revistas: "El negro habla de los ríos".

De aquí fue a Nueva York y viajó luego al África y a Europa como marino en barcos de carga. Ha sido portero en un cabaret de Montmartre y cocinero en un cabaret negro. Vachel Lindsay lo descubrió.

Contemporáneos, núm. XI, julio-diciembre de 1931, pp. 197-200

ACUARELA DE AGUSTÍN LAZO

NADA define mejor a la persona de Agustín Lazo como aquel viejo refrán, tan romántico, tan caballeresco, que para pintar la angustia dice que alguien se encuentra entre "la espada y la pared". Por la pared de su ascendencia materna, una vieja familia, conservadora, tradicional, rígida, católica: los Adalid de la señora Calderón de la Barca, la hacienda de Goicochea, que hoy es San Ángel Inn, las residencias llenas de objetos y de señoras vestidas del cuello a los pies, y un abuelo que jamás quiso abordar un automóvil ni tomar un teléfono. Por la espada de la línea paterna, don Carlos Lazo, tío de Agustín, fobia de Siqueiros, y persona llena de conocimientos trascendentales sobre la Historia del Arte. Él mismo, educado dentro del hogar, pulcro, tímido, entregado a largas y silenciosas lecturas que lo hubieran decidido a ser un literato si no hubiera querido ser un pintor, transcurrida su infancia en la reclusión de sus juegos privados en que prefería dibujar. Hay en su salón de su casa un retrato de su hermana que es el orgullo de su familia, tan bonita está dentro de su marco dorado. Pero un día ya no aguantó más. Si su hermana, de noble talento para la música, gran ejecutante de los más modernos y atrevidos franceses, sucumbió a la presión doméstica y conservó como un privilegio privado el de sus manos de pianista, Agustín hizo el viaje a París que le permitió ejercitar por la primera vez la total cenestesia. Ya hacía tiempo que sus dibujos no agradaban a su familia. El viaje que en cualquier otro muchacho adinerado hubiera sido un simple episodio, sin mayor importancia que la de poderlo referir a su vuelta, fue para Agustín Lazo la exploración y la conquista de sí mismo. Si sus cartas, llenas de faltas de ortografía, no hubieran bastado a revelárnoslo, los cuadros que exhibió a su regreso nos lo demostrarían plenamente.

Con Julio Castellanos, a quien en nada se parece, comparte las ideas y el entusiasmo de un grupo de México, cuya madurez puede apuntarse en el año de 1928. Ni monstruoso ni nimio, no ha emprendido nunca la pintura al fresco que todos los jóvenes de su tiempo han creído de

su deber acometer, ni ha ilustrado más libros que uno de Luis Cardoza y Aragón. El dibujo es su verdadera expresión y ha abandonado casi totalmente las telas en que logró uno que otro retrato terrible para volver a su trauma infantil. Dibujar en su casa, mientras está encerrado porque no tiene a qué salir como no anochezca y se nos presente, a sus pocos amigos, impecable, rabiosamente bien peinado, con una sonrisa llena de rancia cortesía mexicana de buena familia. Odia a los curas, es blasfemo, se iría a cualquier revolución, detesta la elegancia de los ricos y se burla de sus costumbres; pero nunca lo dice. Parece privado de movimiento y sin más escapatoria para su rebeldía que sus dibujos extraños a los que da, si se le obliga, increíbles explicaciones. Los caballos lo obseden, como a Chirico, pero más que el misterio que en éste parecen encarnar, representan para Agustín Lazo la fuga y el rapto. Cuando en sus dibujos no hay un caballo, es porque hay una bota.

En estos momentos Agustín Lazo realiza la segunda exposición de sus obras en el muestrario de la construcción moderna de la avenida Madero, 32. No son sino 20 dibujos, de los que en estas páginas se reproducen algunos. Hace algunos años realizó, para el desconcierto público, su primera exposición de óleos, en que todavía se ocupaba un poco del mundo y se fijaba en las personas. Ahora ha olvidado totalmente los rostros humanos y juega a los títeres con sus inhibiciones.

El Universal Ilustrado, año XV, núm. 775, 17 de marzo de 1932, pp. 14-15

NOTA DE LA PROVINCIA

ES UNA gran idea la que ha tenido Armando Vargas de la Maza al dedicar los números de su revista *Nuestro México* a la provincia mexicana. México es casi un país dividido en dos partes: la ciudad de México y la provincia. En esta ciudad encuentra uno todas las molestias y ninguna de las ventajas de lo que aquellos que han viajado y gustan de referirlo llaman con énfasis “las grandes capitales”. Tenemos un millón de habitantes, dicen, pero en realidad a uno le parece que no viven en México sino personas antipáticas. Las gentes se pelean, a propósito de nada se suscita una controversia que inician un español y un yucateco, y en la que al fin meten su cuchara los literatos del Caribe. Porque esta ciudad inconsistente y sucia acoge lo mismo a los que torpemente salen de su provincia que a los que hambreadamente se fugan de su paisecillo.

Mientras tanto, la provincia vive su total pureza. Solemos tener de ella una idea tan falsa como nos la dan los ocasionales “suplementos” en que se describe “la labor del C. gobernador don Palangano de Tal que al frente de esta floreciente entidad ha desarrollado una labor revolucionaria y sin precedentes”. En tales horrendos suplementos de rotograbado salen retratos de todos los funcionarios, las obras públicas antes y después de la medicina y, por último, después de las bellas damitas del lugar, los agraciados nenes tirados de barriga en cojines de raso de la familia fulana y mengana.

Pero esto no es la provincia. Allá ni siquiera hay periódicos porque el chisme corre por transmisión oral, como la epopeya. Los niños no son agraciados y el gobernador ni ha hecho

tal cosa como publicó el suplemento. El encanto de la dulce provincia mexicana reside justamente en sus divergencias con la capital, en su atraso industrial y artístico; para los que tenemos de repente accesos de añoranza y ganas de haber nacido en otro tiempo, gustará la provincia, su silencio y sus muchachas de nombre conservador y vestido color de rosa, y sus pájaros argüenderos en la plaza de armas, sus puestos de nieve de raspón, sus charros auténticos. Yo conozco en realidad pocas provincias mexicanas, pero a todas las amo igualmente y cada vez que visito una me entran unas ganas furiosas de quedarme en ella por un tiempo largo. Ya se llamen Morelia, Pátzcuaro, San Luis Potosí, Aguascalientes, Torreón o Guadalajara. Fuera de México todo es Cuautitlán. Pero por desgracia México se extiende y despersonaliza cada vez más profundamente a aquellas ciudades que toca con los tentáculos de sus carreteras pavimentadas. Ya Cuautla con su Agua Cochina, Cuernavaca con sus frescos, Puebla, casi no son sino colonias de la ciudad de México, es tan fácil para quien tenga un Ford no del todo pagado trasladarse con su *sweater* y sus polainas a tales lugares. Luego existen provincias epicenas como Guadalajara, no por otra cosa sino porque participan de la provincia y de la capital, viven la tertulia de antaño, tienen su plaza de armas, pero hay buenas tiendas y se puede comer como en México cuando uno no está a dieta para adelgazar.

Los literatos se siguen produciendo en la provincia. Cuando le dicen a uno que es descastado, porque le gusta la literatura francesa, no piensan que en la provincia los escritores se fugan de ella en todos sus versos alejandrinos, que no sienten la gloria de su ambiente ni la viven con plenitud.

El ser mexicano está todavía tan lejos de una fórmula que uno no sabe en realidad lo que quieren esos señores. Uno, yo, por ejemplo, amo tan legítimamente las cosas y las gentes de México, que no veo por qué mi cerebro haya de hallarse desarraigado de mi corazón.

He querido por esto ofrecer a Armando Vargas de la Maza alguno que otro artículo sobre las provincias mexicanas que conozco. Quizá meditándolo encuentre el mecanismo de su espíritu. Si no lo logro, cuando menos habré sentido el goce de recordar, y esto es sin duda la esencia de lo provinciano.

Nuestro México, núm. 5, julio de 1932, p. 6

DEVENIR DE LA FÁBULA

¿QUIÉN de los que pasamos ya de los 20 no aprendió en sus años mozos, de memoria, la “moral”, la “prudencia” y las “buenas costumbres” en las fábulas de don Tomás de Iriarte y de don Félix María Samaniego? Si andáis de recuerdos, os vendrá en seguida a la mente su pegajosa musiquilla octosilábica y veréis desfilar a la zorra y las uvas inaccesibles, el cuervo que soltó su queso a la raposa, el perro de las dos tortas, el ratón de los campos y el de la ciudad, la mona que abandona su presa, la tela de araña y la oruga, la cigarra y la hormiga, la lechera ambiciosa, el mutuo convite de la cigüeña y de la zorra y aun las 2000 —exactamente — moscas que acuden a un panal de riquísima miel. El triste acaecimiento de un chico que recibe, por un *karma* inmediato y en forma de coces, el elaborado castigo a su travesura de

molestar a un gato que cabalga a la mula *(la Carambola)*, os hará recordar que debéis temer un mal siempre que hagáis otro. Y el burro flautista os enseñará a desconfiar de las casualidades felices.

Nuestros padres estaban firmemente convencidos de la excelencia de las doctrinas morales que predican las fábulas, y además las hallaban perfectas como obras literarias. Venían de Europa, alta señal de su calidad, y no sólo de Europa, sino de Francia. Allá las había escrito un señor Lafontaine, que debía de ser un genio y saber griego, pues se inspiraba en Esopo, y en España lo imitaban y lo traducían los más distinguidos literatos… Pero nuestros padres se hallaban, asimismo, convencidos de lo bueno de muchas cosas que hoy hemos decidido combatir por malas. ¿Serán las "fábulas" literarias una de estas cosas cuya calidad ha cambiado con el tiempo en la opinión humana? Examinémoslas brevemente.

El apólogo nace en la India. El credo de la transfiguración y de la reencarnación explica suficientemente la atribución de cualidades humanas a los animales, y el apólogo "habla por parábolas". El *Pancha tantra*, la colección más antigua de ellos, pasa a Europa, aumentado y vertido a lenguas diversas y sucesivas en la Edad Media. El sabio Alfonso X hace traducir al español el *Calila y Dimna* en 1251 y se deleita con los *Isopetes* (Esopos), historiados que recorren triunfalmente la sombría Europa medieval. El paso está dado. La novelística oriental, con su forma peculiar de narrar muchos "ejemplos" que son historias aisladas a las que une una débil relación, dentro de una historia mayor *(Las mil noches y una noche* son la muestra más conocida, aunque no la más antigua), triunfará por el resto todo del medievo, como *fabliau* en Francia, como *enxiemplo* en España, y aun perdurará entre los precursores del Renacimiento como en Boccacio. El Renacimiento la abandona y el siglo de oro español la ignora. Maduro ya para subsistir por sí solo y emplearse en más altos objetos, el lenguaje, que se había ejercitado inseguro en obras útiles sin belleza, abandona en la literatura el giro didáctico y canta, ebrio del placer mismo de su canto, sin objeto. Ya no enseña nada la poesía: conmueve, sin tratar de convencer, tarea que le abandona a la ciencia. Si es alguna vez didáctico el teatro de Lope o el de Calderón, es cuando enseña a rebelarse contra las tiranías.

Pero llega el siglo XVIII y con él la decadencia del arte. Domina Francia; impone sus modas, sus costumbres y su literatura. Tiene y aplica sus pesas y sus medidas a toda obra. Identifica la belleza con la verdad y, por lo tanto, el ideal humano con la buena digestión.

Se regresa a la fábula, mas no ya por necesidad artística, sino con la mira de lograr, por su influjo, la estricta nivelación burguesa de las costumbres. Se siguen tomando a Fedro y a Esopo los ejemplos; ¡pero qué torcida y diferente interpretación se les da! Veamos un ejemplo cualquiera: la lechera. Según la conocemos, *lleva en la cabeza un cántaro al mercado, con aquel desenfado, aquel aire sencillo, aquel agrado que va diciendo a todo el que lo advierte: ¡yo sí que estoy contenta con mi suerte!* Pero de pronto se pone a soñar y se le rompe el cántaro, base de sus lucubraciones financieras. Este mismo ejemplo lo hallamos en muchos libros anteriores. Lope de Rueda escribe con él el regocijado paso de las Aceitunas (los padres de una inocente chica la zurran porque no da traza de saber vender bien unas aceitunas que… acaban de sembrar,[*] en el Conde Lucanor se llama doña Truhana (siglo XIV), y la fantasía especulativa pertenece al sexo feo, en las mil y una noches (el alfarero ambicioso que rompe su única loza de un puntapié que, distraído, cree dar a un mendigo), y en el *Calila y Dimna*. Esta primera versión es la que nos interesa comparar con la lechera. Se llama "El

religioso que vertió la miel y la manteca sobre su cabeza”. Un monje, en vez de comerse la limosna que le dan, la guarda en un cántaro que cuelga sobre su lecho. Un día, en su avaricia, empieza a hacer cuentas y proyectos. El último es alzar arrogantemente la cabeza, como lo hace, con lo consiguiente al romper la arcilla en que todo lo condensaba.

En el fondo, como se ve, es la misma ficción. Pero mientras en las versiones anteriores a Lafontaine y a Iriarte y Samaniego la enseñanza en último análisis es el combatir la avaricia (en el monje), nos da pena la pobre lechera de los poetas del XVIII, y encontramos injusto el castigo a su inocente fantasía. La interpretación, al variar la situación psicológica de los personajes, se ha vuelto de una moralidad hosca y mezquina. No odiamos a la lechera como al monje, sino al destino, aunque el fabulista pretenda lo contrario. ¿Puede darse historia de venganza más ruin que la del mutuo convite de la zorra y de la cigüeña en que aquélla le ofrece “jigote claro sobre chata fuente” y ésta “jigote” en una jarra larga en que sólo ella podía meter el pico? ¿Puede esto enseñar a los niños a otra cosa que ser vengativos, astutos y perversos?

El *mot d’ordre* de los fabulistas parece ser el “más vale maña que fuerza”. ¡Pero qué mañas nos enseñan! La hipocresía, la segunda intención oculta, la lisonja… y todo ello a costa de los pobres animales, enseñándonos a odiar a la zorra, a admirar a la hormiga, a burlarnos del burro, a despreciar a la cigarra, soprano sin contrata…

¿Y el genio? ¿Las abejas y las hormigas serán nuestros eternos modelos? ¿Por qué no ha de tocar la flauta el burro una que otra vez? Más de un santo y más de un grande artista no han hecho otra cosa. ¿Por qué no ha de soltar un miserable queso el cuervo, si en vez de comer quiere cantar? Yo os aseguro que no le ha importado la pérdida, y en vez de celebrar con el fabulista la hazaña de la zorra, siento por ella un infinito desprecio.

En cuanto a pedir a las fábulas la creación o el fomento de un impulso de libertad en los niños, no hay esperanza. Basta citar el ejemplo del cascabel y el gato, odiosa muestra de cobardía. Los ratones han decidido librarse del tirano, atándole un cascabel en el cuello para percatarse de su proximidad. Pero, llegado el momento, ninguno se atreve a la hazaña y la tiranía se eterniza. Es por demás insistir en el carácter imperialista y conservador que alienta en esta fábula y que tan mal se compadece con nuestras modernas ideas. Citaré un último ejemplo, al cual anima el mismo espíritu conservador propio del siglo en que se le tomó del Arcipreste: las ranas pidiendo rey. No les gusta la débil mano del primero que las gobierna (una viga de lagar en el Arcipreste), pero cuando una cigüeña se las come una a una, como cualquier dictador, ya no se atreven a intentar otro gobierno.

El Libro y el Pueblo, tomo X, núm. 10, diciembre de 1932, pp. 4-7

---

[*] No puedo resistir a la tentación de traer a la memoria del lector la versión mexicana de este tema: los padres proyectan comprar una vaca. Cuando tenga un becerrito lo cuidarán mucho. El niño dice que lo montará, y los padres le pegan porque puede hacerlo jorobado, tan tierno está.

UNA NUEVA ANTOLOGÍA MEXICANA

NO HACE siquiera un año que recibí, al mismo tiempo que otros escritores mexicanos, una carta de Edna Worthley Underwood, en que nos pedía poemas no aparecidos en libro y de que no tuviera noticia para una antología de poetas mexicanos en inglés, cuya publicación había emprendido y llevaría pronto a término en una de las más antiguas y elegantes editoriales de los Estados Unidos, la Mosher Press.

Una circunstancia fortuita estrechó mi contacto epistolar con la señorita Worthley y pude así conocer la lista de los poetas que pensaba incluir en su libro. Los había de todas las épocas y de todas las tendencias. La señorita Worthley, según me comunicó, había reunido este material de periódicos y revistas, de libros cuando tenía éxito en la gestión de adquirirlos de nuestras librerías, guiada por un amor admirable y vigoroso por la poesía del mundo cuyas mejores muestras de los países más exóticos había venido traduciendo al inglés desde hace tiempo, como lo prueban sus antologías, de *Poesía eslava,* que incluye poetas de Rusia, Bohemia, Polonia y los Eslavos del sur, y mejor que otra obra ninguna su admirable *Tu Fu, vagabundo y ministril bajo las lunas de Catay.* A través de nuestra correspondencia conocí el enorme talento de esa mujer, traductora de muchas lenguas, poetisa, de una extraordinaria capacidad de trabajo y de una organización para desarrollarlo que es todo un estímulo y un ejemplo para nuestros escritores. Si en su lista inicial sobraban poetas de dudoso valor y faltaba uno que otro poeta de primer orden de nuestras letras, no debemos culpar sino a la inercia y a la ceguera con que solemos proceder en la legítima propaganda de nuestros mejores valores. Fue simple y satisfactorio para mí completar su acervo y enviarle una que otra orientación cronológica con respecto al orden preferible en la exposición de nuestros poetas dentro de su antología.

No hace muchos días, precisamente como el mejor presente de Navidad, recibí ya terminado su libro, cuya primera edición se hallaba agotada desde antes de ponerse a la venta, suscrita de antemano por universidades inglesas y norteamericanas y derramada lo mismo en Australia que en Francia. Es difícil fijar hasta qué punto tan halagüeño éxito se deba al nombre universalmente reconocido de la traductora y al contenido de su libro. Es ya lugar común el pensar que somos país desconocido en sus mejores valores, pero es evidente que la garantía de quien nos presenta a la lectura universal aseguraba en este caso la atención más seria para la poesía mexicana.

Confieso que me sorprendió un tanto desagradablemente encontrar que Miss Worthley no había suprimido de su antología los nombres de una porción de poetas de segundo o tercer orden que figuran sin derecho al lado de nuestros poetas consagrados; que muchas ocasiones leemos por la primera vez y que prestan al libro un carácter comprensivo que desde un punto de vista estricto le resta seriedad crítica. Encontré también en la primera edición una serie de erratas en los nombres españoles que seguramente serán subsanados en la próxima segunda edición.

Y sin embargo es preciso reconocer que el camino que ha seguido la autora de la *Antología de poetas mexicanos* encarna una liberalidad, una falta de prejuicio de que carecen las obras similares que hemos hecho en México. ¿Hasta qué punto el autor de una antología

tiene derecho de excluir de ella a poetas admitidos en el gusto público y que rechaza sólo su personal limitación crítica? Frente al problema de una antología, su autor se coloca en la disyuntiva de elegir lo bueno o lo representativo. Y en el caso de todas las hechas en México, desde la venerable que la Academia Mexicana confió a fines del siglo pasado a don José María Vigil, hasta la de *Contemporáneos*, se ha repetido el fenómeno de la parcialidad que sólo esta última confiesa sin lograr su justificación.

Desde el punto de vista de lo representativo, la antología de Miss Worthley nada deja que desear. Con certero tino agrupa a los poetas en "poetas de hoy" y "poetas de ayer" y no hay uno solo de cierto valor que no se halle representado. Los de hoy van de Gutiérrez Nájera, de Díaz Mirón y Othón a Gilberto Owen y los de ayer de don Francisco de Terrazas, Ruiz de Alarcón y Sor Juana a José Inés Novelo. Son por todos 89 poetas los representados con hasta 10 producciones en el libro de Miss Worthley que introduce la novedad de ilustrarse con miniaturas de prosa debidas a escritores mexicanos y que se presenta, sin cursilería, ataviada con los colores de nuestra bandera. El cuidado de su tipografía fue confiado a la señorita Flora Mac Donald Lamb, a quien debe la Mosher Press sus mejores realizaciones editoriales y que goza de merecida reputación en Inglaterra.

Las traducciones han sido realizadas de modo admirable. Son en realidad nuevas creaciones y en ningún caso ha perdido el original. Tienta a Miss Worthley la dificultad técnica del artífice Díaz Mirón y vence por modo maravilloso los escollos de su traducción. La poesía mexicana debe gratitud al admirable trabajo de Miss Worthley Underwood que, dotándola de nuevos medios de expresión, la ha hecho llegar hasta el público de habla inglesa de todo el mundo.

El Universal, 16 de enero de 1933, p. 3

MARIANO AZUELA

EL DOCTOR Mariano Azuela ha recogido yerbas sin permiso de Salubridad para componer un brebaje que no paga el impuesto debido. Loción del Indio Esparza, les pone de punta los pelos a los calvos, que han tenido la bondad de callarse, solazados en su vigésima quinta edición, de que viven. Pero el toloache no es preferible a la marihuana.

Su luciérnaga ¿no deja la roncha, sabrosa de rascar, de los "moyotes" norteños? Ante el asombro de las gringas, llega y se sienta en un equipal que ellas pensaban utilizar como *book-end.* Saca su termómetro, lo sacude y escurren gotas de temperatura mexicana.

Alcancía, núm. 5, mayo de 1933, pp. 67-68

LIBROS SOBRE MÉXICO

UNA revista semanaria me acaba de interrogar en encuesta que pretende descubrir 10 libros

representativos de México que deba conocer cualquier ser humano que quiera enterarse de nuestro país. Quizás no entiendo bien la pregunta o el propósito de la encuesta. Pero de todos modos ella me da ocasión de meditar con terror que no existen o que no acuden fácilmente a la memoria 10 libros sobre México, escritos por mexicanos en tanto que se presentan inmediatamente al recuerdo multitud de nombres extranjeros que desde que fuimos descubiertos y conquistados, dedicaron su pluma a describirnos y a analizarnos. Claro que ningún vencido indio pudo escribir la conquista de México como lo hizo Bernal Díaz o como lo redactó el propio Cortés. Pero a partir de Gómara, cuya fantasía indignó tanto al buen Bernal Díaz, si se pretende estudiar aspectos de México en su historia o en su sociología, habrá de acudirse al Thomas Gage, para apreciar la *Grandeza mexicana* al Bernardo de Balbuena, o para un *Viaje a México* al Gamelli Carreri, al barón de Humboldt. La propia agricultura mexicana ¿no fue cantada en verso por un guatemalteco, el padre Saldívar? Más tarde es la marquesa Calderón de la Barca quien inició el interés femenino por México, describiendo las haciendas en que una avalancha de turistas norteamericanas vendrían con el tiempo a escribir gruesos libros sobre nuestro país. No son las primeras Anita Brenner ni la señora Moats, nuestras recientes conocidas, quienes describen a los ídolos detrás de los altares ni la tormenta en nuestras venas. Amigas de doña Carmelita Romero Rubio de Díaz, escribieron hoy olvidados volúmenes en que se halla contenido el teatral esplendor de su corte. No es siempre con voz trascendental como las norteamericanas se ocupan de México. Susana Smith extrae de Tasco graciosas pequeñas historias. Y junto a Tannenbaum, Stuart Chase, Carleton Beals, que dulcifican la furia del autor de *Mexico and its Heritage*, el simpático William Spratling ilustra y describe un pequeño México.

Volvamos ahora la vista a la producción mexicana sobre México y la hallaremos esporádica e inconsistente fuera de unos cuantos casos, y tanto es así, que preferimos buscar en la literatura, en la novela, ambientes mexicanos. Pero a todos nos consta que en el siglo pasado, los novelistas mexicanos gustaban de situar en Europa a sus personajes. Y luego ¿cómo pensar que *El Periquillo Sarniento* describiera la vida colonial mexicana? La hallamos más artísticamente pintada, porque carece del propósito pedagógico, en las novelas de Riva Palacio, como las de Facundo nos enseñan mejor que ningún retrato a la clase media de México en su tiempo y en el nuestro, con valores eternos, de esos que sólo logra fijar en cualquier época el humorismo.

Quizás porque en la literatura el ambiente es cosa de la vocación, don Artemio de Valle-Arizpe vive entre los camiones una absurda, pero legítima existencia colonial, de igual modo que Riva Palacio pensaba en la Inquisición que tenía tan lejos, y *el Pensador* meditaba en la cultura de que carecía. Este dislocamiento de la atención en los escritores mexicanos puede haber producido la falta de libros mexicanos sobre México. Y hay que consolarse de ella pensando que el propio mecanismo culpable se ha verificado en los extranjeros, que en vez de ocuparse de su tierra, nos han escrito tan prolijamente.

Imagen, año I, núm. 1, 23 de junio de 1933, p. 15

LOS JUAN LÓPEZ SÁNCHEZ-LÓPEZ Y LÓPEZ SÁNCHEZ DE LÓPEZ

PRESENTADOS POR J. M. PUIG CASAURANC

EN NUESTRO país, la atención pública prefiere, sin discriminación, el hecho real al hecho literario. Aun en el caso asombrosamente frecuente en la historia de nuestras letras, en que un hombre público cultiva la literatura, sus contemporáneos ignoran, o punto menos, sus cualidades artísticas, atentos sólo al curso de su obra social concreta. En el escaso, agitado siglo de nuestra independencia, el fenómeno ha venido repitiéndose: los mejores cerebros son arrastrados al torbellino de la vida pública, y perpetran el sacrificio de su vocación personal en la aportación de todas sus fuerzas al edificio de la patria. De un Ignacio Ramírez, de un Altamirano, aun del propio *Pensador Mexicano*, para no hablar de un Guillermo Prieto, de un Riva Palacio, lo que interesó a su generación, en el intenso palpitar de sus vidas, fue más la postura de ataque contra la injusticia de su momento que la realización serena, egoísta, de su obra artística, novela o poesía. No ha pasado mucho tiempo, sin embargo, sino apenas el suficiente para borrar en la obra anónima e infinita del trabajo social el nombre del funcionario, para que resaltase, más grata a cada uno, por menos directamente útil a todos, la obra poética de Ignacio Ramírez, mejor que sus arrangas, más duraderas las novelas de Riva Palacio y Altamirano que su obra política.

De esta condición añeja a los prohombres mexicanos —periodismo, vocación literaria, lucha política—, y una vez reconocida y aquilatada su capacidad, imposibilidad de abandonar la vida pública trocándola por la plena realización vocacional literaria y periodística, de todas estas condiciones participa la vida y la obra del doctor Puig Casauranc, cuya producción literaria ofrece tres aspectos de netos perfiles: la obra periodística de exposición, de crítica social y política que, pasado el tiempo y en admirable continuidad de firmeza de creencias y propósitos, habría de dar materia al segundo aspecto de su obra literaria: los discursos pronunciados en su función de secretario de Estado, cuando pudo dar acabamiento al edificio cuyas ideas angulares había cimentado su obra periodística. Los libros que contienen esta labor se llaman *Páginas viejas con ideas actuales*, 1925; *De nuestro México*, 1926, y *La cosecha y la siembra:* 20 años después de la Revolución, la cosecha de sus primeros frutos y la nueva siembra del más selecto grano. Porque ni en la adversa de moza lucha, ni en la fortuna próspera, inhibió situación alguna el espíritu crítico del ex periodista, espíritu afinado ahora en serena, ponderada autocrítica.

El tercer aspecto de la obra literaria del doctor Puig Casauranc se contiene en un volumen de cuentos, uno de poesías no destinado a la venta, y una novela, *La hermana impura*.

Quien pidiera a la novela mexicana digna de este nombre, sutilezas de psicología en efímera boga, sistemas proustianos y joycianos de relación, gidismos o cualquier otro matiz europeo, olvidaría que la novela mexicana tiene apenas un siglo de existencia, y que su padre, cuyo pecado alcanzó hasta la tercera generación, pecó de moralista, de hijo directo del sermoneador, abrumador siglo XVIII español. Las novelas mexicanas del actual, pasada la truculencia de los colonialistas y de las novelas históricas, y en boga y derrota el romanticismo fiambre de los noventas, tendrán que referirse, directa o indirectamente, a la Revolución, si no son simples pastiches de lo que se leyó en francés. Así el doctor Puig Casauranc urde en una fuerte trama novelesca retratos de intenso carácter del indio idiotizado

y ultrajado, del catalán financiero, de la pequeña liga de murmuración y de las recién llegadas a aquella sociedad heterogénea y absurda del Tampico de los buenos años del petróleo. Con mano maestra sabe conducir situaciones, suscitar pláticas y llevar —médico al fin— a la confesión del crimen en un estado de gravedad física que la legitima. Sabe también mostrarnos con pasmosa claridad el barrio del pecado; lo que podríamos llamar el complejo profesional lo lleva (no es ésta la única de sus obras en que ello ocurre) a explicar al lector quizás demasiado ampliamente el camino fisiológico que corresponde al espiritual en un momento dado de cualquiera de los personajes que engendró más su bisturí que su pluma.

El nombre de su último libro —*Los Juan López Sánchez-López de López Sánchez y López* — hace pensar en aquel don Gonzalo González de la Gonzalera, en que Pereda, el realista, cristalizó sus experiencias políticas electorales de 1876. Pero aquí termina toda conexión con aquella obra que, de seguro, el doctor Puig Casauranc no tuvo en las mientes al bautizar este haz de retratos de contemporáneos que forma la sustancia de este volumen. En el prólogo nos dice que Babbitt fue su modelo. Pero mejor pensamos que aprendió, mirando al norteamericano, a observar mejor a este proteico personaje que es en su libro agrarista o amigo del ministro, *snob,* o poeta a ratos, prestamista, geneólogo, pero siempre un hombre práctico con todo el irritante buen sentido que una vez que se apodera de los hombres no los deja hasta aniquilarlos. Yo vi, en *Resumen,* nacer estos Babbitt mexicanos uno por uno, al fragor de los linotipos y al recuerdo vivísimo de la última tertulia o del último acontecimiento, en que, tras de una sonrisa de sociedad, se ocultaban los dientes del lobo financiero manso en su casa que ahora el doctor Puig no ha hecho sino enlazar con los demás bajo un nombre común, y ofrecernos como una voz de alarma ante el peligro, que en el prólogo advierte con valentía, de que el pulpo de los López Sánchez, con sus suaves maneras melíficas y suaves, aprisione el espíritu a veces ingenuo y apto a seguir la línea de menos resistencia, de los revolucionarios.

Imagen, año I, núm. 6, 4 de agosto de 1933, p. 18

MÉXICO SIEMPRE

EL PORTERO me anuncia que está el señor Henríquez Ureña; que tenga la bondad de subir. Hace exactamente 10 años que no nos vemos, desde que él se marchó de México, recién casado, a Buenos Aires. Él no ha estado todo ese tiempo acá; nacieron sus dos hijas, ha hecho desde entonces uno o dos viajes a Europa, fue llamado por el gobierno de su país para hacerse cargo de la educación y recientemente, porque lo que podía hacerse con el presupuesto de Santo Domingo podía hacerlo cualquiera y no resultaba necesario que él permaneciera en el pequeño ambiente, volvió a sus clases en Buenos Aires, vía Europa.

Está igual; los años no pasan por él y, al contrario, lo encuentro más joven, más apuesto, sin aquel duro gesto fatigado suyo que el turbulento medio universitario mexicano, como el suyo a fray Luis, le infligía. Yo tenía 18 años en 1922 y estudiaba leyes. Confieso que no supe sino más tarde que aquel señor que iba a dar clases a los yanquis en un salón de la escuela,

porque la de Verano, que se iniciaba apenas, carecía aún de edificio propio, fuera Pedro Henríquez Ureña, ni que Pedro Henríquez Ureña hubiera tenido en la educación de Vasconcelos, ministro entones de Educación, de Caso, rector de la Universidad, de Alfonso Reyes, embajador, el importante papel que tuvo en el Ateneo de México, 12 años atrás. Mi acercamiento a él fue totalmente puro. Cuanto odiaba las clases de derecho público, me seducía escuchar las suyas de literatura y entraba, sin derecho, a su salón. Alguna vez preguntó lo que era una glosa; y al ver que ningún yanqui le contestaba —y mi experiencia ulterior me ha convencido de que no se les puede preguntar nada a los estudiantes yanquis, porque se quedan siempre callados— se dirigió a mí, contesté su pregunta y a la salida lo aguardé y conversamos. La circunstancia de que viviera en la misma calle que yo hizo que tomásemos el mismo camión. En él conversamos; impensadamente nos hallamos haciéndolo en inglés, en francés. Me quedé a comer en su casa. Su espíritu central iba apoderándose de mi atención, de mi interés, sin mostrarlo. Después de comer examinamos juntos algunos libros recién llegados y advirtió que yo sabía un poco de alemán. Volvimos a su oficina y unos días después yo disfrutaba de un empleo, el primero, en la Escuela de Verano, febrilmente, dando clases de esto y de lo otro y ganando mucho dinero.

Con Pedro vivía una tía suya, la niña Ramoncita, y los De la Selva, Salomón, Rogerio y Roberto. Fuera de ellos, sus amigos habituales eran Daniel Cosío y Eduardo Villaseñor, con quienes pronto intimé y que acogieron al recién llegado al cenáculo sin reservas. Por las tardes, terminado el trabajo, conversábamos largamente. Pero a mí me gustaba sobre todo que habláramos Pedro y yo, y solíamos irnos hasta su casa a pie, sin que yo experimentara fatiga, oyéndole abrirme posibilidades (¿por qué no se hace usted filólogo?), relatándome trozos selectos de su profesorado en Minnesota, haciéndome preguntas intempestivas, aconsejándome lecturas o decisiones, leyendo mis últimos versos con una sonrisa que yo no sabía si era de burla o de aprobación. Inventó entonces una sección nueva en *México Moderno*, “Repertorio”, a cargo de Salvador Novo, para la cual me daba todo el material, y bajo su dirección emprendí la *Antología de cuentos mexicanos e hispanoamericanos* que publiqué en 1923 y una edición, que no vio la luz nunca, del *Libro Koheleth*, vulgarmente conocido por el Eclesiastés.

Partió entonces, con Vasconcelos, a la América del Sur, a llevar una estatua de Cuauhtémoc. Tardó unos meses en volver. Mi adolescencia disipada le contrarió al regreso y prácticamente reñimos a tiempo que se disolvía aquel núcleo incongruente de encontradas envidias que Vasconcelos patrocinó durante su ministerio. Cuando el tiempo pasó le envié mis libros nuevos. Siempre me había aconsejado que aprendiera a escribir como Carlos González Peña y aun para ello me hizo colaborar con editoriales en *El Mundo*, de Martín Luis Guzmán. Yo quería saber si *Return ticket* ya alcanzaba ese estándar y se lo pregunté en una carta.

Se sienta, cruza una pierna y con los brazos apoyados en el sillón, une por la punta los dedos de sus manos y los separa mientras, como al descuido, me observa penetrantemente.

—Fumo mucho estos deliciosos Gianaclis que he comprado en Florida. ¿Y cómo me encuentra a mí?

—Usted ha dicho tanto en lo que escribe que está viejo, gordo y calvo, que la verdad uno espera que lo esté, pero no… ¿Quién me dijo? Ah, sí, Anita Brenner me dijo una vez, con esas figuras literarias que de repente le salen, que había visto en México pasar a una persona que

tenía la cara de Salvador Novo, pero luego, a partir de ella, más cara…

—Sí, llegué a estar más gordo; perdí ya quince kilos.

De pronto, ya no sabemos de qué hablar. Sería impertinente que yo le preguntara su parecer sobre los libros de que no me acusó recibo. Hablamos de Montevideo.

—Alguien ha dicho que el Uruguay es una provincia de la Argentina enclavada en territorio brasilero.

Ese alguien ¿será Vasconcelos? En ese caso, me explico que no lo quieran en Montevideo, en donde tienen tan buena memoria los periodistas que ahora que anduvo Ramón Gómez de la Serna en Buenos Aires, y que naturalmente iba a ir a Montevideo, los diarios se apresuraron a recordar a sus lectores que ese señor, en tal remoto año, y probablemente en alguna inofensiva greguería, había dicho tal cosa de su ciudad, y Gómez de la Serna se asustó y no cruzó el Río de la Plata.

Pedro es ahora más decididamente aficionado a las definiciones que antes. Caminamos por la calle Florida, hasta la librería de García y me dice:

—Si en vez de tener los letreros en francés los tuviera en inglés, parecería una calle de París…

¿Será suya esta definición? Él la atribuye, como todas las que me dice, a un “alguien” indeterminado, elegancia de su erudición que ya no quiere recordar los nombres de quienes cita. O acaso, como mi *Repertorio,* como la *Antología del Centenario,* suya, cedida.

—Por Florida —me explica— se hace el paseo tradicional. A cierta hora, a las cuatro, se suspende el tránsito de coches y las gentes invaden la calle. Los sábados pueden verse las más lindas muchachas. Como en la avenida Madero.

Yo le digo que ya en la avenida Madero no se hace paseo. Los coches transitan en un solo sentido y la calle se ha vuelto exclusivamente comercial. Lo lamenta y reprueba. Yo no le conocía a Pedro este aspecto de cronista documentado de las ciudades que conoce, por más que me habían referido que, en Florencia, se encerró en una biblioteca a fin de cotejar los versos del Dante que hay en las calles. Harrod’s, HARROD’S. Ya no voy a tomar té —A lo de Harrod’s como antes… He aquí Harrod’s, que depende de Gath y Chávez, tiendas enormes, aparentemente norteamericanas, pero en las cuales no tienen prisa alguna los empleados, dispuestos, como los de Montevideo, a entablar una larga plática indolente con los compradores. Todo lo contrario, detestan a los yanquis y carecen de sus productos. Todo cuanto tienen es inglés. Parece que durante la guerra el mercado inglés se suspendió porque Inglaterra estaba demasiado ocupada con Europa. Fue la oportunidad de los norteamericanos; pero los productores de primera clase también estaban ocupados y entonces los judíos de segunda clase enviaron sus muestras a la Argentina; se contrataron los negocios y al primer envío las mercancías resultaron inferiores a las muestras. Por su parte, los argentinos no tienen prisa por nada y no la tuvieron en cubrir sus cuentas con los comerciantes yanquis con la precisión a que éstos están habituados; no que no paguen, sino que lo hacen a la hora que les da la gana; y por estas dos razones riñeron, se acabó la guerra y los ingleses, que saben muy bien lo sólido del lento crédito argentino y que tienen en este país una colonia espiritual firme en virtud de que los “criollos” se sienten ingleses porque invariablemente, dentro de su largo programa alimenticio, incluyen el “té con leche y masitas” a las cinco de la tarde, recuperaron fácilmente su viejo y productivo mercado, hazaña a la que no fue ajena la teatral gira del

príncipe de Gales.

Incurramos en el té de las cinco, desde el Comega Club cuyas ventanas muéstranos Buenos Aires como un álbum iluminado. Frente a los sándwiches transparentes, pero descomunales, a los pasteles franceses, "masitas", no puedo reprimir mi angustia. *They are so fattwing!*

—*Yes, but you can't resist them. Can you?*

Ahora iremos en taxi hasta Palermo. Pedro me muestra la excelente escultura que hay desparramada en las calles de Buenos Aires, Rodins, Bourdelles, el Centauro Herido y un terrible merengue que la colonia española obsequió y que fue construido, naturalmente, por Querol.

Pasa un camión. Lo maneja un hombre de brazos desnudos, rostro duro, boina vasca.

—¿Se fijó usted? —me dice Pedro—. ¡Qué curioso! Ese chofer parece un Zubiaurre.

La hija mayor de Pedro dibuja. En el Louvre tuvo una discusión con su hermana menor.

—¿Ves, papá? —le dijo—. A mi hermana le gusta ver en la pintura lo que se ve con los ojos.

—¿Y a quiénes ha visto acá? —me dice Pedro.

A nadie he visto. En realidad no conozco a los escritores argentinos, si a eso se refiere. Uno que otro, de vez en cuando, me envía sus libros, pero yo no puedo siempre corresponderle porque hago tan pocos ejemplares de los pocos míos, y además no pensaba nunca visitar Buenos Aires. Victoria Ocampo, Enrique Larreta, Leopoldo Lugones, todos estos monumentos vivos del mecenismo, cuyas casas hay que visitar, yo no veo realmente por qué hacerlo o por qué tratar de hacerlo. Alfonso Reyes me llevó a Montevideo una *plaquette* de Ricardo E. Molinari y me lo describió mexicanista, moreno, muy simpático, y me predijo que seríamos buenos amigos; he de buscarlo mañana para rogarle que me lleve a la imprenta de Colombo para editar el poema que hice en el mar. Me dijo Alfonso que es retraído, solitario…

—Sí… —dice Pedro.

Pero aquí hay salones, salones en que se puede conversar de literatura. En estas casas de la avenida Alvear, que son tan grandes que uno se imagina que pueden efectuar dentro de ellas carreras de caballos y en que viven una o dos personas. En una de ellas vive Rosa Olivier, una joven paralítica que ama el arte y que se hace llevar a su salón a las notoriedades mundiales que llegan por acá —Paul Morand, el conde de Keyserling o el príncipe de Gales—. En aquélla vivía el señor Alzaga, de las familias más ricas de la Argentina, y fue asesinado muy recientemente. Por lo visto, toda esa familia despierta impulsos de asesinato. Le refiero a Pedro el joven Alzaga que en el *Northern Prince* tomaba champaña y mostraba la barriga al sol, y que es sobrino del difunto. Hay aquí corte y hay rey. El rey es el presidente de la República y las fiestas se dan en cualquiera de todos estos palacios a cuyas puertas hay lacayos con fracs verdes y guantes blancos, choferes sobre Rolls Royces, también uniformados —es casi imposible ver un fordcito en Buenos Aires—. Cuando Gómez de la Serna estuvo acá hizo, entre sus greguerías, la siguiente de Buenos Aires: "Las libreas de los lacayos de Buenos Aires tienen cuatro botones más que las de cualquier lacayo del mundo".

Pero los argentinos no se enojaron.

Iremos mañana por la noche a la casa de los Rinaldini, que es uno de los salones en que se puede conversar de literatura.

Fábula, núm. 3, marzo de 1934, pp. 43-49

"EL NIGROMANTE" Y EL 16 DE SEPTIEMBRE

ESTOS carruajes aerodinámicos, estos semáforos eléctricos, esta doble circulación —velocidad máxima, 30: 50 de este otro lado— nos obligan a pasar demasiado raudamente por el Paseo de la Reforma para advertir ya en él otra cosa que la fácil velocidad de nuestro desplazamiento. Si mucho, de vez en cuando vemos, mientras nos dan el "adelante" o la "preventiva", que el carcomido sustento de alguna de las estatuas que de trecho en trecho lo adornan, en románticas actitudes ("requerían el sable insurgente, o se aseguraban al sombrero o la muleta…"), va a ser reparado, y que el héroe, cuyo nombre ignoramos, ya pende y oscila de un cadalso provisional de cuerdas y tablas. La costumbre y el vértigo de la vida moderna nos han llevado a olvidar que este Paseo de la Reforma, desde el recién podado *Caballito* de Carlos IV hasta los leones que custodian una entrada que no es ya la única al bosque de Chapultepec, es un santuario laico y al aire libre de nuestros mejores recuerdos históricos. Un discutible amor a la brevedad, a la síntesis, enfoca ostentosamente la atención del transeúnte en el monumento de la Independencia, en que arde desde hace poco una lámpara votiva cabe la cual se verifican a diario, a cierta hora, la corona y el retrato, la guardia a los héroes cuyas cenizas reposan dentro y la ofrenda floral equivalente a la que suele depositarse en las tumbas de los soldados desconocidos de las capitales europeas. Colón, en el acto agrarista de gritar "tierra", Cuauhtémoc, gran lanzador de la jabalina, el propio rollizo Carlos IV, listo a marcharse en su gran caballo del *express*, sino que no lo dejan acabar de pasar los autos, todos ellos hallan su símbolo y su común denominador en la Columna de la Independencia. Y si pasamos a su lado ya sin mirarlos, ¿qué mayor y punible olvido no correrá su velo sobre las más modestas estatuas laterales?

Hubo un tiempo, empero, en que una vida más tranquila, una menor y más ceñida población, hizo posible pensar que al darle este nombre y dotarlo de estas efigies, el Paseo de la Reforma conservaría vivo en el corazón de los mexicanos el recuerdo y la veneración de los mejores hombres de aquella época. La gente entonces, verosímilmente, paseaba, es decir, daba pasos, caminaba; no pasaba, como hace ahora. Don Francisco Sosa, Plutarco sin paralelas de aquellas vidas distinguidas, propuso, y el gabinete aceptó, que se elevaran "en nuestra calzada de la Reforma, estatuas a los hombres más ilustres de la República, debiendo designar el Distrito Federal y los estados a aquellos que, en su concepto, mereciesen tal honor". "El gobierno del Distrito designó, por su parte, a Ignacio Ramírez y a Leandro Valle, y el día 5 del mes actual (febrero de 1889) se han inaugurado estos monumentos, en presencia del presidente de la República, de las autoridades todas del Distrito y de una concurrencia inmensa", dice Altamirano, su discípulo amado, en el prólogo de las *Obras* de Ignacio Ramírez.

De los hombres de la Reforma, ninguno, sin duda, vivió su personaje más plenamente que *el Nigromante*. Desde las impresiones contemporáneas que de él nos dejaron Frías y Soto, el Lic. Sánchez Solís, D. Francisco Sosa, hasta las páginas brillantes de Altamirano y los

recuerdos confusos y emocionados con que Luis G. Urbina incluye su personalidad en *La vida literaria de México,* domina en su figura la túnica de un Voltaire que, a mayor distancia, preferiríamos identificar como un Dumas, padre. Enciclopédico, ciertamente; Altamirano enumera sus trabajos sobre materias tan diversas como la historia, la economía, la fisiología, la filología, la geología y la paleontología, la química, la botánica, la física y la meteorología, la pedagogía, la bella literatura… y la oratoria. De su labor en el congreso, Zarco nos da voluminosa y pormenorizada transcripción en su *Historia del Congreso Constituyente.* Pero también, y muy particularmente, romántico. A la distancia de casi un siglo —Ramírez nació en 1818 y comenzó a brillar muy joven—; superados los conocimientos científicos y económicos que en su tiempo asombraron y de cuya erudición hacía gala, nos quedan el poeta y el personaje. Aquél amó a Rosario, inauguró (Ara es este álbum: esparcid, cantores / A los pies de la diosa incienso y flores) este álbum que Urbina hojea conmovido y en que dejaron su homenaje Manuel M. Flores y Manuel Acuña; escribió el soneto *Al amor* y los tercetos *Por los muertos,* que Sosa califica de dignos de Rioja. El personaje viaja, perseguido casi siempre, de San Miguel Allende a México, a Toluca, a Sinaloa, a Baja California, a México, a Puebla; en todas partes funda periódicos de combate, es encarcelado, tiene que huir a veces a pie, pronuncia discursos candentes, le escribe cartas a su amigo *Fidel.* Ya lo hallamos en Yucatán, ya leemos sus deliciosas cartas escritas desde San Francisco, California o desde Mazatlán. Sus *Obras* reproducen 19 discursos suyos sobre todos los temas (La lluvia de azogue, La poesía erótica de los griegos o El trabajador y las fuerzas equivalentes, por ejemplo) que abarcaba un elástico enciclopedismo que le permitió vencer a Castelar en memorable polémica epistolar, que es un lugar común enfatizar en sus biógrafos. Buen político nato, se sirvió hábilmente de las fechas patrióticas para incluir en sus discursos la censura al enemigo del instante. En cuatro ocasiones, interesantes por la distancia que las separa y por las circunstancias peculiares en que se produjeron, *el Nigromante* hace su tema el 16 de septiembre. La primera en la alameda de México, el 16 de septiembre de 1861; la segunda en el puerto de Mazatlán, la tarde del 16 de septiembre de 1863; la tercera en la noche del 15 de septiembre de 1867, en el Teatro Nacional, y la cuarta en un breve artículo publicado el 16 de septiembre de 1871. El 5 de febrero le proporcionó, por supuesto, tema adecuado a la tesis romántica que sostuvo con mayor calor que nadie, en Mazatlán como en México. Pero el mayor timbre de su gloria como orador lo conquistó en la primera de las ocasiones mencionadas, en 1861. Dejemos la palabra a Altamirano:

> La junta patriótica de México lo designó para que pronunciara el discurso cívico de costumbre y […] en presencia del presidente Juárez, de sus ministros y de un concurso inmenso, Ramírez hizo de la tribuna mexicana la digna rival de la tribuna griega, de la tribuna romana y de la tribuna francesa, pronunciando el más bello, el más grandioso, el más admirable discurso que haya resonado en México y en la América toda, y que bastaría por sí solo para dar reputación universal a cualquier hombre. Es el panegírico más elocuente de la Independencia y de la Reforma, y una profecía de la victoria definitiva de las instituciones liberales contra sus enemigos.

Al pie de la tribuna en que hablaba Ramírez, continúa su discípulo, nos hallábamos… el eminente demócrata y orador Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto y numerosos diputados… Arriaga se apoyaba en mi brazo, y en sus arrebatos entusiastas llegó a sacudírmelo de tal modo, que temí que me lo despedazara, y me vi obligado a invocar su clemencia. El ilustre

anciano estaba fuera de sí, palidecía, lloraba y apenas pudo decirme, soltándome: “Pero, ¿no oye usted? ¿No oye usted?”

Pensamos en Hugo, el escritor político y arrebatador, en Dumas. Y este 16 de septiembre que hemos de celebrar de muy otro modo, seremos incapaces de descubrir, en nuestra rauda carrera por el Paseo de la Reforma, la estatua con que “México ha consagrado ya ante la posteridad, de un modo duradero, la gloria del eminente pensador, del inmaculado liberal, del gran apóstol de la Reforma”.

México al Día, año VIII, núm. 161, 15 de septiembre de 1935, pp. 19, 46

SIQUEIROS VS. RIVERA
DOCE ROUNDS

No hace muchos días que la atención mexicana, de suyo tan dispersa en cuestiones que no son artísticas, se centralizó alrededor de la figura imponente de Diego Rivera. Podemos llamarle “nuestro Diego”. Con “nuestro Ramón”, “nuestra Lupe” y en menor escala —la Scala de Milán, por supuesto—, “nuestro José” (Mojica), nuestro Diego ha hecho por el nombre de México más que todos nuestros embajadores oficiales, aunque algunos hagan corridos, otros propaguen jícaras y los más hagan versos. La historia artística de los Estados Unidos no conoce escándalo de mayores proporciones que el que se suscito alrededor de los frescos que un Diego, a quien se acusaba de vendido al capitalismo, ejecutó en el corazón mismo de Nueva York.

Con el dinero de Rockefeller y en su Radio City, Diego pintó a Lenin. Se discutió entonces si el artista tenía derecho de retratar a Lutero en la catedral, y el dueño de la catedral optó por borrar el retrato de Lutero, con lo que Diego volvió a México, muerto de risa y sumamente esbelto. La gente que lo creyó por un momento convertido al capitalismo volvió a ver en él al más legítimo símbolo de la pintura revolucionaria. Y Diego volvió a encaramarse en sus andamios del Palacio Nacional para terminar un fresco que había dejado sin concluir.

Pero su nombre internacional, hecho desde antes de su aventura norteamericana, creció por virtud del escándalo. Sus pinturas, en esta época de la plusvalía, se cotizaron mucho más alto. Su obra y su vida fueron objeto de una curiosidad que no saciaban las más caras y perfectas monografías alemanas, suecas. Entre las cosas que los turistas norteamericanos venían a ver a México —la Catedral, las Pirámides, Sanborns, Chapultepec y los *slumming parties*— que consisten en ir a una carpa y terminar la noche en el Salón México, contaba ahora, por modo muy principal, una visita a los frescos de la Secretaría de Educación y la compra, si el turista era rico, de algún pequeño cuadro, de una acuarela o de un dibujo. Sólo llevándose uno de estos recuerdos era completa una visita al *dear old México*.

Ahora bien, Alfaro Siqueiros se llama David. Frente a este Goliath de la pintura, he aquí que se alza, honda en mano, y le arroja la primera piedra. La piedra, como los jeroglíficos aztecas, dice cosas. Y las cosas que dice son, sin orden, las siguientes: la pintura debe estar al servicio de “las masas”; Rivera es un pintor para los turistas; sus frescos no los ve nadie

porque están en oficinas públicas por donde no pasan “las masas”. Rivera emplea técnicas “reaccionarias”, las mismas que se emplearon en el Renacimiento. Rivera pinta para los ricos, únicos que pueden comprar sus pinturas y aun sus reproducciones. *Ergo*, Rivera no es un pintor revolucionario.

El vistoso *match* comenzó a verificarse en el Palacio de las Bellas Artes, con un réferi que no sabía una papa de boxeo ni de lucha libre, y ante un público en su mayor parte compuesto de delegados al Congreso Científico —de quienes tampoco puede sospecharse que entendieran mucho de llaves ni de ganchos—. Ido este público indiferente, el de México vio los siguientes *rounds* en la Casa del Pueblo, en dos ocasiones más, y el *knockout* el día 22. Los periódicos norteamericanos (y algunos tan generalmente bien informados con *Time*, por ejemplo), se guiaron en las suyas, lamentablemente, por las informaciones que los diarios de México dieron del incidente: que habían salido a relucir pistolas, que Diego era un energúmeno. Todo lo contrario, nunca se ha visto entre nosotros controversia más pacífica. El ambiente era tan quieto en el Palacio de Bellas Artes el día que comenzaron a sacarse al sol sus trapitos que, cuando Siqueiros salió a decir, en perdonable *lapsus linguae*, que él y Rivera se habían puesto de acuerdo… el público lo creyó sin más indagar y no lo dejó su risa terminar la frase.

Nada, empero, más lejos de la verdad que un acuerdo entre estos dos pintores. Ni su divergencia es reciente. Cuando, hace ya una cantidad tal de años que me abochorna recordarla, llamé por juvenil descuido impolítico “discípulos” de Diego a quienes hacían frescos después que él, *El Machete* me llenó de improperios. Adquirí entonces la costumbre materialista de valorizar a las personas no por su ocurrencia cronológica en el espacio, sino por su presencia espacial en la cronología: dicho más proletariamente, aprendí a deducir una mayor afluencia de jugo salival en quien deglutiese mayor volumen de pinole; a convencerme de que una persona era un pintor si pintaba, un mejor pintor si sus cuadros o sus obras recibían la aprobación innegable de un más amplio mercado. El credo político en el arte es, después de todo, transitorio, porque es superable, como las viruelas; es preciso que a todos nos den para que crezcamos; el riesgo es que nos quedamos chaparritos y cacarizos por aferrarnos a las viruelas. Y en la pintura, lo importante es que el oficio y el arte, a pesar del contenido polémico que no entenderán sino los contemporáneos, sean de tal calidad, de tal extensión y de durabilidad tal que mañana puedan examinarse y admirarse con mayor delectación que hoy.

Nadie en el mundo —lo reconocen viajeros tan diversos como Morand y Aldous Huxley— ha pintado la cantidad de metros cuadrados que Diego. En este aniversario lopesco podríamos, si tuviéramos mal gusto, llamarle por claridad el Lope de la pintura mural. Pero a diferencia de Lope, cuanto pinta Diego, desde sus cuadros cubistas hasta su personal e inconfundible manera, lleva un sello de perfección técnica, de honradez artística, que no pretende epatar, ni es débil ni hijo de las circunstancias.

De un modo fácil, suave, Rivera fue destruyendo uno a uno los cargos que Siqueiros había acumulado sobre él desde una revista de la cual leía y leía viejos artículos suyos contra Diego. Al cargo de que era pintor de turistas, respondió con los documentos en que los soviets, que verosímilmente no son turistas, le encargan trabajos; al de que emplea técnicas reaccionarias (hay que advertir que Siqueiros usa para pintar una pistola… de aire), con la amarga profesión de que es igualmente cierto que desde el principio de los siglos se emplea la

piedra para construir casas. Y al de que sus muros no son visitados por la “masas” sino por los taquígrafos de Educación, bien pudo oponer el reparo de que el constante cambio de empleados y la progresiva proletarización de los mismos garantizan un renovado público a sus pinturas. En cuanto a que sus álbumes se vendan caros, él, que no es su propio editor, nada puede hacer en el caso.

Desde su inconmovida popularidad, Diego publicó como final de su controversia con Siqueiros un extraño folleto: *Raíces políticas y motivos personales de la controversia Siqueiros-Rivera*. El mortal común y corriente que lo lea se quedará asombrado al descubrir, bajo lo que él creía simple polémica sobre temas de arte (si tiene o no que ser “revolucionario” y cómo hay que hacer para que lo sea), toda una avalancha de móviles bolcheviques, leninistas, stalinistas, glóbulos rojos y leucocitos que a simple vista nadie distinguió, pero que Diego afirma prolijamente que bullen en el asunto. El público, sin duda, hubiera querido luces más netas. Pero el error está en buscarlas en una discusión, cuando no pueden salirse de la pintura. Fuera de Stalin, de Lenin, y fuera del propio Rivera que las pinta, están sus obras. Salidas de su pincel, ya ni él ni siqueiros tienen derecho de interpretarlas. A la gente le gustaría o no, y ella tendrá que calificar, que escoger entre él y Siqueiros. Porque por mucho que lo enreden, el asunto del arte es simple y claro desde la época Ming hasta el surrealismo: es cuestión de gustos. Y es el gusto de la gente lo que es, eso sí, producto de su época, de sus credos, de sus toxinas. El arte no lo es sino del genio. Y éste se tiene simplemente, o simplemente no se tiene.

México al Día, año VIII, núm 162, 1º. de octubre de 1935, pp. 12-13

NEGATIVA DE ANDRÉ SIEGFRIED

YO NO tengo la culpa de que el nombre de las personas imponga a mi espíritu misteriosas asociaciones subconscientes que, desligadas de toda razón aparente, vengan al fin a dármela. El del distinguido profesor del Colegio de Francia que nos visitó el mes pasado, André Siegfried, ofrece como pocos un sugestivo campo a este juego inocente de la que podríamos llamar, forzando las palabras, la *nomimancia*. No hay nombre más francés que el de André, ni nombre más alemán que el de Siegfried; los Nibelungos prueban esta segunda afirmación. Y son testimonio de la primera André Breton, André Gide, André Maurois, André Malraux, André Salmon para no mencionar sino, en orden alfabético, a unos cuantos de los mejores escritores modernos de Francia. El *Siegfried* de Jean Giraudoux, preciosa comedia, lleva a la escena el conflicto de las personalidades, la alemana y la francesa, que el autor de *Les États-Unis d’Aujourd’hui* no registra sino en su nombre. Porque si hay un espíritu en quien hayan cristalizado finamente la sensibilidad, la cultura, las dotes de observación profunda y de exposición precisa y graciosa que son patrimonio del pensamiento francés, este espíritu es el de André Siegfried. Y hay en él, sin embargo, un impulso viajero que es más sajón que latino, más alemán que francés. A diferencia de los sociólogos y de los pensadores europeos que no abandonaron nunca el continente, André Siegfried ha visitado detenidamente los Estados

Unidos, ha recorrido en su integridad la América Latina. De lo primero es fruto un libro admirable de penetración que en Norteamérica se convirtió rápidamente en un *best seller* con el título, bien sugestivo y norteamericano, *America Comes of Age* que traduce el más simple que él diera a *Les États-Unis d'Aujourd'hui;* de lo segundo resultó un más breve volumen, aparecido el año pasado y recientemente traducido al castellano por la editorial chilena Ercilla, con el nombre escueto de “La América Latina”.

Precedido, pues, de un renombre universal que había llegado hasta México, nos visitó el mes pasado en ruta hacia Los Ángeles, de donde se dirigirá a Nueva York para permanecer hasta diciembre y volver a París. Dio conferencias, aparecieron sus libros en los escaparates. Su estancia entre nosotros coincidió con más de un fenómeno que debe de haberle interesado, y la esencia y la forma de estos fenómenos coincidieron por curiosa casualidad con el tema de sus conferencias. Universitario europeo, le tocó, por ejemplo, presenciar la efervescencia de la Universidad de México y los debates sobre la libertad de cátedra. Explayó ante una concurrencia atenta y habituada a otros estándares la figura de los políticos franceses de la talla de Clemenceau, Poincaré, Briand, cuyo común denominador, a pesar de las diferencias políticas que los separaban, fueron la profunda cultura, la honradez intachable, el espíritu de trabajo fructuoso y patriótico. Del cofre precioso de sus recuerdos personales extrajo las mejores anécdotas para ilustrar la docta doctrina de sus conferencias; nos dijo cómo, en la democracia francesa, las izquierdas y las derechas, dotadas realmente de fuerza y de verdad apoyadas por la opinión pública, asumen mutuamente y sucesivamente una saludable función reguladora del equilibrio nacional, yendo la una a la mano de la otra cuando se excede cualquiera de ellas.

Antes que se marchara de México quisimos entrevistarlo para nuestros lectores. Sin las habituales preguntas: ¿fuma usted? ¿Cuál es su legumbre preferida? Atreviéndonos apenas a insinuar un nuevo cauce para su amable charla, preferimos dejarle el curso que él quisiera imprimirle. Y el punto de partida fue preguntarle si pensaba escribir un libro sobre México.

—No —respondió—, no tengo intención de hacerlo. Para escribir un libro sobre un país es preciso dedicar la vida entera a prepararlo.

Pensamos entonces, por contraste, en la extraordinaria facilidad con que todos los días los turistas norteamericanos confeccionan obras sobre México.

—¿Leyó usted —inquirimos—, *Anahuac ou l'Indien sans Plumes,* de Chadourne?

—Sí, y conozco a Marc Chadourne. Opino personalmente que la dosis de política del momento que norma las impresiones de Chadourne perjudicaron el éxito y la seriedad de ese libro.

Pero en fin, pensamos, Chadourne no es más que un periodista. Podría afiliarse al *racket* de los libros turísticos norteamericanos. Ha escrito, con rara celebridad, libros sobre China, Rusia y México; sobre, mejor, los acontecimientos que en estos países presenció. Cuando sus libros salen, se encuentran súbitamente anticuados. Y los libros de M. Siegfried sobre los Estados Unidos o sobre América Latina permanecen importantes y verídicos.

—¿Es la primera vez que visita usted nuestro país?

—Es la tercera. Lo conozco ya casi todo, de Yucatán a Chihuahua. Guadalajara es linda ciudad. ¿Creerá usted que reconocí el lago de Chapala, hace tres años, por la descripción que hace de él D. H. Lawrence?

—Lawrence vivió entre nosotros. Nuestro primitivismo lo embriagaba. Aldous Huxley se lo reprocha. ¿Leyó usted ya *Beyond the Mexique Bay*, de Huxley?

—No, es una de mis lecturas pendientes. Admiro a Huxley. La literatura de Lawrence, en cambio, no me parece poseer todo el valor que se le atribuye. El tratamiento que da a los temas amorosos es perfectamente sajón o, mejor dicho, protestante. Los latinos, y particularmente los franceses, no conceden a esos temas sino la importancia justa, considerándolos como una bagatela. La hipertrofia es sajona. Mire usted, por ejemplo, las revistas mismas de Estados Unidos, *Ballyhoo* y *Esquire*. Son más atrevidas que *La Vie Parisienne*. Esto debe de tener raíces psicológicas.

—¿Cuál escritor norteamericano prefiere usted? —le preguntamos una vez enterados de que no conoce suficientemente la literatura sudamericana para opinar sobre ella.

—Hay varios que admiro profundamente. Entre ellos está Sinclair Lewis. De sus obras prefiero *Main Street* al popular *Babbitt*, a *Dodsworth*, a *Elmer Gantry*. No he leído aún a Ann Vickers. Mi devoción por él me llevó a procurar conocerlo en Nueva York. Estaba muy "alegre". Y cuando le dije que se parecía a Flaubert, me miró con la extrañeza propia de quien no ha escuchado nunca antes semejante nombre. Es peculiar y admirable el desconocimiento que, por lo general, padecen los escritores norteamericanos de cuanto se relaciona con Europa. Pero en cambio conocen profundamente a su país.

Recordamos entonces la teoría sobre la Babilonia y la Metrópoli que Vasconcelos expone en *Bolivarismo y monroísmo*. Nueva York es la Babilonia; nadie se entiende, todos están solos, cada cual sabe hacer una cosa e ignora todas las demás. París es la Metrópoli. Los ciudadanos del mundo hallan en él el calor de su patria predilecta, perfecta. Fue siempre llamada por eso, con razón, el cerebro del mundo. La visión, desde París, es amplia, humana y completa, y la compañía se disfruta.

—En París —dijo M. Siegfried— florece la cultura, la literatura, el arte. Pero la política agoniza. En las provincias la política supera a la literatura.

—¿Y dónde prefiere usted vivir?

M. Siegfried tenía que marcharse a dar su última conferencia. Se levantó de su asiento y nos alargó una tarjeta: André Siegfried, París.

México al Día, año VIII, núm. 163, 15 de octubre de 1935, p. 14

LA GULA DE LA RAZA

EL DÍA 12 de octubre hizo 443 años que Cristóbal Colón descubrió América. Fuera de todas las demás importancias que este accidente implica, para una época tan marxista como la nuestra no debe pasar inadvertido el hecho de que el estómago humano iba, con ellos, a enriquecer las posibilidades de su satisfacción. Ya Aristóteles dijo que el hombre por dos cosas trabaja: la primera, por haber mantenencia; de la segunda no nos ocuparemos aquí. Famosos, variados y dilatados como eran los menús que Moctezuma Xocoyotzin se ponía a consumir, la ausencia de las vacas privó su opulencia del sabroso y frugal programa

alimenticio de don Quijote: “Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos”. Por su parte, los europeos ignoraban la suculencia del mole de guajolote. Liquidados y lejanos los tiempos en que el orador Hortensio de Roma se atrevió a comerse un pavón —ave de Juno, sagrada y rara para los griegos—, en que los *gourmets* romanos se hacían procurar y condimentar las aves más raras, se hacían servir lenguas de fenicóptero; la edad media española, según el testimonio de su poesía, se nutre con sencilla predilección de perdices. El ayuno, la penitencia religiosa, limitan su gula y su curiosidad gastronómica, que en Francia, en cambio, empieza bien temprano a florecer. El *dindonne au roti*, que hoy se sirve en todos los banquetes franceses, es bisnieto asado del guajolote que Francisco I fue el primero en probar en Europa.

Entre los platillos extraordinarios que los indios consumían a la llegada de los españoles estaban las personas. Bernal Díaz del Castillo habla con horror de los “caciques gordos” que, amén de otros pecados, cometían el de la antropofagia. Con igual espíritu deportivo que los caballeros medievales cuando salían a cazar jabalíes, los quirandíes del Plata se dedicaban, armados de bolas, vestidos de plumas de avestruz, a cazar españoles para comérselos. Por ontogénesis podemos suponer que los mexicanos no siempre, ni con gran frecuencia, se comían a sus víctimas; se conformaban con arrancarles el corazón, como aquel que hoy por hoy deshoje toda una alcachofa para no saborear sino el cogollo.

Este elegante desprecio del volumen por la cantidad se registra todavía entre los gauchos. En los barcos que llevan a Sudamérica se sirven a diario, entre los *hors d’oeuvre*, el matambre. El nombre no puede ser más ofensivo, pero el objeto a que se aplica no puede ser más inocente. En presencia del matambre, cuando uno se resuelve a pedirlo, cree uno hallarse frente a una habitual mortadela. Aprende luego que aquella leve oblea es el pedazo de carne que reside entre el cuero y las costillas de las vacas; y que tan nimia contribución es la única que el gaucho suele reclamar de la res que derriba con las bolas —especie de lazo de *cow-boy*—. Arrancada la cual, abandona al animal a los cuervos y a los cóndores, y a la admiración de los turistas, por una riqueza ganadera tan exuberante que permite sin mengua tales despilfarros. Igual admiración pone en el ánimo el “asado con cuero”, de que está llena la literatura regional sudamericana, y que consiste, como en la Biblia, en un pedazo de carne alrededor de la cual se deja un perímetro de cuero suficiente para que no se chamusque en las contracciones inquisitoriales de la velada gaucha.

La ganadería, como es bien sabido, constituye la riqueza de los argentinos. Pero suele olvidarse que conforma también su carácter. Un pueblo que come tanta carne asada —churrasco, bifes sangrientos— es un pueblo fuerte e inteligente, cuya dosis diaria de proteínas nutre adecuadamente su sistema nervioso, y puede llegar a hipertrofiar sus pasiones, como lo prueba el tango. Pensemos, por contraste, en los norteamericanos. Un elaborado sistema de calorías, vitaminas, hidratos de carbono, grasas y albúminas consumidas de prisa en una droguería, no han logrado producir sino el *fox-trot* y una esbeltez con que la muchacha del siglo XX rinde homenaje a su tía, la sufragista flaca del siglo XIX. Apenas si en el *Thanksgiving Day* la frugal comida se enriquece con un pavo al horno, cuya presencia en la mesa tiene más de supersticioso ritual que de deliberado placer.

Y es que frente a las “vacas corcovadas”, como llaman a los bura los conquistadores, que

en hostiles manadas circulaban por Norteamérica, la naturaleza sudamericana fue no sólo más dócil a la inmigración ganadera, sino infinitamente más pródiga en alimentos variados. Los macarrones que los "gringos" del Plata (llaman así a los italianos), espolvorean del mejor queso, son posibles merced a que al lado de la ganadería florece una rica agricultura. El primer "gringo" que llegó a la Argentina, Sebastián Cabot o Gaboto, sembró "cincuenta y dos granos de trigo en septiembre, y recogió cincuenta mil en diciembre", según las noticias de Gómara. Con igual asombrosa fecundidad, Domingo Martínez de Irala llevó a la Argentina, por 1555, unas cuantas vacas que hizo fecundar con un toro del Brasil; y en 125 años se había convertido en un rebaño inmenso de 25 millones de cabezas de ganado. Nuestra miserable época de depresión nos hace pensar con melancolía en aquella en que el gobierno de Buenos Aires, ante esta sobreproducción de vacas, autorizaba a los "faeneros" a salir a cazarlas mediante la contribución de una tercera parte de las bestias cornudas que derribasen.

No hace mucho que leí, en *The American Spectator,* un gracioso artículo de Leonard Rowe: "Cuisine Américaine". "Los franceses —dice— saben lograr que la carne de caballo sepa a carne de vaca. Los americanos logran siempre que la mejor carne de vaca sepa a carne de caballo." Agrega que la insulsez de la comida yanqui ha tenido una triste compensación en los distinguidos modales de que en la mesa hace gala el norteamericano. Pero se duele de que aquella civilización de los negocios y de las latas de conserva haya prescindido de la gula, y carezca, en consecuencia, de aquel calor en la conversación, que sólo resulta de una buena comida. La estandarización médica del norteamericano ha tenido, en efecto, su castigo en el suplicio de Tántalo. Los sudamericanos, desde México, hasta la Tierra del Fuego, cultivamos en cambio, si no otro rasgo común de raza, cuando menos el de una gula satisfactoria. Aparte de los infinitos platillos autóctonos que nuestro país conserva para delicia y gordura nuestra, y que ha solido exportar, como los pavos, nuestro suelo fecunda y vivifica cuanto trajeron los hambrientos compañeros de Colón y de Solís. Los franceses nos han dado la fórmula de su complicación culinaria, los españoles su enorme estómago, los italianos sus helados y su *spaghetti*. Como en los tiempos que describe Martín del Barco Centenera, en los 28 cantos de su poema histórico sobre *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los reinos del Perú, Tucumán y Estado del Brasil,* el dinero argentino les permite a los ricos criollos una elaborada etiqueta que pinta de civilización parisina su troglodismo carnívoro. Si no un hombre universal, el sudamericano es un estómago planetario. Se desayuna sobriamente, café con leche y pan con manteca, sin fruta; a las 11 come jamón y bebe vermouth; almuerza a las 2 macarrones italianos, carne argentina; bebe a las 5 té inglés, vuelve a comer jamón y a beber vermouth a las 7 y a las 9 vuelve a comer macarrones, churrasco, etc. Y a las 3 de la mañana lo encontrarán discutiendo acaloradamente, mientras *siente* un tango, y bebiendo a lentos sorbos el mejor café del mundo, con mucha azúcar, que es el café que el Brasil vive de exportar y es perfectamente feliz de consumir después de una comida insuperable.

México al Día, año VIII, núm. 164, 1º. de noviembre de 1935, pp. 18-19

LOS FEOS CONCURSOS DE BELLEZA

COMO todas las cualidades, estimables o no, la belleza física puede adecuadamente medirse por su universal reconocimiento. ¿Pero es que el *gusto*, en ésta como en cualquier otra cuestión objetiva, no juega un decisivo papel subjetivo? En ninguna época como en la nuestra han dispuesto las mujeres de un equipo más perfeccionado para su presentación, diremos, mercantil, sin implicar que sea mercenaria. La ciencia y el arte están a su disposición para corregir defectos, para realzar singularidades amables en su rostro, en su cuerpo. Dentistas, masajistas, maquillistas, modistos y zapateros se desviven por ataviarlas cada vez mejor —o cada vez más costosamente—. La industria del comercio (porque convendréis que el comercio es también una industria) ha extendido progresivamente sus complicaciones para enredar, con la apariencia de simplificarla, su *toilette*. Las trenzas y los sencillos tirabuzones de nuestras abuelas, ingenuo marco de una faz candorosa y bien enjuagada, han dejado por siempre el sitio a un elaborado *croquignole* al aceite, en cuya confección nuestras amigas pierden, en elegantes "tiendas de belleza", para traducir literalmente, mucho tiempo cada semana, y ocasionalmente, cuando el aceite no es importado, el propio cuero cabelludo. Una vez aderezado, guisado, su pelo, cualquiera que sea la cantidad de éste que les quede y el color que hayan decidido otorgarle para la temporada, la depilación dolora de las cejas, la imposición de pestañas adoptivas, la loción en los ojos, el exprimido de la nariz, la mascarilla de barro y el *rouge* más o menos a prueba de estropicios, no son sino el prólogo de un consuetudinario cuidado, que se extiende, literalmente, hasta las puntas de los dedos barnizados. Un observador superficial podría pensar que, dueña de tan amplios recursos, ninguna mujer dejaría de ser una Venus de Milo con sombrero. Pero la industria del comercio no la abandona ahí. El encanto femenino parece no acabar de localizarse en un maquillaje perfecto, en un rizado permanente. No es cosa tan sencilla; Etelvina, por ejemplo, es una muchacha encantadora, inteligente, de muy buena conversación. Sin embargo, en los bailes a que la invitan, nadie la saca a foxtrear. ¿POR QUÉ? Ni sus mejores amigas se lo dirían; pero la pobre, en medio de todos sus perfumes, se ha olvidado de hacer gárgaras con una sustancia astringente y mentolada que, al suprimir su mal aliento, tan desalentador, le abra las puertas del éxito social y epitalámico. O fijémonos en Toribia: no sabrían decir qué les atrae en ella, todos esos admiradores que la rodean. Es malcriada, brusca… PERO EL ENCANTO ESTÁ EN SU CUTIS. ¿Y por qué Rupertita, tan mujer de su casa, tan fiel a su novio, estuvo a punto de quebrar con él para siempre? Porque *Mum is the word*.

De suerte que la ciencia descubre cada día nuevos ingredientes para la plena realización de la belleza femenina; averigua y se los comunica, cuántos gramos exactamente hace engordar un fideo, cómo borrar la pata de gallo y de qué manera reducir el abdomen. El resultado de tan inteligente organización, pensaría el observador superficial, tendría que ser una universal belleza.

El resultado, por desgracia, no es la belleza universal, sino la universal estandarización del tipo femenino. Tres meses después de que Joan Crawford estrena un traje que le ha diseñado Adrián, Etelvina, Toribia y Ruperta, aficionadas a crisálidas, se envuelven en ese mismo traje, adquirido en abonos fáciles en una céntrica casa importadora. Si no miente su lógica, que es la misma de las "tiendas de belleza", lucirán tan guapas como Joan Crawford. Pero bien sabemos, acá entre nos, que están muy lejos de lograrlo, por más que, como a cada puerco le llega su San Martín, a cada capillita su fiestecita, y nunca falta una media rota,

etcétera, etcétera, sus Clark Gables locales las encuentran correspondientemente tan adorables.

Entre la belleza y el maquillaje —parece infantil subrayarlo— hay toda la diferencia que separa la vida del teatro. Cuando Fedro discute con Sócrates para hallar una definición de la belleza, quedan de acuerdo en que ésta reside en el alma. Pero suena ya tan remoto invocar a una autoridad platónica ahora que el alma está en entredicho, que preferimos guiarnos por la más materialista orientación de, por ejemplo, Havelock Ellis. En su obra magna acabamos de convencernos de la imposibilidad de llegar a una definición universal del tipo de la belleza femenina. La endocrinología se ha puesto a obrar dentro de todos los seres para indicarles, ante la presencia de su platónica mitad, que nacieron el uno para el otro en distintos rincones de la tierra —en rincones distintos, pero no muy distantes—. Descontadas las razones escuetamente políticas que pudiera haber para el caso, es dudoso que Mussolini encontrara hermosa a la emperatriz de Abisinia, o que el Negus gustara de la señora Mussolini. Y sin embargo, no cabe dudar que dos dictadores tan poderosos habrán elegido para compañeras de su arrogante existencia, a las mujeres más bellas que encontraron. Lo que prueba, convincentemente, que en gustos no hay nada escrito.

Sujetos como estamos a una estandarización aplastante, que invade todas nuestras potencias, hemos llegado, por virtud del cine, a encontrar bellas a sus artistas, más que por elección por imposición. Para explicar esa misteriosa atracción que prescinde de lo estándar cuando admira a una mujer de boca enorme, de voz ronca o que por algún lado escapa a los cánones aceptados de la belleza, se han inventado los términos “IT” o *sex appeal*, para lo que Havelock Ellis llama, más científicamente, cuando se produce ante el objeto elegido, la “tumescencia”. En su producción radica, en última instancia, la calificación arbitraria, pero la única justa, de la belleza, que es individual siempre.

Porque resulta imposible poner a nadie de acuerdo sobre la belleza de una mujer. Los concursos que sobre tema tan seductor se han verificado hasta la fecha han dejado descontento a todo el mundo, o a la mayor parte del mundo. Las razones personales pueden ser tan amplias que asistan a todo un país, a toda una raza, pero no pueden convencer a todas las razas. En éstos, como en otros concursos, no por más pintorescos menos ridículos, una predisposición endocrina puede inclinar a los jurados a admirar y premiar un adefesio, en la seguridad de que los compatriotas de la agraciada se sentirán muy confortados; quien feo ama, hermoso le parece, de tal palo tal astilla, para los toros del Jaral los caballos de allá mismo, etcétera. Pero juzguen nuestros lectores del juicio del jurado que otorgó, el 30 de septiembre pasado, en Bruselas, el título de Miss Universo a la Señorita Egipto, con su arqueológica sonrisa. Y entre ella y Miss América, o Miss Hungría, o cualquiera de las otras, díganme, con el corazón en la mano, francamente…

México al Día, año VIII, núm. 166, 1º. de diciembre de 1935, pp. 36-37

TEPOZTLÁN, SU LEYENDA Y SU REALIDAD LEGENDARIA

EL ETERNO problema de los domingos, en que no sabe uno qué hacer, puede ya solucionarse marchándose a Tepoztlán en vez de irse a Cuernavaca. Un turista extranjero es capaz de equivocar este lugar, tomándolo por aquel otro al que una simple o, insertada a la mitad de su nombre, le ha dado el famoso convento churrigueresco en que comenzó a estudiar *el Pensador Mexicano* a fines del siglo XVIII, aquel cuyos altares llenos de obesos serafines y cuya ornamentación exterior uno admira tanto que la compra en tarjetas postales y se las envía a sus amigos del extranjero como la mejor muestra del arte colonial.

Pero Tepoztlán está por otro rumbo. La carretera que lleva hasta allá parte del kilómetro 71 de la que lleva a Cuernavaca. Después de una hora de pensar en lo estupendo que sería que la calle de Bolívar fuese tan ayuna de baches como el camino fresco y limpio de Cuernavaca, y cuando ya se distingue su entrada, da uno vuelta a la izquierda y se sume en meditaciones menos optimistas. El polvo que le echa encima el coche que va adelante le agria el espíritu por un momento y le impide, hasta que no resuelve adelantarse a él, comenzar a admirar el paisaje tropical. No son más que 18 kilómetros, que muy bien pueden hacerse en 10 minutos, en virtud de que no hay motociclistas por el rumbo. Y tras de atravesar los arcos de flores —flores de un día, del día de la inauguración oficial de la carretera— de los pueblecitos anteriores a Tepoztlán, que por supuesto tienen nombres irrecordables, llega uno al pueblo.

El pueblecito no tiene importancia comercial. Las mujeres que ya conocemos y que vio Huxley en todas partes, sentadas frente a tres tomates escrofulosos, junto al pequeño tendero de paliacates y collares de papelillo: las tiendas "de todo", con su olor peculiar a despensa llena de camarones y petróleo. Al fondo de esta plaza pública, la iglesia, con su enorme atrio, sobre cuya puerta unos bajorrelieves preciosos, ángeles estilizados con reminiscencias góticas, son lo único que se ha salvado, conservándose a pesar de la oficina que conserva los monumentos. El convento lo ocupan los soldados y las soldaderas ponen sobre los muertos enterrados en el atrio, si no las coronas, sí los comales. En los extremos del atrio, la ruina más lamentable se ha apoderado de la arquitectura.

El interior de la iglesia está bizarramente decorado con chillones verdes y rojos, gratos quizá a los indios y pintados sobre el caliche que ha sepultado para siempre los frescos que los expertos suponen que originalmente llenaban los muros. La nobleza, la majestad de líneas de este convento erigido por los dominicos padece en el interior de lo que queda de él la presencia de los cristos frankensteinianos que todavía hacen uno que otro pequeño milagro, como consta por los que adornan, de plata, sus vestiduras.

Pero, en Tepoztlán, la arquitectura humana es lo de menos. Es el paisaje extraordinario —arquitectura sobrehumana— lo que absorbe y asombra. El grupo de cerros que se conoce con el nombre de El Tepozteco adopta las formas más extraordinarias. Un director de películas truculentas, que quisiera dar a su público la imagen pujante y sombría de un fuerte, de un hacinamiento de castillos mágicos, no tendría sino que hacer fotografiar, desde los ángulos convenientes, aquellas montañas construidas por los genios.

En una atmósfera así de irreal nació, según me refieren, un hombre a quien llamaron *el Tepozteco*. Era hijo de una princesa india a quien el suceso consternó de tal suerte que, al nacerle, lo arrojó por las montañas más empinadas. Pero los magueyes no le hicieron daño alguno y el pueblo, asombrado de la resistencia de la criatura, lo rescató.

Era, después de todo, natural que *el Tepozteco*, que se había salvado tan milagrosamente

de morir, se dedicara con fruición a hacer más milagros. Sus contemporáneos lo tenían por brujo. La fama de este Niño Fidencio llegó a oídos de Cortés, que lo hizo llamar para que resolviera el complicado problema de hacer subir hasta las torres de la catedral las pesadas campanas. *El Tepozteco* llegó, pronunció unas palabras mágicas, brotó una humareda, y las campanas subieron solas y empezaron a publicar el milagro con sus lenguas de bronce.

Fuera de estas leyendas, cuya autenticidad me apresuro a no garantizar, y de la legendaria realidad de sus montañas únicas, que puede el lector comprobar en cualquier momento, Tepoztlán parece haber sido un valioso centro de actividad revolucionaria durante la vigencia de Zapata. Hace tiempo que conocí a Tranquilino Hernández, obrero de los Talleres Gráficos, de sangre indígena, de gran perspicacia y de admirable tenacidad. Tranquilino era de Tepoztlán y me hablaba siempre con elogio de su patria chica, de la que había salido para incorporarse a la Revolución.

Y, finalmente, Tepoztlán ofrece, para pasar ahí algún domingo, una ventaja única: sus habitantes no están "preparados para el turismo". Lo que quiere decir que no hay manteles de colores en las mesas en que uno va a comer, porque en primer lugar no hay mesas. Si uno no lleva que comerse (como hacen los turistas profesionales en su fordcito flamante y no del todo pagado), tendrá que ir a ver si doña María le da un bocado. Doña María aguarda a que uno busque en que sentarse —una caja de jabón, un bote, una piedra— y entonces le manda sopa, huevos, carne y frijoles.

México al Día, año VIII, núm. 170, 1º. de febrero de 1936, p. 11

DEL CASINO ESPAÑOL DE MÉXICO[*]

EL CABALLERO señor José Crespo, anfitrión del restaurant del Casino, atendió solícito nuestra invitación, presentando a nuestros amables lectores este plato maravilloso, a la altura de la merecida fama de la cocina española, Pechugas trufadas.

La carne blanca de las pechugas, libre de grasa y de tendones, se apoya como un suave turrón sobre un montículo de puré de papa en que la mantequilla y la sal han desleído su sabor en las proporciones justas. Este puré da forma y solidez al platillo a la vez que acompaña, como el pan, su degustación. Las pechugas de pollo están rociadas con salsa Chamela, compuesta de queso rallado y bechamel blanco, que añade a la suavidad de su carne, a la vez que la decora, un gusto más refinado y discreto que el de la mantequilla y mucho más grato que el de la fuerte mostaza. Los jitomates, cortados y vaciados en forma de canastilla, están dispuestos simétricamente alrededor del plato como los cuatro puntos cardinales del bien comer. Van rellenos de paté de *foie-gras,* cuyo color entona y contrasta con el rojo vivo de los jitomates como contrasta deliciosamente su sabor intenso con la frescura de estas canastillas comestibles.

Las trufas ponen sus puntos oscuros en la decoración de este platillo frío y contribuyen a fijar su sabor en el paladar cuando se gusta. En esta sinfonía de delicias, las trufas son como las notas graves y armoniosas del *cello*.

La acidez discreta de las aceitunas está presente en las gemas de un verde antiguo que contrasta con el rojo alegre de los pimientos, cortados en tiras o en círculos de carne tiernísima.

El montículo de las pechugas está coronado por gelatina de pollo cuyo color ámbar pone en el conjunto un toque de sol y un temblor grácil y ligero de cabellera rubia.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 1, marzo de 1936, s/p

---

[*] Salvador Novo conservó entre sus papeles un volumen empastado que contiene el *Boletín Mensual Carta Blanca* de marzo de 1936 a enero de 1939. Novo señaló con sus iniciales de su puño y letra las recetas, artículos y notas de su autoría.

LA ESPUMA, FLOR DE JUVENTUD

LA FUERZA, la pujanza, la juventud, en una palabra, pueden determinarse por síntomas indudables. Como la quietud cenagosa y espesa de un pantano es la antítesis muerta de un mar lleno de vida, la inmovilidad, la melancolía de la vejez contrastan con el alegre dinamismo de la juventud.

¡La espuma del mar! Como un titán avanza su empuje hasta la playa, lleno de voces triunfales. Y antes de retirarse, abandona en la leve arena el homenaje inmarcesible de su espuma, lauro del vencedor.

Cuna de héroes y dioses, Venus nación de la espuma, canto intangible y mudo del agua, ya enjoye con su nitidez la infinita corola del océano, ya salte en perlas desde una vertiginosa catarata.

Como las cabelleras abundantes florecen sobre las frentes jóvenes y erguidas; como la magia de la flor proclama la juventud de las plantas y anuncia su más selecto fruto, la espuma que corona un delicioso vaso de cerveza Carta Blanca encanta la mirada y atrae la mano. La espuma no se bebe, no puede tocarse sin disiparla. No *existe*, prácticamente, para otro sentido que la vista. Y sin embargo, su ausencia es imperdonable. Porque es un símbolo efervescente de vida —flor, sonrisa— y, cuando nuestros labios la tocan, anticipamos la fresca delicia que debe inundar a la playa cuando recibe el beso pujante y disuelto en perlas de las olas. S. N.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 1, marzo de 1936, s/p

EL HOMBRE FRENTE A LOS DIOSES

"LOS CIGARRILLOS", decía Wilde, "son un placer perfecto porque no dejan nunca completamente satisfecho".

Este epicúreo aludía sin duda, más que a lo que entendemos por satisfacción, al hartazgo. El hombre ha buscado siempre, en efecto, en la naturaleza, fuera del alimento de su máquina fisiológica, el moderado estímulo de sus mejores facultades espirituales. Ha ejercido así el "acto gratuiro" que lo distingue de los seres inferiores de la creación, irracionales esclavos de su instinto. Está en su mano dejarse arrastrar a la intoxicación y al suicidio, pero está en su inteligencia modular, gobernándolo, el ritmo de su euforia.

Entre el mundo antiguo y el moderno —entre el hado y el libre albedrío— ¡cuántas diferencias percibimos! Funda Baco una civilización del viñedo. En su honor hombres, mujeres y niños se embriagaban torpemente y escuchan aterrorizados el oráculo por medio del cual los dioses dictatoriales les imponen un destino fatal, inescapable y al que no se atreven a oponerse. Con toda la gloria trágica de su arte, el espíritu griego —la civilización del viñedo — estaba llamado a sucumbir.

Porque ya asomaba, rutilante y vigorosa, dueña de su mejor destino, la civilización del grano que daba fuerza a los celtas. El emperador Julián los reconoce, implícitamente, cuando eleva un canto a la cerveza y, con una amarga ironía que no había de salvar su imperio del

derrumbe, afirma que los celtas *“por falta de uvas la hicieron de granos”*.

Es evidente que al confeccionar la cerveza y preferirla al vino, la humanidad había realizado dos valiosísimas conquistas: en lo material, la riqueza agrícola y el equipo técnico que le permitían elaborar una bebida nueva y común, de diario y general consumo, que estimulase sin riesgos sus fuerzas. Y lo que es aún más importante, en lo espiritual, la aptitud de juzgar y de preferir (dicho de otro modo: el libre albedrío) a la embriaguez innoble de las bacanales, la lucidez del juicio, el optimismo sano y constructivo que edificó, sobre las ruinas clásicas, el mundo moderno.

Emancipado de la tutela de los dioses, el hombre moderno es el único dueño de su destino. Administra juiciosamente este tesoro de la vida que ha quedado en sus manos y lo disfruta, enriqueciéndolo, en dosis que cumplan, sin hartazgo, la satisfacción de todos sus momentos.

Por ello dispone de la cerveza —placer perfecto, porque nunca harta—, legado de la raza más próspera y feliz, más libre y más fuerte. Sabe bien que al beberla no rinde pleitesía a otro dios que el que en sí propio aloja; y que lejos de escuchar, resignado y beodo, un fatal oráculo, su frescura y su claridad le harán ver una vida que es por completo suya a través de un cristal áureo.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm 1, marzo de 1936, s/p

DEL CASINO ALEMÁN DE MÉXICO

CON amabilidad exquisita accedió don Pablo Weigle, administrador del casino, a nuestra invitación para presentar a nuestros lectores un platillo especial, ofreciendo a ustedes este extraordinario *Schweden Platte*.

He aquí un plato frío en el que se han reunido sabiamente las carnes más finas y los más delicados mariscos, ligando la feliz combinación en un fondo de legumbres frescas y conservas. La riqueza de colores sólo corre parejas con la de sus múltiples sabores. Sobre claras duras de huevo se ofrece la golosina del caviar negro y blanco, debidamente acidulado con limón. Estos platitos comestibles de caviar van colocados a capricho, pero con simetría, sobre los rollos de jamón de Westfalia o al lado de las rebanadas de salami y de cerbelat, que diluyen su gusto capitoso en las carnes frías surtidas —pavo, lengua, jamón— que les sirven de apoyo.

De la delicia exquisita del caviar se pasa a saborear la sustancia de los trozos de anguila y de las sardinas, que tan gratamente se ligan con las carnes frías y que ponen su nota blanca y plateada en el conjunto. Las legumbres están representadas suntuosamente en las ensaladas rusa e italiana que dan forma al platillo. Ni muy dulces ni muy agrias, se licuan, refrescándolo, en el paladar del conocedor que sabe darles su lugar en la fiesta del gusto.

El adorno de este plato suculento incluye rebanadas de betabel, trocitos de *pumpernickel*, espárragos, apio y lechuga, así como rábanos cortados en forma de alcachofa.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 2, abril de 1936, s/p

EL CRISTAL, PRISIÓN LUMINOSA

DECIMOS que nuestro deseo "cristaliza" cuando no sólo hemos logrado capturar su objeto y hacerlo nuestro, sino que podemos recrearnos contemplándolo indefinidamente. El hombre ha descubierto y cultivado el cristal con la preciada delicadeza con que cuida del don maravillosos de la vista.

Merced al cristal, las vidas infinitesimales, lo mismo que los astros remotos, nos han entregado su secreto, cautivos de la divina curiosidad del hombre. Los sabios de la India se asoman a un cristal para interrogar al futuro. Eco y Narciso se persiguen y se contemplan en el cristal sonoro de los ríos.

Al cristal va unida la idea de luz y de frescura —firmeza y luz—, dijo un poeta nuestro. El hielo polar, escaparate de muda maravilla, y el don cristalino del invierno, dio a los antiguos la inspiración de fabricar el cristal. Porque las cráteras de oro no permiten que la vista disfrute de un tesoro que, al esconderse, prescinde de la mitad de su encanto.

La historia de la cristalería para la mesa es larga y rica en superaciones y va tan unida al propósito de gozar de la vista de las bebidas que en las lenguas modernas —*verre, glass*— vaso y cristal se designan con la misma voz.

Por eso servimos nuestra Carta Blanca en una esbelta copa de fino cristal. A todo señor, todo honor. Así, al alcance de nuestra mano —fría, luminosa y transparente— nuestra mirada acaricia y penetra el secreto de su perdurable distinción. S. N.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 2, abril de 1936, s/p

DEL CENTRO ASTURIANO DE MÉXICO

Por cortesía del señor Cayetano Elorza, jefe del restaurant, nos es grato presentar para este número el huachinango al horno.

PARA las grandes ocasiones, en que se reúnen en una mesa cordial la familia y los más queridos amigos, nada mejor que presentar en medio de una charola de plata, que es como un mar brillante y quieto, la suntuosidad de este hermoso huachinango al horno.

Como un caballero medieval, cuya armadura fuera esta vez del más fino encaje, las escamas suaves, brillantes y rojas del pescado aparecen cubiertas por una decoración de mayonesa que sigue artísticamente las líneas ondulantes que lo aprisionan en el más gracioso rococó. La cabeza está señalada por un contorno adornado con alcaparras que llegan hasta los penachos del buche y que tienen la forma del escudo del príncipe de Gales. El ojo está formado por un círculo de mayonesa en cuyo centro se coloca la mitad de una aceituna rellena, y de la boca cuelga hasta afuera del platón un manojo de berros. Las líneas duras de la cola están, también, cubiertas de mayonesa rizada.

Alrededor del huachinango se colocan claras duras de huevo, cortadas en círculo o rebanadas a la mitad y decoradas con mayonesa, en el centro de algunas de las cuales se

inserta una alcaparra o una aceituna. Seis rabanitos cortados en flor y distribuidos equidistantemente prometen su capitoso sabor cerca de las hojas tiernas de lechuga. Dos o tres rebanadas de tomate prestan al conjunto su frescura y contrastan con las alcaparras oscuras que rodean al pescado. La carne riquísima del huachinango, sazonada al horno, resulta deliciosa con este discreto acompañamiento de sabores que le son adecuados y este platillo, a pesar de la suntuosidad de su hermosa presentación, tiene muy poco costo.

Al servirlo, una copa de la exquisita cerveza Carta Blanca está pronta a apagar la sed y aumentar el deleite. Y se diría que su nítida espuma quisiera emular los encajes de este suculento platillo. S. N.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 3, mayo de 1936; s/p

HORÓSCOPO DEL TOPACIO

UNA de las piedras preciosas más estimadas es el topacio. A diferencia del diamante, que pierde valor si acusa, en la absoluta blancura que se le exige, el menor tinte amarillento, el topacio, que muestra en sus variedades una rica gama de tonos que van del rojo, el amarillo, el café y el verde hasta el azul, es más apreciado si es más puramente amarillo.

Hasta las minas de Transbaikailia y de Herchinsk en la helada Siberia; hasta las de Utah y Colorado en los Estados Unidos va a procurarse esta preciosa gema, hermana tan próxima del diamante que se duda si muchas de las joyas que adornan las coronas reales de Europa no son topacios blancos en vez de diamantes.

El topacio es sensible a la temperatura. Como si añorara su gélida cuna siberiana, se marchita en un color rosado si se le somete al calor. Una temperatura que no le es adecuada, como la que rige en Brasil, le ha dado al topacio que se produce en Ouro Preto una palidez tal que ya no se le reconoce. Es, blanco o ligeramente azul, el “aguamarinha” que fulgura en los escaparates de la Rua D’Ouvidor, en el ensoñado Rio de Janeiro.

Los más antiguos horóscopos asignan el topacio como amuleto a las personas nacidas en diciembre, bajo el signo de sagitario y la advocación de Júpiter. Portarla anima la conversación y facilita los negocios, a que pueden dedicarse con éxito seguro quienes estén bajo su patrocinio.

La cerveza Carta Blanca tiene el color exacto de los más apreciados topacios y participa de su condición en que, como ellos, alcanza en la refrigeración su madurez más perfecta. Pero, topacio líquido, supera a los otros en que logra extender los beneficios de un feliz horóscopo, animando la conversación, facilitando los negocios —a las otras 11 partes de la humanidad que no hemos acertado a nacer en diciembre.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 3, mayo de 1936; s/p

LA VIDA RURAL EN INGLATERRA EN EL SIGLO XIII

UN DISTINGUIDO anticuario inglés, Augustus Jessopp, ha conservado para la posteridad muy curiosos datos sobre la vida rural de su país en el siglo XIII. De uno de sus rarísimos libros extractamos para los lectores de nuestro *Boletín* la siguiente descripción relativa a las bebidas:

No se bebía sino exclusivamente agua, cerveza y sidra. Cualquier persona podía elaborar cerveza, sin licencia ni impuestos, y absolutamente todo el mundo la hacía a su gusto. Pero en aquellos días la cerveza era cosa muy distinta de la que hoy conocemos. Por principio de cuentas, no se usaba el lúpulo. Éste comenzó a usarse mucho tiempo después. Sazonaban su cerveza con menta y otras yerbas; pero yo no puedo asegurar a mis lectores que hubiera de gustarles si la probaran. Como cada cual elaboraba la suya, si entonces alguien consumía mala cerveza no podía culpar a nadie sino a sí mismo. Había, a pesar de la elaboración para consumo doméstico, infinidad de expendios de cerveza en el campo; y tengo la pena de confesar que los cerveceros de entonces tenían muy mala reputación. Lo cierto es que muy a menudo se veían en enredos, y que de todos los delitos castigados con multa, ninguno es más común en la jurisprudencia de entonces que el de vender cerveza en medidas falsas.

¡Cuántas de estas observaciones siguen siendo válidas para nuestros días! La elaboración de la cerveza en muesro siglo se ha perfeccionado y ha pasado, de industria casera, al dominio de los técnicos. Pero ahora, como entonces… si alguien consume mala cerveza, no puede culpar a nadie sino a sí mismo. Y adoptadas las botellas estándar como medida para la venta de la cerveza, el fraude ha huido a esconderse, de la medida, en la calidad. La multa la paga el paladar de quien elige una mala cerveza. Por eso los conocedores exigen, en el campo como en la ciudad, que la botella de cerveza que se les sirva ostente el visto bueno de una etiqueta Carta Blanca.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 3, mayo de 1936; s/p

DEL CÍRCULO VASCO ESPAÑOL

Pierna de ternera a la parisiense

POR galantería del propietario del restaurant del Círculo Vasco Español, el caballeroso don José Moscoso, presentamos al deleite de nuestros lectores esta obra maestra del arte culinario, confeccionada por el prestigiado *chef de cuisine* Celso Rivera, afectuosamente conocido por *el Negro*.

Hay edificios (o, mejor dicho, estilos arquitectónicos) que se nos antojan comestibles —tal el barroco— y en cuya admiración no sólo intervienen nuestros ojos, sino una vaga sensualidad palatal. De igual modo, la presencia majestuosa de esta finísima pierna de ternera, tan bellamente decorada, comienza por dar a nuestros ojos la fiesta “en grande” que gozaremos al partirla y gustar de sus rebanadas. Ésta sí es, verdaderamente, una arquitectura comestible que no ha de defraudarnos.

A la carne suculenta de la ternera se le han embutido trozos selectos de gallina y de cerdo

en la más fina trilogía, ligando sus sabores con el vino blanco en que han sido guisadas. Hasta aquí el secreto de su sustancia. Pero en seguida acuden las legumbres a decorarla: toda obra maestra merece la flor natural, y las flores naturales de ésta están hechas de betabel rojo y jugoso, de zanahoria y de nabo. Los estípites que la coronan están fraguados con verduras a la jalea, en moldes, y por encima de la pierna, como capas geológicas, corren cordones de mantequilla y yema de huevo, y de jalea. Los champiñones abren sus pequeños quitasoles en un paisaje artificial en que el perejil fresco pone su alegre verde y deja su discreta insinuación en el gusto.

Mire el lector cómo los tenedores se tienden, como manos en ansiosa solicitud, hacia la regia fuente: cómo las dos graciosas banderas proclaman el triunfo del arte culinario y con qué nítida frescura se ofrecen a su lado, custodias imprescindibles de la buena mesa, las copas rebosantes de la exquisita cerveza Carta Blanca.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 5, julio de 1936; s/p

PASTEUR Y LA CERVEZA

LA VIDA de Louis Pasteur es el más alto y noble ejemplo de lo que puede realizar el genio científico en bien de la humanidad, cuando se pone a su servicio. La higiene preventiva, la inmunización por medio de la vacuna y el control de las enfermedades por el conocimiento de los microorganismos y el proceso de sus transformaciones, en una palabra, la medicina moderna, se deben a la tenacidad feliz de sus descubrimientos e investigaciones minuciosas, iluminadas y lógicas.

Para dar el golpe de gracia definitivo a la teoría de la “generación espontánea” que prevaleció hasta su tiempo, y fincar la biología sobre bases firmes, comenzó por el estudio de las fermentaciones que, gracias a una práctica muchas veces milenaria, nos dan el vino, la cerveza y el queso, y que hacen esponjar nuestro pan; productos que hasta entonces se hallaban expuestos a una descomposición súbita que nadie sabía explicarse, ni impedir, ni prever.

La guerra franco-alemana de 1870, al despertar el patriotismo de Pasteur, suscitó en él la ambición de servir a su país mejorando la calidad de la cerveza francesa frente a la alemana, que era incontestablemente superior. Sirviéndose del microscopio, descubrió en las cervezas descompuestas los diversos microorganismos responsables de la imprevisible y cuantiosa pérdida industrial, y formuló la técnica de la conservación que los ingleses y los bávaros se apresuraron a aplaudir y adoptar.

El término *pausterización,* hoy corriente para otros productos inmunizados, aparece por la primera vez aplicado a la cerveza. ¡Qué mayor homenaje para un sabio que el de incorporar su patronímico al tesoro lingüístico del mundo!

Con sus *Estudios sobre la Cerveza,* aparecidos en 1876, cierra Pasteur el ciclo de sus estudios sobre las fermentaciones. En el prefacio a esta obra leemos las siguientes frases proféticas: “Estos nuevos estudios descansan en los mismos principios que han servido de guía a mis investigaciones sobre el vino, el vinagre y la plaga del gusano de seda, principios

cuya fecundidad y cuyas aplicaciones, en mi opinión, son ilimitadas. La etiología de las enfermedades contagiosas se halla quizás en vísperas de recibir de ellos una luz inesperada…”

El tiempo no tardaría en darle la razón. Y he aquí cómo, al servir a la industria cervecera de su país, Pasteur abrió el camino que él mismo y sus continuadores recorrerían hacia la salud, bien supremo de la humanidad.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 5, julio de 1936; s/p

EL TORMENTO DE LA SED

EL GENIO de Grecia pobló su mitología de formidables personajes, símbolos eternos de todas las pasiones, apetitos y dolores humanos. Ciencias tan modernas como la psicoanálisis encuentran en el inagotable tesoro de aquella cultura material de primera clase, no sólo para su terminología (para las cosas nuevas, dice Santayana, iban a usarse nombres antiguos), sino aun para su contenido; el viejo Edipo presta su nombre y su leyenda trágica a un “complejo” que hoy estudian los sabios.

Dispersa en las obras maestras del mundo antiguo —en Diódoro de Sicilia, en Píndaro, en Homero, en Eurípides y aun en Ovidio— hallamos, con ligeras variantes, la leyenda del suplicio de Tántalo, más terrible quizá que el del propio Prometeo.

Hijo de Zeus y de Pluto —diosa de la riqueza—, rey de Sipylus en Lidia, Tántalo era admitido a la mesa de los dioses. De ella hurtó para sus amigos mortales el néctar y la ambrosía, y en castigo fue condenado a sufrir eternamente suplicios que compartía con Sísifo, Ixion y Tityos. “Porque, comenta Píndaro, yerra el hombre que cree que puede ocultarse de los dioses.”

He aquí cómo lo describe Homero *(Odisea,* XI, 582): “Vi asimismo a Tántalo, el cual padecía crueles tormentos, de pie en un lago cuya agua le llegaba a la barba. Tenía sed y no conseguía tomar el agua y beber; cuantas veces se bajaba el anciano con intención de beber, otras tantas desaparecía el agua, absorbida por la tierra; la cual se mostraba negruzca a sus pies y un dios la secaba. Encima de él, colgaban las frutas de altos árboles —perales, manzanos de espléndidas pomas, higueras y verdes olivos—; y cuando el viejo levantaba las manos para cogerlas, el viento se las llevaba a las sombrías nubes”.

No puede darse en menos lineas idea más pavorosa de la tortura inigualable que es la sed. Al recordar esta leyenda, compadecemos de todo corazón al pobre hijo de los dioses que no pudo servirse, para apagarla, de una bebida que el olimpo no conoció, pero que es hoy patrimonio insustituible de toda buena mesa: la exquisita cerveza Carta Blanca.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 5, julio de 1936, s/p

CHARLA DE SOBREMESA

CONFORME pasan los años, la conversación de sobremesa pierde cada vez más su solemnidad. Los ingleses, que pasan por ser el pueblo que cultiva los más finos modales en la mesa —la más minuciosa "etiqueta" (a causa, comenta zumbonamente un escritor norteamericano, de que su comida no vale la pena de una concentración que haga olvidarse de sí mismos a los comensales)— no toleran las conversaciones generales. Tampoco se le permite ya, como fue el uso en la época victoriana, a nadie, que al final "tome la palabra" y monopolice la atención. Nos hallamos bien lejos de los tiempos en que los discípulos de Sócrates no parecían nutrirse sino a fin de estar, al final, en aptitud de improvisar los sucesivos discursos cuyo tema daba uno de ellos —el médico Erixímaco en *El banquete*— y se prolongaban hasta el amanecer.

En cuanto al número de comensales que hace posible la cordialidad de una mesa, fue justamente un inglés distinguido, Disraeli, quien lo definió entre tres y nueve. "No menos que las Gracias, no más que las Musas", decía. En una mesa mayor de 14 personas, en efecto, las parejas "rehacen su soledad" y se desligan de una imposible cohesión. Seis y ocho, en cambio, permanecen aún lo bastante próximos para poderse oír sin alzar la voz. Diez o 12 producen demasiado ruido para que se pueda oír un relato en toda la mesa, y son pocos, en cambio, para permitir las confidencias.

Pero no todo lo hace el número en la colocación de los convidados. La charla amena y grata, brillante, sin oratoria, surge espontáneamente de una especie de comunión, de nivelación de los espíritus, de "afinación" sutil de los instrumentos al tono de la cordialidad. Y todo buen anfitrión conoce el secreto; porque lo conoce bien, sirve en su mesa la bebida espumosa, clara y refrescante que es como el viejo amigo común y querido de todos sus invitados: la exquisita cerveza Carta Blanca.

Boletín Mensual Carta Blanca, año III, núm. 5, julio de 1936, s/p

NUESTRO BIEN GANADO REPOSO

JEHOVÁ se parece a los obreros sindicalizados, no sólo en que disfruta de privilegios negados al común de los mortales, sino en que, como ellos, concluida la ruda (y hasta cierto punto inexplicable y ociosa) tarea de fabricar el mundo, descansó, al séptimo día. Zeus era más feliz que Jehová, porque nació cansado y consagraba su inmortal existencia en imaginar medios ingeniosos de divertirse, que es una forma recomendable de descanso irreductible a un día, séptimo o no séptimo. Pero sólo los grandes capitalistas, cada vez más escasos, o los obreros no sindicalizados y por ende parados, pueden imitar a Zeus Crónida, cuyo apellido dice que era hijo, pero no esclavo, del Tiempo. Las otras cuartas partes del género humano, luego de haberlo desterrado, imitamos a Jehová y vivimos un monótono ciclo que consiste en cansarnos y descansar para volver a fatigarnos, hasta el día menos pensado, naturalmente, en que sobrevenga el descanso eterno. Mientras éste llega, la noche y el domingo son sus embajadores plenipotenciarios más acreditados.

Pero, ¿sabemos cómo descansar? La actividad humana se ha vuelto tan múltiple y compleja; un acto cualquiera implica tan numerosas relaciones temporales y espaciales con

otros muchos; la red sin término ni objeto ostensible de nuestra vida se extiende por modo tan tenso de ayer a mañana, que no parece fácil interrumpir su tejido. Sin saberlo, sin proponérnoslo, obedecemos al mediocre imperativo frankliniano que nos aconseja no dejar para mañana lo que podemos hacer hoy, y nos ponemos a adelantar el trabajo futuro sin detenernos a reflexionar que mostraríamos igual obediencia a aquel mandato si lo que anticipáramos fuera el descanso. Pero no. Lo mejor, lo guardaremos para mañana; los zapatos nuevos, para el domingo, estos cinco pesos, para mejor ocasión. De este hábito de posposición de la dicha han nacido el ahorro, los bancos, la riqueza de las naciones, la prosperidad general de la raza humana. De que una Mme. Curie haya dejado para mejor ocasión asistir al *Follies Bergére* y se haya encerrado en cambio en su laboratorio, ha nacido el *radium*. Del sacrificio de unos cuantos sale la dicha de todos. Pero si sumamos a esos cuantos, no podremos menos que convenir en que somos todos, en diversos grados, los sacrificados.

Claro es que, como dicen los argentinos, "no hay nada qué hacer". Así son las cosas. La vida en común, cualquiera que sea el gracioso que la inventó, nos impone, en ciclos correspondientes al de nuestro descanso y nuestro trabajo, satisfacciones y sacrificios. Pero lo menos que podemos exigirle es que nos permita descansar "como se debe", ya que hasta para cosa tan grata y gratuita ha de emplearse este término antipático del *deber*. Demostrar —y con ello levantar mi más airada y desairada protesta— que la vida en común no nos permite descansar como debiera, es el fatigoso objeto de estas líneas.

Se llenaría un volumen con la discusión pormenorizada de los diversos medios de esparcimiento que tan estérilmente ha puesto en vigor nuestra época para despejar la mente y fortalecer el cuerpo de los ciudadanos —a fin, claro, de que vuelvan con más bríos al trabajo —. En la ciudad, los espectáculos, en que el proletario y el burgués buscan su "fuga de la realidad", incómodamente hacinados frente a una pantalla que les reparte dosis iguales de canciones, gestos trágicos y caricaturas animadas, mientras el niño de la fila inmediata diluye su paleta en su hombro o su mamá grazna concienzudamente su ración de pistaches; o los toros, del que salen mustios, sudorosos y polvorientos, o el box y la lucha libre, tan ofensiva al olfato. Fuera de la ciudad, los días de campo, ya en desuso, sustituidos por la excursión en un fordcito no del todo pagado —cuando se goza, por decirlo así— de unas vacaciones que se pasan en Acapulco o en las más cercanas sucursales de ese desfile de modelos de pijamas de cretona "floreada", sarakofs, boinas vascas y otras náuseas humedecidas mitad por el agua salada e impropia en que viven las sardinas y se meten los oficiales cuartos, mitad por la copiosa perspiración de todos los excursionistas. No ignoro que de este grupo sanguíneo pueden y deben apartarse los excursionistas a pie, calzados con grandes botas mineras, y que, por ejemplo, escalan el Popocatépetl. Pero la distancia entre unos y otros es la misma que hay, digamos, entre Mixcoac y un sanatorio particular de la misma especie, con director y todo.

El principio real del descanso es la sustracción a las actividades habituales, pero también a *toda* actividad, como ponerse a dieta no significa dejar de comer macarrones, conejo, cerdo y frijoles para hartarse de tallarines, cabrito, mole de guajolote y más frijoles, sino comer apenas lo indispensable para no fallecer de inanición —sino apenas moverse lo necesario para cambiar de postura—. Tanto vale decir que en ninguna parte puede uno descansar como en su casa, de no ser en una casa mejor, pero también suya, que su casa. Convenientemente

descolgado el teléfono, desconectado el radio, rotas provisionalmente las relaciones domésticas, se echa uno en un diván, sofá, colchón, tapete o petate, y empieza a pensar en el dedo meñique de su pie derecho, con objeto de relajar todos sus músculos, en perfecto descanso, desde los pies hasta la cabeza. Los yanquis tienen una palabra, *relaxation*, que describe como ninguna castellana este proceso. Se me dirá que significa “relajamiento”. Pero nosotros, puritanos católicos, le hemos dado al relajamiento una connotación hipócritamente moral que no cuadra al *relaxation* sajón. Si hay otra, la nación premie a quien se sirva ilustrarme, como ha premiado a mis profesores de la Preparatoria, que hoy son todos personajes muy distinguidos.

El séptimo día pasa como quiera, con un poco de pan frío, pero con más nutrida y nutritiva lectura periodística que los demás. Llega, pues, la noche de nuestro merecido descanso. Todo hace esperar que lo obtendremos. La cama limpia y muelle, la conciencia limpia y vacía. Todos los lazos que nos atan a nuestros semejantes han sido interrumpidos durante ya bastantes horas. Dejamos el libro con su señal, junto a los anteojos y el reloj. Apagamos la luz y lanzamos un hondo suspiro, ¿por qué? No podríamos decirlo, pero lo lanzamos. Y si el término “lanzamiento” evoca imágenes desagradables, digamos que “dejamos escapar” un suspiro. ¡Después de todo, dejamos escapar tantas cosas de mayor sustancia!

Pero el sueño no acude. No ha acudido más que el silencio, un silencio relativo y deliberado que zahieren de vez en cuando la primera, segunda, tercera, de los coches que pasan. Y de repente, rompe el silencio un inesperado mosquito. Cree que ya estamos muertos, como los buitres, pero antes reconoce el terreno. Volplanea, afina su violín cerca de nuestros oídos, en busca de la carne más dulce y propicia. Encendemos la luz y él huye a esconderse detrás de la cama. Volvemos a apagarla y se presenta de nuevo, con otra más airada sinfonía. Tiene, parece declarar, derecho a picarnos. ¿Cómo, si no, esperamos que viva? De todo nuestro diario consumo, deducimos una plusvalía sanguínea que no tenemos derecho, en estricta justicia, a retener ociosa, capitalistamente. ¿O acaso vamos a negar que el aire que hay en las bombas de las estaciones de servicio para automóviles es para llenar las llantas? El mosquito no quiere sino llenar sus llantas, y se irá luego. Dormiremos después. Pero nosotros no entendemos sus razones. Estamos alertas, a ciegas, para ver en dónde aterriza y lanzarle el golpe de nuestra mano iracunda y abierta. En vano. Escapa cuantas veces lo intentamos. Y, además, no tiene mucha prisa. Por mucho que aguardemos, él aguardará por más largo tiempo, ministro plenipotenciario del desvelo, del trabajo con música, de las contribuciones, del trabajo, de los ciclos económicos; y de una ciencia que, si bien ha inventado *la* radio y descubierto *el* radio, ha sido incapaz de exterminar a estos mosquitos que se llegan hasta la soledad de un Robinson provisional, deliberado y nocturno, para turbar, en representación de una sociedad en que todos tenemos que saludarnos, darnos música y un piquete cuando menos lo espere el otro, nuestro aparentemente bien merecido descanso.

México al Día, año VIII, núm. 178, 1º. de junio de 1936, p. 30

¿ES BUENO BAÑARSE?

HACE una cierta cantidad de años que yo alcé mi voz limpia en pro de la costumbre de bañarse en privado. Lo hice, sin duda, alarmado por la ya entonces creciente boga de las albercas públicas y por el auge de esa espantosa institución, a la vez nudista y marxista, que son los baños turcos. Desde entonces he meditado mucho, he consultado valiosas opiniones, y el tiempo transcurrido no hace sino reafirmarme en mi primitiva idea: si no queda más remedio que bañarnos, hagámoslo sin que nadie lo advierta.

Un sabio amigo mío, por ejemplo, me aseguraba que sólo las gentes sucias se bañaban; que los limpios no tenían para qué. Su razonamiento es impecable. Una señora condensaba su sentir en este aforismo, ya dogmático y precioso: "Más vale tierra en cuerpo que cuerpo en tierra". Pues "De limpios y de tragones están llenos los panteones".

Bañarse cuando no es indispensable presenta, en efecto, graves riesgos. Hace apenas un año que concurrí, por prescripción médica, a una alberca. Señoritas con un maquillaje a prueba de agua hacían toninas: gordas, flacas, con gorros azules o con calzones colorados. Las perseguían los jóvenes de pelo rizado y braceo perfecto, y ellas chillaban graciosamente. Apenas si me atreví a intentar una imperfecta flecha. Un espectáculo en que no me era dable participar me aburrió bien pronto, y determiné abandonarlo. Todo húmedo, abrí una puerta. Nadie espera que una puerta abra sobre una escalera de mármol, mojada y sin pasamanos. Yo no lo esperaba, y avancé. Un segundo después me encontraba en el piso inferior, con una clavícula —el ala izquierda— rota, y con el dedo gordo del pie izquierdo (con el que no escribo, porque no soy zurdo) señalando acusador al cielo.

Vendado como una momia, fui llevado al hospital. Le llaman "osteosíntesis" a lo que le hacen a uno, y consiste, en realidad, en un sencillo trabajo de carpintería desempeñado por cirujanos eminentes. Ponen a flote su hueso roto, lo amarran con un alambre como se haría con una silla en vez de comprar una nueva, y le cobran a usted 250 pesos. Días después le arrancaron los *clips* como a cualquier expediente, y usted puede volver a nadar cuando guste. Usted; yo, muchas gracias.

El lector comprenderá ahora mi aversión subjetiva y clavicular por los baños públicos. Entiendo muy bien que mi argumento no es universalmente válido. Basta, en efecto, cuidarse de las puertas cerradas sobre las escaleras para evitarse una osteosíntesis. Y si todos fuéramos a cuidar nuestras alas izquierdas, nadie saldría de su casa, todo el mundo tendría tiempo de escribir largamente sus memorias y nadie tendría qué referir en ellas. *Life must go on — I forget just why*. Y así la natación, los clavados, los gorros azules y las señoritas gordas.

Sobre todo, el día de San Juan, en que hasta los juanes se bañan. Desde sus años, hemos progresado mucho. Por todas partes, en la ciudad, los interesados pueden certificar la ascendencia marítima, anterior al mono darwiniano, de una humanidad que, como Venus, como Moisés y como Quetzalcóatl, salió de las aguas, o a ellas volvió. Es peculiar que el hombre, que representa la cima evolutiva de las especies biológicas que incluyen al pez como al ave y al asno, pruebe tan tenazmente, ahora que ya dejó tan atrás esas etapas, a reanudar su aptitud de sumergirse en la pérfida onda, mediante el *crawl*, a hacer un *looping the loop* en un avión, y a todo lo otro, con tan asombroso éxito, sobre todo en lo otro. El hombre, ese *desconocido* del doctor Alexis Carrel, contiene verdaderamente en sí todas las potencialidades, y suele ejercitarlas muy de su grado.

¿No hay toda una familia —los chicos Mariscal— de grandes nadadores mexicanos? Desde su primer clavado en la vida, saben ya bucear, respirar, reaparecer a mucha distancia. Y su ejemplo ha cundido. Id si no cualquier día, pero preferiblemente los domingos, a la alberca del Molino del Rey, oculta a los tradicionales paseantes de Chapultepec que no se bañan, y ahí veréis bañándose a la nueva generación. *Chita*, Guillermo, Toña, bajo la dirección de *el Güero* Aguilar y de la maestra Celia, han aprendido a saltar desde muchos metros, de un modo impecable. Muchachas y muchachos mezclan su alegría desnuda bajo el sol y entre el agua.

Y lo propio ocurre en las albercas del centro Venustiano Carranza, al otro extremo de la ciudad, o en el kilómetro tantos de la carretera de Puebla, o en el Agua Hedionda, de Cuautla. Un nuevo concepto de la vida parece haber soplado sobre las nuevas generaciones, limpiándolas de todo prejuicio y acercándolas a un vigorizante contacto con los elementos —el sol, el aire, el agua, la tierra—. La belleza, que es la fuerza con gracia, no se falsifica ya en los tocadores oscuros, llenos de cosméticos y de ungüentos. Las muchachas la encuentran y la conquistan al aire libre, en el libre juego de su organismo desceñido. Y en inocente paganismo, los muchachos del taller se olvidan de la máquina y dan a la de su cuerpo todas las mejores funciones de la salud.

México al Día, año VIII, núm. 180, 1º de julio de 1936, pp. 13, 59

VICISITUDES DEL PATRIOTISMO

ESTE mes de septiembre es el más pródigo en celebraciones patrióticas. Si comparamos el presente con nuestros recuerdos, sin embargo, hemos de convenir en que son cada vez menos brillantes. Los ostentosos desfiles de antaño, interminables, y que la gente salía a ver, apiñada por todo el Paseo de la Reforma hasta insolarse; para admirar la gallardía de los uniformes militares, el número y el calibre de la artillería de campaña y de montaña, han sido suprimidos. Aquellas bandas militares que iban llenando el aire de eléctrica tensión a su paso, no se miran ya desfilar; ni se escuchan las notas escalofriantes de la solemne marcha dragona, a tiempo que los enhiestos jinetes, con la espada como un sol en el brazo, hacían caracolear a sus potros.

En vez de estos desfiles, solemos presenciar ahora manifestaciones que no se les parecen, a paradas atléticas que se les parecen muy poco. Porque el traje que revisten los atletas (si así puede llamárseles a ellos y a su traje) resulta bastante inadecuado para transitar por las calles, que toman súbitamente un aspecto de baños públicos, o que a ellos les imprime un aire de prófugos de su lecho, a quien un terremoto no les dio tiempo de alcanzar una bata.

¿Y los “puestos”? Cuando nadie se había fijado en él —ni siquiera el Doctor Atl—, el arte popular mexicano celebraba por estas fechas sus perfectas exposiciones a un costado de la Alameda. Vino luego, justamente en 1921, cuando se celebraron las fiestas de la Consumación de la Independencia, la exposición que el gobierno organizó de ellas; y luego los libros de los turistas norteamericanos, que lo ensalzaron. Al tomar conciencia de su importancia, la perdió

por completo. Y ahora los puestos se instalan en el mercado Abelardo L. Rodríguez. Venden juguetes alemanes de hoja de lata, vajilla y dulces fabricados con máquinas. Y la rueda de la fortuna, enriquecida con el látigo y los aeroplanos, han ganado una guerra de secesión que les otorgó permanentemente las cercanías de Chapultepec, en un remedo de Coney Island que nada tiene de patriótico.

El patriotismo era una asignatura que iba cursándose desde los primeros años de escuela. Paralelamente con el apego al hogar, el niño aprendía a recitar: "Es mi bandera querida / verde blanca y colorada: / verde es la esperanza amada, / blanca la inocente vida, / colorada enrojecida / es la llama del amor, / es el patriótico ardor con que el niño mexicano / debe tomar en la mano / el pabellón tricolor".

Los coros, la jura de la bandera, a que iba uno vestido de blanco, tenían por fin fortalecer este sentimiento. Y venía a coronar la obra el estudio de la historia patria. Cuauhtémoc, el Cura de Dolores, el Benemérito de las Américas, ingresaban a un altar de veneración bien dispuesto en el alma de cada niño. *Pípila* nos servía de modelo ideal. Y el ejemplo de los Niños Héroes de Chapultepec, cuya inmortal hazaña se conmemora también en este mes de septiembre, nos hacía entrever una posible guerra con Estados Unidos en que tomaríamos las armas para repetirlo: "Entre renuevos cuyos aliños / un viento nuevo marchite en flor / aquí cayeron los héroes niños / bajo las balas del invasor". La poesía regaba nuestro patriotismo.

Conocíamos después, ya fragmentados y dispersos en los libros de lectura, ya directamente en sus dos volúmenes, los *Episodios militares mexicanos*, de Heriberto Frías, a que hacían *pendant* los *Romanceros de la Guerra de Independencia y de la Reforma*, en que hay versos de don Ezequiel Chávez y de muchos otros poetas: de Guillermo Prieto, por ejemplo. Su lectura nos estremecía de entusiasmo.

Existe un libro —*La vida de una institución gloriosa*— que refiere detalladamente la historia del Colegio Militar. Fundado en 1821, ha sido varias veces cerrado, pero resurge siempre de sus cenizas. Nido de águilas, se alojó mucho tiempo en el Castillo de Chapultepec, en el que existe todavía un ahuehuete llamado de Miramón porque este ex cadete, cuando lo era, iba a estudiar a su sombra. De este Colegio han salido muchos hombres notables en nuestra historia y en nuestras letras. Por ejemplo José Tomás Cuéllar, *Facundo*, el delicioso autor de esa enciclopedia mexicana del siglo pasado que es *La linterna mágica;* o Santa Anna.

Pero la más gloriosa jornada que ha vivido el Colegio Militar fue la del 47. Heriberto Frías, que dedica a esa institución el segundo tomo de sus *Episodios*, refiere cómo las hostilidades se rompieron desde el 6 de septiembre, por medio de un oficio del general Scott en que así se lo comunicaba a Santa Anna. El objetivo de los invasores era Chapultepec, por Tacubaya y el Molino del Rey. El sacrificio, el holocausto de aquellas jóvenes vidas ocurrió el día 13. Las flamantes colonias en que ha crecido la ciudad por Chapultepec han dado a sus calles el nombre de esos cadetes: Juan de la Barrera, Agustín Melgar, Juan Escutia, Vicente Suárez, Francisco Montes de Oca. Y en la ex terraza de la emperatriz Carlota, tibio y alto jardín en que quiso emular al Pincio de Roma, se ostenta hoy, también en recuerdo de aquel día, un monumento sobrio y sólido a los "Aguiluchos de Chapultepec".

Los tiempos cambian y los odios se olvidan. Si hoy un general Scott —con ese pintoresco nombre de emulsión— determinara atacarnos, la carretera México-Laredo facilitaría

enormemente su maniobra. Pero ni lo piensan, ni los cadetes del nuevo Colegio Militar olvidan la lección de sus antecesores.

Como la civil, la instrucción militar moderna incluye mucho los deportes. Y los cadetes del actual Colegio Militar cuentan entre los que practican, el *rugby,* o *foot ball* americano. Quizás, en sus tumbas, Juan de la Barrera y Agustín Melgar no vean con muy buenos ojos los partidos de ese juego, y den en ellas media vuelta a la derecha cuando se juegan. Pero el patriotismo no es una práctica superficial, sino intrínseca, y sus manifestaciones van cambiando con el tiempo. Eça de Queiroz pedía que se hablasen los idiomas extranjeros "patrióticamente mal".

México al Día, año IX, núm. 185, 15 de septiembre de 1936, pp. 11, 59

EPÍSTOLA PUERIL Y ORNITOLÓGICA

A LA señora Adela Formoso de Obregón Santacilia:

Muy distinguida señora: su gentil invitación a colaborar en el número que desea usted consagrar al niño en *El Heraldo Dominical* me sorprende en medio de absorbentes trabajos sobre las aves en la Poesía Castellana. La acepto, desde luego, agradecido, y a su hospitalidad dirijo estas líneas, trazadas a vuela-máquina, que en algo irán a parar si, como Adler certifica, uno enfoca el propósito y el subconsciente a quien Socrátes llamaba el demonio, procura la realización. Sólo que, en el goce de la libertad que su carta me otorga, no hablará precisamente de niños humanos. Mi experiencia inmediata y la premura del tiempo me lo impiden. Yo lo fui, verosímilmente, pero no es ocasión de prosificar una biografía que ya dejo para que no la entienda nadie, en *Espejo* y no me he duplicado en *vástagos,* como se decía cuando se hablaba mejor, en que, falaz Narciso, pudiera hoy mirarme, como aconseja Shakespeare donde usted sabe: *"Now is the time that face should from another";* como se mira usted, en carne dulce y en albas prosas, en los suyos, y en el hermoso libro; ni doy ya clases, ni las di nunca a niños, por más que ande por ahí un cierto libro de *Lecturas* con, al lado de otro mayor, mi apellido, en la era, superada ya, antisocialista.

Ando, pues, refugiado en un pasado no mío solo, en que no juegan niños. La poesía castellana, que yo recuerdo, no los incluye, como destierra el teatro a las madres. Podríamos quizá mentar al Niño Judío que por igual no se asa en las Cántigas ni en los Milagros, rescatado del horno, nueva Fénix, por la Virgen solícita.

Pero es caso único, y pasivo. En sus juegos suelen aún cantar bellos romances viejos: pero no les fueron escritos especialmente. Ni siquiera las fábulas, que el siglo XVIII hizo —rehizo— en verso para los adultos, y de que éstos, en el XIX, adulteraron a los niños. El niño frecuente en la culta poesía es aquel nieto de la espuma, ciego, medio pájaro, medio niño —caduco dios y rapaz— que llaman cupido. ¿Recuerda usted?: *"Parve puer, lumen quod habes concede parenti: Sie tu caecus Amor, sic erit illa Venus".* Sus alas me vuelven al tema que me ocupa por hoy las aves… ¿Quiere usted acompañarme a mirar cómo se conducen algunas de estas personas emplumadas con sus niños?

El águila, desde luego. De los dos, de los tres hijos que suele empollar prueba, como Diego Lainez, al más valiente y digno de la altura. Ave, espartana, si cesárea, y cruel, mata a los otros dos, arrojándolos del nido, que no pudieron fijamente mirar al Sol, indignos de llevar el rayo de Zeus.

Las palomas, de que Pellicer ha compuesto tan bellos grupos. Como las tórtolas —y, por lo demás como los vulgares, si talentosos, loros— son monogramas y modelo patriarcal de familia, por mucho que Alfonso Reyes trate, en el *Plano oblicuo*, de hacer zozobrar para mal la balanza en que la historia puso siempre triunfantes sus inmaculadas virtudes. El padre y la madre, por igual, empollan. Y nacidos los hijos, ambos les prodigan sus atenciones. Cuando ya puede volar, le aconsejan que vaya a enamorar a la casta virgen que ha de ser su consorte fiel, y la casa se engrandece, y todos aplauden al volar.

¡El ruiseñor! Nunca, sin retruécano, se vio en hogar alguno más perfecta armonía que en su nido. Los padres, familia de noble abolengo filarmónico, adiestran a los chicos en el concertado canto. Les corrigen la prosodia, se callan alternativamente maestro y discípulo (el testimonio es de Aristóteles), se superan. Luego, como hizo por ejemplo Caruso, dejan sus lares por el ancho teatro del mundo.

La golondrina, hermana fabulosa de Filomena, es muda, arquitecta y turista pero madre modelo. Precursora de la Economía Dirigida, cuando alimenta a sus hijos lo hace con orden, a uno por uno, y sabe muy bien cuál ya comió y no vuelve a darle, para que no se enferme. Háganlo así las madres, y la clientela del doctor Luna Castro se verá mermada, no su prestigio.

Hay, en cambio, matrimonios mal avenidos, como entre nosotros. La pobre perdiz padece un marido iracundo, concupiscente, que hace exclamar a Plinio: *“Neque in alie animali par opus libidinis!”* Tiene que andar corriendo de acá para allá a esconder a sus hijos futuros de aquel (Soto de Rojas): “que a su consorte quince huevos quiebra, si no las fiestas del amor celebra”.

Y para terminar, digamos de la cigüeña, a quien una leyenda atribuye la conducción feliz de los niños. Ésta, cuando envejecen sus padres, los alimenta y cuida, pájaro antimarxista a quien no le importa que ya no produzcan aquellos seres. Pero dejemos la palabra a Gabriel y Galán. Lea, quien lo quiera, sus *Dos nidos*.

Téngame, Adela, por su devoto servidor.

El Heraldo Dominical, s./f. [ca. 1936].

MONTENEGRO O EL PROFETA EN SU TIERRA

En 1921 los salones del hotel Iturbide alojaron muchos óleos de Roberto Montenegro, pintor elegante que regresaba de Europa. Colgaban de los muros retratos de bellas damas alhajadas, rostros de escritores conocidos. En 1921 se celebraba la Consumación de la Independencia de México, realizada por el elegante Iturbide. Para conmemorarla, el gobierno organizó en un local que ahora ocupa la CTM —Balderas y avenida Juárez— una exposición de artes

populares, primera en dignificar los tradicionales “puestos” de jarros, jícaras, petates, de la Alameda, y culpable también de un inocente y pintoresco charrismo que años más tarde habría de involucrarse en el problema de la redención de nuestras masas. A la Exposición de Artes Populares del Centenario llevaron Atl sus jarros, Enciso sus conocimientos, Montenegro su buen gusto decorativo.

En 1921 Vasconcelos se hallaba en auge. Medicisco, se rodeaba de genios bien remunerados, los ponía a trabajar. El fabuloso Diego Rivera llegaba también de Europa y se ponía a decorar el Anfiteatro de la preparatoria con un grupo de figuras simbólicas, gordas, cuyo sentido desentrañaría don Antonio Caso en una brillante conferencia.

Cronológicamente, Montenegro es el primer pintor muralista de la nueva era. Ingenuamente confiado en que en México se podría discutir libremente, Vasconcelos se apoderó de la antigua iglesia de San Pedro y San Pablo, situó en su atrio el hoy chorreado busto del Dante y llamó a aquel lugar la Sala de las Discusiones Libres. Diligente, Montenegro acudió a realizar en ella la primera pintura mural. Vasconcelos creía también en el iberoamericanismo y en los libros. Fundó, pues, en otra iglesia, una biblioteca iberoamericana en cuyos muros Montenegro ejecutó otra decoración. Dentro de la serie de creencias de Vasconcelos, el pincel de Montenegro ilustra en el despacho del ministro de Educación la fe en los elefantes hindúes, en las bailarinas, la teosofía y Gabriela Mistral. La escondida capilla de San Pedro y San Pablo albergó mucho tiempo a un Montenegro que la cubrió de frescos vívidos, simbólicos, coronados por el zodiaco; y las decoraciones del Centro Escolar Benito Juárez, inauguradas por el propio Lindbergh, cierran el ciclo de sus actividades como pintor muralista.

Anclado en el presupuesto desde que estarlo no significaba desdoro para un artista, Montenegro viajó por la República en busca de ídolos, su manía colectiva, y de objetos de arte popular para el museo cuya fundación se le había encomendado. Aprendió a tomar fotografías, recogió miles de bellos objetos, los clasificó, y una vez organizado el Museo de Artes Populares, e instalado en el Palacio de Bellas Artes, lo dejó en manos más congruentes con la nueva ideología.

Como quien se ejercita en el cuento para luego escribir novelas, Montenegro se ejercitó en Europa en el dibujo para después consagrarse a la pintura. Sus *20 dibujos* editados en París con prólogo de Henri de Regnier, le granjearon el primer éxito, y los dibujos al *Nijinsky de Beaumont* —vuelto a editar ahora con ellos en Nueva York, para satisfacer la renaciente demanda de literatura sobre el gran bailarín— acusan ya al maestro de su oficio. Al lado de Vasconcelos y de su sucesor inmediato ilustró dos bellos tomos de *Lecturas clásicas infantiles,* y su interés creciente por las artes populares lo llevó a reunir, en un hermoso volumen, una serie de *Máscaras mexicanas.* Seducido por la ingenua belleza de la pintura mexicana del siglo XIX se dio en sus viajes a recoger sus mejores muestras, a buscarlas durante sus giras dominicales por una Lagunilla siempre llena de sorpresas, y así reunió las telas que reprodujo, con un bonito estudio en *La pintura mexicana del siglo XIX*.

“Nada artístico le es ajeno.” Lo mismo la litografía, como lo prueba su *Taxco,* que la ilustración de libros o la pintura mural, que ya reseñamos; por igual la fotografía, en que ha logrado tan grandes aciertos que nadie conoce porque Montenegro no se resuelve a mostrarlos, que la decoración teatral —el público recordará la *mise en scène* del *Simún,* en la temporada de inauguración de Bellas Artes, y quizá ya haya olvidado las del *Welded* de O’Neill que

Ulises presentó en el Fábregas en 1928—, o que el diseño de objetos de hojadelata, el espíritu siempre alerta de Montenegro encuentra fácil y ancho campo en todos los terrenos de la creación. Y al marchar al paso de todas las actividades que al artista le brindan hoy los útiles modernos, está siempre al día, vistiendo a su personalidad inmanente con las últimas galas que no logran ahogarla, sino enriquecer su expresión. Y le queda tiempo, todavía, para hacer versos, nadar, jugar al tenis, aprender inglés, manejar su automóvil y acariciar a una gatita parrandera que duerme en su estudio todo el día pero que por las noches desaparece. Cuando lo deja, Montenegro rumia su ausencia leyendo, los domingos, las aventuras de *La gata de Cicerón*.

En 1923 Dolores Asúnsolo era una chiquilla. Ya bailaba, ya era linda, y en una fiesta de caridad organizada por la señora Martínez del Río, la futura Dolores del Río bailó en el teatro Iris entre las suntuosas decoraciones pintadas por el elegante Montenegro, entre marionetas humanas vestidas conforme a los diseños de Montenegro. Catorce años después, Montenegro acaba de volver a México, luego de una ausencia de tres meses que transcurrieron alegres y felices entre San Francisco y Los Ángeles, California, entre exposiciones, bailes, fiestas, estrellas. “Traigo los codos luminosos de codearme con las estrellas”, dice. Dolores del Río, la chiquilla de 1923, y Marlene Dietrich, inauguraron hace dos meses la exposición de pinturas surrealistas de Montenegro en un elegante local de Beverly Hills.

De los pintores de su generación, ya Diego y Orozco habían “cosechado lauros”, como dicen los escritores, en Estados Unidos. Montenegro seguía aferrado a México, necesitado de aire nuevo, él tan nómade que había pasado en todos los puntos de Europa su juventud. Un buen día se decidió a la aventura; pero antes de emprenderla se encerró a pintar. Pequeños cuadros en que un certero crítico americano, de los que le llovieron elogios en San Francisco y en Los Ángeles, dice que logran un feliz consorcio del *retablo* mexicano con la pintura surrealista. Pintura nueva, fina y minuciosa en que se recreaba la mano del hábil retratista de antaño, del dibujante de París, dotado ahora de un más profundo sentido de la emoción estética, del *pathos* que se desprende de cuadros como las escenas de combate que reproducimos en estas páginas. En delicosa ironía, sorprendemos a la marquesa Cassati un poco envejecida, rodeada de todos los atributos de su belleza y de su profesión, como el símbolo de una aristocracia a cuyo escaparate se asoma burlonamente la india con el escuintle a cuestas, el muchacho con la nube en la mano, en tanto que la figura del chico del papelote centra y prolonga la perspectiva profunda que Montenegro sabe lograr en estos cuadros pequeños. De los años del arte por el arte a los cuadros que Montenegro llevó a exhibir a los Estados Unidos, hay toda la distancia de una época a cuyas corrientes no ha podido sustraerse; pero de cuyas más ásperas vulgaridades lo salva una innata aristocracia espiritual.

Primero, fue a San Francisco. En la galería de Paul Elder, en la Post Street, instaló sus cuadros y sus litografías. Muestra satisfecho los cartapacios llenos de recortes elogiosos, recuerda entusiasmado cómo Dorothy Kress lo llevó a dar una conferencia en la International House de Berkeley, explica que el comité para la Exposición de 1939 le encargó obtener del gobierno la colaboración de México. De ahí, después de semanas agradables, a Los Ángeles. Y el 3 de marzo, en Wilshire Boulevard, se abría la exposición de pintura de Montenegro a que invitaban en elegantes esquelas Marlene Dietrich, Dolores del Río y Cedric Gibbons.

Hombre de mundo, Montenegro estuvo feliz en el mundo de Hollywood. En el baile

surrealista de los artistas fue jurado y otorgó los premios a Forrest Randall, que iba disfrazado de "Mr. Audubon goes West", con una jaula en la cabeza, y a Kay Kramer, vestida del "Sueño de un Enterrador", Ana Warner (Warner Bros) lo llamó para encargarle la decoración de su casa. En las fiestas de Ana Warner y de Dolores del Río conoció a Max Reinhardt, a Lubitsch, ya no recuerda a quiénes de tantos y tantos genios cuyas manos estrechaba, con quienes se comunicaba en un francés mejor que su incipiente inglés. Pero su mayor emoción es haber bailado en el Trocadero con Simone Simon.

> En Claremont —refiere Montenegro— funciona el teatro mexicano de Padua Hills patrocinado por la señora Garner, sin más razón que su cariño por México. Es una compañía de mexicanos bien dirigidos, que han puesto una serie de piezas y cuadros con todas las facilidades de *mise en scène* que brinda la técnica teatral moderna, y que resultan así más mexicanas y más artísticas que los espectáculos semejantes hechos en México. Dieron una fiesta en honor mío.

Alegre, optimista, Montenegro ha vuelto a México, por poco tiempo, pues dejó pendientes las decoraciones de la casa de Ana Warner que tiene que terminar. Mientras regresa, mejora su inglés, de que recibe lecciones a cambio de las que le da de pintura a un joven americano, practica su "driving" para irse por la carretera panamericana, y pinta cuadros menos lúgubres que los que llevó a su reciente exposición. "En aquellas mansiones en que todo está previsto para hacer agradable la vida, la permanencia", dice, "se ven mal los cuadros de fusilados".

Hoy, vol. 1, núm. 14, 29 de mayo de 1937, pp. 19-20

SOBRE EL CONTENIDO

DESDE que se ha dado en exigir que la literatura ofrezca un "contenido", cuantos trabajadores manuales e intelectuales —ya es difícil distinguir, a primera vista, a uno de otros— se sienten capaces de confeccionar un atole legible, se apresuran a depositarlo, para fruición y provecho de las masas, en el siempre dispuesto jarro de una edición más o menos amplia —y menos que más consumida por un número, inversamente, decreciente de proletarios ávidos de saber—. Se cumple así un importante postulado del momento histórico que vivimos, postulado que en los fáciles términos en que se predica, sin el ejemplo, que debe uno dirigirse a las masas, podría formularse con un categórico "pos luego pa' qué peleamos". Y el doméstico parnaso de un país, como el nuestro, abierto a todas las inquietudes, palpitante de futuro, preñado de esperanzas y muy bien abonado, asume una súbita y floreciente primavera poética.

Pero el fenómeno es universal. Si en otros países se publican menos —y menos buenos— libros de versos; es simplemente porque en otros países no han logrado desposar con éxito un sentido poético que es privativo nuestro con un sentimiento de la responsabilidad social que a todos incumbe, que se usa —se utiliza— en todas partes, y que nuestras sesudas lectoras marxistas han arraigado en nuestros poéticos corazones, produciendo a la larga en el huerto el raro milagro de las calabazas injertas de violeta.

En otros países aparecen con mucha frecuencia libros en prosa, destinados a la masa de las gentes que se empeñan en comprar libros y en leerlos. Acá preferimos realizar esa docta y

abnegada tarea desde las prietas columnas de los diarios, sin perjuicio de reunir más tarde, en buen volumen, las encendidas elucubraciones que de otro modo habrían acabado sus días en el momento en que con sus trozos selectos se envolvieron cinco de frijol bayo gordo —o en otro momento posterior—.

Lectura, tomo I, núm. 2, 1º. de junio de 1937, p. 124

FUNCIONARIO

—"No, señor, todavía no llega —como a las diez y media—, sí, señor, yo se lo diré —muchas gracias, señor".

La voz chillona y melosa de Marta contestaba siempre el teléfono. Tenía ella consigo una pequeña libreta en que apuntaba los números de las personas con quienes el jefe tenía más frecuente trato, y un directorio de sus amigos literarios. En cuanto el jefe llegaba, de prisa, desparramando entre la doble fila de empleados un indiferente saludo, Marta recogía apresuradamente los diarios y corría a entregárselos. Ya ella los había leído todos y había marcado con lápiz rojo las noticias que le parecieron más importantes. Si había alguna nota sobre el último libro del jefe, ya había encargado otro ejemplar y le presentaba sonriente e ingenua como una buena niña de escuela, el recorte que había hecho su no solicitada diligencia. Asumía el papel de una secretaria particular que no logró ser nunca con ninguno de los jefes anteriores. Y aunque éste nunca le dictaba, ni la llamaba, y había encargado de su archivo personal a Félix Vallejo, como este muchachito era muy olvidadizo y tenía que recurrir con frecuencia a los puntuales directorios de Marta para desempeñar una orden, ella no perdía la esperanza de derrocarlo y sustituirlo en la confianza del jefe, con lo que incidentalmente lograría el ascenso.

A las demás taquígrafas les irritaba la oficiosidad de Marta. Con su exhibicionismo, su voz chillona, había logrado, si no del jefe, ser la consentida del señor Remírez. Era éste subjefe permanente quien, con su sufrido aspecto, su manía de amontonar sobre su mesa expedientes que nunca revisaba, se encerraba con él cada vez que los azares de la política traían un nuevo titular al Ministerio y un nuevo jefe al Departamento; quien le enteraba del funcionamiento de la oficina, dejaba en su escritorio el mismo "Proyecto de reorganización de labores" que ya por tantos años le había asegurado la permanencia y la reputación de técnico, y quien, finalmente, le sometía una lista confidencial de empleados absolutamente insustituibles a cuya cabeza figuraba siempre Marta. Ella y él permanecían siempre; los demás, descendían, eran despedidos por "reorganización del servicio" o enviados a otro departamento. Pero el señor Ramírez y Marta conocían a fondo, aquél el manejo de la oficina, y ésta todos los secretos del jefe y de la administración anterior, que iba explayando, como si no se lo propusiera, cada vez que el nuevo jefe le daba ocasión. Y cuando el nuevo jefe quería cerciorarse de las inmoralidades administrativas de su antecesor, e interrogaba al señor Ramírez, éste bajaba la sufrida cabeza. Martita había dicho la verdad; ¡era una muchacha tan buena y tan ingenua! Él no se lo hubiera contado al jefe, para ahorrarle disgustos y porque en

su conciencia de hombre honrado pesaba el haber tenido que tolerar tamañas irregularidades; pero él tenía seis hijos, señor, seis. El señor Ramírez sorbía una lágrima y salía del privado a dictar la ratificación de su nombramiento y del de Martita.

Pero a Adela la tenía sin cuidado no ser la consentida de nadie. Como en la escuela, apenas si trataba a sus compañeros. Concentrada en su trabajo despachaba todas las mañanas las mismas fórmulas indiferentes: “Tengo el honor de acusar a usted recibo de su atento… En contestación a su oficio número…” Las letras surgían, erectas, a la presión de sus dedos y dejaban su fuerte huella en el papel. Llovían, manchábanlo, y ella lo arrancaba con un gesto decidido y seguro que producía el ruido seco de un desgarramiento. De Marta no le molestaba sino la voz desagradable, que oía desde su rincón. Las otras taquígrafas le daban infinita lástima. La pobre Alicia, a un paso de la más franca histeria a su treinta vírgenes años; Rosa y Luz, viudas ambas, con hijos, viejas y mal vestidas; Judith, acababa de salir de la escuela comercial, torpe aún para los dictados y enamorada de un estudiante de medicina que venía por ella a la puerta; y la pobre Ángela, enorme y adiposa, con una edad mental de doce años y sus gorros que ella misma se tejía tan mañosamente, por debajo del escritorio. Nunca les permitió mayor familiaridad que un indispensable tuteo; nunca, como Alicia, buscó tampoco entre las muchachas de las demás oficinas con quien ir a pasear o de tiendas a la salida. Poco a poco se hizo en derredor el círculo de indiferente soledad que le era tan grato y tan propio. Lo importante no era crearse una posición estable por medios afectivos e ilegítimos, sino saber ganarse la vida con un trabajo que ella desempeñaba de un modo irreprochable lo mismo aquí que en las otras tres secretarías que ya había recorrido desde que empezó a trabajar. Y abandonar la oficina lo antes posible para reintegrarse a sus sueños.

El jefe llegó. El señor Ramírez, que se levantó de su asiento a su paso, desparramó entre las taquígrafas la mirada con que les pedía los oficios dictados ayer. Con el acuerdo de hoy, los puso cuidadosamente en la carpeta y entró en el privado a tiempo que salía de él Marta, que había dejado ya los diarios y el recado que recibiera media hora antes. Cuando volvió a salir el señor Ramírez, Alicia fue a sentarse frente a él, con su block, para despachar el acuerdo de hoy. El timbre sonó una vez, llamando a Félix, pero Félix no había llegado. Marta interrogó con la mirada al señor Ramírez y levantándose rápido de su asiento se dirigió al privado, sonriente. Iba a explicar la ausencia del “secretario particular” y a ofrecerse en su lugar. Pero el jefe no le encargó sino cigarrillos. Volvió a sonar el timbre, otras tres veces. Adela cogió su block y su lápiz y entró al privado.

“Ante las maniobras solapadas de la reacción, coma, la Secretaría de mi cargo ha juzgado necesario…” No. Tache eso. Escriba: “El gobierno de la República, coma, celoso del cumplimiento estricto de los postulados…” Marta entró de puntillas, como si comprendiera perfectamente la trascendencia del trabajo que dictaba el jefe, a dejar los cigarrillos. El jefe encendió uno, se echó atrás de su sillón. “Cumplimiento estricto de los postulados del Plan de Acción que garantiza a los trabajadores una redención económica preconizada ya por nuestra Carta Fundamental, coma, no puede permanecer indiferente ante las encubiertas maniobras de los detentadores de la riqueza que, coma, sirviéndose de subterfugios clericales, coma, pretenden eludir el cumplimiento…” No; ya arriba dice cumplimiento: “pretenden escapar a la sanción…” El jefe dictaba con visible pereza. Miraba al soslayo unos apuntes manuscritos, fumaba, miraba al techo a través de los anteojos que no usaba siempre. “El problema de la

desocupación, coma, que asoló a Europa como fatal resultado de la guerra capitalista, coma, llama a las puertas de nuestro país, punto y seguido". Se levanta de su asiento; comenzó a caminar. "Consciente de su responsabilidad histórica en el momento en que vivimos, coma, el señor presidente de la República, coma, en acuerdo de hoy, coma, ha instruído a la Secretaría de mi cargo de las medidas de urgencia que precisa tomar poniendo al descubierto, coma, implacablemente, coma". El humo de su cigarrillo se mezclaba agradablemente al perfume de su persona. Tenía las manos largas, cuidadas. Era alto, un poco grueso, nervioso. Adela había habituado la moción de su lápiz a la clara inflexión de su voz, como hace el brazo de un fonógrafo con un disco. Se veía que era bueno, infantil detrás de aquella máscara de su personaje oficial, cuando se olvidaba de que era un escritor distinguido, autor de numerosos libros muy elegantemente impresos. A Adela le gustaría mucho conversar con él, ser su amiga. Pero ni él daba la menor ocasión ni ella se formulaba sino vagamente este deseo, suscitado cuando se hallaba en su presencia, olvidando totalmente en cuanto dejaba la oficina. Estos "anhelos de redención del proletariado" este "momento histórico en que vivimos", estas "masas campesinas y obreras" Adela las conocía de memoria. Eran el santo y seña obligado de las declaraciones oficiales, y al aderezarlas por la enésima vez en unas nuevas, el jefe parecía disculparse ante ella y ante sí mismo. No era sin duda esta literatura la que le había dado reputación de escritor: pero sí la que le había ganado la confianza del ministro y la posibilidad de publicar su otra literatura.

Una vez trepada penosamente hasta la frase cumbre la montaña de aquellas declaraciones, descendía fácil y alegremente. "Que no ha corrido en vano la sangre campesina que fecundó, coma, para siempre, coma, los ejidos de la Revolución, punto." Con mayúscula: la fecha y la antefirma del secretario. Original en papel del ministro y siete copias de carbón para los periódicos, ya sabe usted. El decreto se lo pide usted al señor Ramírez.

Se quedó solo. En la carpeta del "acuerdo con la superioridad" los papeles selectos que llevaría más tarde a la consideración del ministro y la firma del oficial mayor. A la tarde, antes de que llegaran los periodistas, el ministro tendría sus declaraciones para entregárselas. Seguirían el acostumbrado camino. Serían publicadas al día siguiente en la primera plana de los diarios: "Trascendentales declaraciones del secretario de Gobernación". Pasado mañana serían comentadas en editoriales, citadas ciertas frases entre comillas y todavía tres días después se leería la "favorable impresión que han producido entre el elemento trabajador de la República". Luego la atención de los lectores se enfocaría con igual ritmo excéntrico y progresivamente apagado hacia las medidas monetarias adoptadas por el gobierno de la vecina República del Norte hasta que el secretario de Industria, o el de Educación, no la reclamara para sí por el acreditado medio de las declaraciones oficiales sobre asuntos de palpitante interés. Así pasarían los días, los meses, uno tras otro, en dictar oficios y cartas, en escuchar con reverencia los puntos generales que el ministro le proporcionaba para sus próximas declaraciones; en contestar el teléfono, saludar a los empleados y conversar con los amigos escritores que solían venir a verlo. Un día más. Se sentía invadido por una sorda pereza. Abrió uno por uno los cajones de su escritorio. En carpetas estaban las obras que no acabarían nunca. Para "El complejo de Electra en el drama español" había tomado muchas notas, había releído atentamente noches enteras. La idea de probar por un hecho literario una teoría que en Etekel le había encantado, le vino de una manera repentina. La ausencia de la

madre en el teatro del siglo de oro le pareció indicar en los “viejos graves” —y en los dramaturgos—, tortuosas sublimaciones de un instintivo pervertido que hasta entonces no había entrevisto nadie en la sana, vegetal literatura castellana. Se aplicó con furor a su propósito. Y un día, de modo igualmente repentino, abandonó una empresa que se perdía en largas y contradictorias derivaciones que habrían de hacerla, sobre inútil, interminable. Sus poemas. Había escrito muy pocos. De haber nacido en la era del ripio ¡cuán fácilmente habría sobrepujado a los más fluidos versificadores! Cuando los más superficiales sentimientos —la novia, un entierro, una boda, el hambre, la compasión— eran vestidos por los poetas-sastres con telas de colores, ayudados de un metro dócil, prendido el harapo de su versificación, con el alfiler de una consonante, y esta habilidad modisteril era tenida por calificación de poeta, él, que manejaba un mimetismo casi profesional al escribir lo que no iba a firmar, que improvisaba rápidamente versos de circunstancias a los que no daba ningún valor, pero que iban creándole a pesar suyo una reputación de Villamediana local, podría haber sido considerado el mejor poeta de su tiempo, y el más fecundo. Pero la poesía para él era la flor más rara y selecta de su espíritu. Los temas ayer concretos y populares —la novia, el entierro, la boda—, volvían a ser, desnudos, los angustiosos misterios de siempre, el amor, la muerte, el sexo, y su música no cabía en ningún metro, ni podía ponerse a escribir poemas que sólo de vez en cuando brotaban de su pluma. La comedia apenas comenzaba y cuyos personajes había esperado inútilmente tropezar en la vida. El conflicto era demasiado. Ficticio. Todos sus personajes se parecían demasiado entre sí. Y él, para quien la conversación era un monólogo, hallaba imposible hacer dialogar a sus personajes. Para apreciar los contrastes, la profundidad de una situación dramática, la lectura no bastaba. Era indispensable la experiencia, el contacto personal, la intromisión en las vidas ajenas cuya riqueza el arte depuraría. Y las vidas ajenas le escapaban. De la suya no podía extraer sino la pobre, monótona fragmentaria armonía de sus “plaquettes”, que representaban los mejores momentos de su exigua poesía o los trozos más cumplidos de obras que nunca acabaría de escribir como se lo propuso. Cuando hacía algún pequeño viaje, el estímulo de un aire nuevo, la inédita aparición de gentes nuevas y diáfanas le producía intensos deseos de escribir y comenzaba un relato objetivo, que la finura de su espíritu henchía de observaciones sagaces. Pero luego caía en una estéril introspección y terminaba el libro de cualquier modo, dictándolo a una taquígrafa, como para salir del paso, y el resultado era que todos los suyos eran breves, y después de arrancar como un brioso automóvil se ahogaban de gasolina y el motor se apagaba de pronto. Gustaba de releerse, se complacía en la sincera tortura de su incompletud. Dábase a sí mismo las más peregrinas razones para no haber emprendido todavía la redacción de una novela, porque cuando los críticos hablaban de sus libros, todos decían que sus dotes de observación ocultaban a un buen novelista que todavía no ha dado todo lo que es capaz de producir. Pensaba que una vida llena de menudas ocupaciones le impedía realizar una novela, por falta material de tiempo para hacerla. Pero sabía muy bien que éste era sólo un inválido pretexto; que la verdad era que su timidez le impedía vivir plenamente sucesos memorables y que los modelos vivos que las existencias ajenas podrían proporcionarle estaban lejos de su alcance. Hojeó, acaricio sus libros. Llevaba diez publicados, pero ninguno era realmente un libro. Para estos pequeños objetos forrados en papel glassine, numerados, que crujían su fragilidad, se había inventado el nombre “plaquette”. Su nombre, Arturo Blanco, se repetía en

sus portadas. Doscientos ejemplares, quinientos ejemplares, cincuenta, veinte, doce. Acabaría por hacer uno o dos y los preciaría mucho más, como esos padres de un solo hijo débil y enfermizo que ponen en acicalarlos, en protegerlos de la intemperie, todo el inútil celo que los padres fecundos de muchos hijos robustos ponen en abandonarlos a su siempre próspera suerte. Cerró el cajón.

En la antesala del ministro saludó al jefe del Departamento Administrativo, que aguardaba su acuerdo. Era día de recibo. En el sofá de cuero, en las sillas con un águila en el respaldo, estaban sentados sin hablarse, como en un indiferente tranvía, hasta ocho desconocidos de gesto hostil y reconcentrado. Jugaban unos con el sombrero, fumaban otros y, los más gordos acariciaban su barbilla con una mano llena, inexpresiva. Se adivinaba la pistola bajo su saco.

—Va para largo —dijo el secretario particular ofreciéndole un cigarrillo—; está con el gobernador de Chihuahua. Pero dijo que lo esperase usted. Siéntese, mi querido don Arturito. ¿Qué hay de nuevo por ahí?

Y desdoblando un periódico lleno de raya de lápiz rojo:

—Ya leyó usted este editorial?

Don Arturito encendió el cigarrillo, tomó el periódico. Miró de reojo su reloj. La una y media. “Las fuerzas vivas del país…”, comenzó a leer.

Lectura, tomo II, núm. 1, 1º. de septiembre de 1937, pp. 57-64

LA BIZARRA GENTE DE “HOY”

CONOCÍ a Regino Hernández Llergo cuando él menos se lo esperaba, una tarde en que él iba a buscar a otra persona, en la Compañía General Anunciadora Yo había llegado ya a la conclusión de que el oficio de escribir sólo es costeable cuando se escribe menos y no se firma; cuando tiene uno que escribir un número fijo de palabras para determinado espacio desplegado, o para una cantidad precisa de segundos en el radio. El oficio, que en castellano no tiene nombre todavía, se llama en inglés *copy writer*. El *copy writer* es el hermano siamés del escritor fantasma: de aquel capaz de emocionarse hasta las lágrimas para que firme sus sollozos el ministro de la Asistencia Social, pongamos por gemido. Sólo que en tanto que el escritor fantasma puede hallarse al servicio de un funcionario demasiado ocupado para expresar pensamientos que ande demasiado atareado para formularse, el *copy writer* sirve, modesta, pero más orgánicamente, a los honrados comerciantes cuyo papel histórico es menos ambicioso, y que no aspiran sino a que la gente compre sus mercancías.

Yo no sé si los funcionarios remuneran mejor que los comerciantes estas heroicas, fantasmagóricas actividades. Me consta, sin embargo, que los últimos son más exigentes con sus pequeños fantasmas, que los primeros. Y es que a los últimos les interesa un resultado concreto en ventas, que la elevada categoría de los primeros los induce a desdeñar. Los funcionarios planean para el futuro: los comerciantes negocian al contado. De aquí que los comerciantes prefieran los anuncios breves, concisos, convincentes, y que los funcionarios incurran en discursos largos, difusos, alarmantes. Y de aquí también que haya mayor campo en

el presupuesto oficial para los fantasmas elocuentes, que en el de las campañas publicitarias para los *copy writers* eficaces.

De manera que cuando Regino Hernández Llergo me dijo que iba a fundar una revista; que había oido decir que yo era escritor y que me invitaba a colaborar en ella, mi primer pensamiento fue declinar su invitación. No me sentía con ganas de producir palabras al por mayor, cada semana, por un precio que sin duda sería igual o semejante al que pagaban las demás revistas en las que uno tiene el orgullo de ver su nombre, a los 20 años, con tipos tan grandes en sus páginas como son pequeñas las cifras en sus nóminas. Además, Regino había oído decir que yo era muy chistoso y quería que le hiciera una página humorística; por ejemplo, como no voy nunca a los toros, por más que los toros suelan venir a mi, sería muy original que escribiera la página taurina. Regino me dejó pensarlo.

Había entonces otros escritores más o menos atrasados, a quienes la ola de reivindicación había dejado en la calle, como a mí mismo: Genaro Estrada, Xavier Villaurrutia. Poco a poco todos empezaron a hablar de que iba a salir una revista nueva, y de que habían sido llamados a colaborar en ella. El reservado Genaro estaba seguro de que sería una gran revista. Desde nuestra primera conversación encontré que Regino era un tipo intuitivo, con el que ya está hablado todo lo accesorio. Alegamos, discutimos. Yo me empeñaba en que toda la revista asumiera un estilo único: que se dividiera en secciones fijas, puestas al día en cada número por especialistas numerosos, aptos, alertas y despojados de la infantil vanidad de firmar sus artículos. Él me convenció de que en México "jalan" los nombres, y de que era necesario contar con las mejores firmas. Como además estaba dispuesto a pagarlas a buen precio, pronto las reunió. Las encabezaba Vasconcelos, y en orden descendente de escándalo, llegaban hasta la humilde de un servidor, pasando por el elocuente Nemesio y por el juncal Junco, que al fin vino a hacer las crónicas de toros.

Le preocupaba mucho a Regino no tener en su revista escritores de "izquierda". Se los pedía a sus amigos, acudía a las tiendas en que se venden en abonos fáciles semejantes especímenes y no los hallaba, cuando menos del ancho que los necesitaba. Tuvo pues que resignarse a cargar con el lastre de esta punta de reaccionarios —verdaderos románticos— que es como nos llaman los burgueses materialistas del triunfo asegurado. Con todo, no parece haberle ido tan mal a una revista que hoy cumple un año de crecer en circulación, con los escritores que la confeccionan. Un examen imparcial de sus primeros 51 números convence de que el éxito de *Hoy* se debe a que su director ha sabido informar a sus lectores, sin ocultarles ningún aspecto de los hechos.

Así, por ejemplo, pocos podrían atreverse a decir que Bassols es reaccionario. Y en el número 13 de *Hoy* apareció la primera colaboración de ese excelente escritor de izquierda a quien los diarios, que a su regreso de Europa le habían abierto sus gratuitas puertas, se las cerraron en las operadas narices, en cuanto se puso inconveniente. Las de *Hoy* se abrieron a seis artículos consecutivos suyos, uno cada dos números. No es por presumir, pero aquel en que trataba el caso de Yucatán *(Hoy,* 5 de junio), influyó mucho en que el presidente Cárdenas apresurara la dotación de los ejidos henequeneros.

Por desgracia para los lectores, los izquierdistas son menos tolerantes que los demás. Porque en "La semana pasada" *(Hoy,* 21 de agosto) se publicó un tratado sintético de lombardotoledanología que, a pesar de oportunas gestiones en contra, el director se negó a

retirar, Bassols se enojó y explicó en una carta abierta que su espíritu no podía sufrir el pensamiento de que VLT fuera atacado en una revista en que él escribía. VLT es menos papista que el papa, y nuestros lectores tendrán bien pronto, si Dios no dispone otra cosa, la deliciosa sorpresa de verlo colaborar en estas páginas, en donde podrá, naturalmente, echar de su ronco pecho cuanto quiera, sin que nadie se moleste. En eso consiste el periodismo.

LA SEMANA PASADA

Yo le expliqué a Regino que sería muy bueno publicar un digesto de la semana anterior en cada número; que debía estar escrito en un estilo conciso, apretado, sin solemnidad, con datos de primera mano, y adjetivos que pintaran bien a la gente aludida. El sagaz Mateo Podán descubrió América cuando empezó a proclamar en sus columnas que "La semana pasada" era un *Time-Newsweek-Digest*. Semejante vituperio es la mayor alabanza a que podía aspirar el redactor de esa sección fija de *Hoy*, que no pretende los honores de la invención; que se ha esforzado, ante todo, por lograr que los lectores —los leeperiódicos—, sonrían al enterarse de las mayores calamidades; puesto que nada ganarían con irritarse. Mi insinuación fue atendida, y en el primer número de *Hoy* apareció un "Noticiario mundial" que al siguiente se transformaría en la habitual "Semana pasada". México es pequeño. El redactor de esa sección no se negó a firmarla sino porque cree que nada debe firmarse de cuanto sea simple información —y no es otra cosa "La semana pasada"—. Pero, además, todo el mundo sabe quién la hace, y los lectores sensatos comprenden que no puede hacerla una sola persona siempre. En este punto vuelven a entrar los fantasmas en acción, por más que los fantasmas de "La semana pasada", se reduzcan a buscarle datos al fantasma mayor.

"La semana pasada" le ha buscado muchos dolores de cabeza al director. Anónimos, amenazas veladas o desveladas, de todo ha habido. Pero parece ser que a la gente le gusta sonreír y enterarse sin circunloquios de lo que ha sucedido, y la "SP" *"marches on"*.

LOS DÍAS DE PAGO

Los jueves son, en realidad, los únicos días en que unos redactores ven a los otros, porque ese día sacan la lengua y pegan los timbres de la Quinta cédula en los recibos de sus colaboraciones. Aparece Rosario Sansores, llena de pieles y de compromisos sociales, a pedir que le envíen un fotógrafo, porque a la mañana siguiente va a haber una fiesta y ella tiene que hacer la crónica. *Chavalillo*, que es una señorita, aparece también y Carmen Madrigal completa el coro femenino recientemente enriquecido con Magdalena Mondragón.

Cuando Regino llegó de Los Ángeles, vino con él nutrida copia de dibujantes, editores, publicistas que, como él, venían a pasar unas vacaciones —y se quedaron aquí—. En aquellas primeras semanas llegaba uno con la lengua fuera, hasta el tercer piso en que RHLL naufragaba entre originales, fotos, reglas, sobres, y se echaba atrás en su sillón giratorio para callar, frunciendo el ceño, frente al recién llegado. En el mismo salón, lucía unos

conmovedores zapatos de ante gris, del dibujante Isidro López Guerrero, y en un rincón, delatado por una que otra carcajada intermitente, trenzaba como mejor podía sus largas piernas, *el Güero* Pagés Llergo, con su aspecto de muchacho malcriado, de quien nadie sospecharía que fuera capaz de resucitar el cadáver de *Todo* y de echarlo a andar hasta los 65000 ejemplares que ahora se tira. Ya después, en cuanto quedaron organizados los departamentos administrativos de suscripciones, caja y todos esos enigmas, RHLL huyó hacia un privado en el que apenas cabía su mesa, él y el colaborador-en-turno-de-acuerdo. Allí iba el buen Genaro Estrada, que no quería cobrar sus colaboraciones, a conversar en sus pequeños viajes de Misrachi a *Hoy*, mientras llegaba la hora de irse a casa. Y allí, aunque yo no le vi nunca, debe de haber ido a acordar sus editoriales el elocuente García Naranjo.

EL MISTERIOSO SECRETO

La noche en que *Hoy* dio una cena a sus colaboradores, ocurrió que éramos tantos, que no nos conocíamos. Hasta la fecha, como ya se ha apuntado, apenas los jueves, cuando llegamos puntualmente a cobrar, desfilamos ante Gabriel Hernández Llergo, y solemos coincidir en el espacio y en el tiempo. No somos, pues, una "camarilla" de amigos. A Sansón Carrasco apenas hace unas semanas que le conocí. El ingeniero Palavicini viene muy temprano, y se marcha. Mariano Alcocer saluda ceremoniosamente y se retira. Los más amigos somos, por ejemplo, XV, Ramírez D., Gómez Robledo y yo. Cada cual ignora lo que el otro va a escribir, y no hay un acuerdo previo sobre ello. Entregamos nuestros originales a RHLL o a Edmundo Valadés, y ya. El secreto de nuestra coherencia reside, pues, por una parte, en que todos ponemos igual cariño en nuestra independiente colaboración, y por la otra, en que el sagaz RHLL fomenta este cariño al cultivar esta independencia.

Hay otros pequeños secretos que explican lo que, sin jactancia, llamaremos nuestro éxito, y el principal es que en *Hoy* hay que trabajar duro. Con tan poco tiempo como tiene hoy toda la gente, y con tantas cosas como suceden, y hay que contarle en ese poco tiempo, la información moderna tiene que ser precisa, depurada, limpia de paja. Como, por otra parte, las páginas de *Hoy* se comen de seis a 10 cuartillas de original (de 1 500 a 2 500 palabras), según las ilustraciones que lleven, resulta que los *pundits* se las ven negras todas las semanas, para ofrecer el material interesante, variado a que RHLL acostumbró, desde un principio a sus lectores. El señor que hace "La semana pasada", por ejemplo, lee, señala, extracta, compara, escoge, rechaza, compila, consulta, toda la semana los temas de más hondo interés que aparecen en los periódicos. Todos ellos tienen, por supuesto, antecedentes no siempre familiares, al público, y un fondo político, económico o científico, estadístico, que los leeperiódicos no tienen por qué conocer, pero de los que es indudable que les gustaría enterarse. Cuando, ya el jueves o el viernes de cada semana, el autor de la pasada se sienta a dictar las 5 400 palabras de que se compone su original, hay sobre su escritorio libros, folletos, estadísticas, recortes y toda clase de fichas que le permitan, al mismo tiempo que ofrecer una información interesante y completa, apoyar sus juicios en datos irrefutables. Esto sólo puede hacerse en la relativa calma de una publicación semanaria que permite "digerir"

los acontecimientos, y mediante una remuneración decorosa. Por ejemplo, los periódicos diarios, en la prisa con que se confeccionan, no pueden dar, en el caso de Cocolapan, digamos, más noticia que la de que hubo luchas, muertos, heridos, y que el presidente fue a arreglar las cosas. Una vez enterrados los muertos, curados los heridos y aplaudido el presidente, a la gente le gustará saber cuántos metros de tela se han dejado de producir en calidad de mientras, y qué pérdidas implican. Y en "La semana pasada" hallará éste y otros datos y puntos de vista que los atareados periódicos han tenido que omitir, o no han pensado en la conveniencia informativa de consignar.

COMPLEJO DE INFERIORIDAD

RHLL aprendió durante sus años de California, a no tener miedo de la censura en un país en que la censura periodística no existe. Y tuvo la leche de venir a hacer una revista en México, en una época excepcional, en que por primera vez puede decirse en los periódicos la verdad entera, sin temor de ser, en forma alguna, molestado por un molesto funcionario. Los demás periódicos no pueden creer que sea verdad la belleza de la libertad de que disfruta la prensa. Conservan amargos recuerdos que han condicionado sus reflejos a la caravana que siguen haciendo sin que nadie se los exija. Cuando el rollizo Arroyo Ch. se instaló cerca de los diarios, los diarios creyeron que tendrían que someterle todos sus originales, y se dispusieron a ponerse a su servicio. No les cabía en la imaginación que el objeto del DAPP fuera el de servirles a ellos, proporcionándoles una información oficial concentrada y completa que no les exige que utilicen. Y a la fecha, le conservan un miedo injustificado, que *Hoy* no comparte, porque le basta la conciencia de que no adultera los hechos, de que es muy libre de opinar, y de que si alguien se enoja porque se le dice la verdad, tendrá dos trabajos.

En resumen, creemos que a los seres humanos que son nuestros lectores, les interesan los acontecimientos en función de los seres humanos que intervienen en ellos. El "interés humano" que despierta un líder, un funcionario, un asesino, será tanto más vívido cuanto más lo sea el retrato suyo que se ofrezca al lector. La vida pública —y no otra— es la vida privada de los hombres públicos. El público tiene derecho a conocerla, y halla placer legítimo en ello. Nadie, además, es completamente odioso si se le conoce bien. Y a que se les conozca bien van destinadas las descripciones "humanas" que hace *Hoy* de un "multilingüe, rubio, estrábico, delgado BTta", de un "satisfecho, aliñado, perfumado Padilla", que aquellas habituales frases de Sociales y Personales que dejan al "distinguido jurisconsulto guerrerense" tan lejos del contacto de los lectores, como de su interés.

Por último, el deliberado abandono de aquel tono solemne que no cabe en *Hoy,* porque no es de hoy, lejos de implicar animadversión hacia nadie, lo que procura es enseñar a sonreír a la gente. Demostrarle que, después de todo, estamos en el mejor de los mundos posibles: un mundo que mientras lo mejoran, contribuyen a hacer deliciosamente pintoresco todos los que en una y otra forma se empeñan en optimizarlo.

Hoy, año II, vol. 4, núm. 53, 26 de febrero de 1938, pp. 35-36

ESTAMPAS DEL MÉXICO VIEJO[*]

GENIO Y FIGURA

Cuando un americano tiene hambre —dice *El Mundo* del domingo 7 de agosto de 1898 en aquella memorable sección de "La Semana"—, busca una casa de buena apariencia, aspira desde la calle las emanaciones culinarias que de ella se desprenden; hecha su elección, entra resueltamente, sube las escaleras sin saludar al portero, llega al comedor, suelta apenas un "…d morning" lacónico y despreciativo, toma asiento, se sirve y devora en silencio la comida… Esto es rápido, silencioso y práctico, como todo lo que es sajón; esta raza va derecha a su fin y pone la mano sobre su objeto con la firmeza con que el halcón clava su garra en la paloma. Desdeñoso el sajón de las figuras de retórica, de los tropos y artificios de la oratoria y de la poética, menospreciando al dios Logos y tributando culto al dios Opus, llega, ve y vence, devora nuestro alimento, consume nuestro vino y se retira con un "…d by"! instantáneo, devorando de paso en la despedida una palabra entera, como lo hizo en el saludo.

A los buenos gourmets de aquel tranquilo fin de siglo les asombraba la celeridad gastronómica de nuestros activos primos. Cómo no iba a asombrarles, si el rito del bien comer, de la cortesía, de la conversación florida y selecta se cumplía, por contraste, entre el México elegante, en aquel "el mejor restaurant de aquellos tiempos, y acaso el único en su clase: La Concordia, compuesto de varios amplísimos salones con bancas de terciopelo guinda adosadas a las paredes, y mesa de mármol"… en donde "muchas y grandes ventanas daban luz… y detrás de ellas quedaban colocadas sendas mesillas con acomodo para cuatro personas", según los recuerdos de don Salvador Diego Fernández en su reciente descripción de "La ciudad de México a fines del siglo XIX". Allí, sin prisas, se reunían a comer los caballeros. Los platillos selectos, deliciosos, de Omarini, el dueño del establecimiento, les eran servidos *comme il faut*. Y la finura en el trato, la tradicional cortesía mexicana que sabe poner en cada gesto y en cada instante un toque de distinción, hallaba su clima propicio y florecía en sonrisa satisfecha cuando en la fina copa brillaba el oro pálido, exquisitamente espumoso y frío, de una Carta Blanca.

Boletín Mensual Carta Blanca, año V, núm. 1, abril de 1938, s/p

LA NOVEDAD DEL DÍA EN MÉXICO

El Mundo —ese tesoro de revista— publicó el 23 de agosto de 1896 una nota larga y documentada sobre las peculiaridades del cinematógrafo de Lumiere. Mencionaba entre los antecedentes inmediatos de aquel milagro de la ciencia, el "revólver fotográfico" de que se sirvió Janssen en 1874 para la observación del paso de Venus por el disco del Sol; "y Muybridge, de San Francisco, obtuvo en la misma época series de fotografías de objeto en movimiento, por medio de 40 cámaras oscuras". Un tal Edisson con doble *s*, buscaba entonces

lo mismo por el camino de su kinestoscopio.

El “aparato de los señores Lumiere y… su funcionamiento ingenioso” asombran al anónimo cronista de *El Mundo*, que, en el correcto plural en que se expresan cuando escriben las personas bien educadas, nos proporciona el olvidado dato del nacimiento del cine en México: “Invitados la semana pasada por el señor ingeniero don Fernando Ferrán Pérez, asistimos a la primera sesión de cinematógrafo que en la capital se daba, y quedamos altamente complacidos. ¡Qué ilusión tan perfecta! ¡Qué hermosas vistas se desplegaban ante nuestros ojos admirados, con la vida y movimiento de la realidad!”

Por aquella época la misma revista daba noticia de otro portento científico que, si no había llegado aún a México, no tardaría en sustituir a los barrocos carruajes en la predilección elegante de los aristócratas de la capital; pues ya circulaba por las asombradas calles de París el primer coche automóvil. Y el enterado cronista de *El Mundo* anticipaba con galanas frases, hasta donde sus frágiles dotes proféticas se lo permitían, que nuestro siglo vería resueltos y simplificados sus problemas de tránsito callejero gracias al maravilloso coche automóvil…

También llamaba entonces la atención de los elegantes de México, una conquista de la industria: la exquisita cerveza Carta Blanca símbolo, desde entonces, de refinamiento y tradición aristocrática.

Boletín Mensual Carta Blanca, año V, núm. 2, mayo de 1938, s/p

[SIN TÍTULO]

La tranquila ciudad de México vivió en noviembre de 1896 una semana de expectación y regocijo. Nuestra capital había sido elegida para que en ella tuviera lugar el Congreso Médico Panamericano que por primera vez se había reunido en Washington bajo la presidencia del doctor Guillermo Pepper en 1893. Los distinguidos médicos mexicanos de entonces tuvieron oportunidad de presentar durante el congreso brillantísimos trabajos. Pero el aspecto social de aquellas reuniones no fue menos trascendental. Todos los días de la semana que duró el congreso, las damas mexicanas extremaron su proverbial cortesía y ofrecieron a los delegados suntuosas fiestas en sus residencias.

Chapultepec se hallaba entonces tan lejos de la ciudad que para asistir a la que ofrecieron el presidente de la República y su esposa (y que cerraba con broche de oro las fiestas ofrecidas en la casa de la señora Lynch de Camacho y en el Ayuntamiento) “los congresistas, en las primeras horas de la tarde, en 16 carros especiales de los ferrocarriles del Distrito se dirigieron al Castillo, hallando las numerosas damas que los acompañaban, elegantes carruajes puestos a su disposición para que no se fatigasen al ascender la rampa que conduce al pintoresco edificio. En el jardín, en uno de los ángulos, la magnífica orquesta de los Vega desplegaba sus notas cadenciosas y en la plaza de armas del Castillo alternaba con ella la excepcional banda del Estado Mayor. Largo tiempo permanecieron los congresistas contemplando el admirable panorama del Valle, que siempre envuelto en el albornoz de brumas blancas de una tarde de otoño, dejaba ver la magnificencia de su porte o el gentil agrupamiento de sus poblados; y a las cinco de la tarde sirvióse a los invitados un opíparo

buffet”.

En todas las fiestas a que concurrieron, los distinguidos médicos saborearon con deleite una bebida que la aristocracia mexicana ya entonces prefería: la exquisita cerveza Carta Blanca, símbolo de distinción, pura, fresca, estimulante y refinada, que hoy como ayer pone en las mesas distinguidas su nota de inconfundible elegancia.

Boletín Mensual Carta Blanca, año V, núm. 3, junio de 1938, s/p

ANTES DEL AUTOMÓVIL

A fines del siglo pasado —dice en su breve y jugoso libro don Salvador Diego Fernández— no se desmentía en México la tradicional inclinación por los carruajes de lujo; porque no sólo los ricos, sino muchas personas que disfrutaban de escasos medios y que carecían de otras comodidades menos ostentosas, no prescindían del coche propio. Quizá era esto, en parte, debido al deficiente servicio de vehículos de alquiler; había de éstos tres clases: con bandera azul (no llegarían a 20, y su punto era en la calle de Gante), y parecían bastante decentes; los de bandera roja, a seis reales la hora, escaseaban menos que los azules y eran inferiores a éstos, y por último, los de bandera amarilla, o sea las “calandrias”, muy viejos y deteriorados, con caballejos dignos de la plaza de toros…

“El mal servicio de los coches de punto, unido a hábitos de molicie y ostentación, hizo que abundaran mucho los carruajes particulares, y en ellos se manifestaba exquisito gusto y perfecta elegancia. Lucíanse diariamente, por las tardes, en el Paseo de la Reforma, haciendo circuito desde su entrada hasta la glorieta de Colón, donde solían estacionarse dando descanso a las bestias de tiro. Prendidos los faroles regresaban todos a San Francisco y Plateros, circulando allí muy despacio más de una hora, mezclándose con los coches numerosos charros principales. Como todo el mundo se conocía entre sí, mayor era el atractivo de esos desfiles, que desde las aceras o los zaguanes presenciaban muchos curiosos elegantes… Iniciáronse allí multitud de noviazgos…”

Los tiempos han cambiado, y hoy los buenos caballos van metidos en píldoras dentro de los potentes motores. Pero “el exquisito gusto y la perfecta elegancia” siguen siendo características de los mexicanos que aman y prolongan las buenas tradiciones de esta ciudad. Y como ayer nuestros abuelos, al terminar su ostentoso paseo, descendían del carruaje para saborear una exquisita Carta blanca en el Café de moda, hoy los flamantes automóviles llevan a la *jeunesse dorée* a paseos más prolongados, a excursiones y a restaurantes modernos en que el toque imprescindible de la elegancia se contiene en el prestigio perdurable de la cerveza tradicional, Carta Blanca.

Boletín Mensual Carta Blanca, año V, núm. 4, julio de 1938, s/p

LAS SOMBRAS DE “TANIS”

Ya a fines del siglo pasado se solía hacer el paseo por las calles de San Juan de Letrán, para lucir las últimas toaletas, para requebrar y ser requebradas, para poner, detrás de los encajes de los abanicos, las significativas miradas que decían: "sí", o "puede ser". Las jovencitas —y cuántas abuelas recuerdan haberlo sido en aquel tiempo— se calzaban torturadores botines blancos o azul celeste, con cintas de seda, que nadie había de mirar, pues habría sido un impudor, y que a la tarde, al regreso del paseo, estarían inservibles, manchados por el barro del paseo casi campestre. Los domingos de verano, especialmente, hacia San Juan de Letrán se desviaba la juventud para recibir en el rostro la frescura venida de las frondas de la Alameda, oscuro boscaje en que merodeaban los ladrones. La brisa sabrosa a ramas verdes atemperaba el calor estival, no sin la contribución de unas "sombras" de manta, que en días festivos se permitía a "Tanis" instalar en la primera de Plateros y en la parte más concurrida de San Juan de Letrán. "Tanis", Estanislao, era muy conocido por los lechuguinos y petimetres de la época, que se citaban para conversar de amoríos en su cervecería de la calle de la Palma. Pero los domingos "Tanis" no atendía su establecimiento, porque se iba al paseo de Plateros y San Juan de Letrán, para ver pasar a las hermosas, para admirar las sedas y las plumas de los nuevos trajes y para tener listas, destinadas a sus amigos y clientes, bajo las frescas y acogedoras sombras, las heladas botellas de la exquisita cerveza Carta Blanca, que ya entonces era la predilecta de la juventud deportiva. En su blanca espuma la *jeunesse dorée* hallaba un refrigerio inestimable, sobre todo después de la caminata bajo el sol canicular, detrás de una amada tan linda como desdeñosa.

Boletín de Arte Carta Blanca, año V, núm. 5, agosto-septiembre de 1938, s/p

REGRESO DEL BOSQUE

Para quienes ahora miran a las chicas recorrer el bosque de Chapultepec, jinetes en su bicicleta, Dianas Durbin locales, será una curiosidad saber que en 1896 el deporte del ciclismo femenino se hallaba tan en prístina boga, que *El Mundo* hizo con el dibujo de Leandro Izaguirre, que se llama como esta estampa, la portada de uno de sus números. "El entusiasmo por la bicicleta, que es hoy por hoy el *sport* más socorrido —comenta *El Mundo* del domingo 31 de mayo de 1896— ha hecho que numerosos jóvenes y algunas lindas muchachas se levanten temprano y recorran el bosque en las primeras horas de la mañana. La calzada de la Reforma y el *umbrático* Chapultepec puéblanse de una juventud gárrula y feliz, que sabe gozar de las bellezas incomparables de nuestras mañanas… Sí, la bicicleta, entre otras cosas, servirá para eso: para que muchas de nuestras lindas señoritas sepan que en México amanece… ¡Y qué amanecer!"

"Por las noches, el espectáculo del bosque y la calzada es aún más hermoso. Reina en el solitario paseo una penumbra deliciosa; la luna, una luna de oro pálido, se filtra a través de las frondas; el silencio reina y vénse ir y venir, como gnomos fantásticos, como fuegos fatuos, como cocuyos gigantescos, las linternas de las bicicletas, la máquina desaparece en la sombra y sólo vaga la luz. A lo lejos, el Castillo de Chapultepec, iluminado feéricamente, finge un palacio de hadas."

¡Época adorable de los adjetivos cultiparlantes, de las metáforas asombrosas! De aquel México perduran en el nuestro muchas bellezas. El bosque, los amaneceres, los crepúsculos. También evolucionado, enriquecido, el deporte entre los jóvenes. En las resucitadas bicicletas o en los raudos coches, los jóvenes aman la salud, el aire libre. Y en 1938, como en 1896, después del violento ejercicio, ¡qué grato!, qué confortante y qué distinguido es saborear un vaso bien frío de aquella cerveza que ya nuestros abuelos consagraron con su predilección juiciosa: la exquisita cerveza Carta Blanca.

Boletín de Arte Carta Blanca, año V, núm. 6, octubre-noviembre de 1938, s/p

---

[*] A fin de evitar repeticiones, sólo en esta página se menciona el título de la sección que Novo publicó de abril de 1938 a enero de 1939 y que abarca de ésta a la página 608.

ÚTIL Y DULCE

ENTRE las personas aficionadas al arte priva la errónea creencia de que los artistas ya son la única gente libre que queda en el mundo. Libre porque se acuesta y levanta a la hora que le viene en gana, porque no mira sino el aspecto agradable de todas las cosas, y porque la belleza es lo único que le preocupa. Por otra parte, la calificación de artista la asume en el mundo moderno aquella persona que a diferencia de los hombres de negocios, se dedica a la música, a las letras, al cine y, por extensión, a escribir para los periódicos, en tanto que quienes escuchan en sus horas libres programas de radio, van al cine o leen las revistas en su casa, pasan la mejor parte de su día en enterarse de las cotizaciones del dólar y en el precio del maíz cacahuazintle. Son esclavos de sus obligaciones, con gorda cuenta en el banco, taquígrafa y teléfonos.

Es verosímil que alguna vez, en el pasado, los escritores hayan sido personas libres; es indudable que ya no lo son, y lo más probable es que el mundo perfecto del mañana les imponga un cúmulo de obligaciones que ya se perfila, tenebroso, en las brumas de hoy. A demostrar que los escritores modernos son la gente menos libre, y aquella a quien le están negados todos los placeres, tienden estas líneas.

Nace un chico cualquiera y desde sus primeros años muestra una firme inclinación por la lectura. Devora novelas, poesías, historias, y a hurtadillas empieza a escribir versos. Lo hace con verdadero deleite, y sus padres fruncen el ceño cuando ven que descuida el estudio de los libros de texto que le serían verdaderamente útiles: pero ninguna reconvención puede contra sus aficiones literarias. Crece entre libros, y cuando menos lo espera nadie, se pone a escribirlos. Los periódicos le publican versos y no faltan amigos que lo consagren. Desde ese momento, los libros, cuya lectura constituía para aquel joven el más desinteresado placer, quedan convertidos en su obligación profesional más importante. Tendrá que estar al día de los que salgan, habrá de releer sus clásicos ordenadamente, irá llenando las lagunas de su cultura. Y sí, como es natural, su amor por la literatura se ve premiado con una clase, dividirá su tiempo entre darla con brillantez y prepararla con asiduidad. Se acabó el disfrute gratuito de *Macbeth;* ahora tendrá que situar esa obra entre las otras de su autor, y derivar hacia la investigación de la época en que todas ellas se produjeron, que es como si un profesor de parasitología dejara de perseguir a los mosquitos de su alcoba para atraparlos vivos y mostrárselos, al día siguiente, a sus atentos alumnos.

Todavía le quedan a este hombre de letras —como empezará la gente a llamarlo— bastantes otros placeres. Por ejemplo, mientras le sirven el desayuno antes de ir a su clase, puede hojear los periódicos y las revistas, que lo pondrán en contacto con el mundo antiliterario en que vive, y le harán conocer al detalle los problemas de Checoeslovaquia y de la región lagunera. Y he aquí que el día menos pensado le solicitan una colaboración para los periódicos. Comienza por escribir artículos literarios de lo que sabe; pero eso no le gusta, a la gente. A la gente —le explican— le gusta que los editorialistas piensen por ella y le ofrezcan, hecho ya, el comentario de los acontecimientos. El escritor piensa que más o menos eso mismo ocurre en sus clases; los alumnos no gustan de leer las obras; no tienen tiempo, o no les gustan; y en las clases, esperan que el profesor les diga lo que hay que pensar de los escritores o de

las obras, que son, digamos, la primera plana de los periódicos de ayer. Y resignado y entrenado, el escritor empieza a escribir editoriales solemnes. Gana un poco más de dinero, y su reputación de "hombre de letras" se enriquece con una faceta más, que es la de "ágil periodista". Pero en lo sucesivo, aquel placer que su curiosidad derivaba de la lectura casual, descuidada, de los periódicos, se convierte a su vez en su temprana obligación de todos los días. Tendrá en adelante que saber la vida y los milagros del líder del Senado con la misma puntualidad con que recuerda las aventuras del Buscón llamado Don Pablos, para un igual objeto de exponer ante su simultáneo público de alumnos y lectores lo que es mejor pensar de uno y otro héroes del pasado y del efímero presente. Los periódicos de alegres anuncios y llamativas cabezas perderán a sus ojos el atractivo que su inutilidad les prestaba; será su esclavo: su libertad se verá coartada por un nuevo lado.

Claro es que, como a todo buen cristiano, le queda su aparato de radio. Justamente en una novela que estaba escribiendo, le pareció sensato presentar a su heroína sentada al lado de un siete-bulbos. Por aquella puerta movediza, giratoria, de su aparato, la heroína de esta novela nunca concluida se fugaba de la molesta realidad de su hogar. Todas las noches, el barítono triunfador emitía para ella sola sus gorgoritos lánguidos y apasionados. El autor de la novela inconclusa —que era profesor de literatura y editorialista de un diario— vivía, sin saberlo, las experiencias emancipadoras de su personaje frente al radio. Cuando se cansaba de escribir, encendía un cigarrillo y ponía la XEW. Y así —por extraño que parezca— descansaba, se divagaba.

Pero un día le pidieron que ensayara su pluma en el radio. Como no le gustaba hacer las cosas a tontas y a locas, y su disciplina de catedrático le había dado la gimnasia de la lectura, encargó libros en qué documentarse para hacer buenos programas. Los libros que encargó le resultaron un timo. *Radio Sketches and* HOW TO WRITE THEM, por ejemplo, traía varios *sketches* de radio, pero no decía cómo escribirlos. Decepcionado, resolvió adquirir el conocimiento y desarrollar la técnica necesaria mediante aquel antiguo pero nunca desacreditado sistema que consiste en observar y experimentar. Y el placer que sorbía ante su radio se trocó en una nueva obligación. Para hacer las cosas mejor de como se hacían, o siquiera igualmente bien, le fue preciso comprarse un cronógrafo y registrar el número de segundos que debía durar un *spot*, el de minutos que fuera tolerable un número musical, y la conveniencia de que los anunciadores bajaran la voz adecuándola al tono íntimo, de penumbra, en que suelen escucharse las transmisiones.

Escribió un memorándum en el que demostraba que el radioescucha es, en cierto modo, un misántropo, pero que no deja por ello de ser una persona curiosa y entrometida; que no le gusta que le dirijan la palabra, pero que le encanta sorprender diálogos, como le regocija hallarles fallas a los artistas o a los anunciadores, y reírse a solas de ello. Cuando le presentó el memorándun al gerente de una estación muy acreditada, tuvo que tragarse su asombro al escuchar que el gerente "estaba absolutamente de acuerdo, y ya había pensado todas esas cosas"… que nunca puso en práctica y que indudablemente nunca había pensado.

Conforme se desarrollaban las actividades de este imaginario escritor, y se vinculaban con todas aquellas manifestaciones de la palabra con que es legítimo que se vincule la literatura, si ha de evolucionar con nuestro tiempo, otros escritores creían que su posición era más revolucionaria porque firmaban proclamas que no leía nadie, que la de aquel imaginario

escritor que revolucionaba la antes estática profesión al producir, sin firmarlos, programas y artículos que todo el mundo consumía. El escritor imaginario no podía perder tiempo en discutir con ellos. Su tiempo, reclamado por múltiples obligaciones, ya no era suyo. Tenía que dejar a los demás el placer que la profesionalización sucesiva de la literatura, el periodismo y el radio ya le negaba, en estos instrumentos de colectiva diversión.

Le quedaba, naturalmente, uno que otro placer desinteresado. En los ratos libres, podía ir a ver una película mientras masticaba chocolates. Se dejaba llevar del encanto cinematográfico de un enredo pueril, se asomaba a vidas más rápidas que las que transcurren por las páginas de sus antiguos libros, se olvidaba de los periódicos, de las clases y de los programas de radio. Disfrutaba su libertad de dos horas y media, y la aprovechaba sin provecho mediato.

Pero un buen día, en virtud de aquella misma ley indeterminada del desarrollo de las actividades homogéneas, los productores de cine lo llamaron. Querían que les hiciera unos diálogos para unas películas en que el lenguaje habría de cuidarse. Su vieja costumbre de bañarse antes de vestirse lo indujo a estudiar libros antes de decidirse a emprender una actividad nueva, y supo así que primero hay que contar con una buena historia en sinopsis, para desarrollarla más tarde en “tratamientos” que incluyen “secuencias”, continuidad —y diálogos que todavía más tarde, y una vez que el productor, el director y sus consejeros se ponen de acuerdo, los técnicos vaciarán en un *shooting script* con ángulos y emplazamientos de cámara, mención de *panning, Dolly,* y grúas, y términos bizarros tales como *lap dissolve, fade out* y *fade in,* cortinilla suave— y el más conocido *close up* en que suelen desarrollarse los besos.

Así pues, el último reducto de las diversiones habituales e inocentes dejó de serlo para este escritor imaginario típico de los demás escritores modernos, en cuanto amplió su radio de éste al cine. Ya en adelante no pudo sentarse tranquilo a disfrutar de una película, y lo que es todavía más grave, no pudo dispensarse de concurrir al cine cada vez que su productor le comunicaba que era importante que observara el acierto de dirección y de diálogo de tal o cual estreno. Como su productor iba al cine todos los días, el dialoguista imaginario tuvo que seguir su ejemplo, y su poco envidiable día se desarrollaba, digamos, de la siguiente manera: a las 8 a.m., lectura de la prensa del día, baño, desayuno. A las 9, dictado de su colaboración periodística; a las 10, trance cinematográfico, diálogos secuencias, etc.; a las 12, clase de literatura; a las 2, control de cierta transmisión de radio; a las 3, comer; a las 4, nuevo dictado de diálogos o de artículos; a las 6.30 una película; a las 9, y hasta las 11 de la noche, labores de radio.

Lo importante no es que un escritor trabaje catorce horas al día, y le queden dos para comer y bañarse y ocho para dormir; sino que al trabajar en todas esas cosas que para quienes las disfrutan sin intervenir en ellas constituyen un placer o, cuanto menos, una actividad libremente elegida y que pueden abandonar a la hora que gusten, o prescindir de ella por completo, aquel “artista”, “hombre de letras” o escritor de quien todo el mundo cree que es la persona libre por excelencia, demuestra que es el esclavo por antonomasia. Si lee un libro, será para no quedarse atrás en información literaria; si un periódico, para hacer un editorial. Si escucha un programa de radio, no es por divertirse, sino para ver si el anunciador entendió bien los textos, y no se pasa del tiempo contratado; y si va al cine, no es para oprimir una mano sudorosa y amable, sino —cronógrafo en mano— para tomar nota de los aciertos de

suspense que será muy bueno incorporar en su técnica la próxima vez que lo llamen a confeccionar un tratamiento".

Ya no le quedan, pues, al hombre libre que era el artista, ningunas libertades. Son, en realidad, los comerciantes y los hombres de negocios quienes disfrutan del arte, mientras él toma medidas para confeccionar, con la tela de su sacrificio, la diversión placentera de los comerciantes y de los hombres de negocios —verdaderos artistas desinteresados de hoy—. Porque hasta aquella actividad que es por definición placentera y privada, llegará a asumir, dentro del cuadro de todas las demás, el mecánico sentido de una higiene esporádica y elemental.

Hoy, año II, vol. 6, núm. 73, 16 de julio de 1938, pp. 27-28

EL CINE, TEMPLO MODERNO

EL CÉLEBRE sabio ruso Iván Petrovich Pavlov refiere en su obra acerca de la fisiología de los hemisferios cerebrales, que siempre que algún perro se encuentra ante alguna novedad producida en el medio exterior, inteligentemente investiga, pone en juego todo su equipo sensorial y trata de conocer el suceso nuevo. El reflejo "investigador" de los perros, complicado y civilizado, también lo poseen los hombres. Nada hay que preocupe más en la existencia humana que el universo eterno. La religión y la filosofía, por cuanto que proporcionan explicaciones —sentimental y emotiva una, fría y lógica la otra— son las más altas manifestaciones del ingenio humano, producto del universal reflejo investigador de cuantos seres existen.

Del templo salieron tanto el bien moral como el físico. El hospital y el teatro tuvieron principio en el lugar donde se predicó la verdad absoluta con los más extraordinarios recursos de las bellas artes. La técnica del templo, para llamar a los sentidos, pasó al teatro y el magnífico arte de consolar a los afligidos siguió su marcha hacia los hospitales. Sacerdotes, artistas y médicos conservan una liturgia característica —que procede de su común origen— y el secreto de saber mirar el fondo de la naturaleza humana.

El cine es la continuación perfeccionada, por el auxilio de la ciencia, del teatro. Ningún espectáculo como el cine, reúne todas las características de un bello arte medularmente moderno. Nunca como ahora requiere la humanidad, para sus obras, del concurso de colectividades. Antes fue posible que un solo hombre de genio fuera representativo de una actividad humana: Juan Sebastián Bach revolucionó la música y, prácticamente, inventó el piano; Isaac Newton puso en orden y sujetó las leyes al curso de los astros; Luis Pasteur inventó la bacteriología. Ahora es imposible que un genio, por más extraordinario que fuera, sea capaz de dominar por sí mismo todas las especialidades que concurren para formar el cine: filósofos, literatos, músicos, escenógrafos, camarógrafos, ingenieros en acústica, en química, en radio, psicólogos, historiadores, artistas, comerciantes, financieros, publicistas y artesanos y obreros de las más variadas categorías intervienen coordinadamente en la producción cinematográfica. El carácter colectivista del cine no termina en la legión de

técnicos que concurren para su manufactura, sino que interviene, precisamente, ahí donde el éxito o el fracaso enjuician a la producción, es decir, en las taquillas.

La fe religiosa, señal indiscutible del éxito de los medios empleados en el templo para conmover la conciencia de los creyentes, no podría haberse producido si el contenido de la religión no estuviera fincado en verdades, sentimientos y deseos, de naturaleza universal. Del mismo modo, los grandes maestros del teatro lograron la inmortalidad empleando la música como lenguaje espiritual sentimental —expresión sin palabras de las funciones afectivas, por naturaleza humana— y la palabra como vehículo para reflejar la solución más deseada por los hombres, de los problemas universales de la existencia humana.

La receta freudiana de la felicidad no es otra que la satisfacción de los deseos. El hombre primitivo e ignorante creó dioses —siempre con atributos humanos— que estuvieron dotados de una conducta excepcional según la cual pudieron realizar las aspiraciones más caras del hombre impotente e inferior, carente de una explicación del universo, desconocedor de las uniformidades de la naturaleza y, por lo mismo, incapaz de realizar con su vida las fantasías de su imaginación. Los dioses siempre fueron, ante todo, omnipotentes y, secundariamente, sabios y justos.

El cine, como templo, se encarga de difundir el bien moral y tiene además una teoría filosófica a que ajustarse: nunca el villano terminará con éxito sus maldades, ni podrá tampoco permanecer sin castigo; el público no acepta que en la pantalla se reproduzca la vileza humana que diariamente vive. En su esencia, el cine se ajusta a un código de moralidad convencional rígidamente inviolable, por lo cual, sólo al costoso precio del fracaso podrían ser tocados los tabúes que la gente no se atreve aún a sobrepasar y vencer. Exteriormente —ya no en la esencia, sino en la forma— el cine es también un democrático templo moderno: la pantalla ocupa el lugar del altar real y simbólicamente, puesto que en ésta, como en el otro, allí ocurren las manifestaciones más sorprendentes de una fuerza todopoderosa. Dios se encuentra en el altar desde el que predica sus verdades absolutas sapientísimas y desde el cual, también, ofrece el cielo a los justos y anuncia —justiciero— el dolor eterno a los pecadores. Un invisible dios actúa también manejando hábilmente el destino de los personajes de la pantalla; su enorme poderío le permite evitar los obstáculos del tiempo y el espacio; todo lo dispone según planes, en los que sabiamente está determinada la importancia y la función de los detalles más triviales. La humanidad busca consuelo en el templo y lleva dentro un programa justo de vida que acabaría con el sufrimiento y las maldades. El cine ha hecho el milagro de recoger ese mismo programa en la pantalla. La casa del templo es grande y suntuosa, y las nubes de incienso, las altas cúpulas, el órgano y las llamas de las velas atestiguan que se desarrolla una noche durante la cual el silencio se agranda puesto que sólo la voz de Dios hablará, al unísono, con la voz de la conciencia.

La oscuridad del cine, la noche convencional de este templo en que la pantalla presenta vertiginosas alucinaciones, lleva a los espectadores a un sueño colectivo que se duerme plácidamente.

Para un hombre vulgar la vida pasa monótona porque carece del talento necesario para descubrir, en la aparente trivialidad, los sabios planes de Dios o, si se quiere, la mano maestra de la pagana naturaleza; más vulgar es el hombre en tanto que no ha logrado aprender a emocionarse intensamente. La vida sin tropiezos ofrecería la indescriptible tortura de una

monotonía nunca turbada; sería un océano sin tempestades que, de antemano sabemos, habrán de tener siempre un fin durante el cual habremos de apreciar que ante la enormidad del universo y por sobre los más espantosos cataclismos, queda el espíritu humano invariable, espectador de soles y estrellas. Sólo un dios, observando escrupulosamente sus leyes, goza de la capacidad de producir los más extraordinarios espectáculos de la naturaleza.

El sabio dios del cine puede, en el curso de breves minutos, emocionar y llevar hasta el clímax de la pasión desbordante, al infeliz hombre de la calle que no tiene ni el genio del artista ni tampoco el extraordinario don de divertirse con tempestades que habrían de producirse a su antojo.

El cine y el sueño, ambas fábricas de la felicidad deseada por los hombres, poseen la misma técnica y son, también, los diligentes cuidadores del más saludable de todos los reposos. En el cine, como en el sueño, se viven las más intensas crueldades, se purga al espíritu de sus impulsos bestiales y el espectador deja, cumplidamente realizados, los deseos que, de otro modo, tendría que reprimir y que, tarde o temprano, lo habrían de conducir al infierno de la guerra, de la cárcel o del manicomio. Dios promete la paz y el cine la vende a precio barato.

Síntesis, vol. XV, núm. 88, diciembre de 1938, pp. 437-439 (tomado de *Cine*, 23 de octubre de 1938)

MI TEATRO DEL AIRE

EL VIERNES pasado perdí tontamente la gran oportunidad de conocer a cuatro de los principales personajes de mi personal Teatro del Aire. La víspera, a la una de la mañana, habían concertado tres de ellos visitar a don Manuelito. Ya tanto el capitán Rodríguez cuanto el teniente coronel Aranda y el general Ramírez conocían a su anfitrión, y anticipaban el deleite de gustar el té que tan refinadamente confecciona y ofrece a sus huéspedes este excelente amigo. Pero, en cambio, el teniente coronel Aranda nunca había visto al general Ramírez, y era ésta la ocasión de estrechar su mano y de conocer, también al mayor Ramírez, que hasta hace poco era capitán, y que es hijo del general. No era muy para tomar el té la hora —las tres y media de la tarde en el número 200 de la calle de Colima—; pero el general Ramírez trabaja de seis de la mañana a nueve de la noche, y no dispone de su tiempo como quisiera. Don Manuelito, pues, se resignó a posponer para otra vez el gusto de atenderlos y charlar con sus amigos alrededor de su humeante tetera.

No me gustó mucho que los invitados se olvidaran del capitán Velasco Rojas. Pero sin duda no lo omitieron a propósito. En las últimas noches ni él ni el capitán Luis Lazaga habían salido al aire, el segundo porque no lo acostumbraba mucho, ocupado sin duda como debe de hallarse con sus servicios de cuartel en el 45 batallón, y el primero porque aun cuando se divierte muchísimo lanzando al aire las notas de su organillo de boca y recitando con voz cavernosa trozos selectos de *Don Juan Tenorio* mientras busca a don Manuelito, don Manuel, don Manuel, don Manuelito, acostumbra vestir relativamente temprano su pijama negra y echar su gran clavado de canguro en el lecho de piedra. Todas las mañanas tiene que volar, y le es nocivo desvelarse más allá de las 12 de la noche. Aquélla en que quedó concertada la visita a don Manuelito, el capitán Velasco no apareció.

Habría sido muy sencillo para mí plantarme frente a la casa de don Manuelito un poco antes de las 3:30 y observar a mis personajes. Al revés de lo que ocurriría si por azar yo viera llegar a tres o cuatro militares a una casa, y ser cordialmente recibidos en la puerta por un caballero amable de cierta edad, cuyas voces todas ignorara, de quienes no supiera nada; si hubiera yo estado presente a su llegada no habría hecho sino darle imagen a mi *sound track* tan pacientemente grabado en muchas noches, y en el que llevo claramente impresas las interesantísimas psicologías de mis personajes.

Ningún autor de programas de radio los ha creado. No anuncian ninguna mercancía. Aun cuando hubiera autores inteligentes de programas de radio, el que más lo fuera sería incapaz de haber dado vida a mis personajes; y aun cuando pudiera hacerlo —¿en dónde iría a hallar actores capaces de desempeñar los fuertes, redondos, impecables, humanos papeles que no representan, sino que viven, los personajes de mi privado Teatro del Aire?—.

Y sin embargo, no son de mi patrimonio exclusivo. Una de sus mejores, más legítimamente teatrales condiciones, es la de que ignoro lo que vayan a hacer y a decir, y ni siquiera sé cuáles de ellos, si alguno, y a qué horas, van a presentarse a mi curiosidad. Otra es que cualquiera que disponga de un mediano aparato de recepción puede asomarse al mundo

maravilloso en que estos personajes, reyes de la noche, imperan y se mueven desde su inmovilidad.

Ya no recuerdo qué noche tropecé con ellos. Cuando las estaciones comerciales terminan de rumiar sandeces, suele insertarse en la banda de la onda larga la "llamada general" de alguna pequeña estación de aficionados. La primera que yo escuché fue la XE1BC (B de baterías, C de condensador). Hecho su anuncio, desapareció; pero yo la perseguí por la onda corta, y volví a encontrarla fácilmente. Me costó algunas noches de grata investigación averiguar que esta estación es la del capitán Velasco Rojas, de quien no estoy aún muy seguro si se llama Enrique y si vive en Pánuco 54. Pero desde aquella fecha hasta ahora he aprendido a estimar al capitán Velasco y a sus amigos de la Rueda del Oeste.

Poco a poco aprendí a instalarme entre ellos, testigo mudo de su alternado diálogo. Al principio, su lenguaje parece crítico e indescifrable, y cuando pronuncian las palabras cabalísticas: CAMBIO, CAMBIO, y enmudecen, se siente uno perdido. Basta empero mover delicadamente el botón un milímetro para llegar a tiempo de que el otro interlocutor reciba el cambio y tome la palabra. A la semana de práctica se aprende a perseguirlos con éxito, y entonces ya, a primera vista, sabe uno que la rueda de amigos que se hallan en "comunicado" está integrada aquella noche, por ejemplo, por el capitán Velasco desde su XE1BC, el teniente coronel Aranda (su nombre completo es Alberto Aranda Mena y vive en Isabel la Católica 142, a la vuelta de San Miguel, con el teléfono Mexicana J-2867) desde su XE1GX (G de guayabate, X de xoconoxtle), el general Ramírez (cuyo nombre no me ha sido dable escuchar, ni sus señas) desde la XE1BH, y el imprescindible y querido don Manuelito de Velasco, desde la XE1BN, instalada en Colima 200. En ese orden riguroso, pues, irán pasándose el cambio, y la palabra.

¿De qué hablan? ¿Qué extraordinarios temas de conversación pueden mantener unidas y atentas a personas que no se conocen ni se ven, hasta las dos y las tres de la mañana, todas las noches? Y si a ellas les interesa confirmar que su transmisora, según el cortés reporte de su "comunicado", funciona R-8, R-9, y darse y pedirse consejos sobre los *gadgets* de sus aparatos: ¿es comprensible que a alguien más le importe escucharles, y desvelarse por ello como ellos hacen?

Mis personajes no "hablan", sino que se expresan. Y nada es más cautivador que las confesiones graduales e involuntarias en que incurren en medio de la cortesía inicial que los lleva a empezar invariablemente sus comunicados con la afirmación de que "todo ha sido perfectamente escuchado por aquí, mi capitán… Su estación funciona esta noche perfectísimamente bien…" Detrás de estas formalidades, los solitarios que se instalan por las noches ante sus aparatos transmisores desnudan su espíritu. Su voz los comunica al observador y el observador va conociéndolos mejor que ellos mismos se conocen.

Sé así, por ejemplo, que el capitán Velasco tiene tal afición por el radio, que está empeñado en la construcción de unos aparatos transmisores y receptores para los aviones de la fuerza aérea nacional, de telefonía. La noche en que se lo refirió al general Ramírez, éste le dijo que ya en la casa Collins estaban construyendo unos aparatos similares, que era muy importante que los pilotos dispusieran de ese medio de comunicación telefónica, y que el gerente de la casa Collins vendría a México a fines de diciembre, y que tendría mucho gusto en presentarlo con el capitán Velasco. Y así, sin conocerlo, sé que el capitán Velasco es joven,

de Jalisco, casado, alegre y lleno de vida, apto y enamorado de su profesión de aviador, aunque a veces exprese de ella conceptos extraordinarios, y de su afición al radio, que va con ella. Sé que tiene deseos de visitar al capitán Lazaga y que el domingo que lo concierten, que será cuando el capitán Lazaga no tenga servicio de cuartel, el capitán Velasco llevará a su señora para que converse con la señora del capitán Lazaga mientras ellos hablan de cosas que ellas tan no entienden ni les interesan, que muchas veces el capitán Velasco tiene miedo de que su señora le quite el *switch* para que ya no siga desvelándola con sus “comunicados”.

La otra noche mis personajes pusieron en escena una obra que bien podría llamarse *Veinte años después*. Se hallaban en rueda el teniente coronel Aranda, don Manuelito, “el amigo don Longinos Anestoy”, operador de la XE1HT (H de Holanda, T de Toronto), que es español, y el licenciado don Ramón de la Barrera, dueño de la XE1BU, que vive en Nápoles 60. El licenciado De la Barrera había estado muy enfermo hacía algún tiempo. Poco a poco fue poniéndose amarillo, como si lo hubieran maquillado para filmar, y alarmado buscó a un médico, que es el doctor Fournier. Tuvo que esperar a que volviera de Europa, pero en cuanto vino, le metió hasta el estómago un tubo de goma y le extrajo una gran cantidad de bilis (prueba de Meltzer Lyon), con lo que la noche a que me refiero su color había cambiado ya del amarillo oro, al verde nilo, que ya es mejorar. Su hermano Paco se hallaba de visita en la estación transmisora y se puso, como diría el licenciado, que ha acuñado esta palabra, a “platiconversar” con los de la Rueda del Oeste. El teniente coronel Aranda, primero, empezó a cerciorarse de que se trataba del Paco que él conoció hace muchos años, cuyo amigo íntimo fue. Cuando el cambio correspondió a don Paco, éste se mostró en cierto modo desdeñoso del pasado y seguro de que los tiempos actuales no son tan malos, ya que la historia nos muestra la degeneración romana mucho más avanzada que la nuestra. El teniente coronel Aranda no estuvo conforme y pronunció una bella pieza oratoria en elogio de los tiempos idos. “No, Paco —le decía—, usted no puede creer que sean mejores estos tiempos en que escuchamos *Estás como rifle*, que aquellos en que llegaba usted todo pulcritud y elegancia, se sentaba al banquillo del piano y con sus manos mágicas tocaba el *intermezzo de Cavaleria*, la *Berceuse* de Castro, las danzas de Salvador Pérez, Moszkowsky, el *vals poético*, *Las violetas…*” El teniente coronel Aranda estaba verdaderamente conmovido, y por sus palabras, enderezadas a lograr que Paco lograra recordarlo, yo fui quien mejor evocó una época que ellos dos vivieron; en que fueron presentados por la señorita Garnica en la calle de San Miguel a que el teniente coronel ha seguido fiel, pues vive a la vuelta.

Paco de la Barrera, al siguiente cambio, se dejó convencer por las añoranzas del teniente coronel, ambos evocaron a Paco Púas —nexo hoy muerto de su alegre juventud— y así estos dos amigos viejos se encontraron en el aire, en mi teatro, en la noche. Cada uno conservaba del otro la imagen última, elegante y mundana, y se hablaban con la voz conmovida de almas que habitan hoy cuerpos envejecidos que es preferible no volver a ver.

Don Manuelito no se dejó arrastrar a los recuerdos, por más luchas y exhortos que el teniente coronel le hizo. Don Manuelito sostuvo que él es un hombre del futuro, y que en el futuro no se bailaron nunca *Los lanceros*, ni se dio en el teatro *Gigantes y cabezudos*, ni el *Anillo de hierro*, ni los *Diamantes de la corona*. El amigo Anestoy permaneció al margen del diálogo.

El domingo 4 de diciembre mis personajes estuvieron muy atareados. Se celebraba un

concurso de la liga de aficionados y todos querían, o ganar puntos, o amablemente hacérselos ganar a los buenos amigos de la República. Hubo quien, como el señor Davó, dueño de la XE1HR, permaneciera las 24 horas frente a su transmisor, haciendo llamadas generales en 20 y 40 metros a los aficionados del concurso.

Pero como ocurre en todas aquellas actividades que persiguen un fin interesado, los comunicados del concurso fueron muy aburridos para los observadores neutrales. Mis personajes no me pertenecieron en todo el día, y aguardé con ansia que se restableciera la calma de esta nueva semana. Es más, hay que aguardar a que se salga del aire la estación por la que se hablan de Mérida y de Mexicali los que tratan asuntos comerciales, para que se los dejen libre, ya como a las 11 de la noche, a los miembros de la Rueda de Marte —el capitán Ignacio Rodríguez, el coronel Proal, comandante del regimiento aéreo, que no es afecto a desvelarse, y el teniente coronel Aranda, y el capitán Velasco, y el general Ramírez—. Todos ellos se tratan con una gran cortesía y una auténtica confianza, se refieren anécdotas inofensivas y se hacen bromas inocentes. Pero cuando se les acaba la conversación, empiezan a preocuparse por saludar a don Manuelito. Don Manuelito es, en realidad, el rey de la noche. Siempre dispuesto a resolver una duda, a vaciar una consulta, siempre solícito y amable con sus amigos de la Rueda. Contrariamente a los militares, cuyo lenguaje es limitado, don Manuelito habla lentamente un español de académico, impecable y rico. Es soltero, pero no gusta de hablar de sus asuntos privados, y apenas una vez, para disculparse de no haber estado en el aire a la hora habitual, refirió al licenciado De la Barrera que una tía suya se hallaba muy enferma, y que había tenido que ir a visitarla con sus hermanas. Fuera de esto, escucha con paciencia las confidencias y las consultas de sus amigos, y para todos tiene iguales cortesías; pero conserva la elegancia de no hablar nunca de sí mismo.

El radio me ha revelado un atractivo inédito y cautivador desde que descubrí mi Teatro del Aire. Me ha puesto en contacto con estos seres extraordinarios a quienes no conoceré nunca, que son más humanos y más interesantes que ninguna creación artística y que se renuevan todos los días. Desde mi soledad los acompaño y los admiro. Los siento vivir y expresarse, y ya, como los demás amigos desconocidos de la Rueda del Oeste, no puedo dormirme sin saludar, sin que él lo sepa, al extraordinario don Manuelito.

Hoy, año II, núm 96, 24 de diciembre de 1938, p. 41

EL CINE, HIJO RICO DEL TEATRO

LOS CRÍTICOS cinematográficos cuidan tan celosamente de la pureza de lo que llaman “séptimo arte”, que uno de sus más frecuentes reproches a determinado actor, o a una película cualquiera, consiste en encontrar que “la actuación es teatral”. Parece atinado deducir, de su crítica, que es bueno considerar al cine como harina de un costal muy distinto de aquel en que se aloja el teatro, y conviene meditar sobre esto, no sin sentar antes el principio de que es muy difícil, a primera vista, que Pedro López Jr. carezca de las características somáticas, y aun de los caracteres adquiridos, de Pedro López Sr., de cuya mezcla con los de la señora López

nació Pedrito. Y aún más, que sería muy mal visto, y haría sospechosa la conducta de su mamá, que no se pareciera a su padre.

Cuando en 1671 Atanasio Kircher dio a conocer, en la segunda edición de su *Ars magna lucis et umbrae*, una teoría de la linterna mágica cuya primacía le disputa Porta en la historia de la física, sin duda no pensó en que los perfeccionamientos que a su sencillo aparato añadirían Walgenstein y Robertson, y mucho más tarde los Lumière, llegarían a dotar a su linterna de un poder tan enorme que hiciera peligrar la vida de un teatro tan floreciente entonces en Inglaterra como en España. El teatro cumplía su buena función de purgante del alma y de vínculo de las pequeñas multitudes homogéneas de aquella época, y producía materia prima para los eruditos ulteriores, sin proponérselo. El microscopio había sido inventado 21 años antes sin que su autor sospechara tampoco que de sus lentes, aplicados al aparato de Kircher, hubiera de salir un auxiliar tan poderoso de la ciencia como el microscopio solar por ejemplo.

El telescopio, el rumor de cuyo invento en Holanda indujo al inquieto Galileo a construir en 1609 un aparato semejante para observar y descubrir estrellas, es el antecedente inmediato de los prismáticos que en México llamamos gemelos y que es muy vieja costumbre llevar al teatro para distinguir mejor, acercándolos a voluntad, los rasgos de los actores o sus gestos más importantes. En el teatro el actor permanece empequeñecido por la distancia a que se encuentra el espectador, y el público lejano se quedaría tan fresco si los actores actuaran tan naturalmente como en la vida. El resultado de la distancia a que su estatura normal coloca a los actores con respecto al público es el de una gesticulación exagerada, sus gritos, los coturnos del teatro griego y sus máscaras, la pantomima y el grotesco maquillaje que las candilejas embellecen a la distancia. Las decoraciones inventadas para suplir la imaginación del público o para darle puntos de apoyo; y que en el teatro chino, por ejemplo, no se han creído necesarias, son estáticas y burdas, por mucho que avance y se enriquezca la técnica teatral de la tramoya. Dentro del *long-shot* permanente que el viejo teatro nos ofrece en su tradicional escenario, el espectador es muy libre de elegir, con ayuda de su prismático, los *close-ups* que su gusto apetezca: pantorrillas o lágrimas; pero en el cine, la curiosidad del espectador se satisface más ampliamente. Desde la elaboración de la película, el espectador ha estado presente en la forma de una cámara que viaja del *long-shot* al *close-up*, exactamente como los ojos de una persona que sin esfuerzo mira primero el horizonte y en seguida los ojos de su amada. Ha saltado a *reverse-shot*, ha caminado en *dolly* o ha girado bruscamente su mirada del cuerpo entero del personaje que hablaba hasta la puerta por la que aparece el villano de la obra; ha disfrutado del ballet o del panorama, con ojos de pájaro que mira hacia abajo. Y durante la hora y media que su $1.50 le permite permanecer instalado en la cómoda butaca del cine, el espectador recupera los ojos ubicuos que le prestó a la cámara (o, si queréis, es la cámara quien se los presta), y el espectador, ya sin el auxilio ocasional y limitado de los prismáticos, viaja por todos los ángulos del drama que presencia.

Al actor cinematográfico, la nueva situación le impone nuevas condiciones, o mejor dicho, lo releva de las que el teatro tradicional le había impuesto. Al invertirse las distancias que le separan del público, o sea cuando es éste y no el actor el pequeño, en tanto que el actor asume las dimensiones que la cámara quiera prestarle y que la pantalla le permite desarrollar, ya no son necesarios gritos, coturnos, pantomima ni gesticulaciones exageradas, y la expresión del

actor tiene que “frenarse” en la medida en que su estatura ha crecido; pues no sólo se ha logrado que el espectador intervenga en el drama a la distancia física de la vida, lo cual haría natural y legítimo que el actor se condujera como en ella, sino que éste ha crecido por encima de su estatura; el micrófono ha registrado su respiración, con una agudeza de que el oído normal carece, y la lente su gesto con igual hipertrofia. De donde resulta que al instalarse en el cinematógrafo, el teatro no ha hecho otra cosa que prescindir de las limitaciones que su recinto imponía y que había procurado nivelar con el énfasis, exactamente como dos vecinas que antes charlaran a gritos desde sus ventanas fronteras, y a quienes la instalación de un teléfono les hubiera permitido murmurar de sus amigas, en voz baja.

Es natural que el maquillaje del teatro haya perdido en el cine, en igual medida que la actuación, su énfasis. Cuando se mira a un actor de cine revestido de la ictericia provisional que le otorga el maquillaje, se olvida que el cine es todavía fotografía en negro y blanco en la mayoría de los casos, y que con el maquillaje cinematográfico se logra para la cámara —ojo de espectador— el máximo de realidad. En este punto del maquillaje vuelve a asociarse a la del cine la idea del microscopio, en que los colorantes se utilizan —como en el cine— para *destacar* rasgos de las preparaciones que la lente examina.

El cine mudo estaba en camino de ser un arte *sui generis.* A su lado, el teatro vegetaba su decadencia. La técnica que hizo posible el cine mudo no se detuvo ahí, y al dotarlo de la palabra le arrebató al teatro, para dársela al cine, su mayor riqueza. El divorcio entre el teatro y el cine se conjuró a tiempo y su vínculo se fortaleció. Más adelante, el *technicolor* abriría en el cine la puerta por donde el teatro podría entrar con el halago de su suntuosidad plástica. No es aventurado predecir que algún nuevo invento científico preste relieve y profundidad a las figuras que ya se mueven, hablan y tienen color en la pantalla. Cuando esto se logre, el teatro habrá triunfado definitivamente en el cine —su hijo rico.

Si no fuera por la fotografía, pocos disfrutarían de las obras maestras de la pintura que las reproduce. Si no fuera por la imprenta, pocos poseerían manuscritos de las obras maestras de la literatura, ni de ningunas otras. De igual modo puede pensarse que el cine capta y reproduce al teatro, llevándolo al disfrute de públicos muy numerosos, sometiéndolo a una preparación lenta e impecable y logrando para él una perfección que es hija de la máquina. El manuscrito es pues al teatro como la edición es al cine.

Y puestos en este camino, conviene reflexionar que en tanto que 10000 ejemplares —10000 lectores— constituyen un éxito raro para un libro, el mismo número de espectadores serían el más sonado fracaso de una película, que no se conforma con menos que millones de usufructuarios. El teatro no puede pedir mejor vehículo de ubicuidad que el cine, y éste no puede aspirar a mayor gloria que la de cumplir ante las multitudes heterogéneas de hoy, los altos fines tradicionales del teatro.

Síntesis, vol. XVI, núm. 93, mayo de 1939, pp. 473-476 (tomado de *Cine)*

MEXICANISMOS DE “EL PENSADOR MEXICANO”

*V*IDA *y hechos / del famoso caballero / D. Catrín de la Fachenda / obra inédita / del / Pensador Mejicano / ciudadano / José Joaquín Fernández / de Lizardi / Méjico: / imprenta del ciudadano Alejandro Valdés. / Esquina de Santo Domingo y Tacuba. / 1832.*
pág. 7, 1. 12, chiqueo, 1. 22, contemporizar con, 1. 23, pegoste
pág. 8, 1. 1, me ponía con el maestro
pág. 13, 1. 5, curseado la Universidad
pág. 15, 1. 10, entremetidos en las familias, 1. 17, se apuraba
pág. 17, 1. 23, me libraban con modo de su impertinencia
pág. 18, 1. 17, conque ¿por qué no quieres?
pág. 25, 1. 5, y verás que videta nos raspamos, 1. 21, más que se quedaran
pág. 29, 1. 1, el chiste y la generalidad con que lo hacía
pág. 31, 1. 15, y 16, se conoce que eres un pasguato de más de marca
pág. 31, 1. 23, echado al perico, 1. 24, te ha sabido infundir un terror pánico.
pág. 40, 1. 19, bueno fuera, 1. 21, tuviera miedo a un patarato
pág. 40, 1. 25, en su casa como ni yo tampoco
pág. 43, 1. 20, manifiesta de á legua
pág. 48, 1. 1, su cuerpazo
pág. 50, 1. 25, monos, por desgracia
pág. 51, 1. 28, sobajar
pág. 53, 1. 1, y faramallas
pág. 54, 1. 2, complacedores del gusto de los santuchos
pág. 54, 1. 27, quitar un crédito
pág. 56, 1. 20, se me arrancó de cuajo, 1. 25, un gollorín
pág. 59, 1. 19, es feisita
pág. 61, 1. 8, con harta luz
pág. 66, 1. 5, me hacía el menor aprecio, 1. 11, el parian
pág. 67, 1. 2, tata, 1, 8, que me ganaba doce, 1. 25, me ofertó café, y yo admití sin hacerme del rogar.
pág. 72, 1. 13, descabalar, 1. 15, donde por fortuna mía estaba un chanfla
pág. 73, 1. 27, y no me hizo fuerza
pág. 74, 1. 3, una memela
pág. 76, 1. 26, raspaduría, cuzquilla
pág. 77, 1. 19, y se mudaron en un viage
pág. 78, 1. 16, en estas y las otras como era fuerza comer por mis arbitrios, 1. 19, me quedé en cueros en dos por tres
pág. 79, 1. 16, sombrero achilaquilado, 1. 21, trapientos
pág. 80, 1. 27, que se me proporcionó
pág. 81, 1. 5, Entonces avisé o di codazo, 1. 13, es verdad que esto fue con su pedazo de diligencia y algo de buena regla que se asentó
pág. 81, 1. 23, una galita
pág. 82, 1. 12, y se vengó llenando tu cabeza de chismes
pág. 83, 1. 8, de lo que llaman amanesquero, 1. 14, le hará fuerza
pág. 83, 1. 15, se me arrancó y volvieron mis trabajos con más fuerza

pág. 84, 1. 7, que fuera yo su gurupié
pág. 91, 1. 20, mozos hay currísimos o pegadísimos a la moda del día y no por eso son catrines; y otros hay que llama el vulgo rotos o modistas pobretes y sin blanca que son legítimos catrines
pág. 99, 1. 4, esas son palabras mayores
pág. 105, 1. 25, unas boleras, o un valse, barajar un albur, jugar un tresillo, peinarse y componerse
pág. 107, 1. 18, en cuanto tuviera proporción
pág. 109, 1. 3, á un depósito
pág. 110, 1. 14, con tinta de zapatero y darles bola
pág. 115, 1. 27, se me arrancó
pág. 117, 1. 4, ¡valgame Dios, niño! 110. 9, Si quisiera U. una conveniencia de portero
pág. 128, 1. 14, qué gente tan desapiadada es la de Méjico!…
pág. 129, 1. 7, porque se me iba acancerando a gran prisa
pág. 133, 1. 17, un tompeate
pág. 134, 1. 11, se harían de principal
pág. 136, 1. 7, (véase pág. 7, 1. 12)
pág. 138, 1. 1, médico antiguo, pero sabio en su tiempo
pág. 142, 1. 1, á media bolina
pág. 146, 1. 28, interesables
pág. 148, 1. 27, me chiquea (véase pág. 7, 1. 12) y me predica
pág. 151, 1. 24, demasiado complacederos y por esta razón muy perniciosos
pág. 154, 1. 12, esta vez no la echó sin despedida, 1. 14, él mismo se mató, fue su homicida con su mal proceder.

Letras de México, vol. II, núm. 10, 15 de octubre de 1939, p. 2

¡“CANTINFLAS”, AL SET!

ME HABÍAN dicho: “*Cantinflas* y Medel son una calamidad. Durante la filmación de *Águila o Sol*, hubo que ponerles unos detectives detrás, para que al salir del Follies los localizaran, supieran dónde hallarlos a la mañana siguiente y los llevaran, casi a la fuerza, a los estudios. Una vez retardaron todo un día la filmación —a ocho pesos minuto—. El productor estaba que echaba lumbre… Y además, no se aprenden nunca una línea de su diálogo. Frente a la cámara, simplemente improvisan, y la historia sale adelante como puede…”

No era, pues, muy envidiable mi situación de “productor asociado”, con la obligación de realizar una película en que las estrellas eran estas dos calamidades. Don Felipe Mier se hallaba en Nueva York y no regresaría sino hasta que yo tuviera lista una película que, en principio, tendría que llamarse, bastante extrañamente, *Los dos mosqueteros*. Yo, por mi parte, no tenía más experiencia cinematográfica que la adquirida durante la preparación y la filmación de otras dos películas, *Perjura* y *El capitán aventurero* —y estas dos experiencias,

lejos de tranquilizarme con respecto a la facilidad de confeccionar diversión colectiva, me habían hecho probar los sinsabores de los días y las noches entre enervantes luces fuertes y frente a enervados caracteres de todos los matices—.

Quien haya leído, por ejemplo, *We Make the Movies,* o quien sin este requisito, posea alguna experiencia en el *sánctum* del cine, sabe que el fuego inicial de este arte industrioso se origina en el cerebro del productor. Es él quien llama a su productor asociado, si lo tiene, y le dice, *verbigratia:* “Tenemos contratados a *Cantinflas* y a Medel, y el término de su contrato ya está próximo. *Los dos mosqueteros* es un buen título de película. Pero por otra parte, el género de misterio (el productor dice *spooky,* para mayor claridad) es un género taquillero. Necesitamos, pues, pensar una película en que aparezcan *Cantinflas* y Medel, que se llame *Los dos mosqueteros* y que sea *spooky.* Creo que mañana me puede usted presentar una sinopsis”.

El productor, sin embargo, *has a heart,* y el “mañana” se pospone hasta el día que humanamente es posible presentarle a discusión la sinopsis. En el caso específico de *Los dos mosqueteros,* a mi natural recelo con respecto a la capacidad de disciplina de las estrellas se unía una repugnancia invencible por el título. Me parecía que de mantener unidos a *Cantinflas* y a Medel como lo estuvieron en *Águila o Sol,* no se lograría otra cosa que perpetuar en la pantalla una pareja que no viene a ser, en resumidas cuentas, más que una sola entidad verdadera —especie del *clown* y el director del circo que le saca los chistes—. Pensé pues una historia en que los halláramos desvinculados, opuestos, bien diversificados, y a prueba sus respectivos talentos al engarzarlos con varios otros personajes de fuerza igual o semejante a la suya; en una historia en que el viejo “estrellato” quedara subordinado al interés episódico que todos los personajes contribuyeran por igual a crear y a mantener. Una vez lista la sinopsis, el productor la entregó a un director, que directamente la transformó en un *shooting script* del que nunca me perdonará Joe Benavides, mi eficaz maestro en achaques de tratamientos cinematográficos, que lo haya puesto a extraer de nuevo una sinopsis —que finalmente desechamos para volver a la originalmente aprobada por don Felipe Mier, con una serie copiosa de enriquecimientos de detalle—.

Chano Urueta aguardaba impaciente las alrededor de 10 hojas diarias de diálogo que salían de mi portátil y que a la mañana siguiente nos traía diluidas en emplazamientos. Sets y trajes se hallaban ya en confección, y don Luis Castillo Ledón me había concedido ya permiso para filmar en el Museo Nacional. Orellana, nuestro triunfal *Carrasquilla* de *El capitán aventurero,* aplicaría esta vez su versátil talento a encarnar a un arqueólogo misterioso, padre de una bonita chica —papel en que Elia D’Erzell, hija de la urgente Catalina, se probaría—. Necesitábamos también a un indígena lúgubre y espantable, que hallamos en Max Langle. La muchacha del caso sería Elenita D’Orgaz, nuestra Carmen de *Perjura.* Pero no le hallábamos novio. Ya en la vida real ella lo tenía, y días después del *wrap it up* final de la película, se casaría con él. Pero necesitábamos un galán inédito para ella. Un chico que encarnara con naturalidad y simpatía a un periodista. Revisé retratos, conversé con aspirantes, y llegué, sin gran convicción, a contratar a uno. Pero mientras llegaba el día de los ensayos, y el joven contratado en principio para el papel “daba sus vueltas”, verifiqué con horror que sufría caspa y que este padecimiento le confería un aire de gran tristeza. Lo indemnizamos y prescindimos de los servicios que aún no nos prestaba.

Me habían hablado del hijo del doctor Perrín, de su afición por la crítica y por el arte, y de que acababa de filmar una película. Y seguro de que su cuna y su cultura garantizaban gran parte de su aptitud, rogué al doctor Perrín que me pusiera en contacto con su hijo. Al doctor no le gusta que Tomás trabaje en el cine. A punto de recibirse de abogado, como se recibió ya para estas fechas, le había dicho que prefería que ganara 200 pesos mensuales en su bufete que 2000 en el cine. "Sí, papá —le replicó Tomás—, pero ¿qué tal si son 20000?"

Vino Tomás a la CISA y aceptó el papel. Con Matilde Corell para un papel cómico de solterona infantilizada y coqueta, ya teníamos completo el reparto. Entonces vinieron, separadamente, *Cantinfla*s y Medel por su *script*.

Alguien les había dicho que sus papeles en la película no eran propiamente estelares, y me abordaron con recelo. Yo les hice ver como mejor pude la inconveniencia de hacerlos cargar con el "romance" y las ventajas, para ellos y para la película, de conferirles en cambio el *comedy relief* de una historia fundamentalmente *spooky*. Me empeñé en demostrarles lo bueno que sería para su carrera respectiva romper la monotonía de su pareja y enlazarlos durante el *film* con todos los demás personajes. Todavía no muy convencidos, llegó el primer día de rodaje con llamado para las 8 a. m. Nadie creía que se presentarían puntualmente; el Follies los desvelaba hasta las dos de la mañana. Sin embargo, a las ocho en punto estaban ya en el estudio, caracterizados y listos para el primer disparo de la cámara.

Durante las cuatro semanas con horas extras que duró la filmación, ni una sola vez tuvimos que esperar a causa de ellos. Aunque nuestra dolorosa obligación era dejarlos marcharse a las siete de la noche al Follies, muchas veces fue el público de ese teatro quien los aguardó. A medida que progresaba el *film* y que veíamos *rushes, Cantinflas* y Medel se encariñaban con la película y se superaban en sus escenas. Y entre una y otra, conversaba yo con *Cantinflas* —a quien llamaba siempre Mario— y procuraba profundizar en su interesante psicología.

Cantinflas es un niño grande y afortunado. Difícilmente se encontrará una persona más buena que él, de mejor "corazón". Un buen día se encontró con que su dislogia hacía gracia y se hizo pagar caro por hablar confusamente. A partir de ese día, tuvo cuanto hubiera soñado, pero la calidad de sus sueños no demuestra sino su condición de niño grande y bueno. Un psicólogo diría que en *Cantinflas* se expresan a la vez el subconsciente del pueblo mexicano y el subconsciente personal de Mario Moreno; aquél, porque si alguna feliz vinculación con el público justifica el éxito del personaje creado por este espontáneo artista, ésta reside en el hecho de que *Cantinflas* se entiende con sus interlocutores precisamente como el pueblo de México se entiende, o sea con palabras que no guardan entre sí una relación lógica y consciente, sino que son el símbolo verbal mediante el que los subconscientes de dos interlocutores se ponen en contacto y se comprenden. Y el subconsciente personal de Mario Moreno se expresa en las satisfacciones que el triunfador y bien pagado ídolo del público le procura al niño ignorado y pobre, triste y escéptico, que sobrevive y triunfa en *Cantinflas*. Me llevó a su casa, furiosamente nueva, con muebles rabiosamente caros y radios en todas las habitaciones, en su gran automóvil que llevaba el radio encendido. Pero no había en ello ninguna pedante ostentación. Era el niño, feliz de enseñar sus juguetes, que vive en el hombre contento de poder ofrecer a su familia comodidades que él no disfrutó. A su madre le ha hecho otra casa en que nada le falta. En la que yo visité, *Cantinflas* vive con su esposa y con su esposa viven su madre, su hermana, su padre, sus sobrinos —una colección de rusitos rubios

que adelantan sus cabezas a la caricia de su “tío Mario”— y un chico recogido de la calle por Mario, y que le llama papá. Adora a su guapa esposa, y en aquel comedor al que llegaron a sentarse hasta nueve personas inesperadas y heterogéneas, sentí que por primera vez me encontraba frente al ambiente cautivador, irreal, humano, generoso de *Vive como quieras*.

Chano era la única persona de su familia a quien yo no había tratado. Es también el primer director que en ningún instante resintió mi intervención, y con el que todo el grupo de personas surtidas que tomamos parte en la filmación, marchó sobre ruedas desde el primero hasta el último día. Prevalecía en el set una armonía y un espíritu de colaboración tan raros como indispensables bajo la égida de la primera autoridad, que es allí el director, y que Chano Urueta sabía ejercer con talento dúctil, con buen humor y paciencia y, cuando era necesario, con tres o cuatro insolencias pronunciadas perfectamente a tiempo. El grave problema del lenguaje de *Cantinflas,* de su verbosidad irrefrenable, más bien, recibió de Chano la más feliz solución. Habituado al teatro, *Cantinflas* se suelta hablando frente a la cámara, y ya pueden correr 200 pies de película, que él no deja que su interlocutor lo interrumpa y lo encauce hacia el diálogo que la escena requiere. Chano frunció el ceño y recurrió a un ardid. Claro es que el diálogo que le habíamos escrito a *Cantinflas* era tan dislógico como el auténtico suyo, pero después de todo necesitaba llevarnos a alguna parte de la historia, y lo general era que él se desviara. La velocidad que Chano supo darle al *script,* y que es uno de los mayores méritos de *El signo de la muerte,* corría el riesgo de paralizarse en detrimento del film si se dejaba a *Cantinflas* decir todo lo que se le ocurría. Entonces Chano, sin decírselo a nadie, lo obligó a pronunciar en cada toma una frase inicial fija, después de dicha la cual le dejaba en libertad de improvisar cuanto quisiera, a condición de que al terminar su *ad lib* dijera, otra vez, una pequeña frase invariable. Nadie lo sabía, pero de esa manera, el diálogo de *Cantinflas,* con esas dos frases fijas —la inicial y la final— daba todo lo que la película necesitaba; si la improvisación de en medio no era excesiva, resultaba brillante, se dejaba. Si manifiestamente sobraba, las afiladas tijeras del señor Noriega la expulsarían de la secuencia sin dañar en lo mínimo, ni la actuación de *Cantinflas*, ni la película.

Creo, sinceramente, que en *El signo de la muerte* —como al fin vino a llamarse una historia congruente con su título— nos ha quedado una película muy redonda. Nuestro estricto editor, José Noriega, opina que nunca antes de ahora había lucido como en ella la actuación de *Cantinflas* y de Medel, que de una pareja cómica nacional, se truecan de hoy más en un *team* internacional. Todos los actores trabajaron a gusto —Orellana, Elenita, Perrín (tan fino, tan inusitadamente caballeroso, que al final de la filmación sorprendió a su maquillista y a su novia transitoria haciéndoles valiosos regalos), la tía Mati, Langle, Arvide, Elia D’Erzell—. Después del estricto primer corte, y de los que siguieron, no nos quedaba más problema que el de la música de fondo. Aunque no aparece un solo charro en *El signo de la muerte*, se trata sin embargo de una película mexicana por todos lados. Pero presenta un mexicanismo inédito en el cine nacional: el fundamental, precortesiano mexicanismo de las leyendas contenidas en los códices y en los monumentos arqueológicos. Vemos en ella, por primera vez, ídolos, pirámides —todo el rico salón de monolitos del Museo Nacional—, y nos asomamos después a los ritos aztecas que un arqueólogo raro quiere resucitar en pleno 1939. Llena de viva acción, la película necesitaba sin embargo una música descriptiva que no cualquiera podría escribir —con teponaxtles, huehuetls, caracoles—. Entonces pensamos en Silvestre Revueltas.

Por muchos modos, Silvestre Revueltas es a Carlos Chávez como José Clemente Orozco es a Diego Rivera. Revueltas había escrito música para algunas películas —*Vámonos con Pancho Villa*, la primera, de la cual me decía el señor Noriega que era la música descriptiva más perfecta que él había escuchado grabada en película alguna—. Yo recordaba que *Redes* se exhibía en París más por la música de Revueltas que por el *film* mismo. Lo busqué, le enseñé la película, aceptó escribir su música, y estoy seguro de que con este último y fundamental enriquecimiento, la CISA —esta Metro Goldwyn Mier de Mexico— ha redondeado un triunfo más de su producción 1938-1939, que empezó tan halagadoramente con *Perjura,* siguió con *El capitán aventurero* y ahora ofrece en *El signo de la muerte* un nuevo ángulo de auténtico mexicanismo cinematográfico y una película de “gusto” universal —obra realizada con ganas y aptitud y con la contribución cuidadosa de lo mejor que pudimos hallar para hacerla—.

Hoy, año II, núm. 148, 23 de diciembre de 1939, pp. 32-33

MI LUCHA (LIBRE)

CUANDO hace algunos meses —exactamente en 1925— publiqué mi primer libro de ensayos, consagré uno de ellos a expresar mi pueril admiración por un espectáculo que hasta la fecha sigue apasionando a un crecido número de personas, y que es el boxeo. Me permití hacerle algunas sugestiones. Bastante antes del advenimiento del cine hablado o musicado siquiera, percibí que a la plasticidad emotiva del box le faltaba el útil aditamento de la música de fondo que hace más llevaderas y lacrimógenas, o más excitantes y angustiosas, a las películas o a ciertos pasajes de las mismas. Al hojear ahora aquel libro no he podido menos que compadecer al adolescente que lo escribió, y que virtió en él, como un inexperto comensal la toronja sobre su pechera, todo el jugo de una apresurada erudición fuera de lugar, y chisgueteada al meter la cuchara allí donde no la llamaba nadie —ni siquiera una vocación librescamente atlética—.

Algo del SN de 1925 debe sobrevivir en mí cuando es ahora la lucha libre lo que despierta una admiración adormilada sobre los laureles pugilísticos de un primer libro que yo soy el primero en haber olvidado. Los desocupados lectores, y yo con ellos, han ganado con una experiencia que me permite en 1940 prescindir de narrarles, una vez que algún libro me los hubiera referido, los antecedentes remotos de la lucha libre, y asomarme a ella y por ellos, aunque mal paguen, con la virginidad bautismal con que entro en la Arena México todos los jueves y todos los domingos, me deposito en la silla más asequible —y me entrego, una vez en sus respectivas esquinas, de bata roja y de bata azul, el primer villano y el primer héroe de la noche, al goce pleno e impurísimo de verlos retorcerse el pescuezo y morderse el zapato—.

El encanto, la fascinación que ese dignificante espectáculo ejerce sobre una afición de tal manera creciente que los empresarios han juzgado oportuno ofrecerlo por partida doble en dos arenas de la ciudad, es en el fondo el mismo que el cine ejerce sobre una población que sostiene en México 650 cines dispersos en la República —y en los Estados Unidos 17000 salas que se llenan cada semana con 85 millones de espectadores—. El box (véase *Ensayos*,

p. 10) recoge en su equilibrio de pesos, en sus limitaciones reglamentarias y honorables, debidas a un marqués, y aun en el hecho de que se ejerza con esa cáscara de las manos que son los guantes, toda una larga tradición de pulcritud y de “honor” que cada vez va menos de acuerdo con la época. Como en los duelos a sable o a pistola, el box se sujeta a reglas y el *referee* desempeña en el ring el adusto papel de un imprevisto, o distraído, padrino despojado de la levita y la chistera. El cine, en cambio, nos presenta los conflictos tal como ocurren en la vida; entre un villano que puede ser, a la griega, la adversidad abstracta; o a la que te criaste, cualquier desgraciado, o una mujer sin entrañas, o con ellas negras, o un mal hijo con sus padres —o lo que usted quiera—, y un héroe que nos simpatiza. Los espectadores del cine asisten al desarrollo expositivo de una larga historia en 10 rollos que está llena de incidentes laterales, pero que fundamentalmente consiste en la lucha que el héroe emprende contra el villano y éste contra aquél, hasta que transcurrida una hora y media, el villano sucumbe ante la fuerza gallarda del héroe, y éste cae en brazos de la heroína, se dan un beso —y la luz se enciende sobre los carrillos satisfechos y manimasticantes de una concurrencia detumescida —.

Mucho más sintéticas que el cine, pero dotadas de igual sentido de una modernidad sincera que admite el principio de la lucha por la vida y de la supervivencia del más apto, las luchas libres prescinden de lo que los cinematografistas llaman el *building up* de la historia. Desnudos de ropa como de situaciones preliminares y de personajes secundarios, el villano y el héroe ponen en escena el “clímax” en cuanto el *referee* levanta el telón —o apaga la luz— de sus crípticas instrucciones y de sus secretas advertencias a los contrincantes. Iniciado el encuentro, las reglas del honor se hallan ausentes —como en la vida real, como en su reflejo cinematográfico— de los empellones, las llaves, los topes, los sentones que se propinan aquellos dos caballeros dentro de las cuerdas que no son tampoco el límite de su actividad, ya que suelen atravesarlas lanzados como flechas cuando el otro da un pase a su embestida, y van a caer a los pies de los asombrados espectadores de la primera fila.

Esta característica “a lo que te truje” que las luchas ostentan por encima del analítico proceso del cine, no es la única superioridad que disfrutan con respecto al espectáculo de los 85 millones semanarios. Los adictos al cine saben ya siempre qué esperar de un villano a quien conocen de otras películas, de quien su tipo mismo, y la mirada turbia que nos enseña un corte rápido de la pareja feliz en *two-shot* a un CU del hombre malo, nos lo dicen todo. También los luchadictos sabemos que no se puede esperar nada bueno de Murrieta ni de *el Gorila* Macías; que en cuanto puedan, la emprenderán a mordiscos contra Octavio Gaona o contra Firpo Segura; que les picarán los ojos sin compasión, en cuanto se apoderen de su pescuezo con el gesto inocente de quien lleva libros bajo el brazo, y mientras *Ruddy* Blancarte no los mira. Que si les cae cerca una de esas naranjas con arrojar las cuales al ring los espectadores demuestran a la vez la eficacia de la policía y su personal resentimiento contra el villano, la ocultan en sus sintéticos calzones para exprimírsela en los ojos al héroe en cuanto se descuide. Pero en las luchas podemos expresar nuestra reprobación con mayores frutos que en el cine. Nos incorporamos al espectáculo, damos lo que se pide de nosotros, y aquel magnífico director de orquesta que es el villano concierta con esos brazos con que nos hace señas indecorosas, un clímax de gritos y protestas armonioso y total que las fotografías animadas no logran nunca arrancar de sus espectadores sedentarios y pasivos.

Aquellos que desde su resentimiento personal, desde su inferioridad física lanzan a las luchas el cargo de que son “teatro” en el sentido en que “aquello no es real”, son los mezquinos supervivientes de una generación que, por ejemplo, creyó que era poesía la que gimoteaba Campoamor. Su persona y su punto de vista, si no merecen un examen detenido, sí se hacen acreedores a él. Son los Basil Zaharoff, sin sus millones, de batallas campales que querrían ver resolverse en asesinatos colectivos, porque ése les parece el único modo satisfactorio de desquitar el precio de su billete. Se pregunta uno si querrían que a la hora en que Alí Bey, con su marcado aire de familia con el general Calles, se dispone a remar con las extremidades inferiores de *Tarzán*, después de haberlo bocabajeado a la malagueña, tirándolo de unos cabellos que hace mucho abandonaron, para hacer imposible la reciprocidad de trato, el piloncillo de su propia afeitada cabeza; y *Tarzán* palidece con la espina convertida en hamaca, si querrían estos sádicos que Alí Bey extremara la llave hasta el fallecimiento de *Tarzán*, nada más para que aquello fuera tan “real” que los inconformes con el teatro salieran satisfechos de él.

Si el toreo es arte, como suponen los taurófilos; si Diego Rivera es un artista, como aseguran los críticos, es porque ni *Armillita* ni Diego tienen la menor necesidad de enfrentarse con toros ni paisajes, y sin embargo lo hacen; no para darnos directamente un paisaje ni una idea de cómo se logra en el rastro convertir en la materia prima de las milanesas al fingido robador de Europa; sino la emoción que, cada cual a su manera, contienen las rocas de Tasco y el descabello de un Torrecillas. Por este camino de la sublimación artística de un hecho real y objetivo cuya esencia se depura de la realidad, las luchas libres resisten a toda crítica académica. *El Hombre Montaña* no tiene en la realidad de su existencia motivo alguno de resentimiento contra *Tony* Infante, que por su lado es tan buen chico. Tampoco *el Berrendo* tiene por qué detestar —puesto que no ha tenido ocasión de verlo torear antes— a, digamos, Garza; ni las pacíficas rocas de Tasco, que han estado ahí desde mucho antes que Diego trajera a Trotsky, y muy posiblemente desde antes de que naciera Trotsky, razón especial alguna para hacerle gestos a Diego. Si pues Diego pinta, Garza torea —y Merced Gómez perdió un ojo cuando luchaba con *el Murciélago Enmascarado* (y no ha vuelto a encontrarlo, pero ello no le impide proseguir en el ciclópeo ejercicio de su personal vocación)— es porque el divino soplo del arte los impulsa a brindar, con la superación de la naturaleza que ponen en escena cada vez que los programan o que los exhiben, una imagen dinámica e ideal del estatismo prosaicamente realista de lo que, a falta de vocablo más descriptivo, llamamos vida.

No vamos a volver al disco de lo que los griegos —entre los que, de paso, se originó la lucha gimnástica— iban a hacer al teatro, que era purgarse, más en el sentido popular mexicano de este verbo que en el de catarsificar sus almas. Recordaremos simplemente que los temas de los trágicos griegos eran tan monótonos y sabidos como puede serlo, si insistís, el hecho de que siempre gane un luchador y pierda otro. El interés verdadero de la tragedia griega, como el de las luchas libres, reside en el diverso tratamiento que los trágicos —digamos Esquilo y Eurípides— dieran al tema fijo de las calamidades que los inducían concursar cada temporada teatral, y que pone, con todo y ser fijo, a *Bobby* Bonales y a *Black* Guzmán, con igual regularidad, a enfrentarse con el peligro amarillo de Toshi Kodiak. Ya sabemos que uno de los dos vencerá al otro. Es posible aun suponer (y esta suposición, lejos

de restarle mérito artístico al espectáculo, confiere a sus organizadores un admirable talento trágico que es olímpico en más de un sentido) que pueda preverse a quién de los dos contrincantes le toca recibir, como una esposa sumisa y de técnicas limitadas, el peso repentino de su contrincante sobre pecho y espalda. Cuando esto ocurre, ya sabemos que todo está consumado. Pero mientras ocurre, esto es, durante el proceso delicioso que Havelock Ellis llamaría de la tumescencia, ¡qué improvisaciones brillantes no presenciamos! ¡Cómo ululamos, espectadores griegos con *sweater* tejido, cuando *Black* Guzmán se lanza al aire igual que un demonio negro y coge con las pinzas largas de sus piernas el pescuezo de su cobarde rival, guarecido fuera de las cuerdas, para sacarlo por ellas y depositarlo en la lona cuan gordo es, como una grúa airosa que transporta del muelle al barco un bulto pesado!

Se nace barítono o tenor como se nace villano o héroe; sin culpa y sin remedio. El curso implacable de los años, que pone gallos en las más puntuales gargantas, es capaz de abaritonar la voz de un tenor, como el reiterado contacto con los villanos natos, y las cicatrices que entre éstos y los años confieren a un héroe pugilístico de nacimiento, pueden despojarlo de buenas a primeras de su sufrida caballerosidad, y convertirlo en un villano repentino. Pero así como es muy posible que un tenor rabie porque la naturaleza lo haya obligado a dejar para cuando cae el telón la expresión más sincera de sus sentimientos de bajo profundo; así como —para poner un ejemplo más claro— Alfredo Gómez de la Vega está seguro de ser un gran actor en más sentidos que aquel en que somáticamente lo es, es muy verosímil que los villanos de las luchas sean víctimas de sus propias apariencias, que su alma esté reñida con su fisiología, y que sea notoriamente injusto que les odiemos tan de corazón como lo fingimos. La utilidad trascendental de los villanos, natos o conversos, es innegable. En el ring representan lo que Luzbel en la tradición, la serpiente en el Paraíso, la negación en la dialéctica: el elemento de contraste sin el cual parecería sin gracia lo bello, insulso el día, demasiado blanco lo blanco, sosa la gallardía. La transferencia que los amantes del cine hacen de sus miserables personas a las bien maquilladas que presencian, y cuyas peripecias viven intensamente una hora y media, se realiza de un modo infinitamente superior en las luchas. En ellas, cada espectador es el héroe; cada reumático y calvo dueño de un billete de dos pesos en el ring numerado pierde los kilos y los años necesarios para transformarse, durante un cuarto de hora, en *Jimmy el Apolo*, y con igual módica facilidad localiza en *el Hombre Montaña* o en Alberto Corral a sus enemigos dispersos en el mundo —el casero, el jefe de la sección, su suegro personal—, y contribuye desde su asiento a exterminarlos, a patearlos, a echarlos fuera de las cuerdas. Semejante catarsis no es sólo higiénica, ni sólo psicoanalíticamente saludable, sino profundamente católica. En los villanos odiamos al Diablo, combatimos al Mal enérgicamente arrojándole colillas encendidas a Murrieta y paletas heladas a *Cocoliso* Nájera, y patrocinamos el Bien al aplaudir las heroicas proezas giratorias de *Dientes* Hernández al zafarse en tornillo de los muslos de *Cocoliso*. La educación de los niños que pueblan las gradas, por su parte, asume en las luchas un carácter práctico y apasionado de que carece en el salón de clases y en los pequeños deportes del recreo. En la medida de su edad, estas esperanzas del mañana que son los niños realizan también su balance subconsciente, se desquitan, como en sueños, de padres y maestros impertinentes y villanos, y desde la preñez de su adulterio que cada niño encarna, pueden impresionar, como las madres grávidas, la placa de que habrán de imprimir su madurez, frente al doble camino que les ofrece la singular

contienda del Bien y del Mal en calzón corto.

Si la de clases se llama lucha, y no la hay peor que la que no se hace, y únicamente la suerte es mala, es porque aun en ese resbaladizo terreno de la sociología cabe suponer que se llegará a resultados mucho más prácticos si la lucha de clases, así como la lucha electoral, se realizaran de la civilizada manera como se ejecutan las imponderables luchas libres. Si en vez de andar gastando dinero y oratoria, tachuelas y carteles, los generales Ávila Camacho y Almazán accedieran a dirimir en la Arena México sus aspiraciones a un cinturón hecho a la ambivalente magnitud de sus vientres, los espectadores sabrían desde la primera llave quién de los dos era el villano, o si su contienda era tan limpia como se supone, y de las dos caídas sucesivas o alternadas que el uno sufriera a las aptas manos del otro, saldría el más satisfactorio presidente que haya conocido la historia del *catch as catch can*, sin que pudiera nadie quejarse de la nitidez del procedimiento electoral. La excelencia ideal de un sistema eliminatorio tan justo como el que aquí se aconseja, queda comprobada con el solo anuncio de algunas de las controversias monótonas y deslucidas que un buen programa estelar de contrincantes podría liquidar si viéramos un día sobre el ring, por ejemplo, en una esquina y de bata franciscana, a *Chente* Lombardo, y en la otra a Luis *(Gorila)* Morones, de bata "clan"; en el número siguiente, en una esquina y de bata de oro, a Julio Álvarez del Vayo, y en la otra, de bata negra, a Indalecio Prieto; a Donald R. Richberg y a, digamos, Castillo Nájera en el *match* siguiente y —en una escala internacional— a aquel que gusta tanto de la lucha que ha denominado su único libro más o menos como yo este ensayo, contra Neville Chamberlain; al rudo luchador italiano *Benny* Mussolini contra Haile Selassie, y, finalmente, al *León de Coyoacán* contra el fiero purgante de Moscú.

Estas superficiales meditaciones sobre el espectáculo de alta cultura llamado luchas libres serían incompletas si no les concediéramos en ellas, tal como lo hace la empresa una vez al mes, entrada gratis a las damas. Los últimos jueves del mes, el viril espectáculo demuestra que lo cortés no quita lo valiente y se dedica a las damas, que concurren en mayor copia que cuando sus maridos tienen que pagar porque comparen mentalmente sus recuerdos con sus deseos, sus experiencias con sus observaciones. Las damas favorecen la lucha libre con la gracia, o con el equivalente proporcional de la gracia, con que sus tatarabuelas embellecían los torneos medievales: con una asiduidad fanática que si se distingue de aquélla (en que cabe suponer que las Berenguelas que precedieron a las Petras en la admiración que aquéllas profesaban por el *Caballero del Cisne*, y éstas acarician por Jesús Anaya) es simplemente en el nimio detalle de que en tanto que las Berenguelas callaban ruborosas como capullos, las Petras chillan y berrean como condenadas.

Los domingos, sin embargo, son días en que la arena se ve más atestada de bello sexo que sabe pagarse sus gustos. Tiene grande importancia el hecho de que al día siguiente de la noche anterior, que es noche de sábado, las damas favorezcan las luchas libres mejor que los neutrales jueves en que son invitadas a una función que, como cualquiera otra función, crea el órgano, de acuerdo con los más ilustres biólogos, o cuando menos lo recrea, de acuerdo con los recursos individuales. Una vez más, es muy de sospechar que en el caso de las chillonas damas dominicales prevalezcan oscuras razones subconscientes que expliquen su asiduidad —razones tan valiosas y tan freudianas como las que apuntamos arriba como causa del goce masculino de los encuentros a candados y a tijeras: igualmente ancestrales, profundas y

legítimas, porque en ellas florece no solamente la satisfacción del subconsciente individual, sino aun la expresión felicísima y probatoria de la existencia del subconsciente colectivo que Jung descubrió, y que es capaz de recordar palabras a través de siglos en que no han vuelto a emplearse, frente a un estímulo adecuado. En los viejos tiempos del Arcipreste de Hita, hace seis siglos largos, la palabra "lucha" tenía un significado que se entenderá bien si se recuerda que las hedas, trefudas serranas, de cabellos prietos y pescuezos gordos, que le daban de comer en su choza queso fresco y vino grueso, lo invitaban luego a "fazer la lucha". Es indudablemente satisfactorio, psicopáticamente, para las chillonas damas dominicales, y para su subconsciente no solamente colectivo, sino individual, sublimar el escuálido y habitual espectáculo de su conyugalidad, refrendada la víspera, y trocar su desagradable recuerdo por la vivencia sedante de una "lucha" mental en que en vez de su monótono adversario, quien se despoja frente a ellas de su bata azul es, pongamos por caso, *Bobby* Bonales.

Hoy, año IV, núm. 159, 9 de marzo de 1940, pp. 29-33

CRÓNICAS DE VILLAMELONES
DESDE LA SOMBRA

Existen, como lo ha señalado con gran acierto el filósofo nacional Samuel Ramos, dos maneras de ver una corrida de toros: desde el punto de vista de los toreros y desde el punto de vista de los toros. El citado pensador descubre que los mexicanos vamos a las corridas desde el primero de estos dos puntos de vista, y que el segundo es el que asumen los turistas. Para desmentirlo, y en confirmación excepcional de su regla, agitan su literario pañuelo desde las barreras de sombra unos cuantos literatos turísticos, de quienes los ejemplos más fehacientes son, verbigracia, Ernest Hemingway —*Death in the Afternoon*— y mi amigo Rex Ingram, que ama también los toros desde el punto de vista de los toreros y que ha escrito también un libro desde el punto de vista de Hemingway. Pero, en lo general, la teoría psicotauromáquica de Samuel Ramos es tan válida como es clásico el perfil del hombre en México.

Yo he ido poco a los toros, sin que la inversa sea igualmente cierta. Soy suficientemente superviviente de la edad de oro para haber asistido a la despedida de Rodolfo Gaona, tan borrosa en mi recuerdo como su imagen —a la que acabo de escribirle la narración en la antología del cine mexicano, que pronto ha de estrenarse—. En temporada más reciente —no mucho, sin embargo—, mis médicos de cabecera me prescribieron una emoción fuerte a la semana, y creyeron que la hallaría en los toros. Así fue, en efecto, sólo que no me la proporcionó el programa, y la emoción me duró bastante más tiempo que la temporada, a cuyas dos primeras corridas asistí, aun cuando seguí comprando un boleto para todas las demás.

En Sudamérica conocí a dos personas vivamente interesadas en un espectáculo que por allá sólo se conoce de oídas: un novillero desempleado, de nombre Angelillo, y Federico García Lorca. Ambos creían que el hecho de ser mexicano me obligaba a venerar las corridas de toros. Los incidentes menores de estas dos amistades en su relación con los toros quedan

bien referidos para el curioso en mi *Continente vacío*. Pero me arranca otro suspiro recordar que el magnífico Federico se haya quedado, de las cosas que yo le conté que podía hacer en México, con las ganas de asistir a El Toreo.

Y, sin embargo, ahora que me acuerdo, de chico me llevaba mi papá a los toros. No los había siempre, en Torreón. Muchos domingos íbamos a aplaudir a María Caballé en la benemérita carpa antecesora de los cines que me cuentan que por ahora hay allá, pero cuando había toros, no me quedaba más remedio que cultivar, ya desde entonces, el naciente hábito de observar detenidamente a las personas frente a los animales, hasta el punto de empezar a confundirlas, en detrimento natural de los animales. Ni mi sangre española ni su dominical tentativa infantil de inflamarse ante las verónicas maduraron hasta el extremo de convertirme en lo que profesionalmente se llama un aficionado. Para ser un aficionado profesional, pronto advertí, claro está que sin siquiera proponérmelo, que hace falta saber demasiadas cosas. El lenguaje de los cronistas, o mejor dicho: el idioma en que los cronistas y los aficionados se entienden o lo simulan es una especie de poesía de metáforas permanentes. Para la capa, disponen de un inagotable acervo de nombres esotéricos —el trapo es el único que recuerdo —, y así para todos los demás instrumentos de la complicada tarea, tan sencilla para los ejecutivos del rastro de matanzas, que en fin de cuentas consiste en disponer a los toros a ser consumidos en irreconocibles *beef-steaks*. La técnica, por lo visto, es lo importante, y lo que hay que dominar para un disfrute lento y sibarítico de una corrida de toros, que si ha de ser descrita elegantemente, salpicará su crónica con narraciones en que intervenga el burel, las agujas, la de mandar, el terreno del toro, el berrendo, el quite, los palos, la flama y una infinita copia de términos que cierta vez que me propuse escribir una serie de sonetos en honor de cierta persona entorilada, leí en un increíble diccionario de términos relativos a la tauromaquia.

El domingo pasado valoricé en toda su magnitud el tesoro que para un goce pleno del espectáculo taurino constituye la posesión del vocabulario profesional. Alrededor mío había una colección de solitarios empeñados en iniciar una conversación con sus vecinos; en reconocer a uno de su secta masónica mediante el santo y seña de un comentario en que las palabras faena, terrenos, colgada, abierta, y enmendarse, explicaban o su entusiasmo o su protesta. Y me felicité por el hecho de que mi soledad de dos en compañía no hubiera alcanzado extremos tan comunicativos.

Desde las tres y media, ya los mejores sitios estaban ocupados. Las esposas con maridos taurófilos habían transportado, o iban acarreando con toda la prisa posible, sus corpulencias, que depositaban en un cojín mostrenco. Las señoritas aficionadas llegaban con la picardía pintada en el rostro todavía más pintado, con sombreros estapafúrricos —y a querer o no le daba usted el golpe a ese otro santo y seña olfativo de las corridas que son los puros exhalados por los señores endomingados—. La música ofrecía el entremés de su entusiasmo, y los turistas aprestaban sus cámaras. No había, propiamente dicho, un sol que hiciera legítima la divergencia de precios entre las homogéneas localidades de aquel ruedo. Pero las personas de sol se sentían obligadas a manifestar su obligatoria alegría mediante el lanzamiento de

bolsas de basura sobre sí mismas. Constituyen la alegre porra, derivan tumultuosamente sus represiones semanales, y son sumamente graciosos —o viceversa—.

En punto de las 4 del enorme reloj, una especie del papá de don Juan Tenorio emergió a caballo, todo de negro, desde el fondo de la plaza, se quitó el sombrero y retrocedió. Entonces salió lo que imagino que será la cuadrilla —dos filas de toreros seguidos por cinco Sancho Panzas a caballo envueltos en hojas de tamal—. El de la izquierda era Balderas y vestía un "terno" azul y oro, el de la derecha era *Armilla*, y vestía otro terno blanco y oro. Todos los señores usaban medias color carne, pero carne color albino. Llegaron hasta abajo de una autoridad, que merece comentario aparte —que dejaremos para otra ocasión—, y un clarín anunció que de donde decía *Bebetinta*, saldría corriendo *Bebetinta* una vez que Balderas acabara de saludar a sus amigos corriendo por la orilla del ruedo.

Bebetinta era negro, y *Armillita* lo engañó cinco veces seguidas haciéndolo pasar por debajo de su capote, lo cual alegró mucho a las familias. Entonces, uno de los Sancho Panzas mojó su larga pluma en la tinta roja de la sangre del toro, y *Armillita* se presentó a divertir a *Bebetinta* muy lucidamente, y opinó que ya no debían volver a molestar al toro con piquetes. La autoridad, como suelen las autoridades, no sabía qué hacer, o no hacía lo que la gente parecía querer, y entonces Balderas se le acercó tanto a *Bebetinta*, que ya no pudo más el pobre toro y lo lanzó al aire. Balderas se enojó, tomó otro capote y le dio capotazos. Seguramente que *Armilla* tenía razón cuando no quería que repicaran al toro. El toro parecía escarmentado, y cuando lo convocaba con las banderillas, no le hacía caso. Se lo puso, de todas maneras, y aun otro, sin que sus enemigos de sol dejaran de malorearlo. El tercer par se lo colocó otra persona, a quien oí llamar *el Güero*.

Armilla le fue a brindar su toro a un señor gordo de traje café; se lo llevó, al toro, todo lo al centro de la plaza que el pensativo y escarmentado animal prefería obedecer a *Armilla* que rascar la tierra con las patas delanteras que los técnicos, ellos sabrán por qué, llaman manos. Tan ensimismado estaba el toro, que *Armillita* le acariciaba un cuerno, se le arrodillaba por enfrente, le hablaba, sin éxito. Por fin, le envainó la espada y el toro se murió, sin que las familias se entusiasmaran mucho.

El segundo toro se llamaba *Vinatero*, y a primera vista, era bien confundible con el primero, negro. A mi lado, los técnicos advertían que era "muy suelto". Mugía y babeaba, y no hacía el menor caso de Balderas, de los picadores ni de *Armilla*. Se complacía en tirar a lucas a aquellos pintorescos señores que le corrían por enfrente con trapos rojos, o trepados en caballos desnutridos, o con palitos adornados en las manos. Era una especie de Ferdinand *the Bull*, a quien tenían que irle a hacer los daños que a su antecesor le infligieron, hasta donde él quería. Cuando Balderas soltó su capote rojo, el toro se ensañó con el capote, que es lo que han hecho los comunistas con la hoz y el martillo cuando Stalin la soltó en la *swástika*. Balderas se esforzó por "componer" al toro, y logró que lo ayudara a lucirse. En premio, el cruel Balderas le metió tres espadas consecutivas, lo dejó bien muerto, y le sonrió a la gente que lo aplaudía sin mucho entusiasmo.

Alcaparro era negro y *Armilla* lo recibió con cinco pases sumamente lucidos. El picador no se

lo esperaba, y allá fue a dar. *Armillita* se arrodilló ante *Alcaparro* y manejó con grande garbo, faroles o jalones, temeridades y colores, sus quites. Un solo piquete le habían dado cuando Balderas se colocó la capa como se cogían la falda las señoras de antes para cruzar un charco, y se lo llevó bailando hasta el centro de la plaza. Todas las familias pidieron por señas que ya no lo picaran más, y ya no lo picaron. *Armillita* lo banderilló rápidamente de azul, de rosa y de café, y en un momento dado, toda la plaza fueron aplausos y dianas para *Armillita*.

Entusiasmado, *Armillita* recibió al toro muy cerca de la barda; hizo intento de repetirlo, pero se le frustró. Se lo llevó entonces al medio, se le arrodilló, le pasaba por todos lados, giraba entre sus cuernos. Inútil. El toro, que ya parecía dispuesto a bien morir, volvía el rostro hacia el público en el momento menos indicado, y burlaba a su burlador. Se enfrió la cosa. *Armillita* le metió una, dos, tres, cuatro, cinco espadas antes que el toro se ahogara en su propia sangre, todo sucio de atrás —una vista muy desagradable—.

Argentino conmovió a las personas hasta el punto de hacer intervenir sus gritos en la salvación de su vida. Los tres toros anteriores, resucitados, o desmaquillados, salieron por él, y se marchó a casa. Lo suplió *Granadino*, otra monótona vez negro, que tampoco parecía muy bueno. Balderas le bailó, se pasó ante él el capote por la cabeza, y *Armillita* lo quitó sin gran brillo de frente al caballo. Balderas lo banderilló de rosa, de azul, de verde, cerca de las tablas. Luego, en el mismo peligroso sitio, se lo pasó, y cerca de sus cuates de sol, se le enredó deliberadamente en los cuernos, dejándolo lelo y parado para dar unos pasos largos y jactanciosos. Cuando lo convocaba, para matarlo, parecía que las banderillas verdes le podrían picar un ojo. En un momento de expectación universal, el toro agachó la cabeza y Balderas le dejó ir la espada hasta la cocina. El toro falleció, y las familias sacaron sus pañuelos para berrear que le dieran la oreja, que le dieron.

Cilindrero era también negro. Era evidente que no le seducía la perspectiva de divertir a la gente. Buscaba la puerta, quería volver a su casa; pero *Armillita* logró despertar su interés y cambiar sus planes con cuatro pases. Cuando lo picaron, Balderas lo quitó, sin gran brillo, y *Armilla* le hizo mucha bulla con la capa, sin muchos resultados. Pero en un mágico momento, una onda eléctrica se apoderó de la gente, de *Armilla* y del toro. Tomó un par de banderillas verdes —y se las clavó en un segundo—; uno de azules —en otro segundo—, otro de violetas —y en el tercer segundo todo aquel gentío ululaba de entusiasmo—.

Entonces, *Armillita* empuñó la espada y el capote colorado —con la mano izquierda, que dicen que es un gran mérito—; el toro hizo lo que él y la gente parecían querer, se arrodilló ante él, y el toro pasó untándosele —y aquello fue el disloque de las familias—. *Armillita* apuntó la espada y se la dejó ir como en mantequilla, de un solo empujón, que hizo al toro rodar y expirar. Le había brindado este toro al público —amigos y enemigos—. Todos aplaudían enloquecidos, le arrojaban cosas entre las dianas; él recorría el ruedo con una oreja y una cola de toro en la mano, y se quedó con un sarape de su tierra que le arrojaron.

Morisco, siquiera, tenía otro color —de rata o de foca con nieve—. La gente había alcanzado ya su detumescencia con *Armilla*, y hacía tan poco caso de Balderas como el propio toro hacía

de Balderas ni de *Armilla* después de los quites y de las tres banderillas transcurridas en la frialdad de las cinco y media de la tarde. Al primer intento, Balderas le metió la mitad de la espada. Pero evidentemente el toro necesitaba más que eso para morir. Ya empezaba a salirse la gente, y quisiéralo o no, el toro acabaría por fallecer, y Balderas por ayudarle a bien morir con cuantas espadas inagotables fuera preciso.

Y me uní a la gente, lleno el espíritu de meditaciones y de datos que, sin duda, tardarán una semana en germinar. Ya frente a la máquina escuché, sin quererlo, trozos selectos de una crónica taurina por radio: "Se cambia el tercio a petición del público y entonces toma el matador los palos… La ovación sigue creciendo… Cuarteo en tablas… dos ayudados, tres naturales… un paseíto para demostrar cómo se dominan los toros…" "Cinco verónicas… media vara… dejándose ver horrores… a pesar de que el viento lo derrota… las facultades… tres ayudados altos, erguido y quieto… dos naturales más… muletazos por delante, un colapiezazo… demasiao pitone… cuatro capotazos recogiendo al burel…"

Hoy, año IV, núm. 199, 14 de diciembre de 1940, pp. 94-95, 97

CRONOLOGÍA

ANTONIO SABORIT

1904 Salvador Novo López, nace el 30 de julio, en la ciudad de México, hijo de Andrés Novo Blanco y Amelia López Espino.

1908 Debut en el teatro Arbeu, ante el secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra, en un festival escolar —como miembro del kindergarden Herbert Spencer—.

1910 Su familia se instala en Torreón, Coah. En compañía de cuatro niños más asiste a la única escuela privada del municipio, para mujeres, el Colegio Modelo.

1915 Comienza a escribir poesía —"espejo", dice él, de sus lecturas dieciochescas del día —. Cursa sexto de primaria en la Escuela Oficial del Centenario.

1917 Regresa a la ciudad de México, con sus padres. La familia se instala en la colonia Guerrero.
Ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria.
Conoce a Carlos Pellicer, declamando en el Anfiteatro de la Preparatoria.

1918 Conoce a Xavier Villaurrutia, en la ENP.

1919 Inicia sus colaboraciones en *El Universal Ilustrado*, que dirige María Luis Ross, así como en el suplemento de *El Heraldo de México*.

1921 En compañía de Xavier Villaurrutia, visita a Ramón López Velarde en la ENP. Se asoma a la tertulia matutina en la librería Robredo, en la que se reúnen Victoriano Salado Álvarez, Federico Gamboa, Luis González Obregón, Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal y Artemio de Valle-Arizpe.

1922 Conoce a Pedro Henríquez Ureña en la Escuela de Verano, ubicada entonces en Licenciado Verdad, en el edificio de la Escuela de Jurisprudencia. En casa de Henríquez Ureña conoce a Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor y Salomón de la Selva.
Colabora con Manuel Maples Arce en sus empresas literarias.
Traduce a Francis Jammes, *Almaida de Etremont, Manzana de Anís y otros cuentos*, prólogo de Xavier Villaurrutia, para la Editorial Cvltvra.
Bajo la dirección de Henríquez Ureña, Novo prepara una antología de cuentos mexicanos e hispanoamericanos, más una edición del *Libro Koheleth* (inédito), "vulgarmente conocido por el Eclesiastés".
Colabora en la columna "Repertorio" para la revista *México Moderno*.

1923 Aparece su *Antología de cuentos mexicanos e hispanoamericanos,* libro de texto en la Escuela de Verano.

Colabora en la revista *El Chafirete,* dirigida al gremio de los choferes.

Escribe editoriales para el periódico de Martín Luis Guzmán *El Mundo.*

1924 Trabaja en la Secretaría de Educación Pública, a cargo del Departamento Editorial.

El Universal Ilustrado, a modo de suplemento, publica dos antologías preparadas por Novo: *Poesía norteamericana moderna* y *Poesía francesa moderna.*

En *El Universal Ilustrado* debuta como escritor de teatro: *Divorcio* y *La señorita Remington.*

Con fecha del 25 de agosto, Alfonso Reyes le escribe a Antonio Solalinde: "Hay entre ellos [los jóvenes escritores mexicanos que viven en la ciudad de México] mucha mariconería, enfermedad nueva aquí, y eso me aleja de muchos y me hace sufrir, pues no soy tan escéptico e indiferente como yo mismo me lo figuraba. Los nombres principales: Xavier Villaurrutia, prosista sobre todo y también poeta, crítico: el único culto de todos ellos, muy inteligente; Carlos Pellicer, poeta inculto, simpático, chicanesco, que cree ser original porque no sabe nada de lo que han escrito los hombres, y que, a pesar de estar tan dotado, acaso va a fracasar entre un piélago de frases admirativas y una tempestad de palabras vulgares. Salvador Novo, ingenioso y no muy orientado todavía; Daniel Cosío, discípulo de P. H. Ureña, escritor preciso y fino, demasiado preocupado por llegar en política; [Eduardo] Villaseñor, discípulo de *idem.,* preocupado de lo mismo, escritor impreciso y vago; Xavier Icaza, novelista en formación, sobrino de nuestro viejo Icaza, joven abogado de

Prologa *El honor del ridículo* del Carlos Noriega Hope.

Colabora con algunas prosas y poemas en *Antena,* revista de Francisco Monterde García Icazbalceta.

Colabora en la revista de José Vasconcelos *La Antorcha.*

1925 Aparece su libro *Ensayos,* el cual incluye el material de *XX poemas.*

Conversa con Carlos Chávez las ideas para un ballet, con argumento de Novo y música de Chávez.

Profesor de geografía, historia y sociología en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional.

1926 Escribe algunas revistas para el Teatro Lírico, entre ellas: *Café negro.*

Escribe su sátira contra Diego Rivera y su círculo, *La diegada.*

En la revista *Forma,* dirigida por Gabriel Fernández Ledezma, aparece como censor literario y representante del criterio artístico de la Secretaría de Educación Publica.

Profesor interino en la ENEP y en la Escuela Nacional de Maestros durante las licencias de José D. Frías y Federico Gamboa.

1927 Asiste a la Primera Conferencia Pampacífica sobre Educación, Rehabilitación y Recreo, en Honolulú.

Edita *Ulises: Revista de curiosidad y crítica,* junto con Xavier Villaurrutia.

Colabora en la revista *La Voz Nueva,* dirigida por Ricardo de Alcázar, alias *Florisel.*

Aparece como miembro del consejo editorial de la revista de Frances Toor *Mexican Folkways.*

1928 Cuida la edición de las *Obras* de Manuel José Othón publicada por la SEP. En colaboración con Alfredo E. Uruchurtu prepara el texto de lectura: *Lecturas para el tercer ciclo;* además, *La educación literaria de los adolescentes*.

Aparece el folleto *El joven*, su primera obra de ficción, escrita desde 1923. "Es un poco el resumen de mi regreso a México en 1917, y de mi vida estudiantil. Narra mis primeros esponsales con la gran ciudad."

Aparece *Return ticket*. José Alvarado escribe "Póngase un [Victoriano] Salado Álvarez en agua hirviendo, añádase una tajadita de Bernard Shaw, espolvoréesele Alfonso Reyes, 15 minutos en *collage*, rebanaditas de clásicos. Déjese enfriar. Adórnese y sírvase en cartoné, con chile colorado: es un libro de Salvador: *Return ticket*. Como cualquier otro".

En un salón particular de la calle de Mesones inicia sus actividades el Teatro de Ulises, con ayuda de Antonieta Rivas Mercado. Novo traduce *Ligados* de Eugene O'Neill. Novo dice el discurso inaugural de la temporada del Ulises en el teatro Virginia Fábregas, ante la indiferencia del público. "La primera gran enseñanza que obtuvimos de Ulises fue la necesidad de salir de un círculo tan reducido, de probarnos, no ya como actores, para lo cual no teníamos verdadera vocación, sino como autores, ante un verdadero público, ante el público que teníamos derecho de tener, el público de México", escribió Celestino Gorostiza.

1929 Empieza a escribir la novela *Lota de loco,* a la postre inconclusa.

Ramón P. de Negri le llama a trabajar con él en la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo.

Colabora en *Excélsior;* en la edición vespertina del diario publica, bajo el seudónimo de Niño Fidencio, la sección "Consultorio".

En *Revista de Revistas* tiene a su cargo la columna "El cesto y la mesa".

Colabora en *Bandera de Provincias,* revista que editan en Guadalajara Agustín Yáñez y Alfonso Gutiérrez Hermosillo.

1930 Colabora en *Nuestra Ciudad,* revista del Departamento del Distrito Federal dirigida por Armando Vargas de la Maza, y en *El Espectador,* revista de teatro, arte y literatura.

Profesor de la Escuela Nacional de Música, Teatro y Danza del Departamento de Bellas Artes, y jefe de la Sección Técnica Editorial del Departamento de Bibliotecas.

1931 Narciso Bassols lo llama a colaborar en la Secretaría de Educación Pública.

Jefe del Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública. Xavier Villaurrutia y Efrén Hernández trabajan bajo sus órdenes.

Edita la revista *Resumen*, junto con J. M. Puig Casauranc.

La revista *Barandal,* en su entrega de noviembre, publica fragmentos de *Lota de loco*. Octavio Paz, uno de los cuatro jóvenes editores de *Barandal,* años después lo describe así: "Vestía trajes amplios y de telas claras, a la moda de entonces, más como un alto empleado de una compañía norteamericana que como un dandy mexicano. En aquel México lleno todavía de supervivencias del siglo XIX, Novo afirmaba casi como un desafío su voluntad de ser moderno. Nos azoraban sus corbatas, sus juicios irreverentes, sus zapatos bayos y chatos, su pelo untado de *satcomb,* sus cejas depiladas, sus anglicismos. Su programa era asombrar o irritar. Lo conseguía".

1932 Traduce a John M. Synge, *La boda del calderero,* para la primera temporada del Teatro de Orientación.
Colabora en la revista *Examen,* dirigida por Jorge Cuesta.
Colabora en *Nuestro México,* revista dirigida por Armando Vargas de la Maza.
1933 Trabaja en la Secretaría de Relaciones Exteriores, a cargo del Departamento de Publicaciones.
Aparecen sus libros *Nuevo amor, Espejo, Jalisco-Michoacán.*
Segunda edición de *El joven.*
Escribe una pequeña nota introductoria a una prosa de Mariano Azuela, "Santa María de los Lagos", publicada en la quinta *plaquette* de *Alcancía* que editan, dirigen e imprimen en una prensa de mano Justino Fernández y Edmundo O'Gorman.
Colabora en la revista *Imagen,* dirigida por Alejandro Núñez Alonso.
Profesor en la Secundaria núm. 2.
1934 Asiste como delegado a la Séptima Conferencia Internacional Americana en Buenos Aires.
Año de gran actividad poética en ediciones privadas: *Seamen Rhymes* —con cuatro dibujos de Federico García Lorca (Buenos Aires); *Romance de Angelillo y Adela, Décimas en el mar, Poemas proletarios* y *Never Ever.*
En las páginas de *Fábula. Hojas de México,* pequeña revista literaria que imprimen Alejandro Gómez Arias y Miguel N. Lira, publica en marzo "México siempre": la historia de su encuentro con Pedro Henríquez Ureña en 1922 y su reciente reencuentro con él en Buenos Aires.
Aparece *Canto a Teresa (Un ensayo de hidrografía poética).* "En
En edición privada aparece su obra de teatro *Le Troisième Faust,* publicada en París en edición de 50 ejemplares.
Traduce la obra de Eugene O'Neill *Diferente.*
1935 Aparecen sus crónicas de viaje bajo el título *Continente vacío.*
Se publica en inglés *Nuevo amor,* en traducción de Edna Worthley Underwood (The Mosher Press, Portland, Maine).
Colabora en la revista de Guillermo Jiménez, *Número.*
Colabora en *México al Día,* revista dirigida por Teodoro Torres.
Traduce el libro de William P. Shea *El dólar plata,* publicado por el Fondo de Cultura Económica.
1936 Colabora en la radio con diálogos y comentarios.
Trabaja en la adaptación para cine de *Don Gil de Alcalá.*
Se integra al equipo que selecciona material y redacta la revista *Síntesis,* editada por Alberto Misrachi.
1937 Colabora en la revista *Lectura,* dirigida por Jesús Guiza y Acevedo y Juan Sánchez Navarro, y en la revista que dirige Octavio G. Barreda, *Letras de México.*
Colabora con el director de cine Fernando de Fuentes en los diálogos para la película *La zandunga.*
Escribe la columna "Perifonemas" en *Últimas Noticias.*
Se publica en francés *Nuevo amor,* traducido por Armand Guibert (Cahiers de Barbarie,

Tunis).
Traduce el libro Gaston Cassel *Pensamientos fundamentales de la economía*, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

1938 Publica su libro de ensayos *En defensa de lo usado.*
Francisco Monterde escribe lo siguiente: "Novo es tan elocuente ante el micrófono como ante la máquina de escribir en que teclean sus manos —o las ajenas bajo su dictado—. La agilidad física, que la carga de los años nos arrebata, subsiste en cuanto escribe. Por eso, leerlo o releerlo es como seguir, a través de sus líneas, una carrera en la que, sin llegar a rendirnos, jamás podemos alcanzarlo".
Escribe su columna "La semana pasada" en la revista *Hoy,* en donde se prueba como cronista político. En octubre aparece la revista *Cine;* su director, José Pagés Llergo, le invita a colaborar en sus páginas.
Director artístico de la compañía productora Cinematográfica Internacional, S. A., de Felipe Mier.
Colabora en el guión de *Perjura,* dirigida por Raphael J. Sevilla y en el de *El capitán aventurero* de Arcady Boytler —ambas con diseños escenográficos de Roberto Montenegro—.
Cuadernos de México Nuevo, bajo la dirección del poeta y médico Elías Nandino, ofrece en su segunda entrega una selección de la poesía de Novo bajo el titulo *Poesía escogida.*

1939 Colabora en *Letras de México* con una prosa breve, "Colibríes".
Trabaja en el guión para *El signo de la muerte* de Chano Urueta, una comedia de grandes pretensiones con música de Silvestre Revueltas, con Mario Moreno *Cantinflas* y Manuel Medel. Escribe textos para la película *Recordar es vivir* de Fernando A. Rivero.
Participa en el programa radiofónico semanal de la revista *Hoy* en la XERH.
Felipe Teixidor lo incluye en su antología *Viajeros mexicanos, siglos XIX y XX.*

1940 Viaja a Hollywood. Hay planes de trabajo con Orson Welles para elaborar un guión con el tema de la conquista de México.
Empieza a escribir su columna "Side car".
Manuel Maples Arce lo incluye en su *Antología de la poesía mexicana moderna.*

1941 Se le incluye en la célebre antología *Laurel,* publicada por la Editorial Séneca.

1942 Andrés Henestrosa publica en abril un balance de "Veinticinco años de poesía mexicana" en *Letras de México:* "Salvador Novo, sin haber sido cómplice de *Contemporáneos* pertenece a este grupo, aunque a la imantación francesa unía la de otras latitudes, la norteamericana en primer lugar. Su poesía, más honda, más personal, en los últimos años, es de lo mejor de aquel grupo".

1943 Empieza a escribir en el diario *Novedades.* Su columna "Ventana" aparece tres veces por semana.
En la revista *Mañana* publica su columna "Diario".

1944 Publica, en edición de 50 ejemplares, cuatro sonetos inéditos, *Dueño mío.*
Colabora en el semanario humorístico fundado por Jorge Piñó Sandoval, *Don Timorato.*

1945 En la editorial Cvltvra aparece *Florido Laude.*

Con Rafael Alberti publica *Dos canciones para piano y una voz.*
Escribe el perfil biográfico de Gustavo Baz en el *Presente amistoso en el vigésimo quinto aniversario de su recepción profesional.*

1946 *Nueva grandeza mexicana,* escrito con el que gana el concurso convocado por el Departamento del Distrito Federal.
Adapta el argumento de Richard Carroll *(The Lost Patrol,* Jonh Ford, 1934; *Five Came Back,* John Farrow, 1939) para la película de Alejandro Galindo *Los que volvieron.* Adapta *Hat, Coat and Glove* de Wilhelm Speyer para la película de Miguel M. Delgado *Todo un caballero.* Con José Revueltas trabaja en la adaptación de *Winterset* de Maxwell Anderson para la película de Roberto Gavaldón *A la sombra de la muerte.*
Empieza a escribir sus memorias, *La estatua de sal,* las cuales deja inconclusas.
Escribe, en colaboración con Noel Lindsay, una *Invitación a la música.*
Compila una antología de *Lecturas* para el tercer ciclo, 1º. y 2º. grados.
Prólogo a la edición Porrúa de la novela de Luis G. Inclán *Astucia,* y a *Pasos de comedia* de Lope de Rueda.

1947 Carlos Chávez, director del Instituto Nacional de Bellas Artes, lo nombra jefe del Departamento de Teatro.
Viaja por Europa en compañía del ingeniero González Camarena con el propósito de familiarizarse con la tecnología de la televisión.
Adapta la novela *Beau Ideal* de Percival Christopher Wren para la película de Alejandro Galindo *Hermoso ideal.*
Adapta y dirige *El Quijote,* para celebrar el IV Centenario de Cervantes, con música de Jesús Bal y Gay, Blas Galindo y Carlos Chávez.
Escribe la introducción al catálogo de la *Primera exposición de Emilio Resenblueth.*
Tercera edición de *Nueva grandeza mexicana.*

1948 Adapta para el teatro *Astucia,* de Luis G. Inclán, con música de Blas Galindo y escenografía de Julio Prieto. Dirige *Don Juan Tenorio.*
Prólogo y selección de textos en la antología de Manuel Gutiérrez Nájera, *Prosa selecta,* para el Círculo Literario.
Se reedita *Nuevo amor.*
Bajo el título *La televisión* aparece su investigación e informe, con sello de Instituto Nacional de Bellas Artes.
Prologa el libro de Magda Cos de Sánchez Fogharty y Charlotte Rosenblueth, *Bridge en Castellano.*

1949 Polemiza con el escritor Rafael Solana, quien critica su labor al frente del Departamento de Teatro del INBA.
Dirige la puesta en escena de *El pasado* de Manuel Acuña, *La danza macabra* de August Strindberg, y traduce y monta él mismo dos obras de Guido Cantini: *Los girasoles* y *Daniel entre los leones.*
Obtiene el primer premio en los Juegos Florales organizados para conmemorar el primer centenario del nacimiento del poeta Manuel Acuña.
Escribe el prólogo del libro de Antonio Magaña Esquivel, *Sueño y realidad del teatro.*

1950 Dirige *Rosalba y los llaveros* de Emilio Carballido, con escenografía del joven Antonio

López Mancera y producción de Julio Prieto.
Dirige, en inglés, *The Cocktail Party* de T. S. Eliot.
Se lía a golpes con Rafael Solana en la sala de conferencias de Bellas Artes, al concluir la conferencia de Arturo Arnáiz y Freg sobre “Los historiadores mexicanos”.
Comienza a publicar en la revista *Mañana* en su columna “Cartas viejas y nuevas”.

1951 Aparecen *Este y otros viajes*, *El joven II*, *Diez lecciones de técnica de actuación*. Se estrena *La culta dama*, bajo su dirección.
Dirige *Los signos del zodiaco* de Sergio Magaña.

1952 Ingresa a la Academia Mexicana de la Lengua. Su discurso de ingreso lleva por título *Las aves en la poesía castellana*.
Dirige *El duelo*. Colabora con un ensayo sobre el teatro en el libro *México: realización y esperanza*.
Funda su propio Teatro de la Capilla, en Madrid 13, Coyoacán.

1953 Traduce y estrena en este foro *Lázaro*, pieza en tres actos de André Obey, *Helena, o la alegría de vivir*, de André Roussin, y *El presidente hereda* de Cesare Giulio Viola. Además traduce, para su estreno en el Teatro Virginia Fábregas, *Orfeo en los infiernos*.
Las aves en la poesía castellana aparece y agota su primera edición.

1954 Traduce y monta en escena en la Capilla *Paseo con el diablo* de Guido Cantini y *Proceso a los inocentes* de Carlo Terrone.
En la revista *Teatro* aparece su versión de la comedia de Cesare Giulio Viola, *El presidente hereda*.

1955 Traduce y estrena en la Capilla, *Esperando a Godot* de Samuel Beckett. Escribe y da a conocer en este foro sus *Diálogos: El joven II, La güera y la estrella, Pita y sor Juana, Diego y Betty, Malinche y Carlota, Cuauhtémoc y Eulalia, Adán y Eva*.
Aparece en un solo tomo su *Poesía, 1915-1955*.
Colabora con Sergio Galindo en la elaboración de los diálogos para la película *Tres melodías de amor*.
Publica en edición privada su *Sátira*.

1956 Estrena en el Teatro de la Capilla *A ocho columnas*.
Dirige la serie Teatro completo para Televicentro.
Dirige la Academia de Arte Dramático del INBA.
Inicia su columna “Cartas a un amigo” en la revista *Hoy* y concluye la publicación de sus “Cartas viejas y nuevas” que entregaba a *Mañana* desde 1950.
Rogelio A. González dirige la adaptación cinematográfica —realizada por el mismo González— de *La culta dama*.
Cuarta edición de *Nueva grandeza mexicana*.
Escribe una semblanza de Carolina Amor de Fournier en el libro *Veintiuna mujeres de México* de Antonio Peláez.
J. M. Cohen lo incluye en su antología *The Penguin Book of Spanish Verse*.

1957 Dirige la puesta en escena de *Hipólito* de Eurípides y *El canto de los grillos* de Juan García Ponce.
Finalizan las actividades formales del Teatro de la Capilla con un programa muy cuidado de obras de teatro de cámara.

Escribe el prefacio a *Los prodigios* de Hugo Argüelles. Traduce *Mesas separadas* de Terence Rattingan.

1958 Colabora en la *Enciclopedia del arte escénico*, publicada por Noguer en Barcelona, con la entrada sobre "La actuación teatral".

Traduce *El abanico de lady Windermere* de Oscar Wilde, comedia de estreno en el Virginia Fábregas.

José Luis Martínez lo incluye en su antología sobre *El ensayo mexicano moderno*.

1959 Se encarga de la dirección escénica de la ópera *Pánfilo y Lauretta* en el Palacio de Bellas Artes, de *Sangre verde* de Silvio Giovanetti y de *Los empeños de una casa* de Sor Juana.

Traduce *Camino a Roma* de Robert Sherwood que estrena Dolores del Río en el Teatro Insurgentes.

Participa en la serie de conferencias "El trato con escritores".

1960 Traduce y dirige *Leocadia* en Bellas Artes.

Traduce el *Otelo* de Shakespeare para su montaje en el Teatro Xola y la obra musical *Brigadoon*.

Responde al discurso de ingreso de Celestino Gorostiza a la Academia de la Lengua.

El INBA publica su Conferencia sobre el teatro inglés.

1961 Estrena *Yocasta o casi* en el teatro Xola y traduce *Santa Juana* de George B. Shaw.

Aparece el disco que grabó para la serie Voz Viva de México.

Escribe el prólogo a la *Reseña histórica del teatro en México* de Enrique Olavarría y Ferrari.

El Fondo de Cultura Económica publica su *Poesía* en la colección Letras Mexicanas.

1962 Aparece su libro *Breve historia de Coyoacán*, y una recopilación de conferencias y ensayos, *Letras vencidas*.

Escribe y pone en escena *Ha vuelto Ulises* y *Cuauhtémoc* con escenografías y vestuarios de Julio Prieto.

Escribe una loa, a manera de prólogo, a *Los cocodrilos están dormidos. Teatro para leer, comedia en nueve noches y un amanecer* de Carlos I. Guajardo.

Traduce *Espectros* de Ibsen.

Comienza a estudiar náhuatl.

1963 Entrega a la Editorial Porrúa sus antologías *Mil y un sonetos mexicanos* y *Joyas de la amistad*.

Estrena y publica su comedia *In Pipipiltzintzin o La guerra de las gordas*.

Aparecen sus *18 sonetos*.

Escribe *El sofá*.

Traduce y adapta la *Lisístrata* de Aristófanes y traduce para Dolores del Río *Mi querido embustero* de Jerome Kilty.

Seki Sano monta su traducción de *Un hombre contra el tiempo* de Robert Bolt.

1964 Reúne la mayor parte de su obra narrativa en el volumen titulado *Toda la prosa*.

Aparece el primer volumen de *La vida en México*, relativo al periodo de Lázaro Cárdenas.

Escribe una de las guías para el nuevo Museo Nacional de Antropología, *Una visita a*

la sala mexica, así como una *Breve historia y antología sobre la fiebre amarilla*.
Prólogo al libro de Eulalio Ferrer, *Enfoques sobre publicidad. Un tema de nuestro tiempo,* y al recetario *Las senadoras suelen guisar.*
Traduce *La vidente* de André Roussin representada por Dolores del Río y *Feliz como Larry.*

1965 El presidente Gustavo Díaz Ordaz lo designa cronista de la ciudad de México.
Al hablar de su silencio poético dice en entrevista a Emmanuel Carballo: “Me parezco a un mudo, del que no se puede dudar que no sienta como los tenores, pero que no puede cantar como ellos”.
Aparece el segundo volumen de *La vida en México,* relativo al periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho.
Aparece su antología de *101 poemas norteamericanos modernos*.

1966 En un solo volumen, editado por la Universidad Veracruzana, aparecen sus piezas *In ticitezcatl* o *El espejo encantado, Cuauhtémoc, El sofá* y *Diálogo de ilustres en la Rotonda*.

1967 Recibe el Premio Nacional de Letras, junto con un diploma y un cheque bueno por 100000 pesos, de manos del presidente de la República.
La Editorial Porrúa publica su *Cocina mexicana o Historia gastronómica de la ciudad de México.*
Aparece el tercer volumen de *La vida en México;* respecto del periodo presidencial de Miguel Alemán. Éste, como los dos tomos anteriores, se armó con la selección realizada por José Emilio Pacheco.
El Instituto Mexicano de Estudios Publicitarios, A. C., lo nombra miembro de honor.

1968 La Editorial Destino, de Barcelona, publica su amplísima *Guía de la ciudad de México.*
En edición limitada, aparecen sus *14 sonetos de Navidad y Año Nuevo, 1955-1968,* y en inglés, publicado por el Grupo Acero Hylsa, *Man, Steel and Time.*

1969 Rómulo O’Farrill, Sr., a nombre de la empresa que publica el diario *Novedades,* invita a una comida en el restaurante Ambassadeur el 4 de junio para celebrar los 25 años de Novo como colaborador del diario.

1970 Aparece *Mea culpa*.
Escribe el texto que acompaña las fotografías de Francis Stoppelman, *México en movimiento.*
Responde el discurso de Edmundo O’Gorman, “Meditaciones sobre el criollismo”, a su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua.

1971 Publica su *Historia y leyenda de Coyoacán,* 2000 ejemplares numerados y firmados por él para la Editorial Novaro.

1973 Escribe el prólogo al *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca, para la Editorial Porrúa.
Colaborador distinguido en la barra de noticias del licenciado Jacobo Zabludowski, 24 Horas, que se transmite por XHEW Canal 2.
Escribe unas palabras preliminares al libro de Antonio Beltrán González, *Historia de los nombres de las estaciones del Metro,* y entrega los manuscritos de su *Historia de la aviación en México*, así como el de *Los paseos de la ciudad de México.*

1974 Muere el 13 de enero en la ciudad de México.

Viajes y ensayos, II, de Salvador Novo, supone un recorrido más allá de la poesía pero sin perder de vista la característica sensibilidad del autor. El presente volumen reúne la prosa que Novo dispersó, entre 1922 y 1940, en artículos periodísticos.

Novo fue un lector amplio y plural en sus aficiones y así lo muestra su prosa, inmersa en el vaivén entre la erudición y el juego. Los textos que aquí se presentan revelan la necesidad del autor de conversar para, en cierta forma, instruir, ilustrar y revelar a sus lectores su visión —una imagen en el espejo—, que es a la vez crítica y moderna. Partícipe de la fundación de una nueva cultura urbana en México, Salvador Novo se descubre como un observador incansable y prolijo de su ciudad, de su país y del mundo en ebullición que le tocó vivir.

"Salvador Novo —afirma Sergio González Rodríguez, compilador de la obra— construirá una personalidad pública hecha de palabras y acciones" donde la divulgación desempeñó un papel preponderante por su incansable labor de lector y traductor pionero de obras y autores ignorados en México. El hombre público con una opinión sobre todo, o casi todo, busca incluirse en el avance de su tiempo a la velocidad que el progreso marca, y demostrar su presencia con una prosa siempre viva.

Además de los textos de Novo, la presente obra, editada en dos volúmenes, comprende notas introductorias de Sergio González Rodríguez, Antonio Saborit y Mary K. Long; la hemerografía (1923-1940) de Salvador Novo estuvo a cargo de Lligany Lomelí, y la cronología fue preparada por Antonio Saborit. Todo ello hace de esta edición una excelente muestra del pensamiento y el sentir de un hombre, un poeta, figura ya central de la literatura mexicana del siglo XX.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA